

Colección
Horacio Lúñiga Anaya
La luz del conocimiento

TOMO IX



Novela

REALIDAD (1936)
¡MISERIA! (1981)

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



UAEM Universidad Autónoma
del Estado de México



COLECCIÓN HORACIO ZÚÑIGA ANAYA
LA LUZ DEL CONOCIMIENTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación
y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E.
Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación
Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario

Horacio Lúñiga Jnaya
La luz del conocimiento

JORGE OLVERA GARCÍA
(COORDINADOR)



TOMO IX
NOVELA



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”

“2016, Año de Leopoldo Flores Valdés”

Primera edición, octubre 2016

Realidad (1936) | *Miseria!* (1981)
Jorge Olvera García (coordinador)

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>
direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Olvera García, Jorge (coord.) (2016), *Realidad* (1936) | *Miseria!* (1981), México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-756-7: Colección Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

ISBN 978-607-422-765-9: Tomo IX Novela: *Realidad* (1936) | *Miseria!* (1981)

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

DISCURSO DE PRESENTACIÓN

PRONUNCIADO POR EL DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2013 EN LA VELADA LUCTUOSA SOLEMNE EN HONOR AL MTRO. HORACIO ZÚÑIGA ANAYA.

Poeta, tu Universidad te canta, te honra y te respeta, de la misma forma en que tú lo hiciste, del mismo modo en que tú cantaste los más profundos versos y la más sugestiva prosa.

Así, de esta manera, ponemos a vuelo tu maravillosa imagen de hombre libre, de varón coherente, de bardo silencioso, pero al mismo tiempo lleno de estruendosos motivos.

Poeta de Toluca, orador del Instituto, a ti te recordamos con un *Laurel y un Crespón* porque sabes y sabes bien, que la juventud a la que tanto amaste y tu vida diste, sabrá recoger las semillas sembradas en los muros perpetuos de la ahora Universidad republicana, libre y autónoma de tu solar nativo.

- Con tu venia, Maestro, orador y poeta Horacio Salvador Zúñiga Anaya.
- Honorable Consejo Universitario.
- Señoras y señores integrantes del Honorable Colegio de Directores.
- Mi sincero saludo a una universitaria de amplio valor humano y profesionista exitosa, Lic. Martha Hilda González Calderón, Presidenta Municipal de Toluca.
- Saludo a quien tuvo el enorme privilegio de compartir miles de experiencias con el Maestro Zúñiga; a su secretario y amigo Gonzalo Pérez Gómez.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

- Saludo también, a una promotora incansable de la obra de Horacio Zúñiga y de uno de sus discípulos más distinguidos José Muñoz Cota; le reiteramos que esta Máxima Casa de Estudios es casa de mentes libres como la de Alicia Pérez Salazar.
- Mi saludo a los integrantes del Honorable Cabildo de Toluca.
- Mi reconocimiento a los líderes sindicales de la FAAPAUDEM y SUTESUDEM, gracias por su presencia.
- Saludo al Gabinete Universitario.
- Destaco la presencia del cronista de nuestra noble Institución, maestro Inocente Peñaloza García.
- Poetas, escritores, investigadores y comunidad de oradores que se dan cita para honrar la memoria del ilustre Horacio Zúñiga.
- Sociedad mexiquense, sociedad de Toluca.
- Universitarios todos:

“Horacio... hermano mío, te traigo mi palabra emocionada... porque la huida de tu espíritu no es sólo para mí, como para todos, la fuga de una entidad de excelencia que tuvimos el privilegio de sentir junto a nosotros, tú y yo hicimos juntos la vela de nuestras armas literarias y juntos nos lanzamos, como Quijotes alucinados, a desfacer entuertos”... Así despidió Enrique Carniado a su amigo entrañable Horacio Zúñiga.

Del mismo modo y sin punto de comparación, hoy recordamos que hace 57 años, la existencia del poeta de Toluca transmutó los tiempos y las eras, para cifrar su estrella en el infinito universo de la idea y la imperecedera voluntad.

Horacio Zúñiga tramontó la finita existencia humana, rompió el silencio su poesía caudalosa y libre.

Él, le dio sentido y razón a la cátedra en el Instituto Científico y Literario, ovacionado desde el primer instante en que sus alumnos escucharon su voz de

barítono, lograda a base del ejercicio que le imponían los hermanos maristas en su infancia.

Fue un hombre destinado a la cultura, nació para ser maestro, nació con espíritu de poeta, nació para dar lustre a las palabras, para defender nuestro idioma, para recrear el lenguaje que constituye y sostiene a los hombres.

Eso fue, un destinado a cumplir con el más noble de los designios, iluminar conciencias e incendiar temperamentos; cumplió a cabalidad las palabras del genial Simón Bolívar, el más grande libertador cinceló: “que el objeto más noble que puede ocupar el hombre es ilustrar a sus semejantes”.

Zúñiga cumplió y amplió el concepto de maestro, en tanto es éste, según Albert Einstein: “quien cumple el supremo arte de despertar el placer de la expresión creativa y el conocimiento”.

Maestro fuiste y serás; porque supiste ser guía del alumno, ejemplo de vida, conductor de individuos. Todos los conceptos del Maestro caben en ti y en ti se multiplican.

Si escuchamos a Platón diremos “que el Maestro es el que escoge los caminos de la belleza para llevar al discípulo a la verdad, de tal manera que su acción trascienda el apostolado y el discípulo acabe por corroborar, en el ejemplo de la vida perfecta los postulados de los labios omnisapientes y las conclusiones de la inteligencia humana”.

Enseñar sin mucho es instruir y el que tal cosa hace, puede ser profesor, catedrático, pedagogo, conferencista; pero Maestro sólo está reservado a las mentes que logran de la conducción de espíritus su apostolado.

El propio Zúñiga describe al maestro como aquel que con la sublime belleza de su palabra conjunta sabiduría, belleza y amor, las tres entidades con las que asoma al discípulo al vasto panorama del mundo, haciéndole sentir valor, responsabilidad y orgullo.

Quien impulsa elementos de pasión, de entusiasmo y de justicia, como fuerza creadora y potencia reivindicadora de los más altos timbres del espíritu humano;

quien transforma el carácter crítico en constructivo y postra como finalidad, volver humano al hombre, que es esencia viva, motor del mundo, ejemplo de civilización, centro, motivo y razón del universo.

El primer nombramiento que recibe Horacio Zúñiga como profesor está fechado el 12 de febrero de 1926.

A partir de ese momento y para siempre conquistó con vehemente vocación su fama de hombre de letras y labró su imagen de poeta, sólo eso, formalizó su condición de poeta, porque el poeta nace, la naturaleza designa la condición de cada quien y a él lo hizo poeta, para decretar la verdad, para elogiar a la belleza, para ennoblecer al hombre.

Su fácil y persuasiva expresión y la solidez de su cultura humanista y filosófica, hicieron de él un maestro carismático, arrebatador, admirado por sus compañeros y envidiado por quienes denostaban su estilo poético, sin comprender siquiera que los Titanes, que los gladiadores del verbo, hablan y escriben para estar a la altura de olímpicos diálogos, porque se entienden con lo divino y le susurran al hombre la magia eterna de la poesía.

En el Maestro Horacio Zúñiga dimensionamos primero al hombre, ya no únicamente al ser racional de Aristóteles, sino más allá, al hombre que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe hablar y callar, y Zúñiga lo supo, al que ejercita placentero, rigidez y dureza consigo mismo.

Y él lo fue, hombre de hierro con sonoridades de cristal, galerna devastadora con trinos de ruiseñor, bélicas fanfarrias con cadenas brizadoras, halos aromados en bronceo vaso etrusco; hombre fuiste, hombre de carne y hueso que suspira, hombre soldado de las más aromáticas batallas del verbo. Hombre que sedujo a la aurora y fortísimo luchador de la verdad y la belleza hecha esencia, motor y motivo.

Hombre fuiste Horacio, a la altura de los más grandes, hombre con estatura de titán, genial ejemplo de ruiseñor armado.

Cabe el verso que otro de tus distinguidos discípulos, Octavio Paz, dedicara al poeta español Luis Cernuda:

Discurso de presentación

Ni cisne andaluz... ni pájaro de lujo.
Pájaro por las alas... hombre por la tristeza
Una mitad de luz... otra mitad de sombra
No separadas... confundidas.
Una sola sustancia
Vibración que se despliega en transparencia
Piedra de luna... más agua que piedra
Río taciturno... más palabra que río
Árbol por solitario... hombre por la palabra.

Y volvemos a Carniado: “Por eso yo te conozco a ti, como tú me conociste a mí, por ese milagro de transparencia que hizo de nuestras almas, pantalla televidente; en la que se reflejaba la secuencia de nuestro acontecer sentimental, en la que se concretaban en imágenes nuestros pensamientos y se expresaban en nuestras palabras, nuestros ideales”.

El poeta amó profundamente a Toluca, las calles de esta ciudad escucharon su voz, deslumbraron sus cúpulas con la filigrana de su verbo peregrinante; el poeta de la soledad dejó semillas regadas por las calles silenciosas y frías de su ciudad provinciana.

Se lo dijo el poeta en su oración fúnebre: “Toluca ha sido fiel a ti como tú a ella... vigila tus pasos solitarios, se ha empapado de silencios para que pudiera volar mejor el ave de tu pensamiento y; hasta en ocasiones, ha enmudecido sus campanas para no perturbar tus reflexiones”.

Junto a Enrique Carniado, Pastor Velázquez y Vicente Mendiola conforman una generación de institutenses que transformará para siempre la vida de Toluca y serán la masa pensante y creativa del Estado.

Se educó a los pies de los más sabios de la época, de maestros como moles que piensan y transforman... de Manuel Gómez Morín, de Antonio y de Alfonso Caso, de Vicente Lombardo Toledano, de Erasmo Castellanos Quinto.

Dirigió la Biblioteca Pública del Estado, siguiendo el mismo destino de las grandes mentes que con su pluma transformaron este país; tuvo bajo su resguardo y dirección una biblioteca de la que abrevaron todos los conocimientos que los libros guardan.

Adquirió desde su juventud, una cultura enciclopédica, su mente era un recetario de frases, de poemas genuinos, de discursos orfébricos; fue un artesano del verbo, labró la piedra del conocimiento con tenacidad y paciencia, paciencia de santo y devoción de profeta.

Orador, el más grande que ha habido, el más bello, el más orquestal; orador, porque para sí mismo practicó la gimnasia de la inteligencia sobre la tribuna más alta que pueda existir: la de la conciencia y el corazón del hombre.

Es por antonomasia el más grande verbomotor que ha tenido la tribuna mexicana.

Sí, Ramírez el incisivo;

sí, Altamirano el admirable;

sí, Jesús Urueta el perfeccionista, el príncipe de la palabra;

sí, López Mateos, la lengua de bronce;

sí, Muñoz Cota, el arquetipo del orador completo.

Sí... todos ellos dieron lustre a la tribuna de México; pero Zúñiga es el poeta-orador que hace del caudal del verbo una tempestad, el escultor que hizo hablar a la piedra; como Bolívar el poeta-soldado que de cada batalla hacía una sinfonía o como Morelos el estratega, que enaltecía a la patria en cada campaña.

Así es Zúñiga, el comandante de la idea, el general de la belleza, el almirante de la imagen, sin más ni más, el mariscal del verbo; como un manojo de relámpagos embravecidos y de fuerza y de verdad... el poeta de ritmos humanos, el orador de sinfonías.

Fernando Pessoa solía afirmar que “el nombre no significa nada y a la vez lo es todo”.

Para Horacio Zúñiga representó su destino, en su nombre llevó la misión de literato, de varón enamorado de la idea; en su nombre se reflejó al escritor

Discurso de presentación

contra la indiferencia, literato de éxito y con voz propia, poseía una conciencia insatisfecha; directo en la expresión de sus juicios, fustigador de la injusticia, del autoritarismo, defiende la bondad como el mayor argumento para una revolución. Apela a la razón, reivindica el sentido común y la prevalencia de la ética. Desafecto de la envidia, protagonista de una experiencia vital intensa.

Así era Horacio Zúñiga, disciplinado, tenaz, melancólico, reservado, coherente en sus convicciones, serio, severo, solitario por temperamento y soledoso por esencia; tímido, tierno, implacable, pesimista, leal, sincero, generoso, duro por fuera y frágil por dentro; poseedor de un acentuado sentido de la dignidad, adusto y beligerante; un hombre poseído, desde la juventud, por una insaciable curiosidad, acostumbrado a decir lo que pensaba y a meditar lo que decía, hasta labrar una apariencia de labor misional laica.

Saramago, el genial escritor portugués, afirma que “somos seres de búsqueda”; seguimos el camino para encontrar algo, nos aventuramos a afirmar nuestra condición humana a través de nuestros hechos y cuando dejamos la existencia, seguimos buscando, es una constante perpetua, la búsqueda de lo que somos, a través de lo que creemos.

Tal vez por ello, Borges afirmó: “el tiempo, es la materia de la que estoy hecho”; y nosotros decimos, el tiempo es sólo la sustancia que da albergue a las ideas de los grandes hombres; el tiempo es pretexto para medir su estatura de gigantes, el tiempo es un vehículo para recorrer épocas e inspirar generaciones.

Así, a las 7:30 horas de aquella mañana del 13 de septiembre de 1956, llegaría el final de una existencia de luces, de ritmos y de cantos; llegó puntual a su cita con el destino, llegó puntual la muerte física del poeta, pero como bien se sabe, la poesía es energía y belleza a la par; la belleza no muere, la idea se transforma, la poesía se transfigura, la verdad se magnifica.

Así llegó Horacio Zúñiga a su cita final con la vida y dejó de existir, su tierra natal lo despidió, su solar nativo lo dejó de cubrir en vida para postrarlo en los muros del viento de su ciudad provinciana y ahora, su tierra lo reclama, su gente

lo aplaude, sus discípulos lo honran porque somos, son y seremos producto de su idea, de su verdad hecha poesía, de su oratoria clara y magnífica que nos acompaña siempre y siempre en deuda estará este Instituto, esta Universidad potente y pertinente que le reclama como suyo, que lo envuelve y lo guarda en esta enorme bandera verde y oro.

Si Juárez con su muerte pudo ponerse de pie en la conciencia nacional, si Morelos con su fe patriótica pudo darle Sentimientos a la Nación, si Zapata reivindicó a los campesinos, a los olvidados, con su cabalgar de hombre mestizo y libre; así Horacio Zúñiga se apropia de la esencia misma de una Universidad que se hace más grande con su ejemplo.

Horacio Zúñiga le da a la Universidad de ahora, pertenencia, pertinencia, permanencia, identidad, razón, inspiración, fuerza, fe y voluntad.

Entendemos a la universidad como aquella que liga, que une, que vincula, que nos hace sentir una gran unión con todo, porque la universidad somos nosotros, lo que nos rodea, esta casa que es autónomamente nuestra.

Quién más que la Universidad, su casa y casa del hombre, debe albergar su obra, por eso lo reclamamos para nosotros y para bien de la sociedad de Toluca, del estado y del país, por eso queremos que se conozca y reconozca su obra, por eso impulsamos su imagen más allá de nuestros muros, para que descubran y redescubran al poeta pródigo del Instituto, que también luchó por nuestra autonomía, principio rector de nuestra vida y como esencia viva de nuestra existencia académica.

Así habla quien lo conoció, Inocente Peñaloza, nuestro cronista, lo nombra el “Poeta de la Soledad” y también el poeta de la razón, el poeta de la vida, el que le canta al hombre y a la naturaleza, como sus poemas a las cumbres y al volcán, al Señor Desnudo Xinantécatl; que fue su más profunda inspiración.

Arquitecto de su tiempo y de su ciudad, de su Instituto, de nuestra Universidad; en él la voz de esta Casa cabe siempre, en la edificación del amor y el compromiso con la juventud.

Discurso de presentación

La obra de los ilustres institutenses y de los universitarios de amplio valor, nos genera un verdadero compromiso por corresponder con dignidad al momento que nos toca vivir.

Somos una generación que ve siempre al horizonte, pero no olvida sus raíces; quien recuerda siempre lo que es y de dónde viene, puede ver con decisión el porvenir. Origen es destino.

En torno a la figura de Horacio Zúñiga Anaya, convocamos a los universitarios a hacer más para trascender más; hacemos un llamado pertinente a darle más brillo a nuestra Máxima Casa de humanismo y de cultura.

Declaro que necesitamos al poeta, ahora en sus libros y en su obra, para edificar con verdad y empuje al nuevo torreón de nuestro tiempo; este torreón como emblema del trabajo que desarrollamos todos los universitarios representa también el regreso al humanismo, al reconocimiento del hombre por el hombre mismo, el volver los ojos a la esencia de quienes construimos a la universidad todos los días, este torreón que está destinado a volvernos más humanos, más libres, más y aún dignos.

Con humildad proclamamos que este tiempo es el tiempo de mirarnos unos a otros bajo el hilo de la solidaridad y de la inspiración que crea, es momento de sentir nuestra herencia de miles de hombres que sin falsas afirmaciones construyeron lo que ahora somos.

Reconocernos unos a otros, querernos en el lenguaje propio de nuestro legado, sabernos coincidentes de nuestra misión única, encontrar en el hombre la razón de nuestro espacio y tiempo.

Por ello, iniciamos el reconocimiento de mujeres y hombres con el regreso a nuestro código genético: el humanismo que a la ciencia le da sentido.

En mi calidad de rector de esta casi bicentenaria institución y con el respaldo de los universitarios, acordé instaurar que cada 13 de septiembre nos reunamos, Ayuntamiento de Toluca, Universidad y sociedad, a recordar a uno

de los nuestros, al Maestro Horacio Zúñiga Anaya a quien debemos homenaje valedero, porque su obra nos permitirá proclamarnos pertinentes una vez más.

Creo firmemente que el hombre se debe a su tiempo, pero también a su pasado iluminado por conciencias más claras y más grandes.

Por ello, decidimos además... Rendirte Homenaje, maestro, ...con una sala en este edificio histórico, en este *Viejo Abuelo Ilustrado* que albergó tu vida; más adelante, con una plazoleta que llevará tu nombre en Ciudad Universitaria y con la promoción de tu obra entre nuestra comunidad y la sociedad; por ello, propondré al Consejo Editorial de nuestra institución la reedición de tu obra escrita, para que se conozca tu esencia a través de tus palabras.

El espíritu de excepción de Horacio Zúñiga está guardado en la abundante cosecha de sus libros, para que los jóvenes de muchas generaciones puedan marchar sobre los senderos iluminados por este bardo de luz.

Es el mayor legado que podemos dejar a quienes nos suceden, por la fe inquebrantable en que la Universidad Autónoma del Estado de México, seguirá siendo la casa de la verdad, de la expresión libre y de la comunión de las ideas que transforman.

En el *Libro de los itinerarios*, de José Saramago, Nobel de Literatura y Doctor Honoris Causa, afirma con vehemente razón: "Siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

Así, Horacio Zúñiga regresó a su Instituto, en donde siempre se le esperó; del que nunca debió haberse separado; a su paso por este *Viejo caserón de piedra*, dejó la idea de un monumento a los maestros del Instituto y la letra bellísima y admirada en toda la república mexicana de nuestro *Himno Institutense*, cantado por vez primera el 3 de marzo de 1928, conmemorando el Centenario del Instituto.

Por ello y en tu honor, hemos recuperado las dos estrofas que permanecieron vagas en el olvido y que ahora esta administración con la voz de los universitarios, porque nada ni nadie puede trasgredir la letra que ha vestido a esta potente Casa

Discurso de presentación

de Estudios durante 85 años, los cerebros seguirán siendo jaulas de ideas en esta torre de oro del ave doncella.

Desde los 13 años de edad, la vida de Horacio Zúñiga fue marcada por un suceso sin precedentes, el ingreso al liberal Instituto Científico y Literario. A partir de ese momento, su mente comenzaría un amplio y largo camino por el sendero del conocimiento, la lectura y la meditación de temas profundos.

El Instituto, ahora Universidad, era su más grande pasión, y es mentira... es mentira quien afirme que se fue, el poeta vivió y vivirá por siempre, porque el universo de su mente creativa y el portentoso significado de sus palabras, necesitan reposar en un santuario igual de fuerte, para que dé abrigo a sus más nobles propósitos.

Así como el océano controla a sí mismo sus aguas imponentes, así como el fuego necesita la libertad del viento, así las ideas, las imágenes y las palabras de Zúñiga necesitan el reposo que brinda la Universidad Autónoma del Estado de México.

El lugar donde nacen los hombres con altura de montañas y el entorno en el que se desenvuelven, son meras referencias geográficas; porque para ellos ni la extensión del viento es suficiente para contener su manto de bondad y de prestigio.

Horacio Zúñiga, como muchos más, tiene como cuna, como vientre eterno y natural, el universo, como dijo el poeta de la plástica mexiquense Leopoldo Flores Valdés: “La Universidad es el universo, universo es el vientre infinito donde nace el hombre, universo sin término donde no existe horizonte, horizonte, todos lo sabemos, en el universo no existe horizonte.

Universo infinito, sobrio, explosivo y magnánimo, universo-universidad, que es producto de poetas y pensadores”.

Universo que todo lo embellece, porque es todo y todo lo consume para construirlo luego; universo es la universidad, vientre magnífico de *ideas, imágenes y palabras*, universidad que alberga en su vientre la savia de la lírica, la profundidad de la idea, la grandeza del ejemplo.

Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento

Universo somos nosotros, todos, porque hacemos de la voluntad... patria ciencia y trabajo por y para la sociedad.

Cuánta falta hacen, qué necesarios son los poetas para el mundo, mientras éste se desgrana en odios malsanos, el poeta canta y vibra, canta para armonizar al hombre, para ilustrar la vida, para señalar la verdad.

Así fue el admirado poeta y orador Horacio Zúñiga; un ser genuino, hecho de palabras, heredero de palabras, que a lo largo de los tiempos realizó para gloria de nosotros, un testamento de palabras.

¿Y qué es la palabra? LA PALABRA ES LUZ

ENVÍO:

Amado Maestro Horacio Zúñiga:

Desde esta imponente Aula Magna de nuestra Universidad. Panal majestuoso de imágenes colosales.

Hace 57 años tu cuerpo fue velado en este recinto y hoy velamos armas en tu nombre.

Poeta de luz, de caudalosa lírica, de ritmos majestuosos, de selvas sonoras, de sinfonías magnánimas. Poeta de Tollocan, más grande y más humano.

De amplio caudal es tu poesía, de vitalidad y energía tu prosa, poeta de tempestades, arrobando el deseo infinito de ver a la juventud luchar por la honra y por la libertad.

No existen muros que contengan tu poesía y la portentosa carga de tu oratoria, eres ornamento de nuestra casa de cien arcos, en estos pasillos caminaste, discutiste, amaste a las letras como se ama al hermano, a la madre, a la compañera de vida.

No hay muros, no los habrá... que encierren tu ejemplo de hombre libre, de bardo enamorado, de eterno poeta.

Discurso de presentación

Tensas el arco de la verdad pero tú eres la flecha, conviertes la espuma en vuelo de palomas, eres la verdad de una sociedad que necesita a sus poetas, a sus oradores, a sus literatos y ahora a sus académicos, investigadores y a sus alumnos; una sociedad que necesita vivir en la armonía con su presente y transmutar sus principios para salvarse a sí misma.

La universidad por mi voz te nombra y te renombra, te reconoce y te ensalza, no por vanidad y casamiento con la historia, sino por justicia, por obra y gracia de la justicia verdadera que obliga a los hombres a reconocer a sus hombres, porque en el reconocimiento de unos está la dignidad de todos.

Desde la sombra infinita de esta preclara casa de cultura, venimos en esta tarde lluviosa en enorme cruzada de admiración y gratitud a traerte para ti toda la fuerza de tu Universidad, como tú la nombraste: “Pendón de esmeralda, embrujado con el simbólico temblor de las abejas de oro”.

Por ello pido que al poeta de la soledad... no se le recuerde con silencios; si su poesía fue tan caudalosa, si su poesía fue tan rítmica, si su poesía fue una rebeldía permanente, por qué recordar con silencios al hombre que provocó huracanes y domó desde su mente el verbo majestuoso de ciclones.

Tus hijos te aplauden y te canta tu Instituto
Aplaudid universitarios... aplaudid al poeta
Salve Horacio... eternamente vibra... eternamente canta.
Viva por siempre Horacio Zúñiga Anaya.
Viva México y su amada bandera, suave patria libertadora.
Viva la Universidad liberal, autónoma y perínclita cumbre del saber.
Viva la imponente Universidad Autónoma del Estado de México.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

NOTA A LA EDICIÓN

El propósito de la colección *Horacio Zúñiga Anaya. La luz del conocimiento* es poner a la disposición tanto del lector común como del lector especializado la obra del escritor toluqueño Horacio Zúñiga. Aquí se ha reunido su obra poética, narrativa y ensayo en orden cronológico, considerando la primera vez que éstas fueron publicadas.

En todo momento se buscó respetar las características de dichas publicaciones; por lo tanto, algunas peculiaridades en el uso del lenguaje y aspectos de puntuación, como el caso de los signos de admiración que a veces sólo abren o cierran, fueron conservados.

Esperamos que esta primera reunión del material de este destacado escritor mexiquense, tan poco conocido, sirva para que estudiosos de la materia (lingüistas, literatos, filólogos) puedan revisarla y así ampliar los estudios y ediciones críticas de esta obra.

AGRADECIMIENTOS

Al licenciado Gonzalo Pérez Gómez,
quien prestó gran parte del material que aquí se recopila.

Al maestro Héctor Sumano Magadán,
por su colaboración en la revisión bibliográfica.

A la maestra Alicia Gutiérrez Romo,
quien coordinó el trabajo de los estudiantes que como parte de su
servicio social colaboraron en el “Proyecto Horacio Zúñiga”.

A los alumnos y alumnas que participaron en este proyecto.

CONTENIDO

vii	Discurso de presentación
xxi	Nota a la edición
xxiii	Agradecimientos
1	REALIDAD (1936)
5	Prólogo
11	Notas previas
13	Nota del editor
15	Epígrafe
19	PRIMERA PARTE
21	Capítulo 1
31	Capítulo 2
39	Capítulo 3
43	Capítulo 4
51	Capítulo 5
55	Capítulo 6
61	Capítulo 7
67	Capítulo 8
73	Capítulo 9

77	Capítulo 10
85	Capítulo 11
91	Capítulo 12
99	Capítulo 13
103	SEGUNDA PARTE
105	Capítulo 1
113	Capítulo 2
119	Capítulo 3
127	Capítulo 4
131	Capítulo 5
135	Capítulo 6
145	Capítulo 7
149	Capítulo 8
157	Capítulo 9
165	Capítulo 10
171	Capítulo 11
179	Capítulo 12
183	Capítulo 13
187	TERCERA PARTE
189	Capítulo 1
193	Capítulo 2
197	Capítulo 3
203	Capítulo 4

207	Capítulo 5
213	Capítulo 6
217	Capítulo 7
223	Capítulo 8
229	Capítulo 9
235	Capítulo 10
239	Capítulo 11
241	Capítulo 12
247	Capítulo 13
253	Capítulo 14
259	Capítulo 15
265	Capítulo 16
271	Capítulo 17
273	¡MISERIA! (1981)
275	A manera de prólogo
281	Epígrafe
285	PRIMERA PARTE
377	SEGUNDA PARTE
399	TERCERA PARTE

Realidad
(1936)



A Juan Manuel Carrillo B.
Dilecto en la inteligencia,
leal en el afecto,
noble en la estimación.

A mis ejemplares discípulos
Marcelino Reyes
Carlos Garduño
Luis Sánchez Mejorada Jr.

PRÓLOGO

DE IGUAL MODO que como poeta, el talento de Horacio Zúñiga nos sorprendió con una obra multiforme, en que el vigor y la gracia corren parejas, ahora, como novelista, después de su profunda, potente y desconcertante producción *El Hombre Absurdo*, nos ofrece esta novela: *Realidad*, en la que la elegancia de la forma, la riqueza del estilo, la finura del dibujo, la delicada ternura y la más suave psicología, se hermanan deliciosamente, para constituir un todo tan lleno de amables encantos, que nos obliga a pensar en un álbum que estuviese constituido por las más delicadas y adorables acuarelas.

La novela del campo, de la provincia y de la capital, como quiere el autor, la verdadera novela mexicana porque estudia los tres aspectos más importantes de nuestra vida: el hombre en relación con la tierra, todo instinto y todo sentimiento; el hombre en relación con la tierra con el hombre y con Dios: todo instinto, sentimiento e ideal, y el hombre lejos de la tierra y lejos de Dios, el hombre contra el hombre, de las grandes ciudades mecanizadas, ¡sí!, esto es, todo esto es *Realidad* y también la obra del costumbrista sin par del pintor de paleta única y del psicólogo incisivo, certero y delicadísimo al par, que lo mismo penetra el dulce misterio del corazón del niño, que desflora el amargo enigma del corazón del viejo y que a la vez que viviseca el alma de la madre, descubre los tortuosos senderos de la conciencia de la hembra.

Efectivamente, Horacio Zúñiga, en *Realidad*, se revela como un elocuentísimo pintor de cosas, paisajes y costumbres nuestros, acaso sin rival en nuestra literatura. Sus descripciones de la Semana Santa en el pueblo de Tenancingo, no pueden ser, ni más fieles ni más bellas, ni más conmovedoras.

Páginas hay, como aquella del Huerto de Getsemaní, o como esas otras del suicidio de Judas, que pueden colocarse junto a las mejores páginas de este género de los grandes maestros de la novela universal. Sus estudios psicológicos del protagonista, desde su infancia (dechado de delicadeza) pasando por su adultez (alarde de sapiencia y vigor) hasta su ancianidad (derroche de inteligencia y comprensión) es una verdadera cátedra de este difícil arte de penetrar al personaje hasta confundirnos con él o hasta abdicar en él nuestra propia personalidad. Sus evocaciones, sus análisis, sus descripciones, sus ideas referentes a instantes críticos de nuestra vida colectiva; los nuevos aspectos que nos ofrece de la Revolución, como problema psicológico de nuestra clase media, nos dan una prueba más de la originalidad y el talento de este escritor que alejándose del sobado lugar común, dejando a un lado la propaganda revolucionaria tendenciosa, o la concepción de nuestra Revolución como tragedia, sin recurrir ya al bandido revolucionario, así se llame Pancho Villa, nos muestra a través de un hombre que representa la clase social, en quien la Revolución suscitó más serios problemas, lo que significa este movimiento como reajuste de valores, como desarraigo de antiquísimos prejuicios, como generoso anhelo de una nueva, más justa y más noble organización social.

El hombre cuya niñez discurre en el campo, cuya juventud se desarrolla en la provincia y cuya madurez y ancianidad se consumen en la gran ciudad. He aquí el tema del autor. ¿Puede haber nada más completo? Nos hace pensar esto en Juan Cristóbal de Rolland o en esa que es la más célebre de las obras de Bounin? y si a eso agregamos un estilo incomparable, una prosa positivamente artística, elegante como la de Darío; escultórica como la de Flaubert; tierna como la de Nájera; a veces majestuosa como la de Renán y siempre jugosa y colorida, ágil y personalísima. Si agregamos esto y la manera perfecta de conducir los hechos, desarrollar la trama, mover los personajes y animar la acción, ¿no debemos aceptar que *Realidad* debe figurar entre las obras maestras de nuestra gran literatura?

Han dicho casi unánimemente cuantos han leído *El Hombre Absurdo*, que esa novela constituye un alarde de amargura inteligente, el escepticismo ilustrado; que está llena de verdades, pero también empapada de crueldad, que hasta la prosa, a veces, es tajante, hiriente, desoladora, despiadada; pues bien, no parece sino que Horacio Zúñiga quiso mostrarnos el otro extremo de su vigorosa inteligencia creando en *Realidad* uno de los libros más tiernos, más delicados, más amables, que en nuestra lengua y en nuestra Patria puedan escribirse.

Amarga también, como *El Hombre Absurdo*, sin embargo, qué diferente es *Realidad*. Víctor Sáenz es un inadaptado, pero un inadaptado cerebral; Nachito, Nacho, Don Ignacio García González, es un inadaptado también pero un inadaptado emotivo, ingenuo, sencillo. Uno huye de los hombres en fuerza de conocerlos; el otro, porque no los conoce o porque encuentra el campo, la naturaleza, más amables que los hombres; uno es todo inteligencia, todo sabiduría, el otro es todo sentimiento y todo corazón; uno trata de comprender y de explicar el mundo, el otro de verlo, de sentirlo, de amarlo. Para el protagonista de *El Hombre Absurdo*, el Universo en un laboratorio de ideas, para el protagonista de *Realidad* es un cuaderno de paisajes o un relicario de emociones... Qué formidable hazaña la de Horacio Zúñiga, al poder trasladarse de uno al otro extremo del hombre y ofrecernos, después de una de las más inquietantes, profundas y originales novelas: *El Hombre Absurdo*, otra: *Realidad*, tan colorida, tan musical, tan tierna, tan sencilla, e ingenuamente humana.

Filósofo allá, poeta aquí, allá pensador y aquí artista y siempre él, inconfundible por su cultura, por su talento, por su emoción, por su originalidad, por su maestría, y si no, léanse las primeras páginas de esta obra y véase el caudal de metáforas, una sola de las cuales bastaría para construir el mejor de los poemas. No puede pedirse nada más bello. Toda la tradición, toda la vieja, sugerente y riquísima tradición mexicana, hállase en los primeros capítulos de esta obra que, naturalmente, tiene que estar impregnada de espíritu cristiano porque cristiano fue nuestro pasado y el autor no podía en un torpe alarde de actualismo, pintar

de otro modo, ni con otras ideas, ni otros sentimientos, una sociedad que si debe al fanatismo todas sus desgracias, debe al formulismo religioso muchas de sus bellezas. El autor aquí, simplemente, se ha limitado a evocar, lo que era, tal como era y si ha puesto entusiasmo y amor a esas descripciones, es, no sólo porque con entusiasmo y amor animaron nuestros abuelos esas escenas, sino porque el que describe sin amor y entusiasmo, el que no penetra en la vida de sus personajes y se confunde con ellos, no puede ser nunca, no será nunca, un escritor.

Acaso alguno encuentre anticuada la manera como parece estimar el autor la nueva educación o, mejor aún, la nueva actividad de la mujer. Nada más injusto, a nosotros nos consta que el maestro Zúñiga, en la tribuna, en la cátedra y en el libro, aplaude la emancipación de la mujer, su redención por medio del trabajo, y de la cultura y su justa tendencia a ocupar todos los planos de la actividad humana, pero, en el caso concreto de *Realidad*, la rápida y defectuosa adaptación de la mujer provinciana a un medio corrompido, sin disponer de los beneficios de una educación a propósito, tenía forzosamente que obligar al autor a llevar a sus protagonistas al más triste y desgraciadamente frecuente de los fracasos; en su apoyo, mil ejemplos de la vida podrían citarse; además, eso acaecía hace ya varios años: en esa época de transición en que el pasado podía más en nosotros que el porvenir. Pero *Realidad*, como un documento de esa época, como un reflejo de esas costumbres, como una artística proyección de esa vida, es irrefutable, es insuperable.

He allí, pues, lo que a nuestro juicio significa y vale esta nueva producción del maestro. Ahora, como de costumbre, al tratarse de este insigne literato, puede continuarse haciendo el silencio en torno suyo; según es ya habitual, al tratarse de él, dos o tres críticos (por fortuna de los más ilustres e imparciales) dirán algunas frases o prometerán algunos juicios acerca de esta novela; otros tantos, también afortunadamente de nuestros principales diarios y más prestigiosas revistas, darán una breve noticia bibliográfica de la aparición de *Realidad* y después, nada; el silencio absoluto, la capciosa indiferencia de los despechados

y de los vencidos, de los que no atreviéndose a enderezar su censura, o siendo incapaces de pronunciar su elogio, ofendidos de su impotencia, heridos en su mediocridad de gallináceas, creen que no diciendo que existen los méritos, ni hablando de las obras de sus autores, ni las obras ni los autores existen.

Nosotros no queremos protestar contra esa actitud innoble, de quienes están obligados a dar noticia de cuantas obras se publiquen en nuestro país, aunque sean detestables, pues ello es su oficio y por eso perciben sueldo, como obligados están los encargados del Registro Civil, de anotar todos los nacimientos lo mismo de los próceres que los de los humildes; no, nosotros no queremos argüir que es imposible que Horacio Zúñiga no valga ni merezca la nota elogiosa que se dedica a nuestros peores pirueteros literarios, cuando en cuarenta y dos ocasiones ha merecido los honores del triunfo, en otros tantos certámenes literarios de habla española (Díaz Mirón, Lugones, Chocano, Núñez y Domínguez, Rafael López, Federico Gamboa, González Peña, Julio Torri, etc.) no; nada de eso necesitamos hacer, los grandes autores y las grandes obras se defienden solos. Si está en su contra el presente, no podrá estar en su contra el porvenir, un día llegará, estamos de ello seguros, en que como novelista, como poeta, etc., el tiempo le dará la victoria, cual acaba de sucederle a este escritor insigne con el caso de la Universidad: En efecto, hace 11 años, (1925), el maestro Zúñiga publicó su primer artículo acerca de la Universidad; tiempo después, en 1930 y 1931 continuó con su campaña, por fin, hace dos años, publicó la serie íntegra de sus artículos inspirados en este importante asunto; pues bien, la realidad le ha dado la razón en todos y cada uno de los tópicos por él tratados; sus profecías se han cumplido y cuanto se ha dicho después y cuanto se ha hecho y se está haciendo a este respecto, encuéntrase ya claramente expresado, planeado y resuelto en este pequeño gran libro suyo que constituye un positivo triunfo... y de esa obra, nada, o casi nada se dijo, sin perjuicio, naturalmente, de que cuantos trataran el problema de la Universidad, se inspiraran en las ideas del maestro para decir después que ni siquiera lo conocen. Así habrá de acontecer con sus otras obras, el

valor de este hombre es indiscutible, pero si fuera discutible el literato, el poeta, etc., lo que en él sigue siendo irrefutable es el Maestro; este pujante maestro de la voluntad, del trabajo y del ideal, que sin estímulos, sin afectos, sin amigos, sin discípulos, sin nadie, responde a la indiferencia de los unos, a la ingratitud de los otros y al olvido de todos, con su labor infatigable, con su acción sin titubeos, con su esperanza terca en un porvenir mejor, en un mundo mejor, en otros hombres más buenos y más justos que nosotros.¹

JUAN MANUEL CARRILLO B.

¹ Nota. –No creo necesario manifestar que yo no soy el ex-diputado Juan Manuel Carrillo, pues yo me firmo y he firmado siempre Juan Manuel Carrillo B.

NOTAS PREVIAS

1. - **E**N VARIOS PÁRRAFOS de esta novela, particularmente en los diálogos, hemos dejado tal y como se acostumbra usarlos, regímenes incorrectos, concordancias defectuosas, etc. Esto se debe a que de ningún modo quisimos sacrificar la exactitud en aras de un casticismo académico, muy hermoso seguramente, pero en ciertos casos también muy artificial.

Por eso, cuando habla el protagonista decimos *cabeza de silla*, a *nancas* y cuando habla el autor: *cabeza de la silla*, *en ancas* y así por el estilo.

Por lo demás, hemos procurado destacar, con tipo interletrado como ahora se usa, tanto los nombres propios y giros de lenguajes típicamente mexicanos, como aquellos vocablos y expresiones que, a pesar de ser gramaticalmente incorrectos, han adquirido ya entre nosotros, carta de naturaleza, no sólo por su frecuente uso, sino por no tener muchos de ellos un perfecto equivalente en el lenguaje académico.

2. - Los actores de esta novela proceden de acuerdo con sus imperativos bio-psíquicos y con el medio y tiempo en que su vida, ficticia y real, se desarrolla. Las ideas filosóficas, éticas y políticas del autor, están claramente expresadas en otras obras suyas, principalmente en *La Universidad*, *la Juventud* y *la Revolución*.

NOTA DEL EDITOR

*H*ACE YA MÁS de dos meses y cuando nuestro prólogo estaba impreso, el maestro Zúñiga se vio obligado, seguramente por indigno e inepto (?), a presentar espontáneamente su renuncia al puesto en el cual, durante 16 años consecutivos, sirviera, por modo tan brillante, a la juventud mexicana. Nosotros, como sus discípulos y admiradores, y sobre todo, como mexicanos, hemos creído de rudimentaria justicia, añadir a las del Prólogo, estas otras palabras, no como protesta por el perjuicio que pueda ocasionarse a un hombre cuyo vastísimo saber, robusta inteligencia y firme voluntad, le permiten vivir cómodamente en cualquier país civilizado, sino por el mal que se ha producido a la cultura de México y especialmente a la clase estudiantil; pues, no creemos que en la actualidad haya nadie (a menos que se trate de uno de esos catedráticos improvisados, cuyas urgencias económicas corren parejas con su docilidad y pedantería) que sea capaz de llenar el inmenso vacío que Horacio Zúñiga deja en nuestras aulas. Prueba de ello es que, no obstante ser ya un simple particular, el Jefe del Departamento de Trabajo, primero, en ocasión al Día de la Madre, y la Secretaría de Relaciones, el Departamento de Distrito y la Dirección General de Acción Cívica después, con motivo de la inhumación de los restos de Riva Palacio, encomendaron el discurso oficial al Maestro, en ambas solemnidades, reconociendo tácitamente con ello, los altos merecimientos del insigne catedrático, literato y orador.

¡Cuando hasta en manicomios y presidios se utilizan los servicios, ora de los alienados, ora de los criminales, en beneficio colectivo, he aquí que en México y en plena era de reivindicación social, nos gastamos el lujo de arrumbar en el

silencio y la ingratitud a un hombre que constituye todo un tesoro de saber y de elocuencia!

¿Por fin, la cultura como la riqueza, deben o no deben ser funciones sociales?...

Cualquiera que pudiera ser el delito cometido por un hombre superior ¿debemos, por castigarlo a él, sacrificar a la colectividad, privándola de los beneficios de un talento y una cultura excepcionales, sobre todo en esta hora y en este lugar, donde acabamos de perdonar, honrar y casi divinizar a un campeón de box, que coronara su vida de crápula abofeteando a su madre?...

¿Es justo, es creíble siquiera, que mientras los asesinos de los estudiantes Samoano López y Capdevielle, se encuentran, el uno en su Patria, disfrutando tranquilamente de su dinero, y el otro, ostentando nada menos que la representación diplomática de nuestro país en Europa, uno de nuestros más altos educadores se haya visto obligado a alejarse de la juventud estudiosa que tanto lo estima y necesita?

¡Huelgan los comentarios!... Pero que *Realidad*, esta nueva obra del Maestro, orador y literato, laureado cuarenta y dos veces, en México y fuera de México, sea la mejor prueba de que Horacio Zúñiga es digno del homenaje negativo que sus propios compatriotas acaban de tributarle.

JUAN MANUEL CARRILLO B.

EPÍGRAFE

i OH HÉROES vencidos que habeis bebido en el cáliz hasta las heces, guardianes tenaces y dignos de un pasado de sueño; vosotros los que hoy reposais lánguidamente sobre los últimos girones del silencio, sabed que la gloria ya no existe! Mirad vuestra ciudad. Han demolido las murallas y hasta han talado los árboles centenarios que la circundaban. Al son de las bocinas, el villano atraviesa en automóvil las calles de vuestra ciudad. Polvo que el viento levanta, polvo que cae sobre el polvo en aquel desierto de recuerdos que es ya la vida.

¡Ay, el arte! Ahora es la velocidad lo que cuenta, ahora son los pugilatos, los estadios y otra vez la velocidad.

Masticad pues, el duro veneno, vosotros que llevais aún en vuestro pecho el ritmo lento, íntimo y hostil de los conjurados y de los creadores.

BRUNO BARILLI
(El País del Melodrama)

La metáfora es probablemente la potencia más fértil que el hombre posee. Su eficiencia llega a tocar los confines de la taumaturgia y parece un trebejo de creación que Dios se dejó olvidado dentro de una de sus criaturas al tiempo de formarla, como el cirujano distraído se deja un instrumento en el vientre del operado.

Todas las demás potencias nos mantienen inscritos dentro de lo real, de lo que ya es. Lo más que podemos hacer es sumar o restar unas cosas de otras.

Sólo la metáfora nos facilita la evasión y crea entre las cosas reales arrecifes imaginarios, florecimientos de islas ingravidas.

ORTEGA Y GASSET.
(La Deshumanización del Arte)

No en la invención de acciones, sino en la invención de almas interesantes, veo yo el mejor porvenir del género novelesco.

.....

La obra de arte vive más de su forma que de su material y debe la gracia esencial que ella emana, a su estructura, a su organismo. Esto es, lo propiamente artístico de la obra y a ello debe atender la crítica artística y literaria.

.....

La aventura no nos interesa, hoy, a lo sumo, interesa tan sólo al niño interior que, en forma de residuo un poco bárbaro, todos conservamos.

.....

Pasa, pues, la aventura, la trama, a ser sólo pretexto, y como hilo solamente que reúne las perlas del collar.

.....

No, no es el argumento lo que nos complace, no es la curiosidad por saber lo que va a pasar a Fulano lo que nos deleita. La prueba de ello está en que el argumento de toda novela se cuenta en muy pocas palabras y entonces, no nos interesa. Una narración somera, no nos sabe: necesitamos que el autor se detenga y nos haga dar vueltas en torno de los personajes. Entonces nos complacemos al sentirnos impregnados y como saturados de ellos y de su ambiente.

.....

La esencia de lo novelesco =advíertase que me refiero tan sólo a la novela moderna= no está en lo que pasa, sino, precisamente en lo que no es «pasar algo», en el puro vivir, en el ser y el estar de los personajes, sobre todo, en su conjunto y ambiente.

ORTEGA Y GASSET

(Ideas sobre la Novela)

«El pastor Aristeo guiaba un día sus rebaños hacia las colinas de Erix, cuando vio delante de sí a un pobre mendigo que recogía castañas de espinoso erizo. Apretó el paso para llegar hasta él y, cuando estuvo bastante cerca para que el mendigo pudiese oírle, gritó con su voz de pastor acostumbrado a reunir los animales errantes: « ¡Eh, amigo mío, no se dé tanto trabajo, voy a ordeñar en obsequio suyo a la más gorda de mis ovejas!». Pero se detuvo, porque aquel mendigo era una mujer, que al volverse, se le apareció resplandeciente de juventud. Y era la bella Cipris, que le sonreía, mostrando la doble fila de perlas de su boca. «Aristeo, le decía, te estaba aguardando; ¿quieres dejar tu rebaño y el culto de la ingrata y vagabunda Artemisa para seguirme hasta la cima del monte en que se halla mi templo? Allí me revelaré ante tus ojos con toda mi belleza». Pero Aristeo se negó a seguir a Cipris; mostróle con la mano el blanco vellón de sus corderos y el caramillo del que sacaba sonidos tan armoniosos que las abejas iban a formar círculos en torno suyo, y el musgo espeso del árbol donde acostumbraba sentarse, con los ojos vueltos hacia el mar de Sicilia, « ¡Oh Diosa!, dijo, ¿valdría tanto tu amor como todas estas felicidades?».

JEAN BERTHEROY

«El bien mayor no es la vida; es la paz»

GUIDO DE VERONA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

ADORABLES y lejanas épocas aquellas que vieron discurrir la niñez cándidamente boba y la juventud, un tanto cuanto encabritada, del bueno de don Ignacio García González, pues, pese a todos los achaques de su vejez, a su aspecto insignificante, en su espalda vencida, sus ojillos marchitos, su voz cascada y sus manos temblorosas, él también, ¡qué diablos!, había sido muchacho; habíase divertido cuanto podían divertirse entonces los mozos de sus años y hasta se había permitido tal o cual calaverada sin consecuencias.

¡Oh, la niñez de don Ignacio, transcurrida allá en la provincia llena de azoros de colegiala y rubores de muchacha pueblerina! ¡La niñez, la bienaventurada niñez de don Ignacio!...

¡Cómo, con qué delicia repasaba sus recuerdos que formaban un álbum de acuarelas inverosímiles o uno de esos libros fabulosos donde, ilustrando los relatos miliunanochescos, abren su flora mágica los dibujos de los príncipes y de las hadas, iluminados por nuestros dedos devotos, con la luz de las siete ilusiones del arcoíris!...

¡La niñez de don Ignacio!... Igual, igual y, como siempre, un poco distinta a la infancia de los demás muchachos de su tiempo. Una niñez fácil, sencilla, clara, inquieta y bullanguera como los gorrioncitos párvulos que derribaran de los árboles, tantas veces, las implacables fechas infantiles, empeñadas en cortar de los hilos del viento el argentino escándalo de sus alados cascabeles!

Pobre, aunque no tanto para que hubiese tenido que trocar los cuentos de Gulliver por las torvas páginas de la Corte de los Milagros; hijo de padres pertenecientes a la clase media, necesariamente burócratas y también, ¡ya se

entiende!, necesariamente prudentes, mansos, metódicos, enemigos jurados de toda rebeldía grande o pequeña; devotos de la calma beata y la tranquilidad monorrítmica, y fieles, fidelísimos servidores de Su Majestad El Gobierno, no importa cuál fuese o cómo fuese, por quién o quiénes estuviera constituido. Brote de ese venerable cuanto monótono tronco humano, don Ignacio, Nacho, o más secamente, Nachote (como entonces le decían, en ausencia del diminutivo cariñoso: Nachito, que debido a sus incontables travesuras muy pocas veces mereció) sin disfrutar de las aburridas diversiones de los niños ricos que, entre paréntesis, jamás tuvo tiempo de envidiar, entretenido como estaba con las suyas, gozó, sin colmo ni medida, bañóse plenamente de felicidad, hasta dejar limpios y relucientes los más íntimos rincones de su ser. En efecto, se abrevó, se nutrió materialmente de alegría, a tal grado y en tal forma, que se hubiera dicho que su sangre era un caudal de risas infinitas y multisonoras, que sus nervios eran hilillos invisibles, trémulos de campanilla de plata, y que todas sus células, una a una habíanse transformado en flautas, en liras, en clavecines microscópicos, o mejor aún, en esos instrumentos adorables que se llaman *cajitas de música*, en cuyas entrañas liliputienses, saltan y brincan, y juegan juegos deliciosos, las más transparentes melodías!

No hubo entretenimiento, no hubo diversión de los que Nachito no disfrutara, afecto como era a pasar el mayor tiempo posible fuera de la Escuela: de su antigua y terrible escuela de pueblo, donde el maestro huraño y regañón, muy dado a los latines y palmetazos, por la falta más leve emprendíala con los pobres chicos: ya tirándoles de las orejas, ya poniéndolos de plantón en el lugar más visible, con los brazos extendidos y dos enormes apéndices auriculares de papel en la cabeza, como los que Dios puso en la filosófica testa del asno; ya obligándolos a hincarse sobre finas y molestas piedrecillas; o bien, simplemente pellizcándolos a flor de piel, para que no olvidaran jamás el sagrado apotegma de las viejas pedagogías: *La letra con sangre entra*.

Cierto que, en aquel entonces, no se conocían ninguno de los modernísimos juegos que hoy se practican y que los juguetes no alcanzaban, ni con mucho, la perfección científica de los que ahora, año con año, nos envía el ingenio europeo.

¡No; es verdad!... Aquellos niños que no conocieron las prodigiosas reproducciones de los barcos *de veras* (cañoneros imponentes, acorazados de dos torres, trasatlánticos gemelos del Bremen y el Normandie), las imitaciones microscópicas y perfectas de los ferrocarriles, de las locomotoras eléctricas que se deslizan sobre los rieles tendidos, ora entre minúsculas montañas verdes, azules y hasta cándidamente níveas en las cumbres desafiantes; ora sobre puentes de graciosa estructura; o ya por debajo de breves túneles perforados en las rocas de hojalata. El *diávolo*, ese inquieto diablillo giratorio, no bailaba aún sobre la cuerda floja del hilo rojo, sujeto a las dos varillas largas, finas y torneadas; ni hacía cabriolas en el aire estupefacto; ni daba el salto mortal hasta las nubes, para caer de nuevo sobre el resorte inquieto y burlón del hilo brujo, que, después de extenderse para recibirlo, caía rápidamente, dejándose vencer por su peso, para comenzar, de nuevo, a moverse al conjuro de las dos varillas mágicas que hacían llegar el ritmo de la sangre feliz, hasta el multicoloro cuerpecillo del juguete, encantado también de girar, y girar, y girar, sin saber para qué, ni cómo, lo mismo que los mundos, *diávolos* de Dios, con los que juegan quién sabe qué niños terribles y divinos, obligándolos a girar, y girar eternamente, acaso sin razón, sin fin, y sin objeto!...

Por supuesto que si el *diávolo* resultada un enigma, el yoyo: esa insubstantial bobería de nuestros tiempos, afortunadamente, era todo un misterio.

¿Los automóviles de pedales?... Ni se soñaban siquiera en esos bellos tiempos en que las rojas diligencias eran los vehículos clásicos, destinados a recorrer los abruptos caminos llenos siempre de peligrosas asechanzas; bellamente ilustrados de aventuras gallardas e inverosímiles, o ensombrecidos de historias y leyendas trágicas: *Los Plateados* que, sin saber cómo, se presentaban de improviso en un recodo del monte, o a la vera de un

barranco, y despojaban al pasaje de cuanto llevaba, obligando a las señoras a que descosieran las anchas alforzas de sus crinolinas, en las cuales, casi siempre ocultaban, para mayor seguridad, las relucientes onzas de oro. Los contrabandistas que, sorprendidos por *los del gobierno*, cortaban por el monte y, después de mandar a los arrieros con la carga, parapetados detrás de los árboles, esperaban el paso de sus perseguidores para cazarlos desde arriba y poder continuar su camino tranquilamente. Y las tormentas que sacudían la crín de la montaña y los rayos que *encalabrinaban* a las mulas y hacían santiguarse a las señoras, responsables, en no poca parte, del terror pánico de los niños, pues, apenas veían el fulgor del relámpago cuando ya estaban plañendo el famoso estribillo: ¡Santa Bárbara bendita que en el cielo fuiste estrella, líbranos de una centella!... ¡Santa Bárbara bendita!...

¿Los automóviles?... ¡No!; ni se platicaban aún; pero ni siquiera las bicicletas o los velocípedos. Igual cosa pasaba con los patines y los armones, tan desconocidos como esas cajitas de cubitos de madera con los que se forman los nombres o se integran figuras de animales, o esas otras, más bellas todavía, que tienen breves sillares pulidos: cubos, cilindros, pirámides, etc., etc., con los que se construyen casas de muy diversos estilos y hasta se hacen arcos triunfales y se levantan torres a donde muy bien podrían subirse y atalayar los horizontes del milagro, las almas sutiles de las mariposas...

¡Ah!... ¿Y las colecciones de oleografías y los textos con panoramas de prisma y visiones de madreperla; y las calcomanías que tornasolan de sonrisas de colores las superficies desoladas y adustas; y los estuches de pinturas que siembran reminiscencias de auroras en las parvas campiñas de las páginas vírgenes; y los órganos que tienen corazoncitos que gorjean; y los tambores bélicos; y las trompetas de oro de sol por fuera y de oro de gloria por dentro; y las corazas relucientes, flordelisadas de fulgores; y los cascos de penachos trémulos, embriagados de azul; y los fusiles de munición o de dardos inofensivos, pero de imponente aspecto; y los cañoncitos que tiran arvejones pero que causan tanto

estrago en los ejércitos de soldaditos de plomo; y los payasos que piruetean o que tocan la tambora y los platillos haciendo caravanas con la cabeza de rostro pintarrajeado; y las vaquitas que mugen cuando se las dobla el cuello; y los caballitos que siempre están inmóviles, aun cuando corran sobre sus cuatro ruedas?... ¿Y los osos de trapo que se utilizan como proyectiles en las rudas escaramuzas improvisadas de cama a cama, antes de dormirse; y los chivitos a los que se les da cuerda con una manija que tienen disimulada en la cola y que se ponen a andar cómicamente, como espantados de su propia vida; y los cilindros canoros, erizados de púas que cantan como las espinas de la corona de Nuestro Señor?... ¿Y los timbales parleros, y el kaleidoscopio, y la Linterna Mágica?... ¿Y el cine para niños?...

¡Nada, nada de eso se conocía entonces, o se conocía con otros nombres y de otro modo!... No había nada de lo que hoy hace la delicia de los chicos; los paraísos de las modernas jugueterías estaban muy lejos aún de las manos de los niños, pero... ¡ni falta les hacían!... ¡Ellos también tuvieron sus juguetes, y como las Mil y una Noches, antes que en los labios pintores de Scherhazada, nacieron en los sueños infantiles, también los pequeñuelos de ayer discurrían por los jardines de Aladino, y también platicaban con las hadas y se mecían en los columpios de las brisas y se ponían a charlar con la primavera desde los miradores de las rosas!...

Además, si bien es cierto que carecían de los minúsculos prodigios mecánicos de hoy, también es cierto que poseían cosas más vivas con que entretenerse y que siempre que jugaban, como jugaban con objetos extraídos de su mundo y de su medio, y como jugaban casi siempre a campo traviesa, o por lo menos con la amable colaboración de la tierra y el cielo, estaban en un sagrado y divino contacto con la naturaleza y con Dios; porque Dios debe amar más a los que hacen entrar en su universo el múltiple y humilde universo de los seres y las cosas pequeñas, que a los que, hasta la ingenuidad translúcida de los primeros años, empañan su visión impoluta de la vida, con la reproducción del espectáculo de

una civilización perfectamente mecánica, pero, casi casi, ayuna de todo generoso y verdadero temblor vital!...

¡La tierra, el cielo, la naturaleza!... Sí; los niños de antaño vivieron más en contacto con ellos que nosotros; jugaron con ellos guiados e inspirados por su sabiduría generosa de seres maduros, complacientes y experimentados. Para los viejos de hoy, el ancho mundo era un ser fantástico y multiforme, a las veces real como un abuelo que, poniéndolos sobre sus rodillas muelles de césped, y acercándose a su regazo perfumado de praderas, inclinando un poco la noble testa montañosa, se ponía a contarles cuentos de amaneceres y leyendas de auroras, cuando no abría a sus ojos asombrados el cofre de los paisajes inverosímiles, de los panoramas inenarrables, de las visiones únicas!...

¡Los juguetes milagrosos que el buen abuelo del mundo ofrecía a los niños buenos para que se entretuvieran!... ¿Querían mirar casitas de Nacimiento; rebaños pequeñitos, arbolitos alineados a la vera de los caminos de mentiras o agrupados en torno de lagos de ilusión? ¿Deseaban ver su pequeña ciudad más pequeña todavía, tan pequeña y tan linda que casi pareciera que les bastaba extender los brazos para cogerla con las manos?... ¿Sí?... Pues no tenían más que subir un poco, hasta llegar a la cumbre del cerro más próximo para que, tendiendo después la mirada hacia abajo, el país de Liliput les ofreciese el mínimo esplendor de sus encantos. Esto sin contar con el placer, un tanto olímpico, de sentirse un poco semejantes a los pájaros y a las nubes: felices vagabundos que siempre envidian los niños, ¡porque, conocen tantas cosas y visitan tantas tierras!...

Ahora bien, ¿no deseaban fatigarse demasiado? ¿preferían un entretenimiento, pudiéramos decir, menos atrevido?. Pues bien: se ponía uno a hacer barquitos de papel, que arrojaba más tarde en los arroyitos cantarinos. Con una docena de moscas, a las que se quitaban las alas previamente, improvisábase a la tripulación, escogiendo, ¡naturalmente!, a la mosca más grande para capitán. Este capitán era casi siempre uno de esos gallardos moscardones tornasolados, apuestos y ruidosos como convenía a todo un capitán de navío. Si tal diversión, en fuerza de

repetirse, resultaba, a la postre, aburrida, nada más sencillo: dejábanse los barcos en paz y emprendíase la construcción de un mundo artificial: aquí se trazaba un camino, más allá, con un poco de tierra y otro poco de pasto, se edificaba una montaña; con la útil colaboración de una varita, se cavaba el seno de un mar inofensivo que llenábase después con el agua transportada en el hueco de las manos, y, por fin, para que no estuviera solitario el flamante planeta, emprendíase una caza formal de moscas, pipioles, catarinitas, hormigas, gusanitos, etc., llegando, a veces, a realizar la hazaña de poblar el diminuto océano con dos o tres pescaditos auténticos, o, lo que era mejor todavía, con un gracioso sapito o con una lagartija muerta (¡desgraciadamente, sólo muertas se están quietas las lagartijas!) que resultaban monstruosos ejemplares antediluvianos en medio de aquella naturaleza, increíblemente disminuida.

¿Que también esto llegaba a cansar y que, de tanto estarse en cuclillas y agachados, dolían la cintura y la cabeza?... Echábase mano, entonces, del repertorio de los juegos movidos y estruendosos: el toro corrido, los venados, y más frecuentemente aún, la guerra, y los ladrones, sobre todo éste último, pues si bien es cierto que en el juego de la guerra, había ocasión de emprenderla a puñetazo limpio contra los gachupines, los gabachos y hasta los mochos (si se era liberal) o los chinacos (si se era conservador), en el juego de los ladrones, había más oportunidad de lucir la astucia, el valor, la fuerza, y todas esas gallardas cualidades que en el concepto de los muchachos de todos los países adoran siempre a los ladrones, máxime si son ladrones de camino real: de esos que montan caballos magníficos, visten trajes suntuosos y usan armas certeras; tipos extraordinarios que se juegan la vida, más que por mezquinas ambiciones, por el afán de aventuras, por el mero placer de arrostrar peligros y vencerlos.

¿Libros? ¿Cuadernos de estampas? ¿Cuentos?... ¡Vaya si los tenían!... ¡Y, más bonitos de los que hay ahora, porque eran libros con estampas de bulto, y, sobre todo, porque ellos mismos los formaban prendiendo sobre grandes hojas de cartón, los mirajes alados de los insectos deslumbradores!...

-¿Véis este cromo azul, y verde, y oro? -Es un chupamirto al que se hizo sufrir, previamente, una imperfecta operación para sacarle las tripas y rellenarlo de aserrín. -¿Contempláis ese fistol de esmeraldas crucificado en dos alas de vidrio? -¡Es el caballito del diablo cogido infraganti, cuando le estaba desatando el corpiño a un botón de rosa! -¿Os deslumbran las iridiscencias de aquél extraño escaparate de fulgores, puesto, ¡qué tontería!, sobre un montón de patas y cuernos asquerosos? -Pues es el señor escarabajo; ¡Mirad!, en seguida hay más: todos llevan sobre los hombros resplandores distintos, suntuosamente bellos, aunque, desgraciadamente, todos llevan también debajo el mismo repugnante basurero... ¡igual, igual que los señores potentados!... -¿Es una mariposa? -¡Sí!, esa sutil pradera de celajes, esa campiña azul, es una mariposa; también lo son, ésta que parece un sueño azul, y ésa que se pintó de oro las gasas trémulas, y aquélla que parece que, al levantarse del jardín, quiso llevarse al cielo, todo el jardín prendido entre las alas!... La mariposa pequeñita que finge dos pétalos en vuelo; la mariposa grande, la llamadora que es como la litera del rocío; las blancas, sutilísimas y leves; las de color de rosa, vagas e inasibles; las de dos, y de tres, y de más colores; toda la gama de estos seres adorables e ingrátidos (¡hadas madrinas del viento, vendimiadoras de la miel!) toda la encantadora gama de estas hijas del perfume y del matiz, hallábase prendida en los brujos cartones de los libros maravillosos, exornados también con tal o cual pluma de ave suntuosa, en cuyo ritmo aislado, se asoma todo el esplendor policromo que llevan sobre los hombros, los faisanes del emperador de la China, los pavos reales de Belkís, los quetzales de Moctezuma, y los guacamayos, y los turpiales, y los colibríes de Xochiquetzal!

¿Habría libros más bellos? ¿Habría estampas más brillantes y deslumbradoras que éstas, pintadas por Dios sobre las alas trémulas, sobre los dorsos, sobre los cuerpos vivos de las criaturas?... ¿Y qué cuentos más sublimes que estos cuentos de colores que vuelan entre las rosas, o caminan por las praderas o se pasean sobre las alfombras del prado para que los puedan leer, con los ojos azulados

Realidad (1936)

de alma y de ensueño, los niños que no tienen con qué comprar esos librotos presuntuosos, donde nos dan una naturaleza marchita y pobre, que huele a tinta de imprenta y trasciende a fatigas dolorosas?... ¡Para lo que les hubieran servido, a los rapazuelos de antaño, semejantes porquerías!... A mayor abundamiento, si querían más aún, si deseaban que el portento descendiese hasta sus corazoncitos embelesados, ahí estaban los labios paternos que eran como una puerta de oro, por la que salía la interminable procesión de los sucesos extraordinarios, en la cual, por no se sabía qué extraña asociación, marchaban siempre las hadas junto a las vírgenes, los príncipes junto a los santos y los niños buenos de la mano de los ángeles, y no pocas veces, de la misma mano del niño Jesús!

CAPÍTULO 2

*G*A MÁS GRANDECITOS, allá entre los diez o doce años y a veces hasta los quince, sin excluir completamente a los anteriores, sobre todo a algunos de ellos como el de los ladrones, los juegos, necesariamente, cambiaban de naturaleza, y hacían entonces su aparición: el trompo, cuyos puntazos certeros, dispersaban los tlacos, puestos en el centro de la circunferencia, previamente trazada con el auxilio de la misma jareta con que se hacía bailar el juguete; el balero, que describiendo una voltereta en el aire, siempre sujeto a su breve cordón, caía en el palillo al que, tan hábilmente, solían comunicar sabios impulsos las manos adiestradas; las canicas (ya de humildes entrañas de vidrio o pasta, ya de cristales multicoloros y ágatas pulidas) con las que organizábanse tan divertidas combinaciones y que daban lugar a no pequeños disgustos, cuando se empeñaban en no golpear certeramente a sus rivales; y los colorines con los que se jugaba a la rayuela; amén del juego del burro que consistía (y según parece consiste todavía) en brincar a un muchacho colocado con la cabeza y busto inclinados paralelamente a la tierra, y las manos en las piernas para servir de apoyo a los brazos que tienen que soportar el peso en la espalda, aumentado con el peso del que brinca; y el papalote. ¡Sí!, la empinada del papelote que, con el corazón prendido al cáñamo enredado en el mazo, pesado y voluminoso (más pesado y voluminoso cuanto más larga es la excelsitud del vuelo y las alas del papelote son de la más amplia envergadura) agitando gallardamente su cola de trapos viejos, magnificados con el oro solar, se pasea, incansable, de un extremo a otro, fiel a la dirección del viento que, ya lo estruja bárbaramente obligándolo a dibujar cabriolas inverosímiles; ya lo mece con suavidad, hasta

arrodillarlo en la inmovilidad de un éxtasis de infinito, o bien, con sus manos invisibles, el cáñamo impotente que se queda enredado entre los árboles o los magueyes del predio cercano, mientras el papalote ingrato, en la misma libertad halla la muerte, al revés de las almas que, según la quimera incorregible, en la muerte encuentran su libertad.

¡Ah!, ¡y la caza!... Imperdonable hubiera sido olvidar este entretenimiento, un tanto cruel, pero lleno siempre de tantos atractivos para chicos y grandes. Más no se crea que, al referirnos a estas cacerías de cazadores en ciernes, queremos hacer mención de las cacerías de personas mayores, ¡nada de eso! Los muchachos sólo se limitaban a matar aves pequeñas (gorriones, chiras, pájaras viejas, tordos y alguna que otra vez un gavián). Por otra parte, sus armas no eran escopetas, ni rifles, ni nada parecido; eran flechas de resorte, hondas de ixtle y largas cerbatanas que arrojaban piedrecillas redondas, guijarros pulidos por el agua o pequeñas bolas de barro: con éstas últimas, por lo regular, derribábanse nidos, aunque en no pocas ocasiones, se utilizaban para agujerear los pizarrones y mapas de la escuela.

¡Lanzarse a campo traviesa en busca de las aladas víctimas; saltar por entre los surcos; brincar los barbechos tostados por el zahiriente sol de invierno; corretear por las anchas llanadas para sorprender, entre las matas, a laavecilla sentenciada a muerte; espiar, a través de las ramas de los árboles, el menor movimiento, para tenderse al fin, después de haber trajinado con provecho o sin él, a la fresca sombra de los llorones, alineados en torno de los dilatados alfalfares de un verde profundo, o agrupados a la vera de los jagüeyes tranquilos, absortos siempre en la contemplación de los cielos infinita y divinamente azules.

¡Pintar venado una de las suntuosas tardes de Mayo, para irse a matar a los primeros músicos de la primavera! ¡Emanciparse, por unas horas siquiera, del fastidio de la escuela y del aburrimiento de la ciudad!...

¡Qué delicia, qué suave y dulce delicia!... ¡Lástima que no comprendieran estas cosas los padres regañones y los maestros exigentes!...

Dicho se está, que el nada corto ni huraño de Nachito, fue un consumado maestro en todos estos entretenimientos; que formó libros maravillosos con cromos de alas de mariposas y mirajes de plumas aladinescas; que fabricó incontables flotas de papel, dotándolas de competentes tripulaciones de moscas; que dibujó caminitos de arena, elevó montañas, cavó océanos, y perforó túneles pigmeos; que juntó pesadas bolsas de canicas, en fuerza de vencer, por la buena o por la mala, a sus contrarios; que manejó el trompo y el balero con un arte consumado, haciéndose hasta cien coronas, varias de ellas de palito; que supo colear con el papelote como muy pocos; que reunió grandes botines de colorines y huesos de durazno, que brincó el burro con tanta suerte, que, sólo dos o tres veces midió la tierra con el cuerpo; y sobre todo, que jugó al toro corrido, la guerra y los ladrones, como ahora no se juega ya, porque entonces la extranjerizante fiebre deportiva que hoy padecemos, no había comenzado a desnaturalizar la conciencia infantil, con entretenimientos importados que nos van apartando de lo propio; que nos desarraigan de nuestro medio, de nuestro ambiente, de nuestra tradición, y anticipándose a la conquista de los fuertes o preparándola, han principiado ya por subsistir en los labios de los niños y los jóvenes mexicanos, la música de la lengua de Cervantes, no por la hondura filosófica del idioma de Shakespeare, sino por la bárbara jerga del Tío Sam.

Naturalmente, dado su carácter inquieto, alegre y atrabancado, Nachito prefirió siempre los juegos más viriles, aquellos en que menudeaban los costalazos, las trompadas y los puntapiés. Era cosa completamente vulgar, verlo llegar con las medias hasta abajo, el pantalón desgarrado, la blusa con dos o tres atorones, las mechas en los ojos, pugnando por ocultar el chichón que, quién sabía cómo le había salido en la frente; y las manos cochínísimas, negras de tierra, pero, eso sí, gloriosamente surcadas de araños y florecidas de pequeñas y honrosas cicatrices. Y de nada servía que le riñeran y hasta lo empalagaran de jarabe de cuero, él se aguantaba como los hombres, bebíase con todo y mugre los lagrimones, gruesos como tejocotes, que, pese a su voluntad estoica, se le rodaban de los ojos; en

señal de protesta, encerrábase en un silencio digno y trágico, y, ya en la cama, después de la cena, consumida con un apetito que no estaba muy de acuerdo con su actitud de principito ofendido, poníase a repasar las brillantes hazañas del día que bien valían, ¡qué carambas!, esa zurra y todas las zurras que le dieran.

Una circunstancia feliz vino a fomentar, más aún, estas viriles inclinaciones del rapaz, facilitándole la oportunidad de ejercitar su afán de movimiento, de correrías y aventuras: Al mismo colegio en que estudiaba iban los hijos de los principales vecinos del lugar: ricos hacendados, rancheros, campechanotes y buenazos, cuyos vástagos, francotes y sencillos como ellos, no tenían empacho en cultivar las mejores relaciones con sus compañeros, ajenos por completo a todas esas repugnantes y crueles distinciones que los niños de las ciudades ya conocen, envenenados por las insinuaciones paternas o asesorados por las exigencias del medio. Por ventura, en aquella pequeña provincia ignorábase todo ésto, y como, por otra parte, el carácter comadrero de Nachito, prestábase a maravilla para crear y cultivar toda clase de amistades, pronto se hizo cuate de los Pliego, dueños de la Hacienda de Chincua, de los Ballesteros, propietarios de Enyege y los Zimbrones; de los Cordero, que tenían su predio principal en la Laguna; de los Muciño, los Mañón, etc., etc., y sobre todo, de los Barbabosa, en cuyas haciendas de Atenco y San Diego de los Padres (ilustre solar de los muy leales y nobles Condes de Calimaya) se criaban los toros más bravos del país, allá por los buenos tiempos de Ponciano Díaz, Lino Zamora y Bernardo Gabiño.(1)

¡Lo que había gozado en los inmensos valles aterciopelados del césped, trémulos de brisas, dorados de sol y perfumados de una amable frescura campesina! ¡El vuelo que se había dado corriendo a galope tendido, saltando las zanjas, encabritando al caballo para lucir sus habilidades de jinete, adquiridas a

(1) Como se trata de una novela y no de una historia, el autor no puso especial empeño en verificar si realmente las haciendas citadas corresponden a los dueños mencionados, excepción hecha de las haciendas de los Barbabosa, que sí pertenecieron o pertenecen aún a esta familia.

fuerza de caerse y levantarse!... ¡Inolvidables charreadas en las que, dirigidos y alentados por vaqueros y caporales, se echaban piales y manganas a las potrancas broncas o a los becerros y practicábase, en todos sus múltiples matices, el floreo de reata, pugnando por repetir las hazañas de Palemón, cuyas manos milagrosas imprimían al lazo movimientos y eurtmias inverosímiles, haciendo que, después de abrirse por sí sola hasta adquirir las proporciones de un anillo gigantesco, la mangana, describiese en el aire las trayectorias variadísimas: ya ascendiendo como la espiral de un vuelo; ya descendiendo y reptando como una serpiente; o bien paseándose rítmicamente en torno del cuerpo y por encima de la cabeza del lazador que, cuando menos se esperaba, la disparaba, con infalible certeza, sobre la noble testuz de los brutos sorprendidos y ante el pasmo boquiabierto de los espectadores asombrados.

¡Había que ver todo lo que hacía Palemón, y no nada más con la reata, qué va! ¡Había que verlo en los jaripeos, jineteando toretes de tres años; montando pencos brutos; coleando toros, ¡sí señor!, verdaderos toros fuertes y bravos, de afilados pitones y frente china, como eran todos los de la famosa vacada de la hacienda!... ¡Pero si ni parecía que le costaba trabajo, si ni se notaba siquiera el esfuerzo que tenía que desarrollar para tumbar a las nobles bestias!... ¡Tal era la maña que se daba el centauro campesino, que contaría a la sazón unos cuarenta años, y cuyo aspecto arrogante y bonachón, revelaba, desde luego al ranchero, fuerte y candoroso, recio como un roble, ingenuo como un niño y fiel a sus amos como un perro.

¡Fiel a sus amos!... ¡Vaya si lo era el invencible Palemón! ¡Que lo dijera, si no, la cicatriz que le había hecho en la cara aquel indino gallero despechado que, habiendo querido mal herir al amo Don Rafail provocando el escándalo consiguiente, antes había tenido que habérselas con él!... ¡No faltaba más!; ¡tocar el pellejo a su mercé!; ¡eso nunca, y mucho menos armar un alboroto para que se anduviera diciendo después (lo que, bien visto, nada malo tenía) que también al patrón grande le gustaba echar su cana al aigre, allá por las ferias de Santiago Tinguistenco y Capulhuac!...

¡Ah!, y el día, la noche, mejor dicho, en que, sin decirles nada a las niñas que se encontraban solas, porque el patrón había tenido que salir de improvviso aquella misma tarde, abusando un poco de la confianza (¡qué diablos, por qué no confesarlo!) al darse cuenta de que unos charritos de agua dulce querían entrar casi por la juerza dizque a saludar a sus mercedes, él, echándose encima la cobija y hundiéndose hasta los ojos el sombrero de don Rafail para que no lo conocieran, había salido a ver que querían a esas horas esos... fulanos, habiendo recibido como respuesta aquellos dos balazos que lo pusieron a un pie del sepulcro, pero que no le tocaron al amo, para quien, con seguro, estaban destinados.

Y... Mas, ¿para qué repetir lo que todo el mundo tenía bien sabido, no sólo en la vasta extensión de las haciendas, sino en Santiago y San Mateo, Tenango, y hasta en la misma capital del Estado, donde residían las familias de los amos? Pero, si Palemón era el orgullo de sus patrones, constituía también la delicia de los chicos, a quienes dejaba hacer cuanto les venía en gana: apostar carreras, espantar al ganado, que pacía libremente en las verdes sabanas (¡el ganado manso, ya se supone, pues con el bravo nadie se metía!); echar a perder los alfalfares; aplastar a tal o cual gallina que se interponía en su camino; meterse en las eras y revolcarse en la paja recién hacinada; azuzar a los perros contra gansos y guajolotes y hasta sacarse, a escondidas, la escopeta del señor, para irles a hacer mal obra a los pateros de la armada, pues espantaban al pato silvestre y lo hacían huír, aunque fuese nada más por algunas horas, al otro lado de la laguna. ¡No en vano, por todas esas tolerancias, más de una vez habían regañado al pobre hombre; pero él seguía siempre lo mismo de consentidor!... ¡Quería tanto a los niños!... Además, con hacerse de la vista gorda, tenía para disculparse; con irse por otro rumbo era suficiente: así, si el amo preguntaba después, él se amacharía en la misma respuesta: ¡No lo sé, l'amo; quién sabe; la mera verdá yo no andaba por ahí!

Pero, qué no iba a andar, si al poco rato de haberse ido al otro extremo de la hacienda, ya estaba picando espuelas a su magnífico alazán tostado, para juntarse con los niños y ponerse a enseñarles sus habilidades con la reata, al

grado de haber sido sorprendido, en no pocas ocasiones, por don Rafail, cuando, seguido a galope, por sus entusiastas discípulos, corría tras una becerro, para que vieran cómo se debía amarrar el lazo en la cabeza de la silla, obligando al caballo a describir quién sabe qué movimientos precisos e indispensables para tumbar a la víctima sin que dijera ¡agua va!... ¡Sólo Dios sabía lo que Nachito le debía a Palemón en materia de charreadas y jaripeos; por él había sabido montar como se debe, sin afectación, naturalmente, no como montan los catrines; por él había aprendido a lazar tan bien y a veces hasta mejor que el mismísimo Toño Barbabosa (el primogénito de Don Rafail); y por él también, por tomar demasiado en serio sus pullas bonachonas, más de una vez, pretendiendo aguantar los reparos de becerros ya grandes, de verdaderos toretes, mejor dicho, había provocado la hilaridad del concurso con los señores porrazos que se había dado.

CAPÍTULO 3

CASI CADA OCHO DÍAS, desde los sábados, muy de madrugada, para regresar hasta por la noche del domingo siguiente, Nachito, invitado por los hijos de Don Rafail, a quienes acompañaban frecuentemente también los muchachos Ballesteros, los dos Pliego, y en algunas ocasiones los Mañón, íbase a gozar plenamente de la vida del campo; a respirar aire azul hasta cansarse; a fatigar los ojos de lejanías indescriptibles; a darles gusto a cuerpo y alma, hasta que alma y cuerpo caían rendidos en la delicia seráfica de un sueño profundo y tranquilo, sólo turbado, algunas veces, cuando al maldito Antonio se le ocurría hacer de esas maldades que el propio Nachito le inspiraba, si iban de visita muchachos que no les simpatizaban o simplemente cuando no estaban muy cansados.

Empero, cuando Nachito se la pasaba mejor, era a fin de año, durante las vacaciones grandes: entonces sí valían la pena sus excursiones a Atenco y San Diego de los Padres. ¡Quince días, hasta un mes transcurridos en una libertad eglógica, haciendo vida casi primitiva, en fuerza de simplificarla e ingenuizarla!... ¡Un mes de sana y viril holganza; de estar cerca de los árboles, los riachuelos y las bestias; del aire, del sol puro, de la existencia pura, de la pura y bienaventurada naturaleza, siempre dispuesta a abrirnos su corazón maternal y lleno de consuelos, alientos y ternuras! ¡Los trigales dilatados, áureos y sonoros ondulando suavemente a la caricia de las brisas! ¡Los alfalfares de un verde azulado y húmedo, muelles y frescos, blandos y acogedores! ¡Las milpas, altas y resonantes, rubias de panojas luengas y sedinas! ¡Los llanos de un verde tierno, delicadamente aterciopelado, y las arboledas umbrosas; y los montes lejanos (¡eran tan grandes las haciendas!) arropados de túnicas de bosques, de un color

zarco profundo después de la lluvia, de una suave tonalidad lila después del crepúsculo o de un rosa desvaído al amanecer!... ¡Y la laguna! ¡Sí, la laguna de Lerma, escondida entre los ribazos de tules, sembrada de lentejilla, tuberosas y lirios acuáticos; poblada de quién sabe cuántas sabrosas bestezuelas: desde el pescado blanco hasta los patos silvestres, que no se sabe si se llevan el azul del agua al azul del cielo o si traen el azul del cielo al azul del agua!... ¡La laguna de Lerma! ¡Cómo era bella, cómo era dulce cuando se la surcaba en una de esas trajineras, que se deslizan, lentamente, sobre el llano fluido y trémulo, sin un estremecimiento, sin un balanceo, tranquila y serenamente, como se desliza la mirada sobre la vastedad absorta y encantada de las linfas!...

Sin darse cuenta, Nachito, en fuerza de estar tanto tiempo junto a ellas, había acabado por aprender a amar la tierra munificente, el agua generosa: ese mundo adorable y simple de los seres inferiores; de las especies animales y vegetales; de las cosas que creemos inanimadas, nada más porque no somos todavía lo suficientemente franciscanos para descubrirles el alma, o lo verdaderamente sabios, para encontrárselas.

¡Quién sabe qué cascabeles de alegría le sonaban en el corazón, cuando las fiestas de la primavera echaban a volar las lirras errantes de los pájaros o arrojaban, sobre las praderas, los botines de sus flores silvestres: campánulas, madre selvas, campanillas, pensamientos!... ¡Los chícharos de tan variadas tonalidades; la flor de nabo de un amarillo subido; la coronilla de un anaranjado profundo; y los mirasoles, los mirasoles de infinitos matices, ingravidos y temblorosos, que visten las desnudeces de las suaves colinas, echan túnicas aligeras sobre los hombros escuetos de los cerros, bordean los caminos, para hacer más grato el tránsito y no dejan de seguir la ruta del sol, con la mirada sedosa y múltiple de sus pétalos!...

El amanecer, sobre todo, impresionaba dulcemente el espíritu de Nachito. ¡No sabía qué cosa tan amable y tan pura le subía desde el alma, cuando el amatista anémico del orto iba rosándose tenue y delicadamente; cuando la luz iba despertando, todavía con los ojos embebecidos de portentos y el azul, tierno

y ferviente, se arrodillaba en las alturas, para contemplar al día recién nacido que llegaba en los brazos de la aurora!...

¡Así, así debió haber sido la mañana de la Epifanía: con ese firmamento, con esos celajes, con esa naturaleza de égloga, en la que el agua, humilde y buena, besábale las plantas a la tierra y las montañas pastoras, inmóviles en una contemplación virgiliana, tendíanse a soplar en la siringa de los vientos, mientras allá, por los llanos cerúleos pacían y retozaban los inquietos rebaños de las nubes!...

¿Y los crepúsculos?... ¡También, sí, indudablemente eran hermosos!; pero como eran de una hermosura triste, que no cuadraba con el carácter de Nachito, mucho menos a esas horas en que, feliz de haber travesado todo el día, regresaba a la finca de la hacienda, comentando las hazañas propias y extrañas y formulando mil proyectos para el otro día; y como, por otra parte, precisamente al regreso era cuando Palemón entreteníalos con la narración de sus mil y una aventuras, Nachito no podía gozar de la inefable dulzura de aquella hora mística, en la que los bueyes tardos, libres de la coyunda, bajan a humedecer los belfos en los jagüeyes y los peones regresan a sus cabañas donde los espera ya el fogón amigo; mientras, al ritmo beato de la campana que bendice el silencio, la tarde campesina se pierde en las veredas del monte vecino, ya embelesado con las historias fantásticas que comienzan a narrar los labios de oro de las estrellas primerizas!

De las noches, ¡eso sí!, poco o casi nada podría decir Nachito, pues, de tanto andar de aquí para allá, caía en la cama como piedra en pozo, dormía como tronco y de un sólo tirón, desde las ocho hasta la madrugada; así es que, de las noches del campo sólo podía afirmar que eran mejores que las de la ciudad, porque se dormía más y con más gusto. No obstante, jamás olvidaría los ruidos y gritos extraños que ya desde que comenzaba a obscurecer, bajaban de la montaña o subían de la llanura: El largo aullido del coyote; el penetrante silbido de la lechuza; el sordo concierto de las ranas comadreando incansablemente en los

charcos; los ladridos de los perros que, con el más ridículo pretexto, martirizan con sus ladridos los oídos atentos de la noche, y las mil voces del viento: ora suaves y apacibles, ora rudas y coléricas; ora trágicas y sibilantes como inmensos suspiros que viniesen de las tumbas!...

Pero, pasado de ahí, nada, excepto, naturalmente, las noches de tormenta, en que el trueno abofetea rudamente el rostro del silencio, el relámpago escupe la frente de la sombra y el viento alborota las cabelleras de los bosques, cuyos árboles se retuercen como enajenados o malditos!...

Entonces sí, pese a su valor y a su cansancio, nadie podía conciliar el sueño: unos a otros, sin ocultar ya su zozobra, interrogábanse de una a otra cama y de una a otra pieza: —¿Oyes qué feo hace el aire?... ¿Te acuerdas de lo que nos contó Palemón de la llorona?... ¿Será cierto?; y cuando, al cabo de una o dos horas, la calma volvía renacer, todos se apuraban a dormirse, no sólo para reponer el sueño perdido, sino para que, al otro día, no se supiera a ciencia cierta quién había sido el que se había espantado primero; pues todos aseguraban que ellos habían sido despertados por los otros y que, si no hubiera sido por eso, ¡cualquier día se hubieran dado cuenta de una cosa tan bobá como la tempestad!

CAPÍTULO 4

DON JESÚS García González era un ser insignificante: bonachón, tonto e ignorante, pese a su hermosa letra inglesa y a su habilidad para redactar los oficios con las eternas frases de cajón. Ninguna inquietud espiritual, ninguna preocupación elevada, encarrujaban, siquiera fuese levemente, el tranquilo espejo de aquel lago de aguas muertas. Sin opiniones propias, sin criterio, ni conciencia de su responsabilidad social, casi casi sin dignidad humana, como convenía según debe haber pensado, a un perfecto servidor de la nación, don Jesús García González estaba dispuesto a respetar lo mismo éste que al otro, con tal de que lo dejaran vivir en paz, y no le quedaran a deber ni uno sólo de sus cincuenta pesos mensuales, sueldo que en aquel entonces no era nada despreciable.

¿Santa Ana, Maximiliano, Comonfort, Juárez? ¡A él no le importaban! Para él no había patriotas ni traidores, conservadores ni chinacos; para él sólo había una entidad abstracta y sacratísima: El Supremo Gobierno; la autoridad siempre digna de consideraciones y respetos porque es la que manda y la que paga. Fijarse en detalles de banderías y de partidos, era estúpido y evidenciaba mezquindad de espíritu; los hombres cuerdos no se andaban con tonterías, sabían que en este perro mundo, forzosamente tenía que haber unos que ordenaran y otros que obedecieran, y don Jesús García González pertenecía a estos últimos; así es que, sensato y prudente como el que más, no iba a exponer su descansada cuanto satisfactoria posición de empleado público, nada más por gastarse el lujo de defender tales o cuales convicciones políticas.

A mayor abundamiento, ¿podía asegurarse quién de todos era el más sinvergüenza? ¡A él que no le vinieran con gansadas, todos eran iguales; ¡sí señor!,

¡todos eran iguales! Lo de los nombres era lo de menos; todos robaban y hacían bien, ¡qué diantre!, para algo habían expuesto el pellejo y comprometido la sagrada tranquilidad del hogar, esa bienaventurada tranquilidad hogareña en cuyas aras, precisamente, había sacrificado don Jesús lo que aún quedaba de su exigua personalidad, ya que, a la postre, había acabado por ser el hijo de su hermano mayor: un cincuentón viudo y sin hijos, de agrio carácter pero de recursos no muy escasos, en cuya casa vivía arrimado don Jesús con toda su familia (la señora y cinco vástagos) so pretexto de que no estuviera tan solo, pero según decían por ahí las malas lenguas, con el no muy sano propósito de emanciparse para siempre del casero.

Muy cara, sin embargo, le resultaba la cosa al bueno de don Jesús, pues, deseoso de ejercitar su carácter autoritario con el primero que se le presentara y engreído con las atenciones que le proporcionaba su desahogada posición, el muy ilustre abogado don José María García González, había aceptado la generosa compañía de su hermano con la condición de que, en casa no hubiera más amo que él, y que tanto su querido hermano don Jesús, como su no menos querida cuñada y sus adorados sobrinos, no harían otra cosa que lo que ordenara su santísima y omnímoda voluntad. Naturalmente, todo ello cumpliéndose al pie de la letra, de tal modo y a tal grado que, cada decena, don Jesús entregaba íntegra su soldada al ilustre don José María, y tanto la señora como los muchachos, no daban un paso sin antes haber consultado la infalible opinión de tío Chema, como le decían únicamente en el seno de la familia, porque delante de las personas, así se tratara de los más íntimos amigos, no se hubieran atrevido a llamarle de otro modo que: el licenciado, el señor licenciado, mi tío o nuestro tío, el señor licenciado.

¡Y vaya de las polendas que se gastaba el señor curial, ensoberbecido por la humillante actitud de sus familiares, perpetuamente inclinados ante el fantasma de su prestigiosa al par que vana sabiduría. Cuanto decía era aprobado, acto continuo. Nadie hubiera osado, no digamos discutir, pero ni siquiera acoger con frialdad sus opiniones que tenían la fuerza de un artículo de fe. Sus predicciones

eran infalibles como divinos augurios y si alguna vez no se cumplían (lo que acontecía casi siempre) eso era debido a que, desgraciadamente, el mundo no andaba como debería andar, pero nunca a un error de cálculo, inconcebible en aquel cerebro privilegiado que sabía tantos latines y conocía los rincones más abstrusos del derecho canónico.

Ya se comprenderá que, ante tamaño pozo de ciencia, don Jesús sentíase un verdadero pinacate humano. Él mismo pugnaba por diluirse, por perderse, por aplastarse, por no estorbar la más pequeña manifestación de la insigne personalidad de su hermano. Había que reconocerlo, ¡qué carambas!, el único que tenía derecho de mandar allí era el licenciado. ¿El, que cosa era junto a don José María?; un digno empleado y nada más... ¡No había otro remedio que conformarse, y él, desde luego, estaba dispuesto a conformarse del mejor grado posible!... Después de todo, hasta resultaba mejor así. Él no tenía carácter; había nacido para vivir tranquilamente, no para mandar. ¿Qué hubiera sucedido si la suerte no le depara a aquel hermano ilustre y enérgico, dispuesto a ejercer su benéfica autoridad sobre su familia, en vista de no tener familia propia sobre la cual dar rienda suelta, a su espléndido don de mando?; ¿qué hubiera pasado si don Jesús se hubiese visto en el caso de tener que asumir la dirección y el gobierno de su casa?

Sólo de pensarlo se hacía cruces el pobre hombre, incapaz del más mínimo alarde de energía; ayuno de toda voluntad, timorato, irresoluto, pusilánime; hecho para acomodarse en cualquier parte con tal de que no se ocuparan de él; nacido para ver pasar perpetuamente los pies de las personas (nunca hubiera osado levantar la vista para verles el rostro), perezosamente arrebuñado en su poltrona, detrás de la ventana como las niñas, que hacían quién sabe cuántas curiosidades de costura, atisbando lontanos espejismos.

¡La enorme carga que le había quitado de encima el ilustre don José María, a su irresoluto y pobre hermano! ¡Cómo, cuánto se lo agradecería don Jesús!... ¿No estaban viendo de qué modo tan brillante lo sustituía? ¡Así se dirigía una familia!

¡Así se mandaba! ¡Eso era educar y organizar!... Hasta él mismo, ¡caracoles!, hasta él mismo sentía la benéfica influencia de aquel carácter de hierro. Y, admirado y sorprendido, don Jesús, no encontraba que hacer para facilitar aquella admirable labor gubernativa: Constantemente recomendaba a sus hijos que obedecieran sin titubear, a su tío; que su tío era el que mandaba (cosa que tenían perfectamente sabida); que ahí, él, su padre, no era más que un fiel colaborador de su ilustre hermano; y que le pidieran siempre a Dios, conservara la preciosa salud de ese hombre, sin el cual, ninguno de ellos (inclusive su esposa), valdría nada. Y seguía disminuyéndose, esfumándose, apagándose, como si tuviera vergüenza de su propia vida, o como si quisiera, imitando a la pulga de la fábula, bajarse del lomo del camello, para no acrecentar su pesadumbre.

Fácilmente se comprende, a qué desastrosos resultados dio origen esta voluntaria y sistemática claudicación de don Jesús. Perdida su personalidad en el mismo seno de la familia; ahogada su autoridad por aquella otra autoridad extraña; humillado él mismo, arrodillado a todas horas ante el capricho del hermano, acabó por perder todo ascendiente cerca de los suyos, que lo veían ya como un igual, esclavo como ellos del mismo dominio implacable y avasallador.

Los muchachos, sin dejar de respetarlo (en aquellas venturosas épocas, el respeto fue siempre la piedra angular de las familias) ya no encontraban en él ningún apoyo ni fortaleza, testigos como eran de que su mismo padre tenía diariamente que pedir consejo, y viendo, como veían, que no había cuestión en la que no predominara el parecer y la voluntad del tío. A tal grado llegaba esto que, don Jesús, cada vez más timorato y precavido, evitaba toda enojosa discusión, limitándose, simplemente, a consultar sus asuntos con la misma humildad reverente con que todas las mañanas recogía, en la oficina, las instrucciones de su jefe.

Con la pobre señora aconteció algo semejante. Sintióse desamparada; hallándose, de pronto, con que su esposo, en vez de prestarla su autoridad, la ponía bajo la férula de la autoridad de su hermano, no tuvo más remedio que acomodarse, mal de su grado, a la nueva situación, poderosamente auxiliada por

esa beata conformidad de las mujeres mexicanas, más abnegadas aún si ya son madres, que, en su divino anhelo de proporcionar el bienestar a los suyos, son capaces de arrinconarse en el más triste cuchitril y de arrostrar, sin lanzar un sólo reproche, las más crueles y dolorosas contingencias.

Con Nachito, empero, no pasó lo mismo; fuese porque su carácter, naturalmente inquieto y bullanguero, no podía compadecerse con las exigencias de la clausura; fuese porque, como hombre, había menester de ejercicios y entretenimientos muy distintos a aquellos de que podían disfrutar sus hermanas, a quienes, bastaba con ponerse a coser tras la vidriera, para encontrar el pretexto de divertirse charlando insulseces y viendo pasar a los vecinos; o fuese, en fin, porque un rudimentario sentimiento de dignidad, protestara dentro de él contra aquel absurdo despotismo que absorbía la autoridad de su padre; el caso es que Nachito no pudo someterse nunca de buen grado a los caprichos de ese tío antipático, ceremonioso y grosero, que le caía peor que una patada de mula en el estómago.

Vano era que su papá le instase a la obediencia; vano que la madre, le aconsejara prudencia y tolerancia; vano igualmente, que el tío, santamente indignado contra aquel mocoso que ya quería escupir en rueda, le castigara privándolo del dulce y de la fruta, lo encerrara en el cuarto de los trebejos, o le zumbara en salva sea la parte, con todas las fuerzas de su autoridad ofendida, Nachito seguía en sus trece, empeñado siempre en salirse con la suya. Al contrario, lejos de corregirlo, los repetidos e inmoderados castigos de que era víctima, sólo conseguían afinar su astucia y vigorizar su rencor contra aquel condenado viejo de su tío; y así era como, con la complicidad de sus hermanas y la dulce tolerancia de su madre (que quizás en lo más oculto de sí misma, aplaudiera aquella justa rebelión) cada día ingeniábase más en permanecer el mayor tiempo posible fuera de aquel infierno de su casa, donde el señor su tío desempeñaba tan bien su papel de diablo sermoneador.

De este modo, el apego al hogar no sólo fue desapareciendo de su corazón, sino que fue trocándose en una repugnancia tan viva que (¡quién lo hubiera

pensado!) hasta la misma escuela parecía preferible, ya que, cuando menos, ahí tenía oportunidad de jugar durante el recreo, amén del vuelo que se daba, tanto a la entrada como a la salida. Precisamente en ella y por aquel entonces, conoció a los Barbabosa, cuya amistad fue como una tabla de salvación; como un verdadero milagro. En efecto, debido a la prominente posición de esa familia, emparentada con lo mejor del lugar y poseedora, por ende, de poderosas influencias, el ilustre licenciado, no podía negarse a conceder, so pena de ofender a don Rafael, el permiso que sus muchachos solicitaban para que fuese Nachito con ellos a pasar uno o dos días a Atenco, cada semana, sin contar, ¡por supuesto!, los quince días o el mes de las vacaciones grandes.

Naturalmente que el maldito viejo se desquitaba de esta ineludible concesión, procurando echarle a perder al infeliz rapaz, cuantas horas libres le quedaban en la semana. Pero esto contribuía, más aún; a aumentar el sublime goce que experimentaba el espíritu infantil cuando, apenas preludiado el amanecer del sábado, saltaba (¡prodigio inusitado!) ligera y alegremente, de la cama, para reunirse (muchas veces hasta sin desayunar) con los muchachos que ya lo esperaban en la diligencia colorada y amarilla, de la que tiraban cinco hermosas mulas prietas, que agitaban con impaciencia, sus sonoras colleras de cascabeles.

¡Amistad bienaventurada aquella que de ese modo, verdaderamente providencial, arrancara al muchacho del suplicio de la prisión hogareña!... ¡Si no hubiera sido por ella, quién sabe cómo hubiera podido vivir semejante espíritu ávido de libertad y sediento de alegría, de aire, de luz, de inmensidad! Quizá, como epílogo de todos sus martirios, el muy ilustre licenciado don José María, habría concluido por entregar —según lo prometiera muchas veces— la zalea del chico, es decir el pellejo y los puros huesos, en la imposibilidad de mostrar un nuevo esclavo de sus tiránicos antojos.

Por desgracia, tal estado de cosas no podía prolongarse indefinidamente; ni siempre iban a estar unidos por la escuela, ni siempre sus necesidades o sus naturales inclinaciones iban a poner a Nachito y sus amigos en el mismo

camino. Con el tiempo, forzosamente, todo tenía que cambiar, máxime cuando, la enorme diferencia de fortunas, tendría que separar, a la corta o a la larga, al hijo del humilde aunque muy digno servidor de la nación, de los acaudalados herederos de uno de los más ricos hacendados del lugar.

Y así sucedió. A la vuelta de dos años, cuando don Rafael Barbabosa consideró que, con lo que llevaban aprendido sus hijos (metidos en la escuela desde que eran unos chilpayates) tenían de sobra para dedicarse a la vida del campo e irse acostumbrado a administrar sus intereses, sacó a los muchachos del colegio donde los conociera Nachito, y esta circunstancia unida a la de que, habiendo terminado sus estudios primarios y secundarios (como se diría hoy) tenía también Nachito que abandonar la escuela para iniciar sus estudios preparatorios, dió lugar a que la vieja amistad, sin perder nunca las características de ingenua cordialidad que siempre tuvo, se modificara necesariamente, para acabar por convertirse en uno de esos afectos lejanos y seguros, serenos como el tiempo donde su sombra se proyecta y persistentes, invariables como la distancia que los separa.

Claro que las visitas a la hacienda no se interrumpieron bruscamente, pero fueron escaseando sin poderlo evitar. Primero, cada quince días, luego cada mes, por fin, únicamente dos o tres veces al año, en vista de que ahora los muchachos permanecían toda la semana en las haciendas y sólo disponían de los domingos y lunes para ir a la ciudad a divertirse, hacer sus compras y pasar unas horas reunidos con la familia.

Para Nachito estas visitas, ya no eran, ni con mucho, iguales pero ni siquiera parecidas a las otras. Para él todo se había acabado desde el día en que la necesidad, el destino o Dios, los obligó a tirar, a cada uno por su rumbo, quedándose, él en la odiosa cárcel de su tío, y yéndose con sus amigos —¡felices ellos!— a la anchura sin límites del campo.

¡Ah, si él hubiera podido irse con ellos!... ¡Si lo hubieran admitido, aunque hubiese sido de caporal!... ¡Si le hubieran dejado un rincón en su predio, como al dichoso e inolvidable Palemón, o siquiera como al Sultán: aquel perro viejo y

fiel, que, casi arrastrándose y sacando tamaña lengua, pugnaba por acompañarlos en sus correrías!... ¡Si hubiera nacido labriego, o gañán, o peón, o boyero, para irse con ellos a hartarse de horizontes, de aire, de luz, de libertad, y estar siempre cerca del agua zagala, del césped virgiliano, del viento sembrador!...

Pero... ¡era imposible!... Unos estaban predestinados a vivir junto a los surcos y otros a sucumbir sobre los libros, con la cabeza atiborrada de tonterías y el alma corroída de ambiciones! Ellos eran hijos de campesinos, de agricultores, de hombres sencillos y buenos como el pan de cada día; él era brote de un ilustrísimo tronco burocrático: primogénito de un meritísimo colaborador del Estado y sobrino del muy distinguido señor licenciado don José María García González, honra y prez de la curia provinciana!...

¡Sus fines eran opuestos! ¡No tenía más remedio; que se fuera cada quién por su lado!

CAPÍTULO 5

DECIDIDAMENTE un Dios bueno velaba por la felicidad de Nachito (a quien, por lo mucho que se había estirado y por andar ya en los quince años, nadie osaba decirle Nachito, sino Nacho) pues, tras de haber permanecido poco más de un año repartiendo su tiempo entre la bullanguera vida de las aulas y la clausura inquisitorial de su tío, un hecho inusitado había venido a salvarlo definitivamente, poniéndolo de nuevo en condiciones de dar rienda suelta a sus aficiones campesinas.

Haciendo honor, seguramente, a su preclaro valer, y teniendo no poco en consideración su indiscutible don de mando, el Superior Gobierno del Estado, donde contaba con no pocos amigos y admiradores, había tenido a bien distinguir con su confianza al ilustre togado don José María García González, nombrándolo Jefe Político del Distrito de Tenancingo, cuya Cabecera: Tenancingo de Degollado, elevada al rango de ciudad, por decreto del 14 de Mayo de 1878, después de Toluca y Texcoco, es la población más importante del Estado de México.

Al principio, naturalmente, y no sin hacer un esfuerzo inaudito para quebrantar el voto de obediencia, que parecían haber hecho todos en la casa del licenciado, opusieron no pocos reparos a la aceptación del famoso nombramiento y tratóse de convencer al grande hombre para que declinara la distinción, con que, tan justamente habíasele honrado; pues, si bien era cierto que el puesto era de categoría, sólo un ciego podría negar que estaba lleno de peligros y responsabilidades. En efecto, ¿quién no sabía que las luchas políticas, invadiendo el resbaladizo terreno de las preocupaciones religiosas, ponían a cada

momento, a las autoridades entre la espada y la pared, es decir, entre sus deberes y sus convicciones, o como dijera pomposamente el propio don José María García González: entre los imperativos de la conciencia y las necesidades del Estado?

—¡Cómo!, exclamaba don Jesús, que, acicateado por su carácter pusilánime, se veía ya envuelto en una maraña de conflictos desagradables y sentíase, de antemano, sacudido por una tormenta de peligros sin fin. ¡Cómo! ¿Piensas dejar la tranquilidad de que disfrutas para irte a exponer, sólo Dios sabe a cuántas cosas? ¿Quieres irte a enterrar en vida a ese pueblo de ignorantes donde, lejos de comprenderte, acabarán por matarte a disgustos, si es que no se ponen de acuerdo para tenderte una coartada y arrancarte la vida?... ¿No gozas aquí de toda clase de consideraciones y respetos? ¿Hombre, hermano (era la primera vez que, desde hacía mucho tiempo, atrevíase a llamarle de este modo, ya que, para él, como para los demás, su hermano había sido siempre: el licenciado, el señor licenciado) has pensado bien en todo esto?... ¡Yo, en tu lugar, la verdad mejor me quedaba en mi casita!... ¡No olvides que vale más malo por conocido que bueno por conocer!... ¡Además!...

Pero el ilustre licenciado no se dejaba aconsejar así como así, ¡qué carambas!... ¡el que mandaba ahí era él y sólo él!... ¡Se irían porque así le parecía, o, en último caso, porque se le pegaba la gana!... No iba a perder la oportunidad de redondear un bonito capital nada más por estarse contemplando a su hermano y su familia! ¡Si querían quedarse, que se quedaran; peor para ellos, al fin a él no le faltaría quien lo acompañara!... ¡A callar, pues, y a hacer las maletas porque, dentro de dos semanas a más tardar, tenía que tomar posesión de su alto cargo!

Como era de esperarse, todo el mundo se calló; el tío había hablado y a ellos únicamente les tocaba obedecer. Dejarían la paz de su vetusta casona; desenraizarían su vida del antiguo solar; se irían al otro extremo del mundo si era preciso. ¡Ya lo creo!, pero disgustar al grande hombre, abandonar a quien le debían la organización y el gobierno del hogar, ¡imposible!, eso hubiera sido cometer la más infame canallada!...

Un ligero problema quedaba únicamente por resolver, el de Nacho: Se le dejaba en la Capital del Estado para que prosiguiera sus estudios? ¿Se le metía de interno en el Instituto; se le encargaría a algún pariente?... ¡Nada de eso! Aquí también, como en todo, la voluntad del tío se impuso.

¿Dejarlo con unos parientes; meterlo de interno?... ¡Vaya una ocurrencia!... ¡Nada, qué! Con lo que había estudiado tenía de sobra para buscarse la vida. ¡A trabajar! Ya estaba grande y era necesario que supiera lo que costaba ganar un peso. Se iría con ellos, ¡no faltaba más!... Él le daría la plaza de escribiente, ¿qué más quería?... ¡Y luego decía el ingrato mocoso que le tenía ojeriza!...

¡Bueno, pues, ahora sí; puesto que todo había quedado arreglado, a Tenancingo! Y, diciendo y haciendo, bien pronto el flamante Jefe Político, al frente de la familia en cuyo seno revelara las cualidades de estadista que muy pronto iba a hacer brillar entre sus nuevos subordinados, hizo su entrada triunfal en la lejana población que abre la milagrosa flor de su belleza, en el eglógico valle que se recuesta sobre la falda Sur del cerro del Calvario, para mirar mejor las acuarelas del paisaje, húmedas de azur, trémulas de sol y suavemente embebidas de fragancias!...

CAPÍTULO 6

DE NUEVO, la naturaleza iba a hacer deliciosa irrupción en el cuerpo y el alma del muchacho. Otra vez, el inmenso libro de Dios, iba a enseñarle el portento de sus láminas, y otra vez, también, iba a sentir la arrobadora emoción de diluirse en el microscópico y multiforme espíritu de las cosas. ¡Cielos profundos, horizontes vastos, praderas infinitas, montañas olorosas a tomillo y madreSelva; vegas rumorosas, huertos encantados, vergeles rústicos, paraísos vírgenes y suntuosos: agua cantarina de arroyuelos, agua serena, de remansos, agua impetuosa de cascadas, agua de fuente, de manantial y de río. Pájaros, muchos pájaros y frutos, y flores... ¡frutos!... ¡flores!... ¡pájaros!... ¡vaya si los iba a tener en abundancia! ¡como que toda aquella tierra no es sino una inmensa cornucopia, o mejor aún, una inmensa jícara michoacana, decorada de panoramas y henchida de las pulpas más dulces, las corolas más tenues, y los trinos más suaves!...

¿Verdad que era imposible negar que un Dios bueno velaba amorosamente por aquel muchacho travieso, que llevaba en el corazón arrodillado a San Francisco?

En efecto, al primero a quien le iba a favorecer aquella vida de pueblo, iba a ser a Nachito, ya que, por mucho que se empeñara su tío en mantenerlo encerrado, era materialmente imposible que le robara el gustazo de irse a campo traviesa los domingos, por ejemplo; aparte de que, como una de las obligaciones del Jefe era recorrer constantemente todos los pequeños pueblos de su jurisdicción, ya tendría oportunidad, bien de acompañarlo en sus visitas, o bien, lo cual resultaba mejor, de largarse él por su lado, mientras el tío andaba por el suyo. En fin, que aún en el peor de los casos, se encontraría indiscutiblemente mejor que en la

ciudad. ¿Acaso, haciendo un paréntesis en sus tareas, no le habría bastado con abrir la ventana de su oficina, para sentir el profundo aliento de la tierra y la fresca respiración de la montaña?

Y caminó con tanta suerte, el diablo de chico que, ¡quién se lo hubiera imaginado!, hasta el propio tío colaboró —de mala gana, se entiende— en la bella obra de su felicidad.

Constreñido, por la necesidad de corresponder a las atenciones de que fuera objeto a su llegada, por parte de las principales familias del lugar, y con el fin de captarse las simpáticas de los próceres pueblerinos, de cuyo apoyo había de echar mano más de una vez para bienquistarse con el Superior Gobierno y asegurarse una envidiable posición en el candelero, el licenciado García González tuvo que romper la clausura de su casa y reformar totalmente sus costumbres.

Desde luego, procedió al arreglo del hogar. Era una vergüenza que todo un Jefe Político, careciese de una residencia digna de su elevada jerarquía. Se hacía necesario reponer casi todo el mobiliario, envejecido por el uso y por el tiempo. El ajuar de la sala, por ejemplo, estaba imposible: la felpa de las sillas hallábase chafada y desteñida, el sofá y los sillones, además de tener inservibles los resortes del asiento, mostraban en el respaldo unas depresiones, lustrosas de grasa, que marcaban perfectamente el lugar donde se apoyaba la cabeza; los brazos encontrábanse en iguales condiciones: brillantes y negros en fuerza de ser acariciados por las manos sucias, cuyos inquietos dedos, de tanto moverse sin ton ni son, habíanlos privado de sus grandes borlas. De los flecos, ¡ni quién se acordara!: ni uno sólo les había quedado, siquiera fuese de recuerdo, pues los gatos, los perros y los muchachos, habíanse encargado, tiempo hacía, de dejarles las patas y la panza al aire, pese a las tundas que, sin distinción de especies ni categorías, repartiera el tío, por igual, a perros, gatos y muchachos.

Y por el estilo estaban: la mesa del comedor que cojeaba, lamentablemente y visiblemente de una pata; el aparador cuyas molduras se habían desaparecido como por encanto; los roperos, unos con los copetes mochos, otros sin perillas,

otros con los dos defectos a la vez; y las camas, y las cómodas, y el enorme armario que servía de despensero; hasta la tina del baño: una antiestética y pesada caja de madera en forma de ataúd de hospital, forrada de zinc, cuyas ruedas habían ido a formar parte del ruidoso carretón de Nachito, admirablemente ducho en aquello de desvestir a un santo para vestir a otro.

Por fortuna, ahora había dinero suficiente para llevar a cabo la magna obra. ¡Ya iban a ver cómo el licenciado sabía hacer las cosas como era debido! Y poniendo manos a la obra, orgulloso de poder mostrar, una vez más, sus dotes de estadista, don José María García González, Jefe Político del Distrito de Tenancingo de Degollado, acometió gravemente y con la dignidad que le era característica, la muy loable y trascendental empresa de amueblar y acondicionar debidamente su residencia particular.

Una vez con la casa puesta como Dios manda, don José María abandonó el distinguido papel de tapicero y decorador, para desempeñar, el no menos honroso cargo de maestro de ceremonias: A este efecto, instruyó debidamente a las muchachas, en el complicado arte de los cumplidos y demás tonterías de la sociedad; diólas dinero para que se encargaran telas a la Capital del Estado y se confeccionaran, con ellas, vestidos dignos de las sobrinas del Jefe Político. Igual hizo con su cuñada, nada más que, como era persona mayor y su importancia crecía, toda vez que, careciendo de esposa el licenciado, a ella tendrían que corresponder las obligaciones y los respetos inherentes a la señora de la casa, el jurista dedicó lo mejor de su sabiduría de hombre de mundo, a ponerla al corriente de cuanto incumbía a su elevado rango.

¿Y don Jesús?... ¿Y Nachito?... ¡Vamos!... ¡Eso era secundario! ¡Para lo que podrían significar en una reunión, el primero, con su carácter tan corto y su completa falta de don de gentes, y el otro, con sus inclinaciones de salvaje amansador de potrancas y lanzador de becerros!... ¡En fin, que renovaran también su guardarropa!... ¡A él no le gustaba distinguir a nadie; no faltaba más; el juez por su casa empieza!

Con semejantes medidas, el prestigio del tío subió mil codos. Todos se hacían lenguas, en la casa, de la generosidad de su alma; de su talento y tacto desmedidos; de su gran corazón. Las muchachas, acostumbradas a no salir más que a misa; a permanecer todo el santo día entregadas a los menesteres caseros; a divertirse, únicamente, confeccionando compotas o bordando curiosidades; habituadas, en fin, a hacer la vida de hormiguitas arrieras, no salían de su asombro. En iguales circunstancias hallábase la señora, que se veía exaltada, de la noche a la mañana, de la obscura condición de ama de casa, a la envidiable categoría de señora de sociedad y, por añadidura, primera dama del pueblo.

Solamente don Jesús, a pesar del profundo respeto y admiración que le merecían su distinguido hermano, no estaba muy de acuerdo con todo eso.—¡Cualquier día iba él, tan torpe y vergonzoso, a frecuentar los salones e intervenir en las charlas de estrado! ¡Maldita la gracia que le hacían las estiradas y antipáticas reuniones sociales!... A él que lo dejaran mejor metido en casita, arrebuñado en su cómoda poltrona, entregado a la delicia de esas apacibles somnolencias, que, sin privarnos completamente de la conciencia, nos apartan lo suficiente de la realidad, para impedirnos sufrir las zozobras del instante!... ¡Que se divirtieran cuanto quisiesen, él no les estorbaría en lo más mínimo, pero, ¡por piedad!, ¡que no fueran a exigirle un sacrificio que hubiera resultado superior a sus fuerzas!... Siempre lo había dicho: su hermano había nacido para mostrarse a la pública admiración, desde los lugares más visibles; él no, él había nacido para perderse en las agradables blanduras de un anonimato vulgar, misérrimo, despreciable tal vez, pero exento, ¡oh felicidad!, de toda sacudida inmoderada...

A Nachito tampoco le cayó mucho en gracia el famoso furor de hacer vida social, que habíale entrado al tío. Se fastidiaba soberanamente dentro de esos salones presuntuosos, de los ricos de pueblo: atestados de muebles y baratijas, hasta el punto de resultar estrechos, a pesar de sus vastas proporciones. Las charlas insulsas no lograban interesarle; los comadreos, chispeantes de malicia

y salpimentados de críticas, tampoco conseguían despertar su atención. Apenas si, tal o cual señora entrada en años (de esas que eran delicia de las tertulias antañonas, por la gracia y oportunidad de su conversación) obraba el milagro de cautivarlo entre las mallas de su bien decir, manteniéndolo inmóvil y respetuoso, como convenía a un jovencito de sus años que escuchaba a una persona mayor. Pero fuera de estas ocasiones, tan raras que podían contarse con los dedos, él siempre había procurado valerse del menor pretexto, para salirse al patio o meterse en el corral donde trababa firme amistad con gallinas, cerdos, conejos, y con la vaca, los cabritos y los caballos, si los había, que siempre los había, porque en aquellos felicísimos tiempos, no se soñaban aún los innumerables vehículos de hoy y tenían que montar lo mismo los catrines que los charros verdaderos.

Afortunadamente, si a ellos no les gustaba mucho esa vida, al tío tampoco le interesaba gran cosa que lo acompañaran. Al contrario, felicitábase, en alta voz, de no tener que cargar con ese par de estorbos: el uno más poquita cosa que una güera de rancho y el otro más burdo que una cabra montaraz. Así que todo caminó a pedir de boca.

Apenas salidas del huacal, como decíase en aquel entonces, las muchachas revelaron cualidades insospechadas: a una se la descubrieron dotes de conversadora amena (¡herencia del tío, a no dudarlo!); a la otra se la encontró cierta elegancia innata (¿en sus mocedades, no había sido el licenciado un verdadero figurín?); a la última, por fin, halláronse, notables facilidades para la música (¿poseía tanto temperamento el abogado!); y una voz que, sin ser cosa del otro mundo, era de un timbre aterciopelado y una adorable agilidad.

La señora, no se quedó atrás; desde luego se impuso por su aire digno a la vez que amable; por su discreción, y sobre todo, por su modo tan especial de narrar los más cómicos sucesos, pues, revestíase de una seriedad tan solemne que resultaba más cómica todavía.

La reforma, por lo tanto, habíase realizado totalmente. Cada quien ocupaba ya y desempeñaba debidamente, el puesto que le había sido señalado. Todos

sabíanse su papel a las mil maravillas. ¿Era o no era un hombre genial el señor licenciado don José María García González?...

El ilustre abogado estaba que no cabía en sí de gusto... ¿No lo veían?... ¿Qué tal?... ¿Sabía o no sabía hacer bien las cosas?... ¿Ya estaban convencidos de que a él no había plan que le fallara?

CAPÍTULO 7

*¡B*ELLOS Y DELICIOSOS encantos los de la vida pueblerina, sobre todo, en aquellas épocas adorablemente místicas, en que el nardo de la piedad se abría entre los cardos nazarenos, ungiendo, el divino dolor, con las esencias de las más puras devociones!

¡Escenas vistas como en opacidades de ensueño! ¡Cuadros maravillosos de color y de carácter! ¡Acuarelas de la vida humilde y beata! ¡Estupendas oleografías de una frescura de matices tan grande, de una pureza de ambiente tan dulce, de una armonía de conjunto, tan graciosa y equilibrada, que, de haberles sido dable contemplarlas, habrían arrodillado nuevamente al Beato de Fiésolle y habrían deshojado de ternura el alma de jazmines del mínimo de Umbría!...

¡Costumbres arrobadoras y límpidas, Nachito no las habría de olvidar nunca, antes bien, cuando ya irremediamente lejanas, el difumino del tiempo quisiese envaguecérselas y robárselas, él, con infinitas delicadezas, habría de sacarlas de lo más hondo de su mente, para irlas retocando, una a una, con las lápices de colores de sus recuerdos inefables!

No obstante que la implacable lucha entre imperialistas y republicanos, primero, y después entre liberales y conservadores, había removido en sus más hondas raigambres la conciencia nacional, perturbando o alterando los hábitos de la gran familia mexicana, exacerbando las pasiones, predisponiendo los ánimos, quebrantando afectos purísimos, y, no pocas veces, segando las praderas de la leyenda, donde extraían el oro de sus mieles las abejas del milagro; no obstante las prohibiciones terminantes, o quizá precisamente por la reacción de protesta que despertaban, la tradición religiosa conservábase todavía intacta,

en todas o en casi todas las poblaciones de la República, cada una de las cuales, ¡como sucede siempre!, poseía el santo más milagroso, la imagen más bella y el santuario más famoso de la comarca.

¡Extraña fusión del monoteísmo cristiano y el politeísmo ancestral!
¡Amalgama confusa del ídolo material y del exponente metafísico! ¡Solución, lamentable y admirable, del problema de la creencia, que ha menester del evidente axioma de la cosa, para aceptar la existencia del símbolo incoercible! ¡Forma única de comprender lo incompresible, materializándolo, concentrándolo, reduciendo el infinito al espacio visible, limitado por el templo y quintaesenciando la eternidad en el instante vivido, sentido, dulce y perpetuamente iluminado con la temblorosa llama de los cirios, pálidos y mudos, pero atentos y fervorosos como las manos humildes que los encienden!...

¿Barbarie de una raza primitiva?... ¡No!, urgencia psíquica; inaplazable e ineludible necesidad espiritual de sujetar lo inasible, de atalayar lo remoto; de entrever, siquiera, el arcano, aunque fuese en la exigua reminiscencia celestial de aquellas esculturas, casi siempre torpes, aunque no pocas veces admirables, en cuya materialidad hallaban los eternos desheredados —¡despojados olvidados de nuestras más nobles estirpes!— la primera comprobación de que la justicia que esperaban más allá de la muerte, era una verdad incontrovertible, real, palpable, como los lienzos o las imágenes de bulto que acariciaban con las miradas más dulces y perfumaban con las más dulces oraciones!

¡Haberles exigido adoraciones abstractas y cultos metafísicos no sólo habría sido infame sino estúpido, toda vez que, hasta el positivismo aspiró a los transportes sobrehumanos de la religión y pretendió erigir, en dogmas sus postulados, y la misma Revolución Francesa personificó a la Diosa Razón, en el cuerpo, nada sagrado por cierto, de una prostituta!...

Por otra parte, ¡había tanto del alma regional en esas costumbres; palpitan tantas inquietudes en esos estremecimientos devotos; perfilábanse con un carácter tan típico, esas múltiples manifestaciones fervorosas que, aunque hubiera sido

sólo desde el punto de vista de la estética y de la historia, habría significado una desgracia perderlas para siempre, sin haber antes alargado hasta nosotros la fresca campesina de sus matices increíbles! ¡Por fortuna, allí estaban para recoger y coleccionar esas visiones, a manera de retablos adorables, las almas de los niños y de los jóvenes, pues la de los viejos, desgraciadamente, se irían con ellos a la tumba, o volaría ¿por qué no?, a esas regiones inconsútiles que nosotros sólo pudimos vislumbrar, un momento, allá en el orbe de asombros de la infancia!

Nachito, ya se comprende, naturalmente inclinado a esta clase de observaciones, ávido de emociones simples, lleno de candorosas curiosidades, no desperdició ocasión de arrebolarse con las iridiscencias del alma popular, así es que no hubo espectáculo ni ceremonia que no presenciaran sus ojos expectantes.

Muchas de estas cosas, ¡es cierto!, él ya las conocía: Los altares del Viernes de Dolores, por ejemplo, le eran completamente familiares. Desde muy pequeño y ya más grandecito, había tomado parte muy activa en su laboriosa confección: Primero, la mesa de la plancha (o sea la mesa donde se aplanchaba la ropa) que se colocaba en la sala, adosada a la parte central del muro; después, los cajones de mayor a menor, que se iban sobreponiendo a fin de formar una especie de gradería, que se cubría convenientemente con níveas sábanas, reservando para la parte inferior el mantel más fino. A continuación, las macetitas de cebada, lenteja, alegría y demás semillas (amarillas las unas, verdes las otras, pero todas hermosas y lozanas) que se distribuían por orden de tamaños, de modo que las más pequeñas quedaran arriba. Entre una y otra, las flores de pascua, las ingravidas amapolas, las palmas u otras parecidas, y, a intervalos más o menos grandes, pero procurando que estuviesen lo más simétricamente posible, los recipientes transparentes o translúcidos, colmados de aguas multicoloras (botellones de panzas esféricas y largos cuellos cilíndricos, vasos de formas caprichosas, botellas esbeltas y rechonchas, etc.) detrás de los cuales, la luz de las lámparas encendidas exprefeso, hacía arder, con resplandores insólitos, las límpidas entrañas.

¡Y las naranjas funambulescas y los limones brujos, que se constelaban de banderitas de plata y oro volador y se abandonaban, ya entre las macetas enanas; ya sobre la boca de los recipientes fúlgidos; o bien se las dejaba suspendidas del techo, en armoniosas combinaciones sidéreas, para que, estremecidas por el viento, alegrasen la vista con el ritmo perenne de sus danzas salomónicas! ¡Y las ceras florecidas también, de guirnaldas de hojas de oro y plata que parecían hacer eclosión en la flor de la llama!; ¡y los dos, o cuatro, o seis o más cirios, que ungián de resplandores áureos, la divina imagen de la Dolorosa, sembrándole los ojos húmedos con todos los jardines del arco iris!...

También habíase hartado ya, con la delicia, un tanto abrumadora, de los múltiples refrescos tradicionales: la chía, la horchata, las aguas de jamaica, tamarindo, piña, limón, naranja y timbiriche, de todas las cuales se tomaba, en algunas ocasiones hasta dos o más veces, si se visitaban (haciendo honor a la costumbre) dos o más altares, pues, hubiera sido considerada como una ofensa la más leve aunque justificada negativa.

La bendición de las palmas, el Domingo de Ramos. El silencio que ahorcaba la voz a los bronces y amortajaba el irreverente estruendo de fiestas y tertulias. El Jueves Santo, la peregrinación a las siete casas (siete templos) efectuada por la mayoría, más que por cumplir con un santo deber, con el objeto de apacentar los ojos en las radiosas campiñas de El monumento. El sermón de las Siete Palabras y del Pésame; la Hora Santa y la severa ceremonia de las tinieblas, el fúnebre Viernes de la Pasión; cuando congregábase en el templo sombrío, exornado con lúgubres cortinajes, una muchedumbre enlutada y compungida, ostensible y a las veces exageradamente contristada, al grado de que no era extraño asistir a un verdadero coro de plañideras, cuando el sacerdote, con un tono patético, poníase a describir, uno a uno, los siete grandes dolores de María; la que, como una alfombra de suspiros, tendió su ternura sollozante a las lívidas plantas del crucificado.

Después, la estruendosa aleluya del Sábado de Gloria, preludiada por la carcajada de oro de las esquilas, echadas a vuelo desde el gallardo orgullo de las

torres, y seguida, casi inmediatamente, por la quema de los judas estrambóticos, que presidían, dignamente, todos los chiquillos del barrio. Y, por fin, el Domingo de Pascua, alegre y simbólico, ilustrado por el succulento mole de guajolote, que se tomaba juntamente con los sabrosos tamales de haba, suaves y esponjosos al grado de deshacerse entre las manos.

De las Posadas, ¡ni qué decir!... ¿Quién no sabía de la pintoresca procesión que recorría los amplios corredores hogareños, precedida por los peregrinos de cera o barro, dorada con el temblor radioso de las velitas multicoloras y vibrante con la melodía familiar de la letanía, habitualmente acompañada por el dulce son de la guitarra?... ¿Y la quebrada de la piñata, después; y el puño de colación fina y corriente, y los juguetitos, y aquella algarabía infernal que no terminaba nunca y que, pese a su aparente disgusto, sacudía de entusiasmo hasta el mismo corazón de los ancianos?

¡Sí!... ¡Sí!... ¡Era verdad!; todo esto lo sabía ya Nachito de memoria; pero... ¡Cuántas cosas ignoraba todavía!... ¡Cuántos detalles nuevos y adorables le faltaba conocer!... ¡Cuántas, cuántas sorpresas le esperaban en aquel pequeño pueblo, sencillo, bobo, pleno de excelsas y encantadoras tonterías!...

CAPÍTULO 8

*L*A CELEBRACIÓN de la Semana Santa, en Tenancingo, fue famosa durante mucho tiempo en todo el rumbo, por lo cual, además de los peregrinos y devotos que concurrían de todo el Distrito, no pocos forasteros acudían a presenciar los típicos matices de la mística conmemoración.

Los primeros en aparecer, eran los sayones: mocetones altos y robustos de gallarda y bélica apostura, disfrazados de soldados romanos, con el consabido casco rútilo, la sandalia (substituida por el huarache de recia suela) atada con largas correas, el faldellín corto, la coraza de escamas (especia de cota de malla) o de una pieza; la amplia capa de color, roja o púrpura, y la indispensable espada que también era substituida, ya por el sable largo y flexible, o mejor aún, por el terrible machete suriano, ancho, pesado y curvo como una cimitarra.

Desde el Lunes Santo, iniciaban su tarea (que consistía, nada menos que en la busca del Señor), presentándose, ya bien entrada la noche, cuando los gallos habían comenzado a herir el silencio con el agudo dardo de su grito y en las casas no había más seres despiertos que el gato, de parranda por las azoteas, y la lumbre de la hornilla, siempre dócil y trabajadora, hasta cuando la dejaban enterrada, para que, al día siguiente, pudiese arder de nuevo en el fogón con las últimas llamas de su holocausto.

A eso de las diez, poco más o menos, repartíanse por los distintos rumbos del pueblo y daban principio a su misión, simbólicamente pintoresca.

¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!; un doble golpe, repetido varias veces sobre el pesado zaguán, ponía inmediatamente en pie a todos los habitantes de la casa, pues, como no sabían nunca de una manera precisa, que día comenzaba la visita del

sayón, entraban en justa alarma ante lo inesperado de aquel toque. A los pocos momentos y después de haberse medio vestido y echándose encima una frazada, el padre o el jefe de la casa, asomábase a la ventana, por el postigo de la puerta, teniendo buen cuidado de permanecer en la sombra y procurando dar un timbre viril y tranquilo a su voz, interrogaba: ¿Quién? ¿Qué quiere?...

—¡Yo! ¡ Yo soy!, respondía entonces desde abajo el personaje estrafalario que hacía caracolear su cabalgadura, dejándose caer la lengua capa hacia atrás y mostrando su terrible machete como prueba inequívoca de autoridad.

—¡Bueno! ¿qué quiere?, objetaba de nuevo la voz, desde arriba, ya más segura ante lo manifiesto de la farsa.

—¡Vengo a prender a Jesús de Nazareno, uno que se dice Rey de los Judíos!

—Aquí no hay ningún Jesús Nazareno!, replicábase, ahora sí con una tranquilidad perfecta y procurando seguir, al pie de la letra, la fórmula consagrada por la costumbre.

—¿No está aquí?, repetía el sayón haciendo retumbar sus palabras como un trueno. ¡Muy bien!... ¡pero si no decís verdad, temed la cólera de Pilatos!... Y se alejaba haciendo un gesto amenazador, ante el asombro de los muchachos de todo el vecindario, quienes, pasada la alarma y en paños menores muchos de ellos, agrupábanse en las ventanas para no perder ni el más mínimo detalle de la escena, siempre interesante y nueva para su inagotable curiosidad.

A los pocos instantes, de nuevo volvía a oírse la llamada, esta vez menos fuerte, porque era en la casa vecina; y de nuevo volvía a escucharse el breve diálogo, que terminaba siempre con el súbito y gallardo encabritamiento de la bestia, cuyos herrados cascos, producían sobre el empedrado de la calle solitaria, un verdadero estruendo. Y, a los cuantos segundos, otra vez los golpes, las voces que dejaban caer las consabidas frases, y, de nuevo, el galope rápido y sonoro, aunque cada vez menos, por razón de la distancia. En toda la noche, esta serie de ruidos no cesaba; ya de un extremo, ya del otro, ya de la casa de enfrente, ya de la de junto, ya de quién sabe qué remota lejanía, la doble llamada repetida

dos o más veces, el diálogo estereotipado y el chasquido de las herraduras sobre las piedras, suplicaban la serenidad del pueblo, manteniendo alerta a los largos lebreles de la sombra, hasta que la aurora encendía de rubores las mejillas del cielo campesino!...

Las personas grandes, una vez que habían sufrido la visita del simbólico soldado, reanudaban el sueño sin darle más importancia al asunto; pero los niños, fuertemente impresionados por aquella visión bélica y fantástica, arrebujábanse, precavidos y medrosos, en su lecho; tapábanse, cuanto mejor podían, metiendo hasta la cabeza bajo las sábanas, para no oír el ruido evocador e interminable, y, al fin, arrullados por este mismo ruido monótono y persistente, dormíanse, soñando con sayones extraordinarios, pérfidos y crueles, que andaban por todo el mundo y durante toda su vida, inquirendo dónde se hallaba Jesús de Nazareno, ese que se decía Rey de los Judíos...

El martes y el miércoles, repetíase la adorable pantomima, pero naturalmente, en fuerza de repetirse, pronto el interés que despertaba iba menguando, máxime cuando nuevos espectáculos comenzaban a ocupar la atención y admiración provincianas: Por ejemplo, la llegada y recepción de los cristos que venían de las distintas iglesias de la comarca, a acompañar al Cristo de la Parroquia, permaneciendo con él, desde el Jueves Santo hasta el Sábado de Gloria.

El miércoles por la mañana y muchas veces desde el martes por la noche, comenzaban a llegar de sus respectivos santuarios, escoltados y seguidos por centenares de indios que formaban, detrás de la santa imagen, pintorescas y largas procesiones. Cada uno de estos cortejos, traía su música constituida, casi siempre, por un tamboril y una flauta o chirimía, y sus danzantes: hombres y mujeres estrafalariamente ataviados: la cabeza tocada con un plumero asentado sobre las sienes, por medio de una diadema de espejos de distintas formas, en cuya parte central culmina la estampa del patrón del pueblo, orlada, a su vez, de cuentas de colores y pequeñas plumas de colibrí; el torso desnudo, o cubierto con una especie de camiseta de largas y ajustadas mangas, de cuya

extremidad arranca el faldellín policromado, sujeto por medio de un cinturón, también enguirnaldado de espejos ornados de cuentas de vidrio, papelillo y otras materias iridiscentes. Como complemento de tal indumentaria, los huaraches, cuyas correas, primorosamente combinadas en los más variados tejidos, dábanles una apariencia de sandalias; y las ajorcas y medidas, éstas últimas: listoncillos taumaturgos de gayos matices, llevados en el cuello a guisa de talismanes. Además, en algunas ocasiones, la recia musculatura de la pantorrilla, cubríase con unas medias a rayas, de distintos tonos, violentos y primitivos todos ellos.

Las mujeres vestían casi del mismo modo, aun cuando, en lugar del faldellín, portaban amplia y resplandeciente enagua (más bien corta que larga y en vez de la camiseta, ostentaban albos huipiles encantadoramente bordados de púrpuras, gualdas, azules profundos, morados intensos, etc., etc., sobre los cuáles caía del cuello una profusión de collares, cuyos pesados hilos de cuentas maravillosas, estremeceíanse sobre los firmes pechos de las jóvenes indígenas, con un ritmo gemelo al de los vergeles de Aladino.

Desde que salía el Cristo de su santuario, hasta que llegaba a la parroquia de Tenancingo, el tamboril y la chirimía no dejaban de tocar acompañando, ora las danzas litúrgicas, ora las interminables alabanzas entonadas a coro (con una voz aguda y monótona, pero intensamente sugeridora y expresiva) por todos los peregrinos que seguían a su santo patrón, con una tan devota y humilde fidelidad que se hubiera pensado, al verlos marchar así tras de su santa imagen, en una alada azucena mística que arrastrase en su pos una cauda de perfume, o en una paloma arcangélica, que fuese por el éter, seguida del vago ritmo de su vuelo.

El espectáculo visto desde una eminencia, era, sencillamente inenarrable: De pronto, veíase, allá a lo lejos, arder y tremar en la montaña, un punto luminoso que, poco a poco, iba alargándose y vistiéndose de tonalidades inverosímiles, hasta desenredarse, como una serpentina, en la amena y suave hondonada de Tenancingo. Apenas se había arrobado la mirada con esta visión increíble, cuando, del otro extremo, otra chispa de oro se desarrollaba y descendía convertida en un

río de colores, de resplandores, de iridiscencias. Y a los pocos instantes, por otra dirección, una nueva gota fúlgida y una nueva corriente gaya. ¡Y luego otra... y otra; de tal modo, surgidas en una sucesión tan rápida y no pocas veces con una simultaneidad tan precisa, que no era extraño asistir al prodigio de una verdadera cascada de matices, destellos y arreboles que se hubiese afirmado, rodaban de todas las alturas del mundo y del espíritu, hasta confundirse en la parroquia del pueblo, hermanadas con el mismo temblor resplandeciente, como si el alma devota y dispersa de la luz, hubiese descendido del cielo por los siete caminos de los siete colores del espectro para ir a arrodillarse en la custodia de cambiantes de la párvula gota del rocío!...

¡Más, no sólo brillaban y tremaban policromamente los ríos humanos, cantaban también, vibraban, con vibraciones rítmicas y férvidas; eran como raudales de notas; como largas y vivientes letanías como plegarias transhumantes, que subían del mismo corazón de la gleba y después de haber ascendido a las cumbres del dolor, se derrumbaban, desfallecientes, o esperanzadas, sobre el blando regazo de la misericordia!... ¡Porque sí, aquellas procesiones que caían de las montañas en sublimes transportes místicos, no eran simples grupos de creyentes; eran más, mucho más que eso. Viéndolas, escuchándolas, comprendiéndolas en toda su profunda simplicidad, pensábase forzosamente en que, en ellas estaba lo mejor del mundo y de la vida; que la vida y el mundo bajaban con ellas a prosternarse, ante el que cristalizó en el minuto efímero de la carne toda la eternidad del universo; que no eran unos cuantos cientos o unos miles de hombres los que fatigaban la distancia para humillar, la miseria ante la excelsitud, sino que eran las montañas las que se derretían, en raudales de ternura, para fecundar el valle de las rosas galileas; que eran los caminos los que se ponían en marcha, para ofrendar toda la angustia de los éxodos, al que se sacrificó en el más sublime de los tránsitos; que eran todas las músicas del bosque y todos los colores de los pensiles, los que se fugaban, unos de los estuches de las gorjas, otros de las ánforas de los cálices, para arrullar la agonía

y besar las llagas del que murió con los brazos abiertos como para abrazar mejor a sus criaturas!...

A los dos días, cuando más, todos los cristos de la región hallábase reunidos, con sus respectivas comitivas, en el atrio de la parroquia a cuya puerta había salido a recibirlos, con gran pompa litúrgica y profana, el Cristo del pueblo. Entonces, las campanas que casi no habían dejado de repicar, saludando la llegada de cada imagen, lanzaban un último repique, más alegre y sonoro, si se quiere, que los anteriores, y como si esto fuese una señal convenida, todas las músicas poníanse a tocar sus respectivos sonos, mientras las danzas urdían sus innumerables combinaciones coreográficas, dando al viento el temblor de los penachos, en tanto que los peregrinos, en una imponente y extraña sinfonía, poníanse a cantar sus alabanzas regionales, pugnando por hacer subir, por encima del estradillo de las cámaras, los dardos trémulos de sus voces lacrimosas.

¡Coro salvaje y sublime al mismo tiempo! ¡Amalgama extraordinaria del primitivismo biológico y entusiasmo ético y estético, es decir de refinamiento psíquico!... ¡Bacanal de colores y ritmos, de músicas y de plegarias, en la que hasta el triunfo de la carne ora, con una desesperación suicida, rabiosa y demoníaca, como esos sádicos de la penitencia, que se azotan y aniquilan en una espantosa y sublime borrachera de dolor!...

CAPÍTULO 9

LL JUEVES por la tarde, era El Lavatorio: Doce hombres perfectamente caracterizados, cuyo parecido con cada uno de los discípulos de Cristo, había sido previa y cuidadosamente buscado, presentábanse en el templo para que el sacerdote cumpliera el rito de lavarles los pies. Todos, además de la indumentaria adecuada, lucían una banda cruzada sobre el pecho, en la cual llevaban escrito el nombre del apóstol que representaban, quizá para que los ignaros (que en estas cuestiones eran muy pocos) no olvidarán jamás quienes habían sido los primeros carines humanos de la doctrina del Rabí. Solemnemente, cada uno desfilaba ante la expectación del concurso impresionado (¡bellos tiempos aquellos de los espíritus simples como el agua doncella!), pero, de entre ellos, tres había que despertaban en mayor grado la curiosidad y el asombro: Pedro, el patriarcal, de hermosa barba florida que servía de aureola al rostro noble, digno de la noble testa firmemente asentada sobre la espalda hercúlea, como hecha para soportar todo el peso de la Iglesia; Juan, el imberbe, de faz aniñada, de ojos inmensos y dulcísimos y de continente ingrávigo, etéreo, cual si en él la carne hubiera prescindido de su peso vil y obscuro, para que caminara, mejor dicho, para que se deslizara con mayor facilidad, el espíritu suave que descansó tantas veces sobre el regazo del Maestro; y, por fin, Judas, el Iscariote, de perfil de ave de rapiña, cabellera hirsuta, ojos de buitre y lengua de serpiente; la más trágica condensación de sombras y de infamias; el feto del abismo amamantado por las tinieblas; el fruto de la cópula salvaje del espíritu del crimen con el alma de la cloaca; y sin embargo (¡Oh Andreiev!) síntesis asombrosa y descoyuntante, del más vil y despreciable de los hombres y la más honrada y sublime de las bestias!...

Al mirarlo, los niños escondíanse detrás de la falda de las madres tapándose los ojos con la palma de las manos; las mujeres hacían la señal de la cruz y pronunciaban exorcismos, y los hombres, sin poder contener su indignación, proferían denuestos y maldiciones, que recibía estoicamente y en calidad de penitencia, aquel pobre hombre, tan inocente como los otros, a quien, en mala hora, habíale tocado desempeñar un papel tan repugnante.

Ya una vez en el templo, sentábanse, en semicírculo, al pie del altar y esperaban a que el cura párroco procediera a realizar la humilde cuanto significativa labor. A los pocos instantes, presentábanse el santo varón acompañado de los acólitos: uno con la bandeja y el recipiente lleno de agua y el otro con la toalla y demás accesorios indispensables para el caso. Lleno de sacra unción, como gozando con parecerse un poco a Cristo, en fuerza de disminuir la vanidad e ingenuizar el corazón, entregábase con toda el alma a su trabajo nazareno, tranquila, calmada, suavemente; iluminado el rostro con sonrisas de beatitud y conformidad; aterciopelando las pupilas con miradas lentas y sedantes y comunicando a sus manos movimientos tan leves, tan rítmicos, tan adorablemente acariciadores, que más bien parecían aletear, con pausadas cadencias, sobre las bronceadas y encallecidas extremidades de los doce apóstoles, cuyos corazones, párvulos y vírgenes, creían que realmente era el divino Maestro el que estaba ahí, ante ellos, arrodillado, humillado, y, sin embargo, feliz de poder anticipar la realización de la frase acaso más bella del Sermón de la Montaña: ¡Bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos!... ¡Bienaventurados los humildes porque ellos serán llamados hijos de Dios!...

Nadie perdía un detalle de la ceremonia; todos los ojos, todas las almas, los corazones todos incorporábanse y manteníanse inmóviles ante aquel espectáculo inusitado; desde que principiaba hasta que concluía, la más devota atención se arrodillaba en el instante y muchas veces, cuando ya el manso sacerdote había desaparecido y sólo quedaba el titubeante fulgor de unas cuantas luces, los infelices que habían representado a los santos discípulos, continuaban aún

en sus puestos, suspensos en admiración, transportados de dicha, ciegos de fe, mientras los devotos, al igual que ellos —¡como ellos también eran humildes!— quedábanse sumidos en el más dulce de los éxtasis, sin poder explicarse todavía, cómo era posible que un hombre que desde todos los puntos de vista, valía, indiscutiblemente más que ellos, se hubiese puesto a lavar y besar las plantas de esos doce desdichados, que diariamente trotaban y trotaban por todos los caminos del hambre y del dolor, sin sentir sobre sus pies adoloridos y llagados otra caricia que la del rocío, cuando tenían tiempo de tenderse a descansar, un momento, sobre el prado, y la de sus perros, tristes y esmirriados, igual que ellos, que les lamían las plantas como si quisiesen ungirlos con todos los óleos de la misericordia!...

CAPÍTULO 10

i LA PRADERA de cirios del día anterior, ha desaparecido; el temblor áureo y argénteo de las banderitas, ha naufragado en el ambiente; las guirnaldas de múltiples flores quedaron marchitas sobre las sienes de la hora, y el altar, que la noche vecina, después de la ceremonia del Lavatorio, había comenzado a transfigurarse con todos los milagros de la luz y del color, se ha hundido tras los enormes cortinajes, de un morado profundo, que penden de las altas naves y ruedan hasta la plataforma de las esculturas del suave Maestro y sus discípulos, hábilmente colocadas en torno de una mesa colmada de manjares y frutas auténticos, animan la estampa del ágape simbólico!

El cuadro, ahora, es de un convencionalismo encantador e impresionante: En el mismo espacio frontero al altar donde efectuárase el Lavatorio, y donde, momentos después, se encendiera la visión de la Última Cena, reproducese ahora el panorama místico de la Oración de Getsemaní. Distribuidos convenientemente, sobre la quebrada superficie y entre la vegetación alegórica, de un huerto aceptable y algunas veces perfectamente simulado, los once discípulos fieles dormitan, mientras Judas se escurre entre las sombras, para preparar la coartada, y Jesús, arropado en crespones de tristeza, quintaesencia sus nardos en un perfume de oraciones.

Los apóstoles, son los mismos pobres hombres del Lavatorio, circunstancia que contribuye a dar más realidad al espectáculo, y aún cuando el Cristo no es una imagen viva (¡quién hubiera osado representar tanta mansedumbre y tanta caridad misericordiosa!) constitúyelo una escultura de goznes tan perfecta, y dotada de tan naturales movimientos (resultado de invisibles y

hábil manipulación) que habría costado trabajo convencerse, sobre todo en aquel ambiente evocativo, de que ese rostro sublime, iluminado por los inmensos ojos lánguidos, inmóviles en quién sabe qué éxtasis increíbles, era sólo una ingenua ficción de madera, pintura y trapo, forjada por el ritmo de unas manos benedictinas, momentáneamente divinizadas, con las celestes músicas del arte.

Expiran unos cuantos minutos y los apóstoles duermen ya, como muchachos grandes que se rindiesen al peso del cansancio. Una noche violeta y húmeda cae sobre sus cabezas; el viento cargado de presagios, viene, a intervalos, a cuchichear profecías, entre las hojas; la sombra, como un mastín, vigila, encogida en lo más espeso del follaje, o se arrastra; como serpiente, en torno de la charca. Los astros están ciegos; el silencio, viudo de paz, se flagela con el aullido del misterio; los sudarios de los muertos, se deshilachan en las alas de los vampiros; el hedor de las tumbas viola la virginidad del ambiente... ¡Hasta la tierra parece respirar con un trabajo enorme, bajo la pesadumbre de quién sabe qué torvo presentimiento!

Los apóstoles continúan dormidos... De pronto, un fantasma, leve y blanco, como un aroma de azucenas, bendice la torva soledad con su presencia. Efímeramente, el horror del cuadro se transfigura. Los apóstoles, súbitamente se incorporan, cautivados por la caricia de la racha vagabunda. Luego... ¡nada!... ¡Otra vez el puño de la angustia oprimiendo el corazón de la Naturaleza!...

Jesús se halla más desamparado que nunca. Ha vuelto de su breve excursión, más adolorido y más desolado. Todos sus discípulos dormidos; ni uno siquiera le ha hablado; sonambúlicamente hánse estremecido, pero... ¡nada más! Únicamente Pedro ha creído verle como en un sueño; los otros, hasta el mismo Juan, sólo de un modo inconsciente y vago le han sentido, sentido, mejor dicho, adivinado, como se adivina el advenimiento de las grandes cosas o de las grandes desgracias... ¡Todos dormidos!... ¡Todos lejos de su holocausto y de su angustia!... ¡Jamás habíase encontrado así de herido y desfalleciente!... ¡Apenas si sus dolores harapientos se arriman junto a él, para calentarlo y calentarse en aquel invierno de la ingratitud!

¡Apenas si la desilusión se reclina sobre su pecho, para consolarlo y ser consolada!...
¡Qué solo le habían dejado; sí, qué solo y qué triste!

Entonces era cuando el ingrátido Rabí, prosternándose de nuevo, con la frente leve y sudorosa y los ojos acongojados, hundidos, en la muda vastedad, después de recibir el cáliz que le traía el ángel mensajero, dejaba manar por sus labios la divina sangre de su alma en las sublimes palabras: ¡Señor aparta de mí este cáliz de hiel, anticipación de aquél otro supremo reproche de la cruz, tembloroso de lágrimas: ¡Padre mío, por qué me has abandonado!...

Al llegar a este punto, la tensión nerviosa de los devotos, estallaba en verdaderos alaridos de conmiseración, acrecentados por la plática del párroco que explicaba, desde el púlpito, todos los detalles del drama indescriptible. El confuso mar de seres prosternados tremaba, suspiraba, se estremecía en un idéntico y enorme sacudimiento de dolor, hasta que, la brusca presencia de Judas, seguido de los sayones, trocaba como por encanto, el coro de plañideras, en un conciliábulo de furias; pues, al darse cuenta de que el traidor se adelantaba hacia Jesús, para depositar el infame beso en la cérea mejilla, y después, al presenciar la consumación del crimen bochornoso, todos los creyentes prorrumpían en injurias y denuestos, azotando la serenidad del recinto con las palabras más rudas; abofeteando el rostro de las imágenes celestes, con gritos que silbaban a manera de piedras lanzadas por la honda, y haciendo sangrar las anchas espaldas del tiempo, con los latigazos sibilantes de las más soberbias y horribles maldiciones!...

—¡Infame!... ¡Cobarde!... ¡Ruin!... ¡Traidor!... ¡Maldito seas, engendro de Satanás!... ¡Pesadilla del infierno!... ¡Maldito seas!... ¡Maldito seas!... Y el enorme rugido no cesaba, no disminuía, parecía no terminar nunca. Se hubiese dicho que la multitud toda, era un enorme monstruo, cuyas mil bocas vomitaran el odio y la venganza almacenados en el alma de los hombres de todos los rumbos y de todos los siglos. Se hubiera creído que la humanidad de ayer y de hoy, en un consorcio formidable de pueblos y de razas, habíase dado cita allí, en ese humilde

templo de pueblo, para escupir la memoria del más infame de los seres, con el espectáculo dantesco y avasallador; de la más salvaje y sublime de las cóleras!...

Por fin, la tormenta de voces cesaba, pero era sólo para dejar su lugar a un torbellino de exclamaciones de piedad, o para deshacerse en un raudal de lágrimas o volver, de nuevo, a tronar denuetos y relampaguear imprecaciones, según que se representase ante los múltiples ojos alelados, ya en el juicio del Sanedrín, ya la sentencia de Pilatos, precedida del indulto de Barrabás, o bien las patéticas escenas de los azotes, la corona de espinas y la satánica befa de sayones y fariseos, cuando el Nazareno de los ojos de antílope, después de haber sido desatado de la infame columna, era mostrado como Rey de Burlas a la curiosidad de sus victimarios, cuya enorme carcajada, rodando sin piedad a través de las edades, llegaba a los aterrados oídos de los creyentes, encrespando sus espíritus con incontenibles indignaciones.

Empero, a las dos de la tarde, se iniciaban las más conmovedoras ceremonias: Las Tres Caídas, La Crucifixión, el Descendimiento y El Santo Entierro, cada una de las cuales enlazábase perfectamente con las otras, hasta constituir todas ellas una perfecta unidad evocativa, plena de trágicas reminiscencias y ensombrecida por quién sabe qué tinieblas cargadas de sollozos.

Seguido de una multitud devota y expectante, el Cristo de la parroquia abre la marcha. Va colocado sobre una plataforma que conducen ocho de los más conspicuos vecinos y debajo de la cual están ocultos los hilos que mueven los goznes de las articulaciones, comunicando a la sagrada imagen los movimientos necesarios. Todo el trayecto hállase atestado de gente recatada y compungida; las casas ostentan grandes crespones negros, y en cada una de las tres bocacalles donde habrá de derrumbarse el sagrado cuerpo del Mártir, bajo el peso de la cruz y del dolor, hállase colocado un púlpito adosado a uno de los muros de la esquina. Lentamente, la procesión empieza a avanzar. El Cristo va solo, sin otra compañía que la de la cruz inmensa de pesadumbre y de impiedad. ¡Nadie!... ¡Ni los discípulos, ni María, ni Marta, ni Magdalena!... El sol arde como en Judea; la

fatiga aplasta como en la Pasión. Jesús sigue caminando. Por fin, sus miembros vacilan, tiemblan sus piernas, la débil espalda se dobla, la cabeza, como un lirio mustio, rueda sobre el pecho, la magnífica cabellera rubia de luz, barre el polvo, y todo el divino cuerpo se desploma ruidosamente sobre la plataforma, con los brazos abiertos, como una cruz viva, desfalleciente de caridad.

El sacerdote, entonces, sube al improvisado púlpito, y sinceramente conmovido, exhorta a la multitud a que contemple y comprenda la infame tortura del Justo que yace aplastado por el madero del ladrón. La multitud responde con un inmenso clamor húmedo de lágrimas; las exóticas músicas que vinieron con los otros Cristos, desde hace dos o tres días, inician extraños motivos de un primitivismo bárbaro y desolador y un coro de voces agudas y trémulas, entona quién sabe qué lúgubres misereres.

Pero los sayones tienen duro el corazón y, sin hacer caso de semejantes muestras de piedad, azotan brutalmente el cuerpo exangüe y obligan al condenado a proseguir la marcha con el instrumento del suplicio al hombro. La dolorosa caminata continúa, lentamente, cada vez más lentamente a causa del calor y el cansancio. Y el Cristo sigue solo... ¡Nadie!... ¡Ni los discípulos, ni María, ni Marta, ni Magdalena!... ¡Pero, no!; otra escultura conducida también sobre unas andas, avanza en sentido opuesto: es la Dolorosa que viene al encuentro de su hijo, acongojada, trémula, desfalleciente... Un escalofrío sublime recorre los cuerpos y penetra las almas... ¡Es María que va a asistir al tormento de su hijo!... ¡Es María!... Los ojos se humedecen, las gargantas se anudan, los corazones se inclinan férvidos y atribulados... ¡Es María!... ¡Es María!...

Presto, las dos imágenes caminan juntas, pero, presto también, el divino cuerpo vuelve a rodar por la tierra, impotente y vencido. El sacerdote sube por segunda vez al púlpito y las manifestaciones de la primera caída se repiten, en esta ocasión de un modo más vibrante, a causa de la presencia de la Madre del Salvador. Y así acontece en la tercera y postrer caídas, después de la cual y al iniciarse ya francamente el ascenso a la pequeña eminencia de El Calvario, en

cuyo templo el Rabí ha de ser ajusticiado, Simón Cirineo, representado por un mocetón debidamente caracterizado, adelántase para ayudar a Cristo con la cruz ignominiosa, en tanto que, a unos pasos más, la Verónica, encarnada en la persona de una piadosa mujer del pueblo, apréstase a enjuagar el sudor y la sangre del Divino Rostro, con la simbólica piedad del lienzo taumaturgo. Jesús ya no va solo; las santas mujeres lo acompañan y los discípulos lo siguen también, alfombrándole el agrio sendero con las suaves ternuras de sus devociones... ¡Hasta Judas dibuja sobre el horizonte absorto, su perfil de ave de presa! Desgraciadamente, la procesión ha llegado a su término. Las puertas del santuario se han abierto, de par en par, al ajusticiado y a la muchedumbre que, en proporción enorme, queda fuera del recinto insuficiente para contenerla.

A los breves instantes, el sublime sacrificio se inicia. Sobre la cruz enorme y tosca, colócase, de espaldas, el cuerpo desnudo y lívido. Los duros clavos traspasan las manos níveas y perforan los pies llagados. Apenas si un harapo oculta las partes nobles. La corona de espinas, sigue mordiendo la cabeza yaciente, doblada, a intervalos, sobre cada uno de los hombros. No falta ni la inscripción sangrienta: INRI que hiede y avergüenza, como un excremento. Concluidos tales preliminares, al fin el trágico madero es izado sobre la plataforma del altar, en un pequeño montículo hecho a propósito. A los lados están ya Gestas y Dimas, y a las plantas del Redentor, las santas mujeres acompañan a María, cuyo dolor inmóvil es como otra muda y patética crucifixión.

El sacerdote, por última vez, sube al púlpito, y, en seguida, se desarrolla la parte culminante de la sacra conmemoración. Ni el más pequeño detalle de crueldad es omitido; ni la más leve manifestación de tortura es velada a los ojos de la imponente masa, ora indignada, ora contrita, ora muda o sollozante. El Sermón de las Siete Palabras va dejando caer, una a una, las siete frases eternas, y cuando la última de ellas rueda de los labios del orador; cuando el tremendo ¡Consummatum Est! Ciega de estupor al silencio y paraliza el ritmo de la luz de las arterias de los astros, la celestial cabeza cae definitivamente sobre el pecho

exangüe. Un último y levisimo temblor sacude todavía los músculos lívidos y cárdenos. Luego... ¡un frío y un reposo enormes que amenazan fosilizarlo todo, y, en el desamparo de su soledad augusta, el harapo de un cadáver izado a todos los rumbos, como una bandera de misericordias!...

Lo que acontece entonces en la multitud, es indescriptible, pavoroso, sublime al par que salvaje, inefable a la vez que dantesco. Recorrida por un escalofrío de apoteosis, desmelenada por un viento de tragedia, sacudida por un vórtice de pasión, embriagada, ¡sí, materialmente embriagada de dolor y de furia!, ¡ciega de fe!, ¡febricitante de angustia, loca de desesperación, produce un ruido ensordecedor, confuso, formidable. Gime, truena, solloza, maldice, injuria; y eleva los brazos al cielo; y aprieta los puños; y plasma gestos demoníacos; y traza siluetas espasmódicas; y dibuja, contorsiona, mejor dicho, esquilianos perfiles, hasta que, agotada súbitamente por aquella saturnal de cóleras y angustias, desde la espantosa altura de un clímax espeluznante, se despeña, al fin, en el trágico abandono de una lasitud, más espantosa y más terrible todavía!...

¡Y por el espacio brevísimo de un instante, el universo se queda anquilosado, mudo de plegarias, ciego de auroras: mudo y ciego como la nada de que surgiera y en cuyo osario de siglos, tendrá que descarnarse su esqueleto!... El cuadro, llegado a este punto, adquiere proporciones apocalípticas. En el alma de la tarde absorta, bajo el cielo estupefacto, en el sombrío corazón del santuario, sólo se ve el lívido cadáver clavado en la cruz enorme y negra, y a sus plantas, la multitud tendida como la sombra vastamente alargada de la cruz; como la cauda dolorosa de aquel dolor sin límites; como la estela, como el surco de aquel supremo sacrificio; como la imponente silueta humana del símbolo redentor, proyectada sobre la anchura del mundo, lo mismo por las estrellas de Dios que por las hogueras del infierno!...

CAPÍTULO 11

BAJO LA AGONÍA de la luz, efectuábase El Descendimiento: Con infinitas precauciones iban siendo desprendidos los clavos, uno a uno, cuidando de no lastimar las manos inertes y los pies descoyuntados. Los mismos personajes de la sacra tragedia (tan férvidamente encarnados en aquellos pobres protagonistas) daban vida a la piadosa ceremonia, sin descuidar ni los más insignificantes pormenores: La angustia desordenada y patética de Magdalena; la desesperación sin límites de Juan; la estupefacción desoladora de Marta; el asombro indignado y sollozante de Pedro, y el llanto ensordinado, y el dolor en éxtasis de María, cuyo rostro de madera, quién sabe por qué maravillosas sugerencias, adquiriría actitudes insospechables en una escultura perfecta de emotividad, si se quiere, pero necesariamente inmóvil en el equilibrio eurítmico de sus facciones definitivas.

Una vez que Nicodemo y José de Arimatea, habían conseguido desprender el cuerpo hasta ponerlo en tierra, procedíase a amortajarlo en alba sábana de los más finos linos (obra de manos sabias, ágiles y devotas), no sin haberlo ungido previamente, con ungüentos preciosos y caros perfumes, donados por los vecinos más pudientes. Concluida esta operación llena de amables delicadezas, en la que el aroma a que trascendía el divino despojo era aspirado con religiosa fruición por los que se hallaban más próximos, depositábase el cadáver en una urna de madera dorada y cristales biselados, a fin de que pudiera ser visto perfectamente. Luego, colocábase en unas andas, exornadas con grandes lienzos de un morado oscuro orlados de flecos de plata, y una vez que se hallaban en sus puestos los encargados de conducir el celeste ataúd, iniciábase la procesión del retorno.

Era ésta, nada menos que la espantosa procesión del Santo Entierro, en la que únicamente podían tomar parte los hombres y que constituía, por su severidad casi macabra, por su aspecto desoladoramente lúgubre, por sus perfiles guiñolescos y jeremíacos; por el tétrico escalofrío que parecía recorrerla, uno de los momentos más intensos de las sacras evocaciones.

Ya bajo el ala inmensa de la noche, principiaba el desfile. No se cantaba: la chirimía y el tamboril habían quedado paráliticos de sonidos; los danzantes, sin el jardín de plumas de sus penachos, marchaban con la cabeza baja y el rostro compungido, como los demás; sólo el rumor de las plegarias aleteaba en torno de la confusa masa desolada, que iba como un inmenso dolor tras del más sublime sacrificio. La misma luz de los cirios, que en cantidad profusa llevaba la muchedumbre, lejos de disipar un tanto siquiera, la cruel impresión producida por aquel cortejo de fantasmas, parecía acrecentarla más aún, pues las llamas trémulas y alargadas a modo de lenguas bífidas, ofrecían siniestras tonalidades de blandones y hacían danzar sobre la sombra circundante coros de espectros, aquelarres de brujas, espeluznantes fantasmagorías de resucitados y ánimas en penal...

Un frío de más allá, colábase hasta el alma, y el corazón, encogido y mudo, vanamente pretendía hojear el libro de la estrella, para embelesarse con las acuarelas de la luz, pues, o bien el cielo hallábase vacío como el cráneo de una enorme calavera, o bien las estrellas estaban lívidas también, lívidas y trágicas como infolios húmedos de soledad y fríos de silencio, o demacradas y terribles como cabezas de ajusticiados.

Detrás de ésta, una segunda procesión, más terrible si cabe, desprendíase, a los pocos momentos del santuario, derrumbándose por la falda de la colina, a modo de un lento río de tinta que arrastrase cadáveres de cocuyos: Era la procesión que seguía a la imagen de la divina Madre, llevada también unas andas, pero que descansaban ahora, sobre los hombros de ocho devotas, ya que el cortejo de la virgen sólo podía estar integrado por mujeres.

Esta circunstancia, era precisamente la que contribuía a acentuar los relieves dramáticos del cuadro, pues, todas iban vestidas de riguroso luto y llevaban la cabeza cubierta con un manto negro que les caía más abajo de la cintura y que, enredado a los brazos, en sus extremos, o sujeto por las manos afiebradas, ora unidas y levantadas hasta parecer prolongarse en los transportes del cirio, ora separadas como pretendiendo abrazar la noche para ahogarla, daba a las humildes mujeres un tétrico aspecto de vampiros deslumbrados con las luces que ellas mismas conducían.

Además, la intensa sensibilidad femenina, incapaz de contenerse, explayábase en ruidosas manifestaciones de pesadumbre, que se acrecentaban cada vez más, acabando por sacudir con sus congojas, la lúgubre serenidad de los hombres, que, bien pronto, escupían también la eglógica dulzura del ambiente con sus lamentaciones jeremíacas. Y engrosado así el desfile de los fantasmas con el cortejo de las euménides; y electrizadas por la misma demencia mística las dos muchedumbres, presto un brutal concierto de gemidos y sollozos, deshilachaba la paz nocturna y un enorme trueno de dolor se despeñaba sobre el valle, haciendo saltar en astillas de lágrimas, el granito de la sombra, espesa y dura, sobre la que resbalaban, sin alcanzar a penetrarla, los dardos de oro de las ceras...

¡Terrible, en verdad, tornábase entonces el espectáculo! ¡Más terrible que cuando Judas vendía al Maestro; más aún, que cuando Éste era clavado en la cruz, o que cuando el Redentor expiraba, la cabeza definitivamente doblada sobre el pecho y los brazos misericordes, definitivamente abiertos!... ¡Más, mucho más terrible era aquella verdadera visión de pesadilla, pues, a la saturnal de gritos suplicados, respondía, bien pronto, el largo y lúgubre aullido de los perros de todo el rumbo, y el escalofriante alarido de los coyotes de los montes comarcanos: ¡aullidos penetrantes como agujas inmensas; alaridos ásperos e hirientes, como la queja enormemente amplificad del vidrio mordido por el diamante! ¡Notas bárbaras, ruidos salvajes; desconcertante coro primitivo en el que se hubiese dicho que la sombra de los árboles de todos los bosques,

exprimida en serpientes, escurría por la falda de la colina veteada de oro con el fulgor de las pupilas llameantes de voluptuosidades místicas, y vibrante y sonora con el extraño silbido de las lujurias de la penitencia y los suicidas apetitos del dolor!...

—¡Señor, perdónanos!... ¡Madre nuestra, ampáranos!... ¡Padre celestial que eres Dios, ten misericordia de nosotros!... Y, luego, el ululante clangor de abajo, de la llanura aterrada, y el sibilante clangor de arriba, de los montes vecinos, ambos trágicos de inmensidad: ¡Auuuúh!... ¡Auuuúh!... ¡Auuuúh!... Y el viento que agrandaba y prolongaba espasmódicamente los ecos martirizantes; y las lechuzas que empezaban a aguzar su ríspido chirrido; y los grillos que destruían las espigas de las horas, haciendo gemir sus seguetas implacables; y los rumores fantásticos de las hojas que bailaban danzas macabras; y hasta el profundo llanto del agua, que parecía engrosado con las lágrimas de los muertos... ¡Todo, todo se aunaba para producir la más imborrable y torva de las impresiones!

Por fin, la doble procesión llegaba a su término. Las grandes puertas de la parroquia, abríanse para recibir al Cristo y a su divina Madre. Formados en doble fila, una a cada lado del altar, los cristos visitantes esperaban escoltados por otras tantas filas de devotos. Las andas, con la sagrada efigie, depositábanse un momento en el atrio, en tanto llegaba la imagen de María. Una vez reunidas las dos y seguidas por los hombres que caminaban a la derecha y las mujeres que iban a la izquierda, penetraban en el templo en cuyo altar colocábase el féretro del Redentor y, a sus plantas, sola, para simbolizar mejor la inmensidad de su desconsuelo, la Dolorosa que permanecía en esa actitud atribulada durante toda la ceremonia del Pésame, en el transcurso de la cual volvían a redoblarse las más patéticas manifestaciones de dolor. Como a las nueve o diez de la noche, la jornada conmemorativa del día terminaba definitivamente. Las puertas de la parroquia volvíanse a cerrar. Dentro del templo, escoltados por la doble fila de Cristos, el divino ataúd y la divina Madre quedábanse solos, amortajados por las tinieblas, apenas bendecidas por el fulgor beato de una pequeña lámpara de aceite.

Entretanto, afuera, la multitud conglomerada en el atrio, esperaba ansiosamente con los ojos fijos en el rumbo del Calvario. De pronto, allá a lo lejos, en el negro montículo, una silueta más negra todavía, resaltaba sobre el horizonte lontano, encendido, en breve espacio, por la cabellera lívida de una hoguera... ¡Judas!, rugía entonces por postrera vez la muchedumbre: ¡Judas Iscariote!, ¡El miserable!... ¡El traidor!... ¡Maldito sea!... ¡Maldito sea!... Y cien, mil, infinitos, innumerables puños tendíanse hacia la roja lumbrarada, frente a la cual, suspendido de la rama de un árbol, agitábase un monigote desmelenado y estrambótico, cuyas oscilaciones de péndulo maldito, santiguaban, con quién sabe qué ritmo demoniaco, la cadavérica frente de la noche!...

Al otro día, las explayaciones entusiastas del Sábado de Gloria, ponían fin a la tragedia continuada de los días anteriores, despertando júbilos nuevos en los corazones y encendiendo nuevos amaneceres en las almas. Precedidas por la torre de la parroquia, todas las torres circunvecinas, poníanse a arrojar sobre el valle las cintas líricas de sus notas, entretejiéndolas de tal modo, que, bien pronto, todo el valle quedaba prisionero en una especie de malla sonora y trémula que iba apretándose y tupiéndose, con tal profusión, que, acababa por convertirse en una vasta e inconsútil tienda de sonidos; en el polirrítmico velarium de un inmenso acorde sinfónico, bajo cuya sombra, como bajo de un vuelo de ruiseñores, los Cristos de los santuarios vecinos (después de haber sido ceremoniosamente despedidos por el Cristo del pueblo que salía a dejarlos hasta la puerta del atrio) tornaban a sus altares, tapizando de aleluyas y resplandores todos los caminos, con la cauda luminosa y musical de sus cortejos inverosímiles.

CAPÍTULO 12

*i*MUY INTERESANTE, SÍ! ¡Indiscutiblemente muy interesante era todo aquel simulacro evocativo!; pero, la verdad es que, fuera de uno que otro detalle, como por ejemplo las danzas que fingían luchas entre moros y cristianos; la procesión de los Cristos y la despedida de éstos el Sábado de Gloria, a Nacho, lejos de agradarle, producíale una penosa impresión, una emoción molesta, no exenta de un ligero pavor que realmente no tenía ninguna razón de ser, toda vez que, bien visto, sólo se trataba de una comedia en la que, ni Judas era de veras, ni los apóstoles eran de carne, ni la escultura de la virgen tenía corazón para sentir la muerte de Cristo, quien, por su parte, tampoco podía sufrir la tortura, puesto que hacía mucho tiempo que había resucitado y se hallaba en el cielo con su divina Madre, las santas mujeres, el buen ladrón, Simón Cirineo y los apóstoles, a excepción, ¡naturalmente!, del traidor, que se encontraba bien seguro en el infierno.

No; a Nacho no le gustaban esas cosas. Cierto que era católico y que compadecía a Jesús; que consideraba muy justo se dedicara una semana entera a la recordación de sus sufrimientos; pero, ¿a qué tanto insistir en evocar lo que todo el mundo se sabía de memoria? ¿Acaso no habían aprendido todos, desde los primeros años, la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo? Ahora bien, ¿qué tanto lloriqueo y tanto sermón y tantas escenas desgarradoras propiciaban al arrepentimiento, y nos hacían pensar, seriamente en la salvación del alma?... ¡Ni quién lo negara! Mas, a pesar de todo, a él le parecía excesivo semejante derroche de dolor. Al fin y al cabo, como decía su glorioso tío el licenciado y actual señor Jefe Político de Tenancingo: Al que nacía torcido ni

Dios lo enderezaba y al que nacía derecho ni el diablo lo torcía, y él, aunque no muy derecho que digamos, tampoco creía haber nacido tan torcido para que necesitara comer puras hostias y beber agua bendita.

¡No!; decididamente a Nachito lo que le tiraba era el campo... ¿Cómo no se le había ocurrido mejor a su papá, ser administrador de un rancho, o ¡vamos!, hasta caporal, en vez de funcionario público?... Menos mal que ahora tenía oportunidades de sobra para hartarse de excursiones campestres, cacerías y jaripeos, aunque éstos no menudearan tanto como hubiera sido de desearse.

¡Vamos, señor, que hasta su mismo tío, obligado por la necesidad de recorrer constantemente los pueblos de su jurisdicción, y acaso también impulsado por los resortes de su nunca desmentido amor propio, desenterrando sus buenos tiempos de escolapio (¡qué hombre, por grande que sea, no los ha tenido!) y desempolvando sus no despreciables cualidades de jinete (?), había resultado, de la noche a la mañana, un apuesto caballista, apasionado como el que más, de las buenas cabalgaduras y fanático de los más finos arreos: los frenos y las espuelas de Amozoc; las sillas bordadas y chapeteadas; los gargantones de gallardas borlas, la excelente reata de lechuguilla y el machete suriano, que se ata, horizontalmente, debajo de las cantinas junto a la flexible vara de membrillo, atorada en el látigo; amén, por supuesto, de las prendas de vestir, entre las que descuellan la pantalonera de botonadura de oro; la chaqueta de gamuza alamarada y bordada del mismo metal; y el ancho sombrero de pelo, exornado con áureas flores, rumbosa toquilla de historiadas borlas y un par de cabecitas de toro, colocadas una a cada lado de la copa, alta y cónica, como una funda de piloncillo.

Ya estaban viendo cómo lo que bien se aprende no se olvida. Al insigne abogado sólo le había bastado, según se decía, dos o tres semanas para recordar sus buenos tiempos; y aun cuando esto no fuera rigurosamente cierto, pues, según las cuentas que Nachito hacía, ya llevaba su ilustre tío, dos o tres meses de estarse ensayando a montar, pequeña e ingeniosa encontraba él esta patraña del

grande hombre, dispuesto como estaba a reconciliarse con el tío, ya que él mismo (queriéndolo o no) le daba ahora por su juego, facilitándole la oportunidad de tener más cerca de lo que se hubiera imaginado, todo lo que se relacionaba con su entretenimiento favorito.

¡Y vaya si acertaba en sus suposiciones!... ¡Qué va! Dispuesto como siempre, a ser el primero en todo, bien pronto el licenciado se hizo de los mejores caballos del lugar, para lo cual no tuvo que hacer crecidas erogaciones, porque, una vez que los ricachos del pueblo, principalmente los dueños de los ranchos y las haciendas circunvecinas, diéronse cuenta de cuál era el pie del que cojeaba el señor Jefe, apresuráronse a obsequiarle los ejemplares más valiosos, ya por su hermosa estampa; ya por su notable alzada; ya por su cómoda andadura, o bien por su nobleza y resistencia. Hasta nueve caballos, de los mejores que había en varias leguas a la redonda, llegó a reunir en sus flamantes caballerizas el licenciado, sin contar con los que pertenecían a la Jefatura y que, casi casi, le pertenecían a él.

Total, que, únicamente había tenido que gastar en los trajes, dos para las excursiones ordinarias y uno de gran lujo para las grandes ocasiones. Los arreos de las bestias también le habían sido obsequiados, pues, por lo regular, sobre todo si se trataba del regalo de un hacendado de postín de no muy limpia conducta ni muy rectos proceder, el caballo le era donado al Jefe, conveniente y lujosamente enjaezado: con silla, machete, reata, y no pocas veces con un par de hermosas espuelas de Amozoc, que venían colgadas en la cabeza de la silla, amén de un finísimo sarape del Saltillo cuidadosamente enrollado detrás de la teja. Es más, como para demostrar que todo aquéllo era nuevo y flamante, y que había sido expresamente mandado hacer para el señor Jefe Político, en ocasiones, sobre las cantinas de la silla y en la hoja del machete, ostentábanse las iniciales del licenciado, alegóricamente encerradas en una corona de laurel y palma, debajo de la cual, leíanse las palabras Justicia y Ley, escritas, cada una, en las dos páginas de un pequeño libro abierto, colocado encima de dos espadas cruzadas, todo lo cual constituía un incuestionable símbolo de sabiduría y autoridad.

Ante semejantes alardes hípicas, el viejo rencor y la visible antipatía que Nachito había sentido siempre por el tío regañón y autoritario, enemigo jurado de sus inocentes libertinajes de muchacho, fuéronse desvaneciendo poco a poco, y olvidadas por el chico las múltiples dificultades que los habían mantenido separados, aplaudió sin reservas los nuevos gustos del licenciado; estimuló cuanto pudo sus aficiones caballísticas; ponderó, exageradamente sin duda, sus habilidades de jinete; ofreció vigilar a los mozos a fin de que atendieran a los caballos, como convenía a bestias de su casta, y él mismo, prometió encargarse directamente de *el Lucero* y *el Consentido*: el primoroso retinto sangre linda, nervioso, esbelto, finísimo, que ostentaba una pequeña mancha blanca sobre la frente, y el soberbio alazán tostado: primero muerto que cansado de cuello arqueado y robusto, ancas poderosas, y una crin y una cola luengas, rizadas y sedosas como verdaderas guedejas de mujer.

Tanta maña se dio en alentar y aplaudir este nuevo capricho de su tío; tanto celo desplegó en el cuidado de los nobles brutos; puso tanta astucia y picardía en halagar la vanidad del abogado centauro, que, bien pronto, el tío irreconciliable, gruñón, de antaño, transformóse en un hombre razonable, simpático, ¡vamos!, hasta delicioso, aunque, eso sí, siempre digno y respetable, como convenía a todo un personaje de su alcurnia.

Ya lo sabía Nacho, siempre que se le ofrecía salir a su tío, por ésta o por la otra circunstancias, él era el encargado de acompañarlo. La más ligera insinuación del licenciado bastábale para ir a prevenir cuanto era necesario. Él sabía, mejor que su tío, cuál era el caballo que convenía sacar; cuál la clase de arreos que debían ponérsele; qué silla era a propósito, etc., etc. Con verdadero placer, ante la perspectiva del paseo inmediato, cuidaba hasta del menor detalle y cuando hallábase todo completamente listo, prevenía a su tío, quien, una vez despachados los asuntos más urgentes y después de dar sus instrucciones al papá de Nacho, íbase con éste, cada quién pugnando por hacer lucir su respectiva cabalgadura, ante los respetuosos vecinos que los saludaban, sombrero en mano, y seguidos a regular distancia, ora por el antiguo mozo de la casa que no los largaba o bien por dos o más soldados que iban dándoles escolta, cuando el caso así lo requería.

Santa Anna, la del famoso salto: cascada maravillosa que se despeña desde una considerable altura, destrenzando las sedas de su madeja fluida, blonda y ondulante; lugar de recreo en el que se reúnen las familias el Martes de Carnaval, para comer, romperse cascarones, echarse medidas, y regresar después a Tenancingo, bailando, a intervalos, durante todo el trayecto sin darse más tregua que una hora de descanso en La Era situada, poco más o menos, a la mitad de la jornada. Tecualoya, en cuya soberbia barranca se inmola la luz y deja ciegos a los ojos que le buscan el fondo, Malinalco, tierra munificente, madre del exquisito café que sólo reconoce dignos rivales en el café de Córdoba y en el de los fantásticos paraísos del Sur. Ixtapan de la Sal, Villa Guerrero, Coatepec, hasta Ocuila y Tonicato que se asoman en los balcones de las serranías a contemplarlos los vecinos Estados de Guerrero y Morelos, cuya magnífica y áspera topografía, finge una pesadilla de montañas interrumpida, a trechos, por églogas de campiñas, arrobos de praderas y éxtasis de pensiles!...

Y el Desierto, el maravilloso convento de los Carmelitas, esos frailes virgilianos que edificaban sus casas de oración en la hondura del bosque, quizá para vivir en santa y mínima hermandad con los pájaros: ¡sonajas del niño Dios, párvulos de Santa Cecilia! El indescriptible Desierto, más bello que sus dos hermanos de Anáhuac: el de San Ángel, huérfano definitivamente de sus frondas y de su soledad; y el de Los Leones, ya prostituido por la vulgaridad ociosa de paseantes, curiosos y desocupados. Más bello y más interesante, sí, porque todavía está virgen en la castidad de su abandono; porque, demasiado lejos aún (¡dichoso él!) de los hombres, de la vida y de la civilización, sigue viviendo cerca de la gracia, envuelto en el perfume de las visiones místicas y ungido con el sahumero de las ignotas añoranzas, y las irremediables melancolías. (1)

(1) Desgraciadamente, ya también este apartado y bellísimo lugar, recibe los beneficios de una cada vez más nutrida corriente de turismo. ¡Ventajas innegables del progreso! ¡Magnífica victoria de la civilización!

La simbólica calzada por la que se va al monasterio, rezando el rosario, a cuyo efecto, y como para servir de índice a la devoción, la plegaria se estereotipa en el paisaje y es por eso por lo que, a intervalos iguales (tantos como son los Misterios de la oración vespertina) la arboleda interrumpe el paralelismo de sus filas inmóviles, para formar corro en torno de una cruz de piedra, en cuyo signo, las guirnaldas de las aves, se articulan por medio del broche de la Salve: húmeda de luz como los ojos de la letanía!...

Después, el Convento: el vetusto y enorme edificio patinado de piedad y herrumbroso de nostalgia. Las fuentes de azulejos en los patios tranquilos, diáfanas de agua, de cielo y de dulzura; los patios adorables, ilustrados con naranjos de áureas pomos y cándidas flores de azahar, y arrullados por las zamponas de los surtidores; los corredores inmensos, umbrosos y solitarios; el refectorio vasto y frío; las celdas húmedas y sombrías, aclaradas aún por los resplandores del éxtasis. La Capilla del Secreto, en uno de cuyos rincones se escucha perfectamente la voz deshilada, en sordina, desde el otro rincón; el templo iluso de oros, embriagado de encajerías, loco de filigranas y nítido de inocencia. La torre anciana y achacosa, friolenta de olvido y apesadumbrada con el silencio de sus esquilas inútiles, inválidas de sus badajos y moribundas de quietud.

Y las ermitas perdidas en el bosque, acurrucadas como tórtolas entre el follaje y convalecientes de penitencia y de dolor. Y los rosales del milagro donde aletean las rosas de la Virgen, las mismas que se deshojaban, ingravidamente, para hacer más leve y más blando el tránsito de las plantas desnudas: ¡Felices pies los de los Frailes Descalzos! ¡Las rosas de los pobres y de los tristes; las rosas taumaturgas y misericordiosas!... ¡Rosas de los penitentes y de los indios!... ¡Rosas del Monte Carmelo, hermanas de las rosas del Tepeyac! ¡Hijas adorables de las rosas de Sión!.

El trozo vivo del pasado donde se prosterna la tradición, comulga el milagro y se confiesa la leyenda; el rincón humilde donde se refugia la ingenuidad emotiva y se abren los zempealxóchiles del rito. La aldea montaraz, tímidamente abrazada

a su parroquia; la alquería vergonzosa escondida entre la sombra de los árboles y siempre dispuesta a recibir dignamente al señor Cura. Todas las regiones comarcanas, todos los lugares, todas las pequeñas poblaciones del importante distrito fueron visitadas por Nachito, solo o en compañía de su tío, y a lapsos de tiempo más o menos largos.

Los huertos admirables, pródigos en las frutas más variadas; las vegas tranquilas, doradas de trigo o verde-azules de césped, húmedo y blando; los valles dilatados, infinitos, manchados de ganado o cabrilleantes de riachuelos, lagunas u ojos de agua; los jardines olvidados en la arruga de la montaña, y los espinazos andinos, brutales y espantosos, en cuyas afiladas puntas se abre el vientre de la tormenta, en un alumbramiento de torbellinos y relámpagos y se quiebran los búcaros de la aurora en un desbordamiento de vergeles!...

Ni un sólo rincón, ni un sólo gajo, ni un sólo aspecto de la Naturaleza, ora suave y apacible, ora sublime y grandiosa, escapóse a los ojos piratas que se raptaban las visiones doncellas y se fugaban con los botines de la luz para arrastrar, tras ellos, a los paisajes mendigos de claridad... ¡Y fueron tantos y tan bellos los paisajes que así logró llevarse hasta el alma; fueron de tal belleza y en tal cantidad que, bien pronto, el espíritu de aquel rapaz gambusino de mirajes, se hubiera dicho un kaleidoscopio de panoramas, o un diamante miliunanochesco, apretado de radiantes paraísos!...

CAPÍTULO 13

LO ÚNICO malo era que esto no se repetía todos los días. Sin embargo, no había que quejarse: dos, tres, y en ciertos casos, hasta cuatro veces por semana emprendíanse las deliciosas excursiones. Por otra parte, ya Nacho había tenido buen cuidado de relacionarse con los charritos del lugar y cuando su tío no salía, o era día de fiesta, el incorregible judío errante, como habíanle puesto en su casa, encontraba siempre pretexto para marcharse en su caballo favorito (un caballo de la Jefatura, es decir, del señor licenciado), dizque a arreglar esto u aquello, pero en realidad con el fin de tomar parte en algún improvisado coleadero.

Sencillo, campechano, decidor y ocurrente, bien pronto habíase conquistado el aprecio de grandes y chicos, lo cual unido a la circunstancia, nada despreciable por cierto, de ser el sobrino del Jefe Político, habíale abierto, de par en par, las puertas de las mejores casas del rumbo, en cuyas animadas tertulias tomaba parte, con gran disgusto de su tío, incapaz de explicarse, cómo era posible que aquella mosquita muerta que se negaba a ir con él y la familia a las visitas de gran aparato, se había hecho, por sí sólo, de tan buenas relaciones en los poblachos circunvecinos.

—¡Bobo que era el señor su tío!... ¡Sorprenderse por una cosa tan natural!
—¿Que por qué no iba con los suyos a las visitas y en cambio frecuentaba, con tanto gusto, el trato de las familias que no vivían precisamente en el pueblo?
—Pues porque a él no le entraban las fórmulas ridículas; porque odiaba los caravaneos, más innecesarios allí que en otra parte, y sobre todo, ¡sí señor, había que decirlo con todas sus letras aun cuando se expusiera a morir encerrado entre cuatro paredes!, porque, la verdad, su tío, que durante las correrías de en

la mañana, resultaba un hombre sumamente agradable, por las noches, y más aún si pontificaba en un salón pletórico de damas encopetadas, tornábase tan fastidioso, tan repugnante, tan pesado, que, ¡a cualquiera se le hubiera ocurrido soltar la lengua y agilizar el espíritu para decir tres o cuatro chascarrillos y narrar tal o cual anécdota divertida!...

—¡No! ¡Imposible!; había que convencerse: junto a su tío, sólo podía estarse con los labios sellados y la cabeza inclinada en señal de respetuoso acatamiento y, francamente, a él éso lo reventaba; de ahí que se negara a acompañarlo y que él solo, por su lado se formara su propio círculo, más humilde, es cierto, pero mucho más ameno y agradable.

—Ahora bien, ¿que antes ni a estas reuniones asistía; que aparte de los muchachos como él, a nadie trataba?... —¡Efectivamente!; pero eso no había dependido de que fuera realmente un hurón, como afirmara su tío, sino de que estaba todavía muy chamaco. ¿A los diez, a los doce años, quién es el tonto que se va a sentar en una sala llena de personas mayores cuando afuera están gritando los otros rapaces y la vida no nos deja quietos en fuerza de llamarnos y atraernos?... ¡A los quince años, ya era distinto! A Dios gracias, aun nos gusta correr y saltar y hacer travesuras, pero ya nos van gustando también otras cosas más seriecitas y formales. El cuerpo nos jala para el campo, para la naturaleza, para la vida a pleno aire y plena aurora; y el corazón, por otro lado, tira de nosotros hacia el reposo contemplativo; hacia el pasmo sentimental; hacia esas honduras vagorosas e inefables donde nos espera el más sublime de los misterios. Entonces, va realizándose la justa compensación entre el egoísmo de la carne que devora y la caridad del espíritu que entrega. ¡La hermosa bestia que corretea por las llanuras hartándose de cielos y horizontes, va transfigurándose en la bestia que siente, ama, cree y que, sobre los hombros de las montañas espirituales levanta las llanuras del instinto, para ofrecer a los besos de los dioses, la frente de las cimas del verbo, olímpica y armoniosa como la frente de Atenea!

—No toda la vida ha de ser uno lo mismo. Si la infancia tiene sus preferencias, también las tiene la juventud. ¡Qué diablo! ¡Si hasta los pantalones le crecen a uno y la voz se le vuelve más ronca y el cuerpo da el gran estirón, impaciente ya por alcanzar los límites de la estatura del hombre!... Puesto que estaba ya más grande, tenía que ser de otro modo, aun cuando, ¡eso sí!, su natural inclinación por las cosas del campo, lejos de desvanecerse se afirmaba cada día más, a medida que se iba identificando mejor con el ancho y profundo espíritu de la tierra.

Y era verdad, ni las inquietudes de su edad, ni el advenimiento de las pequeñas y grandes pasiones, ni los entretenimientos inéditos que iban llenando de afirmaciones rotundas, los puntos suspensivos de sus años, nada fue capaz de arrancarle, pero ni de disminuirle, un poco siquiera, sus aficiones campesinas. ¡Tan metido en el cuerpo; tan adentro del corazón llevaba ese adorable cariño por la naturaleza!...

¡Así era como, preocupándose ya por las primeras escaramuzas románticas, abismándose en la beata contemplación de las pupilas encantadoramente ingenuas, y entregándose, con toda el alma, a las deliciosas tonterías de los enamoramientos sin trascendencia, siempre dejaba el rincón más grato de sus horas a la emoción campestre; al embeleso de las lontananzas vagas e inasibles; a la paz inmensa y sedante de los cielos profundos; a la tranquilidad fresca de brisas y perfumada de azul; al silencio montaraz, oloroso a tomillo y yerba buena, en fin, a la candorosa y sublime comunión con el mundo de los seres sencillos, de las cosas humildes, de la materia aldeana, limpia, casta, buena, diligente y madrugadora!...

Después de todo, ¿qué mejor confidente para las cuitas de amor, que el oído atento y ancho del orbe sin fronteras, límites, ni prejuicios? ¿Qué amigo más fiel a quien poderle mostrar nuestras heridas ocultas que ese que nos brinda la blandura del prado, para que podamos entregarnos mejor a la dulce tarea de soñar y ensoñar, y acariciar mil veces la cabellera impalpable de la ilusión furtiva, y alisar infinitas veces las plumas de la quimera errante?

¿Qué mejor paño para nuestras lágrimas, que la seda fluente del riachuelo que se lleva nuestro llanto sobre sus espaldas, para tornasolarlo de arco iris, acariciarlo de cielos y ungirlo de claridad? Acaso, por otra parte, no es siempre la naturaleza la que completa la estampa idílica con el árbol que prosterna su sombra junto a los corazones prosternados; con el macizo de rosas cuyos perfumes sonrosan de rubores las púdicas mejillas del ambiente, o con la hierbecilla pastora que aterciopela su humildad, para que se deslicen más suavemente las plantas de las horas?...


¡Sí!... Para aquel adolescente, hasta la misma novia constituía, casi casi, un término del cuadro; un aspecto, el más hermoso si se quiere, pero sólo un aspecto del panorama campesino.

¡Ojos como lagunas, ojos como lagunas donde se copia el desfile de las yuntas que vuelven de la tarea y en cuyas aguas inmóviles se apacienta la sed de los ganados! ¡Manos sembradoras de caricias, como las manos de la luz labriega que siembran resplandores en los surcos del viento y hacen caer de los árboles, el fruto maduro de los trinos!... ¡Labios dulcísimos, castos y húmedos, como la púrpura de las cerezas!... ¡Almas azules, profundas, transparentes, serenas, como esa en la que brotan las espigas de las constelaciones, y florecen los huertos de la aurora y pacen los blancos corderos de las nubes!...

¿Cómo no hermanar, cómo no identificar con el medio ambiente a las muchachas pueblerinas y a las adorables niñas de rancho, frescas de ingenuidad, lozanas de juventud y encantadoras de simpleza y ternura franciscanas? ¿Y cómo no pensar, mejor dicho, cómo no sentir que el milagro de la belleza humana, y el milagro de la Naturaleza son uno mismo y único milagro?...

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

ON IGNACIO García González es, a la sazón, todo un digno colaborador del gobierno: desempeña el respetabilísimo cargo de Jefe de la Oficina Verificadora de Pesas y Medidas y demás instrumentos para medir y pesar, en la capital de su Estado, y aun cuando su sueldo no es cosa del otro mundo (\$135.00 mensuales) unido a las buscas, muy legítimas por cierto, que le proporciona su alta investidura, constituye una cantidad más que suficiente para vivir, sobre todo en aquellos lugares y tiempos de dichosa recordación.

Todos los días, después de desayunar opíparamente (don Ignacio García González, a Dios gracias, tiene un apetito digno de su magnífico estómago capaz de digerir hasta piedras) a eso de las siete y tres cuartos, encamínase a su oficina en donde tiene que permanecer desde las ocho hasta las dos de la tarde (trabaja horas corridas) quedándole, en cambio, la tarde libre, cuyo tiempo emplea, ya en coger de sorpresa a los comerciantes morosos, sordos al mandato que les obliga a verificar periódicamente, sus instrumentos para pesar y medir, según reza el sacratísimo reglamento; ya en irse a charlar con don Apolinar, el dueño de La Vencedora (tienda de abarrotes y ultramarinos), o con José Sánchez, el propietario de La Oaxaqueña (Carnicería y tocinería); o bien, quedándose en casita, haciéndola de carpintero, hojalatero o albañil, según que se ofrezca poner un pasador, arreglar la chapa de un ropero, soldar el asa de la regadera o tapar la gotera del comedor, que está poniendo hecho un asco el mantel del trinchador.

¡No era muy difícil, que digamos, la tarea de don Ignacio, pero importancia y trascendencia, vaya si las tenía! ¿Acaso no dependía de su honrada y hábil gestión, el justo equilibrio y la necesaria compensación de las múltiples

transacciones mercantiles, que diariamente se realizaban en la plaza? ¿Todo el comercio no giraba en torno de su nobilísima función de hacer que las pesas y las medidas estuvieran como Dios manda, a efecto de que nadie recibiera menos de lo que entregaba? ¿Esto no equivalía a salvaguardar los intereses sociales; no constituía una forma práctica de la justicia; no era la cristalización del famoso Sum Quique Tribuendi: la más sabia de las fórmulas ético jurídicas? ¿Don Ignacio, pese a los despechados o a los tontos, incapaces de ver más allá de sus narices, no venía resultando algo así como un magistrado más de la Suprema Corte de Justicia, que tenía, sobre sus otros compañeros de curia, la ventaja de operar en un terreno menos abstracto, más humilde, desde luego, pero mucho más en contacto con los intereses inmediatos de los individuos, que son la base y el origen de los otros intereses.

Don Ignacio estaba de ello profundamente persuadido. Pocos hombres como él, habría tan bien compenetrados de la dignidad y responsabilidad de su alto empleo; por eso, con una meticulosidad ejemplar, desempeñaba cada uno de los ritos de su justiciero sacerdocio, cuidando de que no hubiera, en toda la provincia, un sólo instrumento que se burlara de la conciencia pública.

Básculas de cincuenta y setenta y cinco toneladas, para pesar carros de harina, maíz, hielo, etc. Básculas de ferrocarril, para deducir el tonelaje de los furgones de carga; básculas de menor capacidad, para pesar costales de cal, pacas de chile, bultos de azúcar, etc., etc. Romanas para la carne; balanzas de tienda de abarrotes; microscópicas balanzas de botica; elegantes y complicadas balanzas de cantina y dulcería; metros de cajón de ropa; dobles metros plegadizos de vendedores ambulantes; cintas métricas de acero o género ahulado; litros, medios litros y cuartos de litro de maicerías, pulquerías y lecherías; cuartillos encaprichados en seguir existiendo a pesar del novísimo sistema métrico decimal, lo mismo que las onzas y libras, en continuo pleito con los modernos marcos de pesas, cuyos macizos estuches de madera ostentan, en la doble fila de perforaciones, de mayor a menor, la flamante colección de cilindros metálicos, al pie de

cuyas aplastadas cabecitas se lee la consabida inscripción: diez gramos, veinte gramos, etc., hasta un kilogramo, y a veces cinco o diez, según que se trate de una tienda de comestibles o de un almacén de al por mayor. Toda, toda la rica variedad de pequeños y grandes instrumentos destinados al peso y la medida, era cuidadosamente inspeccionada por el celoso funcionario que, acompañado de un ayudante y uno o dos mozos cargados con los patrones, sellos, contrapesos y demás adminículos indispensables para la verificación, saltaba de un extremo a otro de la población, con diligencia y astucia desmedidas, a efecto de poderles caer infraganti, a los transgresores de la ley.

Cuando tal cosa sucedía (que sucedía casi siempre debido a la costumbre inveterada de cumplir con la Ley sólo cuando es imposible despreciarla) era de ver la sagrada indignación que se apoderaba del ilustre censor. Su persona adquiría un aspecto terrible: la voz engrosábale, como por encanto, la estatura, no muy elevada por cierto, aumentábale por obra de magia, y tal cólera olímpica emanaba de todo su ser, que el pobre comerciante, desconcertado y confundido, se enredaba en sus propias disculpas, tropezábale con sus mismas palabras, hacíase un lío tan intrincado y espantoso que acababa por dejarse amonestar, multar y quién sabe cuántas otras menudencias, alegre y feliz después de todo, por haber salido con vida de semejante atolladero.

Sin embargo, no se crea que don Ignacio García González, era uno de esos cancerberos implacables, sin conciencia ni corazón. ¡Nada de eso!, don Ignacio tenía su alma en su almarío y un corazón que valía lo que pesaba en oro. Lo que pasaba era que le gustaba desempeñar sus funciones con toda la majestad posible a fin de que, compenetrados de la grandeza de su falta, evitaran los infractores reincidir y sobre todo, a efecto de que la gente fuera dándose cuenta de la enorme trascendencia de la ley. Empero, a la hora de imponer las multas y demás sanciones, la más suave tolerancia era su consejera, de tal modo y obedeciendo a un tan singular criterio de compensación que, cuanto más grande había sido su enojo y más aspavientos había gastado en la patética escena del día

anterior, más larga era después su indulgencia para castigar. De ahí que, cuantos estaban enterados de ello, desearan ser fulminados por la sagrada cólera de don Ignacio, o que fingieran una consternación exagerada, contándose de algunos que, balbucientes y desencajados, habían derramado unas cuantas lágrimas disimuladamente, aunque no tanto para que no se hubiese dado cuenta de ellas aquél terrible Moisés de la administración pública.

El trabajo, excepto en el período de verificaciones, no sólo no era pesado, sino que resultaba, frecuentemente, divertido, a causa de las excursiones a que daba lugar, cada vez que se emprendía una visita de exploración a los pueblos circunvecinos y siempre que era indispensable autorizar las básculas también, de tocinerías, obradores, jabonerías, curtidurías, etc., establecimientos que, en su mayoría, hallábanse en las afueras de la población.

Esto sin contar con las visitas anuales a las municipalidades comarcanas, ni con los viajes de inspección a las cabeceras de cada uno de los distritos del Estado, para todo lo cual, descontando las consideraciones con que era tratado en los lugares a donde iba, contaba don Ignacio con sus viáticos, o sea gastos de hospedaje, comida, etc., de los que le quedaba un sobrante regularcito, ya que casi todo se lo proporcionaban gratuitamente, no con el fin de ablandar un poco la severidad de su carácter inflexible, ni mucho menos con el cochino propósito de cohecharlo, ¡eso nunca!, sino con la muy santa idea de honrar, en aquel funcionario incorruptible, al mismo espíritu de la justicia, ciega e implacable, como aquella dignísima y humana encarnación del derecho.

En este sentido, ya se comprende, aceptaba también don Ignacio cuantos homenajes pequeños y grandes le rendían, y, de acuerdo con tan elevado criterio, no era extraño verlo regresar a sus nativos lares, con un buen cargamento de jamones, mantequillas, quesos, licores, rompopé, frutas de horno, etc., que eran más tarde engullidos por él y su familia, en nombre y representación de la diosa Themis.

Su esposa, no obstante, al igual que varios amigos, instábanlo a que dejara aquéllo y aprovechando sus buenas relaciones con el Gobierno (siempre dispuesto

a recompensar el celo de sus funcionarios) buscara algo mejor, más decorativo, más decente, más de acuerdo con su abolengo, ilustrado por la figura nunca bien ponderada del licenciado García González, que había muerto célebre y admirado, en el apoteótico puesto de Presidente de la Suprema Corte de Justicia del Estado.

Pero, don Ignacio rehusaba. — ¡No, así estaba bien!; gozaba de consideraciones y tenía lo necesario para vivir desahogadamente. ¿Para qué quería más? Verdad que su empleo no era de esos que hacen mucho ruido, ¡mejor que mejor!, así no le andarían pisando la cola los ambiciosos o despechados. ¡No había que olvidar que de la subida más alta la caída es más lastimosa!... ¿Alcalde? ¿Diputado? ¿Senador?... ¡Librálalo Dios de escalar semejantes alturas para las que no había nacido!... Verse obligado a asistir a fiestas de postín, recepciones de etiqueta, banquetes de mucha fórmula y caravana... ¡Imposible!... A él que lo dejaran en su casita o que lo mandaran al campo, ¡eso sí!, que lo mandaran al campo a jinetear, lazar, colear; a domar pencos brutos o derribar becerras bravas... Porque sí, ¡ya lo sabían!, él había aceptado esa vida de catrín, porque no había tenido más remedio... ¡a pesar de sus inclinaciones! ¡contra toda su voluntad!...

Y era inútil que se burlaran de sus aficiones y remilgos tachándolo de incivil, entumido, tonto, etc., él seguía en sus trece y no había medio de hacerlo salir de ahí.

La señora, por su parte, emprendía, cuantas veces podía, idéntica campaña: —De veras que eres guaje, Ignacio, tener, como quien dice en tus manos, el modo de asegurar el porvenir de tus hijos y quedarte metido en tu agujero, nada más porque no te gustan las reuniones, ni los banquetes!... ¡Hombre, esas son visiones; son chiquillerías!... ¿Qué te cuesta sacrificar un poco por nosotros?... Además, no vas a estar todo el día en fandangos y comelitones. ¿Que te gusta el campo? ¡Ni quien te lo quite!... ¡Seguirás yendo a él cada ocho días, como ahora; te pasarás fuera de aquí una o dos semanas cada año... ¡Vamos, que hasta quizá quizá, puede ser que tengas entonces con qué comprar un rancho para tí nada más, para nosotros, para que te hartes de campo hasta indigestarte!...

—Y don Ignacio, en las mismas..., ¡No!, ¡no!, y ¡no!... Así estaba bien; ¿para qué quería más? ¿Un rancho suyo? ¡Bueno, eso sí no estaría malo!, pero... ¿cómo, quién iba a dárselo? ¿Acaso un rancho valía cuartilla? ¿no sabía la tonta de su mujercita que, de mejorar su posición social tenían que aumentar sus gastos? La guaje era ella: poseían todo lo necesario y un poquito más (el cochino de barro estaba lleno; la despensa encontrábase constantemente provista con los frecuentes regalos de los abarroteros) ¿A qué pues amargarse la vida con inquietudes y desazones innecesarias?... ¡Pequeña casa, gran contento!, el proverbio latino debía ser la norma de su hogar.

Entonces ella, un tanto molesta por lo que juzgaba capricho y terquedad, echaba mano de su argumentación favorita: —¡Qué proverbios latinos ni qué calabazas!, lo que sucedía era que don Ignacio había salido igualito a su padre: aquél buen don Jesús, que Dios guardase, quien, por temor de oír su propia voz, pasábase las horas muertas sin decir palabra, arrellanado en la poltrona, con los pies envueltos en un jorongo, mientras su familia brillaba en las tertulias y figuraba en la mejor sociedad, al amparo de aquél tío celeberrimo que fuera sucesivamente, Juez, Jefe Político, Magistrado y Presidente de la Suprema Corte. ¡Ah, si se hubiera parecido un poco a este grande hombre!... ¡Mas!... ¿Por qué no hacía un esfuerzo? ¿Por qué no sacudía esa murria que lo tenía aplanado?... ¿Que vivían bien, que estaban contentos?; ¡ni quién lo negara! Pero, ¿iban a estar siempre así; acaso él era eterno y era eterno su empleo? ¿Quién iba entonces a asegurar el porvenir de los muchachos? Lo que guardaba el cochino: unos mil quinientos pesos, cuando mucho, no alcanzaba para nada... ¡Que se hiciera el ánimo, tonto, que se hiciera el ánimo!... ¡Le costaba tan poco labrar la felicidad de los suyos para toda la vida!...

Y la voz de la esposa tornábase dulce, insinuante, acariciadora; sus bellos ojos profundos, adquirían inverosímiles suavidades; sus manos, leves y rítmicas, posábanse en las manos del esposo y, sentada como se hallaba en una pequeña silla, a un lado de él, ella misma pasábase el brazo del buen hombre, por encima

Realidad (1936)

de la cabeza, hasta colocárselo sobre el regazo, y con una adorable gracia de niña, íbase recostando en su pecho, sin dejar de pronunciar, de susurrar, de cantar, de rezar, mejor dicho ¡tan dulce, tan musical era el timbre de la voz!, la insinuación inasequible: Te quitarás ya de tonterías, ¡verdad!... ¡Te sacrificarás un poco por mí y los muchachos! ¡No es cierto!... ¡Sí!, ¡sí!... ¡Ni una palabra más! ¡En eso quedamos y asunto concluido!...

CAPÍTULO 2

DESPUÉS DE TODO, tenía razón de sobra su mujer: Aquello no iba a durar toda la vida, ni él iba a ser eterno. Ciertamente sus ahorros, redondeados con las entradas extra que le dejaban los períodos de verificación y sus visitas a los pueblos, bien llegaban ya a unos cinco mil pesos en relucientes monedas de oro y que, sus dos caballos, el tronco de mulas y el guayín (restos, éstos últimos, de un negocio de materiales de construcción que no le pintó, y que a la sazón explotaba en combinación con Pancho Cruz, el dueño de la Agencia de Fletes y Mudanzas) bien hacían otros dos mil o tres mil pesos. Mas, ¿qué eran siete y ocho mil duros para sus cinco hijos y su mujer, en caso de que él les faltase? Desde luego, había que tener en cuenta el precio irrisorio que seguramente darían por el carro y los animales. Así es que, realmente, con lo único con que podían contar los suyos sería con cosa de seis mil pesos: cantidad que, si bien los pondría a cubierto de morir de hambre, no servía, ni con mucho, para garantizar el porvenir de los muchachos, que se verían obligados a sufrir sabe Dios cuántos trabajos y humillaciones.

—¡Si se decidiera a treparse al candelerero !... ¡Cuestión de una poca de audacia nada más! El prestigio de su tío, le serviría de escudo y le allanaría la mitad de las dificultades. Las viejas amistades no se habían perdido completamente; aun era tiempo de remover el rescoldo de los antiguos afectos y hacerse de buenas relaciones. La confianza que se le tenía era casi, casi, ilimitada, al grado de que, durante los ocho años que iba a cumplir ya de estar al frente de su oficina, sólo una vez le había llamado la atención la Superioridad, y eso por una simple cuestión de trámite que al más ducho se le habría escapado.

—Con treinta y ocho años encima y una salud a toda prueba, bien podía decirse que aun estaba joven, o por lo menos, que se encontraba en los límites de la juventud y la madurez, es decir, en la plenitud de sus facultades. Sin ser un pozo de ciencia como su tío poseía más cultura que muchos periquillos sabihondos, ya que, además de haber cursado la preparatoria, por necesidad primero (acorralado por las circunstancias tuvo que hacerla de maestro en el Liceo Baz) y por afición después, había leído no pocas obras de divulgación científica y afirmado sus conocimientos en historia y geografía. Hablando ¡bueno!... ¡es claro!, si lo pusieran a decir un discurso no negaba que se le atoraría el camote, pero, así, en conversaciones, en discusiones sin trascendencia, en asambleas un tanto familiares, sin llegar a ser precisamente un Altamirano o un Urueta, sabía hacerse entender fácilmente, ayudado por su práctica del colegio y alentado, en gran parte, por la torpeza de los otros. En fin, que tenía cuanto era necesario para ocupar el puesto a que le daba derecho la ilustre prosapia de los García González.

Y sin embargo... ¡No!... ¡No podía!... ¿Sería cuestión de herencia, como pensaba su esposa? ¿Se trataría de una maldición, de un castigo; de una de esas ocultas e invencibles fatalidades que nos conducen, a pesar nuestro, a donde menos nos conviene?... ¿Cuestión de carácter, de educación defectuosa? ¿Resultado de un ejemplo largamente contemplado hasta hacerlo pasar de los ojos a la sangre y de la sangre a la vida? ¿Influencias del medio; embrujamiento de las cosas que tienen también sus mañas para hacerse querer indefinidamente, que saben seducir como la mujer y a veces poseen la ciencia hipnótica de la serpiente? ¿Maleficio del campo y de la existencia campestre?... ¿Qué, qué era aquello que lo obligaba a desear la tranquilidad bobalicona y casta; la serenidad labriega; la luz y el azul aldeanos, lo mismo ahora que en su primera juventud, en aquellos sus pobres años mozos, que habiendo nacido para corretear a pleno cielo y a pleno sol, se habían visto después cruelmente condenados a trotar cansinamente por los oscuros vericuetos de la burocracia provinciana?

¿Sería?... ¿Pero, es que él podría averiguarlo?... ¡Quién sabe!, pero el caso es que él sentía un innato e irresistible miedo a la ciudad y a los hombres complicados; que odiaba, sin explicarse por qué, todo el aparato de las fórmulas y convencionalismos; que experimentaba una natural aversión por las ficciones protocolarias de que estaba lleno el mundo de las personas de calidad, y que, acaso en desquite de tanto brillo y tanto ruido inútiles, gustábale mejor permanecer en casita, muy cerca de sus gentes y de sus cosas, cuando no podía irse a oxigenar los pulmones y el alma, en uno de sus dos pencos, acompañado por el mozo y el hijito mayor, o en el guayín, con toda la familia, de la que casi formaban parte las viejas criadas encargadas de las canastas de la comida, además de Ventura, el carrero, Macedonio, el caballero, y un par de perros perdigueros que, con las mulas, *el Zapote* y *el Colorín*, completaban el pequeño patrimonio de don Ignacio.

¿Pereza, abandono y timidez como los de su padre?... ¡No, eso no! Cuando él estaba en casa, jamás se hallaba en reposo: ya componía un picaporte; ya arreglaba el carretón de Güicho, o bien pasábase toda la santa tarde o todo el santo día, inspeccionando los pesebres; viendo que limpiaran a los animales; revisando las sillas de montar y las guarniciones; explicando cómo debían engrasarse los ejes del carro; discutiendo con los mozos, acerca de la conveniencia de darles más o menos haba a las mulas, o de sacar con más frecuencia al *Zapote* que se estaba poniendo muy sobrado. En fin, que lo sorprendía la noche yendo de aquí para allá, hasta que Lucha lo llamaba a merendar, cosa que efectuaba no sin haber dejado todo listo para la excursión del día siguiente. Después, con su mujercita al lado, entregábase a la dulce tarea de dirigir los juegos de los muchachos: de enseñarles a recorrer los tortuosos senderos de la Oca; ayudarles a pasar sus calcomanías, cuando no, sentándose a los más pequeños en las piernas, poníase a narrarles aventuras inverosímiles, después de las cuales daba fin a la velada, prometiendo que le daría el dinero que tenía en la mano, al que le abriera el puño: hazaña que apenas si podían realizar todos juntos, y eso después de hacer

esfuerzos inauditos. Luego, a acostarse y hasta la madrugada siguiente en que su esposa y él íbanse juntos a misa, si era domingo, y si no, aprestábanse, a dirigir los menesteres caseros ella, y él a ver que le limpiaran y ensillaran el caballo, en el que dábase la vuelta por las afueras de la ciudad antes del desayuno.

En su oficina, lo mismo; nunca estaba de ocioso un sólo instante. Si después de concluido el período ordinario de verificaciones, el público, como era natural, escaseaba y el trabajo disminuía notablemente, la emprendía con las famosas visitas de sorpresa y organizaba, sin pérdida de tiempo, una gira por los pueblos comarcanos.

Ahora, ¿que gustaba mucho de platicar con cuanta gente de a caballo tropezaba y que, a veces duraban años y felices días sus charlas con Graciano, el de la maicería, Montes de Oca, el de la tlapalería y sus compadres José Díaz y don Apolinar?... ¡Para qué negarlo!..., ¡Dicharachero y lenguaraz siempre había sido!... ¡No en vano le habían puesto, cuando todavía era muchacho, jarábe de pico y no en vano también, cuando la pobre de Lucha veíalo encaminarse a La Vencedora, La Ciudad de México, La Fortuna, o La Reina (centros de sus actividades charlataneriles) obligábalo a merendar primero, y en no pocas ocasiones, hacíalo ingerir hasta la cena, advertida como estaba, de que Nacho no regresaría sino bien pasadas las diez de la noche.

Por fortuna, éste era su único vicio, si vicio puede llamarse a un esparcimiento tan inocente, pues, ni tomaba, ni fumaba, aun cuando, en justo desquite, comiera como cuatro.

En síntesis, que de su padre no había sacado otra cosa que su repugnancia por la vida mundana y su horror a los enredijos sociales. Fuera de eso, nada; ni siquiera el parecido, porque aun cuando tenía la misma nariz larga boluda, los mismos ojos pequeñines, e idéntica boca, sus facciones formaban un conjunto tan distinto, que sólo vistas separadamente, una por una, se caía en la cuenta de que eran iguales a las de don Jesús. A mayor abundamiento, don Jesús era cargado de hombros y de aspecto desgarbado, en tanto que su hijo tenía el pecho

saliente y aire desenvuelto, no obstante sus piernas ligeramente arqueadas a causa de sus hípicas aficiones.

Ya lo había dicho, a su padre no se parecía... ¡Entonces!... ¿Sería porque había vivido tanto tiempo fuera de la capital; porque se había pasado los años más bellos de la vida en las haciendas de sus amiguitos; porque sus horas mejores las había gastado en correr, saltar, lazar, jinetear y soñar lejos de las ciudades y de los hombres complicados?... ¡Pero!... ¡Bueno!, y ¿por qué habiendo comenzado a transcurrir su infancia en un ambiente netamente ciudadano, sin el impulso o la revelación del ejemplo paterno, habíale bastado el simple contacto espiritual de una amistad como tantas otras, para desbordar sus años mozos en la suprema liberación de las llanuras? ¿Por qué desde que comenzó a comprender el sublime sentido de los cuentos, prefirió siempre a los príncipes que cabalgaban en briosos corceles, y el San Jorge del potro encabritado fue el santo de sus más caras predilecciones?

¿No le vendría esta inclinación de muy atrás; no estaría ya en su sangre? ¿Por ventura sus abuelos no fueron consumados jinetes, rancheros de pura casta y soldados del 47 por añadidura? ¿No tenía un tío chinaco y un tío abuelo contrabandista? En no sabía qué lugar de su árbol genealógico, ¿no figuraba el terrible tío Quirino, del que se hablaba siempre con reserva a causa de su fama de hombre sin creencias, que entraba a saco en las pequeñas poblaciones, penetraba a caballo en los templos, lazaba las imágenes, y, después de ponerles un par de pistolas a los cristos (para que se defendieran si eran realmente dioses) ordenaba que fueran fusilados en el lugar más visible de la plaza? ¿Y la bisabuela, Lupe Rodríguez, amazona insurgente que salió al encuentro del Cura Hidalgo, cuando pasó por Toluca rumbo al Monte de las Cruces? ¿Y el primo que anduvo con Juárez, cuando emigró la familia enferma hasta los desiertos de Chihuahua?...

Mas, suponiendo que fuese por la herencia, brevemente interrumpida en su padre, quien, no por ser como fue después, había dejado de ser un regular jinete en su juventud; aceptando que estuvieran sus aficiones en la sangre, que hubiera

nacido ya con esa inclinación, ¿las múltiples influencias, totalmente distintas, que obraran posteriormente sobre su carácter, no habrían sido suficientes para desviar su camino y colocarlo en condiciones de desear otras cosas; de sentir otras urgencias; de alimentar otras esperanzas y ambiciones? ¿Los diez o quince años que había tenido que vivir lejos de la tierra, no habían bastado para arrancarle su maldita manía de cabra cerrera y montaraz?... ¿Ni siquiera el largo lustro transcurrido en la metrópoli, en plena capital de la República, había sido capaz de lograr que aquella especie de bestia testaruda que era él, soltara el pelo de la dehesa?...

Porque sí, para llegar a alcanzar las comodidades de que a la fecha disfrutaba, ¡cuánto había tenido que trotar por esos mundos el pobre muchacho de antaño, en quien ni siquiera se sospechaban las cualidades de perseverancia y valor de que más tarde iba a dar pruebas!

CAPÍTULO 3

ABANDONADO a sus propias fuerzas cuando todavía no cumplía veinte años. Obligado materialmente a huir de su hogar, pues, a causa de la muerte del padre, su familia, que se hallaba sin recursos, habíase visto en el penoso trance de vivir arrimada con el tío y de aceptar, ahora sí incondicional y servilmente, la protección dictatorial del grande hombre, removido, a la sazón, del puesto de Jefe Político al de Magistrado, lo que, como es de suponerse, infló en forma desmedida su vanidad y acrecentó, en grado superlativo, el despotismo de su carácter. Acicateado, urgido por la necesidad no sólo de independizarse de aquella tutela vergonzosa, sino de independizar a su familia, o, por lo menos, de contribuir con algo a su sostenimiento, para que no tuvieran que sufrir las humillaciones inherentes a su condición de protegidos. Constreñido, pues, a agotar todos los recursos, antes que permanecer allí, soterrado, pisoteado y escarnecido, habíase ido a la capital de la República a buscar trabajo, aprovechando la hospitalidad un tanto incómoda de su tía Petrita: una vieja tacaña, hermana mayor de su padre, muy dada a los chismes y devociones, que vivía en compañía de una criada tan vieja como ella y custodiada por un montón de imágenes, escapularios, cruces, palmas benditas, ceras de Nuestro Amo, etc., etc., que la libraban, lo mismo de los ladrones que de los rayos, terremotos, pestes, punzadas, comezones, y dolores de cabeza, de callos y de muelas...

En semejante sucursal de sacristía, tuvo que acomodarse Nacho, contentándose con la comida de pajarito, que tenía a bien obsequiarle su espléndida tía, quien, por lo visto, se alimentaba del maná celestial. Empero, tan restringidas raciones, lejos de amilanarlo, compeliéronle a no darse punto

de reposo hasta no conseguir algo aunque fuera, porque, de seguir las cosas como iban pronto quedaría reducido a un esqueleto forrado de pergamino. Por fin, después de mes y medio de andar de ceca en meca, halló acomodo en una ferretería, con el sueldo de veinte pesos, que si bien no le permitía el lujo de mandar nada a su casa, por lo menos lo salvaba de morir de inanición y aun le dejaba un pequeño margen para atender a la reposición de su indumentaria... ¡Tanto más que ahora, valían los pesos en aquellas épocas inverosímiles en las cuales por un rial se comía opíparamente en los agachados y por cuatro pesetas se banqueteaba en la Concordia!...

Vistas sus cualidades y debidamente apreciadas sus aptitudes, pronto pasó de los veinte a los treinta, y de los treinta a los cuarenta y cinco pesos, sueldo éste último del que ya pudo comenzar a mandar veinte pesos mensuales a su familia.

Un encuentro providencial, con cierto ilustre maestro del Instituto provinciano, acabó de redondear el éxito de sus afanes, pues ofrecióle el empleo de prefecto y profesor de Gramática en su colegio (el famoso Liceo Baz, situado en el Empedradillo) con honorarios de sesenta y cinco pesos mensuales, además de la comida y el alojamiento.

Entonces sí pudo enviar ya a su mamá mesadas de cuarenta y cinco a cincuenta pesos, amén de los obsequios que personalmente llevaba a las hermanas, cada vez que podía escaparse de su encierro, lo que sólo acontecía dos o tres veces por año, allá por Semana Santa, el 15 y 16 de Septiembre, y en las vacaciones de diciembre.

Dos meses tendría apenas de ganar el hermoso sueldo de ochenta pesos, con casa y comida (como se decía entonces) después de tres años de trabajar en el colegio y de casi un lustro de permanecer en la metrópoli, cuando, un suceso inesperado vino, de pronto, a desviar las actividades del flamante pedagogo: El tío había tenido la inoportuna ocurrencia de morirse, dejando sus cosas en tal estado que, en pos de la fortuna, no muy grande por cierto, que le suponían propios y extraños, una nube de parientes salidos de no se sabía dónde, habíanse aprestado a denunciar el intestado, ansiosos de participar, cuanto antes, de la

suculenta tajada que, según afirmaba cada uno de ellos, tan religiosa y legalmente le correspondía.

Excusado es decir, que entre aquel maremágnum de ambiciones y en medio de tan confusa batahola de ruines apetitos y avideces sin freno, la que salió perdiendo, fue la pobre familia de Nacho, pues, como suponían que por el hecho de haber vivido a la sombra del tío, hallábase en la posición más firme y aun aseguraban que la fingida solicitud y mansedumbre de los arrimados, sólo había sido un cebo para captarse la voluntad del licenciado, empujados por el mismo deseo, cada quien por su lado o quizá obrando de común acuerdo, todos los parientes y pseudo parientes precipitáronse, a una, sobre la madre y los infelices muchachos. Y tal maña se dieron, luciéronles sufrir tantos golpes, preparáronles tales intrigas, enredáronlos en una tan tupida maraña de chicanas, embustes y calumnias que, como fin de cuentas, tuvieron que abandonar la casa del tío e irse a la calle, pues, a la incontenida voracidad de los presuntos herederos, bien pronto sumóse la más santa de las iras, tan luego como se dieron cuenta de que, fuera de aquella casa vieja, los muebles y alguna que otra bagatela, nada más había dejado el viejo cazurro, quien por lo visto, había sabido consolar su soltería con el amor, no muy lícito que digamos, de dos o tres queridas, cuyos hijos, ¡oh ignominia!, sí habían quedado debida y anticipadamente asegurados.

Nacho apenas tuvo noticias de todo aquello, aprestóse inmediatamente a hacer frente a la situación, y sin dejar por de pronto su empleo, ya que era lo único con que contaba, ingenióse cuanto pudo porque le proporcionaran algo en la provincia para poder vivir junto a los suyos (la solución de llevárselos con él a México, habíala desechado desde luego por lo cara que resultaba la vida en la Capital) y después de escribirle a éste y de hablarle al otro, al fin consiguió que le dieran una chamba de dos pesos sesenta centavos diarios, como oficial primero, escribiente de primera clase o sepa Dios qué cosa, en el Juzgado Civil.

Poco tiempo más tarde, el oportuno, y providencial casamiento de otra de las hermanas (las mayorcitas habían dejado de ser solteras desde el apogeo

magisteril del tío) con un sujeto bien relacionado en las altas esferas oficiales, abríale las puertas de una colocación más decentemente retribuida, y poníalo en condiciones, de irse haciendo, poco a poco, de amistades influyentes.

A los dos años, un incidente venturoso (el desempeño de cierta comisión de confianza que le encomendara su jefe de oficina) poníalo en contacto con el general Villada, gobernador del Estado, hombre nobilísimo, afable y extremadamente accesible, que habiendo sido, por añadidura, antiguo amigo de su tío, hizo las mejores migas con aquel joven, simpático, campechano y decididor que tan valientemente se encaraba con la desgracia y con tanta gallardía triunfaba de la mala suerte. De esa famosa entrevista, resultó su ascenso (los noventa pesos crecieron hasta el ciento) y una modesta pero utilísima pensión de treinta pesos para su madre, a título de esposa del muy digno y honrado don Jesús García González, probo y ejemplar servidor de la Nación.

La situación pues, había quedado definitivamente salvada. Con ciento treinta pesos, tenían de sobra para vivir cómoda y tranquilamente, las tres únicas personas que constituían la familia: la madre, la hermana y él. Había ya, como dijera antaño la abuelita, para casa, vestido y sustento. Ahora, nada más con que Dios le conservara la vida a don Vicente (nombre del general Villada, con el que se acostumbraba designarle) por muchos años y con que no ocurriera ninguna desgracia, estaría asegurada la completa felicidad de los muchachos y la inválida felicidad de la madre: satisfecha, es verdad, de los éxitos y diligencias de su hijo, pero irremediabilmente herida por la separación, definitiva unas veces y relativa otras, de los seres queridos que la iban dejando en una soledad no por inevitable menos desconsoladora.

A propósito precisamente de ésto, y para librarla de añoranzas penumbrosas, Nacho se había visto obligado a hacer aún más concesiones a la sociedad. Así fue como organizó, con la colaboración de su hermana Concha, animadas tertulias; inició excursiones y días de campo; improvisó conciertos familiares con el contingente de las hermanas casadas y de las antiguas amistades, y discurrió

mil y un pretextos de esparcimiento y regocijo; de todo lo cual, lejos de salir maltrecha la famosa soledad de la señora, más bien salió triunfante, pues, de tantos y tan amenos tratos entre pollas y pollos, bien pronto resultaron los dos únicos casorios que faltaban en la casa: el de Concha y el de Nacho, efectuados casi simultáneamente.

Desde luego, ya podrá suponerse, la madre no se quedó sola en la casa como viruela loca; ¡Nada de eso!, Nacho todo lo arregló como Dios manda y dispuso que, ¡sutilísimo sofisma del amor filial!, para que no se perdiera el arrimo del paterno solar y su mujercita, muy joven e inexperta todavía, tuviese cerca un sabio y amable mentor, se les hiciera su nidito en la misma casona donde vivieran desde la muerte del tío, con lo cual permanecería su madre al lado de ellos, gozando de la existencia de siempre y rodeada de los mismos objetos familiares.

Desgraciadamente, muy poco hubo de durar comunidad tan dulce y piadosa. Fuese porque, a pesar de los mimos y múltiples consideraciones del hijo y de su mujercita (como todas las mujeres mexicanas tan fácil de adaptarse a las situaciones más difíciles y tan pronta para restañar heridas y suavizar asperezas) no se sintiera completamente bien en aquel hogar que ya no era el suyo. Fuese porque, como parecía insinuarlo tímidamente, se considerara un estorbo en apariencia tolerable; o quizá porque, el natural y justo regocijo de los nuevos esposos, le trajera a la memoria cuadros lejanos de ternuras inolvidables, y la evocación de la felicidad definitivamente perdida tornara aún más grande la saudade del aislamiento; por una o por otra cosa, el caso es que la pobre señora, minada como estaba por tantas penas y sinsabores en contraste perpetuo con las múltiples consideraciones de que alguna vez había disfrutado, no pudo sobrevivir mucho tiempo a su pasado y, víctima de una enfermedad que se creyó sin importancia (la enfermedad, ya se sabe, no es más que un pretexto de la muerte) aprestóse a reunirse con su esposo, por toda la eternidad, sin temor, ahora sí, de la humillante tiranía del tío, pues, según la opinión unánimemente aceptada por los herederos burlados, sólo en

el infierno podía hallar un lugar digno de su perfidia, aquél hipócrita solterón que les había robado lo que tan justamente les correspondía, para dárselo a sus hijastros y mujerzuelas.

Después... La sombra que se va arrinconando, no en el olvido, sino en el pomo de esencias del recuerdo; la pena que se va diluyendo suavemente, en los mínimos regocijos cotidianos; el remanso tranquilo de la vida hogareña; y la deliciosa paz de las almas gemelas, sólo turbada por las angustias que preceden al regalo con que nos hacen padres las cigüeñas que vienen de París; regalo que el favorecido matrimonio recibió, en este caso, hasta cinco veces, con la circunstancia, adorablemente encantadora por cierto, de que, a la llegada del primer varoncito, don Vicente creyó necesario colaborar con la esplendidez de las aves, extendiéndole a don Ignacio (no es justo que le digamos de otro modo a todo un padre de familia y funcionario público por añadidura) el hermoso nombramiento de Jefe de la Oficina Verificadora de Pesas y Medidas, con el sueldo, más hermoso todavía, de ciento treinta y cinco pesos mensuales, amén de las buscas consabidas, que, no por estar excluidas de la nómina dejaban de corresponderle legalmente.

¿Luego?... Nada de importancia como no fuera la resurrección de las aficiones campestres, acaecida a raíz de la organización de aquella famosa compañía explotadora de materiales de construcción, que si no le resultó, le dejó en cambio, el guayín y el tronco de mulas de los que no quiso desprenderse, con la intención de utilizarlos en el fleteo, asociado con su compadre Pancho Cruz, y sobre todo, con el fin de tener en qué irse al campo con la familia, los domingos y demás fiestas de guardar.

El Zapote y el Colorín habían llegado a continuación; el primero, como una de esas gangas que nadie debe desaprovechar: la esposa del capitán Reyna, procesado por haber herido a un superior en una riña de taberna, se lo había dado casi regalado; y el otro, como una de esas tentaciones que tampoco pueden desecharse, ya que el animal, aunque un poco caro, era de una tan bella lámina,

tan gallardo, tan fino y tan noble, que por nada del mundo hubiera permitido vérselo lucir a otro que no fuera su persona.

De este modo, su pequeño patrimonio quedaba completo y satisfechos sus deseos campiranos. Para ser absolutamente dichoso, sólo le hubiera faltado un pedazo, ni muy grande ni muy chico, de tierra propia: un terrenito donde sembrar algo de frijol, haba, unos cuantos nopales para que se hartaran de tunas los muchachos; un poco de maíz para que hubiera elotes tiernos en la casa y pudiera hacer tlascuales y atole su mujercita; y unas dos o tres enredaderas de calabazas y chilacayotes, indispensables, las unas para el sabroso chacualole y los otros, para los no menos sabrosos cabellitos de ángel... ¡Nada más que ésto era un poco más difícil! ... ¡Sin embargo!... ¡Quién sabe!... ¡Acaso con el tiempo y un palito como decía la adorable simplicidad materna!... En fin, ¡allá Dios es quien todo lo puede!...

Y, en este punto se cortaba la visión retrospectiva con que don Ignacio resucitara su pasado y resumiese su vida, para demostrarse a sí mismo, que estaba muy lejos de merecer el título de perezoso, despreocupado, tímido y quién sabe cuántos remoquetes más con los que lo apellidaba Lucha, deseosa de que abandonase su actual existencia, humilde, era verdad, pero tranquila, para trocirla por esa otra, brillante en apariencia y llena de zozobras en el fondo, propia de los hombres que figuran en la política y ocupan los más encumbrados puestos de la administración pública.


Ahora bien, ¿que, como tantas veces se lo había repetido, él no era eterno ni iba a estar así toda la vida?... ¡Nada más cierto! Pero, ¡qué carambas!, aún se hallaba en la plenitud de la edad, tenía el corazón bien puesto y el alma en su lugar; aún sentíase con fuerzas para trabajar más de lo que había trabajado, y si lo echaban a la calle, no se le iba a cerrar el mundo a él que, cuando era todavía un mocoso, se lo había abierto a fuerza de perseverancia y voluntad... ¡No había pues que amilanarse antes de tiempo! ¡Tampoco había que precipitarse!... ¿El patrimonio de sus hijos?... ¡Vamos, un poco de paciencia!... ¡Sí, un poco de

paciencia! ¡Ya se iría amasando día a día!... ¿No tenían cinco mil pesos hoy? Pues, tal vez a los dos o tres años tuvieran el doble. ¿El ranchito?... ¡Ya llegaría también!... ¿Acaso no era ese su sueño dorado?... ¡Todo, todo, pero así, despacito, sin carreras fatigosas, sin aturrullamientos inútiles, sin irreflexiones que podían echarlo todo a rodar!...

Y, frotándose las manos, tras de enriscarse el presuntuoso bigotillo, gozoso de haber transformado sus cavilaciones y titubeos en tan rotunda y definitiva conclusión; feliz de haberse justificado; seguro ya, orgulloso y triunfante, íbase el buen hombre en busca de su mujercita, dispuesto a aplastarla con aquella espléndida, aunque tardía refutación.

Por desgracia, su mujercita hacía ya una hora que dormía en su recámara, presidiendo el seráfico sueño de sus hijos, el más grande de los cuales contaba únicamente dos lustros, razón por la cual, lo mismo que sus otros hermanos, todavía veía cuando bajaba los párpados, esas cosas fantásticas y bellísimas que, quién sabe por qué no pueden verse con los ojos abiertos cuando es de día y hay mucha luz, muchas flores y muchos pájaros afuera, y hay mucho gusto adentro, en ese lugar tan hondo y tan claro donde debe hallarse el alma y en ese hueco del pecho donde, como si estuviera repicando de alegría, nos está dále y dále el corazón!...

CAPÍTULO 4

—  APACITO, ¿verdad que esto se llama almartigón?

—¡No, Memo! ¿Ya no te acuerdas? Esa es la cabezada: por aquí entran las orejas del caballo; aquí abajo está el freno del que arrancan las riendas; ¿esas borlas con adornos, te gustan?

—Sí, pero a mí me gustan más las cabezadas de cuero amarillo que tienen rositas de plata, como la silla que sacas los domingos. ¿Oye papá, y qué es mejor, la varita de membrillo o la cuarta?

—Las dos cosas son buenas, aunque siempre es preferible la varita, sobre todo cuando se montan caballos buenos, pues basta con que la haga uno silbar en el aire, para que no se les vea ni el polvo. En cambio, para un macho o una mula, lo mejor es la cuarta, y mejor aún, el tapojo: esas especies de cuartas gruesas y grandes que utilizan los arrieros, lo mismo para azotar a sus animales que para cubrirles los ojos cuando les echan la carga.

—¡Y, esto, papacito!... ¿qué es ésto?

—¡Ya no preguntes! Ven, todo te lo voy a enseñar, pero por orden, si no luego te vas a hacer un lío que ni tú mismo te entiendes. Dile a Macedonio que se traiga al *Zapote* para que lo ensille delante de nosotros.

—¡Mejor al *Colorín*, papacito, me gusta más, y no es tan espantón!

—Bueno, pues que se traiga al *Colorín*, ¡ándale!, y por ái, ve qué está haciendo Güicho tu hermano, no se vaya a meter al pajar porque se pone del asco.

A los pocos instantes, la orden estaba cumplida: precedido por Memo, que traía a remolque al hermanito menor, materialmente hecho un pingo de tanto polvo y pajas como traía, el gallardo bruto adelantábase con un trote breve y

elegante, apenas azuzado por el mozo que le seguía con el ayate la almohaza y demás chismes indispensables para limpiarlo.

Ya en presencia del padre, y una vez que éste le daba sus nalgadas al Güicho por andarse metiendo donde lo tenía prohibido, Macedonio daba principio a su tarea pasando el ayate, primero con fuerza y después suavemente, a lo largo del cuerpo del animal, cuidando de seguir siempre la dirección del pelo a fin de que no se formaran remolinos; a esto debíase, según explicaba el padre, que el cuello y las patas, se limpiaran de arriba a abajo, haciendo descender el ayate desde las orejas hasta el encuentro, y desde el anca hasta el casco que se limpiaba aparte, lustrándolo con un poco de grasa. Para la cabeza sólo debía emplearse una punta de la maya de ixtle, aunque era preferible limpiarla nada más con la almohaza de goma y el cepillo.

Perfectamente ayatado *el Colorín*, continuaba Macedonio con los cepillos, uno de los cuales estaba exclusivamente destinado a escarmenar las crines del cuello y de la cola que, a causa de su natural ondulación, no necesitaban trenzarse previamente. Después, sin una brizna de paja el hermoso bruto, reluciente como una seda, la piel finísima, a través de la cual se dibujan perfectamente, las venas, sobre todo en los músculos de los remos, la cabeza vivaz y el cuello aristocrático; la almohaza de goma entraba en funciones para dominar tal o cual encrespamiento inadvertido; alisar más aún el pelo reluciente de las ancas y tobillos finísimos, y terzar, suavizar y bruñir hasta lo inverosímil, la magnífica y nerviosa testa sobre cuya frente caía el gracioso mechón rizado y luengo.

Encantado de su trabajo, Macedonio invitaba al l'amo y a los niños a que pasaran la mano por la piel cabrilleante y hundieran los dedos en las crines que, con perdón de Dios, ya hubieran querido para taparse la fea calva, muchas viejas brujas y hasta no pocas muchachas que él se sabía.

Cumplimentada la fina labor del mozo, procedía éste a enjaezar al *Colorín*, mientras el amo, a su vez, proseguía sus explicaciones de las que no hacían mucho aprecio los muchachos, entretenidos como estaban en ver la maña que se daba el

malvado de Macedonio, para hacerlo todo tan pronto y tan bien, sin importarle un comino la respetable corpulencia del caballo.

— ¿Se fijaron? Tú, Memo, que estás más grandecito, ¿te fijaste? Lo primero que echó en el lomo Macedonio es el sudadero; ahora viene la silla; esto de atrás de la silla se llama teja; esto de enfrente es la cabeza: sirve para amarrar la reata y tumbar de ese modo a los becerros.

—Y también sirve para detenerse ¿No? El otro día que nos montó Macedonio, yo me cojí tan fuerte de la cabeza, que, ya vez, no me caí, mientras que la babosa de Meche, que iba hasta el último, cojida nada más de los tirantes del Güicho, por nada se resbala y va a dar a la majada.

— ¡No! ¡que va, hombre!... Los buenos jinetes nunca se cogen de la cabeza de la silla. Para detenerse están las piernas, y sobre todo, la posición del cuerpo. Saberse sentar: ese es el secreto de los charros de deveras... ¡Pero no me interrumpas! ¿A que no sabías que aquí tenía la silla estas bolsotas; verdad que no? Pues son las cantinas: en ellas, si quieres, puedes llevar algunas cosas que no hagan mucho bulto. Esas correas que cuelgan de los chapetones se llaman tientos, en los que están debajo de la teja se amarra el sarape o la manga de hule, en estos de adelante se sujeta la reata, o se cuelgan, atándolos de las patas, las tórtolas, tordos o patos, que mata uno. La varita va aquí, metida entre el cuero que sobra del cincho, o la lleva uno atrás entre la teja y el sarape.

—Bueno, papacito, ¿y no se vale atorar los pies en los estribos para detenerse, siquiera cuando va muy fuerte el caballo o cuando brinca?

—¡Tonto!... ¿No comprendes que en caso de que el caballo se te espantara y saliera de estampida, podía llevarte arrastrando quién sabe hasta dónde, haciéndote pedazos la cabeza como le pasó a la pobre de tu tía Clara?... ¡No!, los estribos son para apoyarse en ciertos casos; pero los pies deben entrar en ellos y salir perfectamente.

—¡Listo!... ¡Magnífico! Ahora vámonos a dar una vuelta, exclamó don Ignacio frotándose las manos, una vez que (mientras él explicaba aquello de los

estribos y la tía Clara) Macedonio hubo puesto el freno al *Colorín*, que era lo último que le faltaba.

Luego, tomando las bridas con la mano izquierda y apoyándose en la cabeza de la silla, de un ágil salto trepó sobre el noble animal requiriendo al mozo para que le subiera a los muchachos.

—Tú que estás más grandecito acá a nancas, Memo; nada más que, ya sabes: te coges bien de mi cinturón y no le vayas a hacer cosquillas al caballo con los pies. Tú, Güicho, aquí, conmigo, adelante, ¡muy bien cogidito de la cabeza de la silla!...

—¿Ya están listos?... ¡Bueno!... ¿Lucha?, ¿Luchita?... ¡Ya venimos; ¿eh? No nos tardamos; nada más voy a llevar a dar una vuelta a los muchachos para que vayan aprendiendo a ser hombrecitos! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Díganle adiós a su mamá, muchachos!... Tú Güicho, aviéntale un beso... ¡Así!... ¡eso es! Ahora cógete otra vez de la silla... ¡Ándale *Colorín*, a la calle!...

Y azuzando, con la voz y el ademán, al corcel que hacía resonar con alborozo, las losas del patio, don Ignacio y sus hijos salían de la amplia casa hogareña para ir a respirar un poco de ese aire tan azul, tan fresco y tan lindo que parecía bajar de las montañas!...

CAPÍTULO 5

— **P**ERO MECHITA, ¡por Dios!, ¿no ves que esta greca está chueca? ¿Quién ha de creer que mejor Finita que es más chica que tú, ya casi acabó su dechado sin una sola turbada?

—¡Mamacita si es que se me olvidaron los puntos!... También a Finita le ayudas mucho; casi todo se lo has hecho, mientras que a mí nada más me comienzas.

—¿Qué dices Lupita?... ¡Allá voy; nada más le enseño otra vez a esta muchacha que por estar baboseando no puede hacer nada bien! ¡Vamos; ya está!... ¿Qué querías?...

—Que me digas cómo le sigo a la servilleta; ya le acabé las orillas. ¿Qué ahora le recorto para que se vean bien las onditas?

—¡Sí, niña! y con la punta de las tijeras vele quitando esas hebras salidas, pero con mucho cuidado, ¿eh?... ¡Está bueno!... ¡Eso es! ¡Así... así!... ¿Ya ves cómo ésta te salió mejor que la otra? Se ve muy bonita, ¿verdad? Si por eso estoy yo todo el santo día dále y dále con ustedes. ¡Son tan chulas las niñas que, desde chiquitas, se acostumbran a ser mujeres!...

Y absorbida en tan dulces ocupaciones; al frente de su adorable taller de querubines, la esposa también, por su lado, entreteníase en educar a sus hijas, procurando inculcarlas el hábito del trabajo; el amor a las humildes y gratas faenas domésticas; el culto de los pequeños menesteres caseros; la devoción de las curiosidades nimias: de esas monjiles y conmovedoras curiosidades, que florecen en las cifras de los pañuelos; en los entredoses y relindos de manteles, fundas y servilletas; en los tejidos de las colchas; en los bordados de cojines, carpetas, porta-rosarios, cubrepiés, etc., y que lo mismo se perfuman con el incienso de

las plegarias cuando lucen en las mantelerías de los altares, que se aroman de ensueño, arrebujaos en los pliegues de las mascadas de los novios y hasta se mueren de alegría cuando ríen, adorablemente, desde los baberos de los niños y los vestiditos de las rorras.

¡Maravillas de los dedos brujos! ¡Milagros de las manos rítmicas! ¡Portentos de las paciencias y las sapiencias musicales de las mujercitas hogareñas, que hacen cantar las agujas sobre los rasos nítidos; que convierten los ganchos en flautas inverosímiles; que transforman en romanzas de labores, la gorjeante algarabía de los bolillos; que pintan versos con hilillos de arco iris; que dibujan cuentos con eurtimias de encajes; que narran leyendas con blondas y embutidos; y forman misales de cromos, devocionarios de fábulas iridiscentes, con el innumerable espectro de las sedas, en cuya firma de suspiro, se ductiliza el alma de las paletas solares y llegan hasta los ojos, como a través de puentes de caricias, las miradas de la aurora, los besos de los ángeles y las músicas más dulces de los celestes paraísos!...

¡Oh las exquisitas habilidades de las mujeres de otros tiempos, tan recatadas, tan suaves, tan humildes; tan de su casa y de los suyos!... Pues bien, así quería a sus hijas Lucecita García González; por eso, al capítulo de la costura, añadía el no menos indispensable y lleno de agradables sorpresas, de la cocina, la confitería y repostería: artes deliciosas en las que también, tanto se distinguiera la benedictina dedicación de las señoritas de antaño.

Compotas de manzana y de durazno; jaleas translúcidas, de tejocote y de membrillo; cocada de almendra y huevo; bien me sabe de natillas, huevo y piñones; ates morelianos de todas las frutas: membrillate de un anaranjado sabido o un rosa oscuro; peronate de un verde muerto; guayabate de un amarillo seco; duraznate de un coral desvaído, etc., etc. Conserva de locos; conservas de higos, de ciruelas, de zarzamora y capulines; chacualole de calabaza con miel de piloncillo, sabrosamente sazonado con clavo, trozos de caña y cáscaras de naranja y lima; pasta de pepita; cabellitos de ángel, de hebras de chilacayote, miel y polvo

de coco; jaletinas de pata o grenetina, de sabores y colores múltiples: de natillas con ciruelas pasas, fresas, cerezas y rebanadas de acitrón; de vino blanco, de menta, de cidra; ambarinas, opalescentes, diáfanas, translúcidas...

Y los pasteles y frutas de horno entre los que figuraban, desde los deliciosos y castizos tlascuales de elote tierno, queso y mantequilla, hasta las empanadas de vigilia, rellenas de pescado, y las tortas cuajadas, cocidas a dos fuegos en la budinera.

Y lo que, siendo menos aparatoso y elegante, era quizá más sabroso y rico al paladar, constituyendo, por otra parte, el orgullo de la cocina mexicana: el mole de guajolote y los tamales: aquél, apetitoso, picante, rojo y espeso sirviendo de digna salsa a las succulentas piezas del pavo; y éstos, ora rellenos de pasta de haba, para tomarlos revueltos con el mole; ora de chile verde y chile colorado, con carne de cerdo o pollo, para ser tomados en el desayuno y la merienda; o bien de dulce, pasas, piñón y coco, para servirse con los atoles de piña, leche o fresa; pero, eso sí, fuesen de lo que fuesen, siempre esponjosos, suaves, rezumando manteca y desprendiendo un vaporcillo acariciador...

De los menesteres domésticos, ¡ni se diga! La niña Luz, como le decían las criadas, buen cuidado había tenido, desde que habían comenzado a crecer, de ir enseñando a las muchachas a descomponer y hacer las camas; a barrer con escoba de palo y escoba de popote; a sacar la basura de debajo de los muebles, después de haber humedecido el piso, con el trapiador; a limpiar, por lo menos, los dos primeros vidrios de las vidrieras, para que no se fueran a caer de la silla o el burrito, al pretender limpiar los demás; a lavar sus pañuelitos; comenzar a planchar la ropita de las muñecas; doblar las fundas, sábanas y manteles, y acomodarlos después en la cómoda de la ropa limpia, de modo que no se maltrataran; a arreglar la mesa para la comida o la merienda; a ir fijándose cómo se colocaban los vasos y demás trastos del aparador; etc., etc., qué se entiende, a hacer cuanto era necesario que supieran hacer a fin de que, más tarde pudieran dirigir a los criados, y colaborar con ellos en el aseo y buen gobierno de la casa.

Más tarde, como digno coronamiento de todo ello, vendrían las lecciones de pintura, canto, música y declamación; pero, antes que todo, había que enseñar a las niñas a ser obedientes, educaditas, limpias y hacendosas.

¿Flojas y presumidas?... ¡Imposible! ¡Ella no quería muñecas de aparador ni mujeres de banqueta! Mujer que no sabe cocinar, coser y barrer, no es mujer, y sus hijas habían de ser primero mujeres antes que nada, para que, si Dios lo quería, pudieran ser buenas esposas y buenas madres: Verdaderas amas de casa; fortaleza y consuelo del esposo; apoyo y ejemplo de los hijos; y alma y alegría del hogar!

CAPÍTULO 6

¡QUIÉN LO HUBIERA creído! Don Porfirio Díaz, el amo indiscutible; el presidente eterno, el arcángel de la paz; el padre de la Patria, el semidios, en fin, de la guerra y del Estado, se derrumbaba estrepitosamente, como uno de esos enormes ídolos asiáticos, monstruosos y deformes, en cuya tremenda masa parecen concretarse todas las supersticiones, todos los fanatismos, todos los pavores y los anhelos de las conciencias primitivas.

La revolución, que en un principio se había creído cosa sin importancia, obra más bien de las imaginaciones exaltadas, adquiriría tales visos de realidad que ya hasta los periódicos (¡cosa inaudita entonces!) dejaban adivinar la formidable tormenta que se gestaba en el Norte, amenazando precipitarse, en breve, hasta la capital: corazón geográfico y político de la República.

La cosa ya no tenía remedio. La bola venía más fuerte de lo que podía pensarse en aquellos dichosos y felices tiempos de paz bienaventurada, en que nadie podía pensar sin haber pedido permiso previamente, a quien, después de Dios, todo lo podía, por lo menos en esta hermosa tierra, destinada a enriquecer a unos cuantos consentidos, a costa del hambre y la ignorancia de varios millones de infelices.

¡Vaya si se trataba de algo serio, cuando la alarma cundía por las más altas esferas oficiales y se destilaba hasta las oficinas del gobierno, haciendo palidecer de terror a los pobres empleados, que se veían ya de patitas en la calle, pidiendo limosna o poco menos, a la llegada de los pronunciados! Esto sin contar, con que no se los soplaran, porque, según se decía, cada vez con más insistencia, los alzados venían como demonios, arrasándolo todo sin consideraciones de ninguna especie.

Ante la amenaza real o ficticia de las diversas partidas de rebeldes que se decía comenzaban a pulular por todos los rumbos, las pequeñas poblaciones se vaciaban, inundando de peregrinos las capitales de los estados o las ciudades de más importancia, que contaban con guarniciones más numerosas y podían disponer de más medios de defensa. Los campesinos apresurábanse a esconder sus ganados remontándolos en las serranías, y ofrecían sus cosechas enteras a los grandes hacendados. Éstos, a su vez, realizábanlas a buen precio a los almacenistas de México que las guardaban en espera de la próxima e inevitable carestía, o expendíanlas, desde luego, aprovechando la gran demanda de víveres, consecuencia inmediata del trágico rumor que afirmaba que los revolucionarios venían quemando y destruyendo cuanto encontraban; cosa que no sucedió precisamente entonces, sino más tarde, cuando nuevos sucesos y nuevas circunstancias, complicaron horriblemente la gran tragedia, hasta convertirla en una verdadera maraña apocalíptica.

En la capital, ¡naturalmente!, la alarma era mayor todavía, ya que allí se encontraba la residencia del tirano y tenían asiento los poderes supremos de la nación.

Mil versiones encontradas circulaban por doquiera: Que don Porfirio iba a salir al frente de un poderoso ejército; que los revolucionarios habían sido derrotados. Que no, que se encontraban en las goteras de la ciudad; que los Estados Unidos iban a intervenir; que se preparaba un cuartelazo; que Chapultepec hallábase artillado; que estaban en la cárcel muchas personas conocidas; que... ¡Un maremágnun!; ¡un laberinto inextricable de previsiones y noticias que, lejos de orientarla, confundían más aún la opinión pública, obligada a conformarse con lo que dejaban entrever los periódicos, víctimas a su vez de las más contradictorias informaciones, sin contar con los acostumbrados recortes de la censura.

Por fin, la situación hizo crisis, y el asombro general sobrepasó a los límites del estupor, cuando se supo que Ciudad Juárez había caído en poder de los

rebeldes y que, el general Díaz, enviaba su renuncia a la Cámara, dispuesto a partir en el *Ipiranga*, barco de guerra de una potencia amiga.

¿Sería posible? ¿El general Díaz, el hombre de hierro; el héroe del 2 de abril, etc., abandonaba el campo a sus enemigos y se retiraba de la República dejando al pueblo como señor y amo de sus propios destinos?... ¿Y el ejército federal?... ¿Dónde estaba aquel glorioso ejército de parada que cosechara tantos aplausos por su disciplina y marcialidad, en las famosas formaciones del 16 de Septiembre? ¿Por ventura habían sido vencidos por las chusmas desarrapadas y muertas de hambre, los flamantes soldados cuyos oficiales se habían perfeccionado en las más celebres academias militares de Europa? ¿Los gallardos federales eran incapaces de enfrentarse con los guerrilleros del Norte? ¿Acaso, aquí también, como en la Revolución de Francia, y como en todas las grandes revoluciones, los deslumbrantes ejércitos de línea, sucumbían al empuje formidable de los reclutas de la plebe, de los descamisados, de los parias, de los infelices, de las bestias humanas, cuya única misión sobre la tierra, es amasar con su propia sangre la fortuna de los poderosos? ¿El inmenso rebaño de esclavos habría invadido definitivamente, el predio del amo y habría entrado a saco en el palacio del verdugo? ¿Aquel inmenso alarido sería el eco sublime de la Marsellesa?... ¿Se trataría de un sueño trágico?... ¿Sería una pesadilla?...

¡No!... Era el amanecer de los humildes, era la aurora del pueblo; era el siniestro prelude de una emancipación que, por tardía, urgente y trascendental, tendría, desgraciadamente, que ser muy cruenta y muy larga, como es cruenta y larga la extirpación de las enfermedades malditas, cuyo proceso de incubación ha sido también largo y cruento.

En efecto, no hay que olvidar que no pueden desbaratarse en un momento los errores que se han acumulado durante varios años; que es muy difícil, que tiene que ser, necesariamente muy difícil, construir un nuevo estado de cosas en un terreno invadido por los escombros y los prejuicios de las épocas vencidas; y que, hasta la naturaleza misma, contra lo que todavía algunos creen, cuando

trata de operar una modificación de importancia (¡Oh Haycraft, Agassiz, A. Gautier, Guénot, Batesson, Vivart, Clos, etc.) siempre actúa por el proceso de los cambios súbitos, llamado transformación explosiva de Standfuss o progreso espasmódico de De Vries.

¡Sí! Aquéllo no era nada más la renuncia de un presidente; la abdicación de un tirano; el cambio de un gobierno por otro, mejor dicho, la sustitución de unos gobernantes por otros gobernantes; ¡No!, aquéllo era el principio de todo un calvario de martirios y torturas; el prólogo de un drama, tremendo por su intensidad y duración; el primer resplandor de una conflagración sin límites ni barreras, que había de incendiar como tea y de iluminar como antorcha, y que, después de consumirlo todo había de vivificarlo todo, cristalizando para la Patria, el más sublime de los mitos ancestrales: el sacrificio de Quetzalcóatl, que se abrasa en la sacra hoguera, para renacer al otro día en el paraíso de luz de la mañana!

Los precursores, ideólogos, ensayistas, periodistas, polemistas, tribunos, etc.: Juan Sarabia, Luis Cabrera, Roque Estrada, Rafael Cepeda, Robles Domínguez, González Garza, Sánchez Ascona, los Flores Magón, los Vázquez Gómez, Molina Enríquez, Abraham González, Otilio Montaña, Vasconcelos, Palavicini, Jesús Urueta, Rafael Martínez, Barrón, Gerzayn Ugarte, Calixto Maldonado, Cráter, Bordes Mangel, García Vigil, Soto y Gama, Isidro Fabela, Manrique, Gonzalo de la Parra, Manero, Alfredo Álvarez, Juan Antonio Carrillo, Zubarán, Hey, etcétera.

El máximo caudillo: Madero; el apóstol, el visionario, generoso, inmaculado, víctima de su propia nobleza, que en los momentos de prueba, cabalgando brioso corcel, abandona el alcázar de Chapultepec, y, seguido del pueblo se dirige al Palacio Nacional para ponerse al frente de sus tropas y defender virilmente la causa de la justicia, no obstante que es un civil y no un soldado como su antecesor; el glorioso general Díaz que huye sigilosa y cobardemente de la ciudad, en las primeras horas de la mañana y escoltado por fuerte destacamento llega a

Veracruz para embarcarse rumbo a Europa, en el *Ipiranga*, bajo la generosa y eficaz protección de una potencia extranjera. Los dos esbirros de la reacción: el presidente Blanco, y el soldadón de Bachimba: Francisco León de la Barra y Victoriano Huerta; el primero, diplomático de opereta con alma de condotiero; culto, inteligente y pérfido como un sutil bandido florentino; el otro, traidor, beodo y sanguinario como un Iscariote de tugurio o una pantera de arrabal, Venustiano Carranza, fuerte, íntegro, terco, inconvencible ante los rufianes de adentro y los ladrones de afuera, que prefirió atropellar la efectividad del sufragio e imponernos un candidato civil, antes que permitir el triunfo del militarismo infatuado. Adolfo de la Huerta, bueno, bien intencionado, progresista, pero torpe, ingenuo y honrado, al grado de haber tenido que vivir en el destierro como profesor de canto, cuando tantos otros ex-presidentes de últimas fechas, abandonan el poder para ir a disfrutar sus millones en las grandes urbes de Europa y Norte América, Álvaro Obregón: Hombre y capitán de ilustre talla; espíritu seguro, hábil, decidido, con talento organizador y don de mando; capaz de sacrificarlo todo en aras de un propósito o de una ambición; tipo clásico del político mexicano, que subyuga a las multitudes por su fuerza, seduce a los amigos por la simpatía, atropella las leyes en nombre de la Patria, porque cree que la Patria es él, y demasiado gallardo y temible para ser atacado de frente, cae un día arteramente asesinado por la espalda, no en un combate rodeado de su Estado Mayor y bajo el rugido de la metralla, sino en un banquete rodeado de aduladores y entre el chasquido de los vasos de cerveza.

Y Plutarco Elías Calles: el hombre fuerte de México, según el decir de un licenciado que no es licenciado(1) y que más tarde, al ocupar un alto puesto

(1) De esta clase de licenciados que no lo son, hay varios que ocupan puestos prominentes en la actual administración y que, a pesar de ello y de proclamar a todos los vientos su credo proletario, no tienen ningún inconveniente en cometer el farude de ostentar un título burgués, que ni siquiera les corresponde. ¡Y quieren que tengamos fe en su honradez y competencia!

público en el gobierno de otro presidente, no tuvo inconveniente en llamarle hombre fuerte también, puesto que, según parece, el hombre fuerte es el hombre que paga. Calles: voluntad poderosa, absorbente, no siempre bien dirigida pero siempre inflexible, tenaz, implacable. Verdadero hombre de acción, de esos que saben que, entre nosotros, gobernar no es transar como quiere la fórmula clásica, sino mandar, como ha sucedido siempre con casi todos nuestros mejores gobernantes; maestro antaño, después presidente, hoy capitalista. Y Portes Gil, inteligente, hábil, astuto, abogado de profesión, gobernante discreto, político siempre. Y Ortiz Rubio. Y Abelardo Rodríguez. Y Lázaro Cárdenas, de quienes, por estar demasiado cerca de nosotros, no podemos hablar todavía, so pena de que se nos trate, en uno u otro caso, de aduladores o despechados...

Y los de segunda fila: Eulalio Gutiérrez; Lagos Cházaro; González Garza; Carvajal, etc. Y los mártires: Belisario Domínguez, Aquiles Serdán, Carrillo Puerto, Serapio Rendón, Gustavo Madero, Pino Suárez, Bassó, etc., amén de tantas y tantas otras víctimas ignoradas.

Y Zapata, el gran caudillo suriano, jefe de los campesinos armados; precursor del agrarismo, a quien sin comprenderlo y sin amarlo, hoy incensan estúpidamente los logreros de las letras, los mercachifles de nuestras avorazadas vanguardias literarias, (2) y a quien, ayer nada más, sólo conocía la mojigatería hipócrita y vil, por las salvajes reacciones de la bestia acorralada, azotada y escarnecida, sin llegar hasta el alma del apóstol que combate a zarpazos, porque a zarpazos lo trataron y que descarga sus cóleras como las fieras, porque como a las fieras, ¡qué decimos!, peor que a las fieras los dejaron a él y a los suyos: muriéndose de hambre sobre la misma tierra que labraban; o acorralados en el corazón de la montaña, sin educarlos, sin instruirlos, sin domesticarlos siquiera!...

(2) Por supuesto que sólo nos referimos a los logreros y mercachifles de las vanguardias; pero de ninguna manera a las vanguardias, pues en ellas hay, aunque muy pocos ciertamente, intelectos tan vigorosos cuanto honrados.

Pascual Orozco, paladín de la revolución, primero; instrumento de la reacción después. Y Francisco Villa o Doroteo Arango: el genial guerrillero, soldado por instinto más que por intuición, que resucitó las hazañas de los Plateados; émulo del Tigre de Alica y Salomé Plascencia; el tenebroso bandolero, el gran patriota y brillante capitán, perspicaz, astuto, ladino, dinámico, desconcertante; dueño de un dilatado y lúgubre prestigio; capaz de ir hasta la apoteosis de la vergüenza y de la infamia; pero capaz, también, de realizar las más notables y patrióticas hazañas, como cuando se burló del flamante soldado nórdico que mereciera, en la Gran Guerra, los elogios del mariscal Foch; o como cuando, codo con codo con Madero y al principio, con Carranza, fue de los primeros en combatir la tiranía. Terror de la gente pacífica: azote de haciendas y rancherías, por donde pasaba, como una maldición, llevándose las cosechas y el ganado; y pánico de las poblaciones indefensas o insuficientemente defendidas, a las que estrujaba bárbaramente, con la irrupción de sus chusmas rabiosas de lujuria y hambrientas de riquezas...

Y Genovevo de la O., y Quintanilla, y Figueroa, José Luis Moya, José de la Luz Blanco, Rafael Tapia, Maclovio Herrera, Amaro, Cosío Robelo, Lucio Blanco, W. González, Chao, Murguía, Viljoen, Hill, Garibaldi, Tejada, Millán, Almazán, los hermanos Gómez, Aguilar, González, Mariel, Maytorena, Zuazua, Ríos Zertuche, Escobar, Medina, Gutiérrez, Castro, Medina Barrón, Diéguez, Ángeles, Urquizu, Alvarado, Siurob, Kloss, Palafox, Argumedo, etc...

¡La capitulación de Ciudad Juárez; la Decena Trágica!... ¡Y Rellano, Bachimba, Torreón, Celaya, Zacatecas, Maltrata, Ocotlán!... ¡Y las salvajes hecatombes de Tlaxcalaltongo y Huitzilac!... Y los asesinatos de la Penitenciaría, El Jilguero, El Parral, Chihuahua, los sótanos de la Inspección de Policía, etc., etc., hasta la Bombilla!... ¡Y los apaches del Automóvil Gris!... ¡Y Herrero, y Guajardo, y Cruz, y Palomera López!...

¡Y junto a los de acá, esos dos extranjeros tan reciamente vinculados con nuestro máximo drama: Wilson, el tortuoso, el siniestro embajador americano,

aliado de rufianes y de traidores, y Márquez Sterling: el caballeroso, el nobilísimo embajador de Cuba; espíritu luminoso y nazareno corazón, que interponiendo su pecho entre el apóstol y los pretorianos, cristaliza la más hermosa expresión de la hidalguía de la raza!...(3)

¡El bochorno de Columbus, la afrenta de Veracruz!... ¡Los desastres, los triunfos, las asonadas, los cuartelazos; los crímenes individuales y colectivos!... ¡Las hogueras enormes de las ciudades incendiadas; las campañas arrasadas y sangrientas; el cielo tenebroso de humaredas y tempestades, flagelado de gritos, injurias, explosiones, estampidos, chisporroteos, llamaradas y relámpagos!... ¡Rojos los ríos, rojos los valles, rojas las montañas, rojos los horizontes!... ¡Y los espectros lívidos de caudillos y mandatarios, apóstoles o rufianes, presidiendo el enorme, el trágico, el dantesco desfile de cadáveres que cubre ya toda la vasta extensión del territorio patrio; que empieza en los desiertos del Norte, se pierde en las sierras del Sur, y vuelve a aparecer en los litorales del Este, para hundirse en los océanos del Oeste y tornar a reaparecer, una y otra, y otra vez, por un nuevo punto de este país, donde, tan cerca andan los seres de las tumbas, que no se sabe, a ciencia cierta, si son los vivos las sombras de los muertos, o son los muertos las sombras de los vivos!...

¡El plan de San Luis, el plan de Ayala, el plan de Guadalupe, el plan de Agua Prieta!... ¡La Convención de Aguascalientes; el Congreso de Querétaro!... ¡La Constitución de 17; la reglamentación de los artículos 27 y 123; la reforma del artículo 3º!... ¡Del liberalismo clásico inglés, pasando por todos los matices del socialismo, hasta el comunismo ruso! ¡Del individualismo romántico, al colectivismo económico! ¡Del espiritualismo, el nacionalismo y el patriotismo,

(3) Hay quienes afirman que lejos de merecer nuestra estimación, el embajador Sterling sólo es digno de censura, pues fue quien solicitó de Madero la firma de su renuncia. Nosotros, sin embargo, preferimos asociarnos a la actitud del gobierno que ha honrado ya oficialmente la memoria del ilustre diplomático.

al sindicalismo, la revolución social y el materialismo histórico! ¡Del fanatismo al laicismo, del laicismo al ateísmo! ¡Del negro de las sotanas al rojo del gorro frigio y al rojo y negro con que los gobernantes y los líderes enriquecidos decoran los cuarteles de sus escudos, en las portezuelas de sus coches y los portones de sus palacios, mientras, hoy como ayer y como siempre, la inmensa mayoría de los irredentos, tienen que conformarse con el negro de la miseria en que viven y el rojo de la sangre que les succionan!...

Todo, todo el vasto, todo el angustioso y sublime panorama de la Revolución había de desplegarse, bien pronto (¿Qué son cuatro o cinco lustros para la vida de los pueblos y para el perseverante anhelo de las almas?) en las anchas llanuras del tiempo, ora paralizándolo de terror los corazones pusilánimes, con el espectáculo de las catástrofes; ora arrullándolo de esperanza el ensueño de los humildes con el advenimiento de las mañanas galileas; ora dislocando hasta a los espíritus más fuertes, con el zigzagueo continuo y contradictorio de los relámpagos que se deshilan en arco iris o de los arco iris que se incendian en relámpagos.

¡Lección tremenda, lección viva, humana lección escrita con humanos caracteres e ilustrada con reales visiones y palpables y materializadas pesadillas; lección hecha para ser leída por los ojos múltiples de los pueblos y para ser deletreada, a través de los siglos, por la lenta experiencia de las generaciones! ¡Filosofía de carne y hueso, de barro y espíritu, con apotegmas de sacrificios, sentencias de holocaustos, métodos de vórtices y doctrinas de alboradas! ¡Religión plasmada con multitudes y hecha para las multitudes que saben ya que el reino de Dios hay que comenzar a buscarlo desde el infierno de la tierra! ¡Historia palpitante, sollozante, historia vivida, verdadera historia, donde mueren o triunfan, surgen o se pierden, brillan o se abaten, arden o se consumen, hombres como nosotros; hombres de nuestro tiempo y de nuestra tierra; personajes que hemos visto, que conocemos, que hemos tratado; protagonistas cuya vida ha enrizado en nuestra vida; en fin, individuos que son casi nosotros; que casi casi somos nosotros mismos, por la virtud de la necesidad o la simpatía, por el

imperativo biológico (continuación específica o conciencia de la especie) que nos ata a los nuestros, de tal modo que, en ellos sufrimos y triunfamos, como la armoniosa y profunda unidad del árbol que sueña con las raíces y canta con las frondas, del mismo modo que las frondas y las raíces sueñan y cantan en la unidad magnífica del árbol!...

¡Sombra y luz! ¡Crespón y flámula; incendio y aurora; blandón y astro; féretro y santuario; cadalso y altar; amarga, dolorosa, cruel y trágica como todas las revoluciones, pero también, como todas ellas, necesaria, imperativa, fatal y a la postre justiciera, salvadora y renovadora, ya que, quién sabe por qué inexcrutable designio, no hay una sola modificación cósmica, regresiva o progresiva (¡Oh Rieman, oh Poincaré, oh Einstein!) que no vaya acompañada de una previa desorbitación atómico dinámica; ni existe un sólo pueblo que haya podido alcanzar las transfiguraciones del Tabor sin haber vivido antes las maldiciones bíblicas de Patmos!...

CAPÍTULO 7

CALLANDITO, sin decir a nadie nada, ya hacía tiempo que don Ignacio se reunía en la casa del licenciado García, con un grupo de simpatizadores de la causa, los cuales, desde que el Partido Antirreeleccionista celebró en la Capital, su famosa convención para elegir candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República, había formado, no precisamente una junta revolucionaria (según el cuerdo pensar de los más serenos y experimentados, ni existía razón para ello ni había que exponer el pellejo así como quiera) pero sí una liga encargada de propagar las nuevas ideas y exhortar al pueblo para que asistiese a los comicios (ya se sabe que, hasta entonces, el pueblo en realidad, jamás había votado), defendiera sus derechos, derribara al tirano con la fuerza de su voluntad, así, pacífica pero enérgicamente manifiesta, y exaltara al poder al hombre que había tenido la osadía de escribir *La Sucesión Presidencial* e impugnar la perpetua reelección del que hiciera de la No-Reelección la bandera del Plan de Tuxtepec.

Como era de esperarse, a las primeras juntas muy pocas personas concurrieron, acostumbradas como estaban al silencio pasivo y a la obediencia acomodaticia y provechosa; pero, luego que se produjeron en la Capital las primeras escaramuzas y que, después de la fuga de Madero de la cárcel de San Luis, la cosa se le fue poniendo fea a don Porfirio, el ambiente de la reunión caldeóse a su vez, y al calor del entusiasmo de los más vehementes, o dejándose arrastrar por la persuasión de los más duchos, pronto se recibieron adhesiones de todas partes, hasta hacerse necesario, en vista de las dificultades que existían para trabajar de un modo ostensible, dividir en pequeños grupos La Gran Liga de Ciudadanos Anti-Reeleccionistas.

A fin de despistar un tanto a los sabuesos y de repartir por igual, entre todos, las responsabilidades, las juntas no se efectuaban siempre en los mismos lugares, sino que, a cada agremiado le iba tocando albergar una vez a sus compañeros. Sin embargo, fuese porque la casa del licenciado García les ofreciera mayor seguridad, pues hallábase en las afueras de la población, aislada casi por completo de las otras fincas; o fuese, simplemente, porque allí había nacido la idea, el caso es que en ella era donde con mayor frecuencia, se reunían los principales directores del movimiento antirreeleccionista, para cambiar impresiones, formular planes y comentarlas noticias que les llegaban del centro, acrecentando su fe y manteniendo vivo su entusiasmo.

Varias sesiones llevaban efectuadas y no pocos trabajos de propaganda emprendidos, cuando las primeras nuevas de la revolución habían llegado a la provincia; así es que, la impresión que les causara el rápido triunfo de los alzados, con ser tan grata y tan grande como era, no podía compararse con la que experimentarían las demás, que se habían obcecado en creer que don Porfirio era intocable e invencible y que, sólo con un ademán de su augusta mano quedarían deshechos sus enemigos.

Sin embargo, la verdad es que, no obstante haberla esperado ya, don Ignacio todavía no podía creer en la realidad de esa revolución que había derrumbado, sin un estrépito tan grande, a una de las más fuertes dictaduras de América. Y no es que fuese escéptico, ¡qué va!, ni mucho menos que militara en las filas de los contrarios, ¡no!, ¡nada de eso!; lo que pasaba era que, con tanta habilidad había sabido ocultar sus debilidades y podredumbres aquel formidable régimen político, y era tan sólido y universal el prestigio de su fuerza, que no se concebía cómo había sido posible que un grupo de insurrectos, por numeroso que se le supusiera, hubiese podido desbaratar, en unos cuantos días, la tremenda fortaleza edificada durante más de treinta años de autocracia.

Si a esto se agrega la circunstancia de que, por hallarse muy alejada de los lugares donde habíanse desarrollado los sangrientos sucesos epilógados con la

renuncia del presidente, no se conocía en la provincia otra cosa de la revolución, que la alarma del vecindario, la carestía de los comestibles y una que otra movilización sin importancia, se comprenderá hasta qué punto estaba justificado el asombro de aquél hombre que, al igual que todos sus correligionarios, encontrábase convertido, de súbito, en uno de los colaboradores del movimiento triunfante; casi casi, en un paladín del pueblo.

Pero si grande fue el pasmo de don Ignacio, al enterarse del triunfo de su causa, más grande aún, había de ser aun la sorpresa de su esposa, cuando, embriagado de justo júbilo, la hiciera la revelación de su antigua filiación revolucionaria y la explicara el verdadero fin de aquellas famosas reuniones a las que asistía, primero una y después hasta tres veces por semana: reuniones que ella, pese a todas las embusteras razones que la dieran, nunca le habían simpatizado.

—¿Revolucionario él? ¿Enemigo del Gobierno? ¿Rebelde, cuando comía del presupuesto y era casado y tenía cinco hijos a quienes dar lo necesario?... ¡Pero estaba en su juicio! ¡A quién se le ocurría semejante cosa!...

¡Si lo hubieran sabido, Señor! ¡Si se hubieran dado cuenta!... ¿Qué hubiera sido entonces de ella y los muchachos?... ¡La casa, el carro, los animales: todo se lo habrían quitado y a él lo hubieran metido en la cárcel o quizá hasta lo hubieran matado! ¡Por Dios, eso no era pensar con la cabeza!... ¿Revolucionario? ¿Conspirador?... ¡Si era para ponerla a una carne de gallina!... ¡Qué locura, Nacho, qué locura!...

Y era en vano que él la objetase juiciosamente y la convenciera de que, si hubiera visto el asunto peligroso, lo hubiera abandonado incontinenti; y era inútil que la repitiera, una y muchas veces, que al fin ya todo había pasado; que ahora iban a estar mejor y que, en llegando sus correligionarios del Norte, ya iban a ver nada más cómo todos juntos se ponían a trabajar porque el pueblo fuera culto y libre. Vano era todo esto: ella persistía en su inconformidad retrospectiva (inútil ya, naturalmente) y lejos de rendirse a los razonamientos de su esposo, parecía empeñada en sacar partido de sus propios argumentos.

—¿Trabajar por la cultura y libertad del pueblo?... ¿Y quién lo metía a él en semejante empresa? ¿No tenía el pueblo cuanto necesitaba? ¿Iba a convertirse en redentor de borrachos y sinvergüenzas, que botaban en pulque y aguardiente lo que habían ganado durante toda la semana, dejando sin comer a sus pobres familias? ¿Iba a defender a los artesanos informales y perezosos que hacían San Lunes en la taberna, mientras el trabajo se quedaba rorando en el taller y sus hijos andaban como limosneros? ¿Libertad?... ¿Cultura?... ¡Lo que necesitaban todos esos cochinos era cuarta y garrote y una mano de hierro, como la de don Porfirio, que los metiera en cintura!... ¡Y pensar que por esas tonterías se había visto con un pie en el sepulcro y ellos a un paso de la ruina!... ¡Loco, sí señor, estaba loco de remate!...

Don Ignacio, entonces, no insistía, sabíase de memoria el carácter de su mujercita: vehemente, apasionado, pero noble y dulce en el fondo; sabía ya que estas tormentas eran breves, más breves cuanto más violentas y tenía la perspicacia generosa de comprender que, el origen de aquella pequeña borrasca era el cariño que ella le profesaba; el verdadero culto que su Lucha sentía por el hogar; la devoción con que cuidaba de sus hijos procurando librarlos hasta de los riesgos imaginarios; y la decisión, la valentía, la cólera sublime con que salía siempre al encuentro de la fatalidad, para no dejar que penetrara en su casa, en ninguna de sus formas; para impedir que se colara por las rendijas, con el hálito de la peste, o se filtrara hasta su corazón, con el frío de los sepulcros.

Conocía bien a su mujercita: ardiente como la hoguera y cristalina como el agua; firme como el roble y suave como el césped; la conocía bien... ¡Que hablara cuanto quisiera; él se concretaría a oírla; ya pasarían unos cuantos minutos y, entonces sería mejor, porque, arrepentida de su inocente vehemencia, sabría encontrar esos mimos y esas palabra inefables que tienen la virtud de hacer cantar primaveras de arrullos hasta en los corazones claudicantes! ¡Que hablara! ¡Que hablara!... ¡Oh, cómo iba a ser bello, cómo iba a ser dulce el epílogo de aquél drama microscópico!...

CAPÍTULO 8

FMPERO, ya a solas, el propio don Ignacio se interrogaba, pugnando por explicarse a sí mismo, por qué razón se le había ocurrido meterse a revoltoso y conspirador, a él a quien siempre le había chocado la política y que gustaba tanto de vivir tranquilo sin mezclarse en los asuntos de nadie.

Removida su curiosidad introspectiva, por las palabras de su esposa, el buen hombre hacía un lío tratando de explicarse lo que, después de todo, era tan sencillo de explicar si se tenían en cuenta las íntimas tendencias de su espíritu; la simplicidad generosa de su carácter y el proceso entero de su vida, iniciando en la virginidad de la naturaleza; moldeada al contacto de los seres humildes; iluminada por el múltiple ejemplo de la libertad: ¡las alas peregrinas, los arroyos transeúntes, los vientos incansables!, y fortalecida más tarde con la lucha dolorosa del que se encuentra, de súbito, arrancado de su propio medio, desenraizado de su tierra, sus costumbres y devociones, y se ve, además, en el doloroso trance de tener que deformar su estructura moral, para adaptarla a otro mundo del cual se verá obligado a extraer la sustancia de su propia existencia y de la existencia de los suyos.

Y no es precisamente que el buen hombre careciera de aptitud para encontrar las verdaderas causas de su conducta; es que, incapaz de atribuirles toda la importancia que tenían, o bien las apartaba de su mente apenas habían aparecido o bien las tergiversaba y revolvía de tal modo que la conclusión no le resultaba nunca, por más vueltas y revueltas que le daba a la imaginación.

—¿Revolucionario?... ¡Bueno! Yo creo que esto lo traía desde chico. ¿No me gustaba que me contaran en la casa lo del tío Quirino: el famoso chinaco que

lanzaba los cristos y los mandaba fusilar? ¿No aburría yo a mi tío Luis Inclán, pidiéndole que me describiera las aventuras de los charros contrabandistas, escritas más tarde por él en un libro que, en cuanto llegó a mis manos, no dejé por nada de la vida!...¿Y mi entusiasmo por los caballos y la reata: causas de tantos estragos entre los franceses? ¿Y mi devoción desmedida por Lozada, Salomé Plascencia, y los plateados? ¿Y mi indulgencia (¿mi indulgencia? ¡No! Hay que ser honrado), mi admiración por los salteadores de camino que paraban las diligencias, despojaban al pasaje de cuanto llevaba de valor, y sin hacer nada a las mujeres ni a los niños, partían para el monte a repartirse el botín, si es que no tenían que habérselas antes con los de gobierno, a lo que, después de un combate más o menos encarnizado, ponían en fuga irremediabilmente, pues, a valientes y decididos no había quien les ganara?

—¡Mas! ¿Acaso no todos los niños gustan de estas cosas?... ¡No, cuestión de la herencia no es! ¡Creo que exagero demasiado la importancia de mis predilecciones infantiles!...

¿Sería entonces porque había vivido siempre lejos de la ciudad, a la que instintivamente profesara tan profunda antipatía; porque habíase pasado los mejores días de la juventud, en el campo, donde se respira la verdadera libertad y se siente el regocijo de la plenitud humana? ¿Sería porque había presenciado las rudas faenas de los peones, que apenas ganaban para sus tortillas y aguardiente, y vivían amontonados en cabañas primitivas, negras de humo, de sombra y de dolor? ¿Sería porque, no obstante a la amabilidad de don Rafail, había sido testigo, muchas veces, del despotismo y de la infamia con que él o sus capataces (más crueles aún que el mismo amo) trataban a sus siervos (¿siervos no, esclavos, esa era la palabra justa!) llegando hasta hacerles sangre a latigazos? ¿No había visto horrorizado cómo don Germán, el dueño del Rancho Colorado, mató, en fuerza de azotarle la cabeza con el plomo de la cuarta, a un infeliz que se había negado a flagelar las espaldas de su padre, y cómo don José Julio (el cruel hacendado a quien señalara la venganza popular con el apodo de José Judas

Barbarote) para castigar el olvido de su mozo de estribo, atóle un cabestro al cuello y le obligó a seguirlo, a pie enjuto y al paso del caballo, hasta una de sus haciendas, que distaba nada menos que ocho leguas de la población?

Y todas la incontables escenas de autoridad despótica y abuso de autoridad: La arbitrariedades sin número; los infames abusos perpetrados al amparo de la fuerza bruta y de la alta investidura oficial que viera cometer a su tío, el Jefe Político de Tenancingo, que más bien parecía un sátrapa o un cacique de los de peor condición, pues, no deseando malquistarse con los vecinos pudientes, había formado con ellos una suerte de jauría hambrienta que se precipitaba sobre los humildes; sobre los pequeños propietarios; los paupérrimos comerciantes; los pobrecitos vendedores que llegaban a hacer plaza cada ocho días, trotando incansablemente desde Villa Guerrero, Ixtapan, Tecualoya, Ocuila, etc., cuando no venían desde poblaciones tan lejanas como Chalma: la del santuario maravilloso donde se abreva el cansancio de los tristes en el oasis de las pupilas nazarenas y se abre la rosa de la leyenda en el corazón del crucificado.

¿No recordaba ya el dolor, la indignación, el asombro que le producían las mil y una infamias de que echaba mano su tío para sacar a flote sus caprichos; satisfacer su descarada sed de honores y riquezas y hasta sus hábilmente disimuladas fiebres de solterón, mordido por las más espantosas fobias sexuales?

¿No desfilaba ante sus ojos, agrandados por el estupor, el espantoso desfile?: Allá, los mocetones robustos, fuertes, sanos, ingenuos, arrancados del surco, arrebatados de la tierra y del hogar para llevarlos a corromper en los cuarteles, dejando en la miseria y el dolor a sus familiares, so pretexto de hacerlos servir a una Patria que sólo existía para los poderosos: ¡la zarpa felina de la leva que se raptada a los hijos del campo, para convertirlos en carne de cañón y carroña de lujuria... cuando no tenían para comprar el indulto del señor Jefe, o habían sido escogidos de ante mano para satisfacer la venganza de tal o cual ricachón influyente, a quien, por sus buenas relaciones del Centro, era indispensable complacer!...

Más allá, los asesinatos a mansalva, ejecutados en la persona de vecinos conocidos, por órdenes secretas del Supremo Gobierno, y amparados con la torva justificación de la ley fuga: asesinatos que tal vez se cometían con repugnancia, pero que era necesario cometer so pena de provocar la justa cólera de los que todo lo podían, y merecer la espantosa designación de sospechosos.

Acullá, los pueblos despojados de sus ejidos, o los terrenitos de los humildes labriegos, muertos de sed. ¡La vaca, el asno, los dos bueyes de la yunta como un harpa de flacos, porque a tal o cual señorón compadre del Jefe, habíasele antojado hacer crecer su predio a costa del ajeno; porque a otro, igualmente allegado al amo, se le había puesto en la cabeza desviar o represar el agua en su beneficio; o porque, aun cuando tuviesen pastos de sobra, no permitían jamás los grandes hacendados que les robaran el alimento a sus bestias (hartas ya y perezosas como ellos), los esmirriados animales de los pobres, indiscutiblemente destinados a morir de hambre como sus dueños!...

¿Y las contribuciones inmoderadas y repetidas? ¿Y las multas arbitrarias impuestas con el objeto de nivelar los propios presupuestos o de aliviar los apuros del general encargado de la zona o el coronel del destacamento: constantemente exprimidos por el juego, los gallos y las queridas? ¿Y la decomisación de tales géneros de mercancías que habían resultado del completo agrado de las autoridades? ¿Y las infamias cometidas con las chiquillas de las rancherías, a cuyos padres se amenazaba con la cárcel y el despojo, y a cuyos hermanos se mandaba sin más ni más, en la cuerda, para ponerse a cubierto de cualquier venganza y evitar que chillara el chocino, cosa que, por otra parte, sólo hubiera tenido resonancia en el seno de la familia, pues, fuera de ella, nadie se hubiera atrevido a poner en duda la honradez y moralidad del señor Jefe? ¿Y las deportaciones en masa de tantos y tantos inocentes y tantos y tantos infelices reos de supuestos delitos políticos, a las Islas Marías, San Juan de Ulúa y el Valle Nacional? ¿Y las salidas intempestivas a altas horas de la noche para sorprender a los jugadores empedernidos (pollos dorados de ricas familias de la capital del Estado, que se

reunían en las grandes ferias a echar a rodar el dinero de sus familias) quienes, para evitar el escándalo, compraban el silencio del Jefe Político, dejando en sus manos todo el dinero que se habían traído encima, y hasta algo más todavía que prometían enviar bajo su palabra de honor, con todo lo cual el immaculado censor, al par que se embolsaba una bonita suma, captábase valiosas amistades y se conquistaba el hermoso título del purificador de las costumbres...

¡Ah!...Y las pintorescas y pingues complicidades con el señor cura, para que pudiera efectuarse las procesiones de Corpus y Semana Santa: Combinaciones por demás interesantes, en las que se ponía de manifiesto toda la habilidad del indio astuto y ladino. ¡Si parecía estarlo viendo todavía! Aquel o aquellos propios que se prestaban de parte del señor cura para pagar, anticipadamente, la multa por la violación de las leyes que iban a consumir, dos o tres días después, ejecutando actos de culto público. Luego, la indispensable salida del Jefe, motivada, dizque por el ejercicio de sus altas obligaciones, pero llevada a cabo con el único y verdadero fin de hacerse el zorro, y disculpar después con su ausencia el atentado cometido contra las flamantes Leyes de Reforma. Y por fin, como coronamiento de la comedia, la simulada aprehensión del señor cura, después de que todo había sido perfectamente realizado: su dura reprimenda delante del jefe del destacamento y de los vecinos más liberalones, y la consabida irrespetable multa impuesta, una vez en posición de la cual, ya nadie chistaba, porque, descontada naturalmente, la parte que le tocaba al Jefe Político y al jefe del destacamento, destinábase, íntegra, a realizar tal o cual mejora poco costosa y de ostensible importancia para la población.

Es verdad que de no haberle dado tal giro al asunto, la cosa hubiera acabado en zafarrancho, pues nada es tan difícil como arrancar las tradiciones arraigadas en el corazón del pueblo, a través de siglos de ignorancia y de superstición (aunque también de simplicidad seráfica y de sed trascendente), pero, ¿no era vergonzoso y cruel explotar hasta las costumbres y hacer manar oro hasta de las vetas de la fe, completando, de esta manera, la obra infame de los que hacían

sangrar la miseria de los infelices con la tarifa de las misas, los rosarios, los responsos, las jaculatorias y las indulgencias? ¿En esta vil cosecha de dinero como en todas las otras; en esta simulación de tolerancia, pagada a precio de oro; en esta nueva burla a los demás sagrados sentimientos del pueblo, vistas tan cerca y frecuentemente, no habría estado el origen de la reacción que, contra un gobierno visiblemente corrompido y despótico, habíase ido operando en el espíritu manso y bueno de don Ignacio García González?

¡Evidentemente que sí! Ahora, si se agrega a todo esto, la influencia de las nuevas ideas: los trozos de discursos, los artículos clandestinos, en fin, la voz de la Revolución que, a pesar de todas las prohibiciones, íbase dejando oír y derramando sobre el haz del territorio la luz de su evangelio, iluminaba muchas cosas, ponía de manifiesto incontables abusos y dejaba al desnudo infamias que habían permanecido ocultas en la sombra, si se tiene en cuenta que, ante la exhibición de todas estas lacras, los recuerdos se avivaban y las personales experiencias contribuían a engrosar el caudal de los hechos y argumentos esgrimidos contra el déspota; y por fin, si no se olvida que hasta en los corazones más indiferentes, hay dormido o insomne un primordial instinto o sentimiento de libertad, que espera nada más el grito o la conmoción que lo despierte, para irse a doblar los hombros de la distancia con el peso formidable de su vuelo; si se tiene en cuenta todas estas circunstancias, nada más fácil de explicar que la actitud de don Ignacio, quien por más que todo estuviese tan claro o aún permanecía perplejo ante la requisitoria de su esposa, haciéndose y volviéndose a hacer la misma serie interminable de consideraciones.

¿Sería por esto?... ¿Sería por lo otro?... hasta que por fin, la fatiga lo rindió, y antes de que su mujercita fuera a percatarse de su ausencia, abandonó la pequeña pieza donde tenía su despacho y fuese a sus habitaciones, muy quedito, muy despacio, tomando todo género de precauciones, para no tropezar con los muebles y procurando suavizar hasta el resuello, a fin de no despertar a los muchachos y a su Lucha: la santa y su guirnalda de serafines cuya respiración

Realidad (1936)

regular, estremecía dulcemente los crespones de la sombra, denotando la presencia de un sueño adorable y tranquilo; de uno de esos sueños que resbalan por la pendiente de las horas, como pétalos de caricias que se deslizaran sobre cabelleras de atardeceres!...

CAPÍTULO 9

¡EXTRAÑO CAOS el de los pueblos que súbitamente recobran sus libertades y que, de pronto, se encuentran dueños de sus destinos y únicos árbitros de su voluntad! ¡Incultos, arrogantes, indisciplinados, dijérase que, a pesar del poder de que alardean, tienen miedo de sí mismos y que no se atreven a dar una dirección definida a sus impulsos, faltos de luz o mejor dicho, segados de luz como se hallan, para poder fijar el rumbo de sus energías y disparar la trayectoria de sus esperanzas!

Removida la conciencia colectiva; puesta al desnudo la barbarie de la bestia; desencadenados todos los apetitos; los rencores comprimidos, en plena explosión; encrespados las cóleras; las venganzas tormentosas y relampagueantes; el egoísmo desatado; loco el bruto de locura de poseer y destruir, de arrasar, de aniquilar, de triunfar sobre montañas de cadáveres, rojas de sangre, apestosas de podredumbre, lívidas de espectros; arrebatada el alma por un torbellino de fobias escalofriantes; enardecido el corazón con sádicos delirios y brutales tentaciones; encabritada la vida como potro salvaje, o desbocada como el caballo de Mazzepa, que arrastrara el cuerpo despedazado de la virtud por todos los senderos del crimen y la lujuria; descoyuntados, asombrados, despavoridos, borrachos de gloria y de venganza; sublimes de furia y de grandeza; espantosos de justicia y de poder; atontados, embrutecidos; buenos y pérfidos; angélicos y demoníacos; vengadores reivindicadores; tremendos, misericordiosos, caritativos y fatales, los pueblos que logran liberarse de las pesadas lozas de sus tumbas, desgraciadamente, no pueden resucitar en el alegre coro de una Pascua Florida, sino que, urgidos

por las trompetas del juicio final anticipado, tienen que levantarse de sus sepulcros, hediondos de putrefacción y corroídos de gusanos, para que, ante el desfile macabro de sus carroñas pestilentes, huyan los déspotas despavoridos, se pongan en fuga los mastines del hambre, se escondan en su refugio los vampiros de la sombra, y aterrorizada y vencida, la misma muerte, surja al fin el día esplendoroso de las reivindicaciones, para trasfigurar la caravana de los espectros en la pléyade de los paladines y convertir el aullido de las furias en el pean rotundo de los libertadores!...

¡Bamboleo incesante!... Unas veces arriba y otras abajo. Ora lleno de comodidades y consideraciones; mañana abrumado de penas y mordido de escaseces, don Ignacio sentíase materialmente mareado, atontado, confundido, sin aceptar a explicarse absolutamente nada de cuando habíale acaecido, desde que los primeros revolucionarios llegaron a la provincia hasta los días que iban corriendo, es decir, a los seis o siete años de haberse iniciado el movimiento: Etapa angustiosa y trágica que abarcaba, desde la caída de Porfirio Díaz, hasta la presidencia constitucional de Venustiano Carranza.

Maderistas, zapatistas, villistas, convencionistas, carrancistas. Los carabineros de Coahuila; los vaqueros Chihuahua; los yaquis de Sonora; los serranos de Puebla; los pintos de Guerrero; los juchitecos de Oaxaca; los guerrilleros de todos los rumbos y todas las regiones; las hordas de bandoleros confundidas con la muchedumbre de los campesinos, iluminados por las más justas aspiraciones e impulsados por las más apremiantes necesidades. Los dorados de Doroteo Arango, al par que los indios hambrientos de Genovevo de la O. los indómitos luchadores del Norte y los tercios batalladores del Sur. Cachorros y aguiluchos: Los hijos de las llanuras y los hijos de las montañas; los recios mocetones y los viejos esmirriados; los que se lanzaban a la bola por curiosidad, afán de aventuras con conveniencia, y los que se iban a la muerte con el presentimiento de las futuras auroras; los que se aprovechaban del caos para improvisar fortunas, o satisfacer venganzas y los que, despojados e infamados por la propia causa,

sucumbían con el sublime apostrofe de Madame Rolland entre los labios: ¡Oh libertad! ¡libertad, cuantos crímenes se cometen en tu nombre!

¡Toda la hez y toda la excelsitud al mismo tiempo, puestas de manifiesto en aquella sucesión tormentosa de acontecimientos que pisotearon tantas honras, destruyeron tantos patrimonios, arrasaron tantas tierras y dispersaron tantas familias y tantas almas, como, según la rotunda expresión de Michelet, hace el viento de los siglos con los despojos y el recuerdo de los hombres!...

Y junto a esta terrible marea de la vida y de la muerte, la prosperidad y la miseria, paralelamente, mejor dicho, a este zigzag dantesco, ¿cuántas pequeñas penas, cuantas inquietudes, cuantas zozobras mal disimuladas para que los chicos no se den cuenta de lo que pasa y la esposa (muchas veces más perspicaz y también más fuerte que nosotros) no sienta desfallecer nuestra energía ni mire agonizar nuestra esperanza.

¡Los botes y rebotes que había dado la existencia del excelente don Ignacio, en la breve etapa de aquel lustro! Secretario del Partido Francisco I. Madero, durante el interinato de De la Barra. Regidor del Ayuntamiento (además del puesto del Jefe de la Oficina Verificadora de Pesas y Medidas, que continuaba desempeñando) y hombre de las confianzas del Gobernador, después del triunfo democrático del apóstol de la Revolución. Luego, bruscamente, en la calle, sin un centavo; despreciado y abandonado hasta de sus íntimos y expuesto a todo género de peligros y persecuciones, cuando, sobre los cadáveres de Madero y Pino Suárez, edifico el bárbaro imperio de su capricho, esa pesadilla hecha hombre que se llamó Victoriano Huerta.

Nuevamente triunfante la Revolución, y derrocado el soldado de Bachimba, otra vez también don Ignacio en su antiguo empleo, además del cargo de Regidor de Mercados (uno de los más codiciados por sus rendimientos) y del puesto de Secretario del Partido Francisco I. Madero, que, a la sazón, llamábase Constitucionalista, para mejor traducir los actuales anhelos revolucionarios.

Surgida, al poco tiempo, la escisión entre los principales grupos que constituían el núcleo revolucionario; en pie en la Convención; Villa y Zapata frente a frente del primer Jefe del Ejército Constitucionalista, otra vez los trastornos inevitables: saqueos, requisas de mercancías, empréstitos forzosos al comercio; asesinatos, violaciones, licencias y abusos de todas clases, a la sombra de la guerra civil, desgraciadamente removida, y, como era natural, dada su reconocida filiación carrancista, de nuevo don Ignacio en la calle, sin empleo, ni amigos, y casi casi, sin tener que comer. En efecto, los zapatistas, bien pronto habían de cargar con los carros y los animales, y como los ahorros hallábanse agotados, en esta ocasión hubo necesidad de ahorrar verdaderos prodigios de abnegación y perseverancia, para que los muchachos no carecieran de lo más indispensable. Por fin, triunfante, al parecer definitivamente, el Constitucionalismo, convertido el primer Jefe en presidente de la República y encausada la nación, según se creyó entonces, por una ruta reconstructiva, don Ignacio, una vez más, fue repuesto en su antiguo empleo y torno a verse rodeado de consideraciones y hacer objeto de la humillada pleitesía de quienes, hacía apenas unas cuantas semanas, habíanle vuelto la espalda.

Desgraciadamente para el buen hombre, esta vez las cosas no iban a parar ahí; ahora ya no se trataba simplemente de reparar los perjuicios que, debido a su notoria convicción revolucionaria, sufriera en su persona e intereses, sino de premiar su constancia y exigirle la contribución de trabajo y honradez, de que tan necesitado se hallaba el gobierno en aquellos instantes de reorganización social. Dejarlo, pues, en su empleo, sumido en la obscuridad, como a cualquiera de esos ciudadanos pacíficos, hipócritas y timoratos, cuya mayor felicidad consiste en estar perpetuamente adheridos a las ubres del tesoro, sin que lo note nadie; permitir que se confundiera con la anodina e incolora masa burocrática, hubiera sido no sólo cometer una injusticia con el correligionario que habíase visto poco menos que en el arroyo, a causa de sus convicciones, sino restarle a la Revolución uno de sus elementos que, por su rectitud y seriedad, podría garantizar mejor los intereses del pueblo.

Así pues, don Ignacio bien pronto tuvo que apechugar con aquel nuevo guiso y entrar de lleno, ahora sí, a la política que tanto santo horror le inspirara, allá en sus buenos tiempos de burócrata humilde, oscuro y recién casado.

Claro que él hizo cuanto pudo para sustraerse a semejantes compromisos; que alegó su deseo de vivir tranquilo con su familia y en paz con sus semejantes; que invocó la simplicidad de su alma, hecha más para los entretenimientos virgilianos que para los menesteres gubernativos: que subrayó su desinterés enemigo de recompensas inmoderadas y honores inmerecidos; en fin, que exhibióse en toda su adorable conformidad de espíritu, sano, bueno, sin ambiciones desmedidas, acaso un tanto tímido y cursilón, pero acaso también, no tan lejos de la verdadera fórmula de la felicidad.

Mas todo resultó inútil; a las vigorosas excitativas y tentadoras promesas de sus colegas, bien pronto se unieron, obligándolo a acceder a cuanto se le pedía, las poderosas insinuaciones de la esposa que, ahora más que nunca, exigía de su esposo el sacrificio capaz de indemnizarlos de las estrecheces padecidas y de ponerlos en condiciones de arrostrar victoriosamente los no muy claros problemas del futuro.

—¿Tras de haberse quedado en la calle, no quería aprovechar la oportunidad que se le brindaba para resarcirse de lo perdido? ¿Acaso no le había costado nada lo que le quitaron? ¿Le habían regalado los carros, las mulas, los caballos y el potrillo de Memo?... ¿Y lo que había dejado de ganar por culpa de la Revolución que lo arrojó de su empleo por carambola? ¿Y los desprecios, las mortificaciones y vergüenzas que había tenido que sufrir, día a día, para conseguir con qué comer, durante los últimos meses: cuando ya no quedaba ni un solo centavo de los ahorros, y los terrenos estaban incapaces por culpa de zapatistas, carranclanes y convencionistas, pues en eso de destruir y robar todos eran lo mismo?... ¿Y las desazones, y los sustos?... ¡Vaya! ¿Con que todo eso iba a quedarse así, sin ninguna recompensa?

—¡Lucidos estaban! ¡Magnífico! ¡Sacrificar la tranquilidad del hogar, quedarse en la miseria, exponer hasta la vida, para no exigir después nada en

cambio y seguir como antes, o peor que antes (ahora todo estaba por las nubes y ya no había ni ahorros, ni carros, ni animales, ni terrenos, ¡ni un cuerno!) mientras los otros, que sólo supieron doblar oportunamente el espinazo, se armaban del santo y la limosna, enriqueciéndose y subiendo al costo de los tontos y tímidos como él!... ¿Verdad?... ¡Pero no! ¡Ahora si no iba a suceder lo que otra veces: O se resolvía a aceptar lo que le dieran, por encumbrado que fuera (y cuanto más encumbrado y productivo, mejor que mejor) o ella, en persona se iba a ver al gobernador para explicarle su situación y obligarlo, de este modo, a salir del agujero en que se había metido!... ¡A ver si así le daba vergüenza!

Él se defendía: traía a cuento el desinterés, la necesidad de hacer Patria sin defraudar las esperanzas del pueblo, ni saquear el tesoro de los pobres; sacaba a colación el sublime ejemplo de los hombres de la Reforma: evocaba la honradez de Prieto; la austeridad de Ocampo; la sencillez e integridad de Santos Degollado; los apuros económicos de la familia enferma; la limpia y digna pobreza de Juárez, etc., etc. Luego, hacía esplender el recuerdo de Madero, vendido y asesinado como premio de sus bondades e hidalguías; iluminaba, exhumándolos, los cadáveres de Aquiles Serdán y Belisario Domínguez, y los de tantos otros como Gustavo Madero, Pino Suárez y Serapio Rendón, que sucumbieron en aras de las más justa de las causas. Y repetía nombres de personas conocidas; de amigos de ellos que también habían desaparecido para siempre o se hallaban en el extranjero, sin sustento y sin Patria. Y enumeraba fortunas destruidas, y repasaba varias listas de hogares arruinados, virginidades perdidas, orfandades angustiosas, viudeces irremediables, y tras de sacar, como consecuencia de ello, que, a pesar de todo, debían estarle agradecidos a Dios que les había prometido, con dificultades o sin ellas, quedar vivos y sanos, sin tener que lamentar otra cosa que la pérdida de su pequeño patrimonio el que, con salud y vida siempre era posible rehacer, íbase como de costumbre, por los campos de Montiel de su argumentación favorita: ¡La tranquilidad que tanto amaba, la existencia simple, sin grandes brillos pero también exenta de

inesperadas tribulaciones; la posición humilde, pero segura; el empleo, no muy pingüe, mas, por eso mismo, a cubierto de las ambiciones e intrigas de los otros; en fin, el retorno al pasado de hacía unos cuantos años, cuando el más grande de los hijos sólo contaba con dos lustros y Finita, la más pequeña, acababa de llegar de París en una caja muñecas!...

—¿Subir, brillar, tener honor y dinero a manos llenas?

¿Para qué?... ¡Mucho cuidado!... ¡No había que olvidar aquello de que, de la subida más alta la caída es más lastimosa!...

—¡Hum!... ¡Palabras! ¡Tonterías!... ¡Lo mismo de siempre!... ¡Hermosa tranquilidad la de los días sin pan y las noches sin sueño; deliciosa vida la del que apenas tiene para el diario y eso, en fuerza, sabe Dios, de cuántas inverosímiles economías!... ¿El empleo humilde pero seguro, no?... ¡Sí, ni qué dudarlo! ¡Ya había visto lo seguro que le había resultado a él y cómo, a pesar de estar tan escondido, habíase dado la maña suficiente para robarle cuantas cosas tenía y dejarlo casi en la calle!...

—¡Qué desinterés ni qué nada! ¿Acaso eran desinteresados los otros? ¿El mundo era desinteresado? Sobre todo, ¿él era solo? ¿no tenía una familia que sostener, unos hijos cuyo porvenir estaba obligado a asegurar? ¿Cuándo se habían encontrado en la desgracia, quién les había tendido la mano? ¿Había habido siquiera un hombre generoso que les hubiera impedido empeñar y malbaratar cuanto poseían?... ¿Juárez, Ocampo, Prieto, Santos Degollado, Madero, etc., etc.,? ¡Vamos, hombre, que tenía gracia!... ¿Qué relación había entre esos señores que habían sido ministros, generales, presidentes, apóstoles y sabe Dios cuantas otras cosas, y él, obscuro y olvidado empleadillo de tres al cuarto, que sentía miedo de reclamar lo que tan justamente le correspondía?... ¡Además, aquellos señores fueron famosos, respetados, admirados y nunca tuvieron la peregrina ocurrencia de dejar sus altos puestos para vivir perpetuamente soterrados en una oficina de tercer orden!...

—Sin embargo, ¡de la subida más alta!...

—Tampoco, ¡qué iba a ser cierto! ¿Cómo había de ser lo mismo que lo echaran a la calle después de haber reunido un poco de dinero, a que le dieran con la puerta en las narices, sin haber podido ahorrar un miserable tlaco? Puesto que de todos modos lo habían de tirar —así andaban las cosas desde que comenzó la bola —siquiera que la adversidad lo encontrara prevenido, con la despensa bien provista y la alcancía repleta de moneditas de oro...

—¡Qué desinterés, ni que tranquilidad, ni que nada!... ¡A recoger lo que tenía tan bien ganado! ¡A subir, a brillar, que, al fin y al cabo, hasta los más buenos habían pescado en mar revuelto, y los más justos se habían sabido aprovechar de que la justicia tiene los ojos vendados!...

CAPÍTULO 10

i **COMPLICADA** y ridícula farsa la de las elecciones! Primero, la integración de los partidos con el concurso de unos cuantos compadres, amigos, desocupados y ambiciosos, y tal o cual cándido de buena fe. Después, los manifiestos grandilocuentes, llenos de considerandos y promesas (¡al fin el prometer no empobrece!) y calzados con grandes listas de nombres, al término de las cuales figura, invariablemente, la consabida advertencia: siguen más firmas. A continuación, la organización de la propaganda, para lo cual se echa mano de los más ladinos y charlatanes, y se despilfarra bonitamente el dinero del pueblo (¡ya se sabe que los únicos que triunfan, son los candidatos oficiales!) en pasajes, música, cohetes, propina, impresos, y sobre todo en pulque y aguardiente. ¿No resulta inconcebible una lucha tan noble como la justa electoral, si carece de esa atmósfera de entusiasmo y alegría que tan alto pone el nombre de los buenos patriotas, aun cuando tan sublimes borracheras acaben, casi siempre, en divertidos zafarranchos?

Dispuesta así la campaña, a trabajar, es decir, a visitar pueblos donde se repite la comedia de la organización de los partidos (si no estaban ya previamente organizados); a recibir al candidato (quien, naturalmente, todo lo tiene dispuesto y pagado para su recepción) con el mayor esplendor y escándalo posible: camarazos, vivas, dianas, oraciones, discursos, versos y demás ruidos, amén de los banquetes a base de mole, barbacoa y curado de tuna, donde se hace gala de ingenio y buen humor y sácense a relucir insospechadas virtudes oratorias.

Entre tanto, por abajo, y sin que nadie lo note, o bien procurando que lo sepan todos a efecto de que así nadie se atreva a estorbarnos, la labor más importante,

el *quid pro quo* del asunto, la clave del triunfo ose a la consigna oficial que se hace descender de las más altas esferas gubernativas, hasta las más humildes autoridades, las recomendaciones abiertas o veladas, dirigidas a los presidentes municipales; la orden dada a los jefes de guarnición y de oficina para proteger a tal o cual candidato, y hacer que empleados y soldados, espontáneamente, le den su voto; antes, el apoyo del hacendado y del señor cura, adquirido a cualquier precio para lograr que los peones de la hacienda y los feligreses de la parroquia voten a favor de zutano y mengano, que son católicos y viven en el santo temor de Dios; ahora: el espaldarazo del líder, el respaldo del sindicato y la simpatía de la masa, conquistados con toda clase de farsas, para que impongan al camarada que ha sacrificado su vida entera en aras de la Revolución Social. En fin, toda la complicada máquina oficial y todos los resortes de la conciencia colectiva, coordinando y dirigiendo en un mismo sentido, las más poderosas energías sociales, de acuerdo táctico o implícito con quienes, en nombre de la necesidad inmediata o del ensueño lejano, hipotecan el alma y el trabajo de los pobres.

Una vez en posesión de tan poderosos sésamos, a cosechar el triunfo que llega en la forma de una credencial debidamente autorizada, tras las sesiones de la Computadora, instalada a la sombra de la autoridad y de acuerdo con ella. ¡Lo demás, ¿quién lo ignora?: el conciliábulo final con los otros presuntos diputados apadrinados por la imposición; conciliábulo que tiene por objeto resolver, desde luego, la nulidad de las credenciales de los independientes, y asegurarse, de una vez por todas, la cómoda delicia de la curul y el adorable refugio de la Cámara, en cuyo recinto, raras veces caldeado con el fuego de las arengas y sólo muy de tarde en tarde, sacudido con el hiriente silbido de las disputas y de las balas, se duermen siestas tan dulces y se rumian tan inefables esperanzas!...

¿Competencia?... ¿Honradez?... ¿Merecimientos?... ¡Para qué! Contado con el apoyo de los de arriba todo lo demás sale sobrando; en cambio, si falta esto, ya pueden poseerse cualidades y merecimientos de sobra; ya puede serse filósofo, sabio, estadista, santo o todo al mismo tiempo, se quedará uno sin credencial,

sin dinero y sin ganas de volverse a meter a luchar contra los molinos de viento, pese a los millones de votos legalmente obtenidos y a la real y reiterada simpatía de los ingenuos que creyeron que bastaba escribir su nombre en una boleta debidamente autorizada, para que una institución tan sublime como el gobierno, tomara en cuenta, nuestra humilde persona, huérfana, desgraciadamente de la tutela oficial.(1)

Verdad que en los países poco preparados, esta farsa es indispensable para iniciar al pueblo en el aprendizaje de los procedimientos democráticos; verdad, también que, en ciertos momentos de la historia, es preciso imponerlos elementos de confianza, para no dejar al gobierno en manos de los enemigos de la causa; y cierto, por último, que al otro día de las luchas caóticas, es poco menos que imposible y evidentemente peligroso, dar rienda suelta a las libertades públicas, que faltas de derroteros precisos donde vaciarse, volverían a llevarnos al dedálo de los conflictos intestinos y resolverían en una nueva anarquía, el triunfo, siempre sangriento, de las revoluciones. Empero, no hay que olvidar que el abuso de estas prácticas y el descarado ejercicio de la autoridad en favor de los incondicionales (no siempre dignos de semejante apoyo, ni por sus antecedentes políticos ni por su competencia), producen, a veces instantáneamente, y en ocasiones poco a poco, una desilusión tan grande en el corazón del pueblo, un desencanto tan hondo en la conciencia colectiva, que, la voluntad de la masa, bien pronto sucumbe bajo el peso de una abulia escéptica e indiferente, a la que no le importa nada ni quiere meterse en nada, convencida como está de que, sean cuales fueren sus esfuerzos y sus ideales, siempre se impondrán, por encima de sus derechos y prerrogativas, los caprichos oficiales escudados en la famosa razón de estado, tan grata a los autócratas de todos los tiempos,

(1) No hay que olvidar que todo esto se refiere a las postrimerías de la dictadura porfiriana y a los años críticos de la Revolución: 1900-1910 y 1920-1930. N. del A.

sean liberales o conservadores, realistas o republicanos, socialistas o burgueses, plutócratas o proletarios.

A don Ignacio García González repugnábanle, muy particularmente, estas burdas engañifas de que haciése víctima a los mismos que habían prestado, hacía apenas unos días, el valioso contingente de su sangre; experimentaba una repulsión invencible, por las trampas y chapuzas innúmeras de que echaban mano los políticos profesionales (y todos a la postre resultaban profesionales en esta ruin política que consiste en triunfar de cualquier modo y cueste lo que cueste) para salirse con la suya; sentía náuseas al ver, en qué forma y de qué manera, se cumplía y se hacía cumplir la famosa divisa: Sufragio Efectivo. No Reección , que fulgurara con los divinos esplendores de una aleluya, entre los pliegues de las banderas revolucionarias.

¡Sufragio Efectivo!... ¿Sufragio Efectivo ése que violaba los votos o ni siquiera los tenía en cuenta; que dejaba fuera del padrón a los independientes o sospechosos; que instalaba las casillas electorales con los esbirros del gobierno; que robaba las ánforas cuando le convenía; que integraba las juntas computadoras o las recusaba, según sus intereses; que otorgaba credenciales y las aprobaba, o las declaraba nulas y sin efecto alguno, según su capricho; que exaltaba a los compadres del poder y hostilizaba a los hombres verdaderamente honrados y dignos de ocupar los más altos puestos; que hacía y deshacía a su antojo, sin importarle un comino la opinión pública, porque al fin, ¡qué diantres!, por algo y para algo más substancioso y real que el triunfo de la democracia, se había expuesto el pellejo y arrostrado toda clase de adversidades y peligros...

¿Sufragio efectivo?... ¡Vaya un sufragio efectivo!... ¡Todo era igual! ¡Todos eran iguales!... ¡Para lo que había servido tanta sangre derramada y tantas vidas segadas en flor; tantas auroras de esperanzas, arrojando sus túnicas de fulgores sobre las lívidas montañas de los muertos; sobre los miles de cadáveres hacinados en un amontonamiento desordenado y lúgubre, mordido de tinieblas, corroído de gusanos, coronado de hedores asfixiantes!... ¡De lo que había servido la Revolución!...

Pero, ¿qué era lo que pasaba? ¿Sería que no teníamos remedio? ¿Acostumbrados, mal acostumbrados al servilismo paciente que nos deprimiera por más de treinta años de tiranía, cuando de súbitos nos sentíamos libres, sólo sabíamos abusar, robar, matar, enriquecernos, arrasarlo y aniquilar todo, para después, solicitados por una gravedad psicológica inevitable, volver a buscar la coyunda, tornar a lamer las botas del primer tirano que nos salía al paso, y descubriéndonos las espaldas para que nos hiriera mejor el látigo, proseguir la misma vida de siempre; la misma vida bochornosa que vimos vivir a nuestros padres y que, con el ejemplo, estamos ya enseñando a vivir a nuestros hijos?

¡De la dictadura a la anarquía; de la anarquía a la dictadura! ¿Tendría razón el sociólogo pesimista? ¿Estarían condenados los jóvenes pueblos de América, a agonizar perpetuamente, ora bajo la fusta del tirano, ora bajo el cárdeno resplandor de las tormentas intestinas? ¿La cópula maldita de nuestras razas aborígenes con las razas decadentes de allende el océano, habrían engendrado una nueva raza indisciplinada, pusilánime, perezosa, ávida, lujuriosa, enferma, claudicante, irredimible?... ¿Dueños de las más deslumbradoras posibilidades, contando con los más preciosos elementos, con todo el porvenir abierto a nuestros esfuerzos y esperanzas, estaríamos predestinados a sucumbir despedazándonos o dejándonos despedazar, en tanto la reja implacable de las invasiones, se apresta a abrir en las entrañas de nuestra tierra, los surcos ópimos fecundados con el tributo de nuestros propios huesos?... ¿Seríamos?... ¿Qué seríamos, ¡Señor!, qué sería este pueblo capaz, como todos los pueblos de larga y dolorosa historia, de los crímenes más grandes y de las más altas virtudes?... ¿Qué seríamos?... ¿A dónde iríamos a parar? ¿En el fondo de qué abismo se iría a sepultar definitivamente la caravana gloriosa de nuestras epopeyas, y la procesión sublime de nuestros desastres; o en qué cima lejana e inmovibles iría a podas la fatiga de nuestros vuelos encrespados de torbellinos y arbolados de amaneceres?... ¿Patmos? ¿El Tabor?... ¿Qué nos reservaría el destino: la pesadilla del Apocalipsis; el milagro de la Transfiguración?...

Y don Ignacio, sin llegar nunca a cristalizar sus ideas en estas palabras, pero entenebrecido, eso sí, con estas dudas, estas desconfianzas y presentimientos, retirábase bruscamente del despeñadero al que se había asomado y, antes de intentar descubrir las gestaciones del vuelo en el ataúd de la crisálida, es decir, antes de hallar la epifanía del porvenir arrebujada en la podredumbre del presente, procuraba huir de su terco pensamiento, libertarse de las garras de la reflexión que se empeñaba en mantenerlo inmóvil entre la vivisección descarnada de los hechos; y, condenándose a sí mismo, asqueado de su propia persona, aterrado de ser, él también, uno de los verdugos, estafadores y embaucadores del pueblo, prometíase ir al día siguiente a presentar su renuncia irrevocable, a la Cámara; dejar la secretaría del famoso partido Liberal Constitucionalista; separarse de sus correligionarios, sinvergüenzas y ambiciosos como él, y sepultarse nuevamente en su antiguo empleo, en su miserable pero dichoso empleo de Jefe de la Oficina Verificadora de Pesas y Medidas, donde, lo poco que ganaba lo ganaba a conciencia y lo disfrutaba tranquilamente en la encantadora paz de su hogar.

CAPITULO 11

*V*ANO INTENTO!... ¡Tempestad de una noche de verano!... Al otro día, la presencia de la esposa despejaba todas las nubes que habían ensombrecido la enfermiza imaginación del buen hombre, y la correspondencia que le traía los saludos de tal o cual personaje, y la prensa local que se ocupaba elogiosamente de su persona, así como el anuncio de esta o aquella visita de calidad, ponían nuevamente las cosas en su punto, obligando a sonreír al flamante diputado, de sus ridículas y fantasmagóricas especulaciones

—¿La tiranía? ¿La democracia?... ¿La tragedia de las libertades públicas? ¿La patria que sucumbía?... ¿Las razas?... ¿El destino?... ¡Vamos, hombre, exageraciones, chifladuras!... ¡Decididamente había veces que se ponía un poco lucas!...

Y desayunaba con el mismo apetito de siempre; discutía con su mujercita, los platillos del día; bromeaba al hijo mayor por sus aficiones literarias, recomendándole que no fuera a descuidar los estudios por atender a las musas; sentábase a Finita en las piernas, para darla unas probadas de pan con mantequilla; preguntaba a Meche, la mayorcita, por los pájaros y las macetas que constituían todo su encanto; reñía suavemente con Lupita, la de en medio, a causa de su pereza y de su entusiasmo de tararear canciones en la mesa, y con Güicho, el Benjamín de la dinastía, poníase a confeccionar proyectos de excusiones y cacerías, alagando a la mamá con la promesa de un hermoso y suculento botín de tórtolas y tordos, enriquecido, si era posible, con tal o cual pieza de caza mayor: un conejo o una liebre, por ejemplo, de esos que Güicho mataba siempre cuando estaba de charla con sus amiguitos.

De sobremesa ya, leía su correspondencia: tres o cuatro cartas de antiguos compañeros de colegio (desde que don Ignacio era diputado, le habían salido tantos compañeros de colegio, que no acertaba explicarse en cuántas escuelas había tenido que estudiar a la vez) y antiguos y viejos conocidos (también éstos se habían multiplicado en grado sumo) que solicitaban una recomendación para conseguir cualquier cosa, una nadería, una chamba de unos seis u ocho pesos diarios, para ir pasando mientras les pintaba un negocio en el que se hallaban comprometidos. Igualmente figuraban entre estas cartas, las epístolas familiares: las saludos o las solicitudes de parientes ignorados (los parientes, no queriendo ser menos que los compañeros de colegio y los antiguos y viejos conocidos, habíanse multiplicado, a su vez, en la misma proporción que los panes y peces de la parábola), de todos los grados y ramas imaginables, que solo reclamaban el ineludible tributo debido a su sangre, idéntica en calidad y merecimientos a la que corría por las ilustres venas del padre conscripto.

Leía la correspondencia y revisaba minuciosamente la prensa local (esto sólo sucedía los sábados o domingos, pues, los periódicos de la provincia, eran, por lo regular, semanales) para ver qué nuevos chismes traía y si figuraba su nombre en la información política o en las notas sociales, íbase a dar su vuelta por el corral; a inspeccionar las macheros para convencerse de que *el Duque* y *el Pirinolo* (un soberbio caballo canelo dosalbo y un preciso potro rosillo, de Güicho, que acababan de sustituir a *el Zapote* y *el Colorín* de feliz memoria) se encontraban ya limpios y relucientes, listos para ponerse en manos del arrendador que habría de pasar por ellos al poco rato, para quitarles tales o cuales resabios y dejarlos como una sedita, lo que esperaba con impaciencia don Ignacio, hambriento ya de reanudar, en compañía del más pequeño de sus hijos, aquellos sus paseos por el campo muy de mañanita, a esa hora en que la luz despierta con sus grandes ojos azules, húmedos todavía de visiones de color de rosa!...

Luego, un rato de palique con el lorito alborotador; una cautelosa espiada a la clueca de Finita; una visita de inspección a los canarios de Meche, escandalosos

e inquietos como la güera Lupe; y tras de lanzar un pedazo de palo a los perros para que se lo trajeran, y después de despedirse de su mujercita y los muchachos que lo rodeaban con las segunda intención de sacarle unos cuantos centavos, a la calle, a charlar con éste y platicar con aquél, y a cambiar impresiones con el de más allá, en tanto llegaba la hora de irse a la Cámara. Allí, en la puerta, ya lo estaban esperando uno que otro de sus viejos compañeros, de sus antiguos conocidos o de sus ilustres parientes que, ¡claro estaba!, sólo habían querido saludarlo, o al reconocerlo desde lejos, le habían salido al encuentro para acordarse un poco de los buenos tiempos... lo cual no impedía que, ya al despedirse, y como quien no quiere la cosa, le resultaran pidiéndole la eterna recomendación y hasta unos cinco o diez pesillos... ¡como quien, dice una bicoca!...

A la una y media o dos de la tarde, a casita; a comer con la esposa y los tres muchachos más grandes (Finita y Güicho tenían que irse temprano a la escuela) procurando aumentar el menú (había que irse acostumbrado a esta palabrita tan de moda en los banquetes) con el suculento trozo de jamón, la bola de queso o la lata de pescado, que junto con los mangos o manzanas (eso dependía de la fruta que hubiera) traía invariablemente don Ignacio, al regreso de sus arduas labores diputariles.

En la sobremesa, el palique inevitable con su mujercita que le ayudaba a hacer mil proyectos de felicidad, combinando sabiamente su prudencia y clara visión del mundo, con la fantasía un tanto desbocada del buen hombre. Un último repaso a la prensa de México, casi leída totalmente en le Cámara durante las horas más cargadas de trabajo; una siestecita sin importancia, en la poltrona de la sala; una nueva inspección a los macheros, seguida de oportunas indicaciones hechas al mozo; otro diálogo con el lorito: en fin, una repetición más o menos fiel de lo efectuado en la mañana, y... a la calle de nueva cuenta, y de nueva cuenta a la Cámara, para volver hasta en la noche, a eso de las ocho, fastidiado de la sesión, renegando de los dictámenes y, con un hambre y un sueño que, si a esas horas le hubieran ofrecido una fortuna por seguir en la

Cámara, siquiera una hora más, ¡pierde la fortuna y hasta la curul, pero se marcha a casita por la primera puerta que hubiera encontrado! A las nueve, ¡por fin! —desgraciadamente era preciso dejar pasar una media hora antes de acostarse— a la cama: a pedirle consejo a la almohada y a dormir como un bendito para estar en pie a la madrugada siguiente...

Y al otro día, lo mismo, y al otro, y al otro, sin más diferencia que el obligado paréntesis de los domingos y días de fiesta, los cuales, o bien se iba el flamante diputado con su familia a teatro, la Alameda, o a tal o cual visita; o quedábase en casa, componiendo esa o aquella cosa que no necesitaba compostura. Esto, ¡naturalmente!, si la fiesta era entre semana y no alcanzaba las proporciones de los grandes días de la Patria, pues entonces, ya se comprende, don Ignacio García González revestíase de toda solemnidad, para figurar en el lugar preferente de la comitiva oficial y presidir la ceremonia cívica, a un lado del señor gobernador y en compañía de sus muy ilustres colegas y los no menos ilustres señores magistrados.

Total, que el tímido, escurridizo y pobre empleado de antaño hallábase casi transformado. Y decimos, casi casi, porque, pese a todas las apariencias, don Ignacio, realmente, no había podido adaptarse por completo a su nueva situación. Algo como una comezón, apenas perceptible, le cosquilleaba en el fondo de la conciencia; una suave intranquilidad, que evidentemente no tenía ninguna razón de ser, agitaba su corazón con no sabía qué zozobras empenumbradas, ensordinadas, desvaídas, pero latentes y alerta, a modo de esos presentimientos lúgubres que aletean en los rincones más escondidos de la vida.

Y no era que le preocupara ahora la suerte del pueblo y el porvenir de la patria ¡no!; después de pensarlo bien y no obstante todas las canalladas de aquella democracia absurda, que escarnecía el sufragio y se burlaba bonitamente de la voluntad popular, mucho se había ganado ya en el terreno de las libertades y las reivindicaciones: los labriegos ya no eran esclavos; los sirvientes ya no eran ciervos; los trabajadores ya no constituían rebaños inconscientes, al servicio de

capitalistas desalmados; los salarios, los sueldos, hasta la raya de los albañiles y de los peones habían aumentado proporcionalmente a las consideraciones que comenzaban a guardarse por igual, a los obreros del surco que a los de los talleres y las fábricas.

Cierto que, por el momento y dadas las condiciones especiales porque atravesaba el país, apenas acallada la tormenta, el problema de los sin trabajo, asumía proporciones alarmantes y empujaba al robo y al bandidaje a quienes no podían ganarse la vida en forma honesta; verdad también que, con la falta de capitanes, la ruina de la agricultura y bancarrota del comercio. La situación económica del país era poco menos que desesperante y daba lugar a toda clase de especulaciones bursátiles, especialmente por lo que toca a las especies monetarias y a las mil y una mercancías intermediarias, en cuyo teje y maneje tan diestros fueran los coyotes: inmorales especuladores de la miseria pública. Y cierto, igualmente, que nadie quería perder, que todos querían mandar, ser los primeros y robar cuanto se pudiera, ora con intensiones aviesas, ora por espíritu de previsión (mañana vendrían otros y era preciso estar provistos).

Cierto, si, muy cierto todo esto; más, hubiera sido una injusta obcecación negar que, cuando el equilibrio perdido se restableciera, como tenía indiscutiblemente que restablecerse (¡nada puede permanecer perpetuamente en estado caótico: todo tiende a integrarse en estructuras armónicas, ya sea por virtud de leyes cósmico-dinámicas, ya por imperativos bio-psico-sociales!); cuando tornaran a su causa las corrientes embravecidas, y serenos los ánimos y vencidas las pasiones, se iniciara la magna obra de la reconstrucción nacional, muchas de las enormes ventajas de la Revolución tendrían que salir a flote y serían apreciadas debidamente las grandes conquistas que, en pro de la emancipación económica y social del proletariado (¿y, quién no es proletario en un país como el nuestro, donde la propiedad y el poder son aún patrimonio de unos cuantos?) realizó, primero en el terreno de la teoría pura (Plan de San Luis, Plan de Ayala), después en el de la ley escrita (Constitución de 17) y por fin en el de los hechos cada vez más

frecuentes (restitución de ejidos, escuelas rurales, indemnizaciones, arbitraje, salario mínimo, reglamentación del trabajo, sindicalismo, etc.).

Por otra parte, la Revolución, esa Revolución, venía de muy lejos, mejor dicho, era sólo una etapa y no la final, del largo y angustioso proceso libertario que comenzó en Dolores con las luchas de independencia: movimiento de emancipación política del que surgió la nacionalidad; continuo en la Reforma: movimiento político social que afirmó definitivamente la República y libró al Estado de la tutela de la Iglesia; y que, despierto nuevamente en la aurora de Ciudad Juárez, tras de haberse manifestado con todas las características de un fenómeno exclusivamente político, con fines e ideales políticos nada más (¡Sufragio Efectivo, no Reección!), a medida que el torrente fue creciendo, robustecido y encabritado por los mismos obstáculos que intentaron detenerlo (Dictadura de Victoriano Huerta, terquedad equivocada de Carranza, caudillo de Obregón, autocracia de Calles, etc.) el cauce de las urgencias colectivas fue haciéndose más hondo; el volumen de los anhelos populares fue engrasándose, y la precipitación de las esperanzas fue tornándose más y más rápida, hasta que la fin lo que sólo se había creído un zafarrancho motivado por el quítate tú para ponerme yo, acabó por convertirse en un formidable movimiento, ya no de emancipación político-social (esto hubiera equivalido a seguir en la superficie de las cosas) sino de emancipación económica; de redención económica, mejor dicho, pues aspiraba y aspira aún, toda vez que apenas comienza a cosechar sus triunfos, nada menos que a la reivindicación de los humildes y a la salvación, ¡esta es la palabra! A la salvación material y efectiva de los desheredados.

¡No! No era seguramente la paulatina y a veces interrumpida cristalización de ese largo proceso sociológico lo que inquietaba y desazonaba, tan levemente y tan en lo íntimo al espíritu apacible del señor diputado. Semejantes problemas nunca se le habían filtrado hasta el corazón, quizá a causa de no haberlos podido apreciar en su verdadera magnitud. Poco preparado para desentrañar tales enigmas; privado de esa clarividencia dolorosa que viviseca el cuerpo y el

alma de los pueblos y evidencia o vaticina el progreso de los grandes males o el advenimiento de las crisis salvadoras. De inteligencia nada extraordinaria y de perspicacia política menos que mediocre, no se interesaba, no podía interesarse, hasta ese punto, por los destinos de su país, ni era capaz de rodar en el abismo de las consideraciones trascendentales... ¡No! Otra era, otra debía ser la causa de su intranquilidad y desasosiego... porque, ¡la verdad, la verdad, no obstante todas las consideraciones y halagos de que era objeto, él no se encontraba bien!... ¡Vamos, que no se hallaba en su centro! ¡que sentíase fuera de su lugar; fuera de su vida, fuera de sí mismo!... ¡Cuando le había dicho a su mujer que él no servía para esas danzas!...

¡Mas, ahora no tenía más remedio que aguantarse y se aguantaba! Después de todo, tal vez con el tiempo fuera desapareciendo esos repulgos monjiles tan ridículos como inoportunos. Enemigo de existencia tal, ¿no lo había sido siempre? ¿No había nacido para corretear a campo traviesa, libre de las exigencias y complicaciones de la ciudad? ¿Su infancia, no había sido otra cosa que una protesta viva contra esa pseudo civilización llena de apariencias y de máquinas, pero desdichadamente vacía de sinceridad y de virtud? ¿No pesaba, desde sus primeros años, la predestinación de ser pequeño, el ansia de encarnar inconscientemente el estoicismo de Zenón, la humildad de Diágoras, la pobreza de Diógenes, y la conformidad de Francisco?... ¿No era, en el fondo, un escéptico disfrazado de optimista, devoto de la felicidad mediocre: sin grandes ruidos ni estúpidas ostentaciones, que es acaso la verdadera felicidad, después de esa otra del ignorante, quien, por no tener conciencia de su goce, es incapaz de toda humana alegría?

¡Eso era!... Aquello lo traía desde hacía muchos años; lo tenía en la sangre; lo había heredado de una raza contemplativa, que, obligaba a vivir lejos de los grandes centros de cultura creados por ella, triste, sola, muerta de hambre y huérfana de caridad, había tenido que refugiarse en sí misma y enraizar todo su corazón en la tierra donde abría los surcos para sus vivos y las tumbas para sus

muertos. ¡Su mal era el mal de su estirpe; su desconfianza era la desconfianza del indio que teme más al catrín de la ciudad que lo explota, que a la fiera de los bosques en cuya vecindad vive. Aquellos cosquilleos, esas desazones, eran la resonancia de la traición de Doña Marina, el cautiverio de Moctezuma y el asesinato del último emperador!...

¡Quién habría de decir, que en esas inquietudes risibles, o por lo menos banales, de un inadaptado cualquiera, asomaba toda la filosófica angustia, todo el escepticismo incurable de una raza a la que sólo coronaban los verdugos de rosas para conducirla al matadero!...

CAPÍTULO 12

¿HAS PENSADO bien lo que dices, Lucha? ¿Crees que es cualquier cosa eso de irse a vivir, de golpe y porrazo, a México, donde nadie nos conoce y nosotros a nadie conocemos? ¿Te figuras que es tan fácil hacerse al modo de esas gentes; piensas que es cosa de juego, eso de transplantar la vida a una tierra extraña que no sabemos todavía cómo nos vaya a recibir?

—¡Naturalmente que he pensado en todo! Tú eres el que, como siempre, sólo has meditado en la parte difícil del asunto... Pero, ¡mira! No hay que empeñarse en ver el mundo con anteojos negros, ¡No, Nacho, la cosa no es para tanto! Es verdad que, al principio, nos va a costar un poco de trabajo cambiar de mundo; que vamos a extrañar nuestra casa, tan grande, tan llena de luz; que, ni tú vas a poder tener tus caballos, ni las muchachas tantas macetas y pájaros como aquí tienen; que en los primeros días vamos a estar incómodos y desorientados... ¡Mas!... todo pasará; al cabo de unos meses, nos acostumbraremos a nuestra nueva vida y después, ya verás cómo hasta nos encariñamos con esa ciudad en la que ya tú viviste varios años, ¡acuérdate bien!, sin que entonces te pareciera tan peligrosa ni terrible.

—¡Es muy distinto! Entonces se trataba de mí nada más; de un hombre joven y casi solo por añadidura; pero, ahora se trata de ustedes: de ti, de los muchachos, sobre todo de las niñas que están jovencitas y que, por razón de su sexo, se hallan expuestas a riesgos de los que tú misma no te das cuenta, ya que has estado acostumbrada a vivir siempre en la provincia. ¡Ahora, tú lo sabes!; yo estoy dispuesto a ir a donde quiera, con tal de que estés contenta, y sobre todo, con tal de que se formen los muchachos. A mí ¡francamente!, no me parece eso de que a fuerza tengamos que estar en México, para que Güicho y Memo hagan

una buena carrera, ni mucho menos para que las muchachas vayan a olvidar lo que ya saben y a aprender lo que no deben saber nunca... ¡En fin, ya te lo repito, yo estoy a tus órdenes pero, eso sí, me lavo las manos!... ¡No vayas más tarde a echarme la culpa de lo que suceda!...

—¡Precisamente eso es lo que trato de evitar! Yo tampoco quiero que me digas mañana que por mí sucedió esto y lo otro; por eso trato de que obremos de común acuerdo. ¡Después de todo, la cosa no es para ponerse trágicos! ¡No seas tonto!, el caso es muy sencillo. ¿Cómo quieres que los muchachos tengan, en este pueblo grande, las mismas facilidades, los mismos estímulos y recompensas que en la Capital? ¿Te atreverías a comparar los profesores de aquí con los de allá? Pero, ¡vamos!, hasta los amigos y compañeros de escuela, ¿podrían compararse en número y calidad con estos cuatro chicos de pueblo, hijos, si bien les va, de hacendados sin cultura o de funcionarios sin prestigio?...

—Suponiendo que así fuera: ¿Y los vicios de los señoritos de ciudad; y las malas costumbres de los niños mimados que se viven en las cantinas, teatros y otros lugares peores; y, sobre todo, las muchachas?... ¿También las muchachas necesitarán grandes maestros, magníficas escuelas y distinguidas amistades? ¿Crees que en México las mujeres son como aquí?... ¡Qué bien se conoce que nunca has vivido entre aquellas pollitas presumidas y desvergonzadas, capaces de dar hasta la honra por un vestido a la última moda!...

—¡Ni quien lo niegue!... Pero, ¡dime!, ¿crees tú que una muchacha que ha sido educada en la provincia; que ha pasado en ella sus primeros años, y que, además, cuenta con el ejemplo y la vigilancia de unos padres que no la van a dejar en medio del arroyo para que se pierda; crees que unas muchachas así, puedan prostituirse lo mismo que las de la capital, formadas de un modo tan distinto?... ¡Si no es la primera vez que una familia sale de su tierra para irse a radicar en México! Aquí mismo, entre nosotros, hay muchos ejemplos: ahí tienes a las Díaz, que llevan ya seis años fuera de aquí y no les ha pasado nada; lo mismo ha sucedido con las Pliego y las Franco y las Gutiérrez, y otras que tú

debes recordar. ¡Así es que no son más que exageraciones las tuyas!... Peligros los hay en todas partes; coquetas y sinvergüenzas abundan por donde quiera... ¿No te acuerdas ya de Esperancita Garcés que se fue con aquel capitancito del estado mayor del general Zertuche? ¿Y qué dices de las Mendieta que se iban a coquetear con los internos de la Normal, y hasta se pasaban por la azotea de su casa a la escuela, para platicar mejor con los muchachos?... ¿Y Beto Zolá que se sacó a Teresita Arriaga, de Tenango?... ¿Y Lalo Alcocer que murió en la Castañeda por marihuano? ¿Y Fito Garay que se suicidó con morfina por una comiquilla de tres al cuarto?... ¡No!, Nacho, convéncete: el que tiene buenos principios no se pierde nunca; en cambio, el que trae lo malo en la sangre, no hay nadie que se lo quite!... ¡Exageras, tonto, exageras como siempre!...

—Entonces, según eso, ¿crees que nos espera un paraíso?

—Tampoco, ¡qué va!... Ya te lo dije desde el principio. Sé que nos va a costar trabajo acostumbrarnos. Es más. ¿Quieres que te lo confiese todo?; pues bien, ¡ójyeme!, yo que tan empeñada he estado en que nos vayamos, yo que tanto te he dicho para convencerte, yo que, a veces, hasta parece que quisiera llevármelos a todos en un abrir y cerrar de ojos, a fin de que al otro día despertáramos en México, ya perfectamente instalados en nuestra casita, yo, Nacho, ¿sabes?... aquí, muy en reserva, muy quedito, te lo digo... ¡tampoco quisiera irme!... ¡No, no quisiera irme! ¡Dios bien sabe cuánto he luchado para tomar esta decisión! Aquí nací; aquí he vivido toda mi vida, aquí te conocí; aquí nos casamos y aquí tuvimos nuestros hijos. Aquí están enterrados mis muertos; las fachadas de las casas me hablan lo mismo que las facciones de la gente; las banquetas están acostumbradas a mis pasos; este cielo es el mismo que me vió de chiquilla y el mismo que vió a mis padres; los templos me conocen bien y me reciben confiada, íntimamente; las imágenes me acarician con las miradas de sus ojos y mueven lentamente las manos para bendecirme... ¡Nuestra Señora de la Merced, tan linda y milagrosa! ¡Nuestra Señora del Carmen, tan dulce y caritativa! ¡Santa Clara, en cuya encantadora capilla nos casamos! ¡El Santo Niño de Atocha que

no me perdía de vista ¿ojos tan hondos y tan apacibles los suyos!? Mientras le rezaba a sus trisagios ! ¡Y el San José del Tecer Orden, lo mismo que el San Antonio, bajo cuyo amparo puse a nuestras niñas desde que eran sólo unas muñecas! ¡Y San Luis Gonzaga, y el Santo Niño de Praga a quienes he encargado tanto que cuiden a nuestros hijos! ¡Y la Santísima Virgen de los Dolores, y la Purísima, y Santa Rita de Casia, y el Divino Rostro, y el Corazón de Jesús!... ¡Sí! ¡Tú no puedes imaginarte lo que me duele tener que dejar todo ésto!... pero, ¡es necesario, Nacho, es necesario!; primero que nosotros y nuestra felicidad están nuestros hijos, y no es justo que por vivir dichosos sacrifiquemos el porvenir de los muchachos. ¡Nosotros ya gozamos; ahora, a prepararlos para que gocen ellos, o por lo menos, a evitar que sufran más tarde cuando les faltemos y no haya quien les dé lo necesario! ¡Tú has visto ya cómo andan las cosas! Ahora estamos arriba y mañana estaremos abajo. ¡Con esto de las revoluciones, nadie se encuentra seguro y mucho menos los que no cuentan con una profesión! ¿Vamos a permitir que nuestros hijos sean unos empleados como tantos otros, para que después tengan que vivir de la limosna del gobierno y estén constantemente preguntándose: si los echarán o no los echarán; si les pagarán con puntualidad o les dejarán de pagar?... ¡Nada de eso! Puesto que ahora podemos, que estudien y que estudien bien; que se reciban: que obtengan su título... ¡Ya después, si hay tiempo, nos volveremos a nuestro antiguo rincón y aquí, en este mismo lugar, reconstruiremos nuestro nido!... ¿Qué dices?...

—¡Que tienes razón!... eso mismo que acabas de decirme es lo que había sentido y pensado yo; nada más que, ¡te seré franco!, yo no tuve ni valor para aceptar el sacrificio, ni franqueza suficiente para confesártelo... ¡Es verdad! ¡Qué diablos! Ya nosotros vivimos nuestra Juventud; ya nosotros gozamos; ahora les toca a ellos, ¡nada más justo! Que estudien, que se reciban, que se abran paso en el mundo. ¡Ayudémosles con todas nuestras fuerzas; hagamos por ellos cuanto podamos!... ¿México?... ¡Más lejos que fuera! ¡A donde sea preciso, con tal de hacerlos dichosos!... ¡Tienes razón de sobra, Lucha, tienes razón!...

CAPÍTULO 13

¿QUÉ HADO MALÉFICO se divertirá derrumbando las esperanzas de los hombres y dispersando sus mejores sueños? ¿Qué sino, invisible y sarcástico, gozará amontonando obstáculos en el camino de los que todavía son lo suficientemente ingenuos para creer y lo sobradamente fuertes para esperar? ¿Qué mano terrible, como esa que esculpiera Rodin, martirizará las desnudeces de la quimera y extrangulará al divino cisne simbólico?... ¡Quién sabe! El caso es que, como si hubieran estado largamente en acecho para arrojar sobre su víctima, y esperasen nada más la primera oportunidad para acometerla, apenas tendría unos cinco meses de radicado en México, don Ignacio, cuando, los acontecimientos políticos que culminaron en el asesinato del presidente Carranza, se desarrollaron con tal furia y rapidez, que, presto, el flamante diputado: a la sazón presidente del congreso local, encontré en la calle, y lo que era peor aún, víctima de las persecuciones de los nuevos revolucionarios, que venían desconociendo y deponiendo cuantas autoridades y poderes habían sancionado con su silencio o con su apoyo, la última farsa electoral.

Así es que, tras su destitución del cargo que ejercía, vinieron las represalias, con su inevitable cortejo de venganzas y desahogos personales; amén de esa especie de maldición que pesa durante tanto tiempo, sobre los funcionarios que figuraron en el régimen anterior al que priva; maldición más dolorosa y visible que la de la peste, que la del crimen, que la de la infamia y la deshonra, pues nadie se atreve a tenderle la mano, ni a abrirle la puerta, pero ni tan siquiera a devolverle el saludo, al que está señalado con el estigma del poderoso, únicamente porque se equivocó en ese juego de la política, en el que hasta los más duchos se equivocan.

Como es de presumirse, don Ignacio quedóse sin nada, y lo que hacía más grave aún su situación, allí, en un medio extraño en una ciudad egoísta e indiferente, como todas las grandes ciudades, donde nadie lo conocía ni a nadie le importaba su situación. Los ahorros apenas alcanzarían para completar el año y eso restringiendo los gastos a lo más urgente: a pagar la renta de la casa y guardar para la comida, en tanto se iba viendo el modo de salir de tan espantoso atolladero.

Bien pronto, el Empeño completó la obra destructora, llevándose cuanto de mediano valor había: muebles, joyas, chucherías, etc. La casa en que comenzaron a vivir, hubo de abandonarse, para irse a amontonar en una vivienda independiente con balcón y puerta a la calle (acabando de llegar de la provincia era imposible resignarse a una vivienda interior, abierta sólo a la curiosidad de los vecinos); el piano quedóse como prenda, en poder de un agiotista; en fin, todo marchaba, o mejor dicho todo rodaba precipitadamente a la más angustiosa miseria, cuando, ya al borde del precipicio, don Ignacio logró encontrar trabajo en el despacho de un acaudalado terrateniente: cuatro pesos diarios, casi nada para la capital y para una familia como la suya, pero, en esos caso nada menos que la salvación de él y de los suyos.

La situación había hecho crisis favorablemente. Por lo menos ya no se morirían de hambre ni tendrían que irse a dormir a la calle. Ahora, a trabajar; a darse maña para que alcanzara el dinero; a luchar a brazo partido con la suerte, con el medio y con los hombres. A labrarles un porvenir a los muchachos que era el único modo de salvarlos de la miseria, sobre todo entonces, en que los padres no tenían ya nada que dejarles.

A sacrificarse por ellos en cuerpo y alma; a renunciar, ahora sí definitivamente, a la simplicidad adorable de las existencias campesinas. A enterrar los panoramas virgilianos y despedirse de la paz beata, caritativas y acogedora.

¡Ni pensar ya en vivir la vida vivida en otros años y bajo otros soles que ya no eran los suyos!... ¡Su pasado se había ido y lo había dejado solo!... ¡Allá se

quedaban lejos, muy lejos, irremediabilmente lejos, la tierra bien amada y el campo querido. Los primeros sueños, los primeros juegos, los caminos de oro trazados por su imaginación en el azul; las rutas gambusinas dibujadas por sus anhelos piratas en el agua; las aventuras imposibles corridas por sus ímpetus raptos de rosas, de mariposas y de pájaros, por todas las vegas y los prados, y los bosques!...

¡Allá se quedaba la juventud, la infancia, la felicidad, en fin, la adorable felicidad aldeana y campesina que, como una corderilla, padece al amparo de la sombra de un árbol, o se sienta, como un arrapiezo, a la puerta de la parroquia, a esperar al señor cura que salió a confesar a un moribundo y que no ha de dilatar mucho porque ya es hora del rosario!

¡El repique monótono del cencerro, orientado al lento correr de la boyada!... ¡El toque de ánimas, prolongado pesadamente de sus ecos lánguidos y adoloridos!... ¡El grito largo y ondulado del boyero!... ¡El silbido agudo y estridente del pastor!... ¡El agil relincho del caballo!... ¡El sordo mugido del buey!... ¡El cortante chillido del búho y el murciélago!... ¡El lúgubre cracitar del cuervo!... ¡La llamada embustera del gavián!... ¡El zumbido del moscón!... ¡El sonsonete del grillo!... ¡El comadreo de la rana, y el incansable ladrar del perro; y el maullido del gato montés; y el aullido del coyote; y el escalofriante ulular de la llorona!...

¡Todo, todo se quedaba allá, en un mundo tan lejano, tan remoto, tan irremediable y definitivamente perdido, que apenas si cruzaría por el desierto de su alma, como la caravana errante del recuerdo!...

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 1

—*i*AMOS, hombre, qué suerte!... ¡haber perdido el contracentro!... ¡Y yo que ya no veo! ¡Sí, eso, sí, estoy seguro de que por aquí rodó, pero es tan chico!

—A ver, ¡Josefina! ¡Finita! ¡Ven, ayúdame a buscar el contracentro; yo ya no veo, ya no me puedo agachar! ¡Mira! Es así, color de rosa; es un vidrito como este que está aquí en mi reloj... ¡Ándale, hija, prende un cerillo!... ¡Por allí, sí, por allí tiene que estar!...

Y el pobre viejo resoplaba, visiblemente fatigado de permanecer en aquella posición, con la cabeza y el busto inclinados y las manos apoyadas sobre las piernas, cortas y claudicantes, que se movían pesadamente de aquí para allá, explorando el lugar por donde se suponía que el famoso contracentro había rodado.

Por fin, después de buscar y rebuscar inútilmente, el pobre hombre abandonó la tarea, verdaderamente desolado:

—¿Qué iba a hacer ahora, vamos a ver? ¿Dónde, cómo iba a conseguir ya tan tarde la pieza que necesitaba?... ¡Y el día siguiente que era domingo! ¡Perra suerte la suya; cuando ya le faltaba tan poco para acabar!... ¡En fin!... ¿Pero buscaría bien Finita?... ¡Si por aquí rodó, eso sí, ni modo! ¡por aquí!... ¡A ver, buscaré otra vez!...

Y encendiendo nuevamente otro cerillo, y arrodillándose; esta vez para hurgar mejor en las duelas sucias y apolilladas; con el rostro congestionado por el esfuerzo; sudando, resoplando ruidosamente y sin dejar de hablar consigo mismo, el buen anciano siguió persiguiendo con sus cansados ojillos grises, el fantasma microscópico e inconsutil de aquel diablo de contracentro que, sólo Dios sabía por dónde se había metido.

Una caja entera de cerillos gastó don Ignacio en sus pesquisas, sin haber conseguido absolutamente nada, como no fuera ponerse de peor genio y sacarse un molesto dolor de espalda a causa de la forzada posición en que durante tanto tiempo permaneciera.

—¡Estaba bien!; ¡Lo dejaría por la paz! ¡Quizá al otro día, cuando hubiera más luz, lo encontraría!... ¡Eso sí, que no fueran a barrer, por vida suya! Se levantaría un poco más temprano, y al regreso de misa, se pondría inmediatamente a trabajar; al fin lo que le quedaba por hacer era muy sencillo... ¡Con que pareciera el malvado contracentro!...

Resuelto de tal modo su problema, don Ignacio pareció tranquilizarse. Con gran cuidado, y auxiliado por unas pinzas, fue depositando, en una cajita de cinta de máquina, las diversas piezas del reloj que, por culpa de la extraviada, no habían podido ser colocadas; con igual meticulosidad, fue guardando los pobres instrumentos de su exigüa herramienta; se quitó, del ojo derecho, la lente con que atisbaba la vivisección de los pequeños organismos mecánicos, y que a la sazón habíase puesto sin darse cuenta. Antes de sacudirla, revisó en toda su parva extensión, la vieja carpeta de papel cartoncillo, sobre la cual hacía sus composturas; acercóse al oído dos o tres relojes viejos que tenía en observación; a uno de ellos le movió el registro para corregir la marcha, un poco precipitada; al otro le enderezó y apretó bien el bisel de la carátula; por fin, los dejó todos suspendidos de sus pequeños clavos, e iba a retirarse, cuando, ¡otra vez la obsesión le obligo a prender un cerillo y a agacharse en busca del condenado contracentro!

—¡Habrà usted visto, hombre!... ¡Pero si por aquí cayó, eso sí! ¡Por aquí tiene que estar a fuerza! ¡Ni modo que las cosas se desaparezcan!...

El fósforo se había apagado ya; definitivamente don Ignacio, con pasos lentos y pesados abandonó la fea pieza atestada de cachivaches, en uno de cuyos rincones había instalado su mesa de trabajo. La sombra mendiga penetró humildemente, en busca de un hueco para dormir; el silencio inválido se arrodilló entre las cosas olvidadas para orar; una luz lejana, púsose a espiar por un vidrio

Realidad (1936)

roto y el monorritmo incansable de los pequeños seres insomnes, comenzó a perforar el sueño de las horas con el terco afán de un ratón que royese el corazón del tiempo!...

CAPÍTULO 2

*¡*LO QUE ERA LA VIDA! ¡A lo que había llegado el pobre de don Ignacio García González, después de tantas fatigas y desvelos!... Arruinado, triste, vencido, viejo ya y sin el afecto invariable y sublime de la esposa que había ido a descansar para siempre de sus diarios ajetreos, a esa vaga región de las ausencias irremediables.

¡Quién había de decirle al pobre hombre que, cuando ya sólo le faltaba a su hijo Memo, un año para recibirse, la madre, su mujercita, que por modo tan eficaz le ayudara a sobrellevar la situación cada vez más difícil, había de agravarse hasta el punto de que, aquella tos seca y persistente a la que no se diera mayor importancia, acabara por degenerar en tuberculosis.

Sin embargo, nada más natural que este doloroso desenlace: Desde la pérdida de su primer empleo, había dejado a don Ignacio con sólo dos pesos diarios de sueldo, su esposa, decidida y trabajadora, habíase dado a la tarea de nivelar los presupuestos, echando mano de cuantos recursos estaban a su alcance, para lo cual hubo de multiplicar en grado excesivo sus actividades: Asistencia de estudiantes, hechura de costuras y bordados en los que la ayudaban las muchachas; confección de pastelillos y dulces que se vendían en combinación con la señora del tendajón mixto de la esquina; condimentación de platillos apetitosos y antojitos mexicanos, como pozole, mole y tamales expendidos en la casa, a las vecinas; en fin, todas esas mil curiosidades de costura, cocina y repostería de las que viven o con las que se ayudan a vivir tantas familias decentes venidas a menos, que en una obscura y diaria batalla se enfrentan con el hambre y la miseria, sacrificando vanidad, orgullo y amor propio, antes que resignarse a echar a rodar su desesperación por las locuras del vicio o las vergüenzas de la mendicidad.

Desde que Dios amanecía, hasta poco más de media noche, la incansable señora trajinaba sin darse punto de reposo: Iba de aquí para allá; vigilaba los trabajos de sus hijas; ayudábalas a asear la casa (naturalmente ya no quedaba ni la sombra de una sirvienta); ella sola, apenas auxiliada por la más chica y eso cuando no tenía nada que hacer, encargábase de la cocina, desde el desayuno hasta la cena, después de haber ido en persona a traer su mandado muy de madrugada. Entre faena y faena, aun se daba tiempo para concluir un tejido o comenzar otro, y en la noche, cuando en compañía de sus hijas había levantado la mesa, y lavado y puesto los trastos en su lugar, mientras Meche terminaba de bordar una mascada y Lupe y Finita daban los últimos toques a la canastilla de un bebé, la pobre señora, fatigada y vencida, arrimábase a la vela claudicante (la luz eléctrica se las habían cortado) y poníase a remendar la ropa de los muchachos, procurando, con esa santa devoción con que las madres hacen todas estas cosas, que el hilo y la aguja obrasen milagros en las telas viejas y raídas multiplicando las rejas aquí y allá; disimulando, hábilmente, los remiendos; reforzando, con parches interiores, las partes más gastadas de las distintas prendas; agotando, en fin, todos los recursos de su ingenio a efecto de que no se echara de ver la acción del tiempo.

Cuatro, tres horas descansaría la abnegada señora, prematuramente envejecida, para continuar, nuevamente, al otro día las mismas tareas abrumadoras, agujoneada por la necesidad; fortalecida por su amor inagotable y sólo iluminada dulcemente con la esperanza de ver muy pronto a su hijo mayor, a Memo, convertido en todo un señor abogado, pues, pese a cuantas calamidades se habían cernido sobre ellos, Memo había continuado sus estudios sin interrupción.

Desgraciadamente, minada por el trabajo, consumida por las penas, destruída por la fatiga, los sinsabores y la pésima alimentación, la santa mujer sucumbió. Tras de angustiosa enfermedad, antes de que su hijo recompensara sus afanes poniendo en sus manos ese papelote que, bien visto, no significa nada, pero que

en este mundo de apariencias y tonterías, es el sésamo infalible que nos abre las puertas de la consideración y la fortuna.

¡Pobrecilla de Lucha! ¡Lo que había trabajado, lo que había sufrido por sentir ese gozo que la muerte habíala arrebatado! ¡Todas las pequeñas felicidades de que había prescindido para que su hijo no careciera de nada; todos los sacrificios, todas las sublimes y diarias abnegaciones que se había impuesto para que su Memo comiese bien, contara con los libros que necesitaba y hasta anduviera regularmente vestido, toda vez que tenía que frecuentar el trato de muchachos decentes y no pocas veces ricos y de buena familia!...

Con habilidades encantadoras, con astucias adorables, que humedecían de lágrimas los ojos, la buena mujer hacía ahorros inverosímiles y obraba quién sabe qué prodigios económicos, ora para mandar lavar y teñir el sombrero que estaba ya de color de ala de mosca; ora para comprar en abonos, a los húngaros, un abrigo pasadero, media docena de calcetines y dos corbatas regularcitas; o bien para dar, sin que nadie lo viera, uno o dos pesos al futuro licenciado, cada ocho días, pues no era justo que, tras de haberse estado toda la semana sobre los libros, permaneciera los domingos encerrado.

Y no es que se hubiese propuesto distinguir a este muchacho con menoscabo de los otros, ni que echara en saco roto las fatigas de los demás, ni desatendiese la necesidad que también ellos tenían, de divertirse y pasarse la vida lo menos mal posible, ¡no!; Dios bien sabía que ella a todos los quería igual y que de haberle sido dable, a todos los hubiera rodeado de las mismas consideraciones. ¡No!, lo que pasaba era que ella, lo mismo que el padre y los hermanos, habían querido concentrar en Memo sus esfuerzos y brindarle el fruto mejor de sus afanes, porque él era la esperanza de la familia; porque en él, en su título, en su carrera, proyectábanse las aspiraciones de todos, y porque todos sabían ya, que cuantos sacrificios hicieran por su hermano, más tarde les habrían de ser sobradamente recompensados.

¡Trabajar, sufrir, sacrificarse de tal modo!... ¿Para qué? ¡Para irse de la vida antes de que su obra estuviera consumada!... ¡Pobrecita Lucha!... ¡Siquiera Dios

le había concedido a él el placer de ver por fin a su hijo logrado! Porque sí, Memo se recibía en esos días; su tesis había sido ya aprobada; su prueba práctica también; ya únicamente faltaba el examen recepcional que habría de efectuarse al fin de esa semana... ¡Licenciado!... ¿Su hijo licenciado?... ¡Sí, licenciado y muy licenciado!... ¡Mas, a qué angustias había tenido que descender el pobre hombre para poder sentir esta alegría! ¡ Hasta donde había tenido que bajar para recoger, dentro del mismo corazón de la sombra, la palpitación irisada de ese rayito de luz!

CAPÍTULO 3

MUERTA SU ESPOSA, privado súbitamente de la médula de su alma y del resorte de su vida; perplejo ante el dolor y la miseria; solo en la lucha y solo en su soledad (¡ella era el silencio hermano de su silencio y el dolor gemelo de su dolor!) privado, lo mismo de la fortaleza moral que de la colaboración de aquel espíritu organizador; de aquella vida sapiente de economías increíbles y ahorros inesperados; huérfano del poder taumaturgo que repetía diariamente el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, don Ignacio, aturdido, desorientado, hecho una verdadera lástima, había tenido que enfrentarse con la situación, fortalecido apenas con el recuerdo de su esposa, cuyo ejemplo irradiaba desde la tumba, pugnando por abrirle un camino en las tinieblas.

Y no obstante la desolación de su vida y el desorbitamiento de su alma, el pobre hombre no se había acobardado. Dijérase que estas naturalezas aparentemente débiles, incuban en secreto reacciones asombrosas, o que, serenas y tranquilas como son esperan sólo el instante patético para revelarse en toda plenitud de su esfuerzo, como tantas y tantas energías latentes que enredan la fiebre de sus parábolas con los más hondos laberintos de las cosas.

¡No!, don Ignacio no sucumbió; al contrario, se sobrepasó a sí mismo en tesón y espíritu de holocausto. Seguramente su propia desesperación fue causa de ello, pues, sólo en el vórtice de la acción sin desfallecimientos, logran las almas atormentadas librarse de sí mismas. Indudablemente que el deseo de matar el dolor a fuerza de trabajo y el empeño de curar una obsesión con otra, fueron sus más eficaces y asiduos colaboradores; el caso es que, loco, convencido, ciego o vidente, ¡lo que fuese!, el pobre hombre respondió a los golpes del infortunio con

una resolución insospechada y púsose a trabajar sin tregua ni descanso, tratando, hasta donde le fue posible, de llenar el inmenso vacío de su esposa, como si obedeciera a un supremo mandato de la muerta que parecía impulsarlo, a través de un sueño sin límites; que lo empujaba, sí, que lo empujaba indudablemente desde su inactividad angustiosa, para que consumara él solo, lo que ambos habían emprendido cuando, juntos los dos y reclinados el uno sobre el otro, pintaban sobre el azul de la quimera las auroras radiantes del porvenir que soñaban para sus hijos!

Resucitando viejas aficiones y perfeccionando poco a poco sus exigüos conocimientos, púsose a componer, por una bicoca, los relojes de sus compañeros de oficina (arreglo del registro, cambio del centro o del contracentro, corrección de la espiral, ajuste de las ruedas, etc.) hasta que, más seguro de sí mismo, con la práctica continua, pudo aventurarse a desempeñar toda clase de trabajos de esta índole, que procuraba por medio de un viejo amigo suyo, dueño de un humilde taller de relojería.

Cinco, diez pesos extra, a la semana, sacaba como producto de esta tarea, a veces demasiado ingrata para su vista cansada y su pulso claudicante. Mas no cesaban ahí sus actividades. Influenciado por sus excursiones dominicales al mercado de Tepito, adonde acudiera en busca de vidrios, biseles, cuerdas y demás piezas de repuesto que necesitaba, ocurriósele dedicarse, durante estos días, a la compraventa de objetos usados: es decir, a chambear o a chacharear, como dicen en lenguaje vulgar los que se ocupan de tales cosas. A este fin, arrimóse con un antiguo conocido que le convidó una parte de su puesto, a cambio, naturalmente, de una parte de las ganancias, y con verdadero entusiasmo entregóse a esta nueva ocupación, no muy de acuerdo que digamos, con las otras que anteriormente desempeñara.

Sujeto a las alternativas del comercio, el negocio no reportaba ganancias fijas, pero, así y todo, producía también alrededor de diez pesos cada domingo, lo cual, unido a lo de la compostura de los relojes, dejaba a don Ignacio, de quince a veinte pesos semanarios además de su sueldo.

Mal que bien, pues, las dificultades económicas iban sorteándose de tal modo que no faltaba en la casa nada de lo indispensable; sobre todo, don Ignacio, secundando en esto más que en otra cosa a su esposa, esmerábase en que Memo tuviera cuanto había menester, y si la madre se había gastado el lujo de dar al muchacho uno o dos pesos cada domingo, el buen señor dábale hasta tres, y en cierta ocasión que cayó en sus manos un reloj en buen uso que le dieron casi regalado, después de habérselo arreglado cuidadosamente, se lo obsequió, con gran contento del futuro abogado y de sus hermanos complacidos de verlo tratado como merecía.

Mas, si tan eficaces resultados producían los esfuerzos del padre, sólo él y Dios sabían los infinitos sacrificios que todo aquello le costaba, obligado como se veía diariamente, a hacer correr su vida por cauces de humillaciones y desprecios que jamás había sospechado.

En efecto, eso de tener que ir de aquí para allá solicitando composturas de relojes entre los compañeros de oficina, casi siempre jóvenes y por ende despreocupados, sarcásticos y chuelistas; eso de tener que aguantarse las alusiones más o menos veladas y las pullas sangrientas de quienes se habían dado cuenta ya de cómo y en qué humildes menesteres se pasaba las horas que le quedaban libres y en qué clase de negocios utilizaba los domingos; y sobre todo, eso de hallarse constreñido a solicitar la hospitalidad, no siempre amable ni sincera del dueño del puesto donde hacía sus transacciones, o del taller de relojería en donde todas las noches se presentaba para ver qué composturas le habían caído... ¡Y el dolor de sentirse confundido con toda aquella gente soez y vulgar que vive de la miseria de los que, para no morir de hambre, tienen que vender en un comino lo último que les queda! ¡Y el asco, la repugnancia, el horror inevitables, producidos por los objetos mugrosos, los muebles usados, la ropa lustrosa de grasa y amarilla de sudor: ese mundo heterogéneo y asqueroso de las chácharas incontables, entre las que anidan y pululan los microbios de las enfermedades malditas; los bacilos de las dolencias vergonzosas; las larvas demoníacas que se

incuban al amparo de las flores del mal y se apacientan en la carroña de los siete pecados capitales!...

¡Tratarse de tú con los hampones de barrida; chancearse con los rateros y matones de pulquería; prostituir el vocabulario para que no desconfíen de nosotros, ni adivinen, detrás del traficante de objetos usados, al odiado catrín barnizado de cultura e insoportable de pretensiones: globo lleno de aire que al primer piquete se desinfla...

¡Hasta la indumentaria, hasta la misma indumentaria que tiene que componerse de lo peor, de lo más viejo y pringoso, a fin de que esté en perfecto acuerdo con aquel marco de porquería y ordinariez.

Además, la sensación de soledad que se experimenta en ese mundo, que no es de uno; la tristeza que se nos va filtrando hasta lo más recóndito del ser al vernos en compañía de esa gente que, por razones de educación, cultura y sensibilidad, está tan lejos de nosotros. La aspereza hiriente de los espíritus huérfanos de todo sentimiento, de todo instinto moral; la grosería de los caracteres brutalmente primitivos; la barbarie humana apenas disfrazada de civilización, por la necesaria cortesía del comerciante, cuyas avidedes espían agazapadas, en espera de clavar sus garras en el prójimo. La bestia, la terrible bestia acorralada por las injusticias y el dolor; azotada por el desprecio de los que pudieron haber hecho de ella un hermoso y útil animal inteligente; insultada por los que no quisieron o no pudieron domesticarla; befada y escarnecida por quienes, disponiendo de la fortuna y del poder, tuvieron en sus manos todos los medios para levantar la hiena hasta el hombre, repitiendo en las cloacas del infierno de Barbusse el milagro que realizara Orfeo en las selvas mitológicas.

Y en el fondo de semejantes podredumbres, los sufrimientos inconfesados; los sacrificios invisibles; los holocaustos perennes, subterráneos, serenos, mudos y sublimes, de tantos y tantos seres en la desgracia; de tantas y tantas familias en la indigencia; de tantos hogares desbaratados y corrompidos por la desesperación: Padres convertidos en limosneros; madres mendigas, busconas, amas del

prostíbulo, celestinas de sus propias hijas; hijos rufianes, ladrones, parásitos de burdel, caballeros de industria, chulos de barrio e invertidos de profesión; y las hijas, meseras de restorán barato, cortesanas irredentas; carne de infamia, de hospital y de suicidio!...

Y también, el universo angustiado y sublime de los indemnes; de los verdaderamente fuertes; de los increíblemente firmes; de los que prefieren morir de la inanición antes que vivir en la vergüenza y que, descendiendo hasta los lodazales de la infamia, erigen en la misma cloaca el triunfo de su heroísmo immaculado, no entregando a la hazaña de la justicia y la perfidia otra cosa, que la efímera porquería del cuerpo, huérfana ya definitivamente, de los supremos holocaustos del espíritu.

Plazuela de Buenos Aires, Mixcalco, ¡Tepito!... ¡Mercado de cosas viejas y objetos usados; típicos mercados de los barrios de México y de los suburbios de todas las grandes urbes!... ¡Fermentación de lacras y de pústulas!... ¡Exhibición de miserias y estrecheces! ¡Desfile de maldiciones disfrazadas; de necesidades contenidas o manifiestas! ¡Museo de angustias y tormentos; sala teratológica de ignominias sociales; enorme y asquerosa exposición de fetos de dolor y de miseria, abortados por una civilización que, teniendo tantos ricos ociosos y estúpidos tiene todavía tantos miserables, y disponiendo de tantas posibilidades científicas y prácticas aún no ha sido capaz de transformar la Corte de los Milagros en la gloriosa redención del taller, la fábrica, la hortaliza plena de legumbres deliciosas; el huerto fatigado de frutos exquisitos, y el ancho y bendito campo pautado de surcos, donde las músicas de la tierra escriben las sinfonías de las savias magníficas, que ora se yerguen en el éxtasis del tallo, ora susurran en el temblor de las panojas o cantan por fin, en el coro labriego de las espigas musicales!...

CAPÍTULO 4

i **A**FINADA la sensibilidad por el sufrimiento; el espíritu a flor de piel, en fuerza de asomarlo al mundo, para ver de hallar en el cadáver de la sombra, la dormida resurrección de la luz; filósofo de tanto ser desgraciado, el buen viejo, que ya en otras ocasiones había atisbado el laberinto dantesco donde se contorsionan de angustia las inmensas caravanas de los pobres, asistía, materialmente horrorizado, a este increíble espectáculo de limosneros, parias, ladrones, prostitutas, busconas y muertos de hambre que se arremolinan, como las moscas sobre los muladares, en esos barrios pringosos; en esos lugares pestilentes y abominables: pústulas tumefactas que florecen en el cuerpo corrompido de las grandes ciudades, podridas hasta los huesos de lepras malditas y sífilis vergonzosas!

¡Y pensar que, mientras aquí, en estos confusos y bárbaros aglomeramientos de seres heterogéneos y disímbolos, se consumen y prostituyen tantas energías preciosas y tantos esfuerzos incalculables, allá, no muy lejos, a las puertas mismas de la Babilonia maldita, los campos se mueren de abandono; los surcos agonizan de sed; los huertos se agostan y hasta los maizales domésticos huyen a las serranías, porque los que han nacido labriegos, los que han vivido de la tierra, los hijos de los campesinos de antaño (o de los terratenientes de ahora) dejan la tranquilidad candorosa de la vida humilde y bienaventurada, para lanzarse a la vorágine de la Capital, azuzados no pocas veces por sus mismos padres, que, en una torpe y criminal interpretación de los destinos humanos y en una más torpe y criminal confusión de los valores ético-sociales, quieren que sus hijos (¡fuertes, sanos y nobles mocetones aldeanos!) sean abogados, doctores,

ingenieros, profesionistas en fin, porque para esos pobres criterios equivocados, sólo los parásitos con título son dignos de aprecio y consideración.

¡Si cuando menos en la provincia se hubiesen detenido sus ciegas ambiciones; si en esas pequeñas ciudades, todavía ingenuas y sencillas, se hubiesen estacionado siquiera sus apetitos de crecer, de desorbitarse de los núcleos maternos; de desenraizar la vida y el corazón del terruño santificado por las tumbas de nuestros muertos e iluminado por los primeros pasos de nuestros hijos!... ¡Si en esas poblaciones, beatas y bobaliconas, que son como una transición entre la mascarada de la civilización y el éxtasis de la naturaleza, se inmovilizara definitivamente el espantoso torbellino de esas existencias, medularmente buenas, que trepan en el vuelo de las espirales ascendentes, gratas a los eruditos superficiales, sin detenerse a reflexionar en que, más allá de ciertos límites, se halla el vacío, y que, por mucho que el ala se remonte, el ala no dejará de ser materia, ni podrá, por ende, emanciparse del mundo, en el cual, a poco que se quiera, puede encontrarse la relativa felicidad a que todos tenemos derecho, y hasta anticipar, en la alegría de los predios florecientes, el paraíso de los bienaventurados!

¡Pero no! ¡Ni la provincia es suficiente para callar ese desencadenado tumulto de ambiciones! ¡Tras de abandonar el campo, y de dejar inútil y triste el amparo de la casa paterna; tras de enfermar de nostalgia las calles aldeanas, acostumbrados a los pasos y la silueta amigos; tras de esfumar en brumas lontanas la torre de la parroquia abuela y de ensordinar de lejanía la voz profunda de la campana sollozante; tras de perder las veredas de la montaña secular, y de borrar, con esponjas de olvido, las reminiscencias del paisaje fraterno; tras de sepultarnos a nosotros mismos, al sepultar la parte mejor de nuestra vida, aun nos ponemos a correr desatentadamente rumbo a Sodoma y Gomorra; a tomar por asalto nuestro puesto en el mundo civilizado; a conquistar dignamente el título de ciudadanos cultos; a vestirnos de arlequines; a embriagarnos de placeres; a corroernos de vicios; a descoyuntarnos, a desfigurarnos; a robar, a engañar, a prostituir; es decir: a triunfar, cueste lo que cueste y pase lo que pase, para poder mostrarnos un día

a los infelices de la tierra, con la cartera repleta de cheques y el pecho constelado de cruces, mientras nuestros pies chapotean en los excrementos de nuestras infamias, de nuestras vilezas, de nuestras hediondas y vergonzosas porquerías!...

¿La civilización? ¿El progreso?... ¡Valiente civilización y progreso son esos que de tal modo acaban con los luminosos exponentes de la justicia y la bondad, sin los cuales, pese a todas las conquistas de la ciencia aplicada y especulativa, no hay realmente progreso y ni civilización!... ¿A dónde está la virtud en estas ciudades: gusaneras de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que no hacen de la vida otra cosa que una forma sistemática del robo organizado? ¿Qué excelencias pueden argüir a su favor, esos informes y salvajes amontonamientos, donde hasta las mismas honras se cotizan y se discute el precio de las virginidades, con el mismo desenfado con que se discuten los juegos de bolsa?...

Cierto que en estos grandes conglomerados, las altas manifestaciones estéticas hallan su asiento y los prohombres del saber y de las letras alzan sus ateneos y abren sus academias; pero, ¿se ha penetrado ya, por ventura, al verdadero fondo de estas aparentes manifestaciones de superioridad estético intelectual, que casi siempre no son otra cosa que naves líricas (¡como la de Jasón!) bogando en mares de lágrimas y sangre; cuando no constituyen viles simulaciones de talento o sangrientas mascaradas de bufones y cortesanos, que en fuerza de agitar los cascabeles de los elogios mutuos o de hacerse tocar marchas triunfales, no escuchan ni pueden escuchar el inmenso clamor del pueblo muerto de hambre, que para nada necesita los gorjeos de los canarios líricos, sino que ha menester del gesto de Espartaco, el puñal de Bruto, el látigo de Cristo, la antorcha de Savonarola y el relámpago de Mirabeau?...

¡Maravillas coreográficas aquí y danzas de fetiches allá! ¡Orquestas sinfónicas admirables, interpretando música europea, en coliseos copiados del viejo mundo o del sajón; y tamboriles y chirimías rudimentarios diciendo los ritmos sollozantes de las músicas autóctonas, rituales y primitivas!... ¡Seis, ocho millones de ignorantes, dos o tres de semicivilizados, uno o dos de civilizados y cincuenta mil o acaso diez mil hombres realmente cultos, que se dan el lujo de erigir la

egregia flor de sus excelencias en un suelo removido por la metralla; enrojecido por la sangre; desolado por la miseria y destrozado por la muerte, sobre el cual se agita, se arrastra o contorsiona, un pueblo de estultos y desheredados (iluminados apenas por la claridad de un nuevo día) que, lejos de fincar sus aspiraciones en el cultivo de la tierra, que es la grande y verdadera emancipadora, traicionándose a sí mismos, renegando de su suelo y echando a perder su porvenir y el porvenir de la Patria, vanse a perder en el vórtice capitalino, donde el continuo choque de intereses y el perpetuo arremolinamiento de apetitos, dan al traste con las más puras y elevadas tendencias del espíritu!...

¡Terratenientes transformados en clubmens! ¡Hacendados convertidos en héroes de cabaret y paladines de café concierto! ¡Centauros fornidos reventando en la funda estrecha de los fracs y paseando su elegante fastidio por las avenidas principales, en un flamante Isota Fraschini o en un Cadillac, último modelo; mientras sus hijos hechos unos señoritos bien, lucen del brazo a la tiple de moda o exhiben su aburrimiento de buen tono, a las puertas de la High Life o de la casa Sanborns... cuando no ilustran sus noches de aristócratas desocupados, escandalizando en Stransky o L'Escargot, o en un leonero de confianza, fumando opio u inyectándose morfina!

¡Familias enteras que en el pueblo natal disfrutaban de una posición desahogada, trasplantadas a la ciudad cosmopolita, y obligadas a apretujarse en casas estrechas, sin corredores, sin patios, casi sin aire ni luz; pero felices, a pesar de estas y otra muchas estrecheces, porque uno de los muchachos está estudiando para médico y el otro muy pronto se recibirá de licenciado!...

Y entre tanto, allá, lejana y bella, triste y abandonada, recostada en el regazo del olvido, amparada en la sombra del silencio, dormida en el rincón de su soledad, la provincia viuda de su pasado y huérfana de su porvenir: La ciudad recatada, limpiecita y buena, devota y simple como el alma de María del Carmen, la colegiala de los labios rítmicos, como el corazón de Lupe, la frescota ranchera de cutis de manzana y ojos de capulín!...

CAPÍTULO 5

A NADIE había dejado de adivinar, Memo, aquel trivial secreto de su vida: desde hacía como dos años, cultivaba relaciones con una muchacha de buena sociedad, cuya fortuna había mermado notablemente a causa de la Revolución, pero cuya posición, en el mundo de la flor y nata, era todavía envidiable.

Nada de particular, por otra parte, ofrecía este vulgar enamoramiento, iniciado en unas posadas de postín, a las que fuera invitado, el entonces pasante jurista, por un compañero suyo emparentado con la aristocracia de la Capital, integrada, a la sazón, por los restos de las familias reinantes en la dictadura y las familias de los nuevos ricos.

Apuesto, inteligente, simpático, dotado de ese verdadero don de gentes que no ha menester de las payasadas insulsas ni de las cortesías empalagosas, el muchacho, en la flor de su juventud y en la primavera de su espíritu, ágil, jocundo y optimista, casi no había tenido que hacer ningún esfuerzo para captarse el cariño de la chica que, si bien hallábase perfectamente posesionada de su papel de señorita de alta alcurnia, no echaba en saco roto ninguno de los merecimientos de aquel futuro abogado, cuyo brillante porvenir (¡eso quién podía dudarlo!), en nada desentonaría con los nobilísimos prestigios de su casta.

A la familia, tampoco pareció mal el chico. Desde lejos se veía que era inteligente; su charla era fácil, su amabilidad discreta, resultaba de muy buen tono; además, poseía ademanes desenvueltos y no carecía de cierta natural elegancia que le caía muy bien y que vendría que ni de perlas para formar, con el chic y la gracia de Nené, uno de esos conjuntos gentiles y adorables, que

arrancan de los labios de los invitados a las ceremonias nupciales la exclamación definitiva: ¡qué bien se ven; vamos, qué pareja más mona!

¿Lo del dinero?... ¡Hombre! ¡No había cuidado! Con que el muchacho se recibiera, todo quedaría arreglado. Ya le conseguirían, con la ayuda de sus numerosas amistades, algo digno de la posición que iba a ocupar. Además, con los negocios de sus parientes, los Mier y los Fernández, tendría de sobra para cimentar su situación, abrir un bufete y empezar a formar su prestigio.

¿Su familia?... ¡Tampoco tenía importancia ninguna!... en primer lugar, parecía que su familia, sin llegar a ser como ellos, de la aristocracia, era una buena familia de provincia, decente y hasta un tanto distinguida; en segundo lugar, como se trataba del hombre, no había peligro de que, con este o el otro pretexto, tanto la madre como los hermanos se estuviesen metidos todo el día en la casa del nuevo matrimonio. En cambio, a ellos les quedaba el derecho de intervenir más directamente en las cuestiones del novísimo hogar, con lo que tendrían más que suficiente para ir afirmando la situación de la chica e ir eliminando, si lo creían conveniente, a sus parientes políticos. Memo, de grado o por fuerza, se sometería... ¿Qué otra cosa podría hacer desde el momento en que a ellos les debía todo: mujer, hogar y un sitio desahogado en las más altas esferas sociales? Por otra parte, ¿no estaría ahí, la Nené, para bienquistarse a su maridito y anticipar con la seducción la obra del convencimiento?

¡Vaya si no iba a resultar todo a pedir de boca! ¡Con el aire de gran señor y la encantadora importancia que se daba el pasante de derecho, quien parecía estar reclamando ya el empingorotado puesto al que habían proyectado encaramarlo!

¡Ese, ese era precisamente el tipo inconfundible de los jóvenes inteligentes, cultos y ambiciosos que, dotados de natural simpatía e innata distinción, a poco que se les impulse, son capaces de saltar por encima de todos los obstáculos y vencer todas las dificultades, hasta convertirse en niños mimados de la fortuna y la sociedad; Buckingham de los salones; Brummeles de los camerinos; príncipes del alto mundo, y frecuentemente, sobre todo si poseen en grado sumo el talento

del chanchullo, —¡que sí lo poseen; no faltaba más!— amos y señores de la política!

Memo, por supuesto, no se hacía de rogar. Dado, como todos los estudiantes de su edad, sobre todo si están haciendo carrera de abogados, a esa clase de aventuras, que al par que fama dan provecho, dejó que las cosas siguieran por donde iban, no sin poner cuanto estaba de su parte para que fueran cada día mejor, seguro ya de que aquello era algo más que un entretenimiento frívolo.

Resuelto y audaz (¿Por qué extraña paradoja o por qué salvadora reacción, había salido así el hijo de unos padres tan dura y constantemente golpeados por el infortunio?) atrevido y avisado, tampoco él se había asustado con la alta categoría de su novia, ricachona y aristócrata por añadidura, pero no tan rica y distinguida que no pudiera ser conquistada por un muchacho como él: pobre, era cierto, pero dueño de las más halagadoras perspectivas... ¿Juez, regidor, diputado?... ¡Qué sabía ella!... ¡Todo resultaba posible para el que se hallaba en plena juventud, en pleno goce de sus facultades físicas y espirituales y en uno de esos supremos estados de ánimo producidos por las privaciones y estrecheces, que como el súbito impulso de un resorte largamente oprimido, son capaces de disparar las existencias más humildes, por las trayectorias ascendentes de las realizaciones inesperadas.

Lo único malo estaba en que, desgraciadamente, no podía sostener con el brillo que hubiese deseado, su situación de novio casi oficial, de una muchacha de tantas polendas. ¡Ahí precisamente estaba la clave de la cuestión! ¡Si lograba conjurar ese peligro, todo lo demás serían tortas y pan pintados!... aparentaron poco, presentarse con decencia y hasta con una niajita de lujo; mostrarse, sino derrochador, por lo menos discretamente espléndido, y procurar en las ocasiones que se vieran (ocasiones que él procuraría distanciar con el objeto de tener tiempo de resarcirse de los gastos) que, tanto su indumentaria como su persona, revelaran al estudiante discreto, decente, de buen gusto, que disfruta de una posición desahogada y vive una vida inmejorable, dentro de las modalidades impuestas por su carácter, sus estudios y sus años.

Por fortuna, ahí estaba toda su familia, presidida, primero por la madre y por el padre después, para sacarlo de este atolladero y ponerlo en condiciones de mantener brillantemente la ofensiva. En efecto, más que para evitar el humillante desprecio de sus compañeros, demasiado nobles para ser hincapié en la desgracia ajena; más que para atraerse la estimación de los muchachos distinguidos y hacerse de buenas relaciones, Memo había utilizado los múltiples cuidados de que era objeto por parte de los suyos, en mantener el decoro de su puesto cerca de la chica, quien, por otra parte, jamás se hubiera atrevido a sospechar hasta qué punto eran difíciles las condiciones económicas de ese muchacho desenvuelto, decididor, bien presentado y vestido con pulcritud, de cuya familia recibía los mejores informes, por conducto de unas personas que la habían tratado frecuentemente cuando aún radicaba en la provincia.

Todo marchaba, pues, a pedir de boca, así es que, cuando el título llegó a manos del flamante abogado y las mil facilidades previstas, salieron a su encuentro ofreciéndole la oportunidad de afirmar su situación, puede decirse que, su matrimonio con Nené, la aristocrática damita, era cosa hecha.

¡Cuestión de un año o acaso menos! Así de bien iban los asuntos del nuevo togado, quien, apenas salido de las aulas, era ya secretario particular de un alto funcionario público, de cuya influencia comenzó a valerse para iniciarse en los negocios del ramo administrativo; amén de haber sido nombrado apoderado de las familias Hernández y Gavito, parientes o amigas de la familia de su novia.

Diez o quince pesos diarios, sin contar con las igualas mensuales que iban dejándole un sobresueldo de trescientos pesos...

—¡Eso sí era vivir! ¡Ahora sí habría de sobra para compensar a los suyos de todos los sacrificios que por él habían consumado, y le quedaría aún bastante para formar su nidito; para ponerle a la Nené, una casa decente, bonita y hasta un poquitín lujosa!

—A su hermano Güicho, lo dedicaría a estudiar una carrera breve y productiva, para que no tuviera que andar de ceca en meca solicitando empleo; al padre le

ayudaría a poner un taller de relojería, si se encaprichaba en seguir acabándose los ojos, ahora que, ¡gracias a Dios!, contaba con lo necesario; a las muchachas, según la inclinación de cada una, las pondría a estudiar lo que quisieran: piano, pintura, repujado, alta cocina; lo que mejor les pareciese, además de darlas para sus paseos y chucherías.

—Naturalmente, lo sacaría de aquella vivienda reducida y se los llevaría a una casa regularcita, sola, con patio y corredor para que pudieran tenerse pájaros y macetas: cosas ambas que tanto le agradaban a Meche, cuya colección de geranios (en la provincia, se entiende) era una toda romanza de colores, y cuyos jilgueros, clarines, cenizontes, mirlos, mulatos y canarios, pintaban en el silencio con los pinceles de sus picos, los más hermosos y delicados madrigales.

—Y para que también su querida muerta participara de aquella justa reivindicación, pasarían sus despojos, de la estrecha y humilde fosa que ocupaba, a una sepultura de primera clase, sobre la cual se alzaría un pequeño monumento de granito artificial, con su cruz arriba, sus jardineras en los cuatro extremos, y en la parte culminante, una escultura de la Dolorosa, angustiada y bella, patética y sublime, como aquella criatura toda de abnegaciones y holocaustos que había despetalado las horas de su existencia en el camino de los suyos, para que se ablandara la dureza de los tránsitos y se hiciese menos pesada la fatiga de los éxodos.

—Él, entre tanto, acariciado de lejos por la refracción de esta felicidad bienaventurada, que iría sembrando en torno suyo, y satisfecho con haber dado sima a tan urgente y nobilísima hora de gratitud, se dedicaría, por su lado, a trabajar su felicidad, a pulirla, a cincelarla, a labrarla con infinitas delicadezas y seráficos fervores, hasta dejarla reluciente, pura, perfecta, eurítmica y luminosa, como el primor de una orfébrica filigrana; como la maravilla rítmico-fulgurante de una piedra preciosa; como el miraje de un colibrí o el dije de resplandores de la gota de rocío.

¡La bondad pueblerina de su corazón; la humilde bondad, innata y escondida en cada uno de los glóbulos de su sangre y arrebujaada en los más arcanos

rincones de sus células, despertaba heroica y triunfante, por encima de la fiebre desordenada de las ambiciones y apetitos y reclamaba su puesto en aquella hora de supremas resurrecciones y epifanías!

Él, lleno de consideraciones y comodidades y los suyos sin que les faltará nada. Todos felices; todos reconciliados al fin con la vida que tanto les había herido pero que, ahora, tan bella y largamente los recompensaba... todos alegres, sí, todos alegres, y lo que era más grato aún, todos juntos en el regocijo como lo habían estado en el dolor. ¡Todos juntos, todos, todos, porque hasta ella, la inolvidable, la celestial, la dulcísima, en cuyos surcos de abnegación habíase incubado el germen de esta mañana jocunda; porque hasta ella la definitivamente rescatada a la tumba, en fuerza de amarla y recordarla, porque hasta ella vendría a sentarse entre el alegre corro de sus hijos, a la vera del esposo anciano, bajo el techo de la casona familiar —también resucitaba en el recuerdo— al amparo de la paz solterona y rezandera, y ante el reclinatorio de la chimenea antañona, donde la lumbre: celadora y sierva de María (¡rosa mística, estrella de la mañana!) inflama el múltiple corazón de sus brasas ardientes, alargando los éxtasis de su devoción en los transportes alucinados de las llamas!...

CAPÍTULO 6

—*HOMBRE*, ese ya no es cariño sino cursilería!... ¿Qué casi no visito a tu familia; que no frecuento el trato de tus hermanas? ... Y bien, ¡Dime! ¿Qué tiene que ver tu familia conmigo para que estemos viéndonos constantemente? Tú sabes mejor que nadie que hasta el día de nuestro matrimonio conocí a tu papá y a tus hermanas. ¡Además, no ignoras cuáles son mis exigencias sociales!... esto no te lo digo para ofenderte, sino porque quiero que comprendas las obligaciones que tengo, a mi vez, para con los míos, quienes, después de todo, tienen ya tanto derecho a tus atenciones como tu familia!...

—De acuerdo, Nené, yo no te substraigo al cumplimiento de tus obligaciones. Jamás, tampoco, he dejado de complimentar a cuantas personas estimas. Yo he sido siempre el primero en comprender la razón que te asiste para conservarte en tu medio: para cultivar tus viejas amistades, en fin, para permanecer en el círculo social que te corresponde y en el que, del mejor grado, he entrado yo. ¡No! ¡No es eso! Lo que a mí me disgusta es que tú te muestres demasiado desprendida y... ¡cómo dijera!... Eso es, ¡Sí!... ¡demasiado por encima de mi familia que, naturalmente, se tiene que sentir humillada con tu actitud un tanto despectiva y deprimente!...

—¡Hum!... ¡estamos sentimentales!... ¿Supongo que no querrás que me vaya a estar todos los días en casa de tu papá, para desvanecer tus suposiciones?... Además, ¿de cuándo acá me vienes con esas tonterías? ¿No me conoces demasiado? ¿No sabías perfectamente qué clase de persona era yo, antes de formalizar nuestro matrimonio?...

—¿Quieres decir que mi familia es indigna de ti y de tu círculo social?

—¡No, Memo!, ¡entendámonos! Quiero únicamente que comprendas la razón que me asiste, no para ofender a los tuyos, sino como ya te lo he explicado, para estar más cerca de los míos.

—Pues, con otras palabras, es casi lo mismo que entendí yo.

—¡Vamos!... ¿Insistes?... ¡No seas terco, hombre!... ¿Qué bien me había de venir a mí con herir a tu padre y a tus hermanos, sabiendo que al hacerlo, tendría yo forzosamente que disgustarte?... ¿no estás seguro de mi cariño; no te encuentras convencido de la firmeza de mi afecto?... ¿Sí? ¡Pues bien! ¿Entonces, a qué revestir de tanta importancia, cosas que no la tienen?

—¡Pero cómo no la han de tener, Nené!

—¡Que no la tienen, te digo!... ¡Lo que sucede es que, de que a tí se te mete lo romántico en la cabeza, todo lo ves de color de tinta!

—Tal vez, pero...

—¿Pero, qué?... ¡No hay pero que valga! ¿Verdad que estamos de acuerdo?

—¡Tanto como eso, no!...

—¿Y por qué no? Vamos a ver, ¿por qué no?... ¡Dime!, ¿le falta algo a tu familia? ¿No les das cien pesos mensuales, además de lo que gana tu papá; no ayudas a tu hermano a que haga su carrera; y sobre todo, no me perteneces a mí, a mí sola que te quiero tanto, y a mi familia y a mis amistades, en fin, a mi pequeño mundo en el cual has encontrado las consideraciones y recompensas sin las cuales ni nosotros estaríamos aquí, tan juntitos y contentos, ni tu familia se hallara en tan buenas condiciones.

—¡Es que mi familia siempre ha vivido con todas sus comodidades!

—¡Embustero!... ¿No recuerdas las confidencias que me hiciste a los pocos días de que nos casamos?... ¡pero, dejemos de discutir! Tú me quieres, ¿no? Yo te quiero... ¡Esto es lo que importa!... Lo demás, aunque no estés conforme, son tonterías!... ¡Sí!... ¡tonterías y tonterías!... ¡vamos, venga acá el señor licenciado don Guillermo García González!... ¡Don Guillermo García González! ¿Se fija usted nada más cómo suena este nombre?... ¡Cuando decimos todos que has

nacido para diputado, para senador, para... ¡qué sé yo para cuántos puestos distinguidos!... ¡Y pensar que el muy bobo se hace el remolón y lejos de ir por donde lo lleva su mujercita se pone a hacer pucheros como una muchacha romántica o un mocoso consentido!... ¡Vamos, vamos, a subir, a triunfar, a brillar magníficamente señor abogado don Guillermo García González!...

Y la dulce Nené, hábil, sutil y cautivadora, reposando muellemente sobre el hombro de él, su cabeza elegante y fina, iniciaba el capítulo de los mimos y seducciones, en cuyo perfume embrujador, el espíritu de Memo quedaba amortajado en uno de esos sopores blandos e irresistibles que parecen momificar las existencias, crucificando los ímpetus vitales y quintaesenciando, en perfectas cristalizaciones, el inquieto temblor de las corrientes emotivas.

CAPÍTULO 7

¿QUÉ ANIMAL le habría picado a aquel demonio de muchacho, antes tan trabajador y seriecito y ahora tan enamorado, holgazán y parrandero?

¿Se trataría, simplemente, de uno de esos pasajeros y a las veces necesarios desbordamientos vitales, que inician a la juventud en los secretos de la carne y en los enigmas del espíritu; o sería la primera manifestación de un mal más grave: de una de esas enfermedades de la voluntad que privando al hombre, en la más difícil de las edades, de la energía suficiente para determinar sus actos a la luz de una conciencia serena, lo dejan en el plano inclinado de las degeneraciones progresivas, a merced de las tragedias del vicio y los desastres del alma, sobre cuyo hacinamiento asqueroso el bruto afirma su fiebre de poseer y su locura de arrebatarse?

¡No, y sí!... Lo que acontecía con Güicho era perfectamente explicable. Desde luego, ¡eso era indudable!, mucho tenían que ver en todo aquello, sus veintiún años impacientes y encabritados como potros jóvenes. ¿Qué muchacho a esa edad no es un demonio desbocado? Pero, además, en el caso de Güicho había un detalle de grandísimo interés que era preciso tener presente: La obligada y larga abstención que había comprimido, por decirlo así, su primera juventud, constriñéndola a permanecer crucificada en una inevitable reclusión; la pobreza que había marchitado las primeras rosas de sus jardines íntimos y había roto las acuarelas de sus prístinas alboradas; y el dolor, el dolor a veces imperceptible y manso y en ocasiones brutal y lacerante, que habíase entretenido en irle deshojando el libro de los paisajes quiméricos y las visiones remotas, en cuya contemplación se le había fugado el alma vagabunda: contrabandista de leyendas inverosímiles y bandolera de aventuras inenarrables!

Pasarse las horas más bellas de la epifanía psíquico vital, en arrebujamiento sombrío y silencioso. Tener que arrastrar el ímpetu divino de las alas por las arcillas dolorosas, húmedas de sangre y lágrimas, cuando el viento es un largo clarín que dispara al sol las rapsodias de los vuelos sinfónicos, y el cielo es la tienda inmaterial de una mirada azul: ancha y profunda, blanda y misericordiosa, como las miradas nazarenas a cuyo amparo dulcísimo se duermen los corazones, y bajo cuya lenta caricia, reclínanse las almas, unas sobre otras, en el ingenuo reposo de un sueño embelesado! ¡Verse reducido a presenciar, desde muy lejos y desde muy bajo, la procesión de las mentiras inasibles, por inasibles y por mentiras, más impacientemente amadas. Oír cantar la alondra lírica; sentir que el alma del ruiseñor se nos va filtrando hasta el laúd del alma; empaparnos, imbuírnos, penetrarnos de las músicas cósmicas, que lo mismo se alargan en la fuga del meteoro, que se prosternan en el mínimo reclinatorio del átomo. Ser, acabar por ser nosotros mismos, una música de fervores y de anhelos, para que, apenas amanecidas las mañanas órficas, vengan las sombras sepulcrales a enterrarnos el alba de la melodía, dejándonos definitivamente ciegos para las églogas de luz e irremediabilmente sordos para las geórgicas del ritmo!...

¡Amar, soñar, esperar, y encontrarse con el corazón paralítico de angustia y la vida reumática de escepticismo!... ¡No! ¡Imposible que el pobre muchacho resistiera por más tiempo una situación semejante! ¡Harto se había aguantado ya para prolongar aún un suplicio tantas veces renovado! ¡Había sufrido ya, no era cierto? Había hecho el sacrificio de cinco o seis de sus mejores años, ¿no? Pues ahora a desquitarse; a reponerse de las alegrías que no había sabido; a resarcirse de los regocijos que había desperdiciado. A divertirse, a explayarse. ¡Tenía mucho derecho! ¡nada más justo que iluminar su juventud, prematuramente ensombrecida por las amarguras y desazones que les correspondían a los grandes: a los que se habían embelesado el corazón con el perfume del minuto azul y ya se habían dorado las espinas del sendero con la seda milagrosa de las miradas inefables!...

¡Lástima grande que, en vez de mantenerse dentro de los justos límites de una eclosión vital común y corriente, igual a la que sacude los ímpetus dormidos de toda juventud, la reacción Güicho hubiese ido más allá de lo previsto, hasta el grado de asumir caracteres verdaderamente alarmantes! En efecto, tras de haber estudiado como los buenos, el primer año de su carrera y haber hecho concebir a los suyos las más alagadoras esperanzas, comenzó a descomponerse con el frecuente trato de un tal jovencito petulante, inteligente y perdulario, que desde los quince años hallábase lejos del hogar, del que escapara para substraerse a los justos castigos del padre, por lo cual, desde entonces, vivía en la capital, chino libre, haciendo cuanto le venía en gana; corrompiéndose y prostituyéndose a más no poder, y proporcionándose lo necesario con cuantos bochornosos procedimientos puedan imaginarse, entre los cuales figuraban, en principalísimo lugar, los sucios amoríos con una viuda rica que lo mantenía, vestía y llenaba de cuidados, tal y como lo hubiera hecho con su perro, si la casualidad no le hubiese deparado aquel otro animalito joven, interesante en fuerza de ser feo, y sobre todo, dotado de un mal gusto tan decidido que garantizaba la perpetuidad de aquellas relaciones.

Autoritario y voluntarioso, este repugnante ejemplar de la miseria humana, prematuramente manifiesta por no sé qué imperativos hereditarios o violentada, acaso por las morbosidades de un medio tan asquerosamente corrompido; despótico y caprichudo, carácter duro como el corazón y alma sutil y pérfida; dotado de una peligrosa fuerza magnética que siendo de naturaleza tan opuesta a la simpatía, era, sin embargo, aún más poderosa; en fin, armado de las más eficaces armas para dominar y echar a perder a cuanto incauto cayese en sus redes, el tinterillo Santoyo (estaba estudiando para abogado) como le decían socarronamente sus compañeros, bien pronto se hizo de la voluntad de Güicho (buenazo y bobalicón como el que más) y a tal punto le dominó que el pobre muchacho acabó por ser la sombra inseparable del prostituído caballero de industria, infatuado, como es de suponerse, con ese nuevo triunfo.

Desde entonces databa la progresiva desorbitación del muchacho. Primero, las diversiones bataclanescas en los teatros más desprestigiados, seguidas de la cena en cualquier fonducho de la calle Medinas y rematadas con la obligada juerga en compañía de las meseras más baratas y desvergonzadas del rumbo. Luego, las borracheras casi diarias, dignamente epilógadas con el típico escándalo que termina en la más próxima demarcación de policía. Después, las parrandas con todo lujo de porquería, amenizadas a balazos y escritas en la carne, a mordiscos y bofetones; y por fin, los placeres superiores; los goces refinados; toda la gama aristocrática de los vicios selectos, perfectos, inverosímiles e insuperables, definitivamente consagrados por el aburrimiento de Baudelaire, la sarcástica amargura de Lelian, el fastidio despectivo de Wilde, el trágico abandono de Poe, y las fobias siniestras de los arquetipos: Dessesentis, Gylde Reyss, Ethal, y el marqués de Sade, y el duque de Freneuse!...

¡La cocaína, la heroína, la morfina, el éter, el opio, el hachis!... Y las inversiones sexuales; y las lascivas sádicas y las rabias masoquistas; y las pederastías asquerosas y espantosas; y los simulacros ridículos y vergonzosos de las Misas Negras y los cultos demoníacos: ululantes de alaridos de bestias en brama; palpitantes de bárbaras convulsiones; estremecidos, contorsionados y jadeantes de locuras del sexo, de lívidas demencias de la carne; de atormentadoras fiebres y dantescas pesadillas del instinto desviado, descoyuntado, desbordado en horribles y desconcertantes actividades, hasta el punto de convertir la humana montaña de Hércules en el bibelot de un afeminado, y hasta el grado de hacer rodar, en el abrazo de la posesión, a los hombres ayuntados con los hombres y a las hembras rabiosamente acopladas con las hembras, mientras, en torno de esa indescriptible saturnal del falo todopoderoso y el pubis ardiente, se convulsiona, en el estertor de la agonía, la macabra guirnalda de los niños desflorados y de las niñas prematura y salvajemente prostituídas!...

Claro es que entre aquellos muchachos, la perturbación de los instintos no alcanzaba, ni con mucho, estas proporciones excelsas a las que llegan los

ímpetus de la bestia en las grandes Babilonias donde el oro es el cómplice mejor de las corrupciones. Sin embargo, tales mañas se daban, y sabíanse aprovechar tan bien de las ventajas que les proporcionaba su condición de estudiantes que, caricaturescas y todo, ellos hacían sus parodias de los placeres malditos, más trágicos cuanto más grotescos, y, fatuos o cínicos, ostentaban con orgullo sus lacras de perdularios sin remedio y calaveras empedernidos.

—¡Brutos de los otros jovencitos timoratos, hijos ejemplares y estudiantes aplicados, que tenían miedo todavía de las regañadas de papá y las reprensiones del profesor! ¡Babosos y beatos chicos que no sabían exprimirle sus jugos a la vida y gozar su juventud con todas sus fuerzas, con todo su entusiasmo!... ¡Para lo que les iban a servir los librotes y los títulos; animales! ¿Querían figurar, tener dinero, disfrutar de consideraciones?... ¡Vamos! ¡Pues no había necesidad de sacrificar los mejores años en una cosa tan sencilla! ¡Que se divirtieran ahora, que se enredaran con una queridilla de esas que lo sostienen a uno, y a la sombra de esta protección, que se les fueran metiendo a los de arriba como hacían ellos!... Después de todo, ¿no eran las cantinas y prostíbulos los mejores lugares para relacionarse con los que tenían el pandero en las manos? ¿Las amistades iniciadas entre copas y prostitutas, no resultaban, a la postre, las más fecundas amistades? ¿Generales de alta graduación; políticos de indiscutible influencia; diputados, jovencitos dorados pertenecientes a las mejores familias, viejos libidinosos y adinerados; rancheros podridos en pesos, que se venían a la Capital a echar una cana al aire: en fin, todo ese mundo heterogéneo e innumerable de los que, por urgencias fatales o por inclinaciones morbosas se reúnen para saciar las hambres del bruto; toda esa muchedumbre perpetuamente renovada, no era, por ventura, la que invadía los lugares que ellos, Santoyo y Güicho frecuentaban con un aplomo de degenerados hechos y derechos?

—¡Además, dijeran lo que dijeran, esa era la vida y sólo esa! Aun cuando no hicieran carrera, ni recibieran ningún título (cosas ambas que, a la postre, resultaban inútiles si no se tenían relaciones) aun cuando no pasaran de lo que

eran, ¡qué diablos!, ellos se sentían más que satisfechos con haberse dado vuelo hasta más no poder, consumiendo, bella y gloriosamente su juventud!...

—¡Que estudiaran los tontos; que se quemaran las pestañas y se encerraran su casa, los que habían nacido para estarse rezando junto a la falda de sus señoras mamás, o para quedarse guardados en un nicho perfumado de incienso y beatificado de plegarias!... Ellos no, ¡un demonio!, sobre todo Güicho. ¡No faltaba más sino que después de lo que había sufrido el pobre, en vez de irse a despilfarrar su salud por los soberbios despeñaderos del vicio, se fuera a clavar en su cuarto de estudio, para acabar como filósofo con que lo único que sabía era que no sabía nada!...

—¡Que se enojara su padre; que le quitara a su hermano la ayuda que le daba; que lo dejaran solo, si querían, y lo echaran de la casa!... ¡Lo que le importaba a él todo eso!... Se iría a vivir con Santoyo, ¡no faltaba más! ¡al fin y al cabo, para la miseria que su hermano le daba y los continuos y fastidiosos sermones de su padre!... ¡Qué lo echaran, sí, que lo echaran, y que renegaran de él, cuánto más pronto, mejor: mañana, hoy mismo, en esos momentos; pero, eso sí, él no dejaría de disfrutar de la vida a sus anchas, locamente, rabiosamente, desenfrenadamente!...

CAPÍTULO 8

— ¡*P*ERO PAPÁ, si no tiene nada de malo! Tú ya sabes que las muchachas Ortiz son personas decentes.

—No lo niego; aun cuando... ¡quién sabe! ¡Ya ven ustedes los chascos que se lleva uno aquí!... Por otra parte aunque sean personas decentes, son demasiado locas, demasiado alegres para que me guste su compañía.

—¡Eso se te figura! Además no vamos solas; siempre va su tía con nosotras.

—¡Su tía!... ¡Vaya un consuelo!... ¡Si su tía es la primera que las aconseja!...

—¡Que digas eso papá! ¡Pobre de Clarita; y ella tan bien que habla de ti!...

—Se le agradece, se le agradece; pero eso no quita que yo tenga razón. La tía de esas muchachas es la primera chiflada de su casa. ¿Acaso no se pinta como payaso; no se ha cortado el pelo como una chiquilla, cuando tiene ya más de cincuenta años? ¿No se va a meter a cuanto baile encuentra, so pretexto de llevar a sus sobrinas que, naturalmente, están resultando tan fiesteras como ella?

—¡Exageras, papacito!... Eso de que se pinte un poco y se corte el pelo, es lo más natural, así es la moda y Clarita no es tan grande como dices para que no le guste componerse un poco. ¡Lo que sucede es que las costumbres de ahora no son las mismas que las de antes!... ¡Todo ha cambiado mucho!

—¡Vaya si ha cambiado! Antes, ¡qué capaz que una muchacha se prestara a bailar esas indecencias que a ustedes les encantan, ni que se presentara en los salones casi desnuda, ni que anduviera sola por la calle, ni...

—¡Bueno, bueno!, pero fíjate también en que nosotras vivimos en la capital y no en el pueblo y que si se nos ocurriera ser como tú dices no conseguiríamos otra cosa que ponernos en ridículo

—¡Pues sería preferible! ¡Vaya! No faltaba más sino que por darle gusto al prójimo, se quedaran en cuerpos y se pusieran a abrazar al primero que pasara por la calle!...

—¡Ah que papacito!... ¡Si no es para tanto!... ¡Mira hasta dónde has ido a dar!, terció Finita, la menor, que hasta ese instante había permanecido a la expectativa, esperando el momento oportuno de sustituir o apoyar a su hermana. Si sólo queríamos que nos dieras permiso de acompañar a las muchachas Ortiz que quedaron de venir por nosotras.

—Y, ¿a dónde se van? A ver, que se tu hermana Meche para que me diga la verdad, porque ustedes son un par de diablillas... ¡Meche!... ¡Meche!...

—¡Pero si Meche no va!, interrumpieron súbitamente las dos. ¡Ya sabes que Meche es muy díscola y que nunca quiere acompañarnos!...

—¿Cómo? ¿Meche no va?... ¿Ya le dijeron?

—¿Qué cosa papá?, llegó interrogando Meche, ¿qué me dijeron? En todo el día casi no he hablado con las muchachas, entretenida como he estado en arreglar mis macetas con Fermín. ¡Mira nada más como tengo las manos; estoy hecha un asco!...

—¡Pues, no dicen aquí tus hermanas que no quieres acompañarlas a ir con Bertita y Carmela Ortiz a no sé qué parte?

—¡Al cine ha de ser; las Ortiz no salen de allí! ¿No es verdad?

—¡Al cine!, exclamaron al mismo tiempo Lupe y Finita, con un tono rudo y despectivo. ¡Al cine!... ¡Qué cine ni qué cine!...

—¡Bueno!, interrumpiólas el padre, ustedes no tienen nada que hablar; yo le pregunté a Meche si la habían invitado y ella tiene que responderme, eso es todo.

—Yo, ya te lo dije, papá, en todo el día casi no he hablado con ellas; ¡Fermín te lo puede decir!...

—Es que no se fijaría, ¡como de que está con sus macetas no se ocupa de otra cosa!...

—¡Silencio!... No hay nada perdido; al fin y al cabo todavía hay bastante tiempo para que su hermana se arregle y las acompañe. ¡Ándale, Meche, apúrate

para que acabes temprano, y ya sabes, ¿eh?, mucho cuidado con este par de locuelas que parece que tienen cosquillas en la sangre!...

Y el buen viejo, dando por terminado el incidente, al que no concedió mayor importancia, fuése a buscar su sombrero y su paraguas para irse a la calle, mientras Lupe y Finita, se quedaban refunfuñando al verse obligadas a ir bajo el cuidado de la hermana mayor, cuya seriedad y recato no estaban muy de acuerdo con el carácter de ellas, ni mucho menos con el de las Ortiz; además de que, yendo con ella iba a resultar absolutamente imposible lo que tenían proyectado...

Porque si, como se comprenderá, aquello del cine era sólo uno de tantos pretextos para estarse con el novio, en complicidad con las muchachas Ortiz, que en eso de noviazgos, podían darles clase a las más experimentadas, y bajo la muy estimable protección de la tía, solterona alegre y cachazuda que, en peligro de quedarse para vestir santos, no desperdiciaba la más pequeña ocasión de pescar marido, extremando su coquetería hasta la ridiculez, y alentando con su ejemplo, a sus sobrinas, a fin de que no tuvieran que esperar tanto como ella.

Precisamente a tan peligrosa persona y a su malaventurada amistad con las famosas sobrinas Bertita y Carmela, debían las hijas de don Ignacio, su relativamente rápida y no muy edificante transformación.

En efecto, hacía menos de un año que, a raíz de quién sabe qué fiesta de caridad en la que, tanto las muchachas García González como las Ortiz tomaban parte, habíanse conocido, contribuyendo a formalizar sus relaciones amistosas, el hecho (¡infortunado y lamentable por cierto!) de que la casa de las Ortiz se encontrara a la otra cuadra de la de don Ignacio.

Percatadas de semejante cosa, Bertita y Carmela, que, por lo visto no tenían en qué ocuparse, valiéndose de mil pretextos al principio, y después sin ocultar sus verdaderas intenciones, cada vez que pasaban por la casa de las García González, entraban a saludarlas, poníanse a platicar con ellas, y tras de una o dos horas de animado palique, se retiraban para volver más tarde a reanudar la charla interrumpida, o tramar otras muchas que versaban siempre sobre los

mismos asuntos frívolos y banales, aunque, desgraciadamente, ni ingenuos ni inofensivos, como son, por lo general, los tópicos en que se deshoja la párvula locuacidad de las muchachas.

—¿Quién era su novio? ¿Cuántos habían tenido? ¿Les gustaba el baile? Preferían coquetear con varios muchachos o eran de las bobas que se clavan con uno solo?... ¿Verdad que era muy bonito darles celos y calabazas a los que presumían de indiferentes y hacer que se pegaran los amigos por ellas?... ¡Bueno! Y, del cine, ¿qué decían?... ¿Habría algo más bello que sentirse al lado del hombre a quien querían o a quien se imaginaban querer (¡para el caso era lo mismo!), muy juntos, muy apretados: las manos fuertemente enlazadas lo mismo que las piernas; las cabezas reclinadas la una sobre la otra, en una suerte de abandono disimulado y exquisito, cuando no afiebrado y provocativo; y el aliento confundido, y los ojos extáticos en las mismas visiones; y los labios tan próximos, tan trémulos, tan anhelantes que, sin sentirlo, dejaban reventar la flor del beso como un prelude de la primavera de lascivias que les estaba fermentando en todos los surcos de las células y les danzaban ya en el delirio de la sangre y en el ritmo descompasado de los nervios?...

—¡Y todo esto en la obscuridad, en la penumbra, mejor dicho, en esa gasa indefinible que añade tanto interés y pone tanto misterio, y humedece de tan deliciosas voluptuosidades el simulacro del amor verdadero, que se desarrolla al amparo del amor romántico, del amor bobalicón y cursi que sólo sirve para perder miserablemente el tiempo, y malgastar, sin ningún provecho, la juventud!

—¡El cine! ¡El cine! ¿Verdad que el cine era una gran cosa? ¡Ah!, ¿y el baile, dónde se quedaba? ¡Lo lindo que era dar vueltas al son de una música que exacerba hasta la locura, el pecho oprimido contra el pecho viril y jadeante; los muslos tocándose con frecuencia; los corazones imantados de deseo; las miradas enredando sus cintas ardientes en el mismo nudo llameante y, también como en el cine, las bocas atrayéndose, y poseyéndose, copulando en el coito del beso, pero aquí a plena luz, a plena alegría, en la diabólica y sublime desvergüenza de la carne invencible, fatal y todo poderosa!

—El baile, y sobre todo el baile moderno, ¡un encanto! ¡un verdadero encanto!

—¿Los paseos a los sitios apartados y solitarios, como Chapultepec, entre semana (los domingos el pobre bosque se asfixia de gente y de vulgaridad); los Viveros de Coyoacán, las fuentes brotantes de Tlalpam, los huertos de San Ángel, San Jerónimo; y Contreras, Chimalistac, Xochimilco?... ¡También, sí, muy bonitos! Sobre todo cuando se va en parejas, y mejor todavía, ¡ya lo creo!, cuando se va formando una sola pareja con un muchacho osado, atrevido, pero inteligente para que nos haga gozar con la pantomima de la posesión sin cometer la tontería de consumarla!... ¡Solos, juntos, afebrados! ¡Qué lindo, pero qué lindo!... ¡El deseo, el pavor, la angustia de no se sabe qué; el presentimiento de algo espantoso y sublime; la rabia del bruto martirizado; el orgullo y el desencanto de uno mismo! ¡Y las manos que estrujan los senos y los labios que nos aplastan los labios; y la boca que muerde, oh delicia, hasta hacernos sangre!... ¡y la cólera del instinto que nos azota, que nos hiere, que nos escupe, que nos abofetea, que nos llena de inmundicias y nos corona de lodo, de sudor, de esperma y escupitajos!... ¡Qué dicha!... ¡Qué alegría!... ¡Qué felicidad!

Y por este tenor, callando, como es de suponerse, las palabras que no podían o no querían decir; arrojando, hipócritamente, el descarnado cinismo de su alma prostituta y el descargo de su corazón apache, las señoritas Ortiz entregábanse a la nobilísima tarea de civilizar a aquellas muchachas tan guapas y tan tontas, que, disponiendo de todos los atractivos para triunfar en un mundo donde la mujer es la que manda, se resignaban a estarse metidas en su casa, matando las horas en los más simples y estúpidos entretenimientos.

CAPÍTULO 9

—*¡V*AYA UNAS BABOSAS!... ¡Coser, bordar, pintar, cocinar, tocar el piano!... ¡Magníficas ocupaciones para unas señoritas modernas que vivían en el siglo de la radio, el automóvil, el avión, el cine, los cabarets y el jazz-band!

—¡A gozar, qué costuras, ni qué pinturas, ni qué calabazas! Que cocinaran las cocineras, que bordaran las que todavía no sabían que ya había máquinas de bordar; que aprendieran el piano las que ignoraban aún que existían pianos automáticos al alcance de todas las fortunas. ¡Ellas, las muchachas de ahora, no necesitaban consumir su tiempo en bagatelas! ¡Por fortuna el mundo se había modificado totalmente y las costumbres y los hábitos habían cambiado por completo!

—Desde luego, había que prescindir de las pesadas y antiestéticas cabelleras que daban tanto quehacer el día del baño y a la hora de peinarse. La vida volaba que era un gusto y no había que entretenerse en arreglarse tanto el cabello. Con un breve penacho sería suficiente, y si se podía pelarse como los hombres, tanto mejor: ¡así no habría necesidad más que de pasarse el peine y el cepillo unas dos veces!, y, ¡listo!

—La falda había que subirla hasta la rodilla, por lo menos, para que quedaran las piernas al aire, trepadas sobre los tacones altísimos (de doce o trece centímetros, si era posible, pues, cuanto más altos fueran, el ritmo de las caderas sería más visible y más provocativo el balanceo del cuerpo). En cambio, el odioso corset de largas ballenas, sibtituiríase por la faja, el porta busto y el reductor que se apretarían cuanto fuese necesario, para producir una esbeltez artificial, no exenta de flexibilidad y ligereza. Las mangas, ¡ya se sabía!, suprimiríanse por

completo, como algo anticuado que mantenía en secreto la torneada morbidez de los brazos. El escote se bajaría para evitar el calor y dejar al descubierto la espalda, el cuello túrgido y el azorado temblor del regazo insipiente.

—Ahora, por lo que tocaba al embellecimiento del rostro, no había que escatimar ni el más mínimo recurso. ¡Fuera repulgos, timideces y chocantadas! ¿Por fin, eran chicas modernas o no lo eran?... Polvos, cremas y pastas para el cutis; colorete para las mejillas; depiladores y lápices para las cejas; kohol para agrandar y humedecer las pupilas; pinceles y rimmel para las pestañas o, si era preciso, pestañas artificiales; esfuminos para difumar las ojeras; carmín, rouge, para los labios y los lóbulos de las orejas, y un coquetuelo lunarcito, en forma de corazón, para pegárselo, ya en un carrillo o bien cerca de los labios.

—De las manos, ni que hablar, pues hasta las más entumidas y rezanderas tenían ya su estuche de manicure y sabían servirse de él a las mil maravillas.

—Ahora, si las otras chicas comenzaban a llevarlo, un fuetecito como complemento, o mejor aún, un bastón con monograma que, además de darla a una más carácter, serviría, al mismo tiempo, para castigar las insolencias de los jovencitos de pantalón ballon (o sea falda pantalón) y para asegurar el equilibrio de la marcha, comprometido frecuentemente por la inverosímil altura de los tacones que obligaban a caminar, ¡oh encantadora tortura! Sobre la punta de los pies.

Y el cigarrillo saboreado con masculina fruición a la hora del té, o después de la cena; y la lectura de las revistas y los periódicos del día, con el obligado comentario del último crimen; y las discusiones promovidas con motivo de tal o cuál película; y las prácticas de natación y tiro; y las partidas de basket (¡el tennis, resultaba ya muy afeminado!) y el fut; y las cartas, y el ajedrez, (¡también el bridge y el Man Hong resultaban afeminados!)... En fin, toda la gama de los deportes, distracciones y entretenimientos, que antaño se juzgaban patrimonio exclusivo de los hombres y que hogaño iban resultando ya algo indispensable en el agitado vivir de la mujer.

Acostumbradas a otra cosa; hechas a la simplicidad sosegada de la provincia, las muchachas García González, al principio, ofrecieron no poca resistencia a sus entrometidas amiguitas: —¿El cine, el baile, los noviazgos?... ¡Sí, indudablemente tenían sus atractivos!, pero eso no quería decir que debían estarse metidas todas las tardes en los cines y que iban a pasarse bailando todas las noches y a no ocuparse de otra cosa que de sus amoríos... ¡No!; Bertita y Carmela exageraban; también era bonito, y mucho, ¡vaya si lo era!, dedicarse a los menesteres de la casa: condimentar platillos, hacer compotas, cortar, coser, y sobre todo, bordar: pintar en el breve lienzo de mascadas y pañuelos, cifras enlazadas, nombres historiados, ramilletes de pensamientos o ramitos de violetas, y mientras la aguja va y viene haciendo pasar la seda de uno a otro lado, como una flauta mínima que dibujase melodías con un hilo de música, entretenerse en soñar sueños imposibles; en bogar, desmaterializadas ya, en mares de césped enjoados con archipiélagos de rosas; en volar por el azul extático, sobre aeronaves de perfumes; en diafanizarse en linfas y desvanecerse en brumas, y transfigurarse en luz!...

—Humildes cuanto se quisiera, los quehaceres del hogar ofrecían encantadoras satisfacciones. Además, bien visto, no eran del todo incompatibles con los divertimientos a la moda. ¡Claro que no iban a estarse perpetuamente metidas en casa, ni mucho menos a ser tan guajes para enterrar su juventud entre cuatro paredes! Ellas también exprimirían sus mejores jugos a la vida; bailarían, irían al cine, tendrían novios, etc., aun cuando ¡eso sí!, jamás llegarían al extremo a que muchas otras habían llegado. Por ejemplo, lo de pelearse como hombres, y usar bastón y fumar cigarrillos e irse a solas con un muchacho a lugares apartados, ¡eso no!, ¡imposible! ¡Ellas no serían nunca descocadas, coquetas ni extravagantes! Al fin y al cabo, bien podían vivir con su siglo sin necesidad de renegar de la decencia y las buenas costumbres. ¡No porque fueran seriecitas las habían de considerar payas!...

Y, en efecto, tal y como se lo propusieron, lo hicieron; poco a poco, sin brusquedades hirientes, con ese tacto admirable con que ciertas mujeres dan

cima a sus más descabellados proyectos, fueron modificando sus costumbres e indumentaria sin apartarse del justo límite que ellas mismas habíanse impuesto.

Empero, por desdicha, semejante actitud no duró mucho, pues allí estaban las Ortiz para no dejar a medias la obra bajo tan favorables auspicios comenzaba, y colaborando con ellas, allí estaban igualmente, por un lado, la tía solterona, que desde luego, supo hacerse de la voluntad de las chicas, y por el otro, las nuevas amistades de ambos sexos nada recomendables, como es de suponerse, que les habían salido al paso como por arte de encantamiento.

Fue así como, a la vuelta de unos meses, las hacendosas mujercitas muy de su casa y de los suyos, transformáronse en todas unas flapper s último modelo, que habían llegado ya al fuate y al cigarrillo, y no perdían ningún baile y hasta concurrían con cierta frecuencia, al cabaret, echando mano para ello de cuantos recursos se les venían a las mentes, invariable y hábilmente auxiliadas por la tía solterona y las señoritas Ortiz, entonces más que nunca resueltas a convertir su casa en una especie de oficina de noviazgos o agencia de matrimonios.

Inútiles los consejos perfumados de afecto, las insinuaciones, embalsamadas de ternura, las advertencias iluminadas de sabiduría, de la hermana mayor que no sólo habíase sustraído a la perniciosa influencia de las Ortiz, sino que no había escatimado oportunidad de hacerlas comprender la viva antipatía que la inspiraban. Inútiles, igualmente las duras reprensiones del padre, detrás de las cuales se perfilaba la angustia de los más crueles presentimientos. Ociosas las evocaciones al pasado pueblerino, tonto si se quería, tonto y payo, y ridículo, pero fragante de pureza, de dulzura, de ingenuidad. Vanas las remembranzas de la paz antañona, limpiecita y frescota como una ranchera, torpe en las miserias del mundo pero habilísima e insuperable en los asuntos de Dios. Fallidas las reminiscencias de la vida hogareña, tartamuda de piropos inútiles y grandilocuente de monosílabos adorables. Y el retrospectivo desfile de las visiones un poco turbias por el tiempo, como calcomanías nuevecitas

empenumbradas por la goma; y la resurrección del rosado mundo de las muñecas, con sus casitas diminutas y sus carretelas enanas y sus tragicomedias de mentiras: ¡La frescura de la edad de los primeros dechados y las primeras oraciones; la deliciosa parvedad, la celeste transparencia de los años provincianos, traída a cuenta para ver de aquietar la locura del torrente en la placida inmovilidad de la piscina decorada con las pinturas de los peces de colores!... ¡Todo inútil! ¡Hasta la misma imagen de la madre, cosechada como una espiga de amor, en las praderas de la muerte; hasta la inefable sombra materna alargada como la cauda de un perfume o como el vuelo de un arcángel, para arropar aquellas almas desnudas de pudor y aquellos corazones friolentos de gracia!... ¡Hasta este supremo recurso fracaso también, inservible, impotente, lo mismo que los otros!...

¡La cosa no tenía remedio!... Lupe y Finita iban ya demasiado lejos en el escabroso sendero que se habían trazado con ayuda de aquella entrometida cincuentonal y de sus descocadas y antipáticas sobrinas!... Persistir en corregirlas y aconsejarlas por la buena, sería inútil. Intentar enderezarlas por la mala ¡Peor que peor!; ¡hubiera equivalido a precipitar los acontecimientos! Lo único que convenía en es caso era hacerse de la vista gorda, para que no perdieran al padre el poco respeto que aún le guardaban. Fingir que no se daba cuenta de sus extravíos; mantenerse encerrado en un hermetismo severo y acusador bogar por una actitud digna y serena que fuese a modo de una censura viva y perenne, a la vez tranquila e implacable.

Naturalmente aunque fuese a distancia, no dejaría de vigilarlas, procurando hasta donde fuera posible, amortiguarles los golpes y hacerles menos duras las caídas... Además, el corazón del padre y el de la hermana mayor unidos por el suplicio de la misma incertidumbre, se pondrían a espiar por los resquicios del destino la primera oportunidad de rescatar a aquellos seres de la sombra, juntos los dos, reclinada la una sobre el otro, atentos, mudos, expectantes como el corro de arrapiezos que se colocan, panza al suelo ante el orificio por donde asoma sus

Horacio Lúñiga Anaya. La luz del conocimiento

tornasoles el escarabajo; o que se apostan, cara al sol, bajo el nido acribillado, de cuya caja de música esperan ver surgir la melodía insipiente de los recién nacidos vagabundos!...

CAPÍTULO 10

— ¡*F*!... ¡Con que tenías por ahí algo tan guardado que nadie hasta ahora se había dado cuenta!... ¡Qué tal Mechita, y eso que eres la persona más formal de la casa! ¡Tonto de mí; debí haber comprendido desde luego que tus frecuentes idas a la tierra, tenían un objeto más que el de visitar a tus tías y mamá grande!... ¡Está bueno!... ¡Magnífico! Yo no me opongo a nada que redunde el beneficio tuyo. ¿Lo quieres, no? ¿Él te quiere? Pues nada más sencillo: ¡a casarse, a ser felices por toda la vida! Nada más que...

—¿Qué?... ¡a que te adivino lo que vas a decir!...

—¡A ver, ándale!...

—Pues que si lo conozco bien; que si sé quién es su familia; que si me he dado cuenta de su modo de ser, de su carácter, de sus gustos... ¿No?

—¡Precisamente! Veo que vienes perfectamente preparada.

—No es eso; es que yo también comprendí, desde un principio, que era necesario obrar con cautela y no proceder a tontas y a locas. Tú me conoces bien, papacito, yo siempre he sido así. Bueno, pero ya me voy yendo por otro lado. Voy a decirte su nombre para que te convenzas de que no obré con ligereza... ¡Su nombre, sí!... ¡Conoces tú tanto a su familia!...

—¡Ah!... Ya caigo. ¡A que es Chucho González, tu primo en segundo grado!

—¡Qué Chucho González ni qué Chucho González!... ¿No sabes que es un borracho empedernido?... ¡No, papá, es Lalo Martínez!...

—¿Lalo Martínez, el hijo de Trinidad?

—El mismo. Por todos son tres hermanos: Rosita, la más grande, Pepe, el más chico, y Lalo el de en medio. Son de Tenango del Valle. Dice su papá que a ti te conoció en Tenancingo cuando mi tío abuelo era Jefe Político...

—¡Cómo no! Si el papá de Trini tenía un rancho por Atla y allí me iba yo a dar la gran vida con los muchachos Martínez: eran dos hombres y tres mujeres. Por cierto que, a uno de ellos lo mataron en la Revolución. ¡Vaya si los conozco! Hombres honrados, buenos y trabajadores a carta cabal... Pero, dime, ¿cómo fuiste a conocer a ese muchacho, cuando, según entiendo, Trini vive en Tenango?

—Vivía, querrás decir, pues casi desde que nos vinimos de nuestra tierra, fueron ellos allá. Entre paréntesis, Rosita ya se casó

—¿Y Trinidad, y Cholita, están bien?

—¡Mejor no podían estar! Cholita con un pelo y unos colores que dan envidia y el señor tan gordo que, si no fuera porque es alto, como te acordarás, parecería cochino. ¡Y los dos tan buenos, tan sencillos y francotes!..

—¡Cómo!... ¿Acaso ya los trataste?

—¡Indudablemente! No vez que fue precisamente en su casa donde conocí a Lalo, un día que acompañe a tía Concha y a tía Cuca a visitar a la señora.

—Eso es, muchacha. Se me olvidaba que tus tías fueron condiscípulas de Cholita, lo mismo que tu mamá, a la que siempre le hizo mucho cariño. ¡Oh, pues la cosa no puede estar mejor! ¡Te felicito, muchacha! Desde luego cuentas con mi anuencia, solamente que...

—¿Tienes algún reparo, papacito?

—No hija... es una duda que casi no tiene razón de ser. ¿Lalo vive en...? ¿Verdad?

—¿No te lo había dicho? Pues sí, vive, es decir, radica allí, pero va cada semana a inspeccionar el aserradero. ¿Tampoco sabías que tiene una maderería?...

—¿Entonces?... ¡Claro!... ¡Nada más natural!, comentó el pobre viejo pugnando por difumar el dejo sombrío de su melancolía, tú... ¡eso es!; ¿no?... ¡Tú tendrás también que irte a vivir allá!...

—¿No te parece, papacito; no te gusta?...

—¡Vamos, Mechita, cómo no me ha de parecer; cómo no me ha de gustar! Si tú bien sabes lo que yo he amado la tranquilidad, la sencillez de la vida de provincia. Al contrario, ¡quizá eso sea lo que más me guste de todo cuanto me has contado!... nada más que... ¡tú ya comprendes!...

—Sientes quedarte, ¿verdad, papacito? Sientes no poder irte tú también, a descansar de esta vida tan agitada y corrompida. ¿No es eso?

—¡Eso es!... A mis años, más que nunca se apetece el reposo. ¡Estoy viejo y gastado; mi espalda doblada busca ya la tierra donde dormirse, y yo he querido siempre que la tierra que cubra mi cadáver sea la mía, la tuya, la de tus hermanos, la de tu pobre mamá que ha tenido que quedarse aquí como una intrusa, sepultada entre extraños!... Además... sin ti... ¡Tú ya has visto cómo han cambiado tus hermanos!...

—¡Pobre papacito!... ¡Tienes razón! ¡Perdóname!... ¡No me iré! ¡no!

—¿Qué?... ¿Qué no te irás, que te quedarás en este infierno; que echarás a perder tu vida?... ¡Imposible, mi hijita, imposible!... ¿No sabes que la única felicidad que me queda es verlos felices a ustedes? ¿Tú, la mejor de mis hijas, la más buena, condenándote a ti misma a ser la más desgraciada?...

—¿La más desgraciada?... ¿Es que crees que estando contigo no gozo también?... ¿Es que no sabes cómo y cuánto te quiero?...

—¡Sí, Mechita! Pero precisamente porque lo sé, me empeño en que recibas lo más pronto posible, el premio de tus acciones. Por otra parte, ¿qué conseguirás con quedarte conmigo? Yo, ya ves cómo estoy de acabado y achacoso; no he de durar mucho, lo comprendo, lo siento: ¡mis fuerzas son cada día más débiles, y mis penas!... ¡Pero, a qué volver a lo mismo!... ¡No, Mechita!, estamos en lo dicho: tú te casas y te vas, y yo... ¿Sabes? ¡Se me ocurre una cosa! ¡Yo iré a visitarte de cuando en cuando; a pasarme varios días con ustedes para acordarme de mis tiempos y descansar un poco!... ¡Quizás hasta esto sirva de pretexto para que también nosotros nos vayamos!... ¡Ah! ¿Ya ves como no hay bien que por

mal no venga?... ¡Tonta!... ¡A ser feliz y a hacer felices a los tuyos con tu alegría; a formar un hogar como Dios manda; a querer mucho a tu maridito y a guardarle a este pobre viejo un poquito del cariño que te quede!...

—¡Papacito! ¿Ya ves?...

—¡No me hagas caso, hija, son chanzas!... ¡Ándale, ándale, vámonos a acostar que ya es tarde y mañana tenemos que levantarnos temprano! A propósito: ¿ya llegaron tus hermanas?

—¡No!... Pero no han de tardar...

—¡Como siempre!... Dentro de tres o cuatro horas llegarán, ¿no es eso?... ¡En fin!, exclamó el buen hombre lanzando un suspiro trémulo de lágrimas, ¡qué vamos a hacer! ¡Yo he puesto cuanto ha estado de mi parte!... ¿Y Güicho?... ¿También no ha de dilatar, verdad?... ¡Otro loco!... ¡Sólo Dios sabe a dónde irán a parar estos muchachos...

Y arropándose en la penumbra de la pieza, para que no se le vieran los ojos turbios de llanto, separóse de su hija, y sin fuerzas, a causa de la emoción, dejóse caer en el amplio sillón abacial colocado junto a su cama. Allí, apoyada la cabeza en las manos sarmentosas y trémulas, dejando que se le fuese destilando, gota a gota, la angustia que le colmaba el alma, y que el corazón se le deshilara en suspiros, permaneció largo rato, mudo, vencido, casi inmóvil, con una dantesca condensación de amarguras, martirios y desesperaciones.

¡Sin luz, apenas sacudida la tiniebla por un vago soplo de claridad que se colaba de la calle; los muebles fantasmagóricamente deformados; el silencio pulverizado por el incansable trabajo del péndulo, y la humedad impenitente del pasado que se acurrucaba en los rincones y desvanes, la alcoba ofrecía el espectáculo desolador de un sepulcro recién cavado: de un enorme sepulcro vacío en donde fuesen a pernoctar todas las pesadillas de la muerte!...

CAPÍTULO 11

QUANDO LUPE y Finita supieron lo del casorio, se echaron a reír entre satisfechas y despechadas:

—¡Vaya que tenía gracia la cosa!... ¡La mosquita muerta llevándolas la delantera a ellas, a las que todo el día estaban sermoneando ella y el padre por su afición a los novios y a las diversiones! Y, ahora, ¿qué decía de todo eso papá?... ¡Con razón tanto empeño de ir a visitar a las tías y a la abuelita!... ¡Adivinen ustedes lo que haría por allá la santurrón, sola, lejos, casi casi china libre, porque la mamá grande y las tías (una de ellas casada y la otra soltera, pero de unos cincuenta años), con seguridad no se daban cuenta de nada.

—¡Con que unas cuantas visitas a la provincia, otras cuantas entrevistas con el novio, y ... ¡Zás!, ¡una boda! ¡Soberbio! ¡Ni quien se atreviera a negar las habilidades de Mechita; aunque, bien visto, la cosa no tenía ningún chiste!... ¡Para el marido que se había encontrado: Lalo Martínez!... Lalo, el primo de los Díaz Guzmán; un payo, un tonto de capirote, casi un peón, que lo único que tenía era dinero, y eso muy poco, pues ellos eran tres o cuatro y los zapatistas les habían dejado el rancho hecho una lástima... ¡aunque también, hablando con franqueza, Mechita no podía aspirar a otra cosa mejor!... ¡que se casara pues; que se fuera con su marido a ordeñar vacas y a vender mantequillas!... ¡Buen provecho! ¡Mejor que mejor! Así no la tendrían todo el día encima, dale y dale; metiéndose en lo que no le importaba y atizándole al padre para que las riñera a cada rato!... ¡que se fuera; que se largara, cuanto más lejos mejor, y ojalá también se fuera le padre a quien tanto le gustaba el campo! Al fin y al cabo ellas, el día que quisieran, se conseguirían un buen empleo (entre paréntesis, si no lo tenían

era sólo por los candorosos repulgos del padre); ¡porque, eso sí, no iban a ser tan guajes para casarse a esa edad! Se divertirán con todos; gozarán a sus anchas, y después... ¡Después ya se buscarían un buen partido: Un rico bobo y decorativo que presumiera con ellas y las dejase presumir! De ese modo se quedarían cada quien en su puesto: Mechita con su ranchero, metida en su montaña, y ellas en la capital dándose vuelo con sus dorados monigotes...

Y, tal como lo deseaban, aconteció: Mechita se fue con su ranchero a la provincia y ellas se quedaron más libres que nunca, gozando de las delicias de la vida, apenas débilmente sujetas por el padre cuya la influencia, cada día menor, había de menguar más aún con la definitiva ausencia de la hija mayor: ejemplo vivo de nobleza y amor filial, que no perdía ocasión de fortalecer con su apoyo la autoridad paterna y hacerla respetar, pese a las pullas y las constantes insubordinaciones de las chicas.

¡Puesto que ella era dichosa a su modo, también ellas lo serían al suyo! El padre había consentido en que Meche realizara su felicidad como le había parecido, ¿no?; pues ahora que las dejara a ellas ser felices como les pareciera. Nada de más tenía su hermana para que sólo ella cristalizara sus anhelos. Iguales derechos correspondían a todas; por lo tanto, que las permitiera ser lo que les viniera en gana, ¡Ya no eran unas mocosas para que las estuviera cuidando todo el día; además cada quien era dueña de sus ideas! Al fin y al cabo no le iban a echar después a nadie la culpa de lo que pasara. Los sermones ya iban resultando ridículos; los consejos habían pasado de moda. ¡Que recato, ni que ingenuidad, ni que ojo de hacha!... Eso estaría bueno para las abuelas tontas y rezanderas que usaban meriñaque, mangas de farol y crinolina; ellas eran flappers, pelonas-jazz, muñecas bataclanas, juguetes de cabaret.

¡La diferencia, la distancia enorme que existía entre aquellas señoritas románticas muy ochocientos treinta que bailaban el minué y leían a Musset, Lamartine y Chateaubriand, las practicas girls de hoy que danzan el charleston, el blues, etc., y ojean voluptuosamente *La indomada* de Rosny y *La machona* de margueritte, cuando no exacerbaban un poco sus cansancios, con el *Allá lejos* de Huyssmans, *El infierno* de Barbusse y la *Astartea* de Lorraine.

CAPÍTULO 12

AQUEL DÍA, último del año, don Ignacio se había levantado con un suave regocijo en el corazón, pues debía recibir, según costumbre, del jefe del despacho particular donde trabajaba, el consabido aguinaldo (¡una friolera, como siempre!) que esta vez, pensaba guardar íntegro para irse a pasar unos dos o tres días con Mechita, durante la Semana Mayor, fecha en que seguramente ya le habría llegado un muñequito de París.

Sonriente y feliz, tanto como podía estarse en su dolorosa situación, después de tomar sin ningún apetito, su desayuno (a don Ignacio, más que a nadie, las grandes emociones le quitaban la gana de comer) habíase dirigido a su trabajo. Era muy temprano todavía: las siete y media apenas, y él tenía que entrar a las nueve; pero la impaciencia habíale obligado a salir a la calle, y ya en ella, el buen hombre no había tenido más remedio que echarse a andar sin rumbo fijo, buscando únicamente dar rienda suelta al extraordinario dinamismo que se apoderaba de su persona, siempre que algún acontecimiento favorable se colocaban en su vida, inmóvil constantemente de tristeza; monótona de melancolía; aplanada, gris y fastidiosa de nostalgias insomnes y saudades irremediables.

Vecino de las calles de san Diego (la antigua Arrinconada), casi siempre acostumbraba hacer su recorrido a pie (salvo las raras veces que llovía a esas horas, o cuando se le hacía tarde), para lo cual no necesitaba arriba de unos treinta y cinco minutos, a un paso regular que le permitía hurgar en los escaparates de las tiendas, ante las cuales deteníase, sobre todo cuando correspondían a un bazar: museo de cachivaches, antiguallas, chácharas de todas clases y categorías, entre

las cuales solían encontrarse, muy a menudo, verdaderas gangas de valor positivo y aprecio irrisorios.

Empero, aquella vez, como los nervios obligábanlo a caminar más de prisa que de costumbre y como, por otra parte, la deliciosa tarea de enseñar en que iba ocupada su mente, no le permitía detenerse ante los aparadores consabidos, cuando menos lo pensaba, encontré en el Portal de Mercaderes, es decir, en pleno Zócalo, hormigueante ya de transeúntes que discurrían en todas direcciones, enmarañado de trenes, de cuyas puertas se desparramaban pequeños ríos humanos que iban a confundirse en el gran tumulto ciudadano; y alegre y cascabeleante de colegiales que emprendían seguramente alguna excursión (pues ya por esas fechas no había clases) ora solos, como gorriones insurrectos o bien agrupados en breves y jocundas caravanas.

El reloj de la Catedral daba las ocho: de la severa y firme torre, las campanadas, una a una, rodaban con lentitud majestuosa ensanchándose sobre la bastedad de la urbe, hasta envolverla en la misma bendición sonora. Casi simultáneamente, las argentinas campanas del reloj del palacio escribían, en la página errante del viento, primero los cuatro cuartos, con un juego repetido de pinceladas rítmicas, afinadas en tonos diferentes, y después, la octava monocorde que repetía ocho veces la misma nota, en la pauta invisible y vagabunda.

Al escuchar la voz del tiempo, como si les hubiesen azuzado a la vez, todos apresuraron la marcha, poseídos de una fiebre que, en fuerza de no tener ninguna importancia, resultaba, a la postre, divertida. Hacia el rumbo de la catedral, varias manchitas negras saltaron en dirección del templo o salían de él asperjando de gotas de tinta las banquetas, fastidiadas de ver siempre lo mismo, al igual que el asfalto de la vía, aburrido de sentir constantemente las mismas presiones paralelas de las ruedas, interrumpidas, a trechos, por las presiones irregulares y caprichosas de los pies.

Apiñados en los basamentos de los Pegasos (cuatro esculturas de Querol injertadas, por la fuerza del capricho, en el corazón de una ciudad que fue todavía

hace cincuenta años, de un añejo sabor colonial), los limpiabotas departían a grandes voces con los papeleros que, por momentos, dejaban de molestar a los pasajeros de los trenes, con la pertinaz propaganda de su mercancía: ¡El Excélsior!... ¡El Universal!... ¡El Demócrata!... ¡Revista de Revistas!... gritos que, disparados como serpentinatas estridentes sobre la multitud, enmarañábanse materialmente en los oídos, con una persistencia enojosa, y cuando los pesados carros amarillos pónganse en marcha, parecía que los llevaran enredados en las ruedas y que iban dejando fragmentos de ellos por las diversas calles que cruzaban.

En el vetusto y feo Palacio Nacional —achaparrado, pobre y monótono— no se advertía aún ningún movimiento, pues los empleados de las diversas oficinas en él instaladas, entraba a las nueve, lo mismo que los empleados de las principales casas de comercio, instaladas por aquellos rumbos. Desvanecida al fin la espesa niebla, el oro del sol comenzaba a pulir las aristas del almenado que remata las largas azoteas; prendía iridiscencias en las alas y testas de las victorias que florecen en los remates en que se resolvían las jambas de las puertas laterales, y después de haber derretido un filón áureo en cada una de las ménsulas del reloj, hacía correr y ascender un escalofrío de resplandores por la espina dorsal del asta bandera, en cuyo estípite arredondado, se quebraba por fin, en un desplazamiento de astillas luminosas, que resplandecían en la paradójica movilidad del vuelo de una libélula incandescente, prendida sobre el corazón de la mañana con el alfiler invisible del minuto...

¡En la soberbia basílica, también obraba la luz sus mágicas transfiguraciones, particularmente en las balaustradas y perillones de las torres, hasta las cuales descendían, de la soberana gloria de las cúpulas, amplias gasas rútilas; vastos lienzos de claridad; amplias y flotantes túnicas de plata que se sutilizaban y diluían en el ambiente, o se enredaban en el milagro arquitectónico de la fábrica incomparable, momificándola en un reposo dorado y resplandeciente,

sólo interrumpido por la gracia alada de la linternilla de Tolsa, en cuyas agilidades increíbles, parece fugarse y desvanecerse la dura masa de piedra, etérea de armonía y arrulladora de encanto, de pureza, de dulzura y ponderación!

Y el Sagrario... ¡Cómo tallaban los buriles el inverosímil y doble portento de las dos fachadas! ¡Con qué cautivadoras, benedictinas y sabias devociones los finos cinceles de los rayos solares esculpían, labraban, miniaban, bordaban materialmente los magos tableros platerescos; los fabulosos jardines eurítmicos; los miliunanochescos paraísos orfébricos; las locuras musicales de aquel paroxismo estético, fosilizado, para pasmo de los hombres y asombro de los siglos, en la armoniosa inmovilidad de los sillares escultóricos, en cuyas primaveras suntuosas parecía amanecer la epifanía de la belleza bajo la Pascua Florida de la luz!...

Al frente, en los dos torreones del Palacio Municipal, sobretodo, el áureo y pulido sol de invierno multiplicaba el portento haciendo serpentear brillos nerviosos, en los fustes retorcidos de las columnillas salomónicas, en cuyos capiteles enredaba virutas de destellos, espolvoreando las encajerías de los arcos minúsculos, con una suerte de aserrín luminoso, que al desprenderse, quedábase ensortijado en los bucles de la sombra, como aquel polvo de plata que era sello de distinción en las egregias pelucas del siglo de los Luises.

Vamos, hasta el mastodonte antiestético de El Centro Mercantil —pesada y horrible amalgama de motivos europeos— hasta los pobres edificios (insignificantes, raquícos, casi sin salientes, relieves ni motivos ornamentales) enfilados en la línea del poniente y, de entre los cuales sólo se destaca por su sobrio y bellos estilo colonial, el palacio que ocupa la pía institución fundada por el Conde de Regla; hasta ese heterogéneo conjunto de antiguos adefesios y modernos disparates, magnificábase un tanto con el esplendor matutino, unificándose en la misma cadencia fúlgida, armonizándose en el acorde eurítmico y resplandeciente de la hora.

Don Ignacio, por primera vez en su vida, se daba cuenta de todo esto, acostumbrado como estaba a irse derecho, de su casa a la oficina con su tiempo perfectamente calculado (lo que no le permitía darse el lujo de desviar su camino hasta irse a situar en medio del Zócalo), y absorbido durante su marcha, ora en las amargas reflexiones que eran como los fieles mastines que iban constantemente tras de sus pasos, o bien en los cálculos y múltiples combinaciones que hacían nacer en su magín los escaparates de los bazares atestados de oportunidades sin cuento.

Verdad es que a él encantábale el sol, el azul, la luz que se fuga en colibríes; la aurora que se desbarata en rosas y quetzales; el crepúsculo que echa a volar sus guacamayos y hace descender a las llanuras sus pavones resplandecientes y sus faisanes dorados; cierto, en fin, que agradábanle hasta el pasmo y el asombro, los suntuosos alardes de la naturaleza, pero, precisamente por eso repugnábale asistir a aquella comunión imposible de la naturaleza, y la ciudad; de las convencionales estrecheces humanas y las soberbias magnificencias divinas; por eso, precisamente por eso, hurtaba su atención de la para él bárbara amalgama de lo sublime de arriba con lo ridículo de abajo.

A él le gustaba todo aquello, ¡y vaya si le gustaba!, mas no ahí si no en la anchura del campo, bajo la vastedad del espacio vacío de límites y horizontes; en la plenitud de la vida que hierve dentro de la tierra; que circula en la arteria del río; que espía en el advenimiento del surco; que se apelotona en el ágora de granos de la espiga; que danza en el corro de pétalos de la corola; que piruetea en los saltos mortales del rocío; que travesea con las brisas y apuesta carreras con los vientos, y retoza con las nubes y charla con los rumores, y juega a las escondidillas con los perfumes, las mariposas y las libélulas; y trisca con las ovejas, y trepa con los cabritos y muge con el toro, y ara con el buey, y esbozan odiseas con las alas, y escribe madrigales con los lápices melódicos de los picos de los pájaros, cuando no se queda bebiéndose todo el azul en la inmóvil pupila del lago, o se pone a respirar todo el cielo con los anchos y profundos pulmones de la montaña.

¡Ahí! ¡Ahí! En sus grandes escenarios era donde le gustaba contemplar la naturaleza; no en ese bárbaro, monótono y asfixiante apelonamiento de casa, donde el mundo que él amaba, apenas si estaba representado por raquíticos jardines de trazos geométricos y rígidos, y dizque embellecidos con inútiles y torpes aditamentos ornamentales.

CAPÍTULO 13

NO OBSTANTE, aquella mañana, casi sin percatarse de ello, el buen hombre no tuvo remedio que traicionar su costumbre, pues, al hallarse sin saber cómo en pleno Zócalo y a las ocho de la mañana: es decir, precisamente una hora antes de entrar a su oficina, no encontrando de pronto, otro modo de matar el tiempo que le sobraba, habíase puesto a caminar sin tón ni són, alrededor de la plaza, comenzando por el Portal de Mercaderes hasta la esquina de Dieciséis de Septiembre y Cinco de Febrero, de donde siguió por los portales de la Diputación y de las Flores, continuando, luego, por la Colmena para doblar por la banquetta de Palacio, acabando, al fin, por enfilarse hacia el Sagrario y la Catedral, ante cuya puerta central detúvose al cabo, con el pretexto de poner su reloj. Esta pueril maniobra fue la que, habiéndole obligado a levantar la vista para fijarla en la caratula de bronce, ardida de resplandores magníficos, hízole entrar de lleno en la consciencia luminosa del espectáculo.

—Después de todo, no estaba mal aquello. ¡Era tan amplia la plaza; era tan bello el día y sobre todo, veíanse tan pequeñas las gentes y tan mezquinos los edificios (salvo aquel que tenía al frente) que casi casi, no quedaba otra cosa ante los ojos atentos que la techumbre cóncava mordida de oro en sus bases por el resplandor de los cornisamentos irregulares!...

¡No, realmente aquello no estaba tan mal! ¡Ahí, por lo menos se respiraba, había espacio suficiente para poderse mover; para pararse a mirar sin estorbar a ninguno!... ¡No, no estaba tan mal!... Pero, ya llevaba casi media hora de estar en aquel sitio y se le iba a hacer tarde. Precipitadamente sacó su reloj, confrontándolo, de un modo maquinal, con el de la basílica: Las ocho y veinticinco. ¡Eso es!; le

sobraban todavía unos quince minutos, por lo menos; de allí a su oficina sólo necesitaba otro tanto... ¿Qué haría? En esto, viendo a los devotos que salían del Sagrario cruzándose con los que iban a oír la misa siguiente, recordó que era Día de Gracias. Treintauno de diciembre. ¡Qué bruto!, último del año. Y no haberlo pensado antes para haber asistido a una misa en vez de quedarse como un bobo parado a media banquetta, viendo lo que allí no valía la pena de verse. Ahora ya no era posible, sólo le quedaba un cuarto de hora. En fin, iría al templo a rezar algo aunque fuera para que el día le pintara bien y el aguinaldo resultara mayor...

¡Ah, y pensar que otras veces, a esas mismas horas ya iba camino de su casa, allá en la provincia inolvidable, después de haber asistido al santo sacrificio, con su esposa y los muchachos, en acción de gracias por todos los beneficios recibidos del señor!

¡Bueno!, pero había que apresurarse porque si no, no habría tiempo ni para decir un padre nuestro! Y diciendo y haciendo, desapareció tras la puerta del cancel que seguía impertérrita en su tarea de escamotear y devolver bultitos negros de viejecitas rezanderas perdidos ya (pues conforme se iba haciendo tarde la concurrencia iba cambiando) entre los peles ceremoniosos, las muñequitas frívolas y las incontables marionetas de carne y hueso que, asumiendo un aire compungido, aprestábanse a representar un sainete más para congraciarse con el divino titiritero.

Casi acababa de entrar cuando salió. Ya estando en el interior del templo había reflexionado que no era justo dedicar al Señor las migajas de su tiempo, las obras, pudiera decirse, los desechos que arrojamamos a la distancia voraz y al aburrimiento insaciable: distancia y aburrimiento a los que, sin darnos de ello cuenta, en vez de brindar trozos de abstracciones sublimes les aventamos partículas vivientes de nosotros mismos.

¡Para lo que le quedaba libre: cinco minutos, diez!... ¡No, mejor volvería a la noche!... ¡Había que hacer bien las cosas o no hacerlas, qué diablo!... Así es que, tornando a consultar su reloj y a comparar su hora con el de la Catedral,

esta vez ya despacio, atravesó la plaza para dirigirse al portal de Mercaderes y a continuar de allí por el Cinco de Febrero hasta las calles de Capuchinas, en una de las cuales hallábase el despacho donde trabajaba.

Todavía llegó un poco adelantado: El señor Godínez, su compañero de escritorio, ya se encontraba esperando en el cubo del zaguán, solazándose con la tibia caricia de un chorro de sol que iluminaba la interminable danza del polvo; también, en la banqueta frontera, tramaban animada charla, López y Rodríguez, los muchachos escribientes; pero aún no asomaba su larga silueta Suárez, ni perfilaba su ilustre nariz Irigoyen, ni aparecía por ninguna parte la menuda persona de Varguitas, el secretario particular del jefe, a quien nada extraño era no encontrar a tales horas, porque casi siempre se presentaba a eso de las diez, aprovechándose de su parentesco con los señores Terrazas.

Por fin, tras breve palique esbozado con el señor Godínez, y previos los saludos de rigor, cambiados con los compañeros que se habían acercado al oír las nueve, penetraron todos al despacho, instalado en una de las alas de la planta baja del edificio, en cuyo cuerpo principal habitaba la familia del administrador general de aquellos cuantiosos bienes, pertenecientes en su mayoría, a jóvenes calaveras y perdularios, exclusivamente dedicados a la hermosa labor de derrochar bonitamente su fortuna.

Nada de particular ofreció la tarea de aquel día, como no fuera el recargo de trabajo inherente a aquella fecha, en la que se acostumbra hacer balances, cortes de caja y demás operaciones con que se dan por terminadas las actividades del año.

Sin embargo, como desde el principio de la semana, habíanse multiplicado los esfuerzos de todos para que quedaran cerrados los libros desde la mañana del día último y pudieran disponer de la tarde; el exceso de trabajo no fue tal que les hubiese impedido a dar cima a sus propósitos; así es que, a eso de la una y media (con gusto habían preferido trabajar esa media hora más con tal de quedar libres

de una vez) presentáronse todos ante el jefe para que recibiera y revisara, si así lo deseaba, sus trabajos.

Menos por desconfianza de su aptitud que por el prurito de molestarlos, todavía el bendito señor los detuvo media hora más haciéndose explicar esto y aquello, repasando minuciosamente las operaciones principales. Por fin, cuando ya todos estaban renegando y esperando sólo que, como digno remate, aún se les exigiera volver por la tarde, el venerable anciano tuvo a bien hacer un signo de asentimiento, y dirigiéndose a la caja adosada en el rincón, procedió a sacar de ella el dinero necesario para cubrir los sueldos de los empleados, bellamente aumentados con la gratificación anual.

Uno a uno, fue colocando sobre la cubierta de cristal de la mesa escritorio, los largos rollos de cincuenta pesos, luego los de veinte y por fin los de diez, y cuando los hubo puesto todos, procedió, por orden de categorías, a hacer el pago. Primero, naturalmente, le tocó a Varguitas; después a Sánchez, enseguida a Godínez y a continuación a don Ignacio, tras del cual fueron recogiendo su parte los demás, hasta que ya no quedó sobre la mesa más que un rollo como de cien pesos, según se deducía por su tamaño, al cual todos se le quedaban viendo sin acertar a explicarse, cómo era posible que el jefe se hubiera equivocado al grado de sobrarle aquel paquete cuando, por lo regular, era tan estricto en sus cuentas, que casi siempre tenía que abrir nuevamente la caja para sacar otros dos o tres pesos que invariablemente le faltaban. Por desgracia para sus compañeros y para él, sólo don Ignacio iba a descifrar aquel enigma.

En efecto, no bien estuvieron todos pagados y gratificados, y cuando cada uno de ellos se despedía, dando al jefe el indispensable abrazo de felicitación, precedido por la no menos indispensable manifestación de gratitud, al tocarle su turno a don Ignacio, fue requerido para que se esperase unos momentos, pues necesitaba el jefe hablarle privadamente.

El pobre hombre, maquinalmente obedeció y apartándose de sus compañeros fuese a refugiar al rincón más próximo, del que bien pronto lo hizo salir un

ademán amistoso del administrador general, señor Castillo, quien, después de haber cerrado la puerta tras el último empleado, habíase dirigido a su escritorio invitando a don Ignacio a que tomara asiento junto a él.

Hecho esto, y procurando abreviar todo lo posible, el jefe expuso el asunto en unas cuantas palabras: Los negocios estaban cada día peor; los señores Terrazas habían decidido desprenderse poco a poco de sus haciendas, pues los agraristas por un lado, el alza de los jornales por otro y el crecimiento inmoderado de las contribuciones, los estaban arruinando. En tales condiciones, le habían dado instrucciones para que fuese de una vez disminuyendo el personal administrativo y como, por otra parte con un sólo tenedor de libros era suficiente, y por otra, don Ignacio era el empleado de cierta categoría menos antiguo de la casa, el señor Castillo se veía en la penosa necesidad de darle las gracias por sus buenos servicios, en nombre de los señores Terrazas y de sí propio, suplicándole que, a título de indemnización y como una pequeña muestra de gratitud, aceptara esos cien pesos que se permitía entregarle. ¡No era mucho, ciertamente, pero, en fin, de algo había de servirle entre tanto hallaba la colocación, para conseguir la cual, si así lo deseaba, desde luego estaba dispuesto a abonar su honradez, laboriosidad e intachable conducta!

Don Ignacio se quedó sin saber qué hacer, sin encontrar qué decir. Inconscientemente tartamudeó quien sabe que incoherencias. Procuró reponerse, sin conseguirlo; tímidamente trato de pedir más explicaciones; esbozó una débil protesta por aquella medida intempestiva y en su concepto, completamente injustificado. Del pavor pánico, paso rápidamente a la más viva cólera para decaer, de nuevo, en uno como idiotismo desesperado, hasta que por fin, enredado en la maraña de sus ideas, entrampado en el laberinto de sus palabras, ahogado, materialmente, por la emoción, abandonó su asiento, y extendiendo torpemente su diestra lívida y temblorosa, respondió al saludo del jefe que, de pie ya, le tendía la mano como insinuándole que se fuese. Acto continuo, salió intempestivamente, sin acertar a decir nada, olvidándose de

recoger el cartucho de cien pesos que se había quedado sobre la mesa, hasta que el mismo señor Castillo fue a dárselo, en los precisos momentos en que el atribulado empleado, dando traspiés como un beodo, disponíase a trasponer, por última vez, el amplio portón del edificio.

CAPÍTULO 14

—*¡*LOS NEGOCIOS MALOS! ¡Los agraristas!... Pretextos, ¡qué! Lo que sucedía era que iban a poner en su lugar al sobrino del señor Castillo: aquel petulante que acababa de llegar de los Estados Unidos, después de perder el tiempo durante tres años. ¡Si desde que lo había visto rondar por la oficina con el pretexto de saludar a su tío, se lo había imaginado!... ¡Algo quería sacar de ahí donde tan pegado estaba con el jefe! ¡Sin embargo, jamás pensó que se hubiera de escoger a él como víctima! Verdad que no era el más antiguo, pero sí el más viejo, y, a sus años, ya no se encuentra tan fácilmente acomodo. ¿Por qué, vamos a ver, no se habían fijado mejor en López o en Rodríguez que eran jóvenes, que ganaban menos que él y que, por lo tanto, resultaban menos perjudicados?

—Pero, ¡vaya un modo de razonar!... ¡Lo que les importaba a los otros nuestra suerte! ¡Lo que podía preocuparle al jefe la situación de un empleado más, arrojado a la calle!... ¡Vamos!, que el sobrino tuviera en qué entretenerse para que no se pasara todo el día de azotacalles, y sacara, además, para sus vicios, y, asunto concluido. ¡Los demás que hicieran lo que pudieran o que se murieran de hambre!... Rediez, como acostumbraba decir, pues era español, no iba el a convertirse en un San Vicente de Paul.

¡Negra suerte la de la burocracia! ¡Espantoso infierno el del empleado público o particular! ¡Calvario indescriptible el de la clase media que, constituyendo el centro de los equilibrios sociales, está condenado a sufrir todas las presiones periféricas sin alcanzar a vivir las emancipaciones centrifugas ni las integraciones centrípetas, pues ella es un punto medular donde se conjugan las

potencias sinérgicas; pues es un punto ilusorio, un punto abstracto; un símbolo casi, constantemente desplazado, perennemente sustituido; fugaz, efímero, inconsistente, al que se niega hasta la realidad transitoria del minuto para no darle ni la menguada recompensa del pan de cada día!

¡Sino fatal el de esta atormentada e irredenta clase social: irredenta, sí, pues mientras el labriego ha encontrado la reivindicación del agrarismo y el obrero, por fin, ha logrado enfrentar el sindicato a los inmoderados abusos del capital, la clase media, incapaz, por muchas razones, de prestar sus esfuerzos en el nudo de una poderosa organización, hállase aún y se hallara todavía por mucho tiempo, a merced de todos los abusos e infamias de los poderosos, sin contar siquiera con el apoyo de los que sólo nominal y aparentemente están abajo de ella, ya que, para mayor desgracia de tan numeroso grupo social, los individuos que lo forman, equivocadamente rehúyen el trato de obreros y campesinos, que serían los únicos capaces de ofrecerles la fuerza necesaria para hacer triunfar sus demandas!

Y si para otro cualquiera la situación resultaba intolerable, mucho más aún éralo para aquel pobre viejo, vencido, desilusionado, sin amigos, ni relaciones; sólo en medio de la urbe voraz e indiferente, que no había de tener compasión de sus años ni de sus achaques, ni de sus penas, como no la había tenido aquel hombre que, escudado en los señores Terrazas —jóvenes calaveras demasiado entretenidos con el juego y las queridas para preocuparse de esas cosas— le había arrebatado el pan de la boca para dárselo al perdulario del sobrino, que sólo lo quería para desmigajárselo a los perros hambrientos de sus vicios.

¡Quedarse en la calle y en esos momentos en que más lo necesitaba, pues los cien pesos que le daba su hijo, el licenciado, ya no llegaban sino cada mes y medio o cada dos meses, sin que nunca pudiera afirmarse con exactitud que llegarían, dada la conducta cada vez más extraña de Memo, quien, por lo visto, había decidido echarles tierra definitivamente!

—¿Qué iba a hacer el pobre hombre para salir de semejante atolladero? ¿Con qué iba a sostener las exigencias de sus hijas, cada vez más altaneras e insubordinadas? ¿De dónde iba a sacar para pagar la renta de la casa? ¿Y el sueldo de las criadas, y la comida, y los vestidos de las chicas?...

—¡Si, cuando menos, todavía estuviera allí su hija mayor que había heredado de su madre, la rara ciencia de las economías inverosímiles! ¡Si el Güicho, que cada día andaba peor, consiguiera trabajo; y si, en vista de lo pésimo de la situación, consintieran las muchachas en mudarse a una vivienda barata, a la vez que prescindiendo de un poco de sus pretensiones de señoritas modernas, se ocuparan algo más de los menesteres domésticos, para poder despedir a una de las dos sirvientas cuyos sueldos iban siendo cada vez más fabulosos!...

—¡Pero no; qué esperanzas!... Güicho estaba completamente echado a perder; casi siempre llegaba a las tres de la mañana y en tal estado que, más valía que no llegara. A veces dejaba de presentarse en la casa hasta tres días seguidos, pretextando viajes y excursiones en las que nadie creía. Las muchachas, por su parte, y manteniéndose hasta donde era posible dentro de las taxativas inherentes a su sexo y condición, no se quedaban atrás: Levantábanse a las nueve, sin ocuparse de descomponer la cama, ni sacudir, aunque fuese por no dejar, el ropero y el tocador. Después del desayuno, arreglábanse para irse al centro a comprar tales o cuales porquerías; a las dos, a comer; terminada la comida y tras la charla de sobremesa que en ocasiones duraba hasta dos horas, a dormir la siesta, o a aliñarse nuevamente para irse al cine, ¡ya se sabe!, en compañía de las dos muchachas Ortiz y de su tía. A las ocho y media o nueve, si no tenían ningún baile, fiesta, ni reunión (cosa que rara vez acontecía) a cenar, entre risas, críticas y comentarios que las entretenían hasta cosa de las diez, hora en que se iban a la sala a hojear las revistas y cuadernos de modas, mientras funcionaba la radio, haciéndolas cosquillas en los pies con el bárbaro ritmo de los bailes modernos.

Por supuesto, esto último, era excepcional, ya que, por lo regular, las veladas pasábanlas en compañía de las Ortiz que consentían en quedarse un ratito, a la vuelta del cine, y de algunos amigos de confianza introducidos poco a poco, con el objeto, según explicaban al padre, de entrenarse en los últimos bailes para no hacer un feo papel en los salones.

En condiciones tales ¿era posible intentar una reforma, siquiera fuese parcial, en la vida de aquellas fierecillas hombrunas y descocadas que sólo esperaban el más mínimo pretexto para sacar las uñas y emanciparse definitivamente?

No obstante, ¿era imposible continuar de ese modo! Un mes, dos cuando mucho podrían seguir viviendo así, y eso introduciendo desde luego ciertas economías absolutamente indispensables.

Mas, ¿cómo haría don Ignacio para plantearlas el problema a las muchachas; en qué forma las indicaría la conveniencia de ir restringiendo los gastos; de suprimir por completo ciertas erogaciones, que entonces más que nunca, resultaban innecesarias? ¿Les contaría de plano toda la verdad? ¿Y si ellas entonces, en vez de someterse a los imperativos de una situación tan crítica reaccionaban contra ella, echándole en cara a él su impotencia para darlas lo necesario, y se metían a trabajar en una oficina, como tantas veces lo habían intentado sin que él hubiera querido nunca permitirselo?... ¡No!, mejor sería llamar a Güicho, hablarle a solas y conminarlo para que buscara un trabajo y pudieran, de ese modo, ir sobrellevando las cosas mientras él veía lo que hacía... ¡Al fin Güicho estaba muchacho y podía encontrar más fácilmente, acomodo en cualquier parte!...

Pero, ¿sería posible enderezar aquella vida tan torcida; querría, de golpe y porrazo, transformarse en una persona formal, aquel prematuro sinvergüenza que ni siquiera se preocupaba de marcarles el alto a sus hermanas, cuyas no muy inocentes coqueterías andaban en boca de todo el mundo?... ¿Y si también el muchacho, en vez de ayudarle lo abandonaba, para entrar de lleno al pútrido mundo de los caballeros de industria; de los sablistas, de los limosneros

disfrazados, que viven del innoble amor de una prostituta a la que pegan y explotan villanamente, cuando no se arriman a la sombra de un rico pervertido pagándole sus favores con servicios asquerosos?...

¡Bueno!... ¿Y Memo?. Era verdad que a últimas fechas ya nos los visitaba, dizque disgustado por la conducta de las muchachas que empañaban su prestigio de gran señor y comprometían el apellido de su esposa, y que concretábase a entregarle a él, personalmente, unas veces en su casa y otras a la salida de la oficina, el dinero con que lo ayudaba. Cierto que este dinero llegaba cada vez con menos puntualidad y que, según todo lo hacía presumir, no estaba muy lejana la fecha en que no llegara. Pero, a pesar de todo... ¿Si le fuera a hablar don Ignacio, diciéndole con toda claridad que se encontraban en la calle y que, materialmente pronto no iban a tener ya ni qué comer?... ¿Sería posible que Memo tampoco lo auxiliara, hallándose en condiciones de hacerlo?... ¡Nada más que!... ¡No!, ¡no!... ¡También este recurso estaba perdido! ¿Cómo iba a pedirle a Memo cuando, según recordaba, la última vez que lo había visto, habíale indicado, quizá con doble intención, que ya no encontraba cómo acabar de pagar la casita que adquiriera en El Hipódromo, pues se había decidido, ahora que contaba con buenos apoyos, a lanzar su candidatura para diputado, cosa que iba a ocasionarle muchos gastos? ¿Precisamente, no le había avisado que salía para el Sur, a explorar de una vez el terreno, sin dejarle una dirección precisa ya que iba a tener necesidad de andar de aquí para allá?...

¿Abordar, mientras tanto, a su esposa, que tantas ínfulas se daba, para que luego los viera más chiquitos de lo que los veía, amén de incurrir en el inevitable disgusto de Memo? ¡Nunca! ¡Eso tampoco!... ¿Entonces?... Y el pobre viejo se desesperaba inútilmente pugnando por encontrar una solución a aquel problema, al parecer irresoluble.

¿Qué haría, Señor, qué haría? Y al terminar este cruel análisis de sus recursos y posibilidades; al darse cuenta de lo alejados que estaban de él todos

los suyos, sintió con más claridad, con más realidad que nunca, la sensación de su aislamiento.

¡Ninguno junto a él, ninguno!... ¡Ni Finita, ni Lupe, a quienes con tantos mimos y fervores habían cuidado! ¡Ni Güicho que, por ser más chico, tuvo siempre los juguetes más bonitos y a quien se diera educación tan esmerada! ¡Ni Memo, el consentido de la casa, por quien todos los sacrificios resultaban pequeños, puesto que fue, invariablemente, la más bella esperanza del hogar!... ¡Pero ni Meche, ni Meche, porque ya no era suya, ni se encontraba allí; ni Meche, ni, mucho menos, Lucha: su mujercita inolvidable; la que se había dormido desde hace varios años, quizá para que las brutales asechanzas de la realidad, no la desbarataran los paraísos de sus sueños en cuyos limbos ingrátidos, su esposo y sus hijos gozaban de una felicidad perdurable, infinita, sencilla, dulce, mansa y buena como la felicidad pastora, que, con el buey y el asno, fue a orar junto a la cuna del niño Jesús!...

CAPÍTULO 15

— ¡*D*E ACUERDO! ¿Entonces, mañana la gran juerga? ¡Bravo!... ¿Y, a qué hora venimos por ustedes?

— ¡No, Chato!, ¿sabes? Mejor hacemos esto: pasas a decirle a las Ortiz que vengan desde en la tarde por nosotras y que le pidan permiso al viejo de que nos quedemos en su casa, porque van a tener fandango y nos vamos a estar bailando hasta la madrugada. ¡Así ni se las espanta!...

— ¡Bueno, Finita! Y, ¿después?

— ¡Vaya una pregunta, hombre! Nada más sencillo. Después a eso de las diez (porque es preciso que nos estemos un rato con las muchachas dándole al radio, por si se le ocurre al viejo darse una vuelta por allí), a eso de las diez, digo, nos esperan ustedes con el coche en el jardín de San Fernando ¿sabes?, del lado del panteón pero junto a la banquetta del jardín. Allí está bastante oscuro y no habrá nadie que nos vea.

— ¡Perfectamente!... Entonces, hasta mañana. ¿Eh?... ¡Qué!... ¡Finita!... ¡Finita!... Mira nada más a tu hermana; ¡después de habernos estado besando toda la noche, ahora resulta con que no quiere darme un beso!

— Pues hace bien, ¡ya debe estar empalagada!...

— ¡Qué hace bien ni qué hace bien!... a ver tú, Pepe, ¡ayúdame a quitarles los moños a este par de escolapias!... ¡Eso es! Ahora tú besas a Finita y yo a Lupe para que otro día no se anden con remilgos! ¡No faltaba más!...

Y saltando súbitamente del automóvil, uno por cada portezuela, se precipitaron lanzando grandes risotadas, sobre las muchachas que habían corrido a refugiarse en el quicio del zaguán, lo cual sólo sirvió para que las

atraparan con mayor facilidad los dos muchachos que, habiendo logrado separar cada quien a la suya (pues se habían abrazado las dos como supremo recurso) y teniéndolas bien oprimidas contra el pecho, pusiéronse a besarlas ávidamente: en los brazos, en la nuca, en la boca, con tanta vehemencia, con un tan inmoderado frenesí que no recordaban que estaban en la calle, aun cuando fueran ya como las tres de la mañana y, sobre todo a esas horas, aquel lugar estuviera completamente solitario.

Por desdicha, si semejante algazara no había logrado turbar la tranquilidad del vecindario, sí había sido más que suficiente para despedazar de angustia el corazón de don Ignacio, quien, alarmado por la tardanza de las chicas, que esta vez ni siquiera habían ido a comer, no quiso acostarse, prefiriendo permanecer al asecho tras de la ventana de la sala. Por consiguiente, tan luego como vió que un automóvil se detenía frente a su casa y que rápidamente se abría la portezuela, apresuróse a abrir él mismo, presa de una emoción dolorosa y grata a la vez. Empero, había encendido ya la luz y disponíase a introducir la llave en la cerradura cuando, paralizado por una súbita reflexión, se detuvo, ¡No habían tocado!... ¿Si no fueran ellas? Entonces, aguzando su atención, escarbó en el silencio, el timbre de las voces, y presto, inmóvil de estupor, parálítico de asombro, escuchó con toda el alma sangrando en los oídos, aquella cruel conversación que iba a sellarse ahí mismo, en su propia casa, a un paso nada más del viejo, con el cínico alarde del más torpe arrebató de lujuria.

Un escalofrío brutal recorrió todo su cuerpo; maquinalmente, sus manos se crisparon; un relámpago de ira partió en dos el bloque de tinieblas que fatigaba su cerebro; haciendo un esfuerzo formidable, logró romper las ligaduras invisibles que, desde hacía unos momentos parecían sujetarlo, y precipitándose furioso sobre la puerta, apresuróse a abrir bruscamente, en los precisos instantes en los que, un golpe breve y seco, martirizaba las maderas del zaguán rubricado por el ruido, casi simultaneo, de dos portezuelas que se cerraban ahogando las primeras palpitations del motor.

Todavía otro toque, esta vez mas rudo e insistente, rasgó el lino de la paz nocturna, pues, la misma emoción impedía a las manos trémulas acertar con el minúsculo orificio de la cerradura; hasta que, al fin, hospedada la llave en el laberinto de los goznes, descorrióse el cerrojo y abrióse la puerta ante la mal disimulada sorpresa de las hijas que jamás se imaginaron encontrarse, de manos a boca, con su padre, y menos en ese estado, lívido de cólera, temblando de indignación y con una mirada que parecía que se las iba a comer con los ojos. Sin embargo, aprovechándose de la confusión del viejo procuraron reponerse, pero, no bien habían intentado iniciar una explicación, cuando ya la voz sonaba sibilante y ruda tras el portazo que todavía repercutía en el cubo del zaguán.

—¡Magnifico!, ¿no?... ¿Eran eas horas de llegar? ¡Las tres de la mañana y ellas en la calle como si fueran hombres; peor aún, como si fueran mujeres del arroyo!... ¡Y llegaban en automóvil, cada una con su respectivo gandul, y tras de haberse pasado las horas quién sabía en dónde, todavía tenían el descaro de llegar a besarse y a manosearse allí mismo, en plena calle, en la puerta de su propia casa, como hacían las gatas con el primer pelado que se les ponía enfrente!... ¡Cochinas! ¡Indecentes! ¡Malas hijas que así arrastraban su reputación por el lodo, mofándose hasta de sus canas!...

—¡Pero papá, si!...

—¡Si qué, vamos a ver! ¡Si qué!... ¿Se creen que van a poder burlarse de mí? Pues se pegan chasco! Todo lo sé; Oí cuanto acaban de hablar con esos puercos; ya estoy al tanto de su plan de mañana: Las Ortiz vendrán a pedirles permiso; se estarán en su casa un rato tocando el radio para que si yo, es decir, el viejo, me doy una vuelta por allí, no sospeche nada, ¿no es eso?; después, como a las diez de la noche, en el jardín de San Fernando subirán en el automóvil de esos canallas para irse a... ¡a la única parte donde pueden ir dos mujeres con dos hombres solos!... ¡a la perdición, a la vergüenza, a la desgracia!...

—¡Pero papá... qué es eso!... ¡Nos insultas!... ¡Tú, diciendo esas cosas?...

—¿Y ustedes tramando esas infamias?... ¡Hipócritas!... ¡A ver, explíquense, si pueden! ¿A dónde diablos iban con esos perdularios?... ¿A dónde? ¿A misa; a rezar?...

—¡No, claro!, no íbamos a rezar, pero tampoco a donde tú te figuras.

—¿Pues a donde iban entonces?, ¡díganmelo! ¿Acaso no dijeron que se iban de juerga?... ¿Tengo o no tengo razón en llamarlas como las llamo?...

—¡No, no tienes razón papá!, replicó con insolencia la más grande, ¡no tienes razón!, si supieras lo que pasa realmente, no nos ofenderías de ese modo. ¿Sabes quiénes son esos muchachos que nos vinieron a dejar?

—Y qué, ¡aunque fueran unos príncipes, para mí no son más que unos sinvergüenzas!

—¡Pues haces mal en llamarlos así, porque precisamente a esos muchachos les debemos el no estar en la calle y el tener para comer!... Ellos son los que nos proporcionan el empleo de que vivimos. Además, son nuestros jefes, y después de tantos favores como nos han hecho, no nos íbamos a negar a acompañarlos a dar una vuelta en el automóvil, para que nos tacharan de mal agradecidas y presuntuosas, y nos pusieran de patitas en la calle. Tú ya lo sabes, ¡cuando se encuentra uno de por medio hay que aguantarse!

—¿Pero, qué necesidad tienen ustedes de andarse metiendo con esa gente que de tal modo se hace pagar sus buenos servicios? Es verdad que nos encontramos mal; que yo estoy sin empleo, que su hermano ya casi no nos manda nada y el otro holgazán sólo se ocupa de sus vicios, pero ¿no les propuse yo que dejáramos la casa; que nos fuéramos a apretar en una vivienda barata y pusiéramos un estanquillo con lo poco que nos quedaba, mientras yo encontraba algo?

—¡Y querías que nosotras estuviéramos conformes con semejante vida de limosneras o poco menos!

—¡Ya lo creo! ¡Hubiera preferido mil veces que fueran limosneras antes que verlas acabar en... lo que acaban las muchachas guapas y decentes que se ven obligadas a trabajar en ciertas oficinas! Por eso ven ustedes que yo siempre me

opuse a que cometieran semejante disparate, ¡ahora ahí tienen las consecuencias: están obligadas a someterse a los caprichos de un cualquiera!...

—¡Sin embargo papá; si no fuera así, no tendríamos para vivir ni nosotras, ni tú!...

—¿Ni yo?... ¡Ah!... ¡Eso quiere decir que ustedes me mantienen, no? ¡Infames! ¿No han visto que aunque sea un peso, no hay día que no traiga algo a la casa? ¿No son testigos de todo lo que hago para sacar dinero: composturas de relojes, cajitas de cartón para las boticas, baúles para las criadas... qué se yo cuantas cosas en las que estoy dejando la poca vista que me queda?... Además, como lo he dicho muchas veces, ¿no fui yo el primero que me opuse a que ustedes trabajaran?

—Es cierto, pero con lo que tú ganabas apenas si alcanzaba para comer y nosotras no nos íbamos a amontonar, como querías, en una bodega; ni nos íbamos a poner a hacer las cosas de la casa después de estarnos todo el día metidas detrás del mostrador de un tendajón de mala muerte. ¡Imposible que nos resignáramos a semejante vida! Ahora, después de todo ¿qué es lo que hemos perdido? ¿Qué tienes que sentir de nosotras?... ¿Lo de esta noche?... ¡Ah, que papá tan tonto! ¡De veras que eres guaje papacito! ¿Crees que nosotras íbamos a exponernos así como así con dos hombres que, después de gozar a nuestras expensas, nos hubieran dejado en la calle? ¡Nada de eso, papá, nosotras sabíamos bien lo que hacíamos!... Aceptamos ir con los muchachos nada más por darles coba es decir, por interesarlos más; por dominarlos completamente; por comprometerlos, en fin, y obligarlos a casarse, tarde o temprano con nosotras!...

—¿Y eso les parece digno de unas muchachas como ustedes?

—¿Y por qué no?... Las cosas deben tomarse como vienen. Cada quien debe vivir su época. ¡Ahora, papá, ya no es como antes que esperaba una años enteros a que le saliera uno novio, o se quedaba para vestir santos por andarse con remilgos!...

—Sin embargo, la hermana de ustedes no tuvo que recurrir a semejantes porquerías.

—¿Te refieres a Meche?... ¡Ah, si, ya lo creo!... Pero se casó con un payo que se la llevó a refundir a quién sabe qué escondrijo. Nosotras somos muy distintas, papá, ¿cómo quieres que nos guste irnos a soterrar en un pueblo rabón?

—Pues les gustará o no les gustará, y serán tan distintas a su hermana como quieran, pero por lo pronto, mañana no me salen en todo el día, y después...

—Después, ¿qué?, interrogaron a una con un tono hiriente y despectivo.

—¿Después?... ¡Ya veremos! Al fin y al cabo yo, aunque viejo, todavía puedo trabajar para darles lo necesario. ¡Sobre todo, Dios me ha de dar fuerza y consejo, para que ustedes no tengan necesidad de exponerse a las canallerías de ningún pillo!

Y mientras ellas, momentáneamente desconcertadas por semejante salida, dirigíanse a su recámara sin decir una palabra, el viejo, fortalecido súbitamente por su propio pensamiento, encaminóse, a su vez, a su habitación, desbaratando su silueta encorvada, en la húmeda desolación de la penumbra.

CAPÍTULO 16

“**I**NOLVIDABLE PAPACITO:

Hasta ayer por la tarde y después de muchos rodeos, me dijo Lalo lo de mis hermanas. Ya puedes imaginarte la pena que ésto me ha causado, más todavía al pensar en tu dolor y en la difícil situación en que estás: abandonado, solo, metido en quién sabe qué cuartucho indecente sin más compañía que la de ese holgazán del Güicho que, lejos de ayudarte, sólo sirve para aumentar tus sufrimientos. ¡Pobre papacito! ¡Ya te considero! ¡Ya me figuro cómo estarás! Si no fuera porque aún no me restablezco por completo, ni puedo dejar al niño (¡a mi hijito, ya sabes, a tu nietecito!) en vez de esta carta yo hubiera ido en persona a sacarte de ese infierno para traerte con nosotros. Porque sí, papacito, Lalo y yo hemos decidido que te vengas a vivir acá. Aquí no te faltará nada; te arreglaré una pieza para ti solito: ya hasta te la tengo apartada: es una pieza llena de luz, muy abrigadita y que tiene una ventana que da para el jardín, ¡un encanto, ya verás!...

“Precisamente á’i te mando un giro para que vayas arreglando tus cosas, porque Lalo sale por ti el sábado de la semana que entra. Al verme tan afligida, el pobre quería irse desde luego; pero después reflexionó que era preciso avisarte antes, para que te previnieras, en tanto nosotros te arreglábamos tu casita’.

“Aceptarás, ¿verdad, papacito?... ¡Ya lo creo que aceptarás! Nosotros necesitamos tu consejo y tu compañía, más ahora que somos padres; y tu nietecito necesita un abuelo que le cuente cuentos. En fin, que no hay más remedio, ¡te vienes con nosotros!... ¡No faltaba más! Tú ya conoces cómo es Lalo de bueno y sencillo; sabes cuánto me quiere y cuánto te estima’.

“¿Pero, para qué te estoy cansando, si al fin te has de venir de todos modos?... ¡Sí, de todos modos, porque si no quieres por la buena, estamos resueltos a traerte por la fuerza Lalo, yo, y mi hijito!...”

“¡Ah!, a propósito ¿No sabes? ¡Queremos que lleve tu nombre y el de su papá, y para que sea su padrino hemos buscado a un señor muy bueno que se viene a vivir con nosotros para estar más cerca de su ahijado!... ¿Qué tal? ¡Magnífico!... ¿No es cierto?”

“Bueno, pues entonces ya no te aburro más, ¿eh?, ¡quedamos en lo dicho! Así es que, a perdonar a esas locas que se largaron con sus novios y a preparar la maleta, porque, ¡ya lo sabes!, el sábado de la semana que entra: es decir, dentro de ocho días, estará Lalo allá con los pasajes’.

“¡El gusto que me va a dar ver a mi pobre papacito!”

“Tu hija que te quiere con todo el corazón y que te manda un abrazo de Lalo y un besito de tu nieto”.

“M E C H E”

Con los ojos húmedos de llanto y el alma de hinojos en el reclinatorio del cariño, el pobre enfermo, pugnado por sostener firmemente la carta en sus manos temblorosas, y aprovechando para leerla hasta la última migaja de luz que le arrojaba el sol franciscano, a través de la única y estrecha ventana del cuarto, recorría una y otra vez los renglones misericordiosos y lavaba sus heridas recónditas en las piscinas probáticas de aquellas palabras embelesadoras, que se le adentraban hasta lo más hondo, hasta lo más puro del ser, como si fuesen jugos de caricias o savias de besos: filtros mágicos, sutiles y arrobadores, que tuvieran la virtud de hacer brotar mínimas rosas de ternura en el corazoncito de las células!...

—¡Tú, sí, ya lo sabía!...!Pobre Mechita, cómo me habías de dejar!... Tienes razón, ¡qué estoy haciendo aquí, arrinconado y corrido como un perro con sarna!

¡Allá, por lo menos, la caridad que me den, me la darán con gusto, con cariño, con compasión! Seré un estorbo como aquí, ¡estoy tan viejo y tan inútil!, pero seré un estorbo amado, como esos muebles achacosos que conservamos sólo por las cosas que han visto y por los recuerdos que despiertan!... ¡Sí, cómo no, me iré con ustedes: me iré contigo, Mechita, con ese buenazo de Lalo, y con tu hijito, con mi nietecito, con mi ahijado, ¿no?, porque, según me dices, yo voy a ser su abuelo y su padrino!... ¡Lo feliz que voy a estar entre ustedes, diablo de muchachos tan conquistadores y tan buenos!...

Y el alucinado enfermo, con la carta oprimida contra el pecho, la cabeza hacia arriba, suavemente inclinada sobre el cojín pringoso, y las miradas de puntillas en el alféizar de la ventana, dejaba vagar su espíritu por las indecisiones de un mundo imposible: de un mundo remoto, lontano, inalcanzable; como esos mundos que casi vamos conquistando con la inconsciencia de la infancia cuando llega la juventud y nos lo quita!...

¡La provincia, qué placer! ¡Otra vez la provincia zagala y rezandera, prima hermana del campo beato y labrador! ¡Otra vez la provincia adorablemente torpe de coqueterías y encantadoramente ridícula de pretensiones cosmopolitas! ¡Otra vez la provincia que va, muy de madrugada, a misa de cinco, con las siervas de María y las cofrades de Nuestra Señora del Carmen, y que torna la misa de doce con las pollitas de la crema y los jovencitos dorados de la aristocracia! ¡Otra vez la provincia que, aunque ya se divierte en el cine y gusta un poco de la barbarie del jazz-band, todavía prefiere las serenatas en el Zócalo o en el Portal, y los paseos en la Alameda, la mañana de los domingos o de las fiestas de dos cruces! ¡Otra vez la provincia que, en las noches de luna, cuando el cielo es cándido y puro como la conciencia de un santo, aún se asoma a la reja florecida para escribir, en la pauta de los hierros ensortijados de suspiros, la única melodía que es la más bella de las melodías! ¡Otra vez la provincia madrugadora, que juega con el alba a ponerle barbas al sol con los algodones de las nubes, y se entretiene en pintar muñecos, con la luz, sobre las pizarras del oriente! ¡Otra vez la provincia que se viste con el

traje de fantasía del crepúsculo y que, ya entrada la noche, espolvorea el pelo con la brillantina de las estrellas, para semejarse a una de esas marquesas de mentiras que, todavía hace tres lustros, bailaban los lanceros, la gavota y el minué! ¡Otra vez la provincia heroína y patriota, que fraguó complots contra los tiranos; que improvisó ejércitos contra los invasores; que se abrió las venas generosas para teñir la mascada de Morelos, la blusa de los chinacos, y el gorro frigio de la libertad, y que ahora orgullosa y satisfecha, pero siempre sencilla, concurre a las ceremonias conmemorativas: el 5 de mayo y el 16 de septiembre, para oír los discursos, los poemas, y las oberturas de siempre, bajo la gloria del mismo azul inenarrable y recorrida por el escalofrío del mismo canto guerrero! ¡Otra vez la provincia donde amamos, donde sufrimos, y a donde deberíamos retornar para no romper la sucesión de los nuestros; para no interrumpir la evolución regional; para no herir ni destrozar la tierra con el desarraigo de nuestra vida; para no entristecer los horizontes con la horfandad de nuestros perfiles; para no martirizar el suelo con la ausencia de nuestros pasos; ni ensombrecer la calle con la fuga de nuestro tránsito; ni desolar, más aún, la desolación del cementerio con el exilio de nuestros despojos!

¡La provincia del ángelus; la provincia de los repiques a vuelo; la provincia de nuestra infancia y de nuestra juventud; la provincia de nuestras primeras novias: Queta, Conchita, Soledad! ¡La provincia de los corredores llenos de macetas y de pájaros, y de los patios soleados, amplios y sonrientes! ¡La provincia de los corrales alharaquientos de gallinas, de corderillos, ánales y cerdos! ¡La provincia de nuestro perro Sultán y de nuestro gato Gurrumino! ¡La provincia de la abuelita achacosa y consentidora, y de los criados fieles como mastines y nobles como nuestra yegua favorita! ¡La provincia de los manteles albos, de las sábanas limpias, las colchas historiadas, y los cojines, y los bordados, y los tejidos maravillosos! ¡La provincia de los braseros immaculados; de los lustrosos azulejos y los ladrillos rozagantes! ¡La provincia de las despensas olorosas a canela y membrillo, y opulentas de compotas yates deliciosos! ¡La provincia de las posadas, el Jueves

Realidad (1936)

de Corpus, los muertos, y la Semana Santa; alegre de piñatas, plena de mulitas, atiborrada de tumbas, entierros y calaveras, y deslumbrante de monumentos y de puestos de aguas frescas y de nieve! ¡La provincia, en fin, múltiple y total de candores, bellezas y ternuras! ¡Otra vez la provincia desdeñada y amante, más amante cuanto más desdeñada! ¡La provincia otra vez, que se disponía a venir al encuentro de aquél pobre anciano, enfermo y achacoso que, desde su miserable lecho de dolor, le tendía los brazos y el alma para abarcarla, para oprimirla toda entera contra su pecho, detrás del cual estaba en éxtasis el corazón!...

CAPÍTULO 17

— ¡OYE, HIJO!... ¡Güicho!... ¡Güicho!...

Y el silencio sepultaba la voz sin obrar la resurrección de una respuesta.

— ¡Hijo!... ¿No oyes?... ¿No eres tú?...

Y, nuevamente las palabras en la fosa inmaterial que cavaban los minutos enterradores.

— ¿No vienes?... ¿No hay ninguno?... ¡Güicho!... ¡Güicho!... ¡Ven acá!

Por fin, en el otro extremo de la pieza, algo se movió, y una voz de beodo, apesosa de alcohol, escupió torpemente el rostro de la sombra:

— ¡Qué bien fastidias!, caramba!... ¿Qué?... ¡Un demonio!... ¡Vaya una manera de fregar!

— ¡.....!

— ¡Bueno, allá voy! ¡Con un diantre, viejo más... molón!

Y tambaleándose de un lado a otro, Güicho que, apenas acababa de llegar y que, como de costumbre, estaba borracho, dirigióse al lecho de su padre.

Al verlo, el anciano hizo un supremo esfuerzo para hablarle, pero un vómito de sangre, precedido de brusco acceso de tos, le ahorcó el habla, y rodando pesadamente en el colchón, quedóse boca arriba respirando con espantosa dificultad, mientras un estertor ronco y angustioso parecía corroerle la garganta.

Por fin, presa de desesperación indescriptible, incorporándose nuevamente exclamó:

— ¡Me... a.. ho..go!.. !Ai..re!... ¡A...i!...

Pero no pudo acabar. Un bofetón invisible derribólo, esta vez definitivamente, las manos crispadas y el rostro amoratado, en los precisos instantes que Güicho,

tropezando con la silla que estaba en el rondapié de la cama, caía de bruces sobre el lecho.

Una injuria tabernaria se escapó de sus labios e iba a levantarse, cuando sobrevínole, a su vez, un vómito asqueroso que llenó de porquería los sarapes y salpicó el noble rostro que la muerte iba ya comenzando a perfilar.

—¡Un demonio!, comentó limpiándose con el revés de la mano, la boca babeante y apestosa, ¡lo que me he sacado con hacerte caso, viejo tarugo!...

Y, sin fijarse un momento siquiera en aquel cuerpo rígido que la penumbra sacristana unguía con sus santos óleos, retiróse trastabillando a su rincón, en tanto que, al otro extremo del cuartucho, del estrecho agujero de la ventana vigilante, un pálido fulgor se colaba hasta el cadáver del anciano poniéndose a acomodarle las manos sobre el pecho.

... ¡Y en las pupilas vidriosas, turbias ya, pero inmensamente abiertas, una fugaz epifanía sembró la primavera de sus jardines arrebolados!...

Era que allá, a lo lejos, la aurora, como una Scherhazada, se disponía a contarles a los ojos, las Mil y Una Noches de la luz!...

i Miseria!
(1981)



A MANERA DE PRÓLOGO

APROXIMACIÓN A HORACIO ZÚÑIGA

AHORACIO ZÚÑIGA le hubiera complacido ver que su discípulo, Enrique Díaz Nava, bajo el patrocinio del Dr. Jorge Jiménez Cantú, ha rescatado del silencio su inédita novela *¡Miseria!*

Gota a gota se hace justicia al genio violento, de selva en incendio, de Horacio Zúñiga.

La lucha contra el demonio —que decía Zweig— fue devastadora en el caso del poeta del Estado de México.

Horacio Zúñiga vivió exiliado en su espacio-tiempo; personaje de tragedia él mismo modeló la soledad y siendo tan luminoso, se cubrió de sombras hasta la llegada de la muerte, aislado en su miseria, abandonado Job, con la fe llena de agujeros, alimentando generosamente con su sabiduría al protervo buitre que le roía la esperanza.

Horacio Zúñiga fue el arquitecto de la furia con que lo trató su prójimo. Tuvo un lejano parentesco con el pobrecito de Asís, pero también este afán de empequeñecerse, de pasar inadvertido, de huir de las academias y cenáculos, no propició simpatía humana sino resentimiento, envidia, odio y continuas agresiones.

El hombre cerraba los oídos a los denuestos, a las críticas, a las calumnias; levantaba una digna distancia entre él y los demás; con todo, el talento refulgía detrás de los anteojos de miope, emanaba del cuerpo vestido con sencillez

—todo negro hasta los pies vestido—, de la voz timbrada, modulada con el cariño de los hermanos maristas.

En este hombre extraordinario todo era talento, un talento de montaña, de mar, de río que se desborda.

Desde su juventud tuvo sabiduría; este varón cuya timidez —a la manera de Enrique Federico Amiel— convivía —realidad y ficción— con los libros amados.

Perteneció a la estirpe de los románticos, y por serlo, fue el héroe cotidiano de la rebeldía intelectual, iconoclasta de los mitos, demolidor de vanidades.

Siendo el más grande orador que ha habido en México, desde su tribuna de relámpagos, flageló a los manicuristas de la inteligencia, retorcidos en las volutas de las frases ingeniosas, de las ironías anémicas, sin el desbordamiento de las pasiones creadoras que pueden hacer perder la línea de los maniaturistas de la cultura.

Horacio Zúñiga tuvo en la subconsciencia una teoría de volcanes, de cataratas, de ríos huidos de sus cauces, una vez situado en la tribuna, entonando sus poemas épicos o sacudiendo la psicología demoníaca del personaje de sus novelas, su timidez se sublimaba hasta la transfiguración de una batalla arrancada al libro de Milton.

Más pobre que Job, más solitario, mayormente atribulado y perseguido, Horacio Zúñiga no encontró, ya en el último capítulo, ni el bálsamo ni la mano que acaricia las heridas.

Es un final desesperado, tremante, angustiado; se le ve caer en el vacío, manotear en el espacio, gritando la impotencia de la voz abaritonada que golpea inútilmente los portones del destino.

Horacio Zúñiga es el agonista de su propia novela. Todas las tragedias lacerando su corazón: las penurias económicas, orfandad de cariños, la incomprensión, la mofa, el insulto hasta el escarnio, mientras que él, con beatitud evangélica, decía poemas perfumando las palabras mal heridas.

¡Miseria! (1981)

¡Miseria! es una novela desgarradora, impía, y cruel; realidad y ficción, al mismo tiempo, abre las venas de su enloquecido personaje, hasta que el lector, por obra y magia del autor, siente, como si fuera suya, la iracunda protesta contra la miseria humana.

No faltará la crítica enana que clame que *¡Miseria!* no es novela. Ya se dijo lo mismo de *El Hombre Absurdo* y de *Realidad*. Pero es que, a pesar de cien estudios realizados, y varios libros escritos, todavía hoy, no hemos llegado al deslinde exacto.

Balzac, Dostoievski, Gide, Huxley, Kafka, James Joyce, Stendhal, Tolstoy, y cien más, cada novelista al crear su obra crea su personal estilo, su manera de ser y de ver el mundo, realista o imaginativo, poesía y verdad o, en último caso: realismo mágico...

Cada quien forja su oficio y con él su técnica. *¡Miseria!* es una novela desquiciada y, sin embargo, tierna y tímida a la vez. Se antoja suponer que el maestro —con su profunda cultura filosófica— practica la dialéctica y, así, plantea la tesis, para subrayar la antítesis con la dramática expresión de Durero, el claro oscuro de Rembrandt, la imaginación ya ocupando su sitio en la locura, de Goya.

Aún no termina la polémica entre los realistas y los imagineros, abstractos, oníricos, aunque el realismo mágico parece establecer una tregua al coloquio de quienes continúan afanándose por un deslinde total en busca de definiciones.

Antonio de Undarraga —en el libro *Autopsia de la Novela*— propone cinco factores para juzgar a una novela: singularidad del tema; intensidad en el desarrollo; verosimilitud; y acción.

Cada uno de los factores concurrentes varía según el estilo personal del autor. Faulkner, Proust, Thomas Mann... son ejemplos disímbolos tomados al azar.

Horacio Zúñiga pertenece a la familia de los suplicados por su propio genio.

La crítica ha juzgado en relación a las perspectivas de su espacio y a las circunstancias de su tiempo histórico.

No necesita ditirambos; no merece denigraciones. Víctor Sáenz —en *El Hombre Absurdo*— y Héctor Zubieta —en *¡Miseria!*— son y no son Horacio Zúñiga.

El novelista no se propone una autobiografía, aunque, en forma manifiesta o encubierta, se revelen rasgos y gestos del escritor. Ya Montaigne había confesado: el personaje de mi libro, soy yo mismo. Con todo Horacio Zúñiga inventa una realidad exagerada, descoyuntada, llevada al clímax de la aberración y del desenfreno psicológico.

Camina a filo de preocupaciones patológicas, no es totalmente autobiográfica ninguna novela. Afortunadamente, *¡Miseria!* no lo es.

Al leer la obra el espíritu se estremece, se conturba, se empavorece. Pocos textos sostienen este ritmo —ni siquiera Lautremont—, el acento desgarrador que protesta, blasfema, se desquicia y arremete con un nihilismo casi satánico; son las maldiciones de un Job que llega al paroxismo de la desesperación.

Kierkegaard dice que la angustia nace con la certidumbre del vacío; que ahí germina la desesperación.

Es lo que acaeció a Horacio Zúñiga, —a Víctor Sáenz, a Héctor Zubieta—, que llegó al punto en que el vacío participa.

“En una de esas vastas llanuras del vacío, que sepulta el espacio con sus moles de hastío...”

Y no obstante, en el alma de Horacio Zúñiga se mantuvo, hasta el pavoroso final, una paloma de amor con la rama de olivo hacia sus hermanos los hombres.

Perfumó al hacha que lo hería. No dejó de ser maestro. Es decir: varón generoso, amigo y guía.

Fue alfarero de relámpagos; pero el relámpago también es luz.

Una característica de Horacio Zúñiga fue su íntimo sentido religioso.

Era un ser místico, ascético y puritano. Riguroso en sus normas morales. La vida que nosotros —sus alumnos— le vimos vivir fue, exactamente, la de un varón que pensaba que el arte es una forma — ¡Oh San Agustín!— de amar a Dios.

¡Misericordia! (1981)

No sería prudente, por eso, precipitar un juicio al margen de *¡Misericordia!* esta novela, cuyo personaje, Héctor Zubieta, guarda multitud de semejanzas con su autor; pero que no es él mismo.

Porque Horacio Zúñiga era creyente. Creyó en el amor, en la belleza, en la bondad y en la verdad.

Una especie de Montaigne pobre, rodeado de limitaciones y de miserias, que se dedicó a leer bibliotecas y a escribir páginas y páginas, al par que pronunciaba, suprema caridad del genio, palabras de esperanza para la humanidad.

Fué un varón dionisiaco. Se consumió iluminando.

Un ser único, con la sola propiedad de su genio.

JOSÉ MUÑOZ COTA
Septiembre de 1981.

EPÍGRAFE

PARA VALORAR a Horacio Zúñiga, hay que conocerlo en toda su obra: poesía y prosa, y dentro de ésta, su novela quedará como ejemplo de la narración posesiva por la fuerza y ductilidad de los motivos que trata y que embelesan en forma definitiva sin que el lector tenga la oportunidad de dejar sus páginas por falta de interés.

Sus novelas anteriores *Realidad* y *El Hombre Absurdo*, se completan hoy con la edición de ésta, *Miseria*, que había quedado como recuerdo vago en sus discípulos, quienes le escuchamos referirse a ella con decisión porque revela algunos pasajes autobiográficos dentro de una sociedad que va de los años veinte hasta entrada ya la segunda guerra mundial, en que nuestro país sintió sus efectos trastornando y trastocando status y valores.

Dejo constancia de que esta novela no hubiera podido aparecer sin la colaboración generosa de las hermanas del escritor: María Teresa (que en paz descansa) quien me entregó la Segunda Parte y María Cristina, quien me ha brindado todas las facilidades para completar los originales dispersos.

La publicación de este libro habrá de confirmar la gran visión de Horacio Zúñiga que, conocedor de las verdades de su tiempo supo transmitir las a la posteridad en mensajes de belleza incomparable.

No le diré a la humanidad:
prograsa; le diré: ¡Muere!,
pues ningún progreso te ha
de arrancar nunca de las
miserias de la condición terrestre.

M. ACKERMMAN

PRIMERA PARTE

ANDENLE, muchachos, ¿todavía no acaban? Se está enfriando la merienda. Luego volverán, vénganse que desde hace una hora los estoy llamando...¡Héctor!...¡Rubén!...¿No oyen?...Y la clara voz maternal se perdió por las otras habitaciones requiriendo la presencia de los demás hermanos, en tanto que Rubén y Héctor, apresurábanse a dar cima a su trabajo.

Tan...Tan...Tan...Tan...Los golpes secos y rápidos sucedíanse con regularidad acompasada en el cuarto, ya totalmente invadido por la sombra. Tan...Tan...Tan...Tan...El cilindro de madera que golpeaba constantemente las pestañas untadas de cola de la base del prisma de cartón destinado a guardar la raíz de valeriana.

—¿Cuántas te faltan?

—¡Mira!; nada más una hilera, como unas diez o doce.

—A mí únicamente cinco.

—Entonces de una vez acabamos; eso de volverse a ensuciar los dedos y apestar las manos, por unas cuantas, no vale la pena.

—Además, mi papá va a querérselas llevar luego.

—Mejor acabamos, ¡sí ándale!, mejor acabamos.

Y diciendo y haciendo, pero esta vez con más empeño y dedicación, continuaron pegando la base de los prismas huecos, acompañados por el golpe seco, rítmico y monótono; tan...tan...tan...

Por fin la tarea concluyó; apresuradamente acomodaron las últimas cajas, colocando, encima de ellas, una cinta de metal para que la presión apresurara la acción del pegamento, y antes de que nuevamente volviese a sonar el llamado

materno, fuéronse a restregar las manos en la áspera losa del lavadero para desprenderse las tercas costras de la cola, y, una vez que a fuerza de enjabonarlas y frotarlas rabiosamente, las tuvieron completamente limpias, dirigieron al comedor donde ya se les esperaba con impaciencia.

Siempre lo mismo, exclamó la madre al verlos entrar; nunca han de venir a la hora que los llamo, unos por una razón y otros por otra.

Después, ¡que el chocolate está frío!... ¡que les ha quedado el peor pan!... ¡qué sé yo!... ¡Como si no pudieran dejar un momento sus ocupaciones!...

¿Acabaron siquiera?, terció el padre. Ya ven que tengo que irme hasta el Cacahuatal; quedé de entregar las mil cajas en tres días, además, si tardan, no tiene cuenta; porque sólo son ocho pesos, los que nos quedan de ganancia.

¡Umh!...pero cómo vamos a acabar, objetó Rubén con fingida seriedad y mal simulada preocupación. Habremos terminado apenas unas cien.

¿Unas cien?

No le haga caso, ¡qué!, replicó Héctor que veía venir la tormenta, con una rapidez incalculable. Terminamos las trecientas que te habíamos dicho. Ya sólo unas cuantas faltan de secarse.

¿Lo ves? comentó la madre. También las muchachas acabaron la mantelería de Aurelita Talavera. Y ¿tú?... ¿hablaste por fin con el señor Ávila?

—Con todos. Vi a Ávila, a Boichot, a Rodríguez, hasta al mismo Pancho que tanto había ofrecido, y...lo mismo de siempre. “Que no tenga yo cuidado”...“Que dé mis vueltas”...“Que a la primera ocasión seré el preferido”...“Que no me impaciente”...en fin, en fin...“que no hay mal que dure cien años...ni hombre que lo resista”... ¡Caramba”... ¡Un año”... ¡Más de un año ya, y en la calle”...

Y sin embargo, ya lo ves, vivimos, repuso la madre, con una voz en la que había quién sabe qué suerte de conformidades misericordiosas.

—Si todos nos han dejado, Dios ha estado con nosotros. —Pobres y todo, pero, cuando menos no nos ha faltado qué comer, y eso sin contar con que tú y yo nos salvamos del tifo y todavía les vivimos a los muchachos.

—¡Sí!... ¡Sí!...ni quien lo niegue, vivimos, pero... ¡hazme el favor! ¡Cómo vivimos!...Todos tus ahorros se acabaron; los anillos, las pulseras, los aretes; las alhajas de las muchachas y hasta no pocos de nuestros muebles, en el empeño; en manos de los judíos que medran con las desgracias. Ni tu bejuco; ni tu collar; ni mi cámara con sus dos lentes “Garertz” y “Zeis”...pero ni siquiera la de este pobre muchacho, pudieron salvarse...

Bueno, papá, pero de veras, siquiera estamos con salud y tenemos qué comer.

Además, intervino la otra hermana, esto no ha de durar mucho tiempo, poco a poco ha de ir cambiando la cosa. A fuerza alguno de los que has visto te tiene que dar algo...

—¿Eh?... ¿toca? Voy a ver— interrumpió Rubén levantándose de su asiento para volver al poco rato acompañado de un jovencito que venía riéndose y chacoteando.

¡Ah!...Si es Enriquecito; si es Chiliquilla...Ya llegó Chiliquilla, y alborotando y travesando entraron al comedor mientras las muchachas se apresuraban a servirles la merienda.

A poco, el padre se levantó y tras de él se fueron Rubén y Héctor para acomodar las cajas en el portabultos, de modo que ocupasen el menor espacio posible. Después, el padre se marchó llevándose en cada mano, una a modo de larga petaca que procuraba levantar lo más posible, para evitar que se golpearan contra el suelo.

Su paso era inseguro e irregular; caminaba cojeando y con visible dificultad a causa del entorpecimiento articular que le dejara como triste reliquia, la enfermedad que padeciera hacía como un año. Cada dos o tres cuerdas se paraba; dejaba en el suelo sus bultos, se enjugaba el sudor que corría copiosamente por el rostro atestado y marchito, y luego...a andar otra vez...a andar calles y más calles procurando acogerse a la sombra de las rutas menos transitadas, no sólo con el objeto de ir más de prisa y caminar con más desahogo; sino con el fin recóndito, de esquivar la presencia de los conocidos; de los viejos amigos; de los

parientes venales, hipócritas y pérfidos, que si lo hubieran visto en tales trazas y ajetreos, no habrían perdido la ocasión preciosa de zaherir tarde o temprano a su familia; a la madre, a las muchachas... a las pobres muchachas, cuyo natural orgullo, afinado por el dolor, creía encontrar desaires y groserías hasta en las más inocentes distracciones.

Tres años antes, un día de enero, la familia Zubieta se trasladaba a la capital de la República, para que los muchachos pudiesen hacer su carrera y las muchachas dispusieran de los elementos necesarios para perfeccionar su educación.

Gozando a la sazón, de una posición desahogada; con medios seguros de vida, no habían temido afrontar los peligros que ofrece la radicación en un lugar extraño, donde, si bien abundan los estímulos, faltan, no pocas veces, las relaciones indispensables para escalar los empleos, los puestos públicos, los cargos más o menos fructíferos y honrosos que garantizan la posibilidad de salir a flote en ese maremágnum de pasiones y egoísmo de todas las clases en el que naufragan, por igual, los tímidos y los rebeldes, y en donde perecen los ingenuos, o ilusos, incapaces de adaptarse a la porquería de ambiente, e ineptos para corromperse en los infames estercoleros de las ineludibles y consagradas prevaricaciones.

Cierto que no se disponía de una renta considerable; es verdad que no se disfrutaba de un patrimonio cuantioso, ni mucho menos, pero se tenía lo suficiente para vivir cómoda y desahogadamente y hasta, como una tabla de salvamento, allá en la provincia, se quedaban, la casita de los muchachos y unos terrenos de los padres que, aunque eran muy poca cosa, bien podrían, en caso dado, aliviar cualquier trance difícil. Ahora bien, que la alegría de los padres no podía ser ni muy grande ni muy sincera, esto... ¡ya se comprende! 23 años de matrimonio con anterioridad, por fuerza tienen que vincular fuertemente los seres al terruño, en el cual, los espíritus, acaban por arraigarse, por asirse, por extraer las savias generosas de afecto y ternura que nos circulan con la sangre; corren por nuestras venas; nutren nuestras vísceras; fortifican nuestros músculos; palpitan nuestros nervios, se estremecen nuestras fibras más recónditas y son,

¡Misericordia! (1981)

lo mismo el débil balbuceo con que arrobamos a nuestros padres; que el arrullo con que embelesamos a nuestras novias o la canción de cuna con que mecemos a nuestros hijos!...

¡Claro!...No era posible que los nobles corazones de esos seres, ya fatigados por la vida, dejaran, sin sentirlo, el amable arrimo, a cuyo amparo, se habían realizado y deslizado sus mejores sueños... ¡No!...No era posible...La irremediable tristeza del pasado que se nos va con una parte de nosotros mismos; la suave y fiel melancolía; la añoranza misericordiosa y férvida; la evocación que lastima y que consuela —¡herida y bálsamo a la vez!—; en fin, el paisaje que se quedó inmóvil en la retina, que se adentró hasta el alma y que cuando entrecerramos los párpados nos vuelve nuevamente a los ojos; la visión introspectiva y retrospectiva del ayer, tenía que amargar el tránsito a los padres no a propósito ya para ninguna clase de éxodo y vagabundos; pero...los hijos, el porvenir de los hijos; la otra visión del futuro más alucinante, si se quiere, que la del pasado; no sólo contrarrestaba el dolor suave y persistente del voluntario exilio, sino que ponía sonrisas nuevas en los labios marchitos y encendía nuevas auroras en los ojos claudicantes!...

¡Que Héctor se recibiera de abogado!... ¡Que Rubén obtuviese su título de Ingeniero Electricista; y que las muchachas, una estudiando el piano y las otras dos aprendiendo labores, alta cocina, etcétera, se adiestrasen en los quehaceres del hogar, a la vez que se aprestasen a ocupar un lugar decoroso en la sociedad!... ¡Que los muchachos se formaran!...Eso es; ¡que los muchachos se formaran!... ¿Ellos?... ¡Ellos con el éxito de los hijos tendrían de sobra!... ¡Al fin para entonces ya estarían más grandes; ya serían viejos y se sentirían dichosos con haber vivido su vida en sana alegría y santa paz, y sobradamente satisfechos por haber contribuido al bienestar de los suyos; de los chicos, siempre niños para su amor inagotable, que grandes ya también y completamente formados, mostraríanse vencedores de la vida, mimados del éxito, y, por qué no, ¡Dios era tan grande!, hasta espléndidamente favorecidos por la fortuna...

¡Cuán breve, sin embargo, había de resultar el espejismo!...Ni un año siquiera, apenas nueve meses, la familia Zubieta había podido vivir tranquilamente entregada a la realización de su ensueño diariamente acariciado y mimado como uno de esos niños de ojos zarcos y cabellera de oro, sobre cuya existencia en flor, descansan sus fatigas y reverdecen su pasado, las almas vencidas de los abuelos dulces, apacibles y fervorosos.

La política, la maldita política, Señora Toda-Poderosa de los pueblos jóvenes y levantiscos, había echado a perder la cara visión cotidianamente entrevista y adorada. Uno de esos movimientos bruscos e inesperados y fatales de nuestros subsuelos sociales había derrumbado el último castillo de naipes edificado por las ambiciones políticas de quienes, apenas ayer, todavía tenían en sus manos los destinos y los dineros de la Nación.

Una asonada más; otra revuelta...Un nuevo presidente que sube ¡Oh monótona y trágica repetición del viejo sistema! Sobre el cadáver de su antecesor asesinado, y, con el espasmo que conmueve hasta las raíces más ocultas de la conciencia nacional, la tragedia múltiple de los que quedan fuera del presupuesto o de los que ven desaparecer su patrimonio, en el tonel sin fondo de los apetitos de los hombres nuevos —¡de los ladrones nuevos debía decirse!— que se precipitan sobre el botín de los despojados como esos buitres trágicos que viven de la carroña descompuesta de los ejércitos en desbandada.

La familia Zubieta quedó poco menos que en la desgracia. Presidente de la Legislatura de su Estado natal e íntimamente relacionado con los hombres públicos más notables del régimen caído, don Eduardo Zubieta, el jefe de la casa, habíase visto, de pronto, no sólo privado de su puesto, sino víctima de las persecuciones de sus enemigos, quienes, aprovechándose de las circunstancias, como sucede siempre, habían encontrado el modo y la ocasión de ejercitar sus venganzas y satisfacer sus despechos, cebándose en el caído, como es ya costumbre inveterada en tales casos.

Naturalmente, no hubo más remedio que resignarse.

¡Miseria! (1981)

Así eran la política en nuestro país y...en otros muchos países. Esas eran las contingencias irremediables que unas veces nos encaraman a la cúspide del triunfo, rodeándonos de toda clase de comodidades y otras veces, las más, por cierto, nos arrojan a los abismos del desprecio, de la miseria, del hambre y la desesperación!...Puesto que don Eduardo se había metido a político... ¡que se aguantara!... ¡qué se iba a hacer!... ¡Ni esperanzas de que se le tendieran manos amigas para levantarlo!... ¡A luchar!... ¡A sufrir!... ¡A encararse valiente y dignamente con el infortunio! ¡A vencer el dolor en fuerza de vivirlo!... ¡A poner la voluntad frente al destino, sino para torcerlo, cuando menos para suavizarlo y domeñarlo a golpes de voluntad!...

No obstante... ¡Cuan difícil era realizar tales propósitos! Cuando se está acostumbrado a vivir cómoda y desahogadamente, cuando se ha disfrutado de todos los bienes de la fortuna; cuando las consideraciones sociales nos han halagado y los nuestros jamás han padecido ni la más leve privación; en fin, cuando desde la cuna hemos tenido cuanto hemos habido menester y nuestro hogar ha sido un venero de satisfacciones, un remanso de tranquilidades y un paraíso de venturas, no es posible resignarse a ver cómo la miseria, artera e implacable, va, cautelosamente, llevándose nuestras comodidades, nuestra salud, nuestro bienestar, hasta concluir por robarnos la esperanza y la fe, puesto que, cuando el hambre nos muerde las entrañas y los amigos nos cierran sus puertas, no podemos seguir creyendo en la misericordia y en la justicia divina, ni podemos esperar ya nada de las ternuras y los afectos humanos.

¡Espantoso y dantesco infierno el de la pobre familia Zubieta! Durante los primeros meses se recurrió a los ahorros celosamente guardados por la madre en la vieja alcancía familiar, mil quinientos, dos mil, que se fueron más pronto de lo que se había pensado, en la renta de la casa, en la comida, en este detalle en aquel otro. Luego, una vez agotado el pequeño tesoro; lo demás: las humildes propiedades malbaratadas allá, en la lejana provincia, para afrontar la situación que cada día se hacía más intolerable puesto que, a medida que los recursos

disminuían y las pocas amistades que aún quedaban, se iban dando cuenta del desastre, el vacío iba creciendo y el aislamiento iba aumentando hasta amenazar dejarlos solos; los hijos fuertemente apretados en torno de los padres como en los adorables y lejanos días de la infancia, cuando latigueaba el relámpago las grupas de las nubes, se estremecía la tierra sacudida por un sismo; o ya entrada la noche, se oían pasos en la azotea!...

Más de un año había transcurrido de ese modo, y... ¡Nada!... Temerosos de comprometerse, los conocidos que estaban en buenas relaciones con el Gobierno vacilaban ayudar a quien tan notoriamente había figurado en la otra Administración; los parientes, o bien se hacían disimulados, o con fingida compasión, mal velaban la alegría que les causaba la precaria situación de quienes antes habían estado mejor que ellos...

¡Paciencia; tan luego como haya una oportunidad!... ¡Ya verá don Eduardo, no hay que desesperarse!... ¡Lo tendré presente!... ¿Cree usted que he olvidado su encargo?... ¡Nada de eso; ya hasta lo tengo propuesto a usted!... ¡Calma, calma!... ¡Vuelva usted mañana!... ¿Por qué no me lo había dicho antes, hombre; pero...no hay cuidado; ánimo don Eduardo...ánimo, ¡ya verá usted!...Los eternos estribillos; las promesas embusteras de siempre...las frases más o menos amables, pero siempre engañosas y sarcásticas, que eran como el coronamiento de las prolongadas y humillantes antesalas...Y a todo esto... ¡Nada!

El empleo en perspectiva cada día parecía alejarse más a medida que la miseria, cada vez más cercana, tocaba ya a las puertas del hogar desventurado.

Fue preciso recurrir a las medidas heroicas: el empeño, la Cólquida de los pobres, ofreció su refugio a las ilusiones náufragas, y comenzó el éxodo de los objetos más valiosos y queridos; el ajuar de lujo, tallado en caoba por las sabias manos de don Luis Pezaña, el carpintero más célebre de la provincia, que se había empeñado en hacer una ofrenda de habilidad paciente a su compadre Don Eduardo Zubieta, en su matrimonio; los tibores Directorio de fina porcelana de

Sevres; el reloj alemán de maravilloso carillón minúsculo, el tapete persa, donde los ojos infantiles habían leído por primera vez los pasajes suntuosos de las *Mil y una noches*; las estatuas que exornaban las consolas abuelas; el juego de espejos; el secretaire de las muchachas; el estuche de manicure; el samovare de plata; el juego de té; y los anillos, aretes, pulseras, bejucos, medallones, abanicos, hasta la nevera, los moldes de repostería, el horno eléctrico, todo...todo lo mejor fue a ese hospital de la miseria, a ese refugio supremo de los desamparados en el que fraternizan, tristemente, la necesidad de los que nunca han tenido gran cosa y la desesperación de los que no tendrán nada.

¡Cruento calvario el de esos días en el que el pobre padre, muy de mañana, se iba a esperar que abrieran la puerta de la benemérita institución, para ir a dejar aquellos objetos bienamados, fieles testigos de una felicidad que no había de volver nunca! ¡Calvario cruento y renovado constantemente, el de esas peregrinaciones dolorosas, en las que, a cambio de un poco de dinero, se deja también un poco de nosotros mismos!...Mas, ¡qué se iba a hacer! ¡La vida no puede aplazarse; la urgencia del instante no puede detenerse!...Es verdad que cada una de esas cosas no se va, sin llevarse un pedazo de nuestra alma, pero...es verdad que, si no se fueran, que si no nos salvaran con el sacrificio de su ausencia, acabarían por asistir al espectáculo de nuestra ruina total y definitiva.

—¡Las sacaremos, verás, las sacaremos, o compraremos otras cosas mejores!, decía el padre a la madre cada vez que un mueble, una estatua o una joya iba a emprender el viaje a la casa de préstamos.

¡Las sacaremos! ¡Compraremos otras mejores!...Bien sabían los pobres que esto era mentira. Convencidos estaban de que aquello no volvería nunca; que se iba con la ventura del bienestar perdido y que, si alguna vez llegaban a tener dinero, o bien sería tarde para rescatar los objetos amados, o bien sería inútil sustituirlos por otros, porque no se sustituye una vida con otra, ni se compra con todo el oro del mundo, ese perfume de añoranza en el que se van impregnando

las cosas antañonas que nos han visto, nos han oído y nos han amparado con la serenidad de su presencia, en todos los trances difíciles del vivir...

¡Las sacaremos!... ¡Compraremos otras cosas mejores!... ¡Embuste adorable, conmovedor, indefinible!...

Y, ni así...Ni de ese modo se logró conjurar el peligro. Pasados unos cuantos meses, llegó el momento de hacer un sacrificio más. La señora decidió asistir a dos estudiantes, hermanos de unas antiguas amiguitas provincianas, quienes huérfanas de padre y madre, se encontraban en la capital, expuestas a perderse, máxime cuando tenían dinero suficiente para divertirse.

La pieza mejor les fue destinada. En las otras dos recámaras se acomodó como pudo, la familia, acostumbrada a vivir en los vastos caserones pueblerinos, llenos de aire, de luz y de fragancia, cada uno de cuyos corredores es un paraíso de flores y de pájaros.

Y no fue eso todo, se despidió a la única criada que quedaba, y las muchachas, pobres señoritas presumidas, cuya alma tejía sueños mientras las manos bordaban rosas, tras la ventana pueblerina, tuvieron que resignarse a la cruel tarea de hacer trabajos ajenos (encajes de bolillo, confección de sombreros, gobelinos, cojines... etcétera...) para proporcionarse las pequeñas satisfacciones que ya no podrían proporcionarles sus padres; en tanto que, los dos hermanos, redoblaban con furia sus empeños, para terminar cuanto antes sus estudios, no sin utilizar cuantas horas libres les quedaban, en ir de aquí para allá, tras un empleo cualquiera que siempre se les escapaba de las manos.

Un día, sin embargo, el horizonte pareció aclararse. Don Emilio, un viejo amigo y catedrático, que fuera director del Instituto pueblerino, y que, a la sazón, estaba al frente de un aristocrático plantel, no sin mortificarse por el temor de ofenderlo, había ofrecido cautelosamente, a don Eduardo, el cargo de prefecto superior, con un sueldo de cien pesos mensuales, habiendo invitado, además a Héctor, el hijo mayor, a dar dos clases por treinta, con todo lo cual, un auxilio escaso pero seguro, podía aligerar el peso de la situación cada día más angustiada.

Dolorosa fue esta prueba; tanto más dolorosa cuanto menos eludible Don Eduardo, que había llegado a ser hasta gobernador interino de su Estado, mucho tuvo que sufrir con las humillaciones inherentes a su empleo. Todos los que alguna vez han tenido oportunidad de vivir entre estudiantes, saben hasta qué punto sangra la dignidad expuesta a los dardos ingenuos si se quiere, pero no por eso menos dañinos, de las sátiras, los sarcasmos, las alusiones irónicas, más o menos descaradas, con que la tropa juvenil se venga de la intransigente pero necesaria disciplina de los viejos.

Sobre todo, no hay que olvidar que no hay alumnos más incorregibles y difíciles de dirigir, que los mimados de la fortuna; los hijos de los ricos; los señoritos elegantes, presumidos y prematuramente viciosos y desvergonzados, quienes, alentados por la indiferencia y fortalecidos con el ejemplo de sus padres creen que nadie tiene derecho a levantarles la voz para censurarles sus extravíos o señalarles sus defectos.

¡Cuánto, pues, no había de sufrir el pobre hombre, acostumbrado como había estado, a toda clase de consideraciones, con la diaria y múltiple vejación de los insolentes jovencitos del Colegio de moda, y, cuánta serena y amarga energía fue necesaria para que, el alto funcionario de ayer, más susceptible que nunca a causa de sus infortunios, pudiera arrastrar esa existencia infernal de capataz y de espía, policía, gendarme y ahuizote...

Muy de madrugada, desde las cinco, se marchaba a la Escuela para no volver sino a las 9 o 9:30 de la noche, después de que los internos se habían recogido en los dormitorios. Sólo dos domingos del mes estaba libre; los otros le tocaba guardia. El diario trajín; los disgustos diarios; las humillaciones francas, veladas o simplemente supuestas; seguramente la comparación continua e inevitable que tendría que establecer entre esta y sus anteriores ocupaciones, rápida y visiblemente, habían ido completando su obra de destrucción que, los contratiempos anteriores habían iniciado.

Cansado, amargado, vencido, regresaba todos los días con una esperanza menos y un escepticismo más.

Ni siquiera, como tantas otras veces significaba ya para él, el hogar, la delicia reconfortante, el bálsamo consolador, el unguento sedativo, suave, misericordioso... ¡La madre tenía siempre nuevos sufrimientos de qué hablar; los muchachos nuevas desilusiones; en las habitaciones menos muebles... ¡No parecía sino que una maldición bíblica caía sobre todas aquellas cabezas inocentes y que todos estaban condenados a seguir arrastrando, indefinidamente, esa vida de sordas desesperaciones y sublimes o inútiles holocaustos.

Se comía, sí, pero, desde hacía dos meses al dueño de la casa se le quedaba a deber pequeñas fracciones que, al acumularse, como inevitablemente sucedería, irían convirtiéndose en totales considerables. Los postres y las frutas se habían suprimido desde hacía tiempo. Ciertos platillos no se volvieron a condimentar nunca; apenas si a los muchachos González (que comían a otra hora, so pretexto de que tenían que estar oportunamente en la escuela, pero con el verdadero fin de que no se dieran cuenta de las estrecheces de la familia) se les servían guisos y compotas que ayer se habían servido frecuentemente, cuando las muchachas practicaban la alta cocina o, dirigidas por la madre se aprestaban, diligentemente, a celebrar los familiares onomásticos. De los trajes y vestidos... ni de qué hablar. Las muchachas obraban verdaderos prodigios desbaratando las viejas prendas para adaptarlas a las exigencias de la moda, y la madre, con sus manos maravillosas de habilidad y textura, remendaba y parchaba sabiamente los trajes de los hombres, para que resistiesen victoriosamente los embates del tiempo y tuviesen una apariencia aceptable.

Tan cruel estado de cosas bien pronto dejó sentir sus consecuencias el frío nevado de las canas presto invadió y aureoló las nobles cabezas, crepitantes de ideas angustiadas la hermosa cabellera blanca, de un delicado color de almendras húmedas, de la madre, se fue estriando de hilillos que se hubieran dicho estaban urdidos con seda de suspiros o cristales de lágrimas; y el ensortijado cabello del

padre, en una graduación harto elocuente, del negro paso al gris, al blanco de plata, níveo brillante, pero indefiniblemente triste, porque, si bien es cierto que es el matiz de las purezas, los candores y las ingenuidades, también es el tono de los desiertos crudos de luz; de las páginas huérfanas; de los yermos desolados y de las cumbres solitarias.

Los muchachos también habían resentido el crudelísimo cambio, nada más que, la juventud de los organismos, ocultaba piadosamente el desastre de las almas. Ya no se iba al teatro; todas las diversiones habían quedado suprimidas en absoluto. En aquellas horas aciagas ni siquiera podían embelesarse los ojos, o embriagarse los oídos con la delicia de las coreografías esclavas o con el milagro, siempre renovado, de las partituras italianas; de las sinfonías tudescas, de la gracia sonriente de las armonías galas o el chisporroteo sonoro de las músicas españolas. En el infierno de aquella desolación sin medida, hasta el jirón paradisíaco del arte había desaparecido y el arbol de la belleza se había esfumado. Apenas, sí, de cuando en cuando, los domingos por la noche, y aprovechando las únicas horas de descanso que disfrutaba el padre, se agrupaban todos en la sala, unidos por quién sabe qué corrientes invisibles de simpatía dolorosa, y se ponían a oír a Isabel, la artista del hogar, cuyas manos despertaban en el teclado, las perennes y siempre sublimes inquietudes de Beethoven, los infortunios de Schubert, las melancolías de Schumann, las fiebres angustiosas de Chopin, al par que animaba las páginas líricas de nuestros músicos: Elorduy, el exquisito; Villanueva, el apasionado; Castro, el dilecto, y del Castillo y Campa, y Ponce.

Desgraciadamente, no fueron estos los únicos resultados de la inevitable estrechez; detrás de las privaciones seguidas de su largo cortejo de penas, se dibujaba ya la silueta lívida de la muerte, que acechaba el momento de rodar sobre una presa. Don Eduardo había caído enfermo. Una noche al regresar de la escuela, después de haber trabajado incansablemente todo el día, como de costumbre, se lo había dicho a su esposa, cuya perspicacia habíale estrechado con toda clase de preguntas. Era cierto, sí, se sentía mal; desde en la mañana le dolía

todo el cuerpo; la cabeza, no podía aguantarla; un anillo de fuego le oprimía las sienes; le dolían las “bolas” de los ojos; no tenía ganas de comer, sentía náuseas... seguramente le había hecho alguna de tantas porquerías que le servían a guisa de comida; estaba indigesto, indudablemente; al día siguiente se tomaría una fuerte dosis de aceite de ricino; por lo pronto, que le dieran bicarbonato y una taza de té bien caliente... ¡Ah!...y a ver si podían darle también algo para el dolor de cabeza... Quizá fuera bueno una fricción con Mentolatium o pomada de Bengué, o... ¡no! ¡no!... ¡una aspirina!... ¡cómo no se había acordado antes!...

Mas, al día siguiente, peor; además de los síntomas primitivos, fuertemente acentuados, el enfermo tenía uno como sopor una a manera de somnolencia pesada y terca, mantenía al pobre hombre inmóvil, insensible, clavado o inerte como un tronco, según la gráfica expresión de la madre que recogiendo todas sus fuerzas, heroicamente se empeñaba en vivificar aquel cuerpo embrutecido y petrificado.

—¡Ánimo, hombre, ánimo, ¿por qué te pones así? Lo que tú tienes es que estás preocupado. Sí, son los nervios. ¡Con tanta pena y tantos disgustos como has tenido!... Vente al sol, aquí; verás cómo con la purga se te quita todo... También ¿sabes?, ha de ser la bilis; seguramente te “encajaron” una cólera... ¡Ah que Eduardo, hombre; y tú que no te das ánimo sino que, luego luego, y por cualquier cosa, te quedas sin moverte, mudo y sordo como una tapia!...

Y él paciente, maquinalmente, obedecía las indicaciones de la esposa; trastabillando como un beodo y apoyado en el hombro de uno de los hijos, daba dos o tres vueltas por las piezas para sentarse nuevamente al sol, como le habían indicado, pero sin oír, sin ver, sin darse cuenta casi de lo que pasaba.

La purga no logró mejorarlo tampoco; pero ni siquiera los enérgicos lavados que le fueron aplicados, tan pronto como se vio que la acción del aceite de ricino se retardaba. A mayor abundamiento el creciente enfriamiento de las extremidades y el calosfrío de todo el cuerpo anunciaba una fuerte calentura que no tardó en presentarse en las primeras horas de la noche... ¡Y la cabeza que cada vez está más pesada; la sordera de los oídos que crecía; el dolor de

las “bolas” de los ojos persistente y agudo; y las náuseas; y el estómago que no consentía nada, y aquel embrutecimiento total que había convertido al hombre en un pelele; en un inconsciente y torpe muñeco de trapo!

¡Horrible noche aquella, transcurrida en la incertidumbre más cruel y en el más persistente y espantoso sobresalto!...La calentura cada vez más alta; el rostro amoratado; la boca seca; el intestino sin funcionar, el delirio de la fiebre, palabras sin ilación ni sentido; voces incoherentes; expresiones absurdas... ¿Qué sería, Señor, qué sería aquello?...

Por fin los primeros arreboles del amanecer tornasolaron el alma del cielo; con la luz recién nacida, se vivificaron las somnolientes esperanzas y huyeron, como bandadas de murciélagos, las preocupaciones siniestras... ¡Misericordia inenarrable la de la claridad que todo lo resucita y transfigura!...Ya se vería cómo no era otra cosa que un fuerte recargo de estómago o una fiebre biliosa.

El más grande de los muchachos González, que vivían asistidos por la familia Zubieta y que estudiaba medicina, después de haber hecho un breve reconocimiento sin poder llegar a ninguna conclusión definitiva, había salido prometiendo regresar con su tío, un célebre doctor, catedrático de la Facultad de Medicina, quien a las ocho tenía que ir a dar su clase. En efecto, poco después de las nueve, sobrino y tío estaban en la casa, y la exploración minuciosa y concienzuda daba principio. Diez minutos, poco más o menos permaneció el galeno entregado a la diagnosis; diez minutos fueron para la familia, atenta y sobresaltada, diez calvarios interminables. Por fin, el doctor dio por terminada su labor e indicó a la señora que saliesen y que se le proporcionase una pluma para escribir las recetas y dejar anotadas las instrucciones necesarias; lo que tenía Don Eduardo era tifo; había que proceder sin pérdida de tiempo!...

—¿Tifo, doctor?...

—¡Sí!, indudablemente; ¿no había visto la señora las manchas en los brazos y el vientre. Aquello era un dato seguro; además el dolor de cabeza, la sordera, la irritación en los ojos, el entorpecimiento del cuerpo, el atascamiento del intestino;

la alta temperatura, todo, todo hasta los antecedentes; las penas, las cóleras; las asoleadas continuas; el trabajo inmoderado y la deficiente alimentación que predisponían el organismo al desarrollo de toda clase de gérmenes... ¡Ni qué dudarlo, era tifo. Había que obrar desde luego: un purgante más enérgico aún, seguido de un copioso lavado para desalojar el intestino, como primeras providencias, y aislar al enfermo inmediatamente!

La madre todavía trató de protestar...Pero...¿sería posible?...¿había visto bien el doctor, no se habría equivocado?...A veces hasta las notabilidades cometen errores...¿De veras era tifo?...mas el doctor insistía.

—Sí señora, llevo de curarlo más de veinte años, pero ¿por qué alarmarse?... ¡No! ¡No! no se preocupe usted el caso es difícil mas no es desesperado. Es verdad que el señor está ya grande, mejor dicho, avejentado con tanto como ha sufrido, ¿pero no, en casos peores los enfermos se salvan?...Serenidad, señora. Presencia de ánimo; que ni lejanamente se llegue a dar cuenta de su gravedad el enfermo; esto sería lamentable; por la tarde volveré.

—Diariamente vendré dos veces al día hasta que no sobrevenga la crisis... Pondré todo mi empeño... ¡No hay cuidado, ya verán. Aíslenlo ustedes sin pérdida de tiempo, den parte al Consejo y sigan al pie de la letra mis instrucciones... Sobre todo... ¡no perder la fe!

—Señora...

—¡Doctor! ¡Doctor!...

—¡No!... ¡No!... ¡No tenga cuidado!...y tomando su sombrero y su bastón hizo ademán de salir, para evitar que se prolongara más la dolorosa escena. Los hijos salieron a dejarle.

La madre, sin fuerzas para ello, había corrido a refugiarse hasta la pieza más apartada, desecha en llanto, convulsa y presa toda ella de una consternación sin límites. Héctor y Rubén habían venido a su encuentro:

—Pero mamá, ¿por qué te apuras?...A pesar de todo mi papá está fuerte y ha sido siempre sano.

—¡...Sí es tifo, muchachos!...Sí, dice el doctor, que es tifo y el tifo... ¡ya lo saben!...

—Sí, pero lo grave en el tifo no es precisamente la enfermedad, sino las complicaciones; mi papá nunca ha sido desarreglado; jamás ha padecido de nada... ¡No te apures!...este doctor es notable; él mismo lo dice; tiene veinte años de curar esta enfermedad... ¡ándale, serénate; que te traigan una taza de hojas de naranjo y flor de tilia!...

—¡No!...Yo no quiero nada...Y aislarlo; tenerlo que aislar...

¡Bien me lo avisaba el corazón!... Señor, ¿pero qué te hemos hecho?

—¡No!... ¡no quiero nada!...

—¡Que te lo traigan!... ¡no seas mala!...Estamos seguros de que mi papá se alivia. Acuérdate que el doctor dijo que iba a poner todo su empeño...Sobre todo, mamá, Dios que nos ha dado de comer nos lo dejará todavía por mucho tiempo; se alivia, no seas tonta, ¡ándale!, serénate para que lo pasemos; ya vienen ahí mis hermanas!...

III

Imposible describir la serie ascendente de suplicios porque tuvo que atravesar, durante el periodo álgido de la enfermedad, la familia Zubieta.

Al natural desgarramiento producido en el espíritu por estas contingencias, se había unido la presión inmisericorde de la miseria, de la carencia casi absoluta de recursos, indispensable más que nunca en tales circunstancias.

Fue entonces cuando se vendió lo último menos malo que quedaba; entonces fue también cuando el orgullo de la familia Zubieta tuvo que doblegarse y que llamar a la puerta de los parientes, en solicitud de pequeños préstamos y grabados con fuertes intereses, puesto que, ¡qué demonio!... los negocios eran negocios, y una cosa era el parentesco y otra los asuntos de dinero!

El fino rebozo de bolita, que cabía enrollado, en el ruedo de una sortija y que lucía en la ancha punta el nombre de la madre; el mantón de manila que servía de cubrepiano; los cubre cojines con que habían obtenido las muchachas brillantes recompensas, en las Teresianas; la ponchera de cristal cortado; el centro de la mesa; el juego de copas champañeras; hasta Manolo, el hermoso rorro, en la confección de cuyos vestidos se había ejercitado la destreza de las manos hábiles y de los dedos armoniosos... ¡hasta Manolo abandonó el hogar en duelo y dejó la familia que era ya la suya, cuyos miembros hubiesen sido capaces de dar su vida a cambio de esa otra vida preciosa que parecía desvanecerse.

¡Noches largas, interminables, en las que los espíritus permanecían despiertos como la llama claudicante de la lamparita que doraba la imagen del “Divino Rostro”, a cuyo amparo se había puesto al enfermo!... ¡Días y horas largos e interminables, en todos cuyos instantes, los corazones vigilaban y hasta la respiración parecía suspenderse, para seguir minuciosamente el curso de la enfermedad maldita!... ¡Semanas!... ¡Oh, las dos semanas inolvidables!... durante las cuales no se vivió, sino que se sollozó resignada y continuamente; haciendo de la sangre, de los órganos, de los músculos, de los nervios, del cuerpo todo, una oración viva, una viva ardiente imploración, dirigida al ser en quien siempre ponemos los ojos, cuando, en torno nuestro, se han ido cerrando los horizontes y se han ido derrumbando las esperanzas.

En tan breve transcurso de tiempo, la madre había envejecido cincuenta años y los hijos, atónitos, asombrados de tanto infortunio, en una como catarsis prolongada, se habían quedado frente a la vida mudos, inmóviles, indiferentes, escépticos, desilusionados.

Muy cruenta, sí, muy dura y muy amarga había sido la prueba; mas, ¿no era, por ventura, también, ahora, muy grande y muy acariciadora la alegría?... ¡Pobres, más pobres que nunca, y también más débiles y más solos, pero con el padre junto a ellos, fortificando a la madre, sosteniendo el hogar; irradiando en torno suyo ese calor de mansa ternura de cuya insustituible eficacia sólo nos

damos cuenta cuando el del Más Allá lo ha extinguido dejándonos ateridos de dolor y friolentos de desamparo!...

A pesar de ser tan dolorosa, ¡cuán benigna parecía entonces la pobreza a aquellos seres que despertaban de las más espantosas pesadillas, apenas cubiertos con unos cuantos harapos, pero coronados (lo mismo que los desventurados hijos del arroyo) con las rosas del día, e iluminados y bendecidos por las sonrisas de Dios!... ¡Que ahora iba a ser más difícil ganarse la vida; que el padre ya no podría volver al cruel trabajo que lo había puesto al borde de la tumba; que, con los nuevos compromisos contraídos, una nueva sogá se había echado al cuello...¿Y qué?...Templados los espíritus con el sufrimiento; alentados los corazones con la alegría de aquella que casi era una resurrección, resueltamente se intentarían todas las soluciones y se acometerían todas las empresas, hasta lograr cuando menos, recuperar la relativa y mediocre tranquilidad en que habían ido viviendo.

¡Nada se ha perdido cuando se posee la salud y se dispone de ese venero de fuerzas milagrosas que se llama juventud! Jamás, como entonces, comprendieron la enorme significación de este apotegma los pobres muchachos, sobre todo los dos hombres Rubén y Héctor. Por fortuna ellos estaban jóvenes y sanos. En último caso, suspenderían sus estudios...Ya después habría tiempo suficiente para concluirlos...¡El problema de la diaria subsistencia ya no les arredraba!...Se arreglaría como pudieran; lo principal se había conseguido; ¡papá había sanado!... ¡papá estaba bueno!...el fardo inmóvil poseía sensibilidad y conciencia!...el cerebro se encontraba despejado; los oídos se hallaban limpios, impresionables, atentos a las más recónditas armonías; los ojos, ¡pobrecitos ojos cansados!, atisbaban nuevamente las lejanías y sonreían a las infinitudes zarcas!... ¡las manos, embalsamadas de ternura, acariciaban nuevamente la noble cabeza de la esposa y las suaves y blondas cabelleras de las hijas!, y el corazón, el dolorido y vencido corazón nazareno, como un reclinatorio viviente, se ofrecía a las devociones del hogar que podían nuevamente arrodillarse en él, para buscar

por encima de las canalladas y vilezas de los hombres, las misericordias de los Cristos, las bendiciones de las vírgenes, y las aleluyas de los ángeles!...

IV

¡Bella y fugitiva flor caleidoscópica!... Cuando apenas terminaba la convalecencia del padre, la madre, minada y predispuesta por los recientes sufrimientos y fatigas, le substituyó en el lecho del dolor; se reprodujeron otra vez las zozobras y angustias por las que se acababa de atravesar.

Imposibilitado el padre, por el estado en que se hallaba, para asumir el papel de serenador y animador que, en el colapso anterior desempeñara la madre, los hijos quedaron, con esta fatal emergencia, sólo junto a la querida enferma quien en vano pretendía, con ese abnegado heroísmo de las mujeres en desgracia, sobreponerse a sus propias dolencias para consolar y fortalecer a quienes, sin su amparo, y perdidos en la encrucijada de las peores circunstancias, se encontraban de pronto, cara a cara, con la fatalidad.

Era de ver el sufrimiento contenido de don Eduardo, quien débil todavía, y flaqueando bajo el peso de las penas tan inesperadamente renovadas, pretendía ordenar el caos en el que se embrollaban los muchachos que, no sabiendo qué hacer, recaminaban a tontas y a locas, sin llegar a ningún resultado satisfactorio.

Desde luego, la hermana mayor había asumido el papel de enfermera y se había impuesto, con la ayuda de otra de las hermanas, la tarea de atender a la madre. Más bien, acababa de levantarse don Eduardo, íbase inmediatamente a la pieza de su esposa, y se estaba con ella todo el día, ya intentando ayudar a sus hijas durante las curaciones; ya colaborando otras veces en la consulta frecuente del termómetro y en la aplicación oportuna de los medicamentos; o bien permanecía, simplemente sentado junto a la cama, atisbando el más pequeño síntoma de gravedad o mejoría, y procurando, en los paréntesis lúcidos de la enferma, inyectarle la fuerza y la esperanza de que él mismo carecía.

¡Cuadro conmovedor y sublime aquel de los dos pobres esposos infortunados, cuyas mutuas debilidades intentaban sostenerse para no alarmar a los suyos: la madre casi inmóvil, ardiente de calentura, amoratada, con la cabeza huérfana de la hermosa cabellera —¡Oh, crueldad de la higiene inexorable!—, y el padre abatido, triste, mudo y heroicamente sereno, poblado el cerebro de quién sabe qué pensamientos lúgubres y encogido el corazón por quién sabe qué inconfesados presentimientos!... ¡El amor maternal que asomaba por el resquicio de la más leve mejoría para embalsamar las almas atormentadas de los hijos, y el inagotable amor paterno, que en los labios secos dibujaba sonrisas de optimismo fingido, y dejaba caer en silencio pavoroso, lívido de presagios, frases de fe, palabras que traducían o que querían traducir ilusiones o certezas imposibles.

—¡No tengas cuidado Isabel! —Exclamaba la enferma, en los instantes de mejoría—. Me aliviaré, verás, me aliviaré!... ¿Y ustedes qué vienen a hacer muchachos?, ¡váyanse, ya estoy mejor, váyanse que se les va a pegar!... ¡Dejen solas a Isabel y a María Luisa!... ¡Ah!... ¡si no fuera por esta cabeza que ya no aguanto!... ¡Todavía estás aquí, Eduardo? ¡qué necedad, hombre!... ¡Vete... ¡ándale; que te acompañe Belo a hacer ejercicio!... ¡necesitas aire; todavía estás mal; vete, vete y díles a los muchachos que estén tranquilos; que coman bien; que duerman... ¡Ay, Señor, si no fuera por esta cabeza que ya no aguanto!... y continuaba hablando aún algunos instantes más, hasta que la garra terca de la enfermedad volvía a hundirla en el pesado sopor, o la llama en la fiebre la enardecía, desorganizando y enloqueciendo la conciencia, y desatando la imaginación en un torbellino de fantasmagorías y de incoherencias.

Llegó un momento en que el desenlace fatal se creyó inevitable.

La misma presencia del sacerdote en trances come ese, —símbolo de lo irremediable— contribuyó a clavar la infame convicción en las almas de los hijos creyentes sí —¡creyentes entonces, más que nunca!—, pero llenos en ese instante, de un indefinible rencor y un odio oculto contra quien, llevaba, al mismo

tiempo que un mensaje divino de eternidad para la moribunda, una certeza incontrovertible de tortura y desamparo para los que se quedarían aquí, solos en la desolación del tránsito; abandonados en el infortunio; sumidos en la desgracia de una orfandad tanto más dolorosa cuanto que llegaba en los momentos en que ya no había ni pan qué comer, ni rumbo qué seguir, ni solución por qué optar, pues ni siquiera se disponía de la fortaleza del padre, débil todavía, sin empleo y sin aliento, y que estaba quizá más próximo a sucumbir bajo aquel nuevo golpe, que a reaccionar valientemente serenando la hoguera devoradora, en el fervor de la lámpara vigilante, o siquiera en la anémica conformidad del cirio languideciente...

Empero, Dios que por medio de su ministro había ido hasta el lecho de la enferma en lugar de llevársela a su reino de maravillas, convencido seguramente de la falta que hacía en el hogar atribulado, la había restituido a las esperanzas de los suyos!...La crisis al fin pasó; más rápida cuanto más angustiosa. La naturaleza había reaccionado a tiempo; la mejoría apuntaba ya: descendía la temperatura, despertaba la conciencia; los sentidos abandonaban el sopor, en que casi continuamente, habían permanecido ahogados; en una irradiación de amor, el alma materna amanecía; el corazón, como un querube limpio de toda mancha, volvía al mundo llenándolo todo con el ritmo de sus latidos inefables!... ¡El milagro se había repetido!... ¡La madre, como el padre, se había salvado!... ¡vivía!..y en aquel rincón miserable de angustia y de estrechez en el que se refugiaba la familia, como en el pesebre de Belén, una epifanía iluminaba la miseria dolorosa; una música indefinible de las lirás del cielo y una canción de flores subía de las raíces de la tierra!...

V

Desde la primera juventud, Héctor Zubieta había comenzado a ser la esperanza mejor de su familia. Despierto, ágil de concepción y expresión, inteligente en el aprendizaje; apto para el ejercicio de las más nobles disciplinas; dotado de

no despreciables cualidades espirituales: sensibilidad, imaginación, atención... tan pronto como los estudios preparatorios le habían ofrecido la oportunidad de mostrar cuantas insospechadas reservas llevaba escondidas el muchacho vulgar, travieso y un tanto platicador de ayer, habíase convertido en un espíritu sagaz, sugestivo, sediento de cultura, devoto de toda manifestación de inteligencia y de belleza, y hasta un tanto cuanto revoltoso, probablemente compelido y agitado por el afán de reproducir y vivir los espasmos sociales a que había asistido desde las páginas de *Ángel Pitou*, de Dumas *Los Girondinos*, de Lamartine, y *De Santa Ana a la Reforma*, de Victoriano Salado y Álvarez.

En tales condiciones, casi apenas llegado al Instituto Científico y Literario de su tierra natal, Héctor Zubieta había logrado destacarse de entre todos sus compañeros, poderosamente auxiliado por su audacia y facilidad de palabra que había desplegado, con todos sus entusiasmos juveniles, en las primeras asambleas de estudiantes a que asistió.

Si a esto se añade que, con motivo de un atropello de que fuéramos víctimas, por parte de nuestros buenos vecinos, se habían organizado ruidosas manifestaciones de protesta en las que Héctor Zubieta pudo mostrar públicamente sus ignoradas facultades, se explicará el por qué había pasado a ser, en tan poco tiempo, no sólo uno de los estudiantes de más relieve sino el vértice en el cual las aspiraciones de los suyos se magnificaban, y el punto lejano hacia el cual proyectaban los padres sus más queridas ilusiones.

Ya iban a ver nada más. Conque Héctor estudiara como debía ser y no se dedicara únicamente a llenarse la cabeza de humo con las abominables lecturas de los libros; se conformara con decir discursitos en esta o en aquella fiesta o en tal o cual ceremonia cívica; y, de seguro, el más brillante porvenir iba a ser de él... ¡Qué gran licenciado podía sacarse a aquel muchacho audaz y leguleyo a quien no le daban miedo los públicos, ni le costaba trabajo hablar!...

Era precioso que no perdiera el tiempo. Ya lo vigilarían convenientemente... ¡a trabajar!... ¡A trabajar!...

Naturalmente no se opondrían a que, de cuando en cuando, y en ocasiones excepcionales, tomase parte en las veladas literarias; bien visto, esto serviría para ir adquiriendo relaciones y formar, poco a poco su prestigio, pero, lo principal era que estudiara, que acabara su preparatoria, hiciese su profesión, se recibiera y, luego, ya contando con todas las seguridades y prerrogativas que da el título, que se dedicara en sus ratos de ocio, a lo que quisiera: entonces, si se le ocurría perder el tiempo escribiendo tonterías o distraerse leyendo, ¡qué lo hiciera!... ¡ya ningún mal habría en semejante cosa!...

Y Héctor trabajó; estudió cuanto le fue dable, más que por las insinuaciones paternas, por su innata sed de conocimientos, y obtuvo buenas calificaciones, y acabó, con éxito la Preparatoria e inició con éxito, la profesional; nada más que, como las vocaciones no se hacen ni se tuercen, y como las predestinaciones psíquicas no se enmiendan al antojo de ninguno, por novilísimos que sean los móviles que se persiguen, Héctor Zubieta leyó y leyó cuantos libros pudo, de literatura y hasta de filosofía; y escribió constante y pensó terca y asiduamente; tanto y con el escalpelo de la reflexión, hasta la misma entraña de la vida y la encontró tan ruin, mezquina y sucia, que acabó por inferir que, si para ser semejante carroña, los hombres luchaban y estudiaban tanto, no valía la pena de engañar y engañarse diariamente hablando de grandezas y excelsitudes que no existían en ninguna parte.

Sin embargo, Héctor Zubieta no se hizo escéptico, pero, casi casi se convirtió en un estoico y esto cuando apenas cumplía 21 años, y los mejores augurios garantizaban las bonanzas de oro y gloria de su porvenir.

Bueno, puesto que era necesario vivir de algún modo, evidentemente que era mejor, con la convicción de que ya que, en el fondo la humanidad es páfida, vivir causando a los otros el menor daño posible y procurando, al mismo tiempo, hacer relativa la felicidad de los nuestros, que serán los únicos seres que nos acompañen

en nuestras tribulaciones y nos sigan y nos protejan en nuestros desastres...Héctor Zubieta acabaría su carrera; se recibiría de abogado —¿perfectamente!, ¡de acuerdo!— pero...también cultivaría la divina inquietud estética y filosófica con que había nacido!...Por esa razón, a hurtadillas, de cuando en vez o sin que nadie lo viera o lo supiera, trepado en la cumbre de la meditación más alta, se asomaría a contemplar el desfile de los siglos, la procesión de las edades, la caravana del tiempo, el caudal inagotable en cuyas corrientes invisibles, engrosadas con las lágrimas, la sangre y el sudor de todos los pueblos y los hombres, van flotando los esquifes de las esperanzas tercas y los tercicos ideales, siempre en pos de los paraísos mentirosos, de los edenes embusteros o de los dioses vagos, remotos, inasibles!...

Fue entonces cuando la familia Zubieta, siempre procediendo de acuerdo con la realización del porvenir del hijo, había decidido trasladarse a un lugar donde, a la vez que mejores maestros y oportunidades de instruirse, encontrara Héctor la manera de relacionarse con personas influyentes, abriéndose paso, de este modo, en una sociedad cuyas mayores posibilidades le garantizaría el más lisonjero de los éxitos.

El padre ganaba bien; los pequeños terrenos y la casa de la provincia producían algo digno de tenerse en consideración; posiblemente dentro de poco, la cosa se pondría mejor si se arreglaban ciertos asuntos pendientes. ¿Qué más podía desearse? ¡A aprovechar cuanto antes la ocasión que no siempre llega; de una vez que el muchacho terminara sus estudios y encauzara su juventud, que es la época más difícil de la vida, bajo la vigilancia paterna; después ¡Dios diría!... ¡Lo esencial era eso!...Además las muchachas también podrán aprovecharse de las ventajas de vida capitalina aprendiendo cosas útiles y bellas; piano, canto, batik, bordado en máquina, y Rubén, si quería, que estudiara la carrera de Ingeniero Electricista si no, no le hacía; con los estudios que tenía hechos era más que suficiente para que, ayudado por su empeño y honradez, ocupara un puesto

decoroso en la sociedad... ¡Como Héctor no se perdiera ni se le fuese a ocurrir ser otra cosa que licenciado!...

Pero no, por eso toda la familia se iba en su zaga; no estaría expuesto a vivir en la horrible concupiscencia espiritual de las casas de huéspedes no extrañaría las costumbres y las delicadezas hogareñas; todo seguiría siendo igual en torno suyo: desde los objetos familiares hasta la ternura de sus padres y el cariño de sus hermanas.

Quedaría la influencia de los amigos, era verdad, quedarían aún las múltiples seducciones y tentaciones de toda gran urbe... ¡Quizás hasta a pesar de todo, Héctor sufriera una modificación ostensible en su carácter!... ¡No importaba; mejor que mejor; era tan retraído que un poco de libertad no sólo no le haría mal sino que contribuiría a hacerlo más accesible al trato de las personas!... ¡Con que no se abandonase demasiado en la pendiente y supiera mantenerse siempre en el justo medio, todo estaría arreglado!...

Y los pobres padres, vigilantes, atentos más que nunca, se apresuraron a seguir el desenvolvimiento de aquella existencia querida, en la cual sus espíritus cansados cobraban diarias transfiguraciones, esperando realizar, en el triunfo de la juventud del hijo, los sueños recónditos que nunca realizarán.

El padre particularmente, mostraba un empeño decidido. –Esto es, hijo, estudia, estudia; es tan bonito ser libre; disponer de uno mismo; trabajar cuando y a la hora que te convenga y no ser esclavo de un extraño, o lo que es peor, servir al gobierno que, el día menos pensado lo echa a uno a la calle sin tentarse el corazón... sencillamente porque ni siquiera lo conoce!... ¡Si yo hubiera tenido quien me sostuviera o cuando menos, quien me hubiese aconsejado!...

Y el buen hombre, esperanzado y gozoso, insistía; repetía a guisa de estribillo las mismas palabras y parecía, en el arrebató de su impaciencia sublime, querer, empujar él mismo, a su hijo, para que llegase más pronto al término anhelado, al que él hubiese querido llegar antaño, cuando la sangre era himno ardiente en las arterias juveniles y el corazón era una lira trémula, armoniosa de arrullos y melodiosa de canciones!...

VI

Ningún trabajo le costó a Héctor, dar principio a la realización de las aspiraciones paternas. Las mismas cualidades que le habían servido para destacarse en la provincia, le sirvieron, a su vez, para singularse en su escuela y captarse la estimación de sus compañeros y maestros. Por otra parte, los hábitos del estudio y la disciplina adquiridos en el terruño, así como la misantropía en que poco a poco había ido cayendo y la hosquedad que, a últimas fechas había ido invadiendo su carácter férreo, indomable y altivo, pusieronle a cubierto de los desvíos tan frecuentes en la juventud (sobre todo cuando se encuentra de pronto con todo género de facilidades) que si bien es cierto, en pocas ocasiones son pasajeros y carecen de importancia, en otras, en las más, constituyen un peligro capaz de echar a perder para siempre toda una existencia y de dar al traste con los más firmes y elevados propósitos.

No, no era posible que Héctor, acostumbrado a estudiar, encariñado con la soledad silenciosa del gabinete, materialmente enamorado de las cuestiones del espíritu y hecho todo a la meditación fecunda, aceptara y frecuentara, como tantos otros, el trato de sus compañeros escandalosos y retozones, frívolos, necios, presumidos. El ya veía la vida desde otros puntos de vista; no podía transar, por mucho que se empeñase en ello, con las insignificancias a las cuales dedicaban tanta atención y tanto tiempo los muchachos de su edad. Mantenía con ellos relaciones cordiales, y en ocasiones hasta paseaba en su compañía pero esto era por compromiso, por fórmula, únicamente porque no le tomaran como un pedante. En el fondo él seguía siendo el mismo estoico prematuro de últimas fechas; aparentemente de acuerdo con un mundo imposible de reformarse, pero en realidad inconforme, inquieto, susceptible; dispuesto a presenciar desde la altura de su pensamiento, el desfile de las pasiones humanas, más torpes y más ruines cuanto más de cerca se las viese.

Lo que a él solamente le importaba, al igual que a sus padres, era estudiar sin tregua ni descanso; terminar su carrera y recibirse. Lo demás, aquella sombra de fantasmas; aquella gota de amargura; aquella interrogación eternamente abierta; aquél quien sabe qué, indefinible e incoercible, que llevaba en la conciencia y, cuando menos lo esperaba, obligábalo a quitar los ojos de las páginas y levantar el espíritu más allá de la árida resolución de las cuestiones jurídicas; eso que no sabía cómo explicárselo o cómo arrancárselo para poder gozar de la tranquilidad bienaventurada del imbécil, ese afán de estar triste, ese empeño de encontrarlo todo imperfecto y absurdo que le había ido minando poco a poco su primitiva alegría de muchacho inteligente, simpático, comunicativo, accesible ¿eso?, eso... ya se iría acabando poco a poco a medida que el hombre se fuese formando y las diarias necesidades del comer y el subsistir fuesen imponiéndose con su urgencia inapelable y característica.

Un año le llevaría tan solo de poner en práctica tales propósitos, cuando, como ya lo hemos dicho, el desquiciamiento económico del hogar le obligó a iluminar su camino con nuevas reflexiones y hasta le hizo detenerse un momento, indeciso como se hallaba de proseguir por donde iba, a desviar en otro sentido la dirección de sus actividades.

¿Seguiría estudiando? No era mejor en tal caso, abandonarlo todo para poder ayudarle a su padre a buscar el pan que escaseaba y a impedir que se perdieran completamente las comodidades y satisfacciones que ya se iban?...Mas, no era también indispensable que, toda vez que tan grandes esperanzas había hecho concebir a los suyos y tantos sacrificios había costado su educación, haciendo un esfuerzo supremo, se sobrepusiera a cuanto estaba en su contra, y sin dejar de ayudar a su familia, continuara de una vez y terminara al fin, lo que, con tanto éxito, había comenzado?

Evidentemente, esto último era lo más razonable. Después de todo la misma escuela le brindaba la oportunidad de hacerse conocido y encontrar un apoyo en sus profesores y compañeros muchos de los cuales ocupaban un lugar distinguido en la sociedad.

Así pues, conforme con este criterio, continuó estudiando, esta vez con más tesón y empeño que nunca, al grado de que no fue pocas veces la alegría de sus éxitos, la que había bastado para iluminar inefablemente los espíritus ensombrecidos de los suyos.

¡Ah! Pero cuántas y cuán dolorosas tragedias se desarrollaban diariamente en el alma del estudiante pobre!... ¡Cuántas tragedias minúsculas en apariencia, pero intensamente vastas en la realidad de sus efectos inevitables.

El que ha tenido alguna vez que soportar las humillaciones que trae consigo la miseria, podría explicarse mejor, hasta qué punto las escaseces y privaciones deprimían el ánimo de aquel muchacho que, todavía en plena juventud, no solo se veía obligado a prescindir de las distracciones indispensables e innatas a sus años, sino que se veía compelido a echar mano de sus recursos adorablemente ingenuos o sublimemente heroicos, para evitar el escarnio o la chacota de sus compañeros alegres, sanos, satisfechos y bien vestidos.

Entonces supo Héctor Zubieta, el elegante señorito de antaño, lo que significaba las suelas gastadas, la piel marchita y los tacones torcidos del calzado. Por primera vez, en toda su vida, se estremeció de pavor al darse cuenta de la visible decoloración de sus trajes, de los dos únicos trajes menos viejos que le quedaban, y rojo de vergüenza y trémulo de ira permaneció sin saber que hacer al notar que sus camisas ostentaban remiendos demasiado visibles y que los cuellos, con los ojales agrandados por el uso, con desesperante facilidad se libertaban de los botones, amenazando, además, con abrirse y saltar al menor esfuerzo... ¡Menos malo que el sombrero, de buena clase, con una teñida había quedado todavía presentable y que las corbatas negras, lavadas cuidadosamente, aunque un tanto deslucidas, todavía tenían buena apariencia!...

Antes de ponérsela diariamente examinaba su ropa, acechando hasta la más pequeña rotura y cuando se daba cuenta de que el roce frecuente había dejado al descubierto la crudez de las entretelas, en las solapas del saco, o había desgastado las valencianas del pantalón teñía con tinta negra los puntos claros

y luego, encarecía a las hermanas que cosieran aquello de modo que no se notase mucho.

¡Pobres pero aseados! Había oído decir y él mismo lo había dicho muchas veces, echando en cara su suciedad al hampa desvalida...¡era falso!...Antes se cambiaba de ropa interior y camisas de encima, dos y hasta tres veces por semana, pero, como ahora no había con qué pagar a la lavandera y la ropa, ya vieja, se desgastaba con el lavado continuo, tuvo que resignarse, mal de su agrado, a mudarse sólo una vez a la semana, puesto que el jabón también, desgraciadamente era patrimonio de los ricos.

¡Maldita pobreza que no dejaba ni la fragancia de las cosas limpias; la albeante nitidez de las pecheras recién planchadas, el comfortable encanto de las telas aligeradas y suavizadas por el agua; el brillo de las sedas; el albor de los linos; el resplandor de los metales; el rubor pleno de frescura de los ladrinos! El espejeante cabrilleo de los mosaicos; la húmeda castidad de las duelas; y el sedoso esponjamiento del cabello, y la lozanía del cutis y la transpiración armoniosa, tranquila, perfumada y saludable!...

¡Maldita pobreza que así nos obligaba a ser asquerosos y repugnantes!... ¡Con razón los desheredados eran así!... ¿Quién gasta en asearse cuando no tiene para comer?...Puede un cerdo vivir revolcándose en su propio excremento, pero el lirio mismo, el más inmaculado de los seres, no puede erigir su egregia blancura si antes no ha ahondado sus raíces en el corazón munificente de la tierra.

Coronamiento, no pedestal, la limpieza no puede ir de la mano de la necesidad imperativa para lo cual lo indispensable es existir, no importa cuáles sean y cómo sean los modos de esa existencia!...

Hija de los dramas del pan, escoria de desventuras; excremento de lágrimas, mugre bienaventurada que afea los rostros y enloda los cuerpos pero que es el signo visible de las desigualdades sociales, la protesta muda de la gleba que envilecemos y después insultamos; la voz condenatriz, el grito espantoso y perpetuamente helado de los que tienen que andar como los cerdos porque

no poseen medios para vivir como los hombres; grito del alma, grito de la sangre; grito de la especie que salta de los poros y que se queda asquerosamente suspendido en la superficie de la piel esperando que los oídos misericordiosos que los oigan atendiendo a su requisitoria formidable, vayan a amasar, con el cebo de los potentados, el jabón de los pobres, el precioso jabón de los pobres a quienes hemos negado hasta ese supremo bien de la limpieza, con que colmamos diariamente a nuestros perros y caballos!...

En el extravío de su rencor Héctor Zubieta sentía ya hasta una especie de amor inexplicable por esa suciedad, fiel y única de los desesperados y vencidos ¿Madre de los microbios?, ¿Nodriz de las pestes? —se decía— Sí!... ¡Sí!...pero también anatema perpetuo contra los burgueses; contra los poderosos; contra los privilegiados; contra los que no llevan mugre afuera porque la llevan toda por dentro; en la piara de la conciencia apestosa; en el lugar vergonzoso del corazón mezquino; en la cloaca pestilente del espíritu tumefacto, tuberculoso, corrido de sífilis morales; de lepras asquerosas; del más hediondo y horrible de los cánceres!...

¡Mugre Bienaventurada! ¡Mugre pastora que oró en la atónita porquería del pesebre, cuando amanecía, en el niño de Jesús, la mañana de Cristo, el hijo de Dios que prefirió abrir la aurora de su misericordia en el hogar del Buey y del Asno antes que recurrir a la mugrienta caridad de los poderosos! ¡Mugre de sangre y polvo de los sayales de los ascetas; de las columnas de los estilistas; de las disciplinas de los místicos; de las celdas de los anacoretas!... ¡Mugre de Job, el santo, y de Diógenes, el filósofo! ¡Mugre del hampa en cuyos estercoleros se incuban siempre las revoluciones!... ¡Mugre de las catacumbas y de los suburbios de París!... ¡Mugre de las barricadas y de las trincheras!...de los descamisados y de los reclutas; de los revolucionarios y de los patriotas; de los apóstoles y de los héroes; de los hijos del pueblo y de los mimados del triunfo; de los abnegados y de los invictos; de los anónimos y de los inmortales!...

¡Mugre libertadora y emancipadora!... ¡Mugre de los desarrapados de Jemampes y de Valmy; del 14 de julio y del 12 de marzo!... ¡Mugre de las

chusmas de la Bastilla y del populacho que asaltó la fortaleza de San Pedro y San Pablo!... ¡Mugre de las muchedumbres francesas de 89 y de las muchedumbres moscovitas de 917!...Mugre de los harapientos que peregrinaron hasta Versalles, y que se amotinaron en Rusia, por falta de pan!... ¡Mugre de los hilachos sangrientos y de los pabellones manchados!... ¡Mugre del hacha de Cromwell y de la guillotina de Robespierre!... ¡Mugre de la pocilga de Marat, del tugurio de Saint Just, y de la madriguera de Fouquiere de Tinville!... ¡Mugre de las mazmorras de Siberia!...de las sentinas venecianas y de los sótanos inquisitoriales!... ¡Mugre de la Corte de los Milagros y del Comité de Salud Pública; de la Torre de Londres y de Tolón, y de San Juan de Ulúa!... ¡Mugre de los Fosos de Virincenes y del Paredón de San Lázaro... ¡Mugre de todas las cárceles y de todos los patíbulos!... ¡Mugre sufrida, mugre resignada, mugre mártir, mugre apostólica, mugre heroica! ¡Mugre de los pobres de todo el mundo; de los desheredados; de los hijos del arroyo! Mugre de los pueblos exhaustos y de las razas vencidas; de los judíos nómadas; de los húngaros transhumantes, y de nuestros indios, de nuestros indios mudos y estoicos que arrinconados en repliegues de sus montañas persisten en prolongar la huella de sus ancestros, sojuzgados y explotados por los aventureros de la conquista, hijos también de la mugre de España, porque la limpieza palaciega no fue entonces capaz de ir más allá de la estulticia y la estupidez de Fernando VII!

VII

No obstante ser tan exiguo el sueldo que se le ofrecía por ser profesor de las clases de Economía Política y Legislación Mercantil en el mismo plantel aristocrático donde estaba su padre de prefecto, Héctor Zubieta aceptó de buen agrado, porque hay circunstancias de tal manera difíciles que, para quien las atraviesa, la moneda más insignificante adquiere un valor fabuloso. Por otra parte, bien visto, casi ningún esfuerzo costaba a Héctor sustentar estas cátedras toda vez que

acababa de estudiar aquellas materias y máxime cuando sus alumnos, todavía muy jóvenes, tendrían de sobra con unas cuantas nociones elementales.

Sin embargo, no habían de escasear, por cierto, las dificultades y contratiempos, ni habían de hacerse esperar mucho los inconvenientes, no por imperceptibles menos dolorosos.

En efecto, Héctor también como su padre tenía que habérselas con señoritos relamidos, flojos, pedantes y altaneros, que sabedores de los apremios económicos de su nuevo maestro y alentados por su juventud, no desperdiciaban ocasión de zaherirlo, haciendo crueles alusiones a su padre: *El Cuico*, *El Capataz* según le habían apodado, el ingenio y la venganza juveniles.

Héctor, al principio, dominando su cólera a duras penas, se hacía disimulado; fingía no oír o no entender, y recurriendo a todas sus fuerzas, insistía una y otra vez sobre la cuestión en estudio, procurando atraer la atención de sus oyentes. Cierta vez, sin embargo, fue tan descarado el sarcasmo, tan grosera y burda la majadería, que, no pudo dominarse y dio rienda suelta a su ira amordazada y oculta durante tanto tiempo. Entonces su verbo se encendió y fulguró como una hoguera destructora y vengadora; las palabras, como faláricas ardientes, surgían de sus labios, para ir a caer sobre la expectación de sus discípulos atónitos; su pensamiento se convirtió en un flagelo dirigido contra las espaldas de los poderosos y su idea fue un látigo que cruzó el rostro de los mercaderes, de los ricos infames, sanguijuelas del pobre; de los padres potentados que no sabían ni siquiera educar a sus hijos, y de los hijos léperos y mal nacidos, que de ese modo contribuían al desprestigio de sus padres!... ¿Qué significaba aquello? ¿Qué querían decir esas alusiones al ser que soportaba tontas humillaciones sólo por sostener su hogar, por darles de comer a los suyos, por defender y conservar eso que es lo más santo que tenemos: la esposa, los hijos, los únicos seres capaces de comprender nuestro dolor, de interpretar nuestros suspiros, de restañar nuestras heridas y de enjugar nuestras lágrimas? ¿Comprendían, acaso, ellos, privilegiados de la fortuna, lo que costaba una abnegación semejante; lo que representaba de valor estoico,

el sacrificio de la dignidad en aras de la más noble, de la más sublime de las causas?... ¡Era verdad!... ¡Eran ricos, tenían cuanto querían; no necesitaban nada de nadie; la fortuna y la grandeza habían sido sus hadas madrinas!... ¡Ah!... Pero... ¿sabían, por ventura, si el futuro iba a serles tan favorable como el presente?... ¿Él también había sido como ellos: buena había sido su cuna y buena la posición de su familia; nada más que, como en este mundo no hay nada definitivo; ni es perdurable el bienestar; ni son inagotables los veneros de la felicidad y la dicha, ya lo veían ahora, vencido y humillado, teniendo que soportar las insolencias de quienes todavía no habían aprendido que, si hay alguna criatura sagrada en la superficie de la tierra, esa es la que nos dio la vida que acorda con el universo y un espíritu que armoniza con Dios!...

¡Tontos, atarantados!... Porque sí, él no podía creer que fuesen malos; a su edad la maldad era imposible!... ¡Irreflexivos y bruscos, pero, en el fondo, nobles como todos los muchachos!... ¡Bueno!... ¡Los perdonaba!... ¡De ahí en adelante serían todos excelentes amigos!, ¿verdad?... ¡Después de todo aquello no había sido para tanto; nada más que su hiperestesia; su exagerada sensibilidad; su amor propio cruelmente afinado por las penas, le habían hecho ver un vil ataque donde sólo había una inocente broma de estudiantes!... Mas, por fortuna, ya todo había pasado; que olvidaran ellos el incidente, él, por su parte olvidaría las puyas y todos quedarían en paz; sólo les suplicaba, eso sí, que respetasen a su padre; que comprendiesen la magnitud de su holocausto, que pensarán en que, no hacía mucho tiempo, había disfrutado de todas las consideraciones y comodidades de que sus padres disfrutaban!... ¡Al fin, bien visto, costaba tan poco ser tolerante y comedido con el pobre viejo!... viejo y achacoso más que por los años por la acción corrosiva de los sufrimientos interminables!... ¡Que respetaran a su padre, sí que lo respetaran; él se los pedía por lo más santo de su vida, por lo más caro de sus almas, por lo más bueno, por lo más noble, por lo más puro de su corazón!...

Los discípulos habían quedado absortos, inmóviles, sorprendidos. Al escuchar las primeras palabras, había sentido un calosfrío de estupor

y un ciego y recóndito impulso de cólera; después la indignación se fue transformando en una indescriptible sensación de vergüenza; luego un sentimiento de compasión insospechada sacudió sus fibras más íntimas y por fin, la más adorable de las ternuras humedeció sus ojos, iluminó sus almas y transfiguró en un éxtasis reverente, todos los ímpetus ciegos de su juventud. Tenía razón su joven maestro; cuánta verdad, cuánta belleza y cuánta sinceridad y amor había en sus palabras... ¡Tenía razón!... ¡Era muy cierto cuanto les había dicho!... ¡Comprendían que habían hecho muy mal pero le prometían cambiar por completo!... ¡Como se los acababa de indicar, serían sus mejores amigos!... ¡Si se hubiesen imaginado siquiera que iban a causarle tanto daño!... ¡En fin que los perdonara; él era bueno, y ellos a pesar de todo, lo estimaban bien y lo querían!...

La lección no pudo ser ni más eficaz ni más oportuna. Tal y como se lo prometieron, desde aquel día sus discípulos fueron para con él, comedidos, atentos, respetuosos; el alma juvenil, naturalmente sensible y noble, hecha para vibrar al unísono de los más puros sentimientos y para derramar sus bálsamos en las heridas más recónditas, apenas hubo conocido el drama oculto de aquella existencia y no bien adivinó, a través del río sonoro que manaba de los labios, la hondura trágica de una desesperación contenida, se abrió toda entera en ofrendaciones de afecto y silenciosa y fervorosa, se arrodilló junto al espíritu claudicante, con la fiel mansedumbre de esos lebreles de romance que se echan a los pies de los hidalgos desvalidos.

Desgraciadamente, ¿en qué grupo, en qué colectividad se dejará de padecer lo mismo? No todos reaccionaron de este modo; quedaron dos o tres irreductibles, descontentos, adoloridos (ofendidos según decían por los insultos que contra ellos y sus padres había proferido su maestro), que, a despecho de la conducta ejemplar de sus compañeros, ya encerrados en una reserva altiva o bien recurriendo nuevamente a la alusión más o menos velada, no perdían oportunidad de desahogar su rencor tan artero cuanto injustificado.

Esto fue más que suficiente para que Héctor, como todos los temperamentos de su especie, olvidara las múltiples consideraciones de la mayoría para fijarse sólo en la actitud hostil de aquellos cuantos descontentos.

Vano era que Gutiérrez, Aguilar, Martínez, León, Schultz y otros se escapasen de la Escuela para seguir oyéndolo en la Plaza de Miravalle, o para acompañarlo a tomar su tren. Vano era, igualmente, que las muchachas sus discípulas, le insinuaran delicados elogios y le pidiesen “algo” para su álbum o para el abanico, y vano también que Mier Zertuche, el discípulo que lo admiraba con veneraciones inagotables, se constituyese en su defensor incondicional y en el más noble heraldo de sus méritos y cualidades.

Todo en vano, Héctor, desconfiado por tanto desengaño, recibía con oculta reserva todas aquellas manifestaciones de estimación y simpatía, y sólo creía firmemente en la sinceridad de aquellos tres muchachos que, solapadamente, se burlaban de sus zapatos desgastados; de sus camisas remendadas; de sus dos únicos trajes parduzcos y deslucidos y de su sombrero, negro hacía tres años, pero a la sazón de un indefinible color tornasolado.

¡Ricos estúpidos, superficiales y necios!... ¡Medir y valorizar al hombre por la calidad de trajes!... ¡Buscar en el color de los sombreros la importancia de las personas!... ¡Escudriñar los zapatos en lugar de los espíritus ¡Revisar las camisas en vez de explorar las inteligencias!... ¡Brutos ricos, hijos de ricos tan brutos como ellos!... ¡Idiotas en ciernes dignos de figurar al lado de sus idiotas progenitores!... ¡Todavía iban a la escuela!... ¡Valientes bestias!... ¿Qué tenían que hacer allí esos ejemplares bovinos de la más asquerosa de las faunas?... ¿Qué falta les hacía aprender a aquellos gansos del Capitolio porque tan cobardes como tontos, ni siquiera serían capaces de anunciar la llegada de los bárbaros?... ¿Dorarlos de sabiduría cuando ya estaban suficientemente dorados de vanidad?... ¿Darles altas nociones y transmitirles fecundos conocimientos nada más para que los ostentaran torpemente después, con la misma insulsa suficiencia con que ostentaban sus trajes de figurín, sus cachuchas de apaches o sus perros policías?...

En fin que hiciesen lo que les viniese en gana; él se concretaría a cumplir con su deber. A pesar de odiarlos les enseñaría con toda su devoción; con todo el empeño de que era capaz... ¡Allá ellos si echaban en saco roto sus lecciones!... ¡A él nada le importaba; lo único que sentía era que, ya que no podían ser cultos siguieran siendo viles!...Pero, eso era inevitable; la maldad la llevaban en las venas; había nacido con ella; ella los había educado, ella los sostenía con ella seguían y seguirían viviendo!...A conformarse pues, a aguantarse, no había más remedio; se trataba no de divertirse sino de llevar aunque fuese una miserable contribución a su hogar...Procuraría hacerse disimulado; se armaría de resignación; iría a su clase como un martirio... ¿Acaso no era eso, y mucho más aún lo que hacía su padre?... ¿Por ventura no era mil veces superior el holocausto de ese pobre hombre, metido todo el día entre el lodazal de esas conciencias prematuramente corrompidas que, celosas de la nobleza que no poseían, se entretenían en manchar de injurias hasta la blancura de las canas?...

De este modo transcurrieron varios meses hasta que la enfermedad del padre, ocurrida cuando ya estaba por terminar el año, vino a matizar con nuevos tonos sombríos el monótono transcurso de aquel magisterio improvisado, y de aquella existencia dislocada.

Tan luego como el doctor les había confesado la gravedad del caso, Héctor, como si le hubiesen descargado un golpe de maza en el cerebro, había quedado sin saber qué pensar; sin saber qué hacer; atarantado, irresoluto, atónito, idiota...

¡Dinero!... ¡Dinero!...Lo que primero urgía era el dinero suficiente para afrontar la situación: pago del doctor, medicinas, alimentos sólidos y abundantes para los encargados de cuidar al enfermo, a fin de prevenir la naturaleza contra un probable contagio; ropa nueva para las mudas frecuentes, porque la que tenía puesta el pobre padre ya no servía, desinfectantes, tónicos para la madre, etcétera, amén de los gastos extraordinarios que tendrían que hacer si como era casi seguro, venían a acompañarlos, la abuelita y la tía que se había quedado en la provincia.

Ni qué pensarlo más...A buscar el modo de hacerse prontamente de recursos porque la enfermedad no esperaba, ni el acicate del dolor se detenía!...

La misma desesperación aguzó el ingenio y galvanizó la voluntad irresoluta. Héctor mismo se admiró de la rapidez con que encontró los medios a propósito para resolver la situación.

Valiéndose de la amistad de algunos buenos amigos de la familia, que residían en la provincia natal, puso en venta los terrenos y la casa que poseían, solicitando, mientras la operación se realizaba, un préstamo urgente que, con la misma garantía de los inmuebles le fue girado sin pérdida de tiempo. Además acompañando el certificado del facultativo, se dirigió a cierta Sociedad Mutualista de la que fuera socio fundador su padre, en demanda del auxilio económico a que tenía derecho y, como si no fuera suficiente, no sólo demandó del Director del Colegio, el pago del sueldo íntegro de su padre, no obstante que aún no concluía el mes, sino que consiguió, le fuesen anticipados a él también sus honorarios.

Moralmente, en cambio, el desastre fue inevitable, demasiado torturado ya era imposible que, ante nueva eventualidad, Héctor Zubieta se encontrara con la firmeza suficiente para arrastrar con ánimo sereno, las nuevas y fatales desazones.

Tantas y tan sucesivas tormentas le habían ido ensombreciendo los horizontes y borrando los caminos que, a la sazón ninguna estrella desplegaba los pétalos de su corola fulgurante, y ningún amanecer transfiguraba el cadáver de las sombras.

Embotado, casi, por la persistencia zahiriente del infortunio caminaba como un idiota, alelado, embobado, abstraído, sin darse cuenta de cuanto en su torno acontecía.

La vida de su padre estaba tan íntimamente ligada a la suya, comprendía tan bien; conocía de una manera tan perfecta, y penetraba con una tan infalible intuición los menores matices y los secretos más íntimos de aquella existencia en derrota; se compenetraba, tan admirablemente de sus padecimientos recónditos, de sus fracasos cuidadosamente ocultos, de sus pesares escondidos, silenciosos e inconfesados, que bien hubiera podido decirse que, en aquellos momentos

en que su padre carecía de conciencia, él había pasado a ser la conciencia del enfermo, el “yo” sensible del cuerpo embrutecido; el “sujeto” alerta y vigilante de aquel “objeto” humano, privado momentáneamente de todos los atributos de la inteligencia y la razón...

¡Lo que pensaría el pobre viejo, si pudiera!... ¡Lo que pensará cuando el relámpago de la idea resquebraje la montaña de plomo que descansa sobre su psiquis!... ¡El abandono definitivo de la madre; la orfandad desolada de sus hijos!... ¡Ella sin el compañero con quien ascendió a la cúspide del éxtasis y con quien compartió la más pura y sublime de las felicidades!... ¡Ellos, sin el amparo de la ternura más firme y de la firmeza más delicadamente fervorosa!... Seguramente, el pobre hombre, hasta se vería en el féretro, rígido, pálido, sordo a las imploraciones desgarradoras, indiferente a los llamados supremos, inmóvil ante los gritos empapados de lágrimas; y acaso hasta seguiría los pasos del cortejo fúnebre, y contemplaría el descenso de su propia caja, y presenciaría desde allí, desde su lecho de dolor, con el auxilio de su imaginación atormentada, el trágico regreso de los suyos a la casa ensombrecida, al hogar inconsolable; al humilde rincón donde habría desde entonces un lugar vacío; un hueco doloroso, un espacio desolado que no se llenaría jamás!... ¡Pobre padre!... ¡Pobrecito enfermo!... Y no dejaba ni por un momento de animarlo con su espíritu; de socorrer su inconsciencia con su razón; de transfundirle, en el cuerpo petrificado, la vibración de su inteligencia enloquecida.

Con obcecada terquedad requería informes hasta de los detalles más mínimos, relacionados con el estado del paciente. Con desesperado interés seguía asiduamente los progresos e incidentes de la enfermedad y cuando, obligado por sus ocupaciones, tenía que alejarse de la pieza del enfermo, por todas partes se llevaba la imagen querida y por todas partes, al conjuro de su imaginación febril, se iba representando las escenas que sus ojos no podían ver.

Ni siquiera durante el sueño daba tregua a esta incesante labor reconstructiva, a esta obsesión torturante y persistente. El ruido más imperceptible, el movimiento más leve, bastaban para sobresaltarlo y ponerlo alerta: el odio vigilante, la respiración en suspenso, el corazón estremecido... ¿Se encontraría peor?... ¿Le estarían dando los “papeles” para la calentura?...Y volvía nuevamente a hundirse en la somnolencia engañosa que no alcanzaba a narcotizar por completo la inquietud suplicante, incansable y lúgubre como los gusanos de las tumbas.

Cuando, como de costumbre, salía ya entrada la noche, a hacer ejercicio, procuraba alejarse cuanto le era posible de su casa; iba lejos, muy lejos, al otro extremo de la ciudad, o bien a alguna colonia circunvecina, esperando aliviar de este modo, con el cansancio del cuerpo, la fatiga del espíritu, y también, ¿por qué no confesarlo sin ambages? con el propósito contradictorio de borrar un momento siquiera la imagen torturadora del querido enfermo, en lucha desesperada contra el maldito mal. Luego, de regreso ya, con desazón cada vez más creciente, iba acercándose a su casa y cuando ya estaba en ella, espía primero por la puerta entreabierta de la recámara, para ver qué le decía la luz agonizante de la lamparita anémica, y con la boca seca y el corazón encogido, presa de extraño pavor, aventuraba la pregunta ¿Qué tal?... ¿Va mejor? ya en plena noche, mientras todos dormían o fingían dormir, cuando se quedaba solo en su cuarto de estudio, cómo era amargo y lento el transcurso de las horas que él creía ver arrastrándose como serpientes a sus pies, por entre las sillas, sobre los libros, debajo de sus papeles en desorden.

Presentimientos lúgubres le asaltaban; las ideas más trágicas chirriaban en su cerebro, como los vampiros entre las torres; imágenes dantescas poblaban su pensamiento con espantosa lividez de fuegos fatuos, y visiones macabras pululaban por su mente como fantasmas de cementerio o espectros de apocalipsis; o bien suposiciones opresoras que se afianzaban a su “yo” con terquedades de certezas,

lo estrujaban materialmente, lo desarticulaban; lo deshacían como a uno de esos papeles de cartón que ruedan en manos de los niños.

¡Si se muriera su padre!... ¡Si la maldita desventura les arrebatara hasta ese punto de apoyo; hasta esa ráfaga de luz; hasta ese oasis sereno, tranquilo, fresco y delicioso!... ¿Qué irían a hacer?... ¿Qué harían allí perdidos en la indiferencia de la urbe egoísta e inmisericorde; podrida de gusaneras sicalípticas; corrompida de prostituciones; llagada de intereses; tumefacta de vilezas, egoísmos y canalladas!... ¡Quién iba a tenderles la mano!... ¿Qué caridad había de socorrerlos; qué bondad había de levantarlos?...

¡Muerto su padre! ¡Cómo!... Así privado de cuanto mejor había tenido, roído por la miseria; minado y devorado por la desgracia!... ¿Se iría de ese modo?... ¿se llevaría a la tumba los ojos oscurecidos con el espectáculo de su familia desolada, sin amor y sin pan; y con el espíritu amortajado en la sobrecogedora profecía de un porvenir lleno de estrecheces y privaciones para los suyos?

¡Muerto su padre!... Inmóvil el cuerpo bien amado, yertas las manos encallecidas por el trabajo que, sobre las cabelleras de los niños, se tornaban suaves y acariciadoras; fríos los labios; fríos y mudos los labios húmedos de palabras dulces; los labios brujos de los que se habían desprendido la cinta caleidoscópica de los cuentos de hadas, allá en los lejanos días de la infancia que eran también, vistos desde el sombrío rincón actual, como páginas increíbles de cuentos inefables o estampas tricrómicas de historias inverosímiles.

¡Muerto su padre!, ¡su padrecito chulo!, como le decían hacía muchos años, él y sus hermanos, cuando se sentaban sobre sus piernas a sacarle el dinero de las bolsas o a pedirle que los llevara al circo. ¿Muerto su padre?... ¿Muerto?... ¡No!... ¡No!... ¡No!... ¿por qué había de morir?... ¡No moriría!... ¡Si era preciso que se obrase un milagro, el milagro se obraría!... ¿Cómo?... ¿por qué?... ¿Cómo? Como se obran todos los milagros, inesperada, asombradamente. ¿Por qué? ¡Porque hay vidas que no deben acabarse nunca; porque no es posible que la indiferencia humana se una a la indiferencia divina!... ¿divina?... Pero, ¿es que

Dios existía?... ¿No se lo habían matado a Héctor las disciplinas filosóficas; no se lo habían ido borrando poco a poco, del corazón, los ácidos corrosivos de la Lógica y Psicología positivistas; no se lo habían desmenuzado los análisis de las ciencias; de los estudios, de las experimentaciones implacables; no había visto su cadáver en la clínica de la sabiduría, cuyo escalpelo es capaz de viviseccionar el arco iris; de momificar la música; de fotografiar la idea y de reducir a quintaesencias químicamente puras, las más bellas, las más hondas, las más indescriptibles emociones?

¿Existía Dios?... ¿Acaso él creía?... ¡La fe, por ventura, habría izado su antorcha en aquel maremágnun de ideas y pasiones encontradas!... ¡Al conjuro del dolor, de la mano de la desgracia, habría vuelto nuevamente a las campiñas infantiles, cuyas rosas están llenas de silfos y cuyos pájaros son príncipes azules encantados o músicos vagabundos enamorados de las nubes!... ¡Limpio de toda mancha poseería nuevamente la sencillez pueril de los niños, de los bienaventurados y de los justos!... ¡Libre del fardo inútil de las vanidades científicas, sin darse cuenta, iría subiendo ya la escala de éxtasis, por la que suben los mansos de corazón al reino de los cielos?... ¿Su espíritu habría vuelto a ser niño?... ¿Esperaría otra vez?... ¿Soñaría?... ¿Creería?...

¿Creía nuevamente?... ¿Sí?... ¿No?... ¡Tal vez!... El sólo sabía que algo que había sentido antaño, volvía a invadir su cuerpo sacudiéndose con extraños calosfríos, que una ternura indecible suavizaba sus asperezas cuando se le quedaba viendo al “Divino Rostro” que, vigilaba en la penumbra, el lecho de su padre; que sin explicarse cómo, había caído de rodillas una tarde ante el símbolo eterno del crucificado, y que, desde entonces todos los días y cuando ya las primeras sombras nocturnas se arrebujaban en los rincones y se postraban en los confesionarios, penetraba al templo de la colonia aristocrática y arropado en la penumbra, se ponía de hinojos, fijos los ojos en el temblor pálido de la lámpara votiva (única adoración visible en el sacro recinto) y el espíritu arriba, muy alto,

más allá de la bóveda que se tornaba diáfana o incoercible; más allá del ábside inmaterializado y desvaído; más allá del tiempo y del espacio; quién sabe en qué abstracción o en qué sueño, pero eso sí, en una región donde las heridas se cierran, las inquietudes se duermen y las desesperaciones se apagan.

¡Portento de infortunio que, cuando la mezquina existencia de acá se nos derrumba, nos ensancha la esperanza, nos devuelve la fe y nos brinda la eternidad de la creencia a cuyo conjuro divino, los muertos se levantan de sus tumbas, los cementerios se tornan paraísos; la arcilla se ilumina, el barro canta y el pasado viene a nuestro encuentro de la mano del porvenir!...

VIII

Héctor Zubieta, como de costumbre, hallábase sentado en la rotonda principal del pequeño jardín que exornaba el fastidio de la colonia aristocrática.

Era la hora suntuosa de las pirotécnicas vespérales. Las púrpuras tirias del crepúsculo se enredaban en la opulencia trémula y húmeda de las frondas; los floretes luminosos de los rayos solares deshojaban los corazones de las rosas o se entretenían en quebrar el chorro de la fuente, cuyas despedacerías irisadas como polvo de ensueño se esparcía en abanicos ondulantes o naufragaban en el azogue inquieto de las ondas. El prado, todo de seda se distraía alisando los bucles de la luz que, enmarañados se desprendían de los árboles; el cielo tornasolado en los confines, con los desvaídos cambiantes de madre perla o caracola, íbase quedando azul, azul, de un azul profundo, anhelante de las estrellas que habían de venir y nostálgico de las nubes que no habían de volver. El viento campesino a la vez que ciudadano, susurraba un ángelus, en sordina; la vida profundamente saturada de ingenuidad eglógica era una muchacha romántica de ojos lánguidos y ojeras suavemente difumadas; el espíritu era un niño que correteaba y reía con los demás niños, el corazón una música recóndita, una exquisita música de arrullos y de besos.

¡Qué hermosos eran aquellos instantes de abandono y tranquilidad!... ¡Cuán grata era aquella frescura que creaba la imaginación ardiente y acariciaba la hoguera del pensamiento crepitante! ¡Si toda la vida fuese así; si, por lo menos, siempreuviésemos un instante como aquel en cuya muelle suavidad pudiésemos tendernos, como en el terciopelo de un musgo, a beber el paisaje, a saborear la belleza a captar gota, a gota, todas las esencias de las cosas; todos los perfumes de las almas, todos los ritmos de los cielos y de la tierra!

¡Qué dulce, qué inefable era aquello!...Y Héctor Zubieta echaba la cabeza hacia atrás, y entrecerraba los ojos, y dejaba que toda la vida se le escapase y se le fuese a deambular por las infinitudes vagas, perdidas, quiméricas, tranantes de quién sabe qué maravillas seráficas; armoniosas de no sé qué poemas y qué arpegios y qué voces inescuchadas!

¿Soñar!... ¡Soñar!.. Vagar en el vuelo del ave y en la carrera de la linfa; en el éxodo de la nube!... ¡Vagar; encontrarse libre del mundo, libre del espíritu, libre de la carne!... ¡Vagar sin fin ni término; sin propósito, sin objeto!... ¡Vagar a la ventura; inconsciente, despreocupada, ingenuamente así, así como aquel pétalo que no sabe a dónde va, pero que va feliz gozando de la brisa que lo besa sin importarle la disgregación que se avecina!...Y la podredumbre que lo acecha... ¡Vagar como la golondrina, como la mariposa o siquiera como el polvo, como el polvo mendigo y vagabundo que se dora con las miradas de todos los soles, y se azula con el perfume de todos los cielos, y se embriaga con la visión de todos los paisajes!... ¡Vagar!... ¡Soñar!... eternamente, indefinidamente

Sumido en tan grato arrobo se encontraba, cuando de pronto, un golpe suave lo despertó bruscamente, y un rostro que lo mismo podía ser de una hada madrina, que de una rorra, o de una muchacha de carne y hueso hizo su aparición subitánea, a la vez que, una voz llena de amabilidad insinuante desgranaba de los labios parlanchines.

¡Oh!... ¡usted...perdone señor!... ¡Este muchacho que es tan guerrista y atrabancado!...Le estoy diciendo que ponga cuidado cuando aviente la pelota, y ya ve usted, le ha pegado. Luego, sonriente, ágil, graciosa, se alejó.

Héctor Zubieta casi no se fijó en ella. Al contrario, lejos de mostrarse alegre por la aventura, se incomodó ¡Valiente tontería; haberle echado a perder tan hermoso instante por una cosa tan boba!...En fin, ¡no tenía remedio!...y visiblemente contrariado abandonó su sitio favorito, para volver nuevamente al otro día, a la misma hora.

De nuevo hallábase embebido en la dulzura de su contemplación cuando, ¡otra vez la pelota, y, lo que era más extraño, otra vez la muchacha inefablemente sonriente, que venía a reiterarle sus excusas trayendo, en esta ocasión a su hermanito, quizá para que juzgara de cerca los efectos de su repetida desobediencia!...Y, al otro día, lo mismo, y al siguiente, igual...Era inútil que Héctor escogiera otra banca distinta, la endiablada pelota, por quién sabe qué artes de magia, iba a dar siempre contra él, y la adorable muchacha, invariablemente, volvía una y otra vez a ofrecerle sus disculpas inevitablemente iluminada por la más arrobadora sonrisa.

¡La cosa iba tomando ya un cariz extraño!...Héctor Zubieta, por más decidido que estuviese a hacer a un lado tan vulgar incidente, no pudo menos que concederle, aunque fuese algunos instantes de atención. ¡La muchacha después de todo, no estaba fea!... ¡Hombre esto era demasiado rigor!... ¡Había que confesarlo sin reticencias: la muchacha era bonita y más aún, muy bonita, eso es, muy bonita y a mayor abundamiento, deliciosamente simpática!... ¡Sonreía de un modo tan dulce; eran sus ojos rasgados de unas tan apacibles miradas acariciadoras; su cabellera corta, blonda y leonada, encuadraba tan bellamente su rostro ingenuo de bebé; y era tan adorable su figura esbelta y armoniosa.

¡Sería intencional lo de la pelota! ... ¿Se trataría de un simple subterfugio; de un pretexto nada más?... ¡Imposible!... ¿qué podía querer de él, feo, pobre

y antipático esa jovencita elegante de ademanes desenvueltos que, a las claras, denunciaba ser hija de padres ricos o acomodados, cuando menos?... ¡Que tratara de buscar la amistad de un petimetre vacío y relamido, perfectamente lógico; pero que se hubiese fijado siquiera en él, aunque fuese por un rato, increíble, completamente inverosímil... Precisamente esa era la colonia de los idiotas amoríos y esas las horas en que más abundaban los tontos desocupados y bien vestidos; pretender por lo tanto que hubiese escogido a él era una torpeza!... ¡Casualidades, meras casualidades ¡eso es!... Claro eso era: una maldad, una inocente y estúpida maldad repetida frecuentemente con la festiva intención de regocijar al hermanito cómplice, y de divertirse ella a su vez discretamente!...

Ahora, que ella era bonita, ¿quién lo dudaba?... ¡bonita, y muy bonita ya lo había dicho; de una belleza nada vulgar, encantadora, adorable, una de esas adolescentes de languideces de antílope y elegancias de cisne y de gacela, dignas de perpetuarse en las metopas de Fidias o de reproducir las euritmias coreoplásticas bajo el cielo armonioso de una mañana de Atenas!...

¡Si pudiera él alguna vez iluminarse con el encanto de aquella mirada; si, cuando menos, se siguiera repitiendo el incidente bobo para continuar oyendo la melodía de las palabras sedosas y seguir arropándose en el fulgor de la sonrisa adorable!... ¡Que era una maldad; una inocente, pero una burda maldad!... ¡No importaba!... El seguiría viéndola y escuchándola y...era suficiente; ¡qué más quería!... ¡qué más podía desear para aligerar sus pesadumbres, y entrever los inalcanzables paraísos!... ¿En una gota de agua no irradian todos los jardines luminosos del espectro y coruscan y se desbaratan en brillos todas las pedrerías del sol?...

No tuvo que esperar mucho tiempo. Al día siguiente otra vez la pelota llegó, como heraldo de la aparición divina; sólo que, en esta nueva ocasión, Héctor Zubieta, incapaz de disimular a duras penas se la quedó viendo largamente, hondamente, fervorosamente, de tal modo y con tan suplicante insistencia que ella, a su vez, se turbó, bajo los céreos párpados, orlados de luengas pestañas,

murmuró quién sabe qué palabras entrecortadas, y...se fue; sí se alejó, corriendo como solía...nada más que, a pesar de todas las apariencias, ni ella se fue como se iba antes, ni él se quedó como se había quedado otras veces... ¿Qué habrá en todo eso?... ¿Por fin?... ¡No!... ¡Imposible!... ¡A qué forjarse ilusiones!...

Vano fue que la tarde siguiente, Héctor Zubieta, esperase la visita del azar, la muchacha ya no volvió a presentarse. Tres, cuatro, quién sabe cuántas veces había cambiado de lugar, y...ni por esas; la adorable muñeca no aparecía; no apareció por ninguna parte.

Entonces fue cuando Héctor se dio cuenta de que la amaba...Disgustado, desencantado, herido se alejó del jardín cuando ya todos los enjambres sidéreos labraban sus mieles luminosas... ¡Ella no había llegado; tonto, y él que esperaba que llegase!...¡A otra cosa!... ¡A sacudirse el polvo de oro que, si está bien en la seda efímera de las mariposas, está muy mal en el crespón de los cuervos!... ¡A olvidar aquel espejismo transitorio y falso como todos los espejismos!...

¿Quién le había dicho a él que esperase nada de la vida; no tenía ya bastante con los desengaños sufridos; no se había podido convencer aún de que su sitio estaba en los rincones inéditos, sombríos de soledad y helados de silencio?... ¿No columbraba, hacia atrás, la huella sangrienta que iban dejando sus pasos y, no atisbaba los presagios siniestros que signaban su porvenir?... ¡Haberse dejado embaucar por una linda cara!... ¡Pero Señor!...¿qué no tenía cabeza para pensar?

Y todavía sentir, creer sentir que la amaba, cuando era ya incapaz de amar otra cosa que su pobreza inseparable y su altivez irreductible.

Y, ¿eso que experimentaba a pesar suyo?... ¿su misma terquedad en esperarla una hora, dos horas más del tiempo que acostumbraba permanecer en el jardín?... ¿Y la atención, y la reflexión obstinada que estaba gastando en plantearse y discutir un problema que ya juzgaba resuelto?... ¿Todo ese conjunto incoherente de indecisiones y determinaciones vagas; de esperanzas y desesperanzas; de optimismo y pesimismo?... ¿Eso?... ¡Nada!... ¡Qué diablo!... ¡La sugestión alcahueta que pretende establecer relaciones imposibles; y que trata de armonizar

existencias inconjugables!... ¿Amor?... ¿Simpatía?... ¡Nada, qué!... ¡Un capricho, una estupidez como cualquiera otra!...

IX

Señor ¿tiene usted la bondad de darme su hora?... ¿Cómo?... ¿Se trataría de una alucinación?... ¿Los ojos apacibles de miradas lánguidas estaban allí, frente a él aterciopelando las esperanzas de su soledad?... La divina voz se desgranaba en sus oídos acariciando, con muelles cadencias, la frente pensativa del silencio...

—¿Mi hora, señorita?... ¡Perdone usted; no tengo reloj, pero, no debe ser tarde!

—Es verdad... pues de otro modo ya se hubiera usted ido; me he fijado que siempre se retira usted antes de la siete.

—¡Ah! ¿Se ha fijado usted? pero, eso sería antes; no olvide usted que hace ya muchos días que no nos vemos; puede haber cambiado de costumbre; quizá desde entonces me retiré más temprano a más tarde... ¡según!...

—Es cierto, hace, como un mes que no vengo por aquí, papá quiso que nos fuésemos a pasar unos días a la hacienda. Sin embargo, yo nunca creí que lo notara usted, después de todo debía haberle chocado ya la pelota de mi hermanito!...

—¡Al contrario! ¡No puede usted imaginarse lo que yo quiero a esa pelota, porque si no hubiera sido por ella, jamás me encuentro con usted.

—¿Ah sí?... No obstante, confiese usted que, antes de eso nunca se había fijado en mí, a pesar de vernos todos los días, mientras que yo...

—Usted... ¿Qué?...

—Yo... ya lo conocía; imagínese usted, que sé hasta su nombre.

—¿Mi nombre?... ¿Usted conoce mi nombre?...

—Su nombre de usted, sí señor, o ¿no se llama usted Héctor Zubieta?...

—Precisamente ¡mas!... ¿Quién se lo dijo: cómo lo supo usted?

—Nada más fácil: Desde hace tiempo me había usted llamado la atención y, ¿por qué no confesarlo francamente?, me había chocado un poco la presencia y carácter de usted. Solo, siempre solo, indiferente, despectivo, orgulloso; sin dignarse concedernos, siquiera una mirada, a las muchachas que frente a usted pasábamos; ocupado algunas veces en leer y otras en pensar no sé qué cosa, muy importante al parecer, según nos los decía la extraña expresión de su boca contraída. Silencioso, huraño, triste... ¡en fin!... completamente distinto, absolutamente al revés de cuantos muchachos habíamos conocido hasta entonces.

Por eso tal vez, o quizá porque nuestro amor propio quiso darse por vencido, acabó usted por interesarnos a todas las muchachas de la colonia que venimos a pasear por las tardes, quienes justamente ofendidas por su indiferencia, le pusimos desde entonces: Simón.

—¿Simón?, Señorita... ¡Tantas gracias!...

—¡Sí!... Justamente... Simón; Simón el enterrador!... Pues bien como le decía, no le queríamos nada, no lo podíamos ver, ni en pintura; nos chocaba usted como no tiene una idea... De haberlo podido hacer, lo hubiéramos sacudido con todas nuestras fuerzas para que se le quitara lo grosero mas, precisamente por esa aversión que nos inspiraba, no nos era usted indiferente. Apenas llegaba nos lo decíamos las unas a la otras, saludándolo con las peores burlas... ¡Muchachas, pónganse tristes, ahí está Simón el enterrador!... ¡A ver, ¿quién quiere ir a juntar para el entierro?... ¡Cuidado!... ¡No se rían!... ¿quién está enferma de espanto para que le vaya a dar el pésame?...

—Y así mil indirectas más, por el mismo estilo, de las que usted con gran disgusto nuestro, no se daba cuenta, o fingía no darse cuenta nunca.

—La seriedad de usted, nos intrigaba, nos hería de reojo o descaradamente, ¡al fin usted no se daba cuenta de nada! espiábamos todos sus movimientos; explorábamos minuciosamente el punto en el cual se fijaban sus ojos, esperando encontrar alguna explicación de tan extraña conducta... y ¡nada!... hasta que un día vimos que dejaba usted un libro olvidado sobre la banca. Precipitadamente

nos arrojamos sobre él, echamos una “porra” a ver a quién de todas le tocaba y me tocó a mí; quisieron arrebátármelo de las manos, para averiguar si tenía siquiera su nombre; para saber cuando menos qué clase de libros eran aquellos que tanto le interesaban a usted pero yo, que quería gozar sola de tan interesante hallazgo, corriendo como una chiquilla, me lo llevé hasta mi casa, sin preocuparme para nada de las protestas de las demás. Ya en mi casa lo abrí; era un libro grueso, no muy grande que se llamaba de tres modos.

—Cómo, ¿de tres modos?

—¡Sí... No se ría usted. Tenía tres nombres. Por cierto que sólo me acuerdo de uno de ellos: Platón.

—¡Ah, Sí... Sí... Platón, Kant, y Boutroux...! ¿No es eso?

—¡Exactamente!... Así se llamaba y tenía en la misma página del título el nombre de usted. Inclinado así, atravesado, mejor dicho, y escrito con tinta roja: Héctor Zubieta, y abajo una raya que seguramente ha de ser la rúbrica; 1922... Pero, lo más interesante no fue esto... ¿No se acuerda usted?

—¿De qué?

Pues de que, como a la mitad del libro, había usted dejado también una carta dirigida a un amigo suyo de Sinaloa; un doctor me parece que Millán... Una carta que no pudiendo resistir la curiosidad, leí de cabo a rabo. Por eso tuve miedo de devolverle a usted el libro como querían mis amiguitas despechadas... ¡cualquier día se lo devolvía a usted sin la carta o lo que hubiera sido peor, con la carta abierta!... ¡Imposible!... ¡Qué vergüenza!... ¿Verdad?

—Y entonces por qué no lo dice usted ahora.

— ¡Es muy distinto!...

—¿Muy distinto?... ¡Yo no encuentro ninguna diferencia!.

—¡Puede ser!... Pero... ¡Bueno!... ¿Sinceramente, sigo siendo para usted una de tantas?... ¿Cómo se dio usted entonces cuenta de que había dejado de venir?... ¡Será posible!... Mire usted Héctor, yo le conozco ya... ¡a qué fingir, a qué callar

más tiempo!, yo ya sé, por lo que leí en su carta que usted sufre y ha sufrido mucho; porque circunstancias terribles lo han obligado a dudar hasta de sí mismo; que desconfía usted de todos y de todo que, como Hamlet juzgue usted como me he aprendido párrafos enteros, en fuerza de releerlos constantemente mancha lo que toca; que viene usted de más allá del infierno: de la vida, de la vida cruel que nos obliga a vivir aunque no queramos; que ya sólo cuenta usted con la ternura de sus padres y sólo fía en la abnegación de los suyos; más también sé, —¡recuerdo de igual modo estos otros renglones suyos!—, que si hubiera, aunque fuese un hilo de mil entre sus zarzas, de rodilla iría usted bebiéndolo gota a gota, nada más, para que su madre se alegrara con su alegría; y que si en la esperanza de su soledad, pudiese incubarse la crisálida de un sueño, usted, con los fervores que le quedaban, la incubaría siquiera para que el amanecer del vuelo iridiscente tornasolase un poco las sombras de las tristezas hogareñas!... ¿Me he equivocado... ¿No es cierto cuanto he dicho?... ¡Es verdad!... ¡Sí... ¡es cierto!... respondió Héctor, con una voz en la que había infinitas e inconfesadas gratitudes.

—¡Bueno!,... ¡pues!... ¿Entonces?... ¡Mire usted!...

—¡Yo no sé lo que vaya a pensar de mí! ¡No me importa!

Sé que es un hombre distinto de los demás... Chiquilla como parezco, y a pesar de mis 17 años yo también soy diferente a las demás muchachas. También soy triste como usted y huraña, ¡no lo crea! sino que mis padres me obligan a andar con mis amiguitas y yo, ¿qué quiere usted que haga?, tengo que resignarme a obedecerlos. Desde que leí su carta, experimenté, en mi conducta hacia usted, un cambio brusco; me expliqué muchas cosas que antes me parecían inexplicables o absurdas. Inmediatamente le concedí a usted la razón y hasta me puse en su lugar y lo seguí con la imaginación a todas partes.

—¡Pobre! —me decía—... ¿En estos momentos, qué nuevo dolor estará sintiendo? Sin amigos, sin diversiones, solo, y sin embargo, altivo... ¡ya quisieran ser así todos estos tipos fastidiosos que nos empalagan con sus insulsos piropos

y nos marean con sus flirteos insubstanciales... ¡Naturalmente, nada de esto les comunicaba a mis amiguitas!... ¡Las bobas, ni siquiera se dieron cuenta de la carta! Pero yo, desde entonces procuré irme alejando de ellas, sobre todo cuando venía al parque, y con el pretexto de distraer yo misma a mi hermanito Raúl, me ponía a jugar a la pelota, procurando estar siempre frente a usted para ver si algún día se dignaba verme, nada más que, como usted, no se daba cuenta de mi presencia, tuve que recurrir a otros medios... ¡Usted me dispensa! ¿verdad?... ¡Oh, qué pena Héctor, qué pena!... ¡Lo que irá usted a pensar de mí!...

—¿Qué quiere usted que piense?... ¡Tranquilícese usted!... ¡Es usted demasiado generosa para que la ofenda con suposiciones viles!... ¿Que la dispense a usted!... ¿Que la dispense?... ¡Oh! descuide usted no sólo la dispenso, se lo agradezco mucho, mucho... y ya que usted ha sido tan gentilmente sincera, le abriré a mi vez mi corazón, siempre que me prometa no burlarse de mí y olvidar mis palabras si no acepta usted mis propósitos... ¿Se acuerda usted de la última tarde que vino a presentarme sus excusas?

¡Sí!...

—¿Por qué razón bajó usted los ojos y se puso toda encendida?...

—¡Usted me había visto de tal modo!...

—¿De qué modo?... ¿A ver?... ¿Ese modo de mirar no le dijo a usted nada?... ¿Después de haberla visto a usted así, necesito prostituir la pureza de la pasión con la miseria del lenguaje?... ¿Será preciso que le repita que la quiero?...

—¿Es posible?... ¿También usted me quiere, Héctor?... ¡Oh!... mire usted si yo puedo ser ese poquito de miel de que hablaba en su carta, aquí está mi vida toda entera, aquí está mi alma; bébala usted hasta no dejar nada, nada, ni una gota!... ¡Con haberle servido algo tendré de sobra!... ¡Héctor!... ¡Héctor!... ¿No me va usted a considerar como una muchacha ligera, verdad?... ¡Usted me comprende como yo lo he comprendido!... ¿No es cierto?...

—¡A qué pensar en esas cosas; yo no hiero jamás a quien me socorre, ninguna necesidad tenía usted de exponer, si realmente no sintiese usted por mí, algo más fuerte que las mojigatas convenciones sociales!... ¡Muchas gracias!... ¡Mil gracias!... únicamente que...

—¿Qué cosa?...

—¡Quién sabe!... ¡No me explico!... ¡No puedo creer en tanta felicidad!... ¡Tengo miedo! ¡He sido siempre tan ruín, tan mezquino, tan poquita cosa!... ¡Soy tan desconfiado!... pero, ¡no le hace!... aunque esto no durase mucho tiempo, aunque terminara hoy mismo... ¡ya es bastante! ¿Qué más quiero?... ¿qué otra cosa puedo desear?... ¡Por primera vez en mi vida una mujer, y una mujer ingenua, inteligente y bella como usted, me ha dicho que me quiere!... ¡Con esta chispa tengo para iluminar todas mis sombras!... ¡Este jironcito de azul es suficiente para llenar todos mis cielos!... Ahora, sólo dígame usted cómo se llama, para poner su nombre en mi corazón como una custodia en un altar.

¡Leonor!, Héctor, Leonor Gutiérrez, murmuró, susurró, mejor dicho, con una voz, aún más dulce todavía, y luego, apresurada y bruscamente, como si hubiese despertado, de pronto, de un sueño adorable, añadió... ¿Debe ser tarde?... ¿verdad?... ¡Me voy!...

—¿Se marcha usted ya?... ¡Ah!... En efecto... ¡debe ser tarde!... ¿Quién sabe cuánto tiempo hayamos estado hablando y yo que ni siquiera le invité a usted a sentarse! Perdóneme usted!... ¿Y, su hermanito?... ¿Dónde estará su hermanito?...

—¡No hay cuidado, mi hermanito se quedó allá, al otro extremo, junto al quiosco, con la criada... ¡Seguramente ya hasta se fueron!... ¿Viene usted mañana, no?... ¡Nos vemos entonces!... ¡No!... ¡No me acompañe, podrían notarlos mis amiguitas!... ¡Hasta mañana, Héctor, aquí mismo; a la hora de siempre!

Y al tenderle la mano, suave y túrgida, fluyente de ternuras acariciadoras, embalsamó sus heridas con la mirada más dulce de sus ojos de antílope. Y se fue. Pronto se desvaneció su silueta adorable en la penumbra de la fronda, mal alumbrada por los arbotantes lejanos y Héctor se quedó como en un pasmo, idiota de felicidad; embrutecido de alegría; petrificado de divino y santo gozo...

¡La amaba! ¡Amaba!... ¡Palabras en las que cabían infinitas, inexploradas eternidades desconocidas, fábulas increíbles; portentos inenarrables!... ¡Amor! ¿Sería verdad?... ¿Estaría soñando todavía?... ¿Iría ya deambulando como lo había anhelado, por las regiones inconsútiles donde el corazón de las horas apaga sus latidos para no interrumpir el ritmo pitagórico, ni salpicar de lágrimas el candor armonioso de las músicas de Santa Cecilia?...

¡Amor!... El azul coronado de estrellas; el lago flordelisado de cisnes; la fronda embelesada de perfumes; ¡el nido adiamantado de gorjeos; el alma arrobada de maravillas!...

¡Amor!... ¡Amor!... ¿Excelsitud?... ¿Miseria?... ¿Crimen?... ¿Virtud?... ¿Grandeza?... ¿Vanidad?... ¡Quién sabe!... ¡Quizá el maravilloso puñal de Benvenuto coruscado en el puño del condotiero!... ¡La serpiente de esmeraldas y de lengua bífida!... ¡La canción de las oceánidas bajo la tragedia de Prometeo!... ¡Las Sirenas de Ulises en el mar pagano!... ¡Las brujas de Mácbeth del drama eterno!... ¡La heroica indiferencia de Hamlet!... ¡El velo de la Diosa Mab sobre las llagas de Job!... ¡Antígona!... ¡Alceste!... ¡Cleopatra!... ¡Lucrecia!... ¡El falso amor de los hombres!... ¡El efímero o fingido amor de los pueblos!... ¡Las cintas de oro y la máscara rútila de la momia de Sesotris!... ¡Y las pirámides sarcásticas aplastando de olvido egregios despojos!... ¡Y los mármoles fríos y los bronce fríos y los huesos fríos, fríos de soledad y helados de indiferencia, cuando no informes o dispersos en la nada anónima, fecunda y todo poderosa!...

¡Amor!... ¡Amor!... ¡Oh Cuasimodo!... sólo tú puedes vanagloriarte de haber conocido el amor de veras; porque Esmeralda, la que te dio de beber en el suplicio, más allá de tu cuerpo deforme y contrahecho, encontró el alma y te amó en tu alma, en la aurora de tu alma, como el sembrador que ama la tierra en las transfiguraciones del germen; crisálida de las primaveras de las flores; nido y cuna de los amaneceres de la savia!...

¡Amor!... ¡Amor!... ¿Tragedia?... ¿Bienaventuranza?... ¡Ya se lo iría diciendo el tiempo, poco a poco, o muy pronto quizá; ¡tal vez mañana mismo!...

X

Dos meses hacía ya que duraba el idilio. Héctor se sentía otro. Su vida ya tenía un incentivo; un impulso generoso y eficaz.

Todos los sufrimientos resultaban fácilmente llevaderos ante la sola perspectiva de verla, de hablarla, de sentirla cerca de su corazón, recostada sobre su alma, sentada junto a su vida. Las más ingratas labores desempeñábalas con gusto; estudiaba con verdadera furia. Abrevaba resuelta y abnegadamente cuantos sinsabores sobrevenían, porque en todas partes donde estaba ella con él, iluminándolo, alentándolo, fortaleciéndolo, con la santa caridad de su presencia; con el efluvio inconsútil de su imagen; con el perfume de su remiscencia, impalpable, adorable, delicioso!...

Diariamente, en cuanto daban las cuatro de la tarde, apresurábase a tomar su tren para irse a dar su clase, al fin de la cual había de encontrarse con ella, que, o bien lo esperaba ya en el parque, jugando con su hermanito, o se adelantaba a encontrarlo por una de las calles diagonales de la elegante barriada.

Al principio siguieron frecuentando el pequeño jardín donde se conocieran; pero luego bien sea para evitar la impertinente curiosidad de los desconocidos o la presencia nada agradable de las intolerantes amiguitas de ella, optaron por pasearse a lo largo de las hermosas avenidas sombreadas de árboles y exornadas de candelabros, llamadas pretensiosamente “boulevares”; o bien se iban a sentar a la “plaza del Ajusco”, amplia y bella rotonda ilustrada con la tranquila serenidad de una fuente vasta y armoniosa, en cuya página límpida comenzaban a escribir, a esas horas, sus madrigales dorados, las estrellas.

¡Ahí estaban uno junto al otro, casi sin decirse nada o diciéndose lo menos posible para que fluyese mejor la melodía de los espíritus... ¡Ella siempre dulce, siempre delicada, siempre buena; él alucinado, extasiado, fervoroso!...

A veces la pureza del cielo ensanchaba sus vidas en afanes de vuelo y eran los dos, como las dos alas del mismo pájaro, del mismo querube o de la misma

ilusión; otras la límpida conformidad del agua los hacía sentirse claros y sencillos, ingenuos y misericordiosos, a la manera de la linfa que copia las estrellas para que las vean de cerca los niños y puedan cogerlas con las manos!...

¿Verdad que es bella la vida?... ¡Tonto!...canturreaba ella acariciando los dedos del amado, con sus dedos. ¡Mira!... ¡hasta esa nube se ha quedado inmóvil para vernos mejor!... ¡Es tan bello quererse como nosotros nos queremos... ¡Héctor!... ¡tontín!... ¿Verdad que la vida es bella?...

—¡Sí, Nenita!...Pero más bella que la vida eres tú; mejor dicho, la vida, mi vida, sólo es bella por ti!

—¡Anda, zalamero!... ¿y tú?... ¿tú?... ¿tú?... ¿Acaso crees que sin haberte conocido hubiera podido amar y ser lo que soy...Porque; ¡no creas!... el amor nos hace distintos; como que nos levanta; como que...¡eso es!... ¡eso es!; como que nos va quitando la carne y nos va poniendo luz y música; mucha, mucha, mucha luz y mucha música; a tal grado; en tal cantidad, que por donde quiera que vayamos es de día, y el viento como tú dices, esta embalsamado de canciones!... ¡Yo!... ¡Sólo yo!... ¿Y tú que me llevas de la mano por este camino que es un cuento?...

—¿Yo?... ¡Exageras!... ¡Yo siempre he sido menos que tú y menos que nadie!... ¡Barro de dolor y de miseria; entre tus manos me vuelvo armonioso como la peor de las arcillas al conjuro del esteta!... ¿Quién era yo; qué cosa era cuando me conociste y viniste a mí para animarme con tu ternura, para resucitar con tu amor, el cadáver hediento que llevaba dentro de mí mismo?... ¡Acuérdate; ni siquiera te había distinguido en fuerza de tener los ojos ciegos para el mundo de la felicidad y los oídos sordos para los cascabeles de la alegría!... ¿La belleza, la gracia, el candor, adorables y sonrientes pasaban junto a mí y yo no me daba cuenta, no podía darme cuenta porque constantemente estaba viendo para adentro; clavada la atención en la cruz de mis desesperaciones ocultas; amortajada la idea con el sudario de las desolaciones definitivas; devorado

¡Misericordia! (1981)

el pensamiento, por la gusanera de los pesimismos inconfesados!... ¡Nada; quizá menos que nada era yo cuando viniste a mi vida, como fue María de Magdala a la tumba del Nazareno, y al igual que ella, con el poder de tu amor me resucitaste!... ¡Oh, Leonor amada, adorada mía!... ¡Cuánto te debo!... ¡Cuánto!... ¡Si me fuera dable hacerte con la existencia que me queda una guirnalda de besos para coronarte; una rosa para tu frente, un miraje para tus ojos, un milagro para tu corazón; aún así, no te habría pagado ni siquiera el paraíso de una mirada!... ¡Leonor, amada mía; nenita mía; por ti, sólo por ti ya sé que es verdad el apotegma divino:

“¡Bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos!”...

Y ella embebida, se recostaba blandamente sobre su corazón; y él conmovido la estrechaba contra su pecho, castamente, blandamente, arrulladoramente.

Así fue pasando el tiempo. Entre tanto, las condiciones de la familia iban de mal en peor. Privado de su empleo, el cual ya no pudo volver, no sólo por haber sido una de las causas de su enfermedad, cuanto por haber quedado reumático de una pierna, cosa que lo imposibilitaba para andar, amén de los agudos dolores que le producía, el padre de Héctor ya no podía llevar al hogar la miserable pero urgente contribución de su soldada, y la familia que únicamente contaba, a la sazón, con lo que restaba aún de la venta de las pequeñas propiedades pueblerinas, después de restringir sus gastos en una proporción inverosímil, materialmente ya no encontraba qué hacer.

Héctor, que no ignoraba nada de esto; al contrario, se daba perfecta cuenta de todo; él mismo requería informes minuciosos del desastre, empeñado como estaba en luchar, en trabajar encarnizadamente por dominar la situación; sin embargo, demasiado sumido como se encontraba en la somnolencia de su felicidad, en la vaguedad de su rosada quimera, veía con optimismo el porvenir, ¡con un optimismo tanto más ardiente cuanto más infundado!...y trataba de infundir a los suyos su propia confianza.

Desgraciadamente, la realidad, más fuerte que el ensueño, pronto hubo de desengañarlo. Al fin de abril ya casi se habían agotado todos los recursos; el padre había tenido que interrumpir sus diarias visitas al Hospital General, donde por costar menos, se estaba curando, y al dueño de la casa se le había suplicado que se pagase el mes que ya se le debía, con el depósito que obraba en su poder, y en su lugar del depósito como garantía de pago, se le había ofrecido el piano que era lo más valioso que quedaba.

Desposeídos ya de cuantos objetos relativamente superfluos poseían, como colgaduras, alfombras, etcétera, había sido preciso empeñar hasta los únicos abrigos regulares que les quedaban a las muchachas; la gabardina de Rubén que era la menos mala y el bastón de puño de oro del padre, que casi nunca usaba pero que conservaba con verdadera veneración por habérselo obsequiado la madre en ocasión de su matrimonio. Ni la colección de óperas y de piezas selectas de Isabel se salvó; ni el vasto guardarropa de tres lunas de la recámara de los padres; con todo esto cargo la Tía Adela la vieja agiotista, sorda, antipática y fea como una bruja, y tacaña y desalmada como una judía.

A mayor abundamiento, una de esas inconsecuencias tan frecuentes en nuestro medio social, había privado a Héctor de su cargo de profesor, arrebatándole, con esto, no sólo una mezquina pero en tales casos, indispensable retribución, sino, lo que era más doloroso todavía, la oportunidad de ver a Leonor todas las tardes (a Leonor es decir a la fortaleza de su ánimo; a la salvadora y a la confortadora), pues ahora, dadas las condiciones en que vivía iba a ser necesario que emplease ese tiempo libre en echarse a buscar materialmente qué comer. Por lo demás hasta su estado de ánimo hacía poco menos que imposibles tales relaciones... ¿Quién, en efecto, ante el desastre del hogar es capaz de encender otra luz que la de los blandones agonizantes?, ¿qué juventud, por avasalladora y soñadora que se le conciba tiene fuerzas para hilar el minuto azul, cuando el hambre y el dolor están labrando las horas negras y, las manos de la muerte, están tramando los sudarios?...

¡No!... ¡Se había acabado todo!... ¡Imposible; él no continuaría solazándose en felicidad cuando su familia moría de desventura!... ¡No, aún cuando le fuese dable verla, no la vería; le daba vergüenza; sentía pena de verse a sí mismo como cualquier petimetre de barriada, entregado a las felicidades del amor, teniendo como tenía junto a sí, angustias que necesitaban ser consoladas, desamparos que imploraban ser socorridos!...

¡Nada de tonterías!... ¡No!... ¡A luchar nuevamente con los suyos; a abofetearse con la suerte; a amasar el porvenir con lágrimas y con sangre; a humedecer los surcos con el sudor de la frente!... ¡A sufrir!... ¡A padecer!... ¡A agonizar!... ¿Leonor?... ¿Leonor?... ¡Oh desesperación infinita de los sacrificios sin remedio!... ¿Leonor?... ¿Leonor!... ¡Una caricia de perfume nada más; un murmurio de linfa, un susurro de viento!... ¡Leonor!... ¡Leonor!...

XI

—¡Ingrato, ya ves, y decías que no me olvidarías nunca; que no serías capaz de vivir lejos de mí ni un instante y...un mes ¡qué!...más de un mes me has dejado plantada, sin dignarte responder siquiera mis cartas!... ¿No me quieres?... ¡Héctor!...Dímelo con franqueza, ¿no me quieres?...

—¡Si no te quisiera no hubiera vuelto!...Lo que pasa es que... ¡Mira Leonor!... ¿me perdonas?... ¿A qué he de sufrir nuevamente abriéndote mis heridas para que las veas?... ¿A qué te he de asquear con el espectáculo de mis llagas?... ¿Qué falta te hacen las explicaciones cuando aquí me tienes nuevamente, más fervoroso, más apasionado que nunca?...

—¡Bueno, si no quieres no me expliques nada!... ¡No te lo exijo bastante has hecho con venir!... ¿No es cierto?...

—¡Leonor?, ¿qué es eso?... ¿Te enfadas?...Tienes razón, nenita; nada más justo que exponerte las causas de mi ausencia; estás en tu perfecto derecho, mas... ¡Óyeme!... ¡Escúchame con indulgencia!... ¡Sé buena conmigo!, ¿qué te cuesta?...

¡He sufrido tanto Leonor; nenita mía; he sufrido tanto!...Y se le quebró la voz a punto de deshacerse en un sollozo.

—¡Pobre Héctor mío!... ¡Pobrecito de mi Héctor!... ¡Cálmate!... ¡Ya no hables de eso!... ¡Yo he tenido la culpa!... ¡Dispénsame!... ¿No es verdad que me dispensas?... ¡A ver fíjate bien; mírame; mírame!... ¿qué te dicen mis ojos?... ¡Guaje!... ¡Si yo sólo te lo decía por broma!... ¡No hagas caso!... ¡Si tratas de hacerme la más pequeña explicación me enojo!... ¡entonces sí me enojo de veras... ¡Tonto de mi Héctor!...Psh!... ¡Ni una palabra más!

—¡Vente, mejor vamos a ver los volcanes desde el Parque España!...

—¡Si vieras qué lindas han estado todas estas tardes!...

—¡Qué noble eres Leonor!...No me había engañado cuando me dije: Es verdad; la he ofendido, la he herido en su vanidad, que es, en la mujer, el punto más delicado; pero, ¡estoy seguro de ello, me perdonará; me abrirá los brazos como me los abrió ayer. Ahora; si no me perdona será porque no me ha querido, y entonces no sentiré haberla perdido puesto que si no me ha amado no la he tenido nunca!... ¿Dices que te olvidé?... ¡Mentira!... ¡Nada más que!... ¡Bueno!... ¡Sí!... Es muy justo nenita mía... ¡es muy justo!... ¡te lo voy a contar todo!...

—¡Que no quiero!, ¿estamos?... ¡he dicho que no quiero!... ¿sé que me amas y eso me basta!... ¡si hubiese desconfiado de ti, un poco siquiera, ya no te hubiera hablado!... ¡Párese usted, ándele perezoso: vámonos a ver los volcanes antes de que se ponga el sol!... ¡Así!...¡así!...qué bonito es ir así, cogidos de la mano como dos hermanos que se quieren mucho!...

—Sobre todo ¡qué bello es descansar la tristeza sobre un alma tan suave, tan dulce, tan caritativa como la tuya!... —Ah!... ¿Me permites que te hable sólo dos palabras acerca de mi ausencia?...

—¡No!, señorito; nada; ni una sola.

—Pero si es muy poco... ¡No seas mala!... ¡No voy a sufrir con ello: al contrario voy a gozar mucho!... ¿No quieres que goce yo nenita?

—Si me engañas verás... ¡Habla!...te lo permito; pero, no lo olvides; sólo deben ser unas cuantas palabras...

—De acuerdo, Leonor, pues bien; lo único que te quería decir es esto: jamás te he cambiado por nadie. Si no he estado contigo ha sido porque he estado con mi dolor; porque me he encerrado a solas con mi amargura; porque no he querido que sufrieses adivinando o imaginando siquiera mis sufrimientos porque...

—¡Ya es bastante... ¿Esas son dos palabras, Héctor?...¡Ya no me digas nada de eso!... ¡Tonto!... ¿Crees que yo no me lo había supuesto; piensas que no me di cuenta de ello desde que te vi nuevamente hace apenas unos momentos?... ¿Te figuras que quien te conoce tanto como yo, no es capaz de leer lo que pasa en tu corazón?... Desde que te distinguí, a través de un macizo con el que me protegí de tus miradas, sentado en la banca, más triste, más pensativo, más alejado que nunca, y pude darme cuenta de tu palidez y de la amarga contracción de tus labios, me lo expliqué todo inmediatamente; tú tenías algo; a ti te había pasado quién sabe qué cosa. Si no había vuelto no había sido por tu gusto...¡No!...el corazón me lo decía, y el corazón nunca engaña!...Entonces desistí de irme a mi vez, de hacerme disimulada, de no volverte a ver o por lo menos de no volverte a hablar, ni permitir que me hablaras; y no sólo busqué la oportunidad de que me abordaras, sino que yo misma vine a tu encuentro, un poco enfadada, sí; qué quieres siempre le duelen a uno los desaires aun cuando no sean intencionados; pero con el propósito firmísimo de no irme sin antes haberte desarrugado un poco el ceño y haberte embalsamado el alma con la más amorosa de las miradas de mis ojos... ¡Ahora, ya estoy aquí, aquí estamos ya los dos juntos, lo mismo que antes; igual que ayer y que mañana!... ¿A qué, pues, hacerte sangre con el recuerdo; a qué martirizarte con la memoria? ¡Guaje!

¡No pienses ya en nada de eso!... ¡Quiéreme!... ¡Ámame mucho!... ¡Eso es lo que has de hacer!... ¿Ya no es para ti Leonor lo que fue antes?

—¡No!... ¡Ahora es más; más todavía; porque si siempre es bella la caridad; es más bella cuando irradia sobre la angustia de los agonizantes, que cuando fulgura sobre las llagas de los desventurados!... ¡Más que nunca Leonor; más que ayer y únicamente igual que mañana; pues habiéndose acrecentado mi pasión cuanto le ha sido posible acrecentarse, menos probable que te pueda querer más, es que mi vida se consuma en fuerzas de quererte!... ¿Nenita mía, si supieras lo que en estos momentos significas para mí?...

Entre tanto, sin sentirlo ni darse cuenta habían llegado ya al término de su caminata. El hermoso parque abría los abanicos de sus prados, armoniosamente distribuidos en sugestivo y estudiado desorden. Recientemente formado, no lucía aún vegetaciones prodigadas ni poseía el misterio de los rincones penumbrosos. En cambio era de una elegancia cautivadora; el césped de un verde tierno cuidadosamente alisado por las múltiples manos de la brisa, lucía los arabescos y las perfumadas orfebrerías de las flores sabiamente combinadas por las manos rítmicas de los jardineros artífices. Las callecillas de tezontle rojo, púrpura mejor dicho, entonaban a la perfección con el gris de la cantera empleada en los bellos estanques semicirculares de la rotonda central, en las pequeñas balaustradas; en los puntos huérfanos de estatuas aún, distribuidos en un extremo de la Colonia, el ameno jardín producía una dulce sensación de desahogo y frescura indecibles, sobre todo a esas horas en que, ya extinguidas las pirotecnias luminosas, una gasa tenue y suavísima iba arrojando los campos desnudos y envagueciendo, dulcemente, las lontananzas! Se dijera que el mundo todo se espiritualizaba. Los edificios venturosamente alejados por la penumbra naciente ensanchaban más la perspectiva y se iban derrumbando, sin estrépito ninguno, en quién sabe qué abismos de olvido para mejor dejar en el alma la impresión ecológica de un atardecer campestre, perfumado de tristezas patriarcales, fúlgido de fogones hogareños y bendecido lentamente por el “Ángelus” de la campaña...

Ni siquiera las bravas cumbres insólitas se substraían a esta total somnolencia cerúlea, rosada y opalescente; hasta ellas mismas, al igual que los otros montes,

habíanse vuelto traslúcidas, finas, delicadas, difumado, desvanecido en una tonalidad de ensueño, fingía, bajo el cielo tornasolado, el éxtasis de un hada en el estuche de una madreperla!...

Ellos, en armonía con el paisaje, desahuciados de toda miseria; abandonados a la dulzura inefable del minuto; embelesados, impregnados de una divina dejadez serena y bienaventurada, se habían ido quedando mudos; ella delicadamente recostada sobre él, él hundiendo sus manos flácidas en la sedosa cabellera de ella, y los dos con las almas de rodillas, con los corazones de hinojos en el reclinatorio del silencio beato, impotentes y todopoderosos, efímeros y perdurables, tristes y dichosos a un tiempo mismo!...

XII

Cuando, constreñido por las circunstancias, Héctor Zubieta, había tomado la determinación de cortar radicalmente sus relaciones con Leonor, no se había dado cuenta aún, ni de la firmeza de su cariño rebelde a la más pequeña contención; ni de los endebles sofismas en que había fundado todos sus razonamientos. De ahí que más pronto de lo que se hubiese imaginado tuviera que modificar su conducta, a pesar de los esfuerzos heroicos de su voluntad indomable y pese a la presión, cada vez más angustiosa, de las más elementales urgencias económicas.

¡Era imposible! ¡Él no podía olvidarla por más que hacía!... ¡Maldita y bendita obsesión inextinguible!... Empeñado en realizar sus propósitos, diariamente se afanaba en ayudar al padre en cuanto podía; afebrado de actividad; acicateado al par por la pena y el amor propio, iba de aquí para allá; visitaba a éste y aquél en demanda de empleo, discurría a mil modos, más o menos factibles o descabellados de ganarse la vida; cambiaba impresiones con los suyos; escribía a los amigos influyentes; repasaba en la memoria y ver si alguno de ellos ocupaba, a la sazón, un puesto distinguido, o gozaba de pública estimación, para acudir a él en demanda de apoyo; y hacía largas antesalas, y concertaba inútiles entrevistas,

y en las horas que le quedaban, desgraciadamente, libres, en la noche, cuando ya no era posible emborracharse de actividad, antes de que el recuerdo alerta le asaltase, tomaba un libro, abría un texto, y clavaba con terquedad estéril la mirada en las páginas vírgenes que, quién sabe por qué inevitable brujería se le iban quedando blancas, nítidas, espantosamente huérfanas de caracteres tipográficos...hasta que ella aparecía obstinada y triunfante, iluminando la humildad del papel con la mañana de su visión esplendorosa!...—¡Oh la imagen maldita y bendita!... ¿Qué hacía ahí?... ¿Qué quería en ese lugar de sufrimiento esa criatura arcángelica hecha para las delicias paradisiacas?... ¿Qué iba a buscar esa reminiscencia celeste al tugurio del pobre?... ¿Por qué descendía ese rayo de luz a la charca inmunda que ya no podría ignorar después de haber visto iluminada su entraña, toda la podredumbre que la invadía, todo el mundo de bacterias asquerosas que la habitaban?... ¿Ignoraba acaso esa forma viviente de la caridad nazarena, que hay ocasiones en que la misericordia hiere más todavía, e infama más que el látigo del verdugo?... ¿No sabía que hay dolores supremos que no quieren ser consolados; que desean estar solos; que prefieren seguir abrasándose en el infierno de los días sin pan y de las noches sin sueño, antes que ilusionarse cobardemente con el miraje embaucador de un paraíso de marionetas?...

¡Fuera!... ¡A otra parte!... ¡A seducir a los niños bonitos y elegantes!... ¡A la casa de los señoritos bien vestidos y bien comidos! ¡A llenar los minutos de los seres ociosos, los vagos de plazuela; los tenorios de quinto patio; los estudiantes holgazanes; los empleaditos pelirrubios oji-zarcos y barbilindos!... ¡Largo de ahí!... ¡A él no le hacía falta esa insulsa, al contrario, le estorbaba!... ¿El amor? ¿La pasión sublime y desinteresada?... ¡Para qué!... ¿Tienen los pobres acaso derecho siquiera de amar?... ¿Tienen tiempo; pueden hacerlo cuando el hambre les muerde con los dientes múltiples de sus mandíbulas trituradoras?... ¡Amar!... ¡Soñar!... ¡Ah, ni siquiera esa inofensiva delicia podía ser suya!... ¡No!... ¡fuera!... ¡Estúpido recuerdo!... ¡Testaruda imaginación empeñada en reconstruir

quimeras imposibles!... ¡Estúpido corazón para lo que servía, para debilitar la voluntad que es la única capaz de salvarnos en los conflictos supremos, pese a los sentimentalismos trasnochados y los romanticismos empalagosos que hacen de los seres más fuertes, míseros títeres de carpa o ridículos peles de miembros de trapo y articulaciones de hule!...

¡Vano empeño!... El divino y obsedente espectro no sólo se quedó, sino que se fue adueñando poco a poco del pobre espíritu anémico; hasta concluir por adentrarse, tanto y tan eficazmente, en la vida de Héctor Zubieta que, al fin, vencido y adorablemente humillado por la pasión, el frío razonador de hacía apenas unas horas, volvió a ser el mismo alucinado tímido de siempre.

Todo se arregló convenientemente. Lo que antes había parecido imposible resultó a la postre, perfectamente hacedero, y lo que es más aún, perfectamente lógico y plausible. ¡Si habré sido bruto, se decía entonces a sí mismo!... ¡Calificar de vergonzoso un afecto que contribuirá indudablemente a fortalecerme y alentarme!... ¡Renegar de una criatura, cuya debilidad encantadora, robustecerá la firmeza de mi ánimo, y mitigando mis diarios sinsabores, hará más lenta la labor destructora de la desgracia!... ¡Estúpido: haber afirmado que el amor no puede vivir en los tugurios cuando es precisamente ahí donde el amor cobra perfiles de holocausto y alcanza proporciones de sacrificio!... ¡Bestia... ¡Imbécil!... Pero, nada se ha perdido; mañana mismo volveré y si es preciso le explicaré todo; ella es buena; me quiere de verdad...

—¡Qué salvaje: la tontería que estaba haciendo!... ¿Dónde me encuentro otra muchacha igual?...

De este modo las relaciones Leonor y Héctor Zubieta volvieron a reanudarse. Al parecer todo siguió como al principio. Se veían en el mismo sitio, platicaban a la misma hora; se querían con el mismo entrañable afecto de los mejores días. No obstante, pronto la precaria situación de Héctor había de hacer sentir hasta ahí su influencia; en apariencia inofensiva, pero subterráneamente destructora.

Desde luego, Héctor, que tenía que permanecer por las tardes en su casa, ocupado en hacer, en compañía de su hermano, las cajas de cartón que más tarde iba a entregar el padre a cambio de una mísera utilidad, se vio obligado a solicitar de Leonor un cambio en la hora de sus entrevistas habituales, a lo que ella accedió, no sin haber puesto razonables reparos de acuerdo con los cuales, se verían a las siete o siete y media, pero ya no en la calle, sino en la reja lateral de la casa de ella que, para fortuna de los dos, estaba ubicada en un sitio poco concurrido y deficientemente iluminado. Además arguyendo diferentes pretextos, Héctor se eximió del compromiso de verla todos los domingos a la salida de la misa de doce. Pero, salvo estas modificaciones pueriles a primera vista, todo pareció transcurrir del mismo modo que antes.

Por desgracia no sucedía así; las reformas aparentemente banales, eran afectos nimios de causas dolorosas, demasiado dolorosas para ser visibles. En efecto, además del duro trabajo al que Héctor y su hermano se consagraban por las tardes, existía la circunstancia de que, careciendo hasta del dinero necesario para pagar el tranvía, tenía que emprender a pie la fatigosa caminata, con la que casi recorría en diagonal, la ciudad de un extremo a otro, pues mientras él vivía en una barriada del Norte, ella residía en la colonia que cerraba los límites de la Orbe hacia el S.O. ¡Algo así como unos nueve kilómetros de ida y vuelta! Por otra parte el último traje que le quedaba estaba en condiciones tan lamentables que hacía indispensable el uso del abrigo protector, recurso del que podía echarse mano durante la noche, no obstante el calor ocasionado por el fatigoso ejercicio, pero que era imposible utilizar a las doce del día, en pleno verano, y ante el concurso del vecindario más exigente en lo que se refiere a esas minucias, lo que obligó a que se hubiese abstenido de ir a saludarla los domingos, a la salida de misa.

¡Cuántas humillaciones, cuántos sufrimientos encerrados en tan pequeños detalles!... ¡Tener que recurrir a la obscuridad como los salteadores; huir de la luz, sentir un sagrado pavor de toda claridad, como los vampiros y los búhos;

¡Miseria! (1981)

avergonzarse de los amaneceres; ruborizarse de los amaneceres; ruborizarse del esplendor del día! ¡Hallarse obligado a vivir como los topos, como las tuzas, como todas las bestias hediondas, cobardes y malditas, y eso en plena juventud, en pleno amor, como quien dice, en la doble primavera del alma y de la vida; en la apoteosis de la carne; en la epifanía del espíritu; en la pascua florida del corazón!...

Y, no fue eso lo único, no; desgastados los zapatos por el continuo ejercicio, y sin esperanza siquiera de sustituirlos por otros, Héctor se vio compelido a disminuir el número de sus entrevistas, con creciente disgusto de ella que, no acertaba explicarse, lo que ya iba suponiendo una lenta y bien estudiada ruptura.

¡Si hubiera podido tener una explicación rudamente verídica!... ¡Si le hubiera sido dable a él, mostrarle todos los pequeños desastres que le iba causando la miseria!... Pero... ¿era esto factible?... ¿Hubiera creído ella mimada de la fortuna, rodeada de toda clase de comodidades lo que significaba la existencia de un miserable, un traje gastado, un abrigo viejo, y un par de zapatos rotos?

¡Lo que pasa es que ya no me amas, Héctor, le objetaba ella, estupefacta ante aquella huida lenta y misteriosa!... A ver!... ¿Por qué no me quieres decir la verdadera causa de tu proceder?... ¿Por qué te conformas con darme disculpas necias?... ¿Crees que no lo comprendo?... ¿Te figuras que no te conozco para dejarme engañar?... ¡No me amas!..

¡No me amas!... ¡Dímelo de una vez!... ¡Al menos sé sincero!... ¡Engañarme; ocultarme la verdad tú que antes me lo decías todo!... ¡Ingrato!... ¡Canalla!... Y yo que te he querido y te quiero tanto!... ¡Héctor!... ¡Por favor habla, respóndeme; dime la verdad!... ¡La verdad!... ¿Pero es que podía decirla?... ¡Tan sencilla y sin embargo tan difícil de ser manifestada!... ¡Una cosa tan pueril, tan vulgar interponiéndose entre los dos como un valladar inasequible!... ¡Quién lo creyera, lo más pequeño constituye el obstáculo más grande!... ¡Hay minutos en los que el

peso de un átomo puede vencer los hombros que han soportado una montaña!... En una respuesta estaba encerrado el destino de Edipo y un cabello suspendía la muerte sobre la cabeza de Damocles!...

¿La verdad?... ¡Quizá si hubiese sido otra; un robo, una traición; una infamia, hasta un asesinato, hubiera podido decirla, pero eso...unas suelas agujeradas, un saco raído, un sombrero de color indefinible... ¡No!... ¡mil veces no!... Prefería la desesperación al ridículo además, aun suponiendo que pudiera estrangular su orgullo y pisotear su amor propio hasta resolverse a hacerle la confianza de esos detalles de mendigo, ¿era posible que ella lo siguiera queriendo con otra clase de amor que no fuese una compasión disimulada o una caridad denigrante?...

Por otra parte era creíble que ella, acostumbrada al lujo, hecha para impresionarse con las inevitables apariencias sin las cuales la existencia de la mujer, y sobre todo de las jovencitas adolescentes es poco menos que explicable, no sufriese ninguna desilusión, al darse cuenta de la pobreza de su amante, en cuya ruín indumentaria quizá no había reparado hasta entonces pero en la que, despierta ya su atención por aquel alerta angustioso, se fijaría sin querer, en adelante, martirizando su amor con el atisbo inevitable y tenaz de la miseria...

¿La verdad?... ¡Si pudiera decirla!... Y sufría, y se revolvió contra sí mismo, y se desesperaba de verla a ella acongojada, trémula, sollozante!...Y pensaba con pavor que la perdía para siempre; que la perdía, ahora sí, irremediadamente, e inevitablemente, y ¿por qué?... ¡Oh infortunio sarcástico!, por unos zapatos rotos: por un traje remendado, en fin; por eso que tienen flamante y nuevo, hasta los mozos de casa grande y los conserjes de oficinas públicas!...

¡Oh, si tuviera unos cuantos pesos!... ¡Si le quedaran, siquiera, algunos libros qué vender!... ¡Maldita miseria esta de los que alguna vez tuvieron y ahora no tienen nada; miseria; miseria mil veces peor que la de los vagabundos y los hijos del arroyo, porque ellos no pueden extrañar las comodidades de que nunca han disfrutado, ni pueden experimentar una vergüenza que jamás han poseído!... ¡Pobres, decimos; pobrecitos desgraciados que no tienen dónde dormir ni qué

¡Miseria! (1981)

comer y que andan casi desnudos, expuestos a las inclemencias del clima sin ningún abrigo que los proteja!... ¡Pobres, sí, indudablemente, pero más pobres todavía de los que educados en el sentimiento de la dignidad y del respeto social, no tienen ni siquiera el consuelo de exhibir su miseria; ni el recurso de proclamar su hambre para que caigan unas cuantas monedas en sus manos extendidas!... ¡Pobres de ellos que son incomparablemente más desgraciados que los otros; pobres de ellos, porque, demasiado orgullosos para implorar, tendrán que morirse fingiendo una saciedad que están desmintiendo sus rostros lívidos, sus cuerpos esqueléticos, sus labios sin sangre y sus ojos sin miradas!... Pobres, de esos pobres que no cuentan siquiera con el supremo alivio de la caridad pública, con el bálsamo sedativo de la misericordia anónima; con la caricia inconsútil de la simpatía del semejante... ¡Infelices, desdichados los que, lejos de explotar sus llagas, las van a enterrar, con ellos, a la soledad del zaquisamí, húmedo, oscuro y maloliente!... ¡Momias que se arrastran; cadáveres insepultos: Lázaros para quienes todavía no surge Jesucristo; desventurados seres de cuya existencia apenas si nos damos cuenta porque son ellos mismos, ¡Oh abnegaciones sublimes de la altivez inquebrantable!, los que se encargan de librarnos del espectáculo de su martirio, cubriendo sus desnudeces lívidas con los más regocijados disfraces carnavalescos!... ¡Hombres de verdad, criaturas nobilísimas; espíritus soberbios, hermanos del quetzalli de nuestras selvas vírgenes; ese jardín con alas que, si ve maltratada una sola de sus plumas, o muere de tristeza o se suicida!... ¡Miserables de la clase media, o de las clases privilegiadas venidas a menos!... ¡Todo ese mundo dantesco de los “cesados”, de los caídos, de los sin trabajo!... ¡Desarrapados ilustres!... ¡Niños sin cuna; ancianos sin asilos; juventudes sin caridad, sin auxilio, sin protección!... ¡Hambrientos sin la ración sabatina del limosnero!... ¡Enfermos! sin hospitales!... ¡Inválidos sin pensiones!... ¡Judíos errantes de la desesperación!... ¡Judas sin horca!... ¡Desvalidos sin Corte de los Milagros!... ¡Menos que los perros del arroyo; menos que los caballos inservibles; menos, menos todavía que el excremento de los hombres, que tiene alcantarillas por donde correr, y

que las deyecciones de las bestias, que tiene surcos que fecundar!... ¡Injusticia espantosa!... ¡Paradoja espeluznante; contradicción hiriente; los pobres de la clase media, que es la médula intelectual y moral de las sociedades, son más infelices y más despreciados que los hijos del hampa a quienes de cuando en cuando, se les avienta un mendrugo, y que las hijas del vicio, las viles prostitutas, a quienes, todos los días les arrojamos el premio de nuestras monedas resonantes!... ¡La desventura estúpida por encima de la desventura inteligente!... ¡La desvergüenza preferida a la dignidad; el vicio descarado, vestido de sedas y el infortunio sublime, harapiiento, beñado y escarnecido!...

¡Qué hacer!.. ¿Hablar?... ¿Callarse?... ¿Dejarla entrever algo, un poco solamente?... ¡No!... ¿Sí?... ¿Qué haría?... ¡Señor!... ¿Por fin qué haría?... y se mesaba el cabello, y se mordía los labios y rugía materialmente de rabia y de dolor... ¡Perder el último vértice radioso que le quedaba; dejar que se llevase el viento el polvo de oro que iluminaba el vuelo de sus alas vagabundas; estrujar bárbaramente tanta delicadeza; chafar la tersura del pétalo enturbiar el alma de la linfa, perturbar la serenidad del ambiente, desvanecer la magia del celaje, deshojar los siete cuentos del iris; acabar para siempre con su isla milagrosa; con su “turrís eburnia” con su estrella de la mañana!... ¡Perderla!... ¡quedarse sin ella y por qué, por un motivo tan idiota, por una causa tan necia, tan ridícula, tan risible!...

¡Maldita miseria!... ¡Harpía enamorada de los vencidos!... ¡Solterona apesosa empeñada en ayuntarse con los desesperados!... ¡Prostituta podrida y pintarrajeada de los tugurios; Mesalina de las mazmorras y de los barrios bajos; parásito de los caídos; sífilis de los malditos; lepra de los desgraciados!...

¿La verdad?... ¡No!... ¡Jamás!... ¡Mejor que me tome por un infame, por un limosnero, nunca!... ¡Puesto que la dignidad es lo único que le queda al que todo lo ha perdido; salvaré mi dignidad!... ¿Orgullosa?... ¿Altiva?... ¿Hinchada de vanidad?... ¿Y por qué no?... ¡Sí!... ¡Orgullosa, altiva, hinchada de vanidad... y ¡más todavía!, pero jamás entregaría la virginidad de su desgracia a la cochiana videz de sus semejantes!... ¡Sobre todo jamás consentiría que padeciese vergüenzas

y se expusiese a las burlas sangrientas de sus amiguitas, la criatura adorable por quien sus ojos atónitos habían contemplado la verdadera luz!...

Todo se acabó. Después de su última entrevista, Héctor le escribió una carta, declarándole terminantemente que ya no deseaba continuar cultivando unas relaciones que, por razones que se reservaba iban resultando cada vez más imposibles; le daba las gracias por el inmenso bien que le había hecho, mostrándole mundos idénticos que, sin ella, no hubiera conocido jamás; le rogaba de todo corazón que lo perdonase y, eso sí...que viviera con la seguridad absoluta de que si ella había sido la primer mujer que lo había querido, sería también la única a quien quisiera él. Además, le indicaba que iba a salir de la capital y que, por lo tanto, le encarecía ya no le contestara, ni le devolviera los pequeños recuerdos que le había dado; en caso de que le estorbasen que los arrojara al fuego; él por su parte, y de acuerdo con sus mutuas promesas, creía tener derecho a quedarse con las adorables reliquias de ella; por lo menos, así le suplicaba se lo concediese... ¡Sería tan consolador para él, acariciar en la soledad de sus infortunios aquellos objetos, en los que se arrebuja el divino perfume de su alma...y latía el inefable arrullo de su corazón...

No obstante esto y quizá precisamente a causa de lo extraño de semejante determinación, aparentemente infundada, la respuesta de ella no se hizo esperar; ahí estaba en aquel sobre alargado cifrado con sus iniciales entrelazadas y discretamente impregnado en su esencia favorita. Héctor lo tomó febrilmente; lo acarició, con fervor como si hubiese sido un pedazo de ella misma, se lo llevó a los labios; con devota fruición lo coronó con la guirnalda de sus besos, lo estrechó contra su pecho, dulce, muy dulce, arrobadoramente, y por fin, sin poderse contener más, rota su dulce ecuanimidad ficticia en un sollozo desgarrador, echándose como un fardo sobre una silla, la lengua cabellera en desorden aureolando trágicamente la cabeza derrumbada sobre las manos febriles, amortajó con el silencio amargo de sus lágrimas, la misiva adorada, toda sonora, toda melodiosa de la voz infinitamente buena!...

Empero, no la abrió; atontado y embrutecido se la quedó viendo largo rato, acariciándola materialmente con la mirada; la palpó una y mil veces; se la llevó a los labios hasta quedarse con la boca seca; aspiró su perfume con todas sus fuerzas como si hubiera querido hacerlo llegar hasta sus fibras más recónditas y, luego de aquella suprema despedida, juzgó que ya era tiempo de concluir con la adorable tentación, buscó un cerillo, encendió la vela, fiel amiga de sus preocupaciones insomnes, y acercándola a la ventana, abrasó en la llama temblorosa el pliego inviolado que se contorsionó brevemente, iluminándolo el vuelo del humo con sus espasmos luminosos... ¿Luego?... ¡Nada!... ¡Un imperceptible olor a quemado que fue desapareciendo poco a poco; unas cuantas cenizas negruzcas que se disgregaron silenciosamente y una soledad inmensa, infinita, desoladora, que fue cayendo como la loza de un sepulcro sobre el cadáver tibio aún del corazón suicida.

¡Despetalada así la flor efímera de aquel panorama espiritual, cuán yerma, cuán árida, cuán monótona, tornóse dentro de su habitual amargura, la vida del pobre desolado. Sin el incentivo de la pasión que le permitía crearse un mundo aparte dentro del mundo de sinsabores en el que su familia se agitaba, Héctor Zubieta fue dándose cuenta de la intensidad de su desgracia; de la rudeza con que, día a día, la miseria iba desgarrando las carnes y el alma de los suyos, de la cruel insistencia con que el destino se ensañaba en su hogar, privado, ya no sólo de las satisfacciones pueriles y relativamente innecesarias, sino hasta de lo más indispensable, de la comida cotidiana que iba reduciéndose en proporciones inverosímiles hasta exteriorizarse visiblemente en la palidez de los rostros demacrados, en la ojeras violáceas; los labios casi transparentes y en las canas, en las pavorosas canas que iban enfriando con el frío de su nieve simbólica las nobles cabezas de los padres.

Ya no se vivía ¡No!, se medio vivía, se agonizaba en un largo suplicio diariamente renovado. Los muchachos González se habían ido, privando a la familia de la pequeña utilidad que reportaba su asistencia. En calidad de interés,

¡Miseria! (1981)

la tía Adela se había adjudicado cuanto escogiera ella misma como garantía de pago, y al dueño de la casa se le debía una suma tan fuerte que quizá ni con el piano que estaba en su poder, lograría indemnizársele debidamente. Pero ¡imposible moverse!; claro que se imponía buscar un lugar más reducido; acomodarse en un cuchitril; apretujarse en el escondrijo de una vecindad cualesquiera; al fin ¡para los muebles que quedaban, y las mortificaciones que sufrían a causa de su involuntaria insolvencia, estarían mejor en el ignorado rincón de una barriada inmunda que allí, en pleno bullicio ciudadano, en pleno hervidero de curiosidades malévolas y de burlas más o menos disimuladas! ¡Mas, no era posible!, de irse se necesitaba antes saldar lo que se debía y luego, siquiera contar con algo, para cubrir el depósito, adelantar el primer mes de renta y pagar el transporte de los muebles, fieles compañeros de su desventura.

¡Materialmente se hallaban acorralados y sin ningún resplandor ignoto que presagiase el advenimiento de salvadoras epifanías; sin ninguna mano amiga; sin ninguna voz de aliento; sin un corazón fraterno, ni un alma gemela; ¡Sin nada!...

¡Oh, el infierno maldito de la pobreza sin remedio; dantesco laberinto en el que se pierde la fe y se arrastra, como el más vil de los harapos, la esperanza! ¡Estercolero de escepticismos; cloaca de decepciones; albañal de blasfemias!... ¡Qué sé yo!... caos en el que sólo se estremecen las larvas lívidas del hambre y de la peste!... ¡Bloque de tinieblas capaz de sepultar hasta la más ingenua de las mañanas y a la más inocente de las auroras!... ¡Miseria injusta!... ¡Miseria odiosa!... ¡Miseria espantosa, terrible, escalofriante!...

¡Ah, qué lejos, qué lejos estaban de la realidad los mendigos de los libros de lectura; las pesadillas de Doré; las fantasías trágicas de Ruelas y Durero; las aguas fuertes de Rembrandt y de Goya... ¿Eso?... ¡Eso era la locura literaria; la fiebre ficticia; el tormento estético!... La verdad, descarnada y descoyuntante estaba aquí, en “la tierra baja”, en “los bajos fondos”, en el subsuelo social, y era la miseria, pero la verdadera, la que no se ve, la que ni siquiera se presiente; la que pasa junto a los trenes de los poderosos sin recibir siquiera la limosna de

una frase compasiva; la que se arrastra cabe los muros de los pedantes palacetes, sordos y estúpidos como los asnos, marranos y cerdos que los habitan!

A Héctor Zubieta lo que más le dolía de todo esto, no era precisamente su juventud obligada a mendigar casi el pan de cada día, no; ni siquiera la juventud agostada de sus pobres hermanas obligadas desde hacía tiempo a prescindir de todas esas puerilidades inocentes sin las cuales la existencia de la mujer es casi casi intolerable; ni el obstinado y heroico silencio de su hermano; ni el éxodo de los objetos queridos; ni el desamparo de las piezas que se iban quedando vacías, ni la actitud de los amigos, parientes y conocidos que cada vez se mostraban más orgullosos y altaneros. No, lo que a él le corroía las entrañas como el más mordente de los ácidos, era el espectáculo de sus pobrecitos padres cansados ya, prematuramente achacosos, envejecidos que veían de ese modo extinguirse su vida en una tragedia perpetua, sin que nada alcanzase a remediar, la nobleza de su holocausto.

¡Qué culpa tenían ellos... ¿Por qué razón estaban condenados a asistir al derrumbamiento de lo que más habían amado, cuando ya tenían menos fuerzas y no contaban ni con la más mínima posibilidad de recobrar lo perdido? ¿Por qué no sólo sufrían el desencanto de la propia decadencia, sino la prematura ruina de sus hijos, poco antes magníficos aún de energías, radiosos de ensueños, insaciables de mejoramientos y de conquistas de toda especie?...

¡Inevitables injusticias humanas!... ¡Explicables paradojas divinas!... ¡Poder trabajar, querer trabajar y verse obligados a una inacción suicida!... ¡Menos felices que los canes sin dueño que consiguen el hueso pese a los golpes y a las injurias; menos felices que el infusorio que puede subsistir adherido a la muda piedad de la roca; menos felices que los parásitos hediondos, nutridos con el tributo de nuestra sangre; menos felices que las lombrices de la tierra y los sapos de la charca y las moscas del pantano; menos felices que las bacterias que asesinan a los vivos; que los gusanos que devoran a los muertos; hasta menos felices que el estiércol de los establos y la inmundicia de los colectores, porque hasta esos

detritus tienen un lugar en el mundo, un plano, un rincón, un sitio donde realizar sus destinos ocultos, trascendentales quizá (¡acaso más trascendentales que los nuestros!) ¡Aunque aparentemente despreciables y asquerosos!...

¡Inmóvil y atontado de estupor, Héctor Zubieta seguía sin explicarse nada de todo ese organismo de infamias y de vilezas que constituye la sociedad!... ¡Hasta los novísimos ensayos de socialismo le parecían contaminados de los viejos mismos!... ¿Absurdos errores, económicos?... ¿Infamias de privilegios?... ¿Crímenes del capital?... ¿Coartadas de la riqueza?... ¿Encrucijadas de la mentira?... ¿Antiguas explotaciones perpetuadas por la conveniencia de los menos en perjuicio de los más?... ¿Falta de cultura, falta de honradez; falta de generosidad?... ¡No! ¡Algo más que todo eso: estrechez de conciencia; mezquindad de espíritu: pérdida absoluta de todo sentido; de todo instinto moral!...

Verdad que la médula del problema es económica, pero verdad también que no es económico el problema puramente, sino humano, es decir más que económico de una economía superior que no puede reducirse a producir y repartir, a alimentar y saciar tal y como se haría con una sociedad de brutos, sino que da con amor y reparte con justicia y exalta también glorifica, de acuerdo con la función social de cada quien. Creer otra cosa sería corromper al más generoso de los ideales y echar a perder la más noble de las causas!... ¡Sí... ¡convenzámonos de una vez, no es, no puede ser el estómago la razón de la vida, ni las riquezas la justificación de los pueblos; ni la integración perenne, ayuna de otra finalidad, la explicación del cosmos y el motivo esencial del universo! ¡Más abajo del aparato digestivo, en el músculo noble y viril reside la eternidad específica y, más arriba en las circunvoluciones cerebrales está latente la excelsitud de la inteligencia!... ¡Sí la cópula bestial no puede serse, pero tampoco mereceríamos ser, sin el divino alumbramiento psíquico! ¡Algo necesariamente tiene que haber más trascendental que los juegos de bolsa y los coyotes bancarios y hasta que la misma resolución del problema agrario! ¡No es sobre la paralela de los rieles por donde el hombre debe proyectar únicamente su actividad para realizar sus

finés; no es sobre la escueta altura de los rascacielos sobre la que debe treparse el cuerpo para dejar que se asome el alma! No es en Chicago, el paraíso de los cerdos donde ha de florecer el mañana de las reivindicaciones sociales, aun cuando ahí los pobres fuesen millonarios y los millonarios fuesen obreros. ¡Y a parte no bolcheviques!... vayamos al campo, acerquémonos a la tierra, destruyamos los palacios inútiles; las ciudades malditas; los absurdos conglomerados de edificios antihigiénicos y asesinos; ¡hagamos de las montañas nuestras torres; de los lagos nuestras fuentes y de las praderas nuestros valles!... ¡Una renovación inmensa se impone!... ¡Es preciso que desaparezca cuanto está contaminado de ruindad y miseria!... ¡Desheredados de todo el planeta; desesperados de todas las regiones; miserables de los cuatro puntos cardinales; despertad!... ¡arriba!... ¡hay que hacer algo más que cuanto habéis hecho. Destruir los cajones perforados de los edificios de Wall Street, sería poco!, ¡ahogar a los multimillonarios en sus propios excrementos, sería poco! ¡Hacer volar Nueva York, Búfalo y Pensilvania (ciudades pulpos que no tienen siquiera la gracia estética de París, Florencia y Roma), sería poco!; suprimir los odiosos protectorados, las conquistas más o menos disimuladas y acabar con los reinos de opereta de Italia, Inglaterra y España, sería poco, y ¡claro!, arrasar las pseudo democracias latinoamericanas, apestosas de militarismo y de politiquismo, sería poco, muy poco todavía!...

¿Sabéis lo que se impone?... ¡Regenerarnos o suicidarnos!, ¡recobrar nuestros fueros específicos o perecer!... ¡Sí!... ¡Sí!... estamos de tal modo corrompidos que si no nos cambiamos la conciencia, aun cuando convirtiésemos en llanuras nuestras ciudades prostituídas y plantásemos nuestras tiendas en los campos, sucumbiríamos porque, contaminada la naturaleza con el hedor de nuestros espíritus, acabaría por ahogarnos el tufo pestilente de nuestras propias emanaciones!... De ahí que urja ir más allá, ¿Sabéis?... ¡Oh hambrientos; oh infelices; oh desesperados que sois los únicos seres dignos!... ¿Sabéis?... Es necesario librar al planeta, del pus de la especie humana!... ¡en vez de construir un cañón para matar en la guerra, como quería el abuelo Hugo; hay que

¡Miseria! (1981)

inocular al hombre con el virus de todas las destrucciones; hay que inyectarlo de hidrofobias homicidas y suicidas... ¡Que se mate!... ¡Mejor!... ¡Que se mate sin compasión y sin descanso!... que destruya; que saquee, que incendie!... ¡que acabe él mismo con su progreso estúpido capaz de todas las maravillas materiales, pero inepto para toda excelsitud moral!... ¡Las locomotoras despanzurradas; las vías retorcidas; los trasatlánticos hundidos; las ciudades derruidas o calcinadas y las viles criaturas refrescando con su sangre el bochorno de los campos o ensuciando con la apestosa carnicería de sus cuerpos, la serena dulzura del paisaje (¡paisaje sublime del otro día de una batalla!) apenas perturbada de cuando en cuando, por el pesado vuelo de los buitres!...

¡Si se pudiese realizar esta apoteosis!... ¡Si ya destruida para siempre nuestra sociedad y extinguido definitivamente el hombre, la naturaleza inagotable, ensayase una nueva forma de vida; y ella o Dios (Allá quien vuestro espíritu quiera) con toda la carroña pérfida que construimos, purificada con el fuego y con la muerte; plasmase una nueva forma de vida; un tipo más noble, un más armonioso ejemplar; un ser si se quiere menos ilustre y grande que nosotros pero, eso sí, siquiera un poco más bueno, más justo y generoso!

¡Si se acabara la humanidad!... ¡Si el mundo tuviera mañana, hoy mismo, la más espantosa y sublime orgía de sangre!...

Pobres de toda la tierra; miserables de los cuatro rumbos, despojémonos de nuestros harapos y hagamos una inmensa tea, con ellos, para quemar cuanto existe; no importa que quedemos desnudos; no importa; al fin ya nos calentará suficientemente el fuego que abrace nuestras entrañas!...

XIII

Impulsado, ya por el inconsciente afán de aligerar sus penas, o bien por dolorosa voluptuosidad de ponerse a dialogar, a solas con ellas, Héctor Zubieta, imposibilitado para expresar en otra forma más productiva, las arterias del

instante, íbase todas las tardes, después de que había terminado de ayudarle a su hermano en su ingrata tarea, a descansar, a reposar el cuerpo y el espíritu, unos momentos, en la quietud más o menos convencional de los parques citadinos; nada más que, como el estado de su ropa era lamentable y como en tan tristes condiciones no quería tropezar con ningún conocido, decidió buscar para sus últimos soliloquios, un jardín humilde, uno de esos pobrecitos jardines de barriada a donde sólo van los enamorados incurables, las perdidas de ocasión y los estudiantes bromistas y alharaquientos.

El jardín del Carmen y el de Santiago Tlatelolco, fueron, desde luego, sus favoritos. Empero, bien pronto acabó de decidirse por el último, a causa de estar más alejado del bullicio de la urbe y por ofrecer un aspecto menos artificioso, más provinciano, hasta un poco silvestre y campesino.

Vasto, soleado, ocupando un cuadrilongo ligeramente trapezoide; situado al Norte de la urbe, precisamente en el límite de una de las barriadas más populosas a la que sirve de punto de referencia; lozano aunque un tanto hirsuto; de un trazo sugestivo y asimétrico; con sus prados irregularmente distribuidos; su fuente (su estanque mejor dicho), de aguas muertas, exornado por el robusto géiser artificial, que, de un montículo de tezontle hace surgir los agrestes nevados de sus joyerías líquidas; deshilados a veces en madejas de frescura que ondean, de un lado a otro como chalinas transparentes; y su adorable lago minúsculo, florecido de islotes de juguete nutrido por el gran estanque a través del canal liliputiense que salva un puente rústico hábilmente simulado en la prolongación de una avenida.

Tristán, pese a la alegría de los niños que se tiran, panza al sol, en el césped tierno, sedoso, mullido, blanco y no obstante los idilios primaverales de los muchachos que, con el libro al brazo fatigan las callejuelas umbrosas, llevando al lado, a la muñeca viva de cabellera a la bob, ojos húmedos, labios sonrientes, falda corta y corazón parlanchino, adorablemente superficial, como deben ser los corazones de los gorriones que cascabelean entre los árboles.

¡Pisieria! (1981)

En un camellón central, la cruz de cantera cubierta de hiedras, abajo, y perfumada, arriba, de un azul profundo, tamizado a través de las frondas; en dirección opuesta, el viejo kiosko que contemplaba el breve paraíso arrebujado en sus planetas; hacia el poniente, más allá de los árboles que limitan la superficie, la prisión militar que recorta el horizonte con su masa roja y gris, monótona y árida, pese a sus motivos coloniales; aquí, en un ángulo, el algodonero que nieva, cuando el viento lo agita; los dos o tres rosales sin rosas que espían los idilios de los estudiantes y atisban los amores de los pájaros; allá, la explanada, especie de rotonda principal, donde las muchachas brincan la cuerda y los “chamacos” del barrio juegan al toro o a la pelota; acullá los agrestes macizos fastidiados de ver siempre la fealdad incurable de la Aduana, y al Este, los pequeños arbustos que quisieron saber qué pasa al fin de la ancha y sucia Calle Real de Santiago y los eucaliptos paternos que hacen signos de inteligencia a los pobrecitos asilados de la Escuela Industrial de Huérfanos!...

¡Y las grandes palmas de parasoles profusos, inmóviles, paralizados en éxtasis de inmensidad, o agitadas, sólo de cuando en cuando por un lento vaivén de hamaca por un suave estremecimiento de cuna! ¡Y los claros, y los vastos claros, frescos, verdes, dorados, riceos, cerúleos, tornasolados; maravillosos de brillos; prodigiosos de tonalidades; indescriptibles de iridiscencias, invitándonos a tendernos en ellos, boca arriba, con el corazón reclinado sobre el corazón del pasto y con los ojos vagabundos por las rutas transparentes; y los umbrosos rincones donde el rocío les cuenta a las libélulas sus fábulas de arco iris; y ese no sé qué un poco melancólico y huraño, huérfanos de toda vanidad y desasidos de todo torpe orgullo, ingenuos, simples beatos, confundidos con el candor de la tierra anónima, del agua dócil, de la brisa obediente y buena como sus hermanitos, las mariposas y los párvulos.

¡Jardín de Santiago Tlatelolco, bienaventurado jardín de los pobres, de los artistas de los amantes de los contemplativos, de las flores campesinas y de los jilgueros provincianos! ¡Jardín noble, acogedor, como el mejor de los amigos,

como la más dulce de las novias ¡jardín que no necesita hablarnos para que sepamos que nos quiere; ni necesita acariciarnos para que nos convenzamos que nos mimas; ni necesita suplicarnos para que tengamos la certeza que nos espera!... ¡Jardín sin pretensiones; sin suntuosidades vanas; sin ornamentaciones fastuosas!, ¡jardín donde no se exhibe el lujo de las teles pero desde el cual se ven más anchos los cielos, más rubias las mañanas, más regios los crepúsculos y más desnudas las estrellas!, ¡jardín que ni siquiera conoce los juguetes costosos, porque sus amiguitos no son hijos de potentados, sino hijos de obreros, o golfos sin hogar que se entretienen con los caracoles, los escarabajos de caparzones dorados y los chupamirtos de piedras preciosas, que son los juguetes que Dios les da a los que no tienen para comprarse otros!, ¡jardín de las colegialas, de las obreras; de las muchachas de vecindad!, ¡jardín de los artesanos; de los doctores en ciernes; de los abogados en perspectiva; de los preparatorianos; de los tenorios sin aspavientos ni arrogancias!... ¡Jardín que es como una misericordia de vegetación florecida en la sucia barriada, como para demostrarnos que es realmente verídica la dulce bienaventuranza porque, en efecto, para los pobres es aquel trasunto del reino de Dios!...

¡Cuántas, cuántas ilusiones habrán dado entre sus frondas! ¡Cuántos idilios se habrán armonizado en su soledad! ¡Cuántas heridas se habrán restañado con su dulzura sedativa! ¡Los picos sabios de cuántos pájaros, habrán bordado en el ambiente, húmedos de fragancias, las églogas de sus gorjeos, los paisajes eglógicos de sus arrullos!...

Héctor Zubieta lo amaba como a un buen abuelo, tolerante, amable, un poco triste y otro poquitín escéptico. Allí, en la ternura de su paz virgiliana, sentía como que estaba sentado —¡niña aun de ojos de cisterna y cabellos de miel!— en las rodillas de uno de esos nobles viejos del pasado que nos abren los arcones de sándalo del prodigio y van haciendo desfilar ante nuestro estupor arrodillado; las caravanas miliunanochescas; los corceles de los bandidos; las carrozas de las princesas, y los barcos de los piratas!

¡Jardín piadoso y misericordioso; padre de la dicha inocente y de los regocijos ingenuos como un Santa Claus de las navidades de los pobres!... ¡Jardín adorable como un Rey Mago, o mejor aún, como el paraíso microscópico de un nacimiento de mentiras!... ¡Jardín humilde!... ¡Jardín beato!... ¡Jardín de Adoración y Nochebuena!...

XIV

Y a todo esto, ¿Leonor habíase desvanecido ya en la imaginación abrasada con nuevas fiebres y atormentada con nuevas preocupaciones? ¿Definitivamente se había perdido el nombre con el espectro, en la indecisión de un pasado que no había de tornar?... ¡Imposible, hay obsesiones que nos siguen con la fidelidad obstinada con que la sombra sigue el cuerpo. Leonor emergía, muerta ya para la vida de la pasión, como emergen los cadáveres sobre las corrientes impetuosas que los arrastran, y así con una misteriosa persistencia, por los resquicios de la sombra por donde, furtivamente, penetraba la luz, se colaba hasta el corazón de Héctor la imagen bien amada, como un gajo de azul, un pétalo de estrella, o un perfume de más allá!

¡Leonor!, —decía, mesándose el cabello opromiéndose las sienas presa ya de accesos irrefrenables— ¿Leonor?... ¡No!... ¡Afuera!... ¡Vete!... ¡El infierno de los pobres no es para las fiestas de la quimera que, desgraciadamente, también resulta patrimonio de los ricos!... ¡Oh, si cuando menos de una vez mi juventud se agotase en una irremediable decrepitud, o se hundiese en una locura sin límites; o se ahogase en un charco de vicios, de prostituciones, de infamias y de miserias!... ¡Bacilo de Kock, Espiroketa pálida, por qué no venís a corroer mis músculos, a licuar mis huesos, a corromper mi sangre, a despedazar mis nervios, a podrir mi corazón, a arrojar mi cerebro en fragmentos tumefactos a los lobos y a las hienas, para que lo acaricien con la voracidad de sus belfos ardientes y lo bendigan con la baba sublime de sus hocicos!... ¡Oh, albarazo amasado con

horrores de pestes y pavores de calamidades, ¿por qué no me arropas en el asco de tus torturas y me deificas en la pesadilla de tus infiernos?... ¿Oh, beodez insigne, hija de Dionisios y madre de Baco, por qué no me estrechas contra tus senos y me nublas la razón, y me pisoteas la conciencia y me escupes el alma y me conviertes la idea en harapos de maldición para sacudir con ella las mataduras de las bestias y poder apachurrar a las moscas golosas que se deleitan en el pantagruélico festín del pus!...

¡Coñac bendito; tequila bienaventurado; Whiskey, mezcal, alcohol, alcohol plebeyo, acogedor y salvador y redentor!... Mesías de los estúpidos; Cristo de los idiotas; Señor nuestro de los que han hambre y sed de perdición y prostitución; venid a mí, socorredme, amparadme; brindadme vuestra asistencia!... ¡Hembras del arroyo; mesalinas baratas; afroditas de ocasión; prostitutas seráficas y beatíficas; mujeres corrompidas, compinches de la Magdalena, menos grande que vosotras porque ella no tuvo el valor de erigir su vicio en un estandarte de desvergüenza que flameara victoriosamente sobre su tumba!, poemas de hospital y de mesas de disección; mierda de las ciudades; gargajos de los pueblos; adoradas y adorables bestias de placer; ¿por qué no, de una vez imbecilizáis mi vida y chupáis, gota a gota, mi masa encefálica y os bebéis, con mi última partícula noble, el último infierno de mi conciencia atormentada?...

¡Ah!... y Tú, Tú que has creado los cielos y la tierra; omnipotente, justo y misericordioso; por qué no tomas en tus manos divinas la indecente carroña de que estoy plasmado y, como una bofetada, la arrojas sobre el rostro de los niños bien, de los señoritos de merengue y charamusca, encorsetados y manicurados; de los tenorios quintopatieros, de los estudiantes presumidos; de los poetastros de caramelo, de toda esa caterva de andróginos insubstanciales y vacuos, que valen menos que los trajes que deshonran y que los zapatos que corrompen!...

¿Para qué quiero la inteligencia; de qué me sirve la razón, cualidades que irradian en los genios, puñales que asesinan a los pobres?... ¡No!... ¡No!... ¡Para nada les sirven los ojos a los que están en el patíbulo como no sea para

¡Pisericia! (1981)

ver mejor la guadaña de la muerte!... ¡Para nada les sirven las alas a las aves cautivas como no sea para supliciarlas con la certeza de que han sido hechas para ensartar en las cintas del viento los abalorios del canto que tendrán que desgranar ahí, en los ataúdes de sus jaulas abominables!... ¡Ejemplares de los museos zoológicos condenados a matar los ocios burgueses y a satisfacer las curiosidades ciudadanas!... ¡Faisanes convertidos en joyas de escaparate!... ¡Paquidermos exhibidos como solemnes y menhires!... ¡Monos transformados en quimeras góticas!... ¡Harpías y lechuzas trasmutadas en gárgolas pétreas!... ¡Garzas y cínifes, cigüeñas y antílopes; gacelas y martas y cebras y venados y zorros azules y vicuñas convertidos en tristes objetos de exposición barata!...

¡Leones de los circos, pobres leones que habéis nacido para sacudir crepúsculos con la melena y que os veis obligados a espantaros las moscas con la cola!... ¡Fieras de barranca, capaces de hacer levantar el vuelo a las mismas águilas y que, achacosas y hambrientas, apenas inspiráis el pavor pueril de los niños y de los tontos!... ¡Enormes fuerzas desperdiciadas o atormentadas en ruines cárceles!... ¡Océanos condenados a govear trompetas de huracanes clavadas en silencios insomnes! ¡Crines de relámpagos reducidas a iridiscencias de prisma!... ¡Carcajadas de truenos gorjeando en susurros de brisas!... ¡Montañas sobre las cuales podía tenderse el día, obligadas a dispersarse en la llanura!... ¡Astros prisioneros en diademas de actrices o en anillos de burgueses; y, en cambio, cuántos sapos pretendiendo agitar alas de cóndor, cuántos guiñapos pugnando, ansiando por tremolar como pendones; cuántos lomeríos aspirando a cordilleras; cuántos reptiles rastreros, sintiéndose con médulas leoninas, y cuántos seres estúpidos empeñados en tutear al genio, arrojarse de azul y coronarse de inmensidad!

¿Leonor?... ¡Imposible, ¿y, por qué imposible?... ¡Ah, quién puede decirlo!... ¡Yo que hubiera sido capaz de transformar todas mis altiveces en sumisiones de caricia; yo que hubiera ido, con tenacidad benedictina, clarificando mi obscuridad, hasta hacer que el mutismo de la noche floreciera en el aleluya del día; yo que de haberme sido dable, hubiese hecho cantar hasta mis arterias, y

gorjear hasta el corazón, yo que hubiese sido, todo entero, una música de células desdoblada a tus plantas como una pradera de rosas; yo; heme aquí convertido por la impotencia a que me has reducido la más ridícula y estúpida de las causas, en uno de tantos infelices, ¿qué?, menos que uno de tantos infelices!, porque no teniendo la indignidad del mendigo, no poseo tampoco el consuelo de extender la mano para recibir, con la limosna insultante de los hombres, un poco de la mirada de Dios!...

¡Leonor!... ¡Nada!... ¡Bueno!... ¡si quieres, ven; ya sabes, este es mi tugurio!... ¡Si no tienes miedo de mandar tu sombra, que venga!... ¡Después de todo, no te haré ningún mal!... ¡Ya lo sabes; el perfume puede pasar indemne, sobre el mismo lodo, siempre será perfume; la luz puede arrodillarse a orar fulgores, sobre la misma charca, siempre será luz, y tú amor, puedes venir, puedes penetrar, puedes sentarte junto a la miseria desvalida...al fin y al cabo, siempre serás amor!...

XV

En esas circunstancias la enfermedad tocó nuevamente a sus puertas, mejor dicho, se coló a través de las rendijas como una serpiente sin fin y perdida, que espiritualizada en el viento se introdujo hasta el organismo cansado ahogando y suplicando las células atormentadas como una soga múltiple, trágica e implacable. Sucedió que, la gripa había invadido la misérrima vecindad en que vivían, y naturalmente como la mala alimentación había minado ya desde hacía tiempo atrás la fortaleza de los padres, bien pronto uno de estos cayó en cama atacado por el mal hipócrita y solapado como los ladrones que se cuelan en las habitaciones y que al llevarse tal o cual objeto de valor intrínseco no saben que se llevan con él el símbolo de las reliquias. Nadie se imaginó al principio que aquello tuviese ni los menores visos de gravedad, un catarro como cualquier otro acompañado era cierto de un poco de calentura pero nada más. El apetito había disminuido, tenía que ser así; el malestar general del cuerpo tenía convertido

al enfermo, según propia expresión, en un costal de trapos; además todas las articulaciones le dolían; la cabeza estaba como borracha y los ojos irritados sin poder soportar la luz pero, no había cuidado; esos eran precisamente los síntomas característicos del mal y no había por qué preocuparse, así transcurrieron varios días, empero cuando menos se esperaba, la fiebre ascendió rápidamente acompañada de otros síntomas pavorosos. La hemorragia, pero no la hemorragia que fluye la nariz sino la otra, la hemorragia que escapa por la boca en grandes coágulos procediéndole fuertes accesos de tos. Aquello era lo inesperado.

La bronconeumonía que entraba al asalto de los pulmones con una rapidez de relámpago y un certero golpe de puñalada. La pulmonía que quería decir la muerte, porque no era posible que en las condiciones en que el enfermo se encontraba, la reacción de la naturaleza dominara la terquedad destructora de la enfermedad. Dos días apenas sobrevivió el enfermo, ya el doctor antes lo había dicho y la presencia del sacerdote ¡Oh, maldita presencia!, símbolo de lo irremediable lo había corroborado ¡Nadie lo quería creer!, ¿es que se pueden creer en la vida ciertas cosas? Tan pronto, tan súbitamente, así, era posible. Como en una borrachera los hijos y la madre beodos de dolor caminaban trastabillando o se detenían atónitos o se derrumbaban materialmente como fardos de angustia bajo la impasible misericordia de los santos. Era cierto, el padre se moría. Pero doctor, ¿no cree usted que se alivie? mire usted nosotros sabemos de casos por el estilo. Doctor, haga usted lo que pueda. Se lo rogamos. Pero, el doctor qué había de hacer, y, el Divino Rostro que tampoco hacía nada, y la Virgen de Guadalupe, fría tras el frío transparente del cristal que la guardaba, y hasta las mismas ceras encendidas a San José, con las llamas frías, frías e impotentes para licuar el hielo de la divinidad en un raudal de misericordia.

Nada...La enfermedad adelante; el calosfrío de la esquelética recorría ya como en una escala dantesca la columna vertebral; agarrotaba materialmente los miembros y dejaba los ojos vacíos de miradas, crucificados en visiones macabras, y el cerebro, clavado en obsesiones lúgubres. Ya se oían. Eran sordos

los pasos que venían del más allá, eran sordos y pesados. Eran sordos y lentos, pero desgraciadamente eran también firmes, e inevitables como maldiciones que anduviesen. Cuando todo hubo acabado, paradoja de las situaciones desesperadas, ni siquiera se sintió. Puede decirse que ni siquiera se supo. ¡Nada más un ruido menos, un pecho que ya no se dilataba al impulso de la respiración trabajosa, unas pupilas vidriosas pobladas de opacidades y unos miembros insensibles, yertos, petrificados! ¿De dónde se había de coger lágrimas para llorar, si hacía tiempo que estaban agotadas? La desesperación que nos consuela al mismo tiempo que nos desgarrar porque nos ciega con la intensidad del sufrimiento, ya había pasado. El aullido con que las entrañas abofetean el silencio descargando el corazón de sus abismos de amargura, ya había pasado; hasta la crispatura de las manos con las que arañamos el destino invisible y dejamos vacías las cuencas de las parcas, ya había pasado. Quedaba, el estupor que idiotiza, el mazazo que atonta, la catarsis que momifica hasta los sentimientos más hondos y que fosiliza el corazón en un perenne holocausto; no, hay ideas que no caben en los cerebros, hay certezas que rechazan las almas. La muerte podrá ser una palabra, hasta un silogismo para los que aman, jamás será una realidad. Y sin embargo era cierto. Y en qué momentos, y en qué situaciones, ¡pero era cierto! Y entonces ante la evidencia inaceptable, con una austeridad trágica, de figuras esquilianas, se procedió a lo que venía después, y ni aun allí, ni aun allí en la miseria tuvo piedad de los pobres. La caja tuvo que ser barata, casi una caja para cargador o mendigo, y el entierro de sexta clase, con una misérrima tranvía desvencijada tras la carroza mugrienta, unos cuantos vecinos como acompañantes y como término una fosa junto a los más pobres, perdida en el montón allá, en una extensión gris, huérfana de vegetaciones, apenas perturbada, de cuando en cuando por esta o aquella cruz de hojalata o de madera, sobre las cuales los gorriones más misericordiosos que los hombres descendían a dejar un poco del cielo que traían entre las alas sobre la imperturbable soledad de las fosas dormidas. Y después aún, el vacío que ya no se llena nunca, el asiento que ya nadie ocupará, el lugar desolado a

donde sólo irá la tristeza a arrebujarse muy calladito, suave, muy suave, como para no herir a nadie con su presencia. La madre, ya no vivió. Obsedida con el recuerdo vivo estaba como metida dentro de una atmósfera hipnótica, parecía que soñaba pero en realidad sufría, en una suerte de opiomanía del sentimiento. Pocas veces hablaba con sus hijos. La pobrecita, como el niño que ha hecho una travesura, cada vez que podía íbase a esconder a un rincón para dejar libre curso a sus lágrimas, y si oía algún ruido, apresuradamente llevábase el pañuelo hacia los ojos y balbuceando incoherencias, toda avergonzada volvía al seno de los suyos pretendiendo llevar una fortaleza que ella, estaba tan lejos de sentir. La oración era su único consuelo. ¡Ah!, pero aun cuando ella misma decía que era preciso tener valor, cómo flaqueaba la pobre existencia decadente. En las noches si ya no podía evitar, como la sombra siempre trae al recuerdo de la mano, ella como todos sentía que la reminiscencia se tornaba realidad, y no pocas veces se la escuchaba decir, en su especie de semilocura: “¡Ándale, vente a acostar!”. Y cuando se le preguntaba quién, sin poder contestar, sepultaba el rostro entre las sábanas y sólo respondía con el hipo en sordina del sollozo agonizante. Pobrecita mujer, no había de pasar mucho tiempo sin que sus deseos de acompañar al viejo se realizasen. Ella también cayó en cama y, para desgracia de los suyos y fortuna de su angustia inenarrable también se fue!...

Ya no llamaría en vano a quien no habría de llegar, ya no tendría necesidad de irse a esconder a los rincones para llorar a solas, no, ya estaba junto a él, en la fosa de los pobres, en la desolación del yermo monótono salpicado de cruces bajo el adorable amor de los gorriones que le llevaban el cielo que traían entre sus alas. ¡Ah!, pero sus hijos, puede imaginarse siquiera el brutal desgarramiento de sus corazones ya ajados, puede suponerse vagamente siquiera cómo aquellos pobres seres en la desgracia veían irse a sus únicos apoyos y de qué manera, así, casi como ladrones, entre cuatro tablas, estrechas, que martirizaban los cuerpos yertos teniendo ellos mismos que soportar sobre sus hombros la adorada pesadumbre de los cadáveres, y asistiendo a esas exequias atormentadoras en las cuales ni

la hipocresía convencional iba a enjugar las lágrimas que no comprendían ni a restañar la herida que jamás podrían comprender. Naturalmente sobrevino lo inevitable, abandonados a su propia desgracia los hijos, reaccionaron brutalmente cada quien de acuerdo con su propia idiosincrasia. Ni allí iban a poder seguir viviendo. ¿A dónde irían?

¡Ah! si ellos también se murieran ¿Por qué no se morían de una vez?, ¡maldita vida! Ni para flores, Señor, ¡ni para flores! La tierra mordida por el vendaval latigueaba con el rayo, y sacudida por el trueno tenía flores y ellos, ni eso tenían. No decían que eran de barro. Ojalá y hubiesen sido de barro para plasmar con su carne siquiera un ánfora votiva; ojalá y hubiesen sido de lodo, de escoria, ya habrían procurado que el sol los tornasolase para ir a cubrir con la seda impalpable de esos tornasoles férridos las tumbas áridas y las cruces solitarias. ¡Y no poder ser otra cosa!, tener que vivir, es decir, tener que morir todos los días, convertirse en ataúdes conscientes, que intelectualizasen todas las desintegraciones del cadáver, ser necroides con alma de santo, gusanos con espíritu de arcángel, nada más para que les doliese más intensamente la tragedia a que asistían, ya que eran obligados a asistir. Pero no, era mejor así, vivir. ¿Vivir no era por ventura seguir resucitando con el recuerdo a los muertos? Extender en nuestra propia existencia las existencias idas, hacer del corazón un laboratorio de espectros divinos convertirse, convertirse sí, en un Jesucristo que fuese resucitando Lázaros y transfigurando tumbas en alboradas. Seguirles dando vida a los padres que nos la dieron ayer. Sí, esto era mejor. Estaba bien, vivirían. Nada más que para que cuando las sombras queridas los visitaran no sufriesen con sus dolores. ¿A luchar, a trabajar por reconstruir el hogar deshecho, y si no se podía, cuando menos prepararles un rinconcito adorable y luminoso! ¡Así, estarían contentos, sí! Isabel, procura seguir estudiando el piano, acuérdate cómo le gustaba a mi mamá el Claro de Luna. Tú María Luisa, borda, ¿no recuerdas ese dibujo que tanto le gustaba a la pobrecita?

Cuando tengamos, compraremos un jilguero todos los días. Se han de acordar cómo mi mamá se iba a enseñarle a silbar y también un guacamayo. Mi papá hacía

¡Miseria! (1981)

tan bellas evocaciones de su tierra cuando veía una de esas aves suntuosas. Y así por el mismo tenor, siempre el recuerdo asaltando al minuto y posesionándose completamente de él siempre. Los padres, vivos, hablando, comunicando su calor a los suyos, y los suyos también siempre atentos al amanecer de las tumbas, siempre en éxtasis ante las añoranzas misericordiosas. Pero a pesar de todo, la realidad también, siempre dura y siempre terca, ofreciendo como conclusión dos cadáveres corrompidos debajo de dos tumbas desoladas, amortajados de carroña, invadidos de frío, coronados de pestilencia, convirtiéndose día a día en apoteosis de porquería tumefacta, en himnos de miseria irremediable, en epopeyas honrosas de miseria, en epopeyas honrosas de descomposición. ¡Lo demás, palabras, tonterías! La verdad era esta, y como era la verdad, se imponía a manera de una garra implacable y al mismo tiempo sutil, a través de cada poro se introducía al alma y procedía a desgarrarla, a deshilacharla, hilo a hilo, partícula a partícula, a los cuatro vientos del desprecio y de la canallada humana. ¡Dios, quizá! Pero no en esos momentos, no se cree ni se puede creer entonces, por eso siempre las crucifixiones están coronadas de guirnaldas de luz y de teorías de ángeles. Por eso los templos irradian y las vestiduras sacerdotales coruscan; en la corte de los milagros no hay dioses posibles; en los albañales no hay vírgenes ni bienaventurados, los pordioseros sólo creen en las monedas que les arrojan a la cara, y en el pan, y en los huesos que tienen que disputarles a los perros.

SEGUNDA PARTE

*¡D*IOS NO EXISTE!, deprecaba íntimamente, Héctor Zubieta, de pie ante el panorama desolado, bajo la sombra pálida del silencio, ¡Dios no existe, no puede existir cuando se mueren los padres, que son los únicos seres nobles que hay sobre la superficie de la tierra!, ¡cuando primero nos engolosina con las alegrías más sublimes y luego nos hunde en los desencantos más profundos!... ¡Dios no existe, hay demasiadas desnudeces, hay infinitas desesperaciones para que exista!... ¡Dios no existe; mirad el espantoso desfile de los neurosifilíticos; de los anormales; de los desequilibrados; de los leprosos; de los contrahechos, de los idiotas; de los epilépticos; de los histéricos; de los sordomudos; de los afásicos, de los amnésicos; de los cojos; de los mancos; de los ciegos; de los sietemesinos; de los alelados; de los fetos vivos; de los monstruos vivos; de todos esos vivientes ejemplares de una teratología dantesca; de todos esos niños prematuramente podridos con las taras de la herencia; de todas esas humanas maldiciones; de todas esas bíblicas y apocalípticas maldiciones cebadas en los cuerpos y en las almas de los inocentes!.

¡Dios no existe!... ¡Mentís!, ensotanados viles y miserables!... ¡mentís, beatas alcahuetas de una misericordia vana; santuchones judíos que trafican con el más allá; fariseos disfrazados de apóstoles; mercaderes con caretas de santos; sinvergüenzas con antifaces de bienaventurados; rábulas, tinterillos de los negocios del espíritu, lacayos de las antesalas celestes; maricones pasivos, afeminados con caras de mártires y de justos; con razón, tartufos de bonete negro, con razón; con razón sois obligadamente castos, como los cerdos en engorda, como los gallos capones; con razón no conocéis el maravilloso misterio

de la carne que es más profundo y más trascendental que el espantajo del cielo; con razón vuestras manos sucias de porquería de mixtificación y apestosas al olor de los placeres solitarios, no saben de las eurtimias que cantan en las caderas de Eva; de las turgencias de los senos de Afrodita; de la aterciopelada tersura de los muslos de Venus; con razón, viles serpientes de sacristía, sapos inmundos de confesionario; con razón no sabéis de las excelsas y magníficas palpitaciones fálicas que valen más y significan más que el pávido temblor de vuestras caras frías, cuyas luces solteras apenas si consiguen iluminar el torpe vuelo de la esperanza que es el correvidile de los tontos, porque mientras esos vuestros blandones amortajan perpetuamente la agonía de un Dios moribundo, el más noble de los órganos del hombre hace posible la eternidad de la vida y el infinito del alma, con la concatenación de las especies y la sucesión indefinida de las generaciones!... ¡Con razón no habéis llegado hasta el hogar y, ¡estúpidos monstruos de estupidez!, no habéis pasado triunfalmente sobre el cadáver de la virginidad absurda, para llegar hasta la paternidad gloriosa!... ¡Con razón no habéis sido padres nunca!; ¡con razón cegados por vuestra locura o por vuestra conveniencia, habéis olvidado hasta los sepulcros de vuestros padres y os habéis desentendido de su humanidad efímera y apestosa, para consolaros, ¡pobrecitos niños a quienes es preciso dar un terrón de azúcar para que no se asusten con el coco!, con una supervivencia que no existe!; ¡con razón, cobardes invertidos; sochantre de lo incognosible; pastores de rebaños de beatas, solteronas achacosas y rezanderas, y de manadas de burgueses ladinos y mercachifles!; ¡Con razón estáis tan lejos de la verdadera vida, pues si, menos bajos o menos tímidos, o simplemente, más humildes, y más viriles, os hubieseis conformado con comenzar a vivir aquí, antes de anticiparos a vivir allá, bamboleados por los sacudimientos de las pasiones humanas, desenraizados por los huracanes de las luchas sin cuartel, atenaceados por el dolor, abofeteados por la indiferencia, escupidos y pateados por el infortunio, con todos los sueños hechos guiñapos y todas las ilusiones convertidas en vil y sucia estopa, ya hubierais, a vuestra

vez, ahorcado la fe, impotente y maldita; ya habríais arrancado de vuestros templos, insultantes de lujo, todos los cuadros y todas las estatuas de vuestras falsas vírgenes y vuestros falsos santos, mártires y bienaventurados para hacer con ellos una inmensa hoguera con qué calentar a tantos pobres niños que se mueren de frío, o una enorme antorcha para iluminar a tantos desamparados que se pierden en los dédalos del destino; o una formidable tea vindicadora y vengativa con la que se pudiese ir incendiando, una a una, todas las madrigueras de los ricos, todos los lupanares de las casas de los poderosos; todos los jardines del mal de los desocupados; asnos sociales con instintos de macho cabrío, que sólo lamentan no tener fuerzas suficientes para violar a todas sus hijas en una noche para poder ir poseyendo a sus hijos, uno tras otro en el torbellino sádico de una demencia aterradora!...

¡Ah, sí fueseis humildes, si tuvieseis nuestro y sintieseis y miraseis el mundo como nosotros!; ¡si vuestra vida fuese, efectivamente, una vida de afirmación como la nuestra, no de renunciación, porque eso es contradecir la vida y renegar de nosotros mismos; sí, menos ingratos o más cuerdos, amaseis lo que existe, aquello por lo cual existís, en lugar de adorar lo que es una estupenda engañifa, si os vinculaseis a las cosas de aquí; si extendieseis vuestra conciencia a la conciencia de la tierra y a la conciencia de la carne; de la tierra que os sustenta, y de la carne que os creó, en fin si fueseis capaces de ser humanos, verdaderamente humanos, cómo maldeciríais a Dios al ver a vuestros padres (¡los seres más hondamente amados; las criaturas más abnegadas de vuestra existencia!) rígidos, inertes, insensibles, mudos, sordos... ¡Muertos!... ¡Muertos!... ¡Muertos!... ¿Sabéis siquiera lo que significa esta palabra?... ¡Muertos, es decir, perdidos para siempre, para siempre jamás; porque el mundo no se repite nunca; porque el cosmos constantemente se transforma; porque el universo no se detiene; porque son siempre nuevos, siempre distintos, siempre espantosamente nuevos y distintos, el tiempo, el infinito, la eternidad, y porque, si Dios mismo existiese, si vuestro Dios existe, fuera de los cerebros que lo crearon y de los fervores y las

supersticiones que lo alimenta, Dios tampoco podría estacionar la marcha de la evolución que crea, so pena de negarse a sí mismo en un estatismo absurdo, en una inacción inexplicable; en un reposo cobarde, impotente vagamente estúpido y suicida!

He aquí la prueba más rotunda de la falsedad de vuestro credo; los seres que más nos han amado nos dejan y nos dejan contra su voluntad. ¿Por qué se van entonces? Porque Dios lo quiere, respondéis. Y bien, yo os pregunto, cómo se llama, cómo le llamamos aquí al hombre que asesina con todas las agravantes; alevosía (nadie sabe cuándo ni cómo va a morir); premeditación (¡Dios sí sabe cuándo y cómo va a matar!) y ventaja (¡Dios nos hizo desde un principio, efímeros, impotentes y deleznable!) ¿Cómo se llama?... ¡Escoged el nombre!... ¿Criminal?, ¿Bandido?, ¿Pirata?, ¿Condotiero?, ¿Victimario?, ¿Ahizote?, ¿Verdugo?, ¿Hampón?, ¿Infame?, ¿Cobarde?, ¿Ruin?, ¿Matón de encrucijada o Moloch insaciable y desalmado?...

Y no arguyáis que si nos arrebatara a nuestros seres queridos es para darles la vida eterna. Ese sofisma está bueno para vuestros seminarios, pero bien visto es tan sólo una majadería. ¡Sí!, esa es una disculpa torpe y una explicación inadmisibles. En efecto, ¿concebís a un individuo, a un buen padre de familia por ejemplo, que, con la nobilísima intención de premiar los holocaustos de la madre se llevase a gozar a no importa qué rincón paradisíaco, dejando al recién nacido sin alimento y sin amor en la desolación de la cuna convertida en ataúd?... ¿La agonía del desdichado podría ser aliviada con el lejano esplendor de la maternidad perdida?... ¿En el edén?... ¿En el cielo?... ¿Y qué tienen que hacer los padres en el cielo cuando sus hijos se han quedado desamparados en la tierra?... ¿Os imagináis acaso que los padres olvidarán, aun en el maravilloso país de los bienaventurados a las criaturas que se han quedado aquí, llorando y sangrando por ellos; pensáis que, ya en el reino de los justos, los padres no sufren ausencias ni nostalgias? ¿No sufren?... ¿No sufren por los que dejan?... ¡Entonces no son padres ni lo han sido nunca; ni siquiera son hombres; son menos que

hombres; menos que bestias, porque hasta los ojos de las fieras se humedecen de lágrimas ante sus vástagos moribundos; por lo que hasta las aves pugnan por penetrar a las jaulas de sus hijos cautivos; porque lo único que nos hace grandes es el amor atormentado y porque lo único capaz de redimirnos y transfigurarnos es el dolor, ¡el dolor!... ¡No olvidéis que Cristo fue, desde el pesebre hasta el calvario un angustioso poema vivo!... ¡Recordad que su símbolo es el macabro pedestal de los cadáveres, de los asesinos y de los ladrones: la Cruz; pero no la Cruz de marfil de los altares, ni siquiera la Cruz de la espalda de Constantino, sino la de Gestas y Dimas, la Cruz vil y tosca destinada a Barrabás!...

Ahora, ¡de acuerdo!, echaremos manos de vuestro último argumento para explicárnoslo todo convenientemente!... Los padres glorificados por Dios gozan de la vida eterna, pero privados de todo sufrimiento, de toda humana sensibilidad por la inescrutable voluntad divina, ni son responsables de no poder seguir la ruta amarga de los suyos, ni están incapacitados para continuar ayudando desde ahí, medio de su intersección, y con más eficacia que en otra parte, a los que se quedaron en el mundo. ¿Sí?... ¡Entonces no son los padres, ¿verdad?, esto ya lo sabíamos, no son los padres quienes prescinden de ella, sino Dios quien les priva del auto derecho de sufrir con sus hijos y por sus hijos; no son ellos quienes cierran los ojos sino las manos divinas las que se los tapan cuando el infortunio destroza las almas que ya no podrán socorrer, y los corazones heridos que ya no podrán curar!... ¡Más!... ¿Si están ciegos para las cosas del mundo, cómo pueden interceder por las orfandades que ignoran y que tienen forzosamente que ignorar, so pena de estar inevitablemente atados a ellas por el cordón umbilical de los amores y de los dolores mutuos?... ¡Extraña explicación!... ¡Proceder más extraño y más infame todavía! ¡Acabar con la abnegación; llevarse al único trasunto celeste que irradia entre nosotros; antes de consumir las realizaciones vitales presentes, anticipar las resurrecciones futuras, y con la inexplicable intención de premiar a quienes se considerarían sobradamente recompensados con seguir viviendo junto a los brotes de su vida y de su alma, dejarlos solos, irremediabilmente

solos, sin el consuelo siquiera de levantar los ojos al azul para que vean nuestras lágrimas quienes, ayer nada más, nos las enjugaban con sus labios, porque ni siquiera desde allá pueden seguirnos viendo, ya que si nos vieses, adoloridos por nuestra ausencia, sufrirían, y si sufriesen ya no se encontrarían en el plano donde todo sufrimiento es imposible!... ¡Absurda lógica desconcertante!... ¿Sabéis acaso lo que hubiesen respondido ellos, si se les hubiese propuesto escoger entre irse a disfrutar de la beatitud eterna, lejos de sus hijos, de toda pena y de toda posibilidad de experimentarla, o quedarse aquí, padeciendo constantemente junto a sus hijos todos los días, todas las horas, todos los instantes, toda la eternidad infinitesimal del tiempo atomizado en microscópicos universos de tortura?... ¿No sabéis lo que habrían respondido?... ¡Yo sí lo sé, lo saben todos los que han mamado la vida en los pechos maternos y han oído una voz de pétalos de nardo junto a su cuna y han visto unos ojos infinitamente tristes junto a su lecho de dolor!... ¡Habrían contestado que, preferían el infierno con los suyos, antes que el paraíso lejos de ellos!...

¡Y Dios contradice este excelso holocausto y destruye, él mismo, esta formidable prueba de desinterés y de nobleza; esta caridad máxima que subsistió en José, el carpintero y María, inmaculada, pues en el drama de todos los siglos, lejos de irse ellos antes, dejando aquí a su hijo desamparado, él fue quien se alejó en el éxodo luminoso del tercer día después de muerto, mientras María, desgarrada de dolor, como la encarnación eterna del más grande de todos los dolores, se abrazaba al pie del madero, convulsa, trémula, desesperada, intentando vanamente, enraizar la cruz en su propio corazón para que su sangre, y su vida, y su alma enteras, ascendiesen a través del tronco infame hasta penetrar en las carnes destrozadas de aquella sublime flor de sacrificio!...

Si era tan justo el procedimiento, ¿por qué no se cristalizó allí, en la gran tragedia; por qué no comenzó a aplicarse el silogismo en esa altura desde la cual se columbran mejor todos los apotegmas y todas las verdades?... ¡No!,

desengañaos, no tenéis razón, no tenemos razón; son vanas nuestras ilusiones y embaucadoras nuestras esperanzas; la divina mentira convenceos de una vez por todas, es sólo una mentira... ¡No!... ¡No existe Dios; no existe cuando mueren los padres así, dejándolo todo sumido en el caos más espantoso; Dios no existe cuando así se ceba el infortunio en quienes ningún mal le han hecho a nadie!...

¡Madre, pobrecita madre mía, tan débil, tan enferma y tan desvalida, óyeme, ¿te acuerdas cuando me llevabas de la mano a ofrecer flores, en los ingenuos días de Mayo, las manos llenas de azucenas blancas y el alma enchida de blancas y acariciadoras ternuras; te acuerdas de mi primera comunión: tú misma me vestiste aquella mañana de julio, límpida y radiosa, apacible y húmeda todavía por el aguacero del día anterior; te acuerdas, con tu voz de seda me lo dijiste: “Vas a recibir a Dios, hijo mío; que hoy comience para ti una existencia nueva; sé obediente para que él esté siempre contigo; cree siempre en El, quíerelo mucho y verás como así de nada carecerás y nosotros, que tanto te queremos, no te faltaremos nunca...Por eso pídele también por nosotros. ¡Dios nunca permite que mueran los padres de los niños buenos”.

Ingenua mamacita mía, ¡ya lo ves!... yo creí en él cuanto pude y le pedí por ustedes con todas mis fuerzas y mi corazón, y todavía hace poco, apenas hace ocho días, me pasé la noche entera rezando, sollozando plegarias junto a tu cama, ¿para qué?... ¡para nada!, ¡para que te quedaras fría y muda como las malditas imágenes del templo!...

Padre cansado, y vencido, y atribulado; pobre viejo abandonado de todos; prematuramente encorvado y encanecido; pobre padre, también como mi madre ingenuo y bueno; cuántas veces me llevaste a misa, tú mismo, y me castigaste duramente cuando, alardeando de liberal, me fui de paseo con mis amigos en vez de asistir a los Ejercicios Espirituales de la parroquia provinciana. ¡Tonto padre mío!... ¡Inútil, todo!... ¡Dios tampoco pudo evitar que te quedaras inerte y lívido como los Cristos eunucos en las crucifixiones de opereta!...

¡Muertos los dos!... ¡Muertos!... ¿Qué es esto?... ¿Pesadilla; alucinación; locura?... ¡Muertos!, ¡Muertos, uno después de otro, en el transcurso de un mes; una tumba abierta cuando hacía apenas quince días que se había cerrado la otra, y un abismo dentro de otro abismo cavados a nuestros pies!... ¡Muertos, Señor, para qué sirves entonces; para qué existes!, ¿para dirigir en la gloria de tu reino las orquestas de los ángeles; para recibir, ¡oh vanidad indescriptible!, el vasallaje de los justos, el homenaje de los santos, la pleitesía de los mártires, de los apóstoles y de los bienaventurados?... Si eres incapaz de fortalecer y conservar las más nobles de las vidas y de prohijar la más santa de las causas y de sostener el más sublime de los holocaustos, para qué nos asaltas el corazón en la infancia, y nos domeñas la pasión en la juventud!... ¡Si eres impotente para hacer tu capricho en beneficio de los buenos, por qué no, de una vez nos aniquilas en la cuna, o nos estrangulas villanamente sobre los féretros de nuestros seres queridos!...

¡Maldito seas!... ¡Maldito seas!, ¡alevoso matón de tugurios!, ¡nada soy, nada valgo... ¡no importa!, mira cómo el átomo se rebela contra la mole; mira cómo la sombra se subleva contra la luz; oye cómo el microbio y la bacteria humana, acorralada por la más ruin de las injusticias, busca en lo más profundo de su entraña pútrida, un grito de protesta y te lo arroja al rostro como un escupitajo vengador para que veas que Luzbel no ha muerto; que sigue viviendo y vivirá perpetuamente en el corazón de los hijos buenos, quienes para nada necesitan tu gloria, si tu gloria les priva un instante siquiera, de la presencia de sus padres!... ¡Maldito seas, cobarde rufián del más allá!

¡Si, cuando menos pudiera yo hacerme un lugar entre los dos! ¡Si la tierra me hiciese un hueco junto a sus cuerpos queridos!... ¡Si ellos me oyesen; si pudiesen oírme!... ¿Me hablan?... ¿Qué es eso?... ¡No!... ¡No me engaño, y...si me engaño... qué importa!... ¡Pero, no; no puedo engañarme, el corazón nunca se engaña!... ¡qué bello; qué dulce; la misma voz de hace muchos años; el mismo ritmo; la misma cadencia: ¡Oh la canción armoniosa de los despojos dormidos!...

¡Pisericia! (1981)

¡Oh la música inefable de las sagradas cenizas!... ¡Oh el amor de los padres, capaz él sí, de vencer hasta la muerte!... ¡Me arrullas, me arrullas, pobrecita madre mía; para tu ternura, nosotros seguimos siendo niños!... ¡Oh, y tú también, pobre viejo!... ¡Psth!... escuchad!... ¡No!.. ¡Quién sabe!... espérenme; allá voy, allá voy; y rabioso, enfurecido, en un espasmo dantesco de desesperación indescriptible, Héctor Zubieta que había permanecido, durante todo su largo soliloquio reclinado en uno de los dos montículos erigidos a manera de túmulos, se incorporó bruscamente, como para adquirir fuerza, y luego se precipitó, sin saber qué hacía, sobre una de las tumbas, y se puso a escarbar desatentadamente, hasta hacerse sangre, hasta sepultarse materialmente en el polvo; hasta cegarse de tierra y emborracharse de dolor!...

De pronto reaccionó; se vio, durante un instante, las manos con las uñas despedazadas; observó sus vestidos llenos de barro; detuvo su mirada anhelante en el pobre túmulo deshecho, y cambiando bruscamente el curso de su pensamiento exclamó: ¿Pero qué es esto; qué hago; qué digo; qué he estado diciendo. ¡Blasfemo, más que blasfemo!... ¡Renegado, cobarde!... ¡Insultar a Dios acorazado en mi pequeñez y aprovechándome de mi dolor; arrojarle al rostro mis lágrimas como un salivazo y mis sollozos como bofetadas, y dudar de Él; dudar; más todavía burlarme de su existencia; echarle en cara su excelsitud; protegerme, ampararme con esos santos despojos, atrincherarme detrás de estos cadáveres, para retarlo, tras de esta barricada sublime, en un gesto estúpido de rebeldía ciega e impotente!... ¿Que no existe Dios?, ¡Necio!, y entonces qué es de los seres excelsos que se derrumban en la sombra, si sólo se abren para recibirlos, los brazos silenciosos de la nada!...

Yo, yo que tanto me he sublevado contra la injusticia de la muerte que asesina a quienes más queremos y a quienes más nos han querido, heme aquí contribuyendo a su labor destructora; heme aquí proclamando que sólo su imperio es definitivo; heme aquí, abrumando las espaldas de los vientos con el plomo candente de mi

grito desolador: ¡Los cadáveres se pudren; los huesos se disgregan, las cenizas se esparcen, y más allá de este espantoso aniquilamiento, no hay nada, ¡nada! porque Dios es la única posibilidad de la prolongación eterna del espíritu, no existe, es un fantoche, a las veces trágico y casi siempre cómico; un espantapájaros, un falso abuelo para los niños y un espantajo para los viejos!...

¡Qué bruto!... ¡acabar yo mismo de matar a mis padres!, ¡colaborar con los enterradores y los gusanos, para venir después, en el colmo de mi ceguera estulta, a rascar la tierra impasible hasta hacerme sangre, con el ruin empeño de ver los cuerpos apestosos que no son ni pueden ser mis padres, so pena de que la dureza del corazón y la contrahechez del espíritu se conformen con creer que, esa carne putrefacta eran todo cuanto ayer se amó, y que, en esa carroña pestilente se convirtieron las existencias radiosas, desgranadas en arrullos, deshojadas en caricias, derramadas en besos!...

¡Ellos, ánforas de bondad para los labios sedientos, terciopelados muelles para las plantas fatigadas; brisas de perfumes para las frentes crepitantes; murmurios de seda para los oídos azorados; cromos de encantamiento para los ojos tristes; suavidades de flor para las manos crispadas; caminos azules para las esperanzas marchitas; lontananzas color de rosa para los sueños vencidos; cálices de nuestras hostias inmaculadas; tabernáculos de nuestros afectos cristalinos; arcas santas de nuestras ternuras mejores; ellos, reducidos a fardos insensibles por la naturaleza implacable, y convertidos en nada por nuestra sabiduría pedantesca, autosuficiente, ciega y sorda a los impulsos de la inconsciencia y de la intuición, que son las dos alas con las que vuela la materia, desde el armonioso, pero insensible, mundo de las leyes naturales, hasta el entrevisto y armonioso universo de las divinas excelsitudes!...

¿Dios no existe?... ¡vaya!, ¡sí existe!, ¡tiene que existir!, ¡es necesario que exista para que no se confunda con el barro, la arcilla humana que un día sintió y amó, como no es capaz de amar y de sentir la otra arcilla!... ¡Dios existe!... Quién si no él, puede reparar las injusticias diarias; quién, sino él puede mitigar los

¡Misericordia! (1981)

cansancios y recompensar los sacrificios y premiar los holocaustos y coronar de eternidad las crucifixiones!... ¡Dios existe; es necesario que exista, para que no se quede, revolcándose en sus estercoleros de miserias, el hampa desvalida; para que no sucumban los hijos del arroyo, para que resucite Lázaro y se redima Magdalena!, ¡Dios existe; necesita que Dios exista, la pobre carne de suplicio, de placer y de dolor!...

¡Dios debe existir para los golfos y para las prostitutas; para los ladrones; para los ladrones y para los miserables; para los mendigos y para los asesinos; para los tahúres; para los piratas; para los criminales; para los corrompidos; para los prostituidos; para los delirantes, para los dementes, para los desahuciados; para toda esa masa confusa de desorientados, desequilibrados o irresponsables víctimas de imperativos biológicos, descoyuntamientos psíquicos, educaciones torcidas, desesperaciones implacables, costumbres apestosas, injusticias grandes y pequeñas, crímenes más o menos visibles, urgencias más o menos vislumbrables; para todos ellos debe existir Dios, siquiera para que, de ese modo, al verlos amortajados en la divina misericordia, sepulten las humilladas cabezas en el polvo, las beatas de conveniencia y los virtuosos de ocasión!...

¡Sí para transfigurar tales cloacas Dios debe existir!, pero sobre todo, Dios tiene que existir para los padres, para los hijos; para que el lodo efímero irradie en temblores de lucero, miradas de celaje y sonrisas de aurora, siquiera porque una vez, la materia vil se tornó divina, cuando la sacudió el estremecimiento de la maternidad bienaventurada, y dejó caer, desde la mañana de los labios paternos las palabras indescriptibles, “hijo mío”!, anchas como la vastedad cerúlea asperjada de constelaciones; hondas como el abismo cuajado de misterios; armoniosas como la vida; sonoras de prodigios melódicos y de músicas insospechadas!...

¡Sí!, tú existes, Señor, tú existes, y, si no existes, yo, en nombre de mi desesperación sin miedo, te ruego que existas, y, es en vano que no quieras oírme, me oirás, porque en mi voz habla la desolación de todos los huérfanos; porque yo no soy sino una raíz sonora clavada en el corazón del infortunio que, hace subir

hasta la fronda agitada del verbo crepitante la protesta de los que se han quedado más tristes que las palmeras del desierto, más despreciados que las bestezuelas de la charca; más desolados que los cantiles escuetos, y más solos, más solos que las hojas marchitas arrebatadas por el viento y quemadas por el sol!...

¡Polvo!... ¡Barro!... ¡Sombra!, y, por encima y dentro de todo, ¡el olvido irremediable!... ¡No!, ¡Imposible!, el hombre no puede ser nadamás eso, y menos que ningún hombre, los padres, a cuyas cúspides abnegadas sube la humanidad para respirar cielos y acariciar lontananzas.

¿Por ventura, seremos nosotros, los supercivilizados, inferiores al salvaje que ve en los espectros trashumantes, la prolongación de su minuto efímero? ¿No habremos alcanzado la elevación psíquica los ancestros para quienes todo tenía vida, y en todas partes había vidas fecundas o nefastas; activas y buenas algunas veces, fatales y ruines otras; mezquinas o espléndidas; mudas o armoniosas, pero vidas, al fin y al cabo, porque, a pesar de poseer cerebros rudimentarios no podían creer como nosotros, víctimas de nuestra ciencia sin alma que, simples razones de gravedades, mecánicas y físico-químicas, más o menos complejas, bastaban para explicar el misterio profundo y profuso de las cosas y de los seres!

¡Ya ni sombras ni espectros, ni demonios, ni dobles, ni fetiches, ni mitologías, ni teogonías, ni cosmogonías; ni héroes ni bienaventurados; ni mártires, ni dioses, ni taumaturgos, ni herofantes, ni magos: ¡nada!... Materia y nadamás materia; equilibrios y desequilibrios; integraciones y desintegraciones; reacciones físicoquímicas o físico psíquico-biológicas; propismos en los infusorios; funciones en los metazoarios; evoluciones en los pueblos; devenires en los mundos; procesos en el cosmos; la química orgánica; la sociología económica; la antropogeografía y la mecánica celeste: Lavoisier, Baer, Rither, Reclus, Kepler, y Laplace, Riemann y Gangs y Einstein y Ratzel y Poincaré!... ¡Nada más esto!... ¡Oh, sarcasmo sangriento!... ¡Oh ironía sublime, como la carcajada de un payaso en las mandíbulas descarnadas de la muerte!... Después de innumerables siglos de luchas y de tragedias; de vicisitudes y desazones; después de haber construido

las pirámides y levantado el Acrópolis y edificado el Foro; después de haber pasado el mar Rojo, atravesado el desierto, ascendido al Calvario, tronado en el Sinaí, estremecidose en Patmos y fulgurado en el Tabor; tras de haber conquistado la libertad, desmordazado la razón; iluminado la inteligencia y glorificado el pensamiento; el hombre, con el vuelo de Ícaro hecho realidad en la aeronave; con los ojos de Argos en los ojos de las lentes; la rapidez de Mercurio en el automóvil; el trueno de Júpiter en los howitzers; y el relámpago olímpico en las ondas de Hertz, llega al vértice de un progreso absurdo, y arrojando la mirada a todos los horizontes, se encuentra, conque es más pequeño y más ruin y miserable que nunca, porque antes, sin tener nada de esto, poseía la eternidad de la creencia y el infinito de la fe, y ahora, con todo esto, y a pesar de todo esto, ya no tiene nada, porque ha perdido a Dios!

¡Pobres padres míos, cómo me atreví a insultaros, pensando que erais esos cuerpos yertos, putrefactos, asquerosos y deleznable!... ¡Perdonadme; no, no estáis allí!... no podéis estar allí!... ¡Dios tiene que existir, cuando menos para vosotros; sí, Dios existe, pero si no existiera; si tuviesen toda la razón los tubos de ensaye y los escalpelos, yo os resucitaría, llevándome perpetuamente, dentro del corazón, vuestra imagen viva; yo reconstruiría vuestros cuerpos; haría que mis oídos siguiesen oyendo vuestras palabras; me esforzaría porque mis ojos siguiesen copiándose en vuestros ojos; os dejaría vuestros lugares; os acompañaría, imaginariamente, en vuestros paseos; me sentaría junto a vosotros en las veladas íntimas, al amor de la lumbre, y luego, ya entrada la noche, para que no os hiciese mal el frío, yo mismo os llevaría a acostar y os arroparía cuidadosamente, después de que vosotros me hubieseis arropado, a vuestra vez, con vuestras bendiciones!...

¡Viejecitos míos; criaturas de mi corazón, seres adorables y buenos, perdonadme!...

Llegado a este punto concluyó, se sacudió las manos sin poner gran atención en ello; se dio unas cuantas palmadas en el traje para quitarse el polvo, y se dispuso a irse; con pasos lentos y pesados se alejó; ya los pinos solitarios

exprimían tinta sobre las tumbas de los ricos, y una penumbra sedativa arropaba los parduzcos montículos de los pobres. De allá, de un extremo del cementerio, venía, amortiguado por la distancia, el eco fúnebre de siempre: las paletadas de tierra que caían sobre el último ataúd; el velador acercábase ya rociando, las solitarias avenidas con la sangre luminosa de su linterna lúgubre, y, en lo alto, las estrellas comenzaban a abrir las alas de sus palomas místicas. Una brisa fresca, como impregnada en lágrimas barría los cadáveres de unas cuántas hojas secas. El césped se arrebujaba; la pobrecita tierra dormía. Antes de trasponer la puerta, todavía Héctor Zubieta se detuvo un momento, descansó la mirada en el universo frío de los sepulcros, y luego clavó instintivamente los ojos en el radioso panorama sidéreo, entonces de sus labios secos cayeron todavía unas cuantas palabras:

—¡Hum...! ¡Cuánta luz allí donde ya para nada se necesita; menos mal que ese espectáculo es para las tumbas que son las únicas que tienen tiempo de contemplarlo!... Por fin su silueta naufragó en la distancia.

¡Allá, no muy lejos, las luces de la ciudad comenzaban a corroer la sombra! ¡La vida se vestía de Arlequín y se iba de parranda! Y el dolor, como siempre, se ponía a aullar su miseria lo mismo que los perros de la calle!...

II

Tan luego como uno de esos milagros inesperados, llevó un ligero alivio económico a la familia Zubieta, se dejó la casa que se había habitado por espacio de más de tres años, y tal y como se lo habían propuesto, fuéronse a sepultar en las dos o tres piezas estrechas de una vivienda barata.

Choque tremendo fue, para quienes, estaban acostumbrados a vivir a sus anchas, sin las molestias de vecinos inoportunos, el tener que amontonarse materialmente, y lo que era peor aún, permanecer expuestos a la infatigable

¡Misericordia! (1981)

y pÉrfida curiosidad del vecindario, alerta siempre para sorprender los mÁs mÍnimos detalles de las vidas ajenas, y consumado artista en la innoble tarea de hurgar y viviseccionar miserias y desventuras.

Entonces se percataron de lo que significaban las comodidades perdidas: la tranquilidad de la existencia a solas, lejos de todo espionaje, mÁs o menos disimulado; tener lo que uno quiere o puede tener; andar como le viene a uno en gana; practicar los hÁbitos que le han inculcado; divertirse, trabajar, holgar; recibir a quien le parece, a tener las amistades que le convienen; llegar tarde o temprano, en este estado o en aquel otro, a la hora acostumbrada o a deshora; en fin, ser uno amo y rey de sÍ mismo... ¡QuÉ remoto estaba ya todo esto!

Antes la libertad, la confianza; la tranquilidad, en cambio ahora la desazón continua, la mortificación mal velada, el disgusto manifiesto, y lo que era peor aún, hasta el sufrimiento prostituido con la intromisión de los sufrimientos ajenos, o echado a perder con las alegrías vecinas o soterrado en el hermetismo de un disimulo heroico... Y la malicia de las bondades fingidas; de las compasiones de antifaz; de las amabilidades que ocultan el goce supremo de vernos caídos e inferiores a los otros; y la tolerancia indispensable para con los importunos y los entrometidos; y la necesidad de acariciar a los muchachos astrosos que hacen irrupción en nuestras habitaciones y no destruyen este, o aquel objeto que constituía toda una reliquia del pasado... ¡Oh!, vida terrible de las vecindades; mundos asquerosos dentro del asqueroso mundo de la Urbe; pequeño universo de suciedades y miserias; mentidero donde predomina el gesto cínico de la casera ordinaria y ruin y perfilan sus ridículas siluetas los petimetres afeminados de trajes cursis, mascaradas detonantes y actitudes ambiguas, dignos compañeros de las mecanógrafas pintarrajeadas, de espíritus corrompidos como sus cuerpos y corazones apestosos como su carne de burdel. Vecindades inmisericordes como la vida que, aquí nada más, junto al zaquizamí donde está tendido un cadáver, frente a las cuatro llamas arrodilladas de los cirios férvidos, celébrase el onomástico de fulanito con la caricatura de una bacanal de prostíbulo, al

ruido ensordecedor de una música de cafres y con el contingente de los vinos baratos: la sidra del Gaitero que sustituye al Champagne Clicquot, y el tequila o el Berreteaga que desempeñan las funciones del Lacryma Christi, el Cordon Rouge y el Tokay. Vecindades donde el payaso ríe al féretro de Cuasimodo y la prostituta elegante de oficina, se codea con la mártir de la desgracia; donde viven, al lado, teniéndose que tolerar uno al otro, el apache enriquecido que explota la carne de placer y el pobre empleado que gana apenas para prolongar su agonía disfrazada de optimismo.

¡Cuánto sangraron los espíritus hiperestesiados por el dolor al encontrarse, de pronto, trasplantados a este asqueroso mundo de infamias y chismorreos! ¡Cómo fue brusco el cambio; de qué manera resistieron el contraste y hasta, compelidos por la desesperación se prometieron irse de allí lo más pronto posible!... Mas, ni remedio; había que aguantarse. ¿Irse?, y, ¿a dónde?, ¿cómo?, ¿con qué? ¡No, no quedaba otro recurso que resignarse. Por ventura, ¿no habían atravesado ya por situaciones más difíciles que esa? Se conformarían pues, con su nueva existencia, por más que no se adaptaran a ella: sin mostrarse por completo reticentes a las exigencias de los demás, procurarían, sí, desde el principio, sentar un precedente de seriedad e independencia; sin tratar mal a ninguno, con nadie, tampoco, intimarían, y haciendo prodigios de pequeñas diplomacias, verían el modo de estar con los otros sin confundirse con ellos.

Pero si era sencillo formular un plan de acción determinado, ya era un poco más difícil convertirlo en realidad. Sólo Dios, si existe (Y, ¿no es necesario que exista, por lo menos para reparar tantas desgracias?) podría detallar los cotidianos calvarios de la pobre familia, empujada desde el plano de la existencia más regalada hasta esa sombría hondonada de pequeñas y grandes decepciones.

Desde luego, todos quisieron saber de quienes se trataba. Las comadres ociosas ejercitaron los puñales sutilísimos de sus lenguas para abrir las entrañas de aquellos nuevos pobres e irles vivisecando, víscera, tras víscera, a ver si acaso en esa búsqueda cruel, podían encontrar los secretos de las almas.

—¿Que no eran gentes cualquiera? ¿Que habían tenido dinero?... ¡Sí!, lo de siempre; la misma canción. Así decían todos. ¡Vayan ustedes a creer en semejante cosa!... ¡Príncipes destronados; condesas en desgracia; grandes señores convertidos en mendigos; millonarios derrochadores que, en un abrir y cerrar de ojos, se gastaron, bonitamente, la fortuna; damas linajudas venidas a menos por esta y la otra causa imprevista; caballeros de grandes polentas, señorones respetables arruinados por el juego, las mujeres o la política; familias emparentadas con lo mejor de aquí y del otro lado del mar... ¡Era natural!, ¡qué habían de decir! Pero, que no les vinieran a ellas con eso; el diablo sabía más por viejo que por diablo y ellas habían vivido ya bastante para que les vinieran ahora con semejantes habladorías!... ¡Se las “echaban” porque acababan de llegar!... ¡que pasara un poco de tiempo, y ya se irían amansando hasta quedar como una seda!... ¿Gente distinta a ellos? ¿Conque de otra clase social, no? ¡Cuidado, mucho cuidado! ¡Vaya de unas señoritas y de unos muchachos pretenciosos!; ya lo verían; no habían de morirse antes de presenciar la transformación inevitable. Así eran todos; así acababan todos, y así acabarían ellos.

Desgraciadamente para la fina perspicacia de las brujas habladoras, sólo a medias se efectuó la transformación. Sin embargo, bien visto más valía que el cambio hubiese sido completo, porque, de ese modo, no habría crecido, con la actitud digna de los nuevos inquilinos, la animadversión que, desde un principio, se les tuvo.

Debido a su carácter retraído, a su vida metódica, a sus costumbres irreprochables, “Las Marquesas”, fue el nombre con el que se designó a las “señoritas decentes” que no querían asistir a los bailes de “rompe y rasga”, y que gustaban tantos remilgos y se ponían tantos moños, no obstante que, por lo visto, no tenían ni un petate en que caerse muertas. Naturalmente, a la vivienda que habitaban se le puso por mote la Casa de las Marquesas, y así, por ese tenor la zaheriente puya iba de un lado a otro, con pretexto o sin él haciendo restallar las sílabas del irónico título nobiliario.

—¿Viste hoy a las marquesas?, se preguntaban de un extremo a otro del vetusto patio colonial las señoritas mecanógrafas.

—¡Ah, tú, ¿Que si las ví? ¡Vaya, y quién puede dejar de verlas! ¡Tú sí que parece que ni vives aquí!

—¿Se han fijado ustedes en los últimos modelos que exhiben las marquesas? Lo único que es de sentirse es que estén de un luto; de un luto muy raro, aquí entre nosotras, toda vez que sus trajes no son precisamente negros; porque si no fuera eso, ya nos habríamos dado cuenta de cuáles son los vestidos propios para la Ópera, los Conciertos, las funciones de tarde, las recepciones diplomáticas, las carreras, las excursiones automovilísticas... qué sé yo.

—Tienes razón, lástima que el luto, como tú dices, las obligue a no salir nunca de su casa, porque si no, no eran lecciones de modas las que recibíamos!...

—Saben, ¿pero a que no se han puesto a pensar en una cosa?

—¿Cuál?

—En la facha que haría el padre cuando las acompañara, con su pata coja y su aspecto de boticario de pueblo.

—Y entonces, ¿para qué sirve el automóvil? Además, a pesar de todo, todavía le queda panza suficiente para lucir el jaquet.

—Bueno, y los muchachos?

—De veras, no estarían mal: al cabeza de cepillo se le podía ondular a la permanente y al cuatro-ojos aplastarle un poco la boca de trompada.

—Teniendo dinero, todo se puede, ya ven, hasta Gaona resultó de labios finos y a Dempsey le dejaron una naricilla más graciosa que la de Ramón Navarro.

—¡Ah!, muchachas, lo honradas y satisfechas que deberíamos sentirnos con semejantes vecinos.

Y así, por este estilo, indefinida y perpetuamente, las ordinariez de la gente con quien tenían, por desgracia que convivir, los asaeteaba sin misericordia, sin tregua, con verdadero y obstinado regocijo.

¡Misericordia! (1981)

Ellos procuraban no darse por entendidos; con una indiferencia que pugnaban por hacer bondadosa pasaban junto a todos, saludándolos con amabilidad forzada sin poner atención en los labios de sonrisas irónicas ni en los ojos que se cambiaban miradas de inteligencia. Sin embargo, no por esto dejaban de sufrir menos; al contrario, se dijera que el disimulo obligado sumaba, al natural dolor de la hostilidad mordente, la desesperación de tener que constreñirse, que ahogar sus gritos de protesta, beberse sus lágrimas y despedazar su corazón con sus manos crispadas en vez de arañar con ellas los rostros viles de sus cobardes críticos. “Aguantarse, muchachos, decían los padres, que han de hacer; resignación, a los padres no nos toca otra cosa que callar dejemos que hablen los otros ¡qué importa! al fin lo hacen por despecho esto, no ha de ser eterno, algún día, Dios nos sacará de aquí como nos ha sacado de otros atolladeros más difíciles, paciencia, por fortuna ustedes están jóvenes, nosotros tal vez ya no veamos otra vez triunfos mayores no le hace, nosotros ya vivimos y gozamos nuestra juventud, ya disfrutamos de todos los amores, ahora a ustedes les toca, cierto que en estos momentos nuestras condiciones no pueden ser peores, pero no hay mal que por bien no venga, también ustedes tendrán un día de felicidad como la tuvieron los desgraciados, no desmayen. Dios es bueno; en último caso si quiere castigarnos, que descargue sus golpes sobre nosotros, pero ¿qué lloran?, tontos, todo tiene remedio cuando no se ha perdido la fe y se conserva la esperanza”.

TERCERA PARTE

I

CUANDO llamaron a la puerta de Héctor Zubieta, se encontraba éste entregado a la más desenfadada e inexplicable destrucción: al pie del humilde librero yacían los fragmentos niveos del yeso y briznas de la terracota, en una confusión completa. Hasta la ventana había rodado un pedazo de cabeza de la Venus trunca, y por allá, entre las patas de las sillas la cabellera de Sócrates y la ancha frente de Platón ofrecían el triste aspecto de sus despojos deshechos, y, como si no fuera bastante, el piso se mostraba materialmente alfombrado de hojas dispersas, rotas, estrujadas, arrojadas al azar en un indómito arranque de desesperación. En medio de aquel maremágnum Héctor Zubieta emergía como un demonio, revuelta la magnífica cabellera, los ojos inyectados, la boca con los labios duramente contraídos, las manos temblorosas, una de ellas empuñando todavía un bastón con insistencia tenaz, la corbata deshecha y todo él presa de una ira deshusada que parecía sacudirlo desde la médula de los huesos, y que amenazaba azotarlo como un látigo vivo contra todo y contra todos; convertirlo en zarpa vengadora; transformarlo en una mandíbula enorme e implacable; restregarlo como un ácido corrosivo contra la faz de la vida, para tener el consuelo de encontrar detrás de la carne fugitiva y pérfida la lividez del esqueleto frío e insensible, para vaciar el cráneo de su materia gris, los ojos de las cuencas en las que se arrebuja las pupilas ávidas de visiones pecaminosas, prostitutas incapaces de desflorar con los espectáculos sublimes, para escarbar los pómulos

que se estremecen con el fluido infame de los besos baratos; para desarticular y aventar a la charca los oídos ávidos de tonterías asesinas, de músicas inefables, protectores y acogedores de estupideces, y para desnudar las mandíbulas y azotar la carroña embustera, de los labios alcahuetes de necedades y de concupiscencias con puertas por las que escapa el lodo fluido de la injuria, picotas en las que se clavan las reputaciones, guillotinas que decapitan las verdades, horcas que asfixian a las excelsitudes, envenenadores sutiles, condotieros, cobardes, puñales vivientes, filtros inagotables, veneros de escupitajos, manantiales de picardías, infectos pantanos donde se elaboran los invisibles microorganismos de la calumnia y por encima de los cuales zumban los grillos de charlatanería, y en cuyas pestilentes entrañas croan los sapos de las críticas chatas, de los sarcasmos sangrientos, de las burlas infelices y arquelinescas. Así así era Héctor Zubieta en medio de aquella bacanal destructora: furioso, fuera de sí pero feliz al mismo tiempo. Radiante de una trágica alegría dantesca, permanecía estático contemplando su obra demolerá, dispuesto quizá a perfeccionarla, superándose a sí mismo en una demencia más arrebatadora todavía, cuando la súbita llamada a su puerta lo obligó a estrangular definitivamente sus fiebres. Entonces con una voz sorda exclamó: —¿Quién?, y como si percibiese el timbre de una voz conocida, añadió: adelante, pero sin levantarse de su asiento, sin abandonar el bastón que aún oprimía tercamente su mano crispada, sin levantar siquiera la vista de los fragmentos de yeso y de terracota, y de los papeles hechos pedazos que por todas partes lo rodeaban.

—¡Pero, qué es esto hombre!, cualquiera diría que estás rematadamente loco! ¿Qué ha pasado aquí?, subrayó el otro visitante?, —¡Nada, qué ha de pasar!, Ya lo ven; que al fin y al cabo comienzo ya a ser libre.

—Pero Héctor!, ¿qué tiene qué ver la libertad con esta verdadera carnicería, con esta matazón de objetos inofensivos? —¡Cómo que qué tiene que ver! Mira bien qué es lo que he roto, ¿ves allí está la Venus de Milo, allí lo que queda de los bustos de Sócrates, de Platón y del más insoportable de los escritores de habla

española, de Cervantes, ¿entiendes lo que esto significa? —¡Vaya si lo entiendo! Te lo dijimos desde el principio, esto quiere decir que tú ya estás rematadamente loco, mira que eso de despedazar la reproducción de la obra más armoniosa que ha contemplado la humanidad, y de botar las cabezas de tres de los más grandes hombres es algo verdaderamente inexplicable, mucho menos en ti que presumías de conocer y amar tanto estas cosas.

—También ustedes, claro, debí de haberlo esperado, eso es, la belleza, la armonía, Grecia, y los más grandes hombres, sí, ni más ni menos, lo que se ha dicho y se viene diciendo desde hace tantos años, lo que se nos enseña en las escuelas, lo que se nos mete en la cabeza a martillazos, a fuerza de reprensiones y castigos, el ataúd de críticas hechas y reproducidas fielmente por los enterradores académicos y los vacuos academistas, en el que se encierra el cadáver de nuestro espíritu para sepultarlo en la fosa común de los tontos barnizados de super cultura y de los necios vestidos de hombres sabios.

—Es que no te irás a constituir en reformador, lo que sería más regocijado aún, en un nihilista destructor de la tabla de valores estéticos que ha modelado nuestros gustos, sancionados por el juicio unánime no de una, sino de muchas civilizaciones bisímbolas y radiosas. —¿Y por qué no? Pero tienen razón, es verdad, lo que yo quiero, no es precisamente privarlos a ustedes de su bello mundo de convencionalismos y artificiosidades, no, no valen ustedes la pena de que uno se tome la molestia de quitarles el aparejo. Bien visto, esto tal vez les perjudicaría, teniendo en cuenta la larga costumbre que tienen de llevarlo. No, no crean que soy tan bruto para meterme a redimir a los que están mejor sin la redención. No, mis buenos amigos; lo que yo deseo únicamente es libertarme de la maldita tutela de las críticas; arrojar allá lejos las ligaduras intelectuales con las que se ha querido momificar mi alma; echar lejos de mí todo el polvo, de oro si ustedes quieren, pero polvo al fin, con que han amortajado mi alma los zánganos de biblioteca; en fin, yo deseo sentir la impresión de que soy yo no los otros quien contempla juzga y decide con la ingenuidad todo poderosa

de la vida a la que no le importan los cartabones, los reglamentos, las leyes, los códigos, los jueces o los gendarmes, los magistrados o los capataces, porque ella sabe bien que más allá de las tonterías artificiosas y efímeras de los hombres están los destinos de las cosas, más allá de las cuales se incuban los misterios de la naturaleza y duermen las crisálidas de los avatares de los Dioses. —Bueno, pero lo que no entendemos es la relación que tú encuentras entre esa famosa libertad y la destrucción de las inofensivas estatuas, qué tiene que ver una cosa con otra. —Si serán ustedes estúpidos, ¿cómo, qué tiene que ver?; creen ustedes que es tolerable para un hombre como yo la presencia de una estatua en cuya indiferencia altiva se han estereotipado las admiraciones beocias y frente a cuya serenidad olímpica se han arrastrado los vividores, los sabiondos, los eruditos a la violeta, los adolescentes presumidos y los viejos rabos verdes del mundo de la belleza, y piensan ustedes que voy a soportar la contemplación de esos insignes embusteros, que habiéndonos llenado los horizontes no han dejado un sitio libre donde puedan agitarse libremente los vuelos rebeldes de la idea y de la imaginación, ¡Imposible! yo no admito tiranías de ninguna especie, pero menos, mucho menos las tiranías intelectuales, pensar que Cleanto el esclavo valía más que nosotros los hombres nutridos en los más avanzados conceptos de emancipación, porque mientras aquel guardaba dentro de su cuerpo sujeto a la rueda del molino una conciencia que le pertenecía totalmente, nosotros dentro de nuestros cuerpos libres no tenemos más que conciencias aherrojadas perpetuamente de rodillas ante los fetiches más absurdos.

—Qué se hace, díganme ustedes; qué otra cosa se hace en la escuela sino deformar, sistemática, continua y pérfidamente los espíritus haciéndolos pasar a fuerza por los cauces predeterminados de conceptos milenarios, juicios retrógrados, críticos incommovibles; ustedes han asistido por ventura, digo por desventura, a una de esas cátedras de literatura o filosofía en las cuales se hace aprender a los alumnos la biografía de los grandes escritores previamente clasificados y considerados así por las academias, introduciendo en los cerebros

juveniles papelitos que llevan el sello de las Sorbonas más o menos auténticos, y en los cuales constan minuciosamente detallados los elogios perpetuos, las excelencias subrayadas, los méritos dosificados para que puedan convertirse en píldoras portátiles de admiración y jarabes de respeto y emulsiones fortalecedoras de alabanzas tanto más eficaces cuanto se hallen más de acuerdo con la fórmula de la receta; por ejemplo, ya se sabe, Cervantes, debe ser alabado de rodillas, a grito pelado, con la cabeza hundida en el polvo y los pecadores labios babeando la tierra de contriciones humilladas; cuando de él se hable, se debe decir siempre lo mismo, el más grande de los ingenios castellanos y después sacar a colación su obra dejando exhaustos los clarines de las famas y fatigados los corceles del viento con la montaña abrumadora del elogio indescriptible; el libro de los libros; hermano de la *Divina Comedia* y de *la Iliada*; después de la Biblia el más hondo, el más ancho de todos; y después aún, soltarse repitiendo de un hilo parrafadas y hasta capítulos enteros, no olvidar nunca los molinos de viento, ni el Rocinante, ni el Rucio, ni Dulcinea, ni la Ínsula, ni la Sierra Morena, etc., ni mucho menos el Pórtico de los Pórticos: “En un lugar de la Mancha...”; ahora con los demás algo por el estilo, biografía y elogios, nombres y citas, fechas y bocetos y ¡guay! de aquellos que recurriendo al juicio propio, con razón literaria o sin ella o de acuerdo con la propia lógica y con el propio juicio, que son los únicos autorizados para decir lo que sientes y practicar como lo sientes, se aparta un poco de los usuales cartabones porque entonces la maldición mesiánica cae sobre él en la forma de duras represiones y la tierra prometida de la calificación necesaria, para aprobar, se le escapa irremediabilmente ante el asombro de sus compañeros, toda la inmensa caterva de eunucos intelectuales, y a todo esto las obras vírgenes, las páginas intactas y lo que es peor aún la vida impetuosa y magnífica, abriendo los abanicos de sus paisajes ante nuestros ojos, sin que nuestros ojos puedan verlo tanto porque no cuentan con el permiso de los maestros, porque sólo tienen tiempo para estar repasando los juicios hechos, para convertirse en podencos que van siguiendo el rastro de las pisadas del amo, para

arrastrarse como reptiles entre las sombras de las timideces que los rodean, y para marchitarse miserablemente, asistiendo a la bisección de las momias sin entraña que sólo ofrecen un olor pestilente a las búsquedas febriles; mientras la juventud con todas sus energías nos sacude, sin lograr despertarnos para que asistamos a la epifanía del porvenir palpitante de asombros, coronado de antorchas y vestido de praderas, que vanamente nos tiende los brazos azules de infinitos, en cuyas manos se arrodillan las estrellas para bendecirnos con las aleluyas de su luz. Y la filosofía, ¡ah!, las cátedras de filosofía, con su clasificación de genios, de dioses mayores y menores, de héroes, y de superhombres, el casillero frío que en cada uno de sus compartimientos archiva todos los datos correspondientes a cada uno de los pensadores por orden de fechas y de tendencias. Aquí, la filosofía griega. Están, desde luego, tales Anaximandro, Anaxímenes, Carneades, los dos Zenones, Pitágoras, Euclides y, por fin, necesariamente Aristóteles. Estos son los estoicos, filósofos que tienen un concepto heroico de la vida; para ellos el dolor acaba por convertirse en un motivo de placer; convencidos de lo irremediable del mal, lo aceptan acorazados en la mayor cantidad de bien. Son fuertes, consistentes, pero les falta, naturalmente, el concepto de la evolución que modifica creando y mejorando. ¡No olvidar nunca quiénes fueron los principales estoicos, cuidado con confundir las fechas! Absolutamente, pueden estar seguros ustedes de que si alguno se equivoca siquiera sea respecto a un nombre o a un año será reprobado. De este otro lado están los peripatéticos. Los filósofos que filosofaban de pie y caminaban. Esto es fundamental. Yo no puedo creer que conozca filosofía quien olvide estos detalles. Los Cínicos tienen como principal representante a Diógenes. El de la anécdota de Alejandro que es también particularmente interesante. Los escépticos como ustedes saben o como deben saber, mejor dicho, fueron los padres de los sofistas, contra quienes Sócrates erigió su escuela, basada en la más estricta de las morales. Los discípulos célebres de Sócrates fueron Alcibíades, Dailoco, Melito, Amito y, claro PLATÓN. Respecto a Platón hay que tener siempre presente que es el autor de los Diálogos. Los Diálogos,

tampoco lo olviden ustedes, se han editado muchas veces, pero la última edición hecha en México es la de la Secretaría de Educación Pública. ¿Quién conozca Filosofía puede ignorar semejante cosa? En general la Filosofía griega abarca todo el ancho panorama de la especulación intelectual. La teoría del Materialismo tiene su antecesor en Demócrito, cuyas teorías atomistas han concentrado su coronamiento en los conceptos dinámico-cósmicos de iones y electrones. Heráclito, antes que Voltaire había encontrado el principio de la evolución que corona la dialéctica de Hegel, y que cristaliza en la evolución específica de Darwin y en la Sociología evolutiva de Spencer. Pitágoras, sacerdote magno de los metafísicos, hace posible los conceptos de la armonía sidérea traduciendo de este modo la unidad armónica de Agustín, paralela a la serie armoniosa de equilibrios móviles del filósofo inglés. Los pirronianos ya anunciaban la carcajada de Voltaire y la sonrisa de Anatole France. Los gimno-sofistas levantaban un pórtico a la duda de Montaigne, y hasta Federico Nietzsche había encontrado en la médula cósmica de Aristóteles el no consentimiento, sino más poder del superhombre en cuya implacable terquedad de afirmación hay más moral que en el desinterés estéril de los místicos y en la inmovilidad contemplativa de los estilistas. Bueno, pero lo principal no es esto, lo principal es que ustedes no olviden la fecha en que nació Aristóteles; en qué época predominó la filosofía de la escuela eleata y cuál es la escuela iónica; cuál fue el discípulo más célebre de Zenón de Elea. ¡Ah!, y el gallo de Esculapio. Sí, porque el que no me sepa decir lo del gallo de Esculapio que ni se presente.

Y por este tenor las otras filosofías, así exactamente pasa con Descartes, con Poussin, con Montesquieu, con los dos Bacon, hasta Stuart Mill, Wundt y Fouillée, sin descuidar naturalmente al solitario de Königsberg, el autor de la Teoría de las Contingencias, ni al que ha resucitado el intuicionismo de la conciencia más fuerte. ¡Oh, Kant!, ¡Oh, Leibniz!, que las certezas de la razón. ¡Esto es enseñar, o es sepultar? ¿Esto es desplegar las alas, o atar los vuelos, enseñar la filosofía, enseñar la literatura? ¡Imbéciles, la literatura se aprende

leyendo las obras literarias, no los conceptos que de ellas se tienen! La filosofía se extrae, se vive, y se arroja después como arroja el árbol el espíritu de la tierra en la arrogancia del follaje y en el éxodo del perfume. De otro modo sería como si nos conformásemos con las fotografías de los hombres, con comernos los retratos de la comida o, con irle a amarrar todos los días rosas a los rosales imaginándonos que el rosal había dado esas rosas. ¿Hay algo más trascendental que la conciencia? ¿Hay algo más sagrado que el espíritu? ¿Cómo, pues, nos explicamos entonces este imperio idiota de hacer que a fuerza los hombres vean los espectáculos que otros hombres han visto y aclamen las maravillas que han florecido en otras edades? Instituídos en luces del presente y del pasado, nuestros contemporáneos como hienas sacan a flor de tierra los cadáveres, los despojan, reconstruyen sus esqueletos como Buffon hizo con las faunas prehistóricas, las ponen en un inmenso museo, y, luego, de una oreja quieras que no nos obligan a estar allí contemplando fósiles ilustres, respirando un hedor de tumba, resucitando el pasado sin sentir los imperativos del presente y sin permitirnos, siquiera, que con nuestras propias manos escarbemos una ventana para arrojar por ella nuestras ansias de recorrer mundos de fatigadas lejanías, de respirar horizontes, de exprimir las ubres de la luz, de desflorar el vientre de la noche de clavarse en la cruz ardiente que marca el rumbo del sur, de jugar con las cabelleras de las auroras, en fin, de agarrar, de ensanchar, de desmaterializar hasta hacernos otros todos, una inmensa e indefinible vaguedad zarca que lo penetre todo, que lo conozca todo, que lo envuelva todo, que sea como la mortaja del mundo, el sudario del cosmos, la crisálida inconsútil de Dios.

Yo no niego, no discuto, no pierdo el tiempo en discutir si Cervantes fue bueno o fue malo, si está perfectamente caracterizada la escuela filosófica de los peripatéticos y la de los pirronianos. No, yo sé lo siguiente: Si la belleza que han realizado esos hombres es hija del genio y si las verdades que han encontrado los filósofos son verdaderas, la belleza, esa belleza, será de todos los tiempos; la filosofía, esa filosofía, será de todas las épocas, es decir estarán ambas entre

nosotros como estuvieron entre ellos, y, entonces desenterradores imbéciles, entonces, ¿para qué vamos a profanar los sepulcros, para qué vamos a buscar allí el misterio de la vida en el laboratorio de la muerte; si la vida está cantando aquí dentro de nosotros, que somos laboratorios de otras vidas? ¿Para qué, si el arado de reja y el moderno arado, ambos tiene como fin trazar la pauta del surco para arrojar del germen que mañana habrá de transfigurarse en la música del fruto y en la melodía de la flor.

Ahora que, ¿para qué nos vamos a pasar la vida estudiando los arados antiguos y en reproducir las actitudes de los antiguos sembradores, si los surcos siguen siendo idénticos y los granos siguen idénticos y el hombre sigue siendo idéntico? Sobre todo, ¿a qué aherrojar la libertad en el pensamiento que siendo pensamiento ya él es la libertad? Involución dentro de la evolución, proceso contradictorio, paradójico y absurdo. Antes eran los hombres materialmente esclavos y las conciencias libres. La mordaza impedía que saliese el grito de los labios, pero ya el grito había estallado en el alma. ¡Tiranos!, gritaba en silencio el hombre sobre cuyas espaldas rubricaban los látigos la vergüenza de los amos ¡Tiranos! Tirano siguieron diciendo en el fondo de sus pocilgas y desde sus zaquizamís, las manos encallecidas, los cuerpos marchitos, las pupilas ciegas, los labios secos, la sangre anémica, los nervios despedazados; y un día, cuando Bruto y Espartaco pudieron abrir una brecha en el bloque compacto que pasaba sobre las ansias espirituales, el grito surgió porque ya estaba hecho; les arrebató sus alas a las águilas y sus vuelos a los cóndores, y fue de montaña en montaña, de nube en nube de astro en astro con el cielo debajo y el infinito arriba, proclamando que los hombres nunca habían sido esclavos, porque habían sabido tener la conciencia de su libertad. Y ahora, ahora sucede precisamente al contrario, los cuerpos son libres, libres hasta de prostituirse y de corromperse; la sífilis puede coronar de pústulas la libertad de la humanidad actual, pero dentro de esas libertades corrompidas sólo hay cadáveres de espíritus mutilados, e ideas castradas, pensamientos invertidos, conceptos beodos, criterios marihuanos, en fin, todo un infierno teratológico de decadencias horripilantes, asquerosas, indescriptibles.

Ahora tenemos alas, pero no tenemos infinito. Las aeronaves llegan hasta Dios sólo para que sepa Dios que no hay más que carroña dentro de las aeronaves.

Ahora, la palabra va en el temblor de la onda herciana por rutas invisibles hacia rumbos ignorados, pero ahora la palabra no es más que un tufo de porquería que va proclamando a todos los vientos que el hombre se ha convertido en wc. Libertad material y esclavitud espiritual. ¡Libertad de la piedra, menos, mucho menos, porque como la piedra no es más que materia sorda siendo libre, materialmente es también totalmente libre. Pero como nosotros somos materia consciente, aherrojando la conciencia y dejando libre la carroña, hemos traicionado nuestros propios destinos, hemos invertido las leyes generales porque le hemos puesto alas al plomo, plomo a las alas y, resucitando la divina anécdota, ¡hemos sepultado a la mañana cuando habíamos creído llevar sobre los hombros del día el cadáver de la sombra!

¡Enseñar literatura, enseñar filosofía! Como quien dice, enseñar a sentir y enseñar a pensar, sentir que es una función personal cuanto más ingenua más elevada, pensar que es una función individual cuanto más individual, más certera, más luminosa, más fecunda. ¡Enseñar a sentir, hijos de este criterio son los que van a oír a los pájaros llevando un metrónomo y un método de solfeo! Y se ponen a censurar al sol porque diluye carmines junto a verdes detonantes desconociendo el animal, las teorías fundamentales de la armonización de los colores. Enseñar a pensar. Hierofantes de estos sumos sacerdotes son aquellos que quisieran que frente a nuestros propios conflictos y ante nuestras personales experiencias tuviésemos un catálogo de soluciones clásicas para determinarnos en el sentido en lo que lo hubiesen hecho los grandes pensadores. Conque sufres, ¿no? Bien se conoce que no has leído a los estoicos: ¿conque amas a muchos?; ándale lee a Schopenhauer; ¿que tus hermanas son vírgenes?, qué tonto, hombre, cómprate un Stakenburg, ¿que tienes miedo de explotar a fulano y de matar a sutano?, bruto, más que bruto, lee a Nietzsche, si conocieras a Stirner sabrías que no debe haber nadie más que tú y tu propiedad, ahí tienes por no haber

estudiado filosofía, pero luego dicen que de nada sirven las universidades ni las escuelas de altos estudios y hasta se atreven a censurar a nuestros filósofos, el mal que nos han hecho todos esos demolidores no, la filosofía es formidable, la cultura es formidable, la literatura es formidable. Esas son las tres personas distintas y un sólo Dios verdadero de las modernas civilizaciones, esas y nada más.

—Bueno, bueno, has hablado hasta que te has cansado de cosas que no vienen al caso, pero dime: ¿eso, eso que has hecho con la Venus de Milo es justo también?

—La Venus de Milo, la Anfítrite de Nulas, Vlasiteres Elena, la hija de la espuma y de aurora, perla viva de la concha tornasolada; la Venus trunca, Señora Nuestra de los bobos, la Venus de Milo. ¡Óyeme!, yo odio a la Venus de Milo, con un odio santo, de miserable y de mendigo, como odio a todos los prodigios de los cinceles griegos, las sinfonías marmoreas de Fidias, de Scopas y de Policeto; el Discóbolo, el Luchador Borges, la Diana semidesnuda, los Luchadores, El Hermes, El Apolo de Belvedere, La Venus de Cnido, las Metopas, las teorías de las palateneas, la quadriga del Pentélico, las columnas partenopeas, la Minerva crisoelefantina, el Júpiter Olímpico, el busto de Antinoo, la Victoria de Samotracia... Yo odio todo ese mundo elegante pero frío, eurítmico pero insensible que apenas si se estremece en las fiebres retóricas del ausente, pero que, impasiblemente ve el desfile de los desgraciados que, apenas si alcanzan a recoger la limosna armoniosa de las cortesanas desnudas, la limosna azul de los ciegos traslúcidos, la limosna blanca de los mármoles inmaculados. La belleza, ¡al diablo con la belleza!, y al diablo con la sabiduría! ¿No es vergonzoso e infame que los templos se coronen de estatuas mientras los corazones de los pobres se coronan de espinas? Tener temblores de brisa en la gracia de los peplos, en la agilidad de las criptradas, lentos vaivenes en los pliegues de los mantos suntuosos y adorables; palpitaciones en las gasas de los peplos, mientras los harapos de los infelices se estremecen con el sacudimiento de las tormentas

y las furias azotan los rostros divinos y encanijados y, hasta dentro del alma, las borrascas impetuosas desgajan las venas y desarbolan las naves que van por los Adriáticos del ensueño buscando las cólquidas de la esperanza. ¡No! La belleza y la sabiduría son dos laureles divinos sí, dos laureles, uno para el que canta las alondras de los amaneceres radiosos, el otro en el que pesadamente se posan las águilas de vastas envergaduras; dos laureles, en los que se duerme el cielo y, enreda sus sedas purpúreas el crepúsculo, y hasta los cuales desatan sus bucles las estrellas; dos laureles divinos de celajes en guirnaldas de canciones; dos laureles divinos que a manera de dos flautas prodigiosas que se abriesen en ramazones sonoras, se hunden en la conciencia del azul para oír mejor, para hablar mejor, con la excelsitud divina. Dos laureles como dos ímpetus de la tierra, que, anchamente se desplegasen en el cielo; dos laureles egregios; dos laureles como dos evangelios de savia o como dos biblias de vegetación, sí, pero dos laureles cuyas raíces, están clavadas en la miseria de los pobres, en el hambre de los pobres, en la desesperación de los pobres, de cuya sangre viven y de cuya vida se alientan. Dos laureles que son, abajo, hojas de puñales, arriba, puños... enjovados de piedras preciosas, tal y como eran los puñales de Cellini, que no por ser prodigiosas obras de arte dejaban de matar, lo mismo que los otros puñales.

Vayamos otra vez abajo, antes que edificar basílicas, antes que inmortalizar la vanidad en la piedra fría, construyamos cabañas, hagamos rediles, a donde vayan los que son menos que las abejas de las parábolas, no divinos humanos, generosamente humanos, ¡Oh!, la Venus de Milo sería grande, si lejos de estar allí en su austera sala del Louvre, coronada por las admiraciones convencionales de los ricachos estultos, de las “mises”, curiosas, de los extranjeros embarrados ligeramente de cultura, estuviera allá, sirviendo de clave a la puerta de un hogar humilde, de dura cabecera al sueño de un mendigo o mejor aún, en la tierra de donde vino, en la hondura prolífica de donde surgió un día trunca, impasible y ciega, a exornar de luz la montaña de un mundo de injusticias, quizá para que de ese modo, absortos

en la irradiación de sus euritmias, no pudiésemos oír la letanía de las sombras que, lentas y despaciosamente van atravesando los caminos yermos sin haber nunca alcanzado ni siquiera la misericordia de los pájaros errantes o la mirada fugitiva de las estrellas vagabundas. ¡Abajo la belleza helénica, abajo el Partenón, vale más la vida de un niño que no tiene qué comer, y que se muere de frío, que hacer alarde de armonías expuesto a la soledad de las ruinas!

Las estatuas no pueden ser nunca grandes, es más, las estatuas no pueden ser nunca bellas, caricaturas de la dinámica activa, sombras de realidades que pasaron, no son otra cosa que el pasado invadiendo el presente, sepultando el porvenir interponiéndose como bellos pero inevitables obstáculos entre nuestras necesidades y nuestras preocupaciones, entre la verdad que nos muere y el ideal que nos alucina, entre el espíritu de la carne que nos dice vive y la locura del espíritu que nos dice crea, crea, casi casi con la misma persistente brutalidad con que las brujas de Macbeth gritaban ¡tú serás rey, tú serás rey!

A la subasta pública el Louvre, ya es tiempo de que la sonrisa de la Gioconda baje a iluminar los sótanos donde jamás se ha abierto el botón de la sonrisa. Ya es tiempo de que abandonen la quietud estática de los lienzos las vírgenes del Guido, los arcángeles de Cimabué, los serafines de Orcagna, las Madonas de Fray Angélico y del Sanzio, los Bienaventurados de Theotocópuli, el niño Dios del beato de Fiésole, la Sagrada Familia del adorable pintor de las manos seráficas; ya es tiempo de que todo ese mundo arcangélico baje a los hogares de los que no tienen qué comer para que lleven al cielo, a todo el cielo, hasta los zaquizamís privados de luz, ahumados de miseria, y apestosos de desolación; ya es tiempo de que la noche de Miguel Ángel, con su hermana la aurora venga la una, con todos sus astros, la otra con todas sus rosas, hasta los tugurios donde junto a los perros los hombres se revuelcan viviendo de sus propias entrañas. Ya es tiempo de que la capilla de Sixto V se quede desnuda de la embriaguez dantesca del juicio de B... para que en la más alta cumbre de la tierra instale su majestad todopoderosa el Señor de los Ejércitos y desde ahí, aureolado de

ángeles, rodeado de vírgenes, alfombrado de alas de serafines, asista al juicio de los burgueses, de los ricos, de los poderosos, de los que no han tenido tiempo de pensar en que hay seres más infelices que los caballos de sus coches, los galgos de sus caricias, los sapos de sus pantanos, las bacterias de sus lepras, el pus de sus flemones, y, el tufo espantoso, vil, nauseabundo, asfixiante, de sus codicias. ¡Abajo Fidias, abajo Policeto, abajo Shirlandaj, abajo el Verrocchio, abajo el Perugino, abajo Gidon, abajo Venar, abajo Le Notre, abajo Garnier, abajo Ridé y el Ticiano y el Tintoreto y Rembrandt abajo, holgazanes insignes, cochinos, espolvoreados de oro para nada, no sirven vuestras bellezas, vuestros prodigios son inútiles!

Habéis pasado por la vida con los ojos puestos en las constelaciones, sin fijaros no os habían de amortajar las estrellas, si no que os habían de comer los gusanos, olvidasteis el ejemplo de Cristo, el bajó con su reino hasta los pobres, y luego volvió acompañado de los pobres a su reino vosotros, despreciasteis la arcilla de la que estabais hechos, ignorabais que el universo cabe en el cosmos del átomo, no sabíais que también el infusorio piensa, olvidasteis o no pudisteis comprender, que la celdilla es la madre del órgano, que la gota es la nodriza del mar, que el pétalo es el que borda la corola, que la nota es la que hila el arpegio y que, el pobre, el infeliz, es el pedestal sobre el que se levantan vuestras estatuas o el muro sobre el que se prenden vuestros lienzos, es decir, la médula misma de vuestra gloria que se desmoronará el día que el pedestal quiera surgir para ver la luz, y el muro quiera despojarse del lienzo para contemplar el sol. No es el color de las plumas el que levanta las aves no, son las alas las que arrastran las plumas, el quetzal, ese jardín que vuela, no puede pasearse por donde se pasea el cóndor, ese pedazo de montaña que se eleva a la montaña para flordelizarla de luz. Vuestros lienzos, vuestras estatuas, vuestra belleza es así. Ropajes suntuosos, apariencia armoniosa, inutilidad fugitiva; el día que la gleba se estremezca, se sacuda, despierte y se levante para llevarse consigo a las cordilleras de los anhelos, a las campiñas de las esperanzas, a los vergeles de los ideales, ese día todas vuestras

¡Miseria! (1981)

obras se dispersarán como el polvo del arco iris que envuelve momentáneamente las carabelas de las nubes que, crinadas por el rayo y sordas de crueldades y nostálgicas de azul, van allá, tramontando de horizonte en horizonte hasta rodar nuevamente a la tierra de donde vinieron exprimiendo en los jugos de sus ubres la luz despetalada de arriba, luz extraída de abajo, y, el misterio de las eternidades que duermen no en los falsos espejismos, no en los tornasoles de las perlas ni en el rubor de las caracolas, ni en las sonrisas fúlgidas de los diamantes, ni en las miradas azules de las turquesas, ni en las hemorragias frías de los rubíes; ni en las hogueras diminutas de los topacios, ni en los lagos tranquilos de las amatistas, ni en las somnolencias de los ópalos, ni en el dolor de los abalorios sino, allá dentro de los cuerpos esqueléticos, en las pobrecitas almas desventuradas que van por los caminos franciscanos hablándoles de tú, lo mismo a las orugas que están gestando el arpegio de la mariposa, que a las auroras crisálidas de la mañana que están gestando los rieles divinos del amanecer!

II

No era el estado de Héctor Zubieta el resultado de un mal agudo pero pasajero, no era un caso aislado nada más, una crisis nerviosa como cualquiera otra, no era apenas una de tantas manifestaciones de la desorientación completa de su vida del brutal descoyuntamiento que experimentara todo su ser cruelmente estrujado por las bárbaras cóleras de destino, era uno de los rastros que dejaba en su camino la miseria, uno de los tatuajes con que lo señalaba la desgracia, uno de los signos imborrables con que le marcara el rostro, el hierro candente de la desesperación, el relativamente corto periodo de cinco años ¿Cuántas tormentas habrían ahogado los horizontes de aquellas almas después de la muerte de sus padres y del vacío sin remedio, cada vez más ancho y pavoroso?

Comenzó el calvario de las orfandades sin abrigo, sin hogar y sin pan, sin esperanza siquiera, ¿cómo se vivió en aquellos días?, nadie lo sabe a ciencia cierta,

pero al fin y al cabo de un modo o de otro se vivió, sin embargo, aquello no podía seguir siendo, era necesario que se hiciesen esfuerzos supremos, ya no para salir de aquel rincón mísero, sino para poder continuar allí comiendo lo que se pudiera, y era necesario obrar pronto porque la necesidad no espera, menos aun cuando es más apremiante. ¿Estudiar, quién pensaba ya en eso?, que estudiaran los que tenían con qué, desgraciadamente la ciencia, era, también patrimonio del dinero, y la sabiduría resultaba ya una hijastra, una hijastra ya que no una hija, de los poderosos; estudiar no, trabajar y eso de lo que fuera, sino se encontraba un empleo decoroso, pues a ocuparse en el desempeño de un oficio o de una labor cualesquiera, hasta de conserje, hasta de cargador, hasta de limpiabotas, ¡qué diablos! de algún modo se había de conseguir para el gasto, al fin y al cabo para las aspiraciones que tenía, para los anhelos que les quedaban, para las malditas ganas que tenían de seguir viviendo. No sin grandes dificultades, por fin el hermano menor encontró acomodo en los ferrocarriles, le habían dado el puesto de mensajero con una retribución que resultó salvadora en aquellas circunstancias. Héctor, en cambio, no había podido encontrar nada; tan altivo como era, orgulloso, poseedor de una dignidad que en esos casos lo obligaban a despreciar el apoyo de dos o tres amigos influyentes que quizá no le hubiesen descuidado, vanamente atormentaba su imaginación buscando el modo de resolver el tremendo problema, sin acertar el modo de salir victoriosamente del atolladero. Se dedicaría a esto, emprendería esto otro, y, de ¿dónde cogería el dinero para comenzar? Algunas veces, asaeteado por la necesidad, él que jamás había tenido que recurrir a la bondad insultante de este o aquel conocido, en solicitud de los miserables préstamos que él mismo tenía la certeza de no poder pagar, rojo más que de vergüenza de cólera, tomaba la moneda en sus manos guardándole en vez de gratitud un vivo rencor a quien había encontrado el modo de humillarlo a tan vil precio. Antes de dar estos pasos, mucho lo había meditado: pedir jamás, recurrir a la caridad disimulada, nunca; mas al reflexionar acerca de la abnegación de sus hermanas que, pasando por alto las hirientes burlas del vecindario hacían

¡Pisericia! (1981)

trabajos de costura a las mismas vecinas que las insultaban, ahorrando materialmente hasta el último de la luz del día que ahorraba el gasto de la vela, de la única vela que amparaba en las noches la desolación de la familia, el no quiso ser menos y se resolvió a arrastrar, también, el desprecio de los otros, en cierto modo satisfecho de contribuir con su sacrificio al sostenimiento del hogar. El tiempo pasaba y lo mismo; se dijera que todos se habían confabulado, juventud en la plenitud de sus facultades. Otros que no necesitaban tenían cuanto querían, amigos suyos que recibían fuertes mensualidades de su casa, desempeñaban empleos espléndidamente retribuidos, que apenas si desquitaban unas cuantas horas; hasta conocía a cierto muchacho hijo de un personaje influyente, calaverón prematuro y perdulario de remate, a quien de castigo por no haber concurrido todo un año a la escuela, lo habían metido de quién sabe qué cosa, en una oficina donde no hacía nada más que pasarse el tiempo manoseando a las mecanógrafas y chacoteando a sus compañeros, para adquirir el sagrado derecho de cobrar cada decena sus ochenta pesos constantes y sonantes; en cambio él que tenía que sostener a su familia, bastante golpeada y escarnecida, sin obtener ni siquiera lo que se gastaban en cine las peleles ridículas de la vecindad en que vivían y ni modo, inútil rebelarse contra una situación que no tenía más salida que la de la muerte; la muerte por inanición o la muerte por desesperación; el hambre o el suicidio, pero el suicidio no era posible cuando se quedaban sumidas en el desamparo sus pobres hermanas; el hambre era lo único que quedaba, se morirían de hambre; por desgracia hasta el hambre se divertía con su agonía diariamente renovada, como si también ella quisiera martirizar hasta el último instante los cuerpos flácidos y las almas anémicas ¡Ah, por qué no mejor carecían de una vez hasta del duro mendrugo que ablandaban con sus lágrimas; por qué no los arrojaban de una vez a la calle con los pocos muebles que les quedaban, para ir a disputarse con los perros las sobras indecentes de los tiraderos de basura. Disponer aún de un poco de dinero era peor que carecer absolutamente de todo. Las sombras que ahogan el espectáculo siniestro de nuestras pupilas en las

cuecas agrandadas por el espanto, es menos cruel que la penumbra hipócrita donde las livideces del rostro demacrado contrastan más que las sombras de los carrillos hundidos y las carnes sepultadas entre los huesos duramente perfilados. El alarido del dolor es menor crispante que la miseria; el rayo produce menos vapor que la llama de los blandones fúnebres, y hasta el ímpetu crinado de las tormentas oprime menos el ánimo; que la suave cadencia de la nieve persistente que va asesinando los prados, deshojando las flores, amortajando los árboles y enfriando los cuerpos desnudos de los pastores, de los golfos y de las bestias sin abrigo. ¡Y pensar que con ser tanta la angustia de Héctor era aún más grande la de sus hermanas, necesariamente, como mujeres, eran más sutiles, más pagadas de los convencionalismos sociales; el triunfo de las comadres rezanderas y maliciosas no podría ser más rápido ni más completo. ¡Ahí lo tenían ya, qué tal, lo suavcito que habían quedado las señoritas Zubieta con la paliza que les estaba dando la pobreza; ya lo habían dicho: así pasaba con todas estas marquesas, como tantas otras habían parado en costureras, en obreras insignificantes, en servidoras incondicionales de la primera vecina que tuviese unos cuantos céntimos y quisiese ahorrarse el trabajo de confeccionarse por si mismas sus camisas, marcar sus pañuelos o ponerles un “embutido” a sus manteles de día de fiesta! Únicamente los domingos salían todas juntas, y eso, muy temprano, a misa, al templo más próximo, arropadas por el abrigo que disimulaba el aspecto del traje, perfectamente tapados con el tápalo que cubría buena parte de la cara, por sí se encontraban con algún conocido. Entre semana únicamente la mayor salía por el mandado, provista de una petaca de mimbre sobre la cual acomodaba sabiamente el pan, la leche, las verduras, el huevo para el hermano menor que trabajaba como negro todo el día, y una que otra vez, los días de fiesta, casi nada más los bisteces apetitosos que habían sido suprimidos fuera de estas ocasiones extraordinarias. Salvo de estas salidas necesarias, todo el día permanecían arropadas en la semi-oscuridad de las dos piezas húmedas que, mal situadas y en pésimas condiciones, ni siquiera les proporcionaban el regocijo de la luz franca,

la alegría de los rayos del sol rubios y juguetones como las niñas traviesas que pasean su salud por los corredores citadinos. Y tener que aguantar la presencia insolente de las otras muchachas de su edad, detonantes y escandalosas como banderillas, repintadas como muñecas baratas, coquetas, tontas, vacías, pero eso sí, muy pagadas de sí mismas, que ya se paseaban descaradamente con el novio por todo el vecindario o bien se hacían señas o se gritaban cínicamente sus aventuras de uno a otro extremo del patio, vasto y destartalado, o lo que era de rigor, se iban con la madre, disimulada cómplice de sus porquerías, al salón del cine del rumbo, a despertar las urgencias del sexo, a ensayar los simulacros indecentes de la carne, a sentir el escalofrío de las fiebres fálicas condensado en el temblor de las manos del macho que les recorren los brazos, les felpan los senos, les oprimen la cintura, y, hasta con pretexto de alzar el pañuelo, se pasea por las morbideces de las pantorrillas semidesnudas, para intentar subir, a través de la pierna tibia, hasta las caderas ebúrneas, tersas, amplias, tenebrosas de deseo y sordamente agitadas de irremediables concupiscencias. Perdidas, disimuladas, prostitutas en ciernes, machonas viles, y sin embargo, insolentes, apenas si las saludaban y eso con un aire de protección que las hería vivamente. ¿Cuándo saldrían de allí? eso no podía continuar. ¿Por qué esas heteras de quinto patio tenían cuanto había menester, mientras aquéllas no disponían de lo más necesario? ¿Es que la honradez constituye un obstáculo para adquirir las comodidades sin las cuales la existencia es un prolongado infierno? ¿Era necesario que ellas también coqueteasen para ser rodeadas de simpatías y consideraciones? ¿Sólo con las carnes al sol, con los senos al descubierto, con la falda a la rodilla, los ojos rimelados y los labios envenenados de carmín podían entrar al mundo de los elegidos, al paraíso de los poderosos? ¿Qué clase de mundo era este? ¿La burla como único premio del esfuerzo doloroso y digno, y los placeres y las comodidades, como recompensa a la más descarada e infame de las prostituciones? Ni sufrir en paz se podía, ni agonizar con tranquilidad les era dable, ¿qué les importaba su pobreza a las otras?

El pan que comían lo ganaban con su propio esfuerzo, harapientas sí, deshilachadas, hasta mugrosas, porque el jabón también cuenta, y no tenían ni para el jabón; pero dignas, indemnes con la frente muy alta y el espíritu muy firme, muy recto, muy erguido ante los juicios de los hombres y los juicios de Dios. En cambio ellas, marranas disfrazadas de arlequines, gallinas con alas de mariposas, gurras de circo, gallinas cebadas con maíz robado; ellas, indignas hasta de los besos de madres celestinas y alcahuetas, porque ni siquiera tenían la disculpa del amor maternal, que es capaz de santificar hasta las más viles manipulaciones, ¿mas era posible que reflexionaran de este modo quienes de manera tan distinta procedían? Ya parece que lo oía: “La virginidad, la honradez, ¡al diablo con esas antiguallas!, beatas santurronas, que les hiciera buen provecho su virtud trasnochada, para lo que les servían a ellas esas tonterías. Gozar, vivir, eso era lo importante; a bailar hasta quedar rendidas. ¡Oh, lo bello que era ir entre los brazos de un muchacho guapo y bien vestido, que les decía al oído cosas adorables y les rozaba las mejillas, furtivo preludio de otros besos ardientes, febriles y radiosos, los paseos al atardecer por los jardines menos concurridos, y su asistencia a las casas de citas. ¡Claro, las casas de citas, eso era sencillamente divino, ayuntarse con el macho, no importa quién fuese, con tal que pagase bien; rodar materialmente sobre el lecho o el canapé, y agitarse, estremecerse, contorsionarse en bárbaros y sublimes espasmos lúbricos, hasta quedar desfallecidas, laxas, exangües, bajo el gesto victorioso del hombre potente, y al amparo todopoderoso del pene aún tenso, goteando de semen espeso, opalescente y turbio ¡Oh las pascuas floridas de la carne, las transfiguraciones del bruto! ¡Los domingos de ramos de la bestia!

¿Cómo ocurrió el desliz, primero velado, y después confesado descarada y abiertamente; qué rebeldía subterránea estalló de súbito, impeliendo hacia el desastre moral a aquellas dos pobres juventudes constreñidas por la tortura y acorraladas por el sufrimiento; qué demonio o qué arcángel las tomó de la mano, las sacó del lodazal en que se ahogaban, y las fue conduciendo, solapadamente, por los jardines donde crecen las flores del mal? ¡Quién sabe!

Pero, seguramente, no fue poca parte en la transformación inesperada, la vanidad comprimida, el orgullo zaherido y aplastado que, ciego, saltó con uno de esos gestos inexplicables de demencia o de locura, capaces en un instante de echar a perder o de glorificar para siempre toda una existencia. Héctor Zubieta, apenas si lo había notado, ¿quién podía fijarse en ciertas cosas cuando sentía el cerebro abrumado, materialmente, de preocupaciones? Apenas si un día, se había dado cuenta de que una de sus hermanas, nerviosa y agitada, se emperifollaba como pollina, haciendo verdaderos prodigios porque su vestido, marchito, cobrase un aspecto aceptable, pero eso había sido todo. Otra vez, también en compañía de la hermana menor, habíala visto salir furtivamente, y ya entrada la noche, contra su costumbre; mientras la hermana mayor, verdadera hormiguita arriera, se entregaba completamente a los trajines de la casa. Mas fuera de todo aparentemente igual. Vaya, pobrecillas, algún inocente amor de esos que no faltan nunca, uno de esos afectos franciscanos que no tienen miedo de irradiar, hasta en los cuerpos de las orugas, un rayito de sol serpenteante en el agujero tumefacto; un perfume caritativo de esos que se escapan del trono de la rosa y van como pajecitos egregios a sentarse a los pies de las viejecitas achacosas, una nadería, pobres hermanas tuyas, que ungieran sus heridas aunque fuese con esa gota de bálsamo, bien lo necesitaban, pobrecitas hermanas tuyas.

Brutal mazazo el que recibiera unos días más tarde; amor inocente, amor puro. ¿Es que puede haber amores inocentes y puros en la desgracia? Una noche, cuando cansado y abatido se disponía a entrar a su tugurio Héctor Zubieta contempló inmóvil de terror, mudo de cólera, desconcertado materialmente, el brutal espectáculo: su hermana, mal sostenida por la hermanita, entraba trastabillando a la pieza. ¡Qué era eso, no, no podía engañarse, no se trataba de un accidente: lo decían a las claras el rostro pintarrajeado, el traje descompuesto, la cabellera alborotada, y ese mirar cínico y desvergonzado de los ojos enrojecidos, su hermana venía... de donde vienen las que salen para el burdel!

¡Oh! ola de sangre que ahoga las celdillas y hace naufragar las neuronas y, sacude los nervios como alaridos, y crispa las manos como garras, y hace castañetear los dientes como puñales. Prostituta, hetaira, hija del arroyo, qué iba a buscar ahí, ¡afuera! Y, después de abofetearla y de escupirla, la azotó materialmente contra el suelo, con un placer trágico, con una locura ardiente de sadismos destructores; ella, entonces, se irguió y cobró perfiles esquilianos:

—Perdida, sí, ¿pero quién tiene la culpa; cuánto has traído tú para que comamos? ¿Acaso nos has librado de esta caída, no sabes que es preciso comer y sacar para comer, no importa de dónde? Soy perdida, y tú ¿cómo te llamas holgazán sinvergüenza, que ha sido incapaz de sostenernos, a pesar de que eres hombre y hombre honrado? Vergüenza, pena; pena te había de dar vernos así.

—Cómo me echas en cara mi honradez; que no traía para que comieses, ¿y en qué había de donde sacarlo?

—¡Por qué no robaste entonces! ¿Tenías miedo de robar?

—No, tenía miedo de mancharlas.

—¡Esas son palabras; no se vive de palabras!

—¡Y esas son miserias; tampoco se vive de miserias!

—Entonces, ¿qué querías, que viviésemos de aire?

—No, que agonizásemos que muriésemos; era preferible que muriésemos, pero altivos; indemnes, dignos como nuestros padres.

—¡Bueno y qué!, ¿No te gusta? Me voy, para la falta que me hace quedarme contigo! ¿Te imaginas que es humano estar metida aquí?

—Ah, ¿Y piensas que es hermoso andar rodando por allá?

—Bueno, no hablemos más, me marchó; vente porque María Luisa se va conmigo; antes de dejarla morir de hambre con ustedes me la llevo.

—¡Eso no, pregúntaselo a ella!

—¿Crees que ella todavía es virgen; se había de estar esperando para preguntártelo?

—¡Cómo, ella también! Ella... ¡Oh! Déjame, déjame tú, rugía materialmente, pretendiendo desasirse de la hermana mayor que le sujetaba del brazo, dispuesto a golpear, a machacar, a triturar sin compasión ninguna. Déjame tú, no es tu hermana, no es hermana nuestra; ¡que se largue, que se larguen las dos, fuera, a la calle!, y temblaba babeando, los ojos desorbitados, el cabello revuelto, el cuello dilatado, las venas de las sienes materialmente inyectadas; lívido, espantoso, terrible. Las vecinas, alerta desde el primer momento, formaban ya corro en torno con el grupo dantesco y, procuraban ayudar a la hermana mayor, hasta que por fin se presentó la policía. ¿Qué pasaba? Nada, un escándalo como cualquier otro, un hombre, seguramente borracho, que trataba de golpear a dos mujeres, seguramente inofensivas. Entonces, ante la inminencia de un escándalo todavía mayor, Héctor Zubieta, se contuvo. Hizo un esfuerzo supremo, cerró violentamente la puerta y, de espaldas contra ella, quedó esperando la llamada de los agentes de la policía. Esta no se hizo esperar. Héctor, trágicamente sereno, dio la explicación. En efecto, un disgusto como todos los días se presentaban: había encontrado a su hermana platicando con el novio, y, naturalmente, no iba a dejar la cosa en tal estado, pero no había más; para qué iban a meterse en líos. Todo quedó arreglado sí, todo quedó arreglado para la curiosidad del vecindario y para la intervención judicial; pero adentro, en el hogar, todo había quedado deshecho para siempre. Ya nadie dijo nada en esa noche. Al otro día muy de mañana, las dos hermanas salían para siempre. Y allí en las dos piezas solitarias, tristes, húmedas, y sombrías, se quedaban los restos de la familia como los restos de un naufragio. Rubén, el pobre muchacho que trabajaba como negro, más taciturno y más callado que nunca. Ella, la hermana mayor, siempre trabajadora, siempre buena, humilde, conforme con su suerte, hacendosa, limpiecita hasta donde era posible, arreglando este y aquel mueble, condimentando la comida, destrozando los pulmones en fuerza de coser y volver a recoser las ropas raídas, y procurando darse tiempo para soñar. ¿Para soñar? No, cuando los ojos se han abrumado de espectáculos siniestros, ya no pueden soñar, no; era para rezar,

para clavar el corazón en el calvario del éxtasis arcangélico, para crucificarse en la inmovilidad de los silencios místicos para calentarse con el temblor de las llamas de los cirios única luz que queda cerca de las carnes mal heridas de los desamparados; y él, el holgazán que nada llevaba a su casa, el estudiante destripado, la momia de sí mismo, el cadáver tibio cuya conciencia todavía existía también se había quedado solo para atormentarse mejor con los desastres continuos de las desintegraciones. Y, dos lugares desocupados para siempre, otros dos huecos más en el vacío espantoso, otras dos desolaciones, ¡ah! y esta vez, desolaciones vergonzosas. Si cuando menos hubiese sido la muerte la causa de aquello; si hubiesen sido dos cuerpos fríos los que hubiesen abandonado. Pero no, no quedarían detrás dos tumbas, quedarían dos... ¡Oh, y pensar que para evocarlas en lugar de recurrir a los paraísos había que ir a los lupanares! Tener, no el consuelo de evocar desfiles de bienaventurados, sino que azotarse los ojos con las caravanas de los sifilíticos, y en lugar de poner como término a la escena, el concierto de los dioses envueltos en melodías y en oraciones, tener que recurrir al telón asqueroso de una sala de disección de una clínica implacable, de un camastro de hospital, donde en lugar de las oraciones, latigean el silencio las serpientes lívidas de las injurias, y apestan el ambiente el pus de las llagas vergonzantes. ¡No dos muertos, dos prostitutas! ¡No un cementerio, un burdel; no la imagen de Jesús, sino el ecorzo brutal del macho cabrío, y en lugar de los rayos de luz que brotan del costado abierto, el pus sanguinolento que escurre de la matriz herida, y en vez del centro de todas las virtudes, el falo rabioso de todas las infamias!

Desde aquel día cambió por completo la vida de la pequeña familia.

La hermana mayor, más solitaria que nunca, toda entera se abandonó al amparo de sus creencias fuertemente arraigadas: puede decirse que vivía en un perfecto éxtasis; que flotaba en una atmósfera de incienso; que vivía en un plano distinto, ajena por completo a las cosas terrestres. Con sus acostumbradas diligencias afanábase en preparar la comida, en arreglar las camas, sacudir los

¡Miseria! (1981)

muebles; en fin, en desempeñar todas las labores del ama de casa, y, luego, una vez que quedaba libre, tomaba su breviario y se hundía materialmente en el piélago de las adorables ilusiones. ¿Había medido ya la profundidad del abismo que por modo tan brusco se había abierto a sus pies? ¿Comprendía lo que significaba la tragedia que acababa de desatarse allí mismo, hacía apenas unas cuantas semanas? Su corazón hecho al dolor no había experimentado ya ninguna desazón ni se había agrietado con una nueva herida, sí, evidentemente; pero, resignada, mansa buena, verdadera oveja del señor, espantada pero a la vez conforme, había respondido, seguramente y bien: ¡qué se va a hacer!, que se haga la voluntad de Dios. Después de todo, ella no había hecho nunca vida común con sus hermanas; incidentalmente la miseria las había unido a todas; pero ella, siempre la misma, la santurróna, la beata tonta, como la decían, lejos de amar el bullicio de las fiestas ciudadanas, prefería el esplendor de las fiestas religiosas la suntuosidad de las misas de Persia; las epopeyas místicas de las grandes conmemoraciones; la fiesta del Carmen; la de la Asunción, el mes de María. ¡Oh, cómo gozaba la pobrecita alma ¡morata con aquellos trasuntos paradisiacos, la irradiación de los cirios, el centelleo de las aureolas, el brillo de los oros, las madejas del arco iris que se desparramaban de las almendras trémulas, las casullas bordadas, las mitras iridiscentes, las mantelerías albeantes, los tabernáculos con jardines de piedras preciosas, los cálices con primaveras de diamantes y amaneceres de fulgores, y el incienso que todo lo envolvía con sus alas múltiples, y el repiqueteo insultante de las campanillas pàrvulas y alharaquientas, y la música del órgano, severa y majestuosa, y los cantos litúrgicos, pausados, monótonos y lentos, y el apoteosis de la elevación, cuando sobre el pedestal del cuerpo inmóvil o encima de las manos inmaculadas del sacerdote, el copón cuajado de sueños de Aladino, esplendía en el corazón devoto del templo, como una palpitación divina, como un latido de eternidad, como un temblor de misericordia y de excelsitud, engarzado en el ambiente ungido de oración, de hinojos también como la multitud arrodillada. ¡Ah, la ternura que recorría sus arterias, y que

cantaba en su sangre, y que humedecía sus ojos, cuando después de haber orado largamente ante el altar de Nuestra Señora de los Dolores, creía ver animarse el rostro de la imagen, y hasta sentía llegar a ella la respiración lenta y fatigosa del pecho bien amado, e impulsada por quién sabe qué fuerzas, extendía su pañuelo para enjugar las lágrimas en que se licuaba la desesperación de la más excelsa de las madres. La plegaria sublime palpitaba en sus labios; Madre llena de dolor, si, madre llena de dolores y también llena de caridades, ella sabía leer mejor que nadie los corazones de todos los que sufrían, ella, testigo de la crucifixión de las crucifixiones, todos los días asistía a los calvarios recónditos de los humildes, y contribuía a amortajar a los Cristos de los ideales muertos que esperaban todavía las pascuas de resurrección. Y, la belleza inefable del santo niño de Praga, que estaba pidiéndole que extendiera los brazos para que lo arrullara, y nuestra Señora del Carmen, la del escapulario taumaturgo, y la Purísima, tela plasmada en azucenas, y el Ecce Homo, siempre moribundo, siempre agonizante, siempre inmóvil en la plasticidad de su dolor eterno e inconmensurable, y, las misas de primera comunión y, los ofrecimientos de flores con sus teorías de almas gloriosas, fragantes y níveas como azucenas de la virgen.

Cuántas veces, de regreso a su casa, iba dando traspies en el camino, embriagada aún en los divinos transportes celestiales. Qué aspectos tan distintos cobraba para ella la existencia; asceta verdaderamente, dotada de un espíritu estrictamente monacal, se hubiese dicho que lejos de odiar el dolor lo bendecía; como un medio seguro de alcanzar a Dios, todo quería arreglarlo con oraciones y con cirios pascuales, y cuando las cosas ya no tenían remedio, entonces con su perpetua actitud serenamente angustiada, contestaba siempre lo mismo: “es que ya estaba dispuesto así; así pasó, Dios lo ha de haber querido. ¡Que se haga la voluntad de Dios!”. Así, ante aquella nueva prueba que sufrió, era evidente, puesto que había crecido más aún su devoción, nada más que con su especial modo de interpretar las cosas; ella había creído encontrar la solución en la conformidad apostólica y, sin decírselo a nadie, procuraba que también los sufrimientos de su

mano concurriesen al templo, y rezasen junto a ella, y le pidiesen a quien todo lo podía, que cambiase la situación, si así era conveniente, y si no, si no, que se hiciese la divina voluntad.

Dotada del innato instinto maternal que duerme en todas las mujeres procuraba hacer más llevadera la vida de sus hermanos, a las veces hasta se permitía chancearse con ellos, con chanzas adorablemente ingenuas, torpes, vacuas, llenas de una adorable sosería y para que, la casa no estuviese tan desolada —A Dios no le gustaban las casas así—, hasta había improvisado floreros de unas pequeñas botellas, y, diariamente, colocaba en ellas unas cuantas flores baratas que, como embajadoras de mayo y abril, presidían, no sin cierta petulancia de muchachas bonitas, la desolación de las piezas destartaladas. Por lo pronto su único ideal era tener alguna jaula para un canarito, o cuando menos para uno de esos gorriones locos y traviosos, que se ponen a repicar con sus campanitas de plata para llamar a misa a los celajes, a las libélulas y a las mariposas. ¡Momificada con aceites místicos, amortajada en lienzos sacros; muerta, felizmente, para las tragedias humanas, la hermana mayor, sin quererlo y sin desearlo, había encontrado la tranquilidad inmóvil de esas albercas traslúcidas sobre las cuales lo mismo pueden quebrarse con el rayo las pizarras del cielo, que temblar de rocíos de astros las violetas sidéreas, porque ellas siguen impasibles, como enormes pupilas absortas, como ojos extáticos de esos bueyes cancinos, robustos, pacientes, que frente al crepúsculo con los belfos teñidos, ávidos de horizonte, esperan que las manos lívidas del día que se va, bajen el cadáver de la noche para llevárselo sobre sus lomos robustos a través de la vida, más allá del tiempo y del espacio!

En cambio, qué distinta, qué distinta impresión había producido el desquiciamiento familiar en las conciencias de los hermanos, ambos de temperamento nervioso, pero de educaciones distintas; disimiles casi, tal vez contradictorias, habían retrocedido sobre ellos mismos, bajo la fuerza brutal del golpe inesperado; y la existencia de ambos, desde entonces, cambió radicalmente. El más chico, Rubén buscó en los brazos de la borrachera el remedio de sus

males, y, después, siguió rodando por todas las penalidades del vicio, sin piedad de los otros ni de él. ¡Lo que a él le importaba la vida y la sociedad! ¿Tenía ganas de emborracharse?, pues se emborrachaba, ¿Le gustaba brutalizarse con el placer?, pues se brutalizaba, ¿Morfinómano, marihuano, cocainómano? ¿No tenía derecho de buscar un lenitivo a sus pesares? ¿En virtud de qué principios mortales se le obligaba a tener despiertos constantemente sus sufrimientos?

¿El más grande de los bienes no consiste en suprimir el dolor, en hacer desaparecer toda posibilidad de dolor, en borrar hasta la más leve sombra imoniosa? ¿El infierno, el dolor sin límites, desenfrenado y pavoroso, no es precisamente el castigo que opone la justicia divina al cielo de sus misericordias? ¡Si él no le había hecho nada a nadie, si no merecía su infierno, por qué no había de tener el derecho de buscarse o de hacerse un paraíso? No, ni Dios siquiera podía, en sano espíritu de justicia, arrebatarse esos consuelos; él, seguiría embriagándose y corrompiéndose y haciéndose pedazos, porque, al fin y al cabo, de todos modos tendría que sucumbir. ¿Insultarlo por haber recurrido a las drogas salvadoras? ¡Oh, qué estúpidos eran los hombres! ¿Quién de los que así lo escarnecían, había venido a darle la caridad que le daban las drogas, tan injustamente vilipendiadas? Cuando todo se vuelve contra nosotros, cuando no hay una puerta abierta ni una mano extendida, ni un corazón misericorde, ¿debemos evitar que la materia sola venga a socorrernos? ¿Quién puede negarle al pobre que no haya encontrado el calor del hogar en ninguna parte, el derecho de morir en la más ingrata de las noches, expuesto a la intemperie, bajo la luz de los astros, con la esperanza de fortalecerse con el calor de los lejanos luminaires? ¡Oh, no, que lo dejaran a él por donde iba, a nadie le importaba nada, nadie se había preocupado por él, ¿por qué se iba ahora él a preocupar de las críticas de los otros? No. ¡Oh, marihuana bienhechora, novia de los desesperados, madona, de los cuarteles cochinos y apestosos. Señora Nuestra de los presos, Dolorosa de los más infelices de los crucificados! Cocaína, que penetras solapadamente a las prisiones y que, con tu hermanita, la Heroína, ensanchas los cubiles de

¡Misericordia! (1981)

los desesperados, derribas las paredes, haces translúcidos los muros, levantas los techos, suprimes las distancias, y haces descender la infinitud del cielo hasta el corazón aterido de los que nunca habrán de encontrar ni aquí ni allá, la justicia ni la misericordia. Drogas sublimes que, a las veces, vosotras que sois las novias de los tristes, os convertís en las rameras de los jovencitos bien, de los niños elegantes, de los tenorios de banqueta. Es verdad, pero qué excelsitud no ha sido prostituida, qué magnificencia no ha sido violada. Hasta las vírgenes de los templos son desfloradas, a veces, por el deseo contenido de los sátiros de sotana; hasta las frías Venus helénicas han sido sacudidas y azotadas por la imaginación lúbrica de las juventudes corrompidas, de las vejeces libidinosas. Hasta les azucenas immaculadas han sido despedazadas por las invasiones de los cerdos, los cascos de los asnos y las serpientes desatadas de las cabelleras de los vientos. No ¡era inútil! Su hermana creía en Dios; y él, él creía en esas tres divinas personas, en esa trinidad augusta: la marihuana, la morfina, la cocaína. ¡Oh, cómo era hermoso aletargarse en los sueños indescriptibles, y erigir sobre los harapos de la carne los esplendores del sueño; enloquecerse al capricho para sentirse emperador, rey; para pasear por los jardines del prodigio y correr por las praderas del milagro, y, hasta ascender a las cumbres del asombro. Ser río, río fácil; ágil, transparente, retozón como un cabritillo, dulce como una doncella; trepar por las lomas suaves y descender por las pendientes bruscas, ir charlando con las cabecitas de las flores que se asoman a vernos pasar; reclamar a las libélulas, porque nos hacen cosquillas con los pétalos translúcidos de sus alas; reñir con el pasto desobediente, que se baja hasta mojarse los pies con nuestras linfas, acariciar los guijarros y las guijas profundas; después, tenderse en el remanso; beber tranquilamente todo el cielo; soñar un poco; despertarse ahí y seguir, esta vez más apresuradamente, arrastrando las siluetas de las montañas; y continuar, continuar siempre hacia adelante, brincando, deteniéndose, o detrás de una peña para espiar el paisaje lantano; dejarse caer al abismo que nos recibe con los anchos brazos abiertos en el abismo; entretener la sombra con los cuentos

del azul que recogimos allá arriba, para al fin, bifurcados en las grandes deltas, echarse a nadar en el mar, a jugar con las olas traviesas y a cuchichear con las espumas coquetuelas que sonríen perpetuamente a las nubes, para que, solas, lleven a los planos y a los mundos innacidos, remotos, inenarrables. Otras veces, ser lumbré, primero; crisálida de chispa; después mariposa de hoguera; más tarde, águila de incendio, por fin, ancho vuelo de aurora. Y, treparse al pabito de la vela; ver desde allí la vida de los pobres, bendiciéndolos con signos luminosos; al otro día, encaramarse a los altos sitios de los altares regios para ir aventando las entrañas de la cera en monedas rútilas de resplandores irisados. Más tarde, esconderse en las gemas de los vitrales, para charlar con los gorriones y entretenerse en arrojar serpentinas fulgidas a las cabezas de los niños; fatigados de estos inocentes goces, meternos en los corazoncitos de las piedras preciosas, y, palpitar con el sístole-diástole de esos destellos minúsculos, y sentir, muy cerca de nosotros, la urgencia de los pechos magníficos, de los cuellos ebúrneos, de los brazos armoniosos y, para merecer el reino de Dios, irse a campo traviesa buscando los hogares más desolados; introducirse por las puertas siempre abiertas en espera inútil de caridades efusivas, y, ya adentro de los jacalones destartalados ocultarnos unos momentos para surgir después, en el Domingo de Ramos esplendorosos del fogón magnífico que era destilar al buen Dios en su asno resignado por la semioscuridad del recinto beatificado de calor. Y ser, seda de pétalo, seda de linfa, seda de viento, seda de luz, seda de caricia, seda de beso, seda de mirada, seda de armonía, seda de ensueño, seda de esperanza, seda de misericordia, seda de amor, seda de consuelo, seda de perfume, seda de ritmo, seda de arrollo, seda de gorjeo, seda de añoranza, seda de recuerdo, seda de ilusión, seda de quimera, seda de crisálida, seda de capullo, seda de preludeo, seda de alma de madre, seda de alma de novia, seda de seda. Seda, seda inmaterial, inasible, impalpable, increíble, maravillosa, prodigiosa, hasta humilde buena seda de misterio, buena seda de más allá, buena seda de silencio, de vaguedades y de lontananzas, de mentiras, de fábulas y de cuentos de hadas, seda, seda, luz río, ser todo lo mejor del mundo, y de los hombres, ¡cómo

no había de ser buena semejante cosa! ¡Oh la marihuana, la morfina, la cocaína, las tres divinas personas, la trilogía excelsa y definitiva: la marihuana, la morfina, la cocaína!

Menos ostensible que la de su hermano, la bancarrota espiritual de Héctor fue más intensa; e incapaz, siquiera, de escapar por las válvulas de los vicios habituales de desesperación rabiosa, se comprimió en una contención suicida que, si en apariencia cobraba aspectos de serenidad, en el fondo de los subsuelos oscuros de la conciencia ofrecía aspectos crispantes, horrores de sus pesadillas, dislocamientos dantescos de locura. Al principio, igual que su hermano, había querido ahogar sus gritos con baba de injurias y de blasfemias, y había, también, sentido la necesidad de despeñarse de caída en caída, de miseria en miseria, hasta llegar al reino maldito de los condenados. También él quiso encurtir sus penas en el alcohol; quemarse las entrañas con los brazos fluidos de los licores más brutales; hacer de su vida una bacanal interminable, un saturnal sin límites, una cadena de parrandas gloriosas, con la cual amarraría definitivamente sus rebeldías generosas, o azotaría, sin piedad las espaldas de sus anhelos incorregibles. El vicio, el placer, el suicidio lento y bienhechor, diabólico y arcangélico al par, el coro de los siete pecados capitales, las rabias del instinto dominando las iras del alma, las fobias del bruto vencido a las inquietudes de la razón, el cementerio de las excelsitudes inútiles entre cuyas tumbas abandonadas se paseaban los arlequines carnalescos, estrujando bárbaramente los susurros de la añoranza con el estruendo de sus cascabeles; emborracharse, prostituirse, corromperse, y sólo allí, y sólo allí, estaba el remedio, fuera de esa falacia no había otra; si no recurría a ella, estaba irremediabilmente perdido; por fortuna eso siempre estaba al alcance de todos. Sin embargo, no estuvo al alcance de él; al otro día de la primera borrachera —primera borrachera de su vida— se sintió asqueado le parecía como si al estar vomitando, junto con la porquería mal oliente, estaba arrojando el excremento de su alma, y por más que quiso aplastar la reflexión y pisotear el remordimiento, al fin quedó vencido por ellos; la voluntad larga y

firmemente disciplinada, había ya impuesto un cauce definido a la vida; ella misma se había hecho vida a la naturaleza y no era posible dominarla; vano fue que Héctor Zubieta insultara lo que él llamaba mojigatería y timidez. A la naturaleza y a la vida no le importaba nada de esto, virtud, prostitución; ellas no conocían estas palabras, no les importaba lo que significasen, ellas cobraban en un sentido económico-biológico prefijado, y allá que los hombres pensasen como quisiesen; inútil, pues, fue todo. Pero ¡cómo es posible! repudiábase, desconcertado, Héctor Zubieta, —¿Avergonzarme de esto? ¡Hum! vaya una señorita con pantalones. ¡Asco! ni que fuese yo una rezandera pueblerina. ¡Horror! ¿Y por qué? El horror no está allí, está en las hipocresías y en las pérdidas sociales, en las zahúrdas de los políticos, en los salones donde se divierten los jovencitos acicalados como “cocotta”, y las “cocottas” descaradas como muchachas de buena posición. Eso le sucedía porque era la primera vez; después sería otra cosa. ¡Vaya!, no faltaba más, andarse con chiqueos en tales circunstancias. Todo en vano, la segunda vez fue peor el asco y la vergüenza ya definitivas. Quedaban las mujeres, y fue a ellas con la misma valerosa precipitación: anhelante, jadeante, ardiente, enfurecido. Lo que pasó entonces fue indescriptible, al encontrarse frente a frente con una de esas bestias de burdel, al tener junto a sí ya debajo de sí, el cuerpo sudoroso de la pérfida descarada, súbitamente un relámpago rojo que goteaba sangre, le subió del corazón hasta las pupilas y lo dejó paralizado de terror; sus dos hermanas aparecieron ante él, reproduciendo a aquel cuadro bochornoso; sus dos hermanas, prostitutas, se ofrecieron a sus miradas, desnudas, sudorosas, jadeantes también como la otra, entonces rechazó la carne lúbrica que se le ofrecía; apresuradamente abandonó el sitio infame, y oprimiéndose fuertemente las sienes, con los ojos cerrados, como para ahuyentar la siniestra pesadilla, se alejó sin saber a dónde, los dientes apretados de rabia, las lágrimas de dolor escurriendo por los pómulos, y el espíritu estrujado como un harapo de muladar. Las prostitutas, sus hermanas, dónde estarían a esas horas; qué bruto estaría gozando de sus cuerpos, en que rincón se estarían contorsionando;

¡Miseria! (1981)

cuántas lubricidades y cuántas concupiscencias las habrían marcado con ese sello. ¡Oh! qué terrible era todo eso. ¡No! él ya no iría jamás a esos lugares de miseria; cuántas madres, cuántas hermanas, cuántas amantes tendían allí los pedazos de su corazón a merced de quien pudiera pagarlo para escupirlo. Un aspecto insospechado cobraron para él las mujeres galantes, veía tras de cada una de ellas una tragedia oculta, y sintió miedo de tocarlas, no precisamente por ellas, sino por los otros seres cuya honra vendían al mejor postor; que las ocupasen otros, ¡él no! Él se moriría antes, ahogado, asfixiado materialmente por las potencias del sexo bárbaramente encadenadas; pero, no, jamás rodaría sobre el camastro, anudado al cuerpo vilicente de una mujer que tenía el mismo oficio que sus hermanas. Entonces, el desorbitamiento de la razón comenzó a sucederse, obligado a mantenerse casto bajo la garra de una virginidad rebelde; presto la contención sexual comenzó a producir sus efectos, pues por algún cauce había de escapar la energía del bruto, tan larga y tan enérgicamente comprimida. Por lo demás, el estado en que lo habían dejado sus penas y diaria escasez, coronado con la desesperación final, facilitó grandemente la labor de destrucción incontenida que principió a desbaratar la organización psicológica del desventurado. A mayor abundamiento, como si no hubiera sido suficiente todo esto, un incidente contribuyó a favorecer y violentar la súbita desorganización compelida por la necesidad. Apremiado por las palabras que le arrojasen a la cara sus hermanas durante la cruel escena: “tú cuánto das para que comamos”, se decidió al fin, a recurrir a sus amigos influyentes, habiendo logrado conseguir un empleo cualquiera que habiéndolo puesto en contacto con la estulticia burocrática, por odio a la imbecilidad de cuantos le rodeaban, le obligó, nuevamente, a echarse sobre sus libros, para darse el gusto de restregarles a la cara su ignorancia a todos aquellos parásitos del presupuesto, piojos de la nación, chinches apestosas del pueblo y de la sociedad. Su inveterada afición por las lecturas no necesitó más para despertarse desde luego incontenible y avasalladora. Nuevamente, fatigó las noches con las largas veladas durante las cuales los

pensamientos chirriaban como vampiros en la torre del cerebro afiebrado y las dudas rastreaban como serpientes en los cubiles sombríos de la conciencia desolada; naturalmente, este continuo atormentamiento psíquico predispuso admirablemente las cosas, fue como el surco de espantos, en el que el germen de las demencias espirituales y de las fobias del instinto encontró su mejor y más fecundo alimento. Héctor Zubieta comenzó a sentir un cariño morboso por los animales; una suerte de pederastia casta, de masoquismo platónico, de sodomía romántica, se desarrolló en su conciencia. Largas horas permanecía frente a ciertas bestias que encontraba adorables; no se daba cuenta él mismo, al principio de lo que era aquello, pero al fin acabó, sin sentirlo, por enamorarse locamente de la osa de un jardín zoológico. Porque la amaba, sí, de otro modo no podía explicarse cómo permanecía estático siguiendo los menores movimientos del animal. La amaba, ¡qué hermosos eran aquellos ojos de un negro sobredorado; los jarretes vigorosos, cómo eran admirables, y la lengua, la lengua rósea con la que se relamía golosamente los belfos después de que le regalaba con sus buenos trozos de carne! Con qué placer la besaría si pudiese, con qué fruición la oprimiría contra su corazón y se dejaría a su vez oprimir hasta que lo ahogase, cuánto daría para que sus garras se hundiesen en su cuerpo y fueran arrancándole la piel y la carne, tira a tira. ¡La osa, la hermana osa! ¡Qué le importaba que los hombres se rieran de sus amores! ¡Imbéciles incapaces de comprender cómo hay espíritus capaces de transfigurar con su excelsitud toda la miseria en que se posa! Después de todo, que lo dejasen hacer, cada quien se divertía como mejor le venía en gana; se olvidaban acaso que como decía Maurice D'monte: "Cuando no se puede hay que amar lo que se tiene". La osa, pobrecita. Malditos chamacos que se entretenían en despertarla, bestias peludas que se regocijaban con su modo de andar, que no les hiciese caso, así eran los hombres, cobardes. Y quienes se reían de ella porque estaba encadenada, que la soltasen, que la dejasen un instante saciar sus cóleras contenidas; ya verían entonces quién se ponía a reír; el gustazo que se habría de dar con la carne tierna de los niños. ¡Con qué fruición se

relamería la sangre de las jovencitas, tontas e inútiles; con qué suerte de éxtasis dantesco hundiría sus garras en los corazones tibios y en los cerebros viscosos, y en la gelatina turbia y sanguinolenta de los ojos! ¡Pobre osa hermana! ¿Lo querría a él? Por qué no. A veces, en los ejemplares más rudimentarios de la fauna, Dios ha encerrado gratitudes que desconocen los bípedos racionales; nada más que la sabiduría chata y presuntuosa había puesto un veto a la naturaleza, adjudicando a la humanidad el privilegio de sentir: Lo quería, ¡ya lo creo que lo quería! Esa manera de mirarlo no era otra cosa que afecto, evidentemente que mucha parte tenía en este amor la carne que le llevaba; pero el amor —¿de qué mujer no es así? —esa no era culpa de su especie sino de su sexo. Aun malvada, cómo era coqueta, cómo se hacía desear fingiéndose dormida en su cueva simulada, pero a él no lo engañaba, ¡schis!, dormilona, vamos a almorzar; venga usted a almorzar, que ya es tarde, y mientras ella devoraba ávidamente la carnaza, él, confiado ya, se entretenía en pasarle la mano por el pelo un tanto irsuto, a causa del mal trato, y sentía, que un escalofrío delicioso le iba pasando por todo el cuerpo hasta adentrarse al corazón, cuya ternura asomaba a los ojos en una humanidad radiante de dicha inconfesada. Al fin, cierta vez, de la manera más brusca terminó este idilio. Un revolucionario de los que a la sazón llenaban la capital había querido ejercitar su puntería con aquel fácil blanco, y cuando Héctor Zubieta se presentó con sus trozos de carne, en lugar de hermana osa se encontró con un charco de sangre que fluía de la cueva falsa, en cuya obscuridad se fosilizaba la sombra en un bulto negro, informe y frío. Héctor Zubieta no supo lo que sintió, quedó, como si lo hubiesen introducido e incrustado en un bloque de hielo. Era verdad ¡Oh! ¿Cómo? después súbitamente se abalanzó sobre las rejas intentando doblarlas, hasta que se hizo sangrar las manos, y sobre la frente quedaron señalados los hierros malditos tercamente inflexibles, como es inflexible el mal en las conciencias humanas.

—¡Mi osa, brutos, mi osa! Por qué no mejor matasteis a vuestras madres, que así os parieron de cochinos y de malvados; glorificar las balas que han sido hechas para matar, en los que piensan, para introducirlas en las entrañas de los

seres inconscientes; gastar un proyectil en esa perfidia cuando podían haberlo utilizado convenientemente, matando al más santo de los hombres, que resulta más pérfido que el peor de los animales. ¡Mi osa! allí estaban vuestras hermanas; allí están todas las mujeres, siquiera les pudiera yo restregar los rostros para que se limpiaran impurezas con el agua bendita de esa sangre. ¡Hermanita osa, no le hagas caso! ¡Tontos! ellos fueron los que perdieron; tú ya te habrás ido al cielo. ¡Oh no! Al cielo, imposible, ¿qué tienes que hacer tú, qué tiene que hacer una bestia adorablemente cruel en el reino de los santos castrados, de los eunucos serviles, de los justos que se pasan el día en congratularse a Dios, con oraciones y alabanzas? ¿Qué tienes que hacer allí, tú entre esas gallináceas de la virtud, cuando en ti el espíritu de las selvas esplendía con la libertad de las tormentas desencadenadas y de los vendavales deshechos? Estúpidos, te mataron cuando eras un pedazo de montaña magnificando nuestra vileza citadina, hermanita osa. Bueno, quédate. ¡Oh desesperación no haber podido tener un hijo de tus entrañas, no haberte convertido en madre, no haberte santificado con aquello con que se avergonzó la madre de Cristo, con el parto, que sólo puede dejar vergüenza a las solteras estériles y a las prostitutas podridas.

IV

—¿Entonces, tú estás enamorado? Sí estoy enamorado; vieras nada más que piel; es tan delicada que a su través se miran las venas que deben ser azules; y sus formas, qué formas más armoniosas y elegantes, las ancas son curvas.

—¿Cómo?, las ancas, dirás las caderas, ¡bruto!

—Bueno, sí, las caderas tienen euritmias de ánfora y de lira, cantan, cantan cuando la luz resbala sobre ellas en caricias suaves y múltiples ¡Ah! y sus ojos, ojos inmensos, estáticos, sencillos, simplísimos como los ojos de los niños, de los antílopes y de los ángeles, si vieras cómo me ven, ese modo de ver de ella es inexplicable. Me cuenta tantas cosas con la mirada: los prados inmensos, soleados

y espolvoreados de azul, los alfalfares vastos, húmedos y frescos, las llanuras inmensas que convidan a corretear, a galopar sin detenerse nunca, respirando horizontes y espirando cielos. Lo que me cuentan sus ojos; me asomo a ellos para ver los desfiles de las mañanas y los funerales de los soles, ¡ah! y también, picarona, también me dicen de otros amores que ha tenido con los potrillos jóvenes ¿los potrillos? Pero, hombre, no acabas tú de delirar, dirás con los efebos.

—Bueno, con los efebos.

—Irónico eres siempre con tus frases de doble sentido.

—Bueno, no interrumpas. Me deja adivinar sus otros idilios, porque debe tener muchos. Sin embargo, se ve que a mí es a quien prefiere, cuando estoy frente a ella hasta olvida el pienso. —Y dale, no me disgusta tu alusión a los materialismos, adelante. —Que no interrumpas, te he dicho, toma las cosas como quieras. Sus crines, —cuánto diera por estar continuamente acariciando sus crines—, huelen a campo, a estiércol, a naturaleza. —Querrás decir que...— ¡Oh, que tomes las cosas como quieras y que te calles! Espera, te decía que sus cabellos eran suaves, también me faltaba decirte que son un poco rizados, blondos y luengos. Te voy a contar: una vez a hurtadillas mientras mi amigo se iba no sé, no sé, a hacer qué tontería, yo me hice una aureola con la cabellera magnífica; después hundí en las madejas de seda de color de almendra todo el rostro y, recargado en el cuello flexible de cisne, lo mismo que de talle de lirio, me puse a besar con fruición uno a uno cada hilo trémulo por el que yo sentía pasar el alma de aquella bestia adorable que no tenía palabras con qué decirme que me amaba. Hermoso ejemplar, incomparable bruto, ¡qué mujer más linda, hermano! ¡Si vieras que no he podido robarle un beso! Como se hace de rogar, una tarde casi estuve a punto de hacerle rozar mis labios con sus belfos húmedos, pero luego que sintió que mi corazón se le metía y se le ahondaba, hizo un brusco movimiento, sacudió su guedeja blonda y me dejó con un palmo de narices; pero la he de besar no pierdo la esperanza. —A lo mejor, tu amor va a resultar tan necio y animal como todos los amores. El día menos pensado vas a ver... Lo

único que a mí me extraña es que, hombre, para qué tantos saltos estando el camino tan plano. A las mujeres hay que tratarlas como hembras y nada más. —Te equivocas, te juro que mi amor es puro. Esta vez si ella no me hace caso, para qué decirlo... resultan siempre ridículas las sentencias. —Purísimo, ¿y dices que le has pasado la mano por las caderas y que casi la has besado? —No me entiendes, repito que no me entiendes, no son lo mismo las mujeres que esta otra mujer. Si conocieras a mi yegua —¿Tu yegua? No te burles de mí, me querrás tomar el pelo —Ah, bueno, dispénsame, no hemos dicho nada, de veras que los hombres son rematadamente... no entender estas cosas tan sencillas, tan claras; apenas si hay algo más natural que enamorarse de una criatura como esta, en fin, hasta luego. —Hasta luego, y vete a verle la oreja a otro, ¡socarrón, neurasténico, desocupado!

Obsesión o maldición. ¿Qué sería? Héctor Zubieta no se explicaba absolutamente nada. Al principio la lógica había reclamado sus fuerzas inmediatamente y, reaccionando con lucidez meridiana había procurado hacer el análisis de sus pasiones morbosas. No, realmente, esto no es natural, amar a un animal; lo de la osa pasa, una locura como cualquiera otra, sin embargo, ¿quién es aquél que puede obligarme a amar sólo a los ejemplares de mi especie? Bien visto, qué tienen de hermosas las mujeres, vamos a ver: unas caderas demasiado anchas, una cintura ridícula, en la que la noción de la línea recta se angustia en una estrechez cómica; después, otra vez la súper abundancia de la carne que se precipita grotescamente en los pequeños chilacayotes de los senos. Más arriba, la botella truncada del cuello, y, por encima de todo, la mojiganga babosa, los ojos pequeños por grande que se les considere; más abajo, la nariz con su promontorio que resulta siempre ridículo, más ridículo en las chatas, y un poco menos ridículo en las romas, pero ridículo siempre. Luego, la herida de la boca, con los labios rojos que se alargan o se contraen descubriendo los maíces crudos de los dientes, algunas veces pintos, otras veces blancos y casi siempre amarillentos y sarrosos; y, como si no fuera suficiente, todavía arriba, el

matorral del pelo, antihigiénico, pese a las pomadas con que se le corrompe, ¡ah! y las pantorrillas ondulantes, y las piernas carnosas, y los tobillos de mi yegua, luego los pies, que a veces andan de puntillas, y entonces parecen pies de pollo quemado, y otras veces andan como Dios manda, y entonces parecen patas de pato obeso. ¡Hum! regocijando el mal ese del que se enamora todo el mundo, y luego vengan ustedes con que hay que amar a la mujer. La razón, una palabra, la razón no existe no, todo el mundo tiene razón. Lo que sucede es que nos empeñamos en que todas las razones sean iguales a la nuestra, y en que las que se diferencian en algo, siquiera, ya no son razones; loco, otra palabra. No hay locos, hay distintas clases de locura: hay locuras admirables, hay locuras burguesas, hay locuras excelsas, hay locuras geniales, y pobrecitas locuras del arroyo, desnudas y muertas de hambre; aquí como en todo, los odiosos privilegios y el imperativo categórico de los más se impone. La mayoría pone de acuerdo sus locuras mediocres, y declara: nosotros y los que obran como nosotros, son cuerdos. Después, selecciona una pequeña minoría de locos distintos de ellos y declara enfáticamente: estos son locos. Y los arrumba, allá en un extremo de la ciudad feliz, encantada de su profunda sabiduría. ¡Peleles de la ciencia!, ¿qué sabéis de la locura?; queréis que los hombres sigamos cauces definidos, cuando jamás en la naturaleza la línea recta ha encontrado siquiera una aplicación. Ignoráis que son las teratologías, las crisálidas de las evoluciones; que allí donde se encuentran las especies están las concatenaciones de las especies; que al pitecántropo —que no es hombre ni mono— es el perfeccionamiento del simio y la posibilidad del ser racional. Ya no os acordáis que los zoofitos, que no son plantas ni animales para vuestra ceguera torpe, son a la vez animales y plantas para la vida inagotable, o inmóviles, correctos, humildes esclavos o eunucos. No, esos serán los cuerdos conformes, esos no pueden ser ni gusanos, porque hasta el gusano atraviesa por el descoyuntamiento de la oruga para pasar a la demencia de la crisálida, y glorificarse en el éxodo de la mariposa, libre ya de la materia inmóvil, como que es un pétalo del viento. A fuerza hemos de querer lo que todos quieren,

empeñados en que todos vivamos como los otros viven. Pongámonos por caso: si a mí se me ocurre ¿y por qué no se me había de ocurrir? dando maromas por la calle, ya, ya parece que oigo lo que me gritan: “¡Eh!, ¡Eh!, qué sucede”. Y luego, el coro de muchachos detrás de mí, y el gendarme y los hombres de juicio, ventrudos como gallos canoros, y los hombres sabios, los doctores circunspectos, miopes de tanto estudiar, declarando paladina y olímpicamente: borracho o loco, ¡qué barbaridad!, y dejar que esta gente ande alborotando a los pacíficos. Que lo lleven inmediatamente a la Castañeda y lo pongan en observación. Claro, se justifica, razones... ¿Qué loco no razona ni se justifica?

Pero éste es loco ¡Válgame! Nada más faltaba que nos equivocásemos. Por más que quieran yo no he de sujetar mi ser ni mi existir a los cánones preconcebidos; seré y pensaré como se me pegue mi real gana. Si no me entienden, peor para ellos; y si me mandan al manicomio, mejor que mejor. Qué delicioso será. Allí sí podré brincar, correr, dar de maromas, hacer lo que se me antoje, ¡hombre! y de veras, allí está la verdadera libertad; allí sí los hombres son dueños y señores de sus destinos: silban, gorjean, se sienten reyes, y no lo ocultan como los otros hombres de afuera, que sienten también lo mismo, pero no tienen el valor para confesarlo. Veis aquella muchacha fea y vieja, pues dice: “Yo soy la más hermosa de las mujeres, lo único que me preocupa es que por mí todos los días se matan. Pobrecito del rey de España, ¿si ustedes supieran?, gastó un dineral en venirme a ver en aeroplano, y lo mandé con cajas destempladas.

“Sí, yo quisiera casarme, pero cualquiera se cree de los hombres. Era mejor, todavía Víctor Hugo; me simpatizaba más. ¡Ah! pero también los poetas de repente, son fastidiosos; hubiera preferido un torero. ¿Para qué me acordé del torero? Hombre, Joselito bueno, pero se los voy a decir en secreto: Joselito se dejó coger por mí. No ven ustedes, ¡oh! mis ojos; bueno pero váyanse, allá viene mister Ford! ¡Váyanse, porque los va a matar a todos, está celosísimo”.

Pues bien, ¿qué mujer no lleva adentro otra mujer igual a ésta? Aquél de más allá, es el apóstol de la paz, conoció a Jesucristo; le habló de tú, a León Tolstoy y

si hubiese querido, ya habría hecho dichosos a los hombres pero no lo merecen, ¡que sufran! Ya llegará el día, entonces se verá quién es al que le dicen loco. ¿A cuántos grandes hombres como él no se lo han dicho? Pues bien, ¿qué mediocre no lleva adentro otro hombre así? Se me dirá, pero valiente felicidad si no existe más que en la imaginación de ellos, si sólo existe para ellos. De acuerdo, pero respondedme: ¿qué felicidad existe fuera de la imaginación que la crea?, ¡Oh Ostwald y Ribot! ¿Y qué felicidad deja de existir sólo para cada quien; qué felicidad no es personal, personalísima, “sui generis”, irreductible a otra cosa que no sea la molécula, el átomo psíquico de cada quién? Que se burlan los demás, qué le hace, peor para ellos que gastan su tiempo en burlas; porque los que llamamos locos, tienen perfectamente arraigada la convicción de que son cuerdos, y, de que, en efecto, viven, y realmente viven la vida que nosotros juzgamos ilusoria. Por ejemplo: fulano, que es hombre culto se encuentra a la Anfítrite de Naxos; frente a él está un hotentote. El hombre culto permanece diez, veinte minutos, una, dos horas en éxtasis contemplativo, y el hotentote, entre tanto, primero riendo a mandíbula batiente de la gansada de aquel señor que gasta tiempo en ver una mujer que no es de veras; y después, cansado de reír, durmiendo a pierna suelta, roncando con el estruendo formidable de la más excelsa de las gorduras. Si todo el mundo fuera de hotentotes, ya habrían mandado a ese hombre culto a la Castañeda. Y si todo el mundo fuera de hombres cultos, ya habrían declarado locos a los hotentotes. Pues bien, esto sucede todos los días, nada más que como no nos detenemos a observarlo, recurrimos a los procedimientos más sencillos. Marcamos con tiza a nuestros semejantes, y hechas las clasificaciones, todo se simplifica enormemente. Aquí están los sabios, aquí, los filósofos; allá, los comerciantes; en fin, de este lado los dementes, y de aquel lado, los hombres que poseen todas sus facultades. ¡Tiranía más abominable!, no dejarle a uno hacer y decir lo que uno quiera; castigar la sinceridad y exaltar la hipocresía, y recurrir a reacciones fisicoquímicas para juzgar los espíritus, en lugar de introspecciones detenidas, disecciones

implacables. ¡Que se queden con su cordura los cuerdos! ¡Ah! pero, va a ser un poco difícil, ¿Cómo me raptaré a esa yegua? Si alguien me oye, con toda seguridad se ríe, naturalmente; pero ¿por qué no en vez de reírse, procura desasirse de su criterio vulgar y se introduce en mí, y siente lo que yo siento? Va a ser difícil, pero no puedo tolerar, no, esto es insoportable no puedo tolerar que esté allí haciendo vida común con esa hermosa potranca y ese magnífico caballo que tiene por vecinos. ¿Celos? ¿Qué amor inmenso no ha sido a la vez una confusión sublime de la mañana de Desdémona con la noche de Oteló? Por qué no he de ser sincero; tengo celos, y celos indomables. Aquella mirada de inteligencia que se cambiaron delante de mí, no la olvidaré nunca. ¡Maldito caballo! Como hermoso, ni quien lo niegue; vaya si lo es; donde se le ocurra establecer una comparación, estoy perdido. Cómo odio esta maldita especie que me hizo hombre; si tuviera yo cuatro patas, una hermosa crin, un cuello robusto y elástico, un cuerpo esbelto, una cola larga, sedosa y suave, y unos belfos trémulos que pudiesen recorrerla todo el cuerpo para ir la coronando de besos, desde la frente que preside las dos auroras de los ojos, pasando por el arco de la cerviz, hasta ir dejando guirnaldas de ternura por el lomo y, rematarlas hasta abajo, hasta cada uno de los cuatro cascos relucientes, en cuyos brillos merecerían temblar los corazones fúlgidos de las piedras preciosas. Y la potranca, chismosa y antipática, qué le va ni qué le vienen a ella con que y esté enamorada de su vecina; me había yo de fijar en sus hechuras de muchachita de colegio. Allá que se meta con otro tonto, nadie me quita de la cabeza que esa endiablada criatura le dijo algo a mi yegua cuando yo me retiraba, ¡vaya si se lo dijo! Con un demonio, por fin estoy loco o no estoy loco. Fuera estas estupideces. ¿Qué es esto, Héctor, qué haces? No, son tonterías, estás cansado, hombre la vida te ha golpeado tanto, ven, deja ese mundo de alucinaciones, reacciona, es tiempo todavía, despierta, Héctor por vida tuya... Pero en vano, presto volvía a caer en la misma pendiente de razonamientos extraños y sufría, sí; las lágrimas que rodaban de sus ojos no eran falsas. ¡Oh sabios que declararéis quiméricos los

sufrimientos de los locos. ¡No era falsa la palidez creciente de su rostro, no era falso el desquiciamiento de su organismo y el descoyuntamiento de su alma; sería todo lo absurdo que se quiera el móvil de su cariño, pero su cariño existía, sarcástico, irónico, ridículo, pero era amor. Héctor procuraba no decírselo a nadie; y así, sin quererlo, lejos ya de la influencia salvadora que habrían tenido las opiniones contrarias, se hundía más y más en el océano de su desequilibrio. Empeñado en hacerse entender del noble bruto, tuvo una idea inocente que resultó sangrientamente regocijada; lo que pasaba era que el pobrecito animal no comprendía su lengua complicada, ahumada de retóricas y de gramáticas, otra tara y otro estorbo de su especie. Había que hablar como ellos, ¡caramba!, cómo no lo había pensado antes, y con verdadera devoción púsose a imitar y a ejecutar el relincho de los solípedos, procurando darle todos los matices de la pasión. Solo, con las puertas cerradas, puesto con las manos en el suelo, lanzaba el grito extraño, sollozando materialmente, procuraba poner temblores de oración a los sonidos ingratos, y, una, otra, y muchas veces, repetía y continuaba ejercicios para ponerlo en práctica tan luego como le era posible hasta que, cierta vez fue sorprendido, y, entonces, rojo de vergüenza como un niño que ha hecho una travesura, corrió nuevamente a esconderse a su rincón solitario. ¿Qué estaré haciendo yo? ¿Es esto correcto? Razonemos: desde luego yo declaro que los caballos saben más que nosotros, puesto que mientras nosotros hablamos todo el día y casi no callamos nunca, ellos están casi siempre callados. Se dijera que habían leído a Séneca: “la palabra es plata pero el silencio es oro”. ¿Inspirado en ellos el filósofo romano habrá escrito su sentencia? Los dioses nos han dado dos ojos, dos oídos y una boca, como para indicarnos que debemos ver y oír más que hablar. Claro, los caballos son más sabios que nosotros. Vamos a otra cosa: ¿El hombre que procura adaptarse a las condiciones del mundo que lo rodea, es loco o cuerdo? Evidentemente que es cuerdo, luego soy cuerdo yo; yo me he procurado adaptar a esta parte del mundo que me rodea; es más, me he querido comunicar con él, soy cuerdo; más todavía, cuanto en mayor escala crece la

conciencia específica, se va transformando en especie universal, y como Dios es el ser cuya conciencia se ha extendido a los universos de todos los otros seres, yo he seguido el ejemplo de Dios.

No sólo soy cuerdo, soy misericordioso; miren ustedes nada más, mis antecesores se llaman Francisco de Asís y Buffón, el que reconstruyó las faunas prehistóricas y el que hizo su familia de todos los animales. Por otra parte, los fetichistas se enamoran de un pedazo de palo y lo adoran y se hacen matar por él; también lo dotan de inteligencia y le introducen cualidades que no tiene, yo, estoy, pues, perfectamente disculpado: a mayor abundamiento, ¿no se recuerda que los egipcios adoraban al Buey Apis y ponían en alfombras de púrpura a los cocodrilos, y los rodeaban de toda clase de consideraciones y les pedían mercedes y cuidaban de su salud, y hasta les asignaban sacerdotes?

Yo que no llego a tanto, ¿merezco la burla? No lo creo.

Hermosa que es la malvada, el alma de nardos que debe tener. ¿Qué pensará, cerebro impotente este cerebro mío, que siendo animal no alcanza a comprenderla? ¿En qué concepto me tendrá? Ni pensar en recurrir a la potranca, esa no me puede ver ni en pintura, si... Y aquella noche durmió pensando en un paraíso terrenal donde la primera pareja fuesen un hombre y una yegua; ella ágil, disciplinada y despreciativa; él triste, enfermo y desequilibrado. Una generación de hipocentauros surgía del vientre materno. Unos, pequeñitos, adorables, otros, jóvenes piafantes, retozones; otros más grandes circunspectos, serios; otros, decrepitos, vencidos y achacosos, pero todos buenos, como que eran caballos. Todos honrados, todos justos, todos caritativos. Dios, al verlos juzgó que no sería justo arrancarlos del paraíso y los había dejado allí; tampoco creyó conveniente darles música ni cánticos, porque como eran caballos, sabían oír las músicas del viento que no oímos nosotros, sabían escuchar las aleluyas del árbol, que jamás escucharemos. No les había puesto aureolas de santidades porque todos los días la aurora los coronaba de destellos. No les había creado veneros de miel hiblea porque el rocío de los amaneceres les dejaba clarificada la miel del arcoíris, en los

belfos temblorosos. Y no les había premiado con la eternidad, porque como eran caballos, no había querido detenerlos en un estancamiento seráfico sino que había querido devolverlos a la tierra madre, para que los transformarse en sus ocultos alambiques, y les permitiera seguir ascendiendo por esa escala sublime que tenía, abajo a él y a ella, el desequilibrado y la yegua; y, arriba, a él y a ella, a la eternidad de anchas ancas de belfos formidables, de cuellos poderosos, de jarretes de acero y cascos radiantes de constelaciones, y a él, el infinito, el desequilibrado de las locuras sidéreas, cuyas carcajadas se desmoronan en los tumultos del torrente, y cuyos suspiros se desligan en los fuetazos del huracán, y cuyas miradas se despedazan en las puñaladas del relámpago, y cuyas cóleras se encrespan en la cabellera del mar, y cuya respiración se abulta en el pecho de la tormenta, y cuyos éxtasis formidables enraizan en el silencio, y se arrojan hacia arriba, en las frondas del azul.

—Oye Héctor, no seas tonto, lee esta carta —Que te he dicho que no, que te largues, déjame. —Hombre qué te cuesta, me voy enseguida, pero lee la carta, anda. — ¡Oh, y dale! —Sí mira, es chica, hombre, te la voy a leer. —Léela, pero ha de ser aprisa, y te largas. —¿A que no sabes de quién es? —No comiences con esas babosadas. —Mírala. — ¡Eh, Leonor! — ¿Y quién le dijo que aquí vivíamos? ¡Eh hombre!, pues adivínalo, quién se lo había de decir, ella debe haberlo averiguado. ¿Leonor?, espérate. Ya, ya, sí, Leonor, hermano. ¿Es posible? hace un rato decías que estaba loco, tú que no estás loco lee; vive, es cierto; es de Leonor esa carta, dice Leonor.

—Leonor, cómo no, ¿y a qué viene toda esa agitación? Qué tiene de particular; supongo que tú no habrás creído que tu novia era una cualquiera.

—Pero, después de seis años, ¿sabes lo que esto significa? ¡Eh!, dime, ¿Entiendes lo que esto significa? —Pues que te ama, tonto, que te ama, que no tenías razón en andar por donde andas, que es falso que estés desahuciado de la vida. ¡Ándale, reacciona; aquí tienes la oportunidad que llama a tu puerta no lo creas ¿por qué no miras? ella te necesita ha quedado huérfana; ya casi no tienen dinero. Durante

el tiempo que ha transcurrido ha permanecido lejos de la capital, en su provincia, a cubierto de toda tentación, virgen de alma y de cuerpo; ¡pobrecilla, lo que debe haber sufrido! Tonto; ¡y tú desgarrándote inútilmente el corazón con tus propias uñas! Reflexiona, cúrate todo el resultado de tus penas; ahora que te encuentras regular, pon un poco de cuidado en ti mismo. Bueno, te dejo, y a enmendarse ¡eh!, a cambiar de vida, no es justo que así como así te dejes llevar por la fatalidad, hazlo, siquiera por ella; ahora sí vuelve tu vida a tener objeto; reacciona ¡eh!, hasta luego, hasta luego y cuidado con volver a las andadas, —Espérate. No, no, necesitas estar solo —Entonces muchas gracias; tienes razón, en fin, ya veremos.

Y embebecido en no sabía qué suerte de emoción sedativa, mansa y suave, Héctor, con la carta entre las manos, se quedó solo nuevamente en su pieza, ya sin acordarse de su otro extraño amor infortunado, sin pensar ya en el noble bruto perdido, perdido para siempre como la osa hermana, aunque esta vez por una causa distinta, sin siquiera poner atención en los desvivos de su hermano, que había tenido hasta que dejar su trabajo, presa de los vicios que le habían echado a perder. Leonor, quizá, por qué no... A veces basta una gota de agua para apagar una hoguera; una dosis increíble de anestésico es suficiente para dormir una tortura, y, una sola palabra, Dios, es suficiente para hacer surgir el paraíso en los cuchitriles de los pobres.

—Bésame, tonto ándale, ¿no me quieres? Así, más, y más. —Decíame febricitante y apasionada, oprimiéndose materialmente contra de él, y aplastando su boca en los labios de Héctor que se sentía sofocado bajo aquella brasa ardiente y lúbrica. —Abrázame, apriétame con todas tus fuerzas!

—Leonor, ¿pero qué tienes, estás loca? No, serénate; pobrecita niña.

—Loca por ti, te quiero tanto. ¡Bésame más, bésame!, y continuaba haciéndolo rabiosamente. “Bésame aquí”.

—Y le señalaba los pezones eburneos que se estremecían bajo el corpiño desgarrado en un arranque incontenible. —“Aquí, Héctor, aquí”. ¿Es posible?

¿Sabes lo que estás haciendo? ¿Te das cuenta de todo esto? Leonor, por vida tuya, reflexiona. —¿Que reflexione? el amor no reflexiona nunca. Te quiero y eso es todo. —Abrázame, haz lo que quieras, soy tuya; tuya completamente. —¡Eh!, ¿qué dices? — Ya lo oyes; ven, tonto. —Y descubriéndose cada vez más el pecho, le ofrecía su cuerpo desnudo, tembloroso, cálido y ardiente, sacudido por un espasmo concupiscente.

—Trae tu mano; la otra, ahora tu boca junto a la mía, ¡ándale!, qué bruto eres ¿Acaso no eres hombre, Héctor? No seas bobo; soy tuya, poséeme. ¿Estás loca? ¿No piensas en tus padres, no piensas en tu vida, ni en mí ni en nadie? Eres huérfana, ¿así pretendes arrojar lodo sobre las tumbas recién abiertas? —Idiota, precisamente por esto, estoy sola y qué, de veras que eres muy niño, ¿acaso te imaginas que soy la misma de hace seis años?, te equivocas. —Tú te calumnias —¿Virgen? Esas son ideas antiguas. La castidad no nos sirve a nosotras para nada. ¿Piensas que después de que me dejaste como se deja un objeto inservible, me iba a quedar esperándote? Baboso, yo hice lo que todas han hecho, lo que hiciste tú, divertirme; tuve muchos novios hasta que uno menos bestia que tú me poseyó. — ¡Eh!, te poseyó, ¿también tú eres prostituta? —No hagas escenas, ya pasaron de moda, todavía sigues viviendo en la provincia. —Prostituta, y de las peores, porque no tienes para disculpar tu infamia, ni la miseria. —Al contrario, te equivocas de medio a medio, no soy prostituta; las prostitutas se entregan por dinero, nosotras por gusto, por curiosidad por afición; así sucede en París. Habrías querido tú, que nosotras viviésemos como las guajes pueblerinas, ándate con tus aspavientos a otro lado.

—¡Vete! —Y entonces, tus padres —Mis padres, ¿Acaso tenemos realmente padres nosotras las muchachas ricas? ¿No sabes que desde chicas nos abandonan al cuidado de las sirvientas, y que, después, nos dejan al cuidado de nuestros novios, porque, naturalmente, ellas no son criadas como las madres plebeyas, para andarse ocupando de nosotras? Qué bien se conoce que tú no has vivido así; mis padres, vaya, dos personas estimables, claro, pero, nada más. Y hacen bien,

esos mismos, ya pasaron a la historia. Ahora las mujeres y los hombres somos iguales. ¿Si ustedes se divierten por qué no nos hemos de divertir nosotras? —No pensabas así cuando me conociste. —No, porque estaba yo muy chica; y como te encontré a ti, pues claro; pero después abrí los ojos, ¡el papelito ridículo que estaba yo haciendo! No que, como decían mis amigas, a divertirse, a gozar, lo demás no nos importa, que digan lo que quieran, que al fin mientras tengamos dinero y estemos guapas, no nos faltará quien nos acompañe. —Y, entonces tu carta, ¿qué clase de embuste es este? —Hombre, muy sencillo. Que tus amigos que conocían nuestras relaciones, se acercaron a mí; que me dijeron que estabas volviéndote loco; que me insinuaron escribirte la famosa carta que yo no hice más que firmar, y, que, yo, para quitarte completamente la locura, producto de la necia vida que llevas, te he hablado con una franqueza que eres incapaz de entender. Ahí tienes explicado todo; ahora qué, ¡vete!, ni yo te sirvo para nada, ni tú me sirves para nada a mí tampoco. ¡Qué bruto eres, cuántos habrían querido estar en tu lugar! ¡Él, que casi maquinalmente y sólo con una parte insignificante de su yo, había estado dialogando, subconscientemente también, presenció el fin de la escena; le tendió la mano y, entonces, cuando sintió nuevamente el contacto de la piel tersa y tibia, retrocedió súbitamente. El velo de la bruma en la que se arropa la conciencia se rasgó súbitamente; todo lo vio con una clarividencia desgarradora, con una exactitud trágica; midió la hondura, el abismo que los separaba a los dos, y, sacudió, no sabía si por la indignación o por la desesperación, se irguió en un gesto espantoso de demencia incontinida, y la arrojó a la cara el excremento vergonzante de la injuria: una ramera como cualquier otra. Una pérdida igual que su madre. Una hembra de arroyo digna de convertir las tumbas de sus padres en dos burdeles de cementerio. ¡Fuera!, la que se debía largar era ella qué hacía ahí, ¿estaba permitido, acaso, que las peripatéticas abandonasen sus cubiles, para echarse a correr por la vía pública? ¿No sabía que la autoridad tenía prohibido esa descarada oferta de la carne? Que se fuera a los barrios de sus compañeras. Ya comenzaba a oscurecer, era tiempo para hacerle propaganda

a la mercancía, no se le fuera a hacer tarde, con tantas iguales a ellas el negocio se iba haciendo difícil, claro, a aguzar el ingenio para captar mosquitas muertas. Duro, a trabajar, como había trabajado toda su raza. A poner muy en alto el andrajo de su conciencia, a honrar el ejemplo materno, a superarlo si es posible; adelante, qué esperaba, miserable, muerta de hambre de macho, limosnera de caricias, mendiga de voluptuosidades, lameplatos de lujuria, ¡fuera! verdadero gargajo humano. Y, sin esperar respuesta alguna, se marchó. Empero, presto, la reacción pavorosa se apoderó de su espíritu; nuevamente aquella misma ola roja que goteaba sangre invadiendo su cerebro. Y apareció ante él la visión de la tragedia lejana, y la obsesión terca e implacable se apoderó de todo su ser. Prostituta, ¿y mis hermanas qué son? ¡Qué he hecho!, insultarla, escupirla, y a ellas ¿cuántos las habrán insultado y escupido así? En este mismo instante, acaso, alguien como yo les echó en cara su vileza, y, acaso, alguno, también, al injuriarlas a ellas, esté injuriando a mis padres, ¡qué he hecho! Que se fuera a donde están las otras, a donde están las que llevan sangre de mi sangre, las que mamaron los mismos pezones que yo mamá; que el negocio estaba difícil, que se apresurara. ¿Cuántas veces ellas habrán pensado la misma cosa? ¡Qué he hecho, Señor, qué he hecho!

Su familia, infame su familia y la mía; deshonorado su nombre, y el mío.

Es verdad que ésta lo hace por divertirse y ellas no. No, ese es un sofisma; no estaban muertas de hambre, tenían por lo menos para vivir, y a poco que hubiesen hablado no ellas, nosotros nos hubiésemos ofrecido en subasta pública, para que con lo que diesen por nuestra libertad, asegurásemos su honradez. No, no hay diferencia entre ellas y ésta. Sucede exactamente igual, ésta y las otras venían de la provincia beata; ingenuas, cándidas, adorablemente bobaliconas. Y aquí, urbe maldita, lo que ven, lo que oyen, lo que las cuentan, el deseo que lentamente se va despertando, el instinto hipócrita que, muy calladito y muy despacio, va surgiendo; la urbe, la urbe prostituida, la gran madrota, que cautiva a las ingenuas y tasa la carne humana con una crueldad todavía más pérfida

que la de Shilock; la gran ciudad devoradora de castidades, de virginidades y de pureza. Unas caen por hacerse modernistas otras, por adornarse; otras más por conocer lo que todavía no conocen; y todas, todas porque el medio corrompido las corrompe, porque los círculos que frecuentan las enlodan, y todos los individuos con quienes tratan les estrujan el pudor con desvergüenzas de buen tono, con cinismos elegantes; todas iguales, éstas y aquéllas, y las de hoy y las de mañana, todas iguales; perra suerte, y perra humanidad, ya lo decía, ya lo decía, lo mejor del mundo de los cuerdos es la selección de los locos, esa es la única grande obra de las enormes poblaciones, esa, crear palacios para la demencia insigne; dar jardines a las borracheras de la razón desorbitada; instituir edenes para que, rompiendo las cárceles inútiles de todas las lógicas, los espíritus mareados de cinismo, se abandonen a los delirios de la imaginación desbocada, hidrófoba de cosas extraordinarias, rabiosa de libertades increíbles, sedienta de afirmaciones estupendas.

Él tenía la culpa por haber caído en la trampa. Pero, sería la última vez. El sol quería desflorar una hembra, ¡la muerte! Y, frecuentar un lupanar, el de los gusanos. Su celestina se llamaba la sombra; sus monedas se las arrancaría del corazón y, su cerebro lo arrojaría como propina a los perros vigilantes de los paraísos perdidos, donde cohabitaban las vírgenes con los santos, y los cristos con las Magdalenas.

VI

—Tú, que dizque te habías enamorado de una yegua, ahora nos resultas con que el mejor de los espectáculos son las corridas de toros; cualquiera diría que te empeñas en contradecirme. De un lado amas a los animales hasta confundirlos con las gentes, y del otro estás de acuerdo con el sacrificio vil de los animales. En todo lo que has dicho el único animal que existe eres tú. Contradicción, bruto: te encuentras a un hombre en la calle y te da de bofetadas; tú, lo insultas y lo

abofeteas también. Al otro día te encuentras a otro hombre que es amigo tuyo y te saluda muy correctamente y se despiden con abrazos, contradicciones. Los dos son hombres, y un día abofeteas a los hombres; y otro los abrazas —Pero no es lo mismo. —No, ya lo creo, no es lo mismo, no es lo mismo tener razón que no tenerla, completamente de acuerdo. —Vamos, haces sofismas. —Puede ser, pero tú haces barbaridades. —Bueno, bueno, dejemos eso; pero por lo menos no me negarás que eso del despanzurramiento de los caballos es una lacra de la fiesta que llaman brava. —Mira, me vas a hacer el favor de callarte, y, después, de oírme un poco. Voy a razonar como razonan los locos, es decir de una manera impecable, atiende:

—Todas las cosas grandes y pequeñas son medios y nada más que medios para alcanzar fines más o menos trascendentales. La naturaleza entera es una demostración de mi acierto, y si no crees en la naturaleza, ¿el plan divino no es otra demostración? La naturaleza despanzurra crisálidas para hacer mariposas, despanzurra capullos para abrir corolas; rasga matrices para producir hombres; rompe gérmenes para erigir plantas; hiere surcos para fecundar semillas; rompe tormentas para incendiar relámpagos; abre montañas para expeler gases, desorbita mundos para organizar universos, y dentro de nosotros; dentro de nosotros, asesina células, diariamente, para mantener funciones, y esclaviza funciones para hacer posibles existencias, y sacrifica unas existencias para mejorar otras; y, eternamente inquieta y trabajadora, no tiene tiempo de detenerse a gimotear en los sepulcros, abandona los huesos a las disgregaciones —madres de las futuras integraciones—, y con sus manos múltiples y todas poderosas, sigue ensayando especies y especies, y recorriendo formas, y fatigando tipos, en un afán perpetuo de crear, de renovar, de transformar, de vivir.

—¿Si se detuviera la naturaleza a hacer filosofía con los despanzurramientos? ¡Qué bruto eres! ya ves, la naturaleza nos toma como medios para realizarse a sí misma porque sólo ella es un fin. Ahora, por lo que toca a Dios, la cosa es más sencilla. El mundo es un valle de lágrimas, despojate de todas las riquezas y de

todos los placeres, porque la vida es un tránsito; la verdadera vida está allá, y el verdadero Reino de los Cielos ha sido hecho para los pobres: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al reino de los cielos”.

Luego, para la divinidad esto es un medio y no es un fin. Y cuanto más suframos, más habremos hecho en pro de nosotros mismos. Imagínate nada más, si la divinidad se hubiese puesto a clamar contra las lágrimas, el primer gesto de sacrificio que se hubiera suprimido habría sido el calvario y Cristo; Cristo que es la humanización del divino holocausto, no habría existido y por ende no habría existido su religión. El mundo sería de noche, una gran parranda; de día, una desaforada saturnal; ya ves como Dios también toma el sufrimiento como un medio de purificación y exaltación. —Pero, yo no veo muy clara la relación entre éste y los caballos despanzurrados. Realmente estás razonando como loco. —Ya te lo había prometido, en cambio tú me estas oyendo como un cuerdo porque no has comprendido nada; bueno, pues, óyeme otro poquito más. Un caballo, hasta un hombre, para que veas que no hago menos a los caballos, si es capaz de producir con el sacrificio de su vida un mejoramiento específico, debe sacrificarse.

—¿Pero qué mejoramiento hay en eso de una corrida de toros?, por vida tuya. —Espérate, hombre; espérate, voy para allá. Desde luego, no me niegues que los caballos que se sacrifican en los toros son, ni más ni menos, como los hombres honrados. Ya no sirven para nada. Les montan y los ofrecen de blanco a las puñaladas del toro con los ojos vendados. Bueno, hecha esta aclaración, sigamos adelante: El caballo que es en lo único en que tú te fijas cuando vas a las corridas de toros, seguramente porque te da mucho asco, y al mismo tiempo mucho gusto verlo con las tripas de fuera. Es un incidente necesario de la lidia, como la destrucción de las células en tus pies son incidentes necesarios para la vida de tu cuerpo. Ahora bien, demostrado queda: da su contribución, para la realización de la fiesta; lo principal está en ver, si la fiesta es o no es como yo te había dicho, el más moral, el más patético, el más profundo y el más sublime de los espectáculos. Ya

verás si no tengo razón: ¿Qué es lo que se ve en una corrida de toros? La naturaleza salvaje en la forma del toro arrogante y magnífico, la naturaleza consciente en el lidiador, también magnífico y arrogante. Es, el choque de las dos expresiones del mundo: el mundo de los campos, libre e impetuoso y el mundo de la inteligencia, sereno y sapiente. El toro acomete al llamado que hace el lidiador. ¿Lo derriba a puñetazos, como haría un yanqui; siquiera lo desjarreta, como hubiese hecho Sansón, o le quiebra el cuello como hubiese hecho Hércules? No, porque no es la naturaleza sorda la que va a enfrentarse con el bruto, no; lo espera, y, haciendo una escultura viva, mueve la capa, permanece erguido y armonioso, y deja que el animal pase embebido de los vuelos del engaño ¿Qué hay aquí? Nada para los estúpidos; todo para los observadores. Es el huracán burlado por el temblor del arcoíris. Es la avalancha que desfila bajo el arco triunfal de los pétalos de rosa. Es la inteligencia que, frente a la muerte, en lugar de cobrar gestos de tragedia esquiliana, cobra eurias de estatua partenopea. Es el instinto de conservación convertido en arte. Es la lección que le entra, entre mil espectadores de la belleza floreciente, por encima de la fuerza; de la serenidad elevándose frente al ímpetu; de la abnegación del hombre que convierte su vida en una actitud escultórica, y de la bestia que teniéndolo todo, pero careciendo de conciencia, es dominada por los brazos que se mueven y una capa que flamea. Qué seguridad más grande en sí mismo deben sacar los hombres que asisten a una corrida de toros. He ahí, he ahí, a la naturaleza dominada completa y armoniosamente; mejor aún que en los túneles que cavan las montañas, que en las presas que encadenan los torrentes. El poder del hombre se exhibe ahí, porque mientras en las grandes obras de ingeniería sólo está el egoísmo organizado y el hombre inteligente; aquí está el derroche estético, el gesto eurítmico y la línea melódica. Atenas, en fin; pero Atenas no en la tranquilidad de los propileos, sino Atenas a un lado de la muerte, bajo las puñaladas asesinas, al borde del precipicio de la sombra. ¡Esto no es normal? ¿No es moral la demostración de que la inteligencia debe ser siempre la que se erija junto al ímpetu del bruto? Me dirás: ¿y es moral matar a

un toro? Necio, te contestaría yo. ¿Es más moral matar a un toro para comérselo, que matarlo aquí después de habernos dado una lección de nobleza, y de haber contribuido a formar nuestra voluntad, a embellecer nuestra fe? Aquí, el bruto obra sobre nuestro carácter, en el rastro, obra sobre nuestros músculos; aquí nos da más energía síquica; allá nos da más energía vital —Eso pasará contigo; pero crees que los carniceros, los abarroteros, los plebeyos, los burgueses, piensan y sienten lo mismo que tú? —Sigues entendiendo las cosas como un cuerdo; allá voy, un poco de paciencia nada más. Tú eres un hombre supercivilizado, y el pobre labriego de allende los campos, es un palurdo de cuerpo entero; ambos se encuentran sentados a la vera del camino cuando pasa haciendo evoluciones un aeroplano. Tú dices; ¡admirable!, él, apenas exclama, ¡ah! Tú piensas muchas cosas; relacionas aquello con la mecánica, te acuerdas de Gay, de Santos Dumond, de Bleriot de Farman, de René Fone, de Hukmelman, ¡qué sé yo!, El, sólo piensa en que esto es una maravilla, ¡y eso basta!

El espectáculo ha sacudido por igual a los dos, has la más alta cima de su respectiva inteligencia. Lo mismo pasaba con los pobres que seguían a Cristo: unos entendían sus palabras, otros entendían su ejemplo, pero como Cristo estaba por igual en sus palabras que en su ejemplo, por eso, con ser tan profunda su doctrina, resultó tan clara. Así pasa con todos los grandes espectáculos y con todos los grandes hechos. Las maritornes que fueron en la Revolución Francesa por el rey, a Versalles, eran tan apasionadas de la libertad como las cimas excelsas de Mirabeau y de Dantón, de Barnave y Robespierre. Y nuestros rancheros, indómitos y atrevidos, que lanzaban a los franceses y los arrastraban por las calles, amaban a la patria tanto o más, acaso, que el general que hizo morder polvo a los soldados de Bonaparte. Lo mismo pasa con las corridas de toros, no las comprenderán, ni acaso se darán cuenta de cuanto ahí sucede, los paletos que asisten; ¿pero no te has fijado cómo lo mismo que tú, cuando contemplan la hazaña se levantan a una y aúllan de placer, como cuenta la mitología que aullaban y rugían las fieras de los bosques, cuando pasaba entre las frondas la

canción de Orfeo? Qué más quieres, la multitud no se equivoca nunca en sus sanciones definitivas; cuando treinta mil hombres berrean de entusiasmo ante un cuadro humano de belleza, algo muy grande debe significar.

Qué cosa más sublime y más consoladora para un pueblo juzgado decadente. El circo romano, no era lo mismo, no; recuérdalo bien. Allí desde el principio las ventajas, preconcebidamente, estaban asignadas a la bestia; se hacía por castigo. Se asistía, propiamente, a una ejecución, aquí no. ¿Entonces por qué la multitud atiza a los toreros para que se arrimen? —Pues por eso, porque lo que las multitudes van a ver es un valor convertido en arte. El valor que no rehúye la muerte, porque tiene confianza de vencerla; pero la multitud no quiere tampoco suicidios, exige al torero que se exponga; porque sabe que tiene que ser el torero un artista que plasma grupos escultóricos, jugando con el peligro, al que conoce, o tienen que conocer perfectamente. Me dirás: “yo no veo con claridad todavía que este espectáculo sea moral”. Es porque te olvidas de las leyes de Hamilton, y porque no te has introspeccionado a ti mismo. Porque tampoco has reflexionado sobre el espíritu de acometividad que poseemos, y sobre la ley de las superabundancias vitales, que si no se las desaloja convenientemente, o nos ahogan o nos arrastran. Te hablaré con más claridad. El hombre ha menester de desalojar de alguna manera las hidrofobias de su bruto. Pues bien, en una corrida de toros, sacudido el organismo y el espíritu por una formidable y renovada tensión nerviosa, deja escapar los espasmos bestiales convertidos en entusiasmo estéticos.

Lo que provoca esta erupción, es un cuadro sublime, y aun cuando el hombre no se da cuenta de ello, librado ya del lastre animal, por la formidable sacudida, deja que se le cuelen las visiones maravillosas, y acaba por rendirse a las sugerencias de la belleza, sin sentirlo, y hasta si tú quieres, sin creerlo. Como un sátiro lúbrico, que después de rugir de instinto ante la belleza arropada hábilmente, ya ante la desnudez absoluta de la Venus humana, asombrado, y entontecido, cayese de rodillas besando las plantas de la pecadora. ¿Transformación más perfecta de la

brutalidad en humanidad encuentras en otra parte? ¿Qué otro espectáculo puede vanagloriarse de recibir un macho cabrío, y devolver una abeja nazarena? La garra que al hundirse en las carnes inocentes retrocede despavorida y humillada; la lanza de Longino que, encuentra en la sangre de la herida la luz para los ojos ciegos; el alma del sándalo, del proverbio búdico, que perfuma el hacha que lo hiere. El hijo de Dios, que resucita al tercer día para redimir a los pecadores. La cristalización de la parábola bíblica: más grande extravío, más grande amor.

Fijarse en los caballos despanzurrados sería como fijarse en las espinas y maldecirlas, cuando sin las espinas no habría sido posible el Ecce Homo; como sin los caballos despanzurrados habría sido posible la apoteosis de la bestia hasta la primavera estética del alma. ¡Las corridas de toros son el más sublime, el más moral, hoy por hoy el más bello y fecundo de los espectáculos!

Por este tenor, Héctor Zubieta desarrollaba temas y más temas, viniese o no a cuento. Sus amigos le dejaban hacer, convencidos ya no sólo que hubiese resultado peor el oponerse al libre curso de sus ideas extraordinarias, sino un tanto satisfechos de que a pesar de la extravagancia que campeaba en su modo de pensar, Héctor iba entrando ya en el carril de la lógica ineludible. Claro, aún se vislumbraba el delirio y la fobia síquica a través de estas y otras más argumentaciones dislocadas, pero, el mal iba siendo ya meramente ideológico, ya no se trataba de apasionamientos extraños, de deseos imposibles, de sentimientos no, ya nada más eran ideas, ideas contrahechas y desfiguradas cuanto se quisiera, pero ideas puras, nada más que al fin se irían desvaneciendo hasta dejar limpia la imaginación beoda y traslúcida cristalina, completamente diáfana la conciencia perturbada. Sin embargo, no pocas veces los dejaba pasmados Héctor Zubieta con sus inesperadas salidas, se dijera que tenía vivo empeño en desconcertarlos, en sacarlos de quicio. Así, por ejemplo, hablando de las ideas, les decía: Las ideas, son tanto mejores, cuanto más se parecen a los malabaristas o a los cirqueros. Yo desprecio esas ideas académicas, que llevan fracs impecables, camisas blancas, corbatas albeantes y zapatillas de

charol. También odio a las ideas ventrudas, juiciosas, sebosas, bien comidas; no puedo ni ver a las ideas que parecen señoritos bien, y me dan asco las ideas maritornes, y daría cualquier cosa por encontrarme lo más lejos posible de las ideas marimachos, hombrunas, sin sexo, ni edad, ni sentido común. En cambio una idea que da machincuepas, que hace trapecio, que se arroja de un extremo a otro de las barras del sofisma, que hace que la cabeza de la razón tope con los pies del imposible, que se contorsione en perífrasis inverosímiles, que se angustie en metáforas herméticas, esa es sencillamente deliciosa. Y también la otra, la que juega con los conceptos hechos como puñales de dos filos, que se burla de la gravedad del sentido social, que contradice los equilibrios del pensamiento humano, esa también es adorable una idea, que nos hiciese odiar a nuestros padres, y cohabitar con nuestras madres, una idea que justificase la producción del feto, que tuviese una cabeza microscópica, unos piecitos enanos, y un falo formidable enorme, descomunal. Una idea en la que los más criminales fuesen los primeros en entrar al Reino de los Cielos, y en la que, los beatos estúpidos fuesen los primeros en quedarse en el infierno. Una idea que nos dijese así: El pórtico de tu vida debe ser este. No contentamiento sino más poder; y luego, como columnas de ese pórtico, todos los mandamientos divinos invertidos en sus conclusiones: matarás, desearás y violarás a la mujer de tu prójimo; hurtarás, jurarás en nombre de Dios en vano... Una idea así, ¡qué gran idea sería; pero no, ahí tienen ustedes a todo el mundo empeñado en pensar como ha pensado siempre, y bestias, más que bestias, imagínense ustedes, si un día se hiciese realidad esa casta visión que he concebido, todos los árboles de las selvas convertidos en penes gigantescos, se elevan, se elevan, y desfloran a los astros en una formidable saturnal. Parece que los veo ya, parece que los oigo, ¡qué bárbaro!, claro, debe ser muy bárbaro puesto que intentó ser tan libre, sólo los bárbaros hemos amado realmente la libertad; los hombres cultos ya saben que vale más que la libertad el dinero y que, con tal de mantener llenas las bolsas, bien pueden tenerse sujetos los brazos o encadenado el pensamiento.

Y como yo soy tan bárbaro todavía, no comprendo esta excelsitud; créanme, ilustres, créanme, nos debatimos en un mundo de tonterías, que van resultando inadmisibles. Se dice y se enseña que el sol es una masa de materia ígnea, ¡error!, la más rudimentaria de vuestras lógicas los desmiente. Si el sol fuese una masa de materia ígnea ya se habría consumido. Pues, cuanto mayor es la cantidad de tomos, es ignición; tanto mayor es la aceleración del fuego, y no se explica cómo durante tantos siglos el sol sigue sin consumirse, cuando, aquí, entre nosotros, los bosques más grandes son los que se consumen más pronto y el leño que arde vivamente sucumbe primero que la brasa agonizante del rescoldo ¿Qué es el sol, entonces? Muy sencillo, el sol no es una masa de materia ígnea, el sol es una masa de materia dinámica, un verdadero foco radioactivo, un ciclo de fuerza en delirios vertiginosos, un punto, un enorme, un inconcebible punto cinético que, por donde quiera que va pasando, va incendiando el éter que como ocupa todo el espacio, bien puede consumirse todo en un lugar, si al fin ese lugar ya no va a volver a ser ocupado nunca por el astro; lo que sucede es que, como nuestros ojos solo perciben la masa que arde, creen que la que arde es la masa, sin saber que la masa es la que incendia la unidad de la materia, totalmente aceptada por las fisicoquímicas modernas; la misma que ha hecho posible por la reducción del elemento alfa del plomo, la transformación del plomo en el mercurio, por la reducción del elemento beta, la transformación del mercurio en líquido, y por la reducción del elemento alfa prima del líquido, la transmutación del líquido en oro. Esto, al mismo tiempo que el concepto de que los rayos no son más que el primer tiempo evolutivo de los rayos equis, y los rayos equis otra forma de la vibración de la materia, paralela a la vibración radioactiva, y esta a su vez, una fuerza semejante a la de las ondas hercianas. ¿Todo esto no es, acaso, la prueba palpable de que la unidad cósmica existe, y de que en realidad no hay fenómenos en las masas sino en las fuerzas que limitan esas masas, como no hay propiamente vida en los ojos ni en los oídos ni en el olfato, sino en los órganos interiores que tienen ahí sus ventanas, sus manifestaciones, sus motores y sus ejecutores?

Si, algún día, se sabrá que no brillan los astros en el cielo, sino que son los puntos del cielo los que brillan por los astros. De otro modo sería como si aceptásemos que era la máscara la que hablaba y no los labios que están detrás de la máscara. Otro ejemplo: decimos que vemos volar el ave, falso; lo que vemos es este doble fenómeno: los movimientos del ala que dan la sensación del vuelo, y la abstracta sensación del vuelo que a su vez nos da idea del ala; pero en todo esto, ni realmente ha habido idea del movimiento, ni idea de ave, ha habido un maravilloso proceso quinetoscópico, parecido al del cinematógrafo, en el que la idea dinámica no es otra cosa que una sucesión o suma de ideas estáticas. Ahora bien, reconcentremos nuestra inteligencia: cuando la cámara ha sorprendido movimientos estáticos nos ha hecho una visible paradoja: movimientos estáticos. De esta paradoja, de la suma de todas estas paradojas, ha resultado la verdad del movimiento, y, cosa asombrosa, el movimiento que era la verdad no fue posible retratarlo; en cambio, el estatismo, que era falso, no solo fue lo único que pudo ser retratado. He aquí, pues, demostrado, como de una sucesión de premisas falsas surge una conclusión verdadera como la conclusión verdadera jamás habría podido ser conocida sin las premisas falsas, o lo que es lo mismo, que ningún procedimiento es mejor para llegar a la verdad, que el de emplear la mentira; y, que lo único que podemos comprobar diariamente es la mentira del reposo, que sí puede concebirse y sí puede retratarse; pero jamás podremos comprobar la verdad, porque la verdad es un mero concepto, una síntesis, un substractum imposible de detenerse en ningún esquema, ni de limitarse por ninguna geometría reaccionaria. De ahí la necesidad de buscar, no la manera de encontrar la verdad, sino la manera de emplear el error; el error que, entre paréntesis, no es más que una verdad, que nos dio calabazas y que se marchó a pasear con el sofisma, que siempre es mejor que el sentido común, ese marido obeso y regañón. Esta es la clave de muchas falsedades admitidas por las ciencias. El hombre, orgulloso, cree que no se equivoca nunca; hasta se ha atrevido a hacer análisis químicos de la divinidad, sin pensar, que la divinidad tienen que existir

precisamente por eso, porque es una mentira o es una verdad, según: es una mentira, cuando se convence uno de que Dios existe; y, es una verdad, cuando ha nacido uno de ello. Por eso, vale más para mí el indio supersticioso, que el teólogo omnisapiente, el teólogo ya tiene montañas de pruebas de que Dios existe, el indio, que vino a la vida, sobre esas montañas no necesita las otras, el teólogo, es una llama que necesitó encenderse; el fanático es una antorcha que surgió encendida, más pequeño y sin embargo, más grande. Como la gota de agua y el mar, fíjense ustedes: el mar no puede contener más que tormentas, la gota de agua, en su copa inverosímil, guarda los siete jardines del prisma, todas las praderas del sol y toda el alma del cielo.

En otras ocasiones, menos a propósito para dar un cauce razonado y más o menos frío a sus exposiciones, tenía verdaderas locuras psicológicas, reacciones inesperadas, conclusiones imposibles. ¿Saben en lo que he estado pensando? En que no hay seres más infames ni despreciables que los hijos tarugos que lloran por sus padres muertos, y que gimotean ridículamente cuando los ven tendidos, y hasta quisieran que los sepultasen asidos bárbaramente a los ataúdes. Bestias domadas, hijos más mal nacidos que éstos; lo que debían hacer es pisotear los cadáveres, escupirlos, abofetearlos, vomitarlos, amortajarlos de deyecciones; porque realmente es esa maldita carroña la que ha asesinado a la vida, porque los cuerpos ¡Oh!, Platón, ¡Oh! Agustín; porque los cuerpos no son más que las tumbas de las almas, las crisálidas de la sique ateniense. Mal aventurados de aquellos que en lugar de bendecir a las tumbas frías, que han hecho posible las pascuas de resurrección, en vez de echar lejos de sí a la crisálida inútil para iluminarse con el amanecer del vuelo; lejos de contemplar la ascensión de los Cristos y el apoteosis de las alas, se quedan asidos a la losa inmóvil, postrados sobre la materia inerte. Esos, esos que así lloran por los muertos, jamás han merecido amar a los vivos; un hijo que llora por su padre ha completado la labor de la muerte matando con la convicción a su padre.

¡Misericordia! (1981)

Escupamos esos cadáveres donde la vida se detuvo, es necesario, es preciso despojarse de las lacras, es indispensable que demos que no nacemos en el barro; que para nosotros nuestro padre y nuestra madre, no eran los ojos, ni la voz, ni la apariencia física en general, que eran almas, afectos, ternuras infinitas que nunca nacieron ni murieron nunca; que estaban ya sobre la superficie de la tierra como estaban antes de que abriésemos los ojos; arriba; en el azul del cielo, y adentro, en el azul del alma. ¿El pasado? No tiene sentido esta palabra, no hay pasado, no hay futuro, sólo hay presente; el pasado es nuestra sombra y el futuro nuestra ilusión; pero lo único que existe aquí de real somos nosotros, que proyectamos la mirada hacia adelante y vamos arrastrando las obras detrás.

Afuera, afuera los cadáveres que están ocupando la tierra bendita; afuera sepultureros, haceos sembradores, abramos surcos de vida donde hoy sólo hay sementeras de muerte; no sombras, mañanas; no gimoteos, alelukyas, no vidas subterráneas de microorganismos, vidas abiertas, magníficas y esplendorosas! No cruces que angustien el alma, panojas que acaricien el viento; no insultemos a la tierra arrojándole los huesos que no habíamos sido capaces de aventar a los perros; tengamos piedad de sus entrañas féculdas y todopoderosas ¡A sembrar! Esperemos que llegue el invierno más próximo. Yo tengo una gran idea, sobre las espaldas de los todopoderosos, conduzcamos los cuerpos putrefactos, todos los cuerpos putrefactos de todos los cementerios del mundo, al más ancho, al más vasto de los valles, allí reunamos a todos los niños desvalidos, a todos los ancianos friolentos, a todos los pordioseros, y formemos una enorme mole de carroña; luego prendámosle fuego bajo la vasta pupila azul lacrimante de astros. Él obrará el prodigio, la lumbré irá subiendo, creciendo, encaramándose, trepándose volando; primero será nada más un rescoldo, después una hoguera, luego un luminar; las llamas serpentinas fingirán raíces enormes; la columna ígnea será a modo de un tronco, y, por fin, el esplendor del incendio fulgirá en una suntuosa ramazón, en un follaje gigantesco, titánico, inconmensurable, del que ascenderá vivificante y misericorde la caridad de la atmósfera tibia en la que

se arroparán, como en un perfume divino, todos los desventurados de la tierra. El Árbol de Navidad, ese será el verdadero Árbol de Navidad, de los que nunca han tenido Noche Buena; nada les faltará, ni los juguetes de las constelaciones, que andarán entre las frondas claras, ni siquiera detrás de la silueta acogedora de Santa Claus, ni mucho menos el éxodo de los Reyes Magos, que fingirán tramontar, no sobre las gibas de los dromedarios, sino sobre los dorsos de los montes, y entonces esos miles de seres no sólo crearán en Dios, crearán también en el hombre en quien nunca han creído, y crearán lo que es mejor aún para nuestros muertos, en que si la muerte es capaz de obrar semejantes misericordias, la muerte es el más sublime de los estados, y el más noble de los apoteosis, porque en vez de llevar detrás una teoría de plañideras, lleva abajo una guirnalda de niños, y arriba una corona de pájaros.

VII

Negros, pero de un negro que tiene inexplicables fulguraciones, de un negro que alumbra y acaricia, que es a un tiempo azabache y terciopelo; de un negro infinitamente dulce, así son sus ojos; negra también su cabellera, de un negro undoso y sedoso, blondo, suave y perfumado, sus cejas lo mismo, negras y perfectamente delineadas ¡Ah! y su rostro afinado, un poquitín moreno pero adorablemente fresco, róseo como un cutis de caracola o de madre perla; la belleza de ese rostro adorable en el cual los grandes ojos expresivos triunfan definitivamente a la sombra de las pestañas luengas, separadas por la nariz griega, bajo la cual se abre la boca pulposa y delicada a la vez, serena, tranquila y sonriente, y el mentón firme y exquisito, y las orejas pequeñas y transparentes, y el cuello robusto y flexible, ni corto ni largo, perfectamente asentado sobre los hombros que coronan el cuerpo eurítmico. Y el cuerpo, ¡ah!, armoniosa síntesis de musculaturas perfectas, carne melodiosa, poema vivo, escultura humana desprendida de una olimpiada ateniense. ¡Qué cosa más bella! Aún recordaba la visión estupefaciente, toda envuelta en las

banderas áureas del día, sobre la arena estática, bajo el azul absorto, ¡qué cosa más bella! ¿Cuál sería su nombre? Era preciso que tuviese un nombre elegante, de silabas ágiles y netas; un nombre que viniese de muy lejos y se prolongase muy allá: Lysis, Danaco, Aschepias. ¿Su edad? Quince, dieciocho años, a lo sumo. ¿Su vida, su alma? ¿Qué importaba eso? aquella criatura era toda de materia rítmica, era toda aquella criatura la vida y el alma, ¡Qué más vida que la vida de los músculos triunfantes; qué más alma que el alma de las fortunas perfectas! Con razón los más grandes escultores helenos habían dejado junto a la eternidad de la Venus gloriosa, la eternidad de los efebos desnudos; con razón, junto a la Anfítrite perdurable y la Diana increíble y la Minerva austera, estaba el Apolo de Belvedere, el Discóbolo de Mirón, el Apoxiomeno de Lisipo, y el Baco joven, y Antinoo, y el luchador Borcher. Amplio y elevado espíritu el de los artistas de todos los tiempos, que no tuvieron miedo de apasionarse de la hermosura de los hombres, porque sabían que para la belleza no hay sexos, como no hay sexos para la verdad y la virtud, que son sus dos hermanas; sublimes plastisantes aquellos en cuyas coreografías lo mismo estaban las panateneas, que los adolescentes de los juegos olímpicos; hombres capaces no sólo de arrodillarse ante la Afrodita de Delos, sino de ponerse de hinojos al paso de aquel joven insuperablemente bello, de quien decían las campesinas, señalándole: “Es Apolo, besémosle las sandalias, es Apolo el más bello de los dioses y si no es un hijo de Apolo porque es el más bello de los hombres”. La naturaleza misma ha fijado otros límites a la valorización estética de los infinitos ejemplares, que han regado los juncos de Amantea sobre el haz de la tierra; pero el hombre ruin o estulto, quién sabe por qué suerte de equivocación, ha tergiversado las cosas, de un modo inexplicable. Dios, lo mismo que la naturaleza, ha procedido de un modo distinto, aquel con que nosotros procedemos. Entendamos: en toda la escala animal, el macho es siempre más hermoso que la hembra; las gargantas de oro de los pájaros músicos pertenecen a los machos. Mientras las hembras, en la quietud del nido beben armonías de cielo para plasmar la

armonía naciente de sus pequeños hijos, el padre, sobre el temblor de la luz, va deshojando el estremecimiento de sus melodías inefables. La hembra crea, él canta; la hembra es la vida árida, egoísta sorda y ruin, el macho es el arte, la planta alada, la materia hecha vuelo y hecha ritmo, una flor trémula que se desprende de la fronda, un rizo sonoro en el viento, un lis musical en el azul. En las aves suntuosas el milagro se repite, el pavorreal es quien pasea los jardines de Aladino en los jardines irisados de las plumas; la hembra es fea, tiene el color de la tierra, el grito áspero de la vanidad, el gallo es quien acribilla la penumbra somnolienta con los floretes fulgidos de sus dianas; la gallina crea y procrea; el gallo es heraldo de la mañana, príncipe de la luz, poeta de la aurora, ella, una buena madre, chata de entendimiento, obtusa de espíritu, por eso se le ha podido subsistir por la incubadora; al gallo no, porque no hay trompetas, que luzcan sus famas, ni clarines que irradian con los efectos sedosos de sus plumas. La selva se magnifica en el león cuya crencha es una selva, sólo al llegar al hombre nos equivocamos, ¡sí nos equivocamos! Analicemos la estética del cuerpo femenino, analicemos las estéticas que han triunfado en todas las arquitecturas. ¿Qué es el cuerpo de una mujer? Una correlación de curvas, de líneas cóncavas y convexas, contraria a la impecable rectitud que rige en las siluetas partenopeas. Imaginaos un Partenón cuyo frontis tuviera curvatura de seno, cuyas columnas se ensancharán exageradamente, como las columnas asirias, retrocediesen como las columnas salomónicas. Pues bien, así sucede con la especie en el cuerpo de la hembra; en lugar de la combinación de las líneas sólidas, tenemos la combinación de las líneas angustiadas; no inspira idea de fuerza que es la más noble de las ideas estéticas, no inspira idea de serenidad que es el único medio de que se dispone para inspirar ideas eternas; la mujer incita, arrebatada, enloquece, por eso la Venus trunca tiene casi cuerpo de hombre: la cadera es exageradamente amplia, los muslos son fuertes pero cortados a grandes rasgos, el cuello es elegante pero firme, la cabeza graciosa pero sólida, ¡es marimacho! La Minerva Parthenas de Fidias oculta la exagerada flexión de las curvas con la

rectilínea y arquitecta austeridad del manto, y su testa, robusta, tiene un gesto más viril que el gesto de Aquiles; y es el antípoda del gesto de Pallas; pero a mayor abundamiento, Dios mismo ya había prefijado la supremacía estética del hombre en el sólido cuerpo de Adán, del que formó a la miseria de Eva, hermana de la serpiente, vil y perpetua adoración de los incautos. Quien ama a la mujer no ama la belleza, ama en la belleza el sexo que lo acecha; el hombre frente a una mujer hermosa, no comprende ni siquiera siente la hermosura, palpita de ansiedad brutal, se enloquece de fobias sicalípticas, ¿Por qué? Porque no es realmente bella, que si lo fuera no sacudiera cuerdas tan viles; con el hombre no pasa lo mismo, con un hombre áticamente hermoso no sentimos, ni podemos sentir, a menos que seamos anormales, fiebres vivas; sino sensaciones estéticas y saludables. ¿Qué es el arte? ¿Qué es la sabiduría? Apolo musageta, el ser armonioso que no necesita cantar para hacer música, la arquitectura viva que se levanta victoriosa de sí misma, llenándolo todo con el amanecer de su presencia. ¿Por qué no fue el arte o la música una mujer, una de esas mujeres sonrientes que decoran los plafones afrancesados en nuestros teatros? ¿Por qué, el símbolo de todas las bellezas se centralizó en el varón de ancha frente, ojos hondos, labios finos, mentón impecable, cuerpo escultórico? Porque así debía de ser.

Lo mismo el Hércules Parnesio, que el Antinoo...son machos, macho es Júpiter Olímpico y el formidable Moisés de Buonarroti. ¿Y, no os habéis fijado? Coronando la trilogía insuperable, de la Aurora y el Día, Lorenzo el Magnífico, erige la epopeya muscular de su soberano cuerpo montañoso; porque los ángeles no tienen sexo, porque no son hembras, porque la belleza necesita no tener sexo, porque las hembras incitarían a los mismos santos ¿Os habéis fijado? Las vírgenes siempre llevan túnicas rectilíneas; en cambio, los arcángeles lucen crispaturas que dejan al descubierto los músculos musicales, las cabelleras luengas de las santas, casi vedan por completo los rostros estáticos; las cabelleras trémulas de los serafines, como los haribush de los

casos, descubren la armonía de los rostros angélicos. Dios sabe hacer las cosas mejor que los hombres, indudablemente. ¿Qué ha sucedido, pues? Que nos equivocamos, por eso cuando el hombre llega hasta las alturas del genio, el hombre se desquita, reivindica los derechos del macho sobre los derechos de la hembra, y, así, es como en un célebre banquete, Sócrates, dice “¿Por qué brindamos, por la sabiduría de Platón, por la gallardía de Alcibíades o por la hermosura de Dailoco?” se responde: “Por la hermosura de Dailoco, que es más grande que la gallardía de Alcibíades, más fecunda que la sabiduría de Platón”.

Y Sócrates tenía razón, quienes han querido ver en esto una vil inversión sexual del filósofo, no han comprendido el formidable punto de vista del esteta. Pero no es el único. Será preciso recordar a Adriano sollozante a los pies de Antinoo, evocaremos el nombre de Sporo, que fue capaz de enternecer a Cayo Nerón, a quien las mujeres sólo fueron capaces de exacerbarlo, el de Miguel Angel; Miguel Angel que inspiraba el amor de Cavalieri (caballero íntimo e insospechable que supo comprender a Buronarroti), trazó el sepulcro de Julio II sobre los pórticos de Bramante; arrojó la cúpula vaticana, e iluminó los muros de la Capilla de Sixto el Máximo; y Leonardo, que, al pintar su autorretrato realizó la más excelsa de sus obras, y Juan Jacobo Rousseau, y Andre Gide, y Oscar Wilde, que honradamente confesaban su debilidad por los efebos más hermosos y menos perjudiciales, que las hembras coquetas, viles... Nos equivocamos, decididamente. ¿Y esto, a qué viene?, por ventura, si yo no soy genio, ¡y qué importa!, el genio es el que ve la luz toda la vida, pero nosotros podremos ver esa luz aunque sea una vez ¿Deberé arrepentirme de esta bienaventuranza? ¡Oh!, efebo armonioso del cuerpo indescriptible, yo, ruindad viviente, tengo el valor necesario para arrojar lejos de mí el triste fardo de preocupaciones que los otros hombres arrastran, y de cara a la divina Atenas, de la mano de Praxiteles y de Lisipo, vengo hasta ti, e intento rezarte una plegaria como la que Rezan derramó, en bálsamos rítmicos, sobre los rítmicos

¡Miseria! (1981)

mármoles de Acrópolis: Yo te amo, yo adoro en ti la belleza divina, o mejor aún, la belleza que no tiene sexo.

¿Qué valen todas las mujeres de cinturas ridículas y de ancas de jarro y de piernas de botella y de cabelleras de pita, junto a ti, rectilíneo y firme, sólido y divino, magnífico, austero, victorioso, triunfante? Ellas hacen pensar en suaves cojines, tú haces pensar en granitos inmóviles; la tersura de ellas es tersura de pétalos, tu tersura, es tersura de diamantes. Ellas, cuando nos miman, nos arrebatan; tú, cuando nos ves, nos iluminas; mirándolas a ellas se siente uno convertido en alas que se fugan; mirándote a ti, se siente uno transmutado en montañas quietas mudas, absortas y expectantes. ¡Oh, efebo divino, hermano de Juan el efebo de Jesús, hermano de Orfeo o de Ganimedes, los efebos de Júpiter! ¡Oh reminiscencia humana de las armonías irremediabilmente remotas, yo te amo, ¿lo oyes? Mi grito asesina el silencio, y sobre su cadáver va a ofrecerte mi alma en las guirnaldas trémulas de mi voz ¡Corónate en ellas! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!...

¡Eh! Sofismas, sofismas y nada más; palabras, Hamlet, palabras. Y no, ni siquiera existe la disculpa de que me encuentre loco; estoy cuerdo. ¿Qué es esto? Estoy cuerdo y pienso de este modo: ¡perra, perra vida! ¡Mis hermanas ramera y yo afeminado! Era evidente, las prostitutas se sienten Magdalenas, y yo me he comparado con Buonarrotti. ¡Familia asquerosa; allá, dos cadáveres que apestan: aquí, aquí, nada más junto a mí, una solterona fracasada, un marihuano y un maricón, y como si no fuese suficiente, las peripatéticas mesalinas, tal vez de a cincuenta centavos, o de veinticinco centavos, el coito.

Y existe Dios, y existe la bondad humana, ¡ah bolcheviques sacerdotes!, ésta es la realidad, no aquella. Todos hijos de la Miseria; la Miseria, ella, la única madre de nosotros. ¿A dónde, a qué abismo no rodará el que no tiene qué comer? ¿Qué conciencia podrá permanecer indemne bajo los zarpazos del hambre; qué espíritu es capaz de no enloquecerse, de no desahuciarse, de no

desbaratarse en estos descoyuntamientos indescriptibles? ¡Hambre vil, cobarde, desgraciada; antes siquiera dejabas a los pobres en la puerta del Paraíso; ahora, arrastrando lepras y dejando estelas de sífilis, los azotas como gargajos sobre el rostro de Satanás; hasta la vergüenza, hasta la vergüenza se las arrebatas para que caigan más abajo, para que se prostituyan mejor! Bruto, no merezco nada, un invertido, un invertido yo, menos, mucho menos que una prostituta, mucho menos que un escupitajo, mucho menos que un esputo, mucho menos que la vasca, mucho menos que la mierda.

— ¡Eh!, sí son los mismos ojos negros, apacibles, lánguidos y acariciadores, las mismas pestañas rizadas, su nariz perfecta, sus labios delicados. Hay que callarse no, no; que ni las hojas se muevan; canta, canta la eurtmia de las formas. ¡Oh himno inefable el que se desprende de tu cuerpo! Fideas, ¿dónde estás? Miguel Ángel, Leonardo, Sócrates, Jesucristo: ¡Venid, es él, el efebo divino, amado de los Dioses y de los hombres. —¿Qué? ¿Que, no viene solo sino con la hembra maldita? ¡Ah, conque tú amas a una mujer, estúpido! ¿Tú, con tu belleza que ha descendido a la vida anticipándose al Edén paradisíaco? ¡Está bien y, conteniéndose sin saber cómo, permaneció sentado en la banca frontera a aquella en la cual el muchacho se entregaba a los ocios sicalípticos de la juventud, con una guapa colegiala retozona y adorable. Petrificado lo seguía, lo seguía sin despegar un momento los ojos de la escena; sólo pequeños sacudimientos de cuando en vez estremecían el bloque de su cuerpo, precisamente cuando el brazo de ella, o el brazo de él unían los rostros, buscando la oportunidad de darse un beso. Ni un solo detalle descuidaba, alelado y enloquecido por una extraña locura serena, procuraba hacer destacar de la penumbra, a fuerza de atención, la silueta del efebo afiebrado, y muy bajito murmuraba:

—¡Qué bello, qué bello! ¡Maldita hembra! De pronto, se estremeció de pies a cabeza; se hubiese dicho que hasta la banca misma temblaba, se incorporó rápidamente, asido con las manos crispadas a los barrotes, los ojos llameantes,

los labios contraídos, todo él con un visible aspecto de furia. ¿Eh?, se besan. ¡Cochinos, besarse aquí mismo! Entonces ellos voltearon; admirados se le quedaron viendo, él reflexionando, inmediatamente enmudeció, y se alejó del lugar, no sabía ni a dónde. Sólo sus palabras, entrecortadas como lobos hambrientos le seguían. ¡Se besan, cochinos, se besan!... Al fin llegó a su casa, se metió a su pieza, y sin cuidarse siquiera de cerrar la puerta se derrumbó materialmente sobre su escritorio. ¡Oh, tú también como las hembras, y yo que te quería tanto, efebo divino, efebo bien amado!... Y lloras, tarugo, pero es que, bueno y qué se va a hacer, qué se va a hacer, ¡invertido y qué importa! Y que les importa a los demás, ¡ellos me tendieron la mano para socorrerme, me dieron siquiera una gota de agua! ¿Querrían arrebatarme hasta el supremo consuelo de amar a quien se me antoje? Invertido y otra cosa peor que fuese, a nadie le importa nada... Sin embargo, ¡oh, tumbas malditas de mis malditos padres! ¿No veis esta degeneración suprema? ¿Quién os dijo que me criarais? Yo no os pedí la vida; y luego, luego, babosos, cuando vivíamos en la provincia ingenua, cerca de los campos, junto a la tierra humilde y buena: ¡a la capital a hacer el porvenir, a alcanzar un título!, porque sin títulos los hombres no valen nada. Si nos hubiésemos, cuando menos, quedado allá. He aquí los resultados. ¿Quién tiene la culpa? Vosotros que no supisteis querer; en vuestras manos éramos suave arcilla, y en vez de hacer con nuestra arcilla una estatua de salud y de fuerza, habéis construido unos adefesios de miseria y degeneración. ¡Malditos seáis!... Pero si yo te quiero, yo te quiero, efebo; ven, el amor todo lo purifica, yo te amo, yo te amo. Dios ve, como es puro el amor con que te amo, no, son sofismas, o son sofismas; bueno, de acuerdo son sofismas yo no puedo ni debo apear mi sexo con este amor, pero no me lo puedo arrancar tampoco, y necesito arrancármelo. ¡Eh!, no tuvisteis la culpa vosotros no, no tiene la culpa nadie, ni la sociedad, ni la miseria, ni el hambre, quien tiene la culpa soy yo, ¡yo!, ¡yo!, ¡nada más yo! ¡Pero no, no ha de ser! Yo me he de arrancar de mí mismo esta pasión morbosa. Sofismas,

¡eh!, bueno, Y, casi sin darse cuenta introdujo la mano en el cajón inferior de su escritorio, palpó una cosa fría, después...

—¡Eh!, Héctor; habría yo jurado que sonó un tiro. ¿Oíste, Jorge? —¡Qué bruto eres, hombre!, fue una llanta que reventó.

CONTENIDO OBRA COMPLETA

POESÍA

Tomó I	Ánfora (1920) Mirras: poemas orfébricos (1932)
Tomó II	El minuto azul (1932) La selva sonora (1933) 3 poemas a la madre (1936)
Tomó III	Sinfonías (1937) Torre negra (1938) Elogio de la madre (1939) Aguiluchos (1940) ¡Presente! (poemas) (1951) Letras marianas (1953) Laude a Atlacomulco (1956)
Tomó IV	Zarpa de luz (1974) Espumas y oleajes (1977)

ENSAYO

Tomo V El Estado de México desde la prehistoria hasta la conquista (ensayo de filosofía histórica)(1933)
La universidad, la juventud, la revolución (1934)

Tomo VI Verbo peregrinante (1939)
Homenaje a la bandera (1940)

Tomo VII Ideas, imágenes, palabras.
“El libro de los oradores” (1956)

NOVELA

Tomo VIII El hombre absurdo (1935)

Tomo IX Realidad (1936)
¡Miseria! (1981)



Horacio Quiroga Anaya. La luz del conocimiento
Tomo IX Novela: *Realidad* (1936) |
¡Miseria! (1981), Jorge Olvera García
(coordinador), se terminó de imprimir
en octubre de 2016. El tiraje consta
de 200 ejemplares. El cuidado de la
edición estuvo a cargo de la Dirección
del Programa Editorial de la UAEM.

Editora responsable:
GABRIELA LARA

